

NOVELA



Manuscrito 1605

EL MANUSCRITO
DEL QUIJOTE DESVELA

UNA APASIONANTE INTRIGA
DE HACE CUATRO SIGLOS

ELOY M.
CEBRIÁN

FRANCISCO
MENDOZA

Lectulandia

Erasmus, un excéntrico profesor jubilado, entusiasta de la literatura de los Siglos de Oro convence a su ex-alumna Pilar para emprender una aventura en apariencia desquiciada: encontrar el manuscrito del Quijote cervantino.

Para ello habrán de seguir un relato donde se narran las vicisitudes de un tal Miguel de Cervantes, el robo de su novela sobre un hidalgo de La Mancha y la intervención en el asunto de otro escritor llamado Lope de Vega.

Pero lo que parecía ser una apacible indagación entre bibliotecas y bibliófilos pronto se convertirá en una peligrosa aventura de final imprevisible. Alguien más se halla sobre la pista del manuscrito, y parece dispuesto a todo para conseguirlo.

Lectulandia

Eloy M. Cebrián & Francisco Mendoza

Madrid, 1605

ePub r1.0

Sarah 26.10.13

Título original: *Madrid, 1605*
Eloy M. Cebrián & Francisco Mendoza, 2012

Editor digital: Sarah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El verdadero placer del coleccionista no es el de poseer,
es el de comprar, el de cazar, el de abatir la pieza.

(H. BERALDI, *Le désir de livre*)

Polonio: ¿Qué leéis, mi señor?

Hamlet: Palabras, palabras, palabras.

W. SHAKESPEARE, *Hamlet*, Acto II, escena 2.^a)

Post tenebras, spero lucem.

(JOB, 17:12)

CAPÍTULO I

El milagro de santa Wiborada

Erasmus López de Mendoza, profesor jubilado y bibliófilo en activo, había salido de Ecaza. En el reloj de la Puerta del Sol acababan de dar las doce. El centro de Madrid era un torbellino de funcionarios en busca de su café de mediodía, de turistas japoneses armados de sonrisas blanquísimas y sofisticadas cámaras digitales, de chorizos dispuestos a aligerarlos de sus cámaras —y aun de sus carteras— al menor descuido. Las bocas del metro devoraban y regurgitaban viajeros a centenares. La caravana del tráfico avanzaba con parsimonia de caracol, emponzoñando el aire con los gases de los tubos de escape. El centro de Madrid era un monstruo de rostros y voces, de ruido y humo. Pero Erasmo permanecía ajeno a toda aquella furia, inmóvil en su puesto de vigilancia, concentrado en la única y compleja tarea de acechar a su *presa* sin ser visto.

La *presa* que Erasmo había elegido este jueves era la librería de viejo de Juan Maestre, un antiguo conocido al que el bibliófilo dudaría entre clasificar como cómplice o como enemigo. En honor a la verdad, Maestre le había proporcionado algunos de los ejemplares más valiosos y delicados de su colección. Con un gruñido de placer, el bibliófilo evocó su *Historia de la linda Magalona* (Burgos, 1521) con una nota autógrafa de don Hernando Colón, y también su ejemplar en perfecto estado del incunable *Fasciculus temporum*, de Werner Rolevinck, el primer libro español impreso con grabados, volúmenes ambos que por sí solos justificaban toda su biblioteca y provocarían la envidia de sus rivales bibliófilos (suponiendo que estos sospecharan que los poseía). Erasmo ignoraba cómo semejantes joyas habían acabado en manos de Maestre, y a decir verdad prefería seguir ignorándolo. Sabía de sobra que muchos de los libros más valiosos llegaban al mercado tras una serie de transacciones dudosamente legales. Con todo, su pasión por los libros era mucho más sólida que sus escrúpulos, aunque estos aún le asestaran a veces algún que otro pinchazo en la conciencia. No en vano Erasmo había sido seminarista de joven, y aunque hacía muchos lustros que su fe se había evaporado, todavía se tenía por un hombre de principios. Pero ¿qué mejor modo de acallar la conciencia que no indagar jamás sobre la procedencia de los libros que adquiría? Además, cualquier escrúpulo se desvanecía cuando se encerraba en su biblioteca y, tras desconectar el teléfono y activar la cerradura electrónica de seguridad, recorría con la vista los anaqueles hasta localizar un ejemplar concreto, y luego lo tomaba con delicadeza, aspiraba su aroma remoto a antigua sabiduría, acariciaba su encuadernación (tal vez un delicado trabajo en piel de estilo plateresco) como si se tratara de la epidermis de una hermosa joven, y luego depositaba el libro en el atril y, tras enfundarse los guantes de algodón,

procedía a pasar sus hojas con el mimo con que se maneja a un recién nacido, leyendo aquí y allá, o simplemente contemplando las minuciosas capitulares, o el elaborado colofón, o extasiándose ante la nitidez y elegancia de la tipografía o la textura del papel, tan flexible y fragante como si la obra estuviese recién impresa. Siempre que recordaba los valiosos ejemplares que lo aguardaban en la oscuridad de su biblioteca, experimentaba un calor en lo más íntimo que solo podía tener un origen. Sí, aquello tenía que ser amor. Y ante tan noble y hermoso sentimiento, ¿quién se dejaría detener por los escrúpulos?

La cuestión era que el librero Juan Maestre había depositado en manos de Erasmo López de Mendoza las más amadas de aquellas maravillas, y por ello no podía evitar sentirlo como un cómplice, con frecuencia hasta como un querido amigo. Por otro lado, Maestre era uno de los perros más viejos del oficio, versado y lúcido como nadie, consciente del valor exacto de cada ejemplar que ponía a la venta y, lo que era peor, muy experimentado en esos procesos irracionales que se disparan en la mente y en el corazón de un auténtico bibliófilo a la vista de un ejemplar ambicionado (la edición incunable de las *Obras* de César en español, pongamos por caso). Por mucho que el coleccionista hubiera aprendido a disimular su avidez, a controlar su respiración y el temblor de sus manos, Maestre olfateaba los buenos negocios con la facilidad con que un sabueso ventea una liebre a kilómetros de distancia. Entonces el bibliófilo podía darse por cazado, pues a buen seguro acabaría pagando el precio exigido por el librero, que con frecuencia era mucho más alto que el que habría estado dispuesto a pagar de haber encarado el asunto sin ceder a las pasiones, como una transacción comercial más. Sin embargo, la alternativa sería verse privado de aquel ejemplar en concreto. O bien —aunque el mero pensamiento era demasiado horrible— dar lugar a que la joya acabara en los impuros anaqueles de un zafio bibliófilo rival. Erasmo no pudo evitar estremecerse a pesar del calor reinante.

Corrían los primeros días de junio y en Madrid comenzaba a anunciarse el que habría de ser el verano más tórrido de la década. Erasmo había sucumbido a su célebre extravagancia de usar camisas con estampados tropicales (flores, palmeras, papagayos) tan pronto como el calor apretaba. Y ello a pesar de que los tonos chillones de su vestimenta no contribuían a mimetizarlo con el entorno y a hacer así su vigilancia más discreta. Para remediarlo, se había escondido detrás de un voluminoso macetero del mobiliario urbano que, dada la escasa envergadura de nuestro hombre, lo ocultaba casi por entero. Además, la librería de Juan Maestre estaba situada en la calle Mayor, a escasos metros de la Puerta del Sol, por lo que la marea humana que inundaba el corazón de las Españas rebosaba los límites de la plaza y se derramaba también por aquella vía y las adyacentes. En esos mismos instantes, Erasmo y el macetero que le servía de cobertura se encontraban en medio de un grupo de más de cincuenta turistas japoneses ansiosos de cambiar sus yenes por

souvenirs. Ni el ojo más atento hubiera distinguido al pequeño bibliófilo entre la hueste de risueños orientales. Sabiéndose a salvo, Erasmo aguardaba paciente en su puesto de observación, que se encontraba en la acera opuesta a la que ocupaba la librería de Maestre, a unos veinte metros más allá. De vez en cuando apartaba las hojas del ficus que albergaba el macetero para echarle un vistazo más atento a la puerta del local. El tiempo transcurría, pero él, haciendo honor a su condición de jubilado, no tenía ninguna prisa. Procuraba economizar movimientos. Si acaso, a intervalos regulares cambiaba levemente de postura y volvía a distribuir el modo en que los pies aguantaban su peso (ligero, por otro lado). La temperatura le parecía confortable, ni una gota de sudor mancillaba su camisa. Erasmo se sentía esperanzado. Le constaba que, antes o después, su paciencia daría sus frutos. Ajeno al bullicio reinante, inmóvil en su puesto de vigilancia, Erasmo López de Mendoza aguardaba a que su presa se pusiera a tiro.

Dieron las doce y media sin que nadie hubiera atravesado el umbral de la librería de Maestre, ni para entrar ni para salir, pero Erasmo seguía al acecho, sin desmoralizarse, sin despeinarse siquiera. A eso de la una menos cuarto, el bibliófilo tuvo que abandonar la vigilancia unos segundos para recolocarse la lentilla del ojo derecho, que se había movido de su sitio. Mientras procedía a la delicada operación, Erasmo recordó la época en que todavía llevaba gafas de las que comúnmente se denominan «de culo de vaso». Aquellos anteojos le conferían una cierta apariencia quevedesca, un aire de intelectual bohemio que él realzaba con el uso de una corbata de lazo (segundo detalle extravagante de su indumentaria, además de las camisas tropicales). Tal vez fuese un aspecto adecuado para su actividad de entonces, que no era otra que la de impartir clases de literatura del Siglo de Oro en la universidad. Aun así se sintió rejuvenecido el día que estrenó sus primeras lentillas y pudo relegar las gafas de culo de vaso a la intimidad doméstica. «En el fondo soy un coqueto», se dijo con una sonrisa de galán trasnochado mientras dirigía la vista de nuevo hacia la librería de Maestre.

Entonces lo vio.

Maestre abandonaba el establecimiento con una voluminosa cartera bajo el brazo. Su calva relucía al sol con la intensidad de una baliza de señalización marítima, y su panza subía y bajaba al compás de sus vigorosos andares igual que la joroba de un dromedario. Como de costumbre, vestía de blanco de pies a cabeza, un color que, si bien no contribuía precisamente a disimular su tonelaje, al menos sí que le confería un cierto aire de ingenuidad que Erasmo imaginaba deliberado. Albo e inocente como un monje de Zurbarán, para el librero era más sencillo desarbolar a sus clientes potenciales y acabar cobrándoles un precio abusivo. Pero hoy, si todo iba según lo previsto, le iba a salir el tiro por la culata. Erasmo se frotó las manos mientras lo veía perderse entre una masa de viandantes que se apartaban a ambos lados para evitar la

colisión con la blanca mole. Tras dejar transcurrir unos cinco minutos (no fuese el librero a regresar por culpa de algún olvido), Erasmo surgió de detrás de su escondite, adoptó la actitud indolente que convenía a un jubilado durante su paseíto de antes de comer, y se dispuso a cruzar la calle.

* * *

—Buenous días.

—Ah, buenos días.

Aprovechando que el jefe acababa de salir, el joven dependiente había reanudado el sudoku del periódico, que hoy se le resistía con especial contumacia. Llevaba tan solo dos semanas en aquella librería y empezaba a comprender que el suyo acaso fuera el empleo más aburrido del mundo. Raro era el día en el que entraban más de diez clientes en total, casi todos ellos turistas despistados en busca de algún recuerdo típico (ya había tenido que explicarle por señas a más de uno que allí no vendían carteles taurinos). También debía de ser el trabajo con el sueldo más raquíto del mundo. A cambio, disponía de un crédito casi inagotable de tiempo libre que empleaba en los sudokus y en preparar las dos asignaturas que le quedaban para completar la licenciatura de Derecho. A decir verdad, el joven dependiente no comprendía por qué el señor Maestre mantenía abierta aquella tienda, cuando era notorio que la gran mayoría de sus operaciones de compraventa de libros (y sin duda las más lucrativas) se desarrollaban en otros lugares. Quizás existiera algún motivo sentimental, toda vez que el mismo local había sido ocupado por el padre de Maestre y antes por su abuelo, ambos libreros de viejo como él. Aunque sospechaba que el motivo real debía de ser alguno menos confesable, y que la tienda en realidad constituía una fachada para teñir de respetabilidad los poco respetables negocios de su patrón. Pero el dependiente consideraba que todo eso no era de su incumbencia, siempre que siguiera recibiendo puntualmente su raquíto sueldo y dispusiese de tiempo para el Mercantil, el Procesal y el sudoku diario. Lástima que a veces algún desocupado perturbara su quietud, como este individuo bajito que acababa de entrar con aire de despistado y aspecto inequívoco de turista (camisa estridente y acento anglosajón a juego).

—Buenous días, *young man* —repitió el hombrecillo—. Aunquei en realidad debeuría decir bueines tardis. *Know what I mean? Good afternoon. After-noon.* Despuéis de mediou día.

El dependiente del sudoku se dijo que prefería de lejos a los japoneses en busca de carteles de toros y pósteres de la Alhambra. Al menos no hablaban una palabra de español y no entraban con las ínfulas pedagógicas de este hombrecillo. Pero, por muy guiri y pesado que fuera, se trataba del primer cliente del día, y el joven dependiente

estaba firmemente resuelto a romper con el tópico del español haragán y siempre enfurruñado.

—Claro, claro. *Good afternoon* —repitió obediente con su mejor acento del instituto—. *Can I help you?*

—¿Vendei usted tal ves posters de... *you know... bullfighters?* —Y para ilustrar su pregunta el hombrecillo de la camisa floreada se llevó ambos índices a las sienes a modo de pitones.

El dependiente le respondió con una sonrisa cargada de suficiencia.

—No, señor. Esto es un negocio de libros antiguos. *Old books*. Pero a lo mejor encuentra lo que quiere en la tienda de recuerdos que hay a la vuelta. *Typical. You understand? Around the corner.*

—*Yes, yes, thank you very much indeed* —replicó el hombrecillo con gratitud aparentemente sincera. Entonces fingió reparar en el establecimiento donde se encontraba—. *Ah, books. Very interesting. Do you mind if I...?* ¿Le impoorta si yo... ahm... mirou?

—*Of course, of course*. Está usted en su casa. Hum. *You are in your house*.

Satisfecho de su dominio de la lengua de Shakespeare y de la forma exquisita en que había manejado a aquel turista, el dependiente volvió a zambullirse en su sudoku. El hombrecillo de la camisa floreada se giró hacia los anaqueles. Y en ese momento su sonrisa de guiri bobalicón se convirtió en un gesto de pura malicia. Pensó que Maestre debía de estar perdiendo facultades, o bien le había surgido un negocio tan prometedor que no había tenido más remedio que abandonar su librería por piernas (tal vez el resultado de un nuevo expolio en algún convento rural). De no ser así, jamás habría dejado solo a aquel mozalbete sin antes clavar una foto de Erasmo López de Mendoza en la pared, junto con la indicación de «peligroso» en grandes letras de molde, como en esos carteles de los terroristas más buscados que se ven en las comisarías. Por suerte, hasta los perros más veteranos tienen descuidos, lo que le había permitido a Erasmo hacerse con algunas piezas interesantes a precio de saldo, aprovechando siempre los momentos en que las librerías de viejo quedaban a cargo de sus dependientes más novatos. Era únicamente cuestión de paciencia, de esperar el momento oportuno. Y para eso únicamente hacía falta tiempo, un bien que Erasmo poseía en abundancia desde que dos años antes se había jubilado de la universidad para dedicarse en exclusiva a su verdadera pasión. En apariencia el muchacho seguía enfrascado en su sudoku, y Erasmo sabía que en la gente joven realidad y apariencia suelen coincidir (no en vano había ejercido la enseñanza universitaria durante más de treinta años). Así las cosas, se sintió libre para escudriñar en las estanterías sin levantar la menor sospecha.

Tampoco es que esperase un milagro. Una cosa era que la ocasión fuese propicia para hacerse con algún saldo. Otra muy distinta que Maestre se hubiera vuelto tan

negligente como para dejar libros de auténtico valor al alcance de cualquiera. De hecho, Erasmo sabía muy bien que ni siquiera en la trastienda encontraría ninguna de esas piezas por las que un coleccionista estaría dispuesto a dejarse cortar una libra de carne. Maestre guardaba ese tipo de libros en otro sitio, en algún almacén secreto dotado de las más férreas medidas de seguridad: una alarma ultramoderna, detectores de movimiento, un perro de tres cabezas, un dragón... Con todo, Erasmo era un deportista nato y, aunque aquella caza menor no se podía comparar con el éxtasis de cobrar una pieza realmente importante, el asunto le divertía de un modo casi idéntico. Y hoy se sentía tan optimista que ni siquiera le sorprendería encontrar alguna joyita entre la morralla o una pequeña perla en el muladar.

La librería de Juan Maestre era como un túnel que horadase una montaña de papel. Un local escueto, angosto, mal iluminado, y varias toneladas de material impreso abarrotando hasta el menor recoveco. La cobertura de papel era tan perfecta que parecía absorber el sonido y hasta la luz. Tal vez por eso la iluminación siempre resultaba insuficiente, los ruidos sonaban amortiguados, y las conversaciones debían mantenerse en un tono ligeramente más alto del normal. Para alguien que no fuera un auténtico fanático de los libros, la entrada a aquel establecimiento podía suponer una experiencia inquietante y aun un punto angustiosa, pues las montañas de volúmenes eran tan imponentes y el espacio tan exiguo que el cliente ocasional tenía la sensación de que en cualquier momento iba a perecer enterrado bajo un alud de papel viejo y tinta rancia. Enormes estanterías de pino forraban los muros desde el suelo hasta el techo, todas ellas reventando de libros que habían sido aparcados en doble e incluso en triple fila. Y ahora el ojo experto de Erasmo recorría los anaqueles con la precisión de un escáner clínico. Ediciones baratas de finales del XIX, deterioradas y encuadernadas con vulgaridad. Bah. Misales y libros de rezos. Morralla. Algunas biblias apolilladas que ni siquiera harían buen papel sustituyendo la pata rota de un mueble. Varios ejemplares de la Enciclopedia Álvarez, que se había puesto tan de moda entre los nostálgicos de la educación franquista (algunos de esos libros aún despedían un cierto aroma a sabañones, palmeta y coscorrón). Pura quincalla. En el estante superior, inesperadamente, una pieza de cierto valor: los 29 tomos de la undécima edición de la *Encyclopaedia Britannica*, la de 1911, algo mohosa y carcomida, y sin embargo interesante, aunque por desgracia solamente valiosa si se adquiría en su integridad, y esta mañana Erasmo no se sentía con fuerzas para cargar con sus más de cien kilos de sabiduría anglosajona. *Not today, old boy*. Vaya, por allí asomaba una primera edición del *Viaje a la Alcarria* (Revista de Occidente, Madrid, 1948). El lomo algo fatigado, pero aparentemente en un estado general aceptable. Quizás...

Erasmo extrajo el libro de Cela de su estante y lo abrió con gesto indolente, como si hubiera tomado un libro al azar con el único propósito de entretenerse. Una fugaz

mirada hacia su espalda le reveló que el dependiente continuaba sumido en sus pasatiempos, lo que seguía dándole cierto margen de impunidad. En su interior el libro estaba bien conservado, sin subrayados ni anotaciones ni manchas espurias ensuciando las páginas (algunos libros antiguos contenían más mugre que literatura, todo un desafío para cualquier experto de la Policía Científica). Las 49 láminas originales en blanco y negro seguían en su sitio. Firmado por el autor y dedicado a un tal José Robles. En cuanto a su precio, este aparecía indicado en la guarda anterior con la ampulosa caligrafía de Maestre: novecientos euros.

La ocasión no podía ser más propicia, y el precio abusivo del librero era como para disipar cualquier vestigio de escrúpulo. ¡Novecientos euros! ¿Qué se habría creído aquella sabandija? Con gesto furtivo, el bibliófilo rebuscó en su mariconera hasta dar con el lápiz y la goma de borrar que siempre lo acompañaban en aventuras como la de hoy. Dos toquécitos de goma y aquella cantidad absurda había ingresado en la nada. Luego, imitando la letra de Maestre (a decir verdad, sabía imitar la letra de los principales libreros del país), Erasmo volvió a tasar el libro en un precio que consideró justo y razonable para su bolsillo: diecisiete euros. Perfecto. Después se volvió hacia el dependiente del sudoku con su sonrisa más guiri y angelical.

Pero, un momento. ¿Qué era aquello?

El bibliófilo acababa de hacer un hallazgo que disipó todo su interés por el libro de Cela. Sobre el suelo, al fondo de la librería, yacía una caja de cartón que al parecer habían dejado allí con cierta prisa. Quizás la intempestiva salida de Maestre hubiera impedido una inspección exhaustiva de su contenido. Y ello abría todo un mundo de excitantes posibilidades. Fingiendo que curioseaba los libros de aquel sector, Erasmo se acercó para echar un vistazo. La caja estaba abierta y medio llena de lo que parecían legajos atados con cordeles. Muy interesante, sobre todo porque se trataba de documentos manuscritos, y a simple vista el tipo de papel y la caligrafía correspondían al Siglo de Oro. Actas y protocolos notariales, seguramente. Nada como para ponerse a dar brincos. Pero ojalá pudiera quedarse unos segundos a solas con aquellos documentos para echarles un vistazo más cuidadoso.

—*Excuse me, young fellow. Do you...?* Ahm... ¿Tienei librou de Ernest Hemingway soubre... *you know...* Saint Fermin?

—¿«Fiesta»?

—*Yes, yes, excellent.* «Fiesta». «*The Sun Also Rises*», *correct?* Rita Hayworth and Tyrone Power, *yes?*

Erasmo consideraba más que probable que Maestre guardara varios ejemplares de Hemingway en su librería, y con algo de suerte estos se encontrarían en el almacén de la trastienda, que era mucho más espacioso que la tienda en sí. El bibliófilo había conocido a libreros capaces de dar con la localización exacta de un ejemplar entre kilómetros de estanterías, de memoria y en cuestión de segundos. Pero este no parecía

ser el caso del joven de los sudokus, quien mostraba tanto interés en el comercio de libros como un chimpancé o un orangután. Con suerte, la búsqueda del título de Hemingway le concedería algunos minutos de plazo para estudiar el contenido de la caja. Y si no era así, ya pensaría en otra cosa.

Erasmus vio cómo el joven dependiente realizaba varias consultas en el ordenador sin dejar de rascarse la cabeza, hasta que por fin pareció dar con alguna pista de la obra solicitada.

—Pues sí, lo tenemos en *stock*. Una edición de Bruguera. ¿No le importa que esté traducido?

—*Oh, no. Absolutely not. Más auténticou in Spanish. Thanks a lot.*

Y Erasmus se frotó las manos mientras veía la espalda del dependiente perderse por la puerta de la trastienda. Sabía que allí dentro los libros y las estanterías conformaban un auténtico laberinto, y daba por sentado que aquel joven memo vagaría errante entre los anaqueles durante un buen rato. Una imagen evocadoramente borgiana. Aunque lo único importante era que aquella ausencia iba a proporcionarle el plazo de tranquilidad que necesitaba. Erasmus cayó sobre la caja de los manuscritos como un buitre abatiéndose sobre una vaca muerta.

Enseguida comprobó que no se había equivocado al datar ni catalogar aquellos documentos. En efecto, se trataba de protocolos notariales. Y la escritura era la habitual en los documentos públicos hasta bien entrado el siglo XVII. Había unos diez legajos que presentaban un grado homogéneo de conservación, por lo que parecía probable que hubieran descansado en el mismo archivo. Un lugar oscuro y seco, a salvo de polillas y roedores, a juzgar por el buen estado del papel y la perfecta legibilidad de los trazos. Hasta algunos años atrás Erasmus habría sido capaz de leer la enrevesada escritura de aquellos documentos con la misma facilidad con que leía *Hibris*, la revista de bibliofilia en la que colaboraba con una sección fija. Por desgracia, su vista se había deteriorado mucho últimamente, y no debido a la miopía que sufría desde niño, sino a una dolencia conocida como degeneración macular, un pequeño monstruo que estaba devorando su visión partiendo del centro, y que cada día le obligaba a ladear más la cabeza para poder leer. Pero la vista que conservaba era suficiente para confirmarle que no parecía haber nada emocionante entre aquellas escrituras y testamentos. Es decir, hasta que levantó los legajos de la superficie. Lo que apareció debajo era distinto. Enormemente distinto. Y le bastaron unas cuantas palabras leídas al vuelo para comprenderlo.

De repente sintió que la vista se le llenaba de lucecitas y las sienas le ardían, y a duras penas fue capaz de contener la lipotimia sentándose en el suelo y hundiendo la cabeza entre las rodillas. Pero ¿qué demonios estaba haciendo, desmayándose como una damisela decimonónica a dieta de vinagre? El dependiente podía regresar. O alguien podía entrar en la librería en cualquier momento. Tal vez el mismo Juan

Maestre irrumpiera de pronto (¿acaso no se burlan los dioses de nosotros haciéndonos saborear el éxtasis para acto seguido hundirnos en la miseria?). Había que actuar de inmediato. Y eso fue lo que Erasmo López de Mendoza hizo tan pronto como sintió que su ritmo cardiaco comenzaba a normalizarse, no sin antes dar las gracias a Wiborada, santa patrona de los bibliófilos.

* * *

A primera hora de la tarde, Erasmo López de Mendoza renovaba sus votos de gratitud a la santa y mártir. De hecho, acababa de hacerle la ofrenda de un solomillo a la pimienta regado con media botella de Ribera del Duero. Aunque enemigo de los excesos y de los gastos superfluos, el bibliófilo no era en absoluto reacio a darse un pequeño homenaje cuando la ocasión lo merecía. Y vive Dios que esta lo merecía.

Se encontraba encerrado en el santuario de su biblioteca. La asistenta acababa de marcharse y, a fin de evitar las interrupciones de su esposa, Erasmo había tenido la precaución de quedarse viudo diez años antes. En aquellos instantes su añorada Almudena, de tan dulce recuerdo, lo miraba ceñuda desde un marco de plata que se erguía sobre la esquina izquierda de su escritorio, más silenciosa de lo que jamás había estado en vida. Erasmo le sopló un beso desde la punta de los dedos para a continuación dedicarse por entero a su hallazgo de la mañana.

Hacerse con aquel tesoro había resultado insultantemente sencillo, tanto que Erasmo no podía evitar sentirse algo decepcionado. Una vez superada la pequeña indisposición provocada por el hallazgo, el bibliófilo se había apresurado a ejecutar su plan. Y así, cuando el dependiente regresó con el libro de Hemingway en la mano, algo de polvo sobre el cabello y los hombros, y la sonrisa cansada de quien acaba de materializar una gesta, Erasmo ya tenía su escena perfectamente preparada. El legajo descansaba sobre el mostrador, y ahora el cordel sujetaba también un papelito rectangular en el que se leía «documentos notariales, testamentos y escrituras, 200 €», todo ello con la letra de Juan Maestre primorosamente imitada. El dependiente había mostrado cierta extrañeza al comprender que aquel tontaina deseaba comprar un montón de papeles viejos por un precio que se le antojaba absurdo, pero él no era quién para llevarle la contraria si deseaba deshacerse de sus dólares. Unos billetes cambiaron de mano y el dependiente imaginó las felicitaciones de su jefe cuando supiera de su pericia como librero. Y un minuto más tarde Erasmo López de Mendoza salía de la librería con una edición barata de Hemingway que se apresuró a depositar en la primera papelería y, por supuesto, con el precioso legajo envuelto en un pulcro paquete. El bibliófilo se sentía más radiante que el sol que inundaba aquel día la calle Mayor. Lástima que aquel momento de felicidad perfecta se viera empañado por la súbita aparición de Maestre, que regresaba a su librería tras ultimar

aquel recado urgente que tan caro iba a salirle. El librero acababa de surgir de la siguiente esquina, blanco e inmenso cual Moby Dick de secano. Reacio a emular al capitán Akhab, Erasmo decidió regresar sobre sus pasos y emprender una poco épica retirada, aun a costa de tener que dar un rodeo para alcanzar su domicilio. Lo que fuera con tal de no toparse con Maestre. Y ojalá su llamativa camisa floreada no hubiese llamado la atención del librero y levantado sus sospechas. Por suerte, se encontraban a bastante distancia uno del otro y la calle Mayor seguía tomada por hordas de hijos del sol naciente.

Ahora, en la quietud de su biblioteca, con todos sus volúmenes rodeándolo como una gran placenta, Erasmo procedió a desatar el cordel que unía las hojas. A simple vista el legajo estaba compuesto por entre ochenta y cien hojas. Su conservación, como ya había observado en la tienda, era excelente. Se concentró en la primera plana y comprobó que la escritura diminuta y minuciosa que la cubría conservaba la suficiente claridad para que la lectura se pudiera abordar directamente, sin necesidad de costosos procesos digitales para aumentar el contraste e intensidad de los trazos. De hecho, era esa claridad lo que había permitido que Erasmo, incluso con su vista deteriorada, captara ciertas palabras clave que muy cerca habían estado de fulminarlo como un rayo divino. Con la sensación de estar asomándose a un texto sagrado, el bibliófilo empuñó su lupa y acercó la lámpara del flexo. Y en efecto, allí seguía la evidencia que convertía aquellas humildes hojas en un documento absolutamente excepcional. Milagroso.

En 1905 el superintendente de una mina de Sudáfrica había salido a dar un paseo cuando un destello llamó su atención desde el suelo. Al acercarse encontró una piedra cristalina tan grande que en ningún momento se le ocurrió que pudiera tratarse de algo valioso, sino de un simple trozo de vidrio o un vulgar guijarro de cuarcita. Pero esa piedra resultó ser un diamante en bruto de más de tres mil quilates, el archifamoso Cullinan, del que salieron varias piedras que hoy forman parte de las joyas de la corona británica.

Aquel hombre se llamaba Frederick Wells.

Hoy Erasmo López de Mendoza no había encontrado un solo diamante, sino dos. Y ambos de valor incalculable. Eran el nombre de una persona y el título de un libro.

Aun sin haberla descifrado por completo, parecía evidente que en la primera hoja de aquel documento se hacía referencia al novelista más célebre de todos los tiempos y, por si quedaba alguna duda, unas líneas más adelante se mencionaba el título de la novela que lo hizo inmortal. Bajo la lupa de Erasmo descansaba una crónica escrita por un contemporáneo de Cervantes que afirmaba haberlo conocido en persona.

Dios era grande y Erasmo López de Mendoza su profeta.

O como mínimo el Frederick Wells de los bibliófilos.

Erasmus dedicó el resto de la tarde a tratar de descifrar las primeras páginas del manuscrito. Cada línea que leía renovaba su convicción de que la pieza que acababa de cobrar no era grande, sino gigantesca. «Una auténtica ballena blanca entre los manuscritos», se dijo con un guiño de homenaje para el burlado librero Maestre. El autor, un tal Gonzalo de Córdoba, anunciaba su intención de narrar una serie de acontecimientos vividos en su juventud, y para ello se remontaba hasta cuarenta años antes de la fecha en la que estaba datado el manuscrito, en concreto hasta ciertos días de los meses de septiembre y octubre de 1604. Y lo más fascinante del asunto era que aquellos acontecimientos parecían involucrar de un modo muy directo a un tal Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares y antiguo soldado de su majestad. Es más, los hechos narrados giraban en torno a otro manuscrito, el de un libro que estaba a punto de entrar en la imprenta, por más señas una novela cómica protagonizada por cierto hidalgo manchego devenido caballero andante.

Aquello no podía ser cierto. Tenía que tratarse de alguna clase de broma sofisticada y cruel. ¿Y si Juan Maestre, anticipándose a su jugarreta, había encargado aquella falsificación y se había asegurado de que acabara en sus manos para luego convertirlo en el hazmerreír del mundillo bibliófilo nacional, en el que la maledicencia y el escarnio se cotizaban tanto como un incunable impreso en vitela? A Erasmo se le ocurrió que no dejaba de tratarse de un pensamiento consolador, pues la responsabilidad que había empezado a sentir sobre sus hombros de sexagenario ya le estaba resultando abrumadora. Pero su experiencia con impresos y manuscritos era demasiado amplia para considerar seriamente la posibilidad de que todo hubiera sido un montaje y, por tanto, el manuscrito que tenía delante no fuese más que una falsificación. Estaba, para empezar, el tipo de papel, que por sus características (grosor, textura y filigrana) correspondía sin duda a la época en la que estaba fechado el manuscrito. Es más, el bibliófilo estaba casi seguro de que aquel papel había salido del batán del monasterio del Paular, cuyos monjes cartujos servían por entonces a todas las imprentas de Madrid. Siempre cabía la posibilidad —remota, por otro lado— de que Maestre hubiera encontrado una resma en blanco de papel original, y luego buscado un especialista para falsificar el texto con la apretada caligrafía de la época. Pero sus muchos años de cliente le daban cierta perspectiva sobre el carácter del librero, a quien creía capaz de prostituir a su santa madre siempre que la oferta le pareciera adecuada. No, Maestre jamás se habría gastado el dineral que suponría semejante falsificación con el único propósito de tomarle el pelo a él, que además figuraba en la lista de sus clientes más selectos. Por otro lado, los varios lustros de Erasmo como bibliófilo le habían permitido desarrollar un sexto sentido con respecto a los impresos y los manuscritos antiguos, y aquel instinto le decía que el que tenía

delante era original con un 99 por ciento de certeza. Y ante tamaña responsabilidad no pudo evitar sentirse igual que Moisés por los días en que bajó del Sinaí con las *Tablas de la Ley*.

Las *Tablas de la Ley*, escritas por Yahvé de su puño y letra. Esa sí que sería una pieza cotizada. Reunía todos los requisitos: manuscrito, ejemplar único, antigüedad, prestigio de su autor, trascendencia del texto... Pero se daba la circunstancia de que aquel legajo que tenía delante, ya de por sí un singular tesoro, podía representar la llave para un hallazgo que solamente admitía parangón con el original de los Diez Mandamientos. Ya en la primera página de su crónica, Gonzalo de Córdoba declaraba que durante los últimos cuarenta años había conservado el manuscrito de *El ingenioso hidalgo*, que todavía obraba en su poder, y que lo había preservado como una joya para que lo heredaran sus hijos y los hijos de estos. Y todo ello por expreso deseo de su autor, que así lo había manifestado y rubricado con su firma al pie del texto de la obra, en la última página del manuscrito original. Así las cosas, Erasmo juzgó concebible que la crónica de Gonzalo de Córdoba, aquel mismo legajo que descansaba sobre su mesa, contuviera pistas sobre la localización del autógrafo del *Quijote*. Si antes había calificado su hallazgo de hoy como la «ballena blanca de los manuscritos», el autógrafo de la novela de Cervantes sería tan extraordinario y milagroso como la localización del mismísimo Santo Grial, con el ADN de Jesucristo y los Doce Apóstoles en forma de baba petrificada en torno al borde de la copa.

Si hoy en día saliera a la venta un ejemplar de la edición *princeps* del *Quijote* (la primera de Juan de la Cuesta, comienzos de 1605), su precio alcanzaría probablemente varios millones de euros. Y se trataba de un libro impreso del que probablemente se habían tirado unos mil ejemplares (aunque solo se tenía constancia del paradero de unos veinticinco). Pero, ay, los manuscritos eran harina de otro costal. En el año 2000 la sala Christie's de Nueva York subastó un capítulo autógrafo del *Ulises* de Joyce, novela execrable donde las hubiera en opinión de Erasmo. Aun así, hubo alguien dispuesto a pagar un millón y medio de euros por aquellas veintisiete páginas garrapateadas por un borrachuzo irlandés aquejado de úlcera duodenal. En 1994, Bill Gates no había dudado en desprenderse de treinta millones de sus Windows-dólares para hacerse con un códice autógrafo de Leonardo da Vinci, a razón de casi un millón de euros por hoja. ¿Qué representaría la irrupción en el mercado del manuscrito completo de la primera parte del *Quijote*? ¿Mil millones? ¿Dos mil millones? ¿El presupuesto nacional entero?

De repente Erasmo sintió vértigo y lo atenazó la sensación de estar asomándose a un pozo sin fondo, de modo que se vio obligado a acudir a la cocina para prepararse una tila que tuvo la virtud de ayudarlo a recomponerse.

Hasta las cuatro de la mañana no fue capaz de separarse del legajo. Cada línea encerraba nuevas sorpresas y elevaba el barómetro de su emoción en varios grados.

Pero la experiencia de leer el manuscrito, aun siendo fascinante, le estaba deparando también un alto grado de frustración. La culpa, para empezar, la tenía el misterioso cronista y su endiablada escritura. La letra era ampulosa y enrevesada, como correspondía a la caligrafía de la época. Incluso resultaba algo más confusa de lo habitual, como si el autor del manuscrito no hubiese recibido una educación al uso, sino que hubiera aprendido a escribir por sí mismo. Con la ayuda de su lupa Erasmo había logrado descifrar las líneas del comienzo, aquellas que contenían la primera mención a Cervantes y al *Quijote*. Luego el proceso se había complicado por culpa de su deficiente vista, y eso no había lupa que lo remediara. En condiciones normales su degeneración macular representaba un serio fastidio. Pero cuando trataba de forzar la vista, la zona ciega del centro de su retina extendía sus dominios hasta que todo su campo visual parecía cubierto por una lámina de agua turbia. Y esta tarde había forzado la vista como no lo había hecho desde hacía años. Tras un largo rato de afanosa lectura, apenas se había adentrado en la tercera página de la crónica, y ello sometiendo su cuello a una dolorosa torsión a fin de aprovechar su visión periférica, la única que estaba libre de niebla. Poco después, su vista había quedado reducida a un triste lagrimeo, y hasta el más ligero movimiento de cabeza le arrancaba un gemido de agonía. Para colmo, ahora apenas era capaz de identificar palabras, y los trazos de escritura empezaban a parecerle patitas de insecto. El mayor hallazgo de la historia de la bibliofilia tal vez estuviese al alcance de su mano, y él se sentía impotente para gozar su premio por culpa de una pejuguera llamada degeneración macular. Ríase usted del suplicio de Tántalo.

Mientras guardaba el manuscrito en la caja fuerte donde dormían sus piezas más valiosas, Erasmo López de Mendoza comprendió con dolorosa clarividencia que el tiempo había hecho en él su inexorable labor de zapa y que, por tanto, no iba a poder emprender en solitario aquella aventura.

* * *

Desde que se jubiló y dejó de acudir a diario a la Ciudad Universitaria, Erasmo rara vez abandonaba el centro de Madrid. Por eso se sintió extraño al bajarse del taxi y verse rodeado de aquellos edificios-colmena que conformaban el horizonte urbano del extrarradio. Sobre él gravitaba la amenaza de algún peligro inconcreto que tal vez se materializara en cualquier instante bajo la apariencia de joven cosido de *piercings* y cubierto de tatuajes tribales, o quizás de un pálido inmigrante eslavo, o de un drogadicto consumido y desesperado por reunir dinero para costearse su dosis. A su izquierda había un solar colonizado por la maleza que Erasmo imaginó bullente de ratas y otras alimañas. Y aquel olor en el aire tenía que ser sin duda el aroma de la jungla.

IES MADRID-SUR, así rezaba el rótulo del edificio al que Erasmo se disponía a entrar. Antes de ascender a los cielos de la educación superior, el bibliófilo había empezado su carrera docente en la enseñanza media. Pero el vetusto y solemne instituto de provincias que presenció el debut del joven Erasmo tenía muy poco que ver con esta fea caja de ladrillo visto, con más aspecto de institución psiquiátrica que de centro educativo. Y tampoco los alumnos de aquellos tempranos años setenta, a los que recordaba como jóvenes sumisos y respetuosos, admitían comparación con los dos especímenes que acababan de hacer una violenta aparición por la puerta del instituto, obligándolo a apartarse para evitar ser arrollado. Eran un chico y una chica, o al menos eso le pareció, porque sus vestiduras holgadas e informes los hacían casi indistinguibles, por no hablar de su cabello, que ambos llevaban dispuesto en multitud de enmarañadas trencitas que recordaban a las representaciones de Medusa en la iconografía clásica. A decir verdad, ni siquiera sus voces arrojaban mucha luz sobre la identidad sexual de cada cual, toda vez que ambas sonaban idénticas: roncas, entrecortadas e incomprensibles. A pesar de sus muchos años como docente, Erasmo tuvo que reprimir un ataque de pánico. A continuación, y razonando que lo más probable era que la mayoría de las fieras estuviesen guardadas en sus jaulas, se obligó a dar los pasos necesarios para trasponer el umbral de aquel edificio que, a fin de cuentas, no dejaba de ser una institución educativa.

El olor lo fulminó de inmediato. Allí dentro hedía a algo innombrable: a animales estabulados, a curtiduría, a bocadillo de salchichón del día anterior, a un tsunami de hormonas sexuales. En ese momento estuvo muy cerca de dar media vuelta y salir por piernas, pero entonces recordó por qué estaba allí y la sagrada misión que lo impulsaba (convertirse en uno de los hombres más acaudalados del país), y esos pensamientos lo ayudaron a seguir adelante. A un lado había una especie de garita provista de un cristal de seguridad, como las ventanillas de los bancos, tras la que dormitaba un individuo que, en vista de su perfecta inmovilidad, debía de ser el conserje. Maravillado por su propia audacia, Erasmo decidió seguir adelante, aunque para ello tuvo que reprimir el espontáneo impulso de santiguarse. Eran las once menos cinco de la mañana.

Los pasillos del instituto estaban desiertos y las puertas permanecían cerradas. Pero no por ello dejaba de percibir el peligro de un modo casi orgánico, sobre todo en aquel rumor que brotaba desde dentro de las aulas e impregnaba el enrarecido aire del edificio como una emanación letal. Con gran cautela, Erasmo se fue asomando por cada una de las pequeñas ventanas de las que estaban provistas las puertas de las clases. Y la escena se repitió una y otra vez: un adulto (con o sin bata blanca) que escribía sobre una pizarra con gesto afligido, o bien se parapetaba tras un escritorio con expresión de querer estar en cualquier otro sitio. Y frente a él, una manada de adolescentes en distintas etapas de crecimiento y maduración sexual, meros

recipientes de hormonas, espinillas y malas intenciones, que hacían caso omiso de lo que el adulto les contaba y, repantigados en actitud indolente, ocupaban el tiempo en departir con grandes aspavientos, en escudriñar las pantallas de sus teléfonos móviles o sencillamente en hurgarse la entrepierna. Erasmo se sentía como el visitante de un acuario asomándose a un tanque lleno de pirañas. Con profundo desaliento, se dijo que era allí donde se estaba cocinando el (aterrador) futuro de su país, y que aquella especie de clubes de esparcimiento juvenil en los que se habían transformado las aulas eran el logro de la retórica huera y la estulticia de quienes habían legislado en los últimos tiempos. ¿Qué habría sido de él si no hubiera abandonado la enseñanza media? Por un instante se imaginó en el lugar de uno de aquellos desventurados que se exponían a diario a la barbarie y la ferocidad de semejantes bestezuelas. El pensamiento era tan espantoso que lo tuvo que aparcar de inmediato, como la perspectiva de la enfermedad grave o de la muerte.

Llevaba varias aulas inspeccionadas y el objetivo que lo había traído hasta aquí seguía sin asomar. Tal vez, después de todo, lo mejor fuese regresar a la entrada y despertar al conserje. O buscar el despacho de algún miembro del equipo directivo y solicitarle ayuda. Y entre tales opciones se debatía cuando los corredores del instituto atronaron con un timbrado de tal intensidad que Erasmo sintió cómo hasta el último vello de su espalda se ponía de punta. Presa del pánico, el bibliófilo miró en todas direcciones convencido de que dentro de poco se iba a encontrar cercado por una muralla de llamas. Pero la realidad resultó peor, mucho peor. Lo que el timbre anunciaba no era un incendio, sino el final de la clase en curso y el comienzo del recreo, con el resultado de que, de repente, todas las puertas se abrieron de golpe y las aulas empezaron a evacuar su contenido a los pasillos. Y en cuestión de segundos el poco atlético Erasmo se vio engullido por una marea de robustos cuerpos adolescentes, ensordecido por un griterío que parecía surgir de un ejército en pleno combate, pisado, zarandeado y estrujado como jamás se había sentido, ni siquiera aquella mañana de 1975 en que, a la salida de la facultad, se encontró atrapado entre un grupo de manifestantes estudiantiles y la brigada de la Policía Nacional que cargaba contra ellos. Temiendo seriamente por su integridad física, quiso gritar pidiendo ayuda, pero su grito murió en medio de aquella algarabía como una ventosidad en mitad de la tormenta. Erasmo López de Mendoza se vio en el suelo con una o ambas caderas rotas y se maldijo por su falta de cautela.

Y entonces vio a Pilar.

«¡So-co-rrro!», fue su muda súplica de ayuda, al tiempo que sus brazos se agitaban en dirección a la muchacha que acababa de salir de una de las aulas.

—¡Profesor! Pero ¿qué...?

—¡Sácame de aquí, Pilar! —aulló él logrando por fin que su voz rompiera las ataduras del pánico—. ¡Por el amor de Dios, sácame de aquí!

Sin hacer más preguntas, la joven tomó de la mano al aterrado bibliófilo y, con una energía y destreza que a Erasmo se le antojaron milagrosas, logró sacarlo poco a poco de aquel pandemónium pubescente en que se habían convertido los pasillos del instituto Madrid-Sur a la hora del recreo.

* * *

—No entiendo por qué trabajas aquí —dijo Erasmo, ya repuesto del sobresalto, mientras daba cuenta de su cortado con nerviosos sorbitos.

Ambos habían buscado refugio en una cafetería que había frente al instituto, establecimiento que los alumnos jamás hollaban por ser el punto de encuentro habitual de sus profesores. Pilar le rogó a Erasmo que se sentaran en una de las mesitas que había en la calle, junto a la puerta. «Así podré fumar», explicó. «Además, hace buen día». Desde el interior de la cafetería, algunos de sus compañeros los miraron curiosos.

—¿Que por qué trabajo aquí? —respondió la muchacha con gesto algo dolido—. Bueno, hay que ganarse la vida, ¿no?

Erasmo contempló a Pilar Esparza admirado del intenso cariño que la muchacha seguía inspirándole. Menos de diez años antes aquella misma joven había estado sentada en sus clases de Literatura del Siglo de Oro, anotando cada palabra de sus disertaciones con una aplicación que rayaba en el fanatismo. Por entonces Pilar llevaba su larga melena oscura recogida en una lustrosa cola de caballo, usaba gafas de montura negra y su rostro mostraba la dulce determinación del de una madonna de Botticelli. Era difícil sustraerse a los encantos de alguien que sobresalía entre la mediocridad reinante de un modo tan notorio. Aun consciente de que el flirteo con las alumnas era un pasatiempo muy popular entre sus compañeros de claustro, Erasmo tuvo que hacer grandes esfuerzos por no sucumbir a los atractivos de la joven, lo que le había puesto a salvo del ridículo y le había hecho ganar muchos puntos en la estima de Pilar. No en vano ella se sentía más que harta de ser objeto de las atenciones masculinas. En una época en que la carrera de Filología era poco más que un entretenimiento de niñas monas en espera de un novio de posibles, su ambición era doctorarse en Literatura Castellana y obtener una plaza en la universidad, y a ese propósito dedicaba todas sus energías, con exclusión de fiestas, novios y demás frivolidades. Ni siquiera usaba maquillaje con la esperanza de pasar más desapercibida. Aunque Pilar Esparza sin maquillaje seguía siendo tan llamativa como una rosa de sangre en mitad de un campo nevado.

—La última vez que te vi todavía estabas de becaria en el CSIC —dijo Erasmo—. Luego me dijeron que habías dejado la investigación y te dedicabas a preparar oposiciones para instituto. Si te soy sincero, al principio no me lo creí. Fuiste la mejor

alumna de doctorado que he tenido. Tu tesis sobre los ejemplares supervivientes de la *princeps* del *Quijote* mereció elogios de los especialistas más eminentes. Hasta el catedrático Víctor Infantes te llamó para felicitarte. Y ahora te encuentro desasnando mastuerzos en ese antro infame de ahí enfrente. ¿Por qué, Pilar?

La muchacha clavó sus ojos oscuros en su antiguo profesor y él no pudo evitar ruborizarse. Estaba incluso más guapa que en los días de la universidad. Parecía algo más delgada y llevaba el pelo cortado con una media melena. Ahora usaba lentillas, igual que él. En ausencia de sus gafas, incluso creyó percibir unas diminutas arrugas en torno a sus ojos. Pero la madurez le sentaba bien a Pilar Esparza. Seguía siendo una belleza, y nadie era tan vulnerable a la belleza como él, que se había pasado la vida persiguiéndola de libro en libro. Erasmo sucumbió a una nueva oleada de afecto y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para que sus sentimientos no afloraran. Entretanto ella seguía mirándolo con expresión seria, sin despegar los labios. ¿Es que acaso la había ofendido?

—Le he decepcionado, profesor —dijo Pilar por fin.

—No, en absoluto... —intentó protestar él.

—No se preocupe. No es usted el único al que he decepcionado por un motivo u otro. Aunque en su caso lo lamento de un modo especial. No he olvidado las muchas molestias que se tomó conmigo.

—Pilar, por favor, no digas tonterías.

—No son tonterías. Recuerdo que cuando usted enviudó a mí me quedaban apenas tres semanas para leer mi tesis, y que usted siguió al pie del cañón, apoyándome, ayudándome en todo lo que necesité a pesar de su pérdida.

Erasmo recordaba muy bien aquellas semanas, y cómo el hecho de ver a Pilar a diario le ayudó a sobrellevar mejor su recién estrenada viudedad. Era él quien debía sentirse agradecido. Pero decidió no mencionarlo y tratar de aprovechar la buena disposición de la muchacha.

—¿Por qué dejaste el CSIC? Recuerdo que estabas entusiasmada con el programa de investigación que habías emprendido. Imprentas madrileñas del Siglo de Oro, ¿no era así?

Ella asintió.

—Como sabe muy bien, la investigación siempre me ha gustado. Pero también me gusta comer todos los días. Y no estoy hablando de comedores de beneficencia. Me refiero a comer en mi casa, e incluso poder permitirme el capricho de un restaurante de vez en cuando. Y con la beca del CSIC, después de pagar el alquiler, no me habría quedado más remedio que recurrir a la sopa boba en la puerta del algún convento.

—¿Y la universidad?

Pilar soltó una carcajada. Luego Erasmo la observó mientras ella encendía un

cigarrillo. En otra persona lo habría reprobado. A ella se lo perdonaba.

—Vamos, profesor. Usted conoce la universidad mejor que yo. La endogamia, los favores... Y yo no estaba dispuesta a pasar por el aro, como sabe muy bien.

Erasmus lo sabía. La universidad ya no era como en los tiempos en que él entró a formar parte del claustro de la Complutense y se sintió como si le hubieran abierto las puertas del Olimpo. Aun con el franquismo dando sus últimos y feroces estertores, la universidad de mediados de los setenta era un reducto de luz donde Lapesa, Blecua, Lázaro y Dámaso Alonso ejercían su gentil magisterio. Luego se había transformado en algo muy distinto, en un terreno minado donde reinaban la mediocridad y el clientelismo, y donde el politiquero, la adulación y la puñalada traperera habían ocupado el lugar del esfuerzo, el mérito y el talento. En un entorno tan propicio para el mangoneo y la corruptela, muy poco le hubiera costado a una mujer como Pilar Esparza abrirse paso por el procedimiento de emplear sin escrúpulos las letales armas de mujer que el cielo le había concedido. Le constaba que más de un catedrático influyente hubiese estado dispuesto a allanarle el camino a cambio de sus favores. Pero Erasmo sabía que su antigua pupila no era esa clase de mujer y la admiraba si cabe más por ello. Ahora Pilar fumaba y miraba las nubes. La luz de junio bañaba sus facciones y las hacía resplandecer. Sin embargo, la muchacha parecía triste, y él pensó que únicamente una época injusta y absurda como la que padecían privaría a semejante mujer del éxito y el reconocimiento que merecía.

—Pilar, necesito tu ayuda.

Ella aspiró otra bocanada y exhaló el humo lentamente. Desde la última vez que pasaron *Gilda* por televisión, Erasmo no había vuelto a ver a una mujer fumar de ese modo.

—Lo que usted necesita, querido profesor, es un asesor de imagen.

Y señaló con su cigarrillo hacia las palmeras y los papagayos del estampado de su camisa. Erasmo rio estrepitosamente.

—Por favor, señorita, sea usted comprensiva con las excentricidades de un pobre anciano.

Pilar Esparza apagó su cigarrillo.

—¿Sabe que los compañeros nos cruzábamos apuestas sobre el día en que aparecería usted con la primera camisa hawaiana de la temporada? Era como un anuncio de las vacaciones de verano. Cuando el profesor López de Mendoza sacaba sus camisas de cocoteros del armario, es que las vacaciones estaban a la vuelta de la esquina. —Durante unos segundos Pilar pareció ponderar la conveniencia de encender otro cigarrillo. Por fin desistió—. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle, profesor? Pero sea breve. Se acaba el recreo y tengo que volver al instituto.

—Necesito que me ayudes a descifrar un manuscrito.

—¿Descifrar? —preguntó la muchacha arrugando el ceño—. No comprendo. ¿Es

que está en clave?

El bibliófilo pareció algo azorado.

—Bueno, no exactamente. Digamos que se trata de un manuscrito un tanto especial. Con unas características poco comunes. Además, mi vista se ha estropeado bastante desde que perdimos contacto.

—Vaya, lo siento. No sabía. Pero ¿por qué yo? Seguramente podría encontrar ayuda más cualificada sin la menor dificultad. Usted es un estudioso respetado. Un experto en su campo académico y una autoridad reconocida en bibliofilia.

Erasmus sacó pecho al oír los elogios de su antigua pupila.

—Verás, Pilar. Ya te he dicho que las características del manuscrito en cuestión son muy especiales. No es algo que pueda enseñársele a cualquiera, al menos de momento. Hay que realizar algunos estudios previos, ciertas indagaciones. Pero lo que necesito no es un especialista de primera línea. Me basta con alguien que posea conocimientos de paleografía y buena vista. Sobre todo necesito poder contar con alguien de confianza.

—No sé si eso ha sido exactamente un cumplido, pero gracias. La verdad, profesor, no comprendo el motivo de tanto secretismo. Me consta que en el mundillo de la bibliofilia hay gente con pocos escrúpulos... y le ruego que no se dé por aludido. ¿No se tratará de algo ilegal?

Erasmus se preguntó si su pequeña jugarreta del día anterior podría considerarse un delito. Su conclusión fue que en modo alguno se podría considerar robado un legajo por el que había desembolsado la nada despreciable cantidad de doscientos euros.

—No es un manuscrito robado, te lo aseguro. Pero su contenido es de muchísima importancia. Una auténtica bomba. Y no me convendría que mis conclusiones salieran a la luz antes de tiempo.

La muchacha entornó los ojos y caviló durante unos instantes.

—Ha conseguido usted intrigarme, que supongo que es para lo que vino aquí. Bien, no tengo niños que recoger a la salida del colegio ni un marido que me espere en casa. Por otro lado, estamos a final de curso y se acumulan el trabajo y los exámenes sin corregir. Pero creo que podría dedicarle a esto un par de tardes, si la cosa es verdaderamente tan interesante como usted la pinta.

El bibliófilo carraspeó.

—No estaba pensando en un par de tardes. Creo que voy a necesitarte durante más tiempo. Una semana o puede que más. Mañana, tarde y noche si es necesario. Lo que voy a pedirte es que te entregues a este proyecto en cuerpo y alma. Y créeme, el asunto lo merece.

—En ese caso tendremos que esperar a que lleguen las vacaciones. Aunque a decir verdad ya había hecho algunos planes...

—Esto no puede esperar. Ha de ser ahora. Esta misma noche.

—Pero... mis clases... los exámenes...

Erasmus resopló.

—Vamos, Pilar. Los profesores de secundaria trabajáis bajo muchísima presión. Os pasáis la vida deprimidos o con crisis de ansiedad. Lo dicen constantemente en las noticias. Consigue una baja médica. No te será difícil. O pide un permiso sin sueldo. Te lo compensaré, créeme.

Como mártires camino del tormento, los compañeros de Pilar comenzaban a abandonar la cafetería. El timbre que anunciaba el fin del recreo se oyó en la distancia. Eran las once y media y los profesores del instituto Madrid-Sur regresaban a las trincheras.

—Tengo que irme —anunció Pilar Esparza poniéndose de pie y dejando unas monedas sobre la mesa—. ¿Podemos seguir hablando más tarde?

Erasmus pensó que debería invitarla a un restaurante del centro, pero enseguida rectificó. ¿Para qué realizar un gasto innecesario cuando su asistente era una excelente cocinera?

—Claro, estupendo. ¿Qué tal si vienes a cenar a casa esta noche?

—¡Pero, profesor! —replicó ella con expresión risueña y fingido escándalo—. ¿Me está diciendo que vamos a cenar en su casa? ¿Usted y yo solos a la luz de las velas? ¿No querrá ligar conmigo a estas alturas?

Erasmus enrojeció hasta la punta de sus canosos cabellos. Él se tenía por un perro viejo, pero aquella muchacha siempre se las arreglaba para hacer que deseara ladrarle a la luna.

* * *

Horas más tarde, pasadas las nueve, ambos estaban en la biblioteca de Erasmus, y el bibliófilo trataba de interponer su menudo cuerpo entre Pilar y la combinación de su caja fuerte. Aunque de forma innecesaria, porque la chica no le estaba prestando la menor atención.

—¡Vaaaya! ¡Las seis partes del *Abecedario espiritual* de fray Francisco de Osuna en primera edición! Veo que los rumores eran completamente ciertos. Tiene aquí una auténtica fortuna en libros antiguos. Ahora comprendo lo de la cerradura electrónica en la puerta y todo lo demás.

Habían cenado poco antes, si no a la luz de las velas, sí al menos con manteles de hilo y copas de cristal tallado en las que Erasmus había vertido un delicioso vino blanco del Penedés. Luego dieron cuenta de la lubina al horno que había preparado Gladys, la asistente dominicana. Pilar había acudido vestida con un conjunto ceñido de chaqueta y pantalón que realzaba su silueta de un modo muy seductor. Estaba tan

hermosa que Erasmo tuvo que recordarse que ya les había dado la espalda a las bajas pasiones para poder concentrarse en los placeres más espirituales de la bibliofilia. Pero aquella belleza que le sonreía desde el otro lado de la mesa le había hecho cuestionarse si no habría cosas más importantes y valiosas que (pongamos por caso) un ejemplar intacto de la *Biblia de 42 líneas* de Gutenberg impreso en vitela.

Tras la cena, Erasmo había accionado la cerradura de seguridad que abría la puerta de su biblioteca, cuya cobertura de madera ocultaba una gruesa lámina de acero reforzado. Desde el fallecimiento de su Almudena, era la primera vez que otra persona entraba en el sanctasanctórum del bibliófilo. Él mismo se ocupaba de limpiar y aspirar el polvo de aquella habitación, y de tener siempre a punto el sofisticado sistema de aire acondicionado que mantenía constantes la temperatura y la humedad. Las exclamaciones de Pilar se habían sucedido desde el primer momento. Y aunque el bibliófilo la apreciaba como a la hija que nunca quiso tener, no podía evitar cierta inquietud al observar cómo unos ojos ajenos se posaban sobre sus libros y un aliento que no era el suyo rozaba sus lomos. Pero fue al constatar que Pilar extendía la mano para extraer el primer tomo del *Abecedario espiritual* cuando dio un respingo parecido al que le habría provocado una descarga eléctrica.

—Bien, pues aquí está —dijo Erasmo para atraer la atención de la chica y hacerla desistir de tocar el valioso volumen con las manos desnudas (el bibliófilo razonó que, por muy tersa y delicada que fuese la piel de Pilar, la piel siempre es piel, y eso representa grasa, sudor, células epiteliales y manchas).

La muchacha acudió de inmediato y escrutó el interior de la caja de seguridad sobre los hombros del bibliófilo.

—De modo que aquí tenemos el sanctasanctórum de su biblioteca, profesor. Considerando las joyas que he visto en las estanterías, no puedo ni imaginar lo que guardará en esa caja fuerte.

Pero la imaginación de Pilar debería seguir trabajando, pues Erasmo acababa de cerrar la pequeña puerta acorazada con cierto ímpetu. Luego depositó el manuscrito de Gonzalo de Córdoba sobre el escritorio y le señaló a Pilar la silla que había frente a él.

—Me imagino que estarás deseando echarle un vistazo a esto.

La muchacha ocupó su asiento y contempló el legajo con curiosidad mientras Erasmo desataba de nuevo el cordel que mantenía unidas las hojas.

—¿No deberíamos llamar a los artificieros de la Guardia Civil?

—¿Cómo?

—Lo digo por lo de la bomba. Usted mismo dijo esta mañana que lo que había encontrado iba a ser un auténtico bombazo.

Erasmo soltó un gruñido.

—Tratemos de concentrarnos, señorita Esparza —dijo con fingido tono profesoral

—. Ahora solo espero que su trabajo en ese zoológico donde la he encontrado esta mañana no haya acabado del todo con su talento. Pero vamos a entrar en harina. Me he resistido a adelantarte información a fin de no mediatizar tus conclusiones. Simplemente lee el principio de la primera hoja y dime qué te parece.

Con los guantes puestos, Erasmo tomó la mencionada hoja por una esquina y la depositó ante Pilar, quien atrajo el flexo hacia sí para que el haz de luz iluminara por completo la página.

—Mmm. Parece auténtico.

—No hables. Solo lee.

Y a eso fue a lo que Pilar se dedicó durante los siguientes diez minutos. Al principio Erasmo la oía vocalizar suavemente y lanzar alguna exclamación queda en aquellos momentos en que la enrevesada escritura se mostraba especialmente reacia a revelar su significado. Luego, al avanzar un poco más en la lectura, la muchacha enmudeció. El silencio dentro del despacho era tan perfecto que el bibliófilo podía oír perfectamente la respiración de ella, acelerándose más y más conforme pasaban los minutos. Por último, Pilar alzó la vista y lo miró con expresión aturdida, como si acabara de despertar de un sueño.

—Pero esto... ¡No es posible!

Erasmo levantó la mano derecha pidiéndole calma.

—Lo sé, lo sé. Ahora procura tranquilizarte —dijo mientras abría un cajón y extraía de él una pequeña grabadora digital—. Y cuando puedas hablar de nuevo lee para mí, por favor. Desde el principio.

CAPÍTULO II

Memorias de un aprendiz de librero

Mi nombre es Gonzalo de Córdoba, y al tomar el cálamo no ha sido otro mi deseo que el de poner en conocimiento de vuestras mercedes ciertos hechos acaecidos hace ahora ocho o nueve lustros, siendo yo todavía un mancebo, en tiempos que se me figuran más luminosos que los que vivimos en este malhadado año de mil seiscientos y cuarenta y tres. Toda una vida ha transcurrido desde entonces y es mucho lo que he de recordar. Dicen, y es cosa que tengo por gran verdad, que la memoria de los hombres es caprichosa, y que no hay anciano que no contemple sus años mozos con la benevolencia con que se mira a un nieto amado. Procuraré, sin embargo, que mi añoranza no traicione mi recuerdo, pues me anima el propósito de consignar los hechos de esta historia tal como fueron y no de otra manera.

Sean vuestras mercedes que lo que acá se narra no es en modo alguno la historia de mi vida, ni yo el principal personaje de mi propio relato. A decir verdad, pocos hay con derecho a vanagloriarse de haber sido protagonistas verdaderos de sus vidas. El bueno de don Alonso Quijano podría quizás arrogarse tal licencia si no fuese porque jamás existió. O tal vez sí lo hiciera, aunque solamente en la mente del señor Cervantes, a quien Dios Nuestro Señor tenga en su Gloria, y en la de la infinidad de gentes que han disfrutado de las aventuras y donaires de su archifamoso hidalgo.

Miguel de Cervantes Saavedra. Mi añorado señor y amigo. No piensen vuestras mercedes que ha sido el azar el responsable de dejar caer su nombre en las primeras líneas de mi crónica, cuando aún no he tenido tiempo de hundir la pluma en el tintero sino dos o tres veces. Muy al contrario, sepan que a él le corresponderá el papel principal del drama en el cual quien esto escribe habrá de contentarse con la parte del segundo actor. Pero me basta con ello, y con el privilegio de haber gozado de la amistad de varón tan noble y preclaro, príncipe de los ingenios, primero entre los poetas del reino todos, favorito de la fama, muy excelente padre del caballero don Quijote. Y también, dicho sea con toda la humildad, de quien estos papeles emborrana. Pues han de saber, señores, que con los años yo acabaría tomando por esposa a su única hija, Isabel de Saavedra, la misma Isabel amada que ahora me mira con dulzura mientras reúno fuerzas y recuerdos para dar comienzo a mi historia.

Delante de mis ojos, sobre esta misma mesa, yace el manuscrito en el que mi señor Cervantes, de su puño y letra, dejó constancia de las andanzas de don Quijote y de su escudero, el mismo manuscrito del que el impresor se sirviera en su día para componer el libro que a punto estuvo de no ver jamás la luz. De las aventuras de Cervantes y de su futuro yerno (que soy yo) versarán estas páginas. De cómo nos fuera arrebatado el manuscrito de la que habría de convertirse en la novela más

famosa y celebrada de cuantas hayan visto la luz en las Españas y aun pudiera ser que en el mundo entero, y de los muchos azares y peligros que ambos vivimos para recuperarlo. Por deseo de mi señor Cervantes, hoy este manuscrito descansa sobre mi escritorio. Y a fe que no puedo imaginar legado más valioso que este montón de hojas viejas, y que como tal legado lo recibirán en su día mis hijos y los hijos de mis hijos, aunque para preservarlo habré de procurarle lugar más a resguardo que este, un lugar que a su debido tiempo revelaré. Mas ahora, mientras esto escribo, es mi deseo que el manuscrito de Cervantes permanezca junto a mí, y que de ese modo pueda inspirarme e iluminarme y aun dar bríos a esta mi pluma que, de puro torpe y alicorta, más que de ganso pareciera de gallina.

Los hechos que conformarán el corazón de mi relato y su principal sustancia acaecieron en los meses de septiembre y de octubre de mil seiscientos y cuatro. Pero me permitirán vuestas mercedes que, abusando de mi condición de narrador, retroceda algunos años más en el tiempo, pues nunca fui amigo de esas historias que arrancan de sopetón (o *in medias res*, que dirían los latiniparlos) y dejan al lector con la sensación de haber llegado tarde y haberse perdido el comienzo.

* * *

Sepan, señores, que procedo de la villa de Lucena, a quince leguas de Córdoba. Pese a que mi nombre recuerde al del Gran Capitán, confesaré que no fue mi padre gentilhombre, sino herrero, aunque no de los peores. Honrado e industrioso como pocos, con la misma destreza herraba una bestia que forjaba una celosía para el locutorio de un convento. Por ello nunca nos faltó de nada en nuestra casa. Y aunque las malas lenguas murmurasen que no éramos familia de cristianos viejos, puedo jurar que ni mi nariz ni la de ninguno de mis hermanos hubiese despertado la suspicacia del Santo Oficio, ni por luenga ni por torva, aunque por aquello de espantar sospechas y contrarrestar maledicencias en mi casa comíamos tocino y longanizas siempre que la Cuaresma no lo prohibiera ni anduviésemos faltos de dineros, lo que gracias a la laboriosidad de mi progenitor eran pocas las veces que sucedía, por mucho que el refrán se empeñe en aquello de que el herrero y su dinero, todo es negro. Y creo que fue con idéntico propósito (esto es, el de no ser acusados de familia de conversos) con el que mi buen padre, cuyo nombre era Martín de Córdoba, me llevó con el párroco del pueblo y le suplicó que me tomara de monacillo o turiferario o criado o... en fin, que se sirviera de mí del modo que le pluguiese. Por lo que tenía yo oído, no era menester encarecerle tal cosa a un clérigo, que ya estos acostumbran servirse de los infantes a su cargo de modos y maneras que fuera mejor no detallar aquí. Por eso, siendo chico pero en absoluto necio, me di por perdido, y me dije que mejor sería para nuestra honra el oler un poco a marrano que andar en lenguas de

todos por ser yo el putico del señor párroco.

Por fortuna, pronto se vio cuán errado andaba yo en mis temores, pues el señor párroco no era mal hombre, y si bien manifestaba cierta afición por el vino (y no solo por el de consagrar), su interés en mi infantil persona rara vez rebasó las fronteras de lo casto y lo decoroso. A decir verdad, me tomó en gran estima al ver mi aplicación en aprenderme los latines y lo bien que ayudaba a misa o en cualquier tarea que se me encomendase, ya fuera esta barrer la sacristía, espantar a los pordioseros de la puerta de la iglesia, tañer la campana grande para avisar de la hora del Ángelus o agitar la campanilla por las calles cuando salíamos con el viático para administrarle la extremaunción a un moribundo. Puede que una o dos veces, algo alegre el hombre tras echarse un cuartillo de tinto al colete, se mostrase asaz cariñoso conmigo, y hasta recuerdo que cierto día se solazó un buen rato acariciando mis tiernas nalgas. Pero la cosa no llegó a mayores, y se le puede perdonar el capricho a cambio de lo mucho que hizo por mí y por los míos, que gracias a aquel santo varón enmudecieron para siempre quienes nos acusaban de tener raíces en la judería.

Pero lo que más le agradezco al párroco, cuyo nombre era don Antonio, es el mucho trabajo que se tomó para inculcarme las letras. Acaso lo hiciera a modo de entretenimiento (pues ya se sabe, gente de sotana, nunca pierde y siempre gana), pero tengo por cierto que debió de ver algún talento en mí, pues de no ser así no se habría molestado en enseñar a leer al hijo del herrero. La cuestión es que pronto pasé de descifrar la cartilla a silabear, y luego a leer de corrido, y que antes de los once años era capaz de leer de los libros de rezos y sermones casi tan bien como el propio párroco, quien se enorgullecía mostrándoles a todos el fruto de sus desvelos: «Lee, lee, Gonzalico, y que te oigan estos señores». Y Gonzalico leía de cualquier libro que el cura le pusiera delante, ya fuese este en latín o en romance, con la misma gravedad que un licenciado de Salamanca, lo que siempre provocaba gran alborozo por parte del cura y no poco asombro entre sus invitados. Fue por aquellos días cuando leí de cabo a rabo la historia de Lázaro de Tormes, libro que el clérigo guardaba en un arcón de su alcoba y del que leía cuando pensaba que no era observado por nadie, aunque lo delatasen las grandes risotadas que se oían desde fuera. A escondidas lo tomé más de cuatro veces para solazarme, y aún me río a solas cuando recuerdo las cómicas desventuras de aquel zagal y el modo en que sus sucesivos amos lo mataban de hambre. Poco tenía en común, a decir verdad, el clérigo a quien Lázaro sirvió con el mío. Aquel lo alimentaba de cebollas y huesos roídos. El mío me sentaba a su mesa y me dejaba compartir sus viandas, como es propio de buenos cristianos. Y de este modo crecí fuerte y lozano, y no solo por los cuidados del cura, sino porque al estar en su casa me libraba del arduo trabajo de la herrería, del humo, del hollín y del calor ardiente de la fragua, que en mitad del estío cordobés podía llegar a ser un gran tormento, pues, como dicen, el herrero mal verano y buen invierno. Y además aprendí

a leer, sin imaginar que esa habilidad habría de procurarme el sustento a la vuelta de no muchos años.

Lo de dejar Andalucía, donde tan dichosa transcurriera mi mocedad, y venirnos a vivir a la Corte fue a causa de unas cartas. Por mejor decir, a causa de cuarenta cartas, que tal es el número de los naipes que forman la baraja, a la que mi padre, para nuestra desgracia, tanto se aficionó. Y así vino a ocurrir que en pocos meses pasamos de vivir en la abundancia a malvivir en la estrechez, y eso que los machos seguían necesitando herraduras, que los labradores aún demandaban arados y que continuaba la costumbre de cubrir balcones y ventanas con rejas y celosías. Pero mi progenitor siguió acumulando deudas de juego y vendiendo lo poco que teníamos, hasta que no nos quedó casi nada, y los acreedores empezaron a aporrear nuestra puerta amenazando con cobrarse la deuda en cárcel o en sangre. Y en este punto fue cuando mi padre resolvió que nos subiéramos todos al carro apretujados junto con los cuatro trastos que nos quedaban y nos trasladásemos a la Corte, donde no faltarían caballos necesitados de herraduras ni fraguas donde ofrecer sus servicios. Y allá que nos fuimos, siendo yo de la edad de doce años, con lo que dije adiós para siempre a mis tierras del sur, a mis olivares, a las paredes encaladas y al olor acre de las almazaras, que aún permanece en mi memoria como una cicatriz, el olor de la infancia perdida para siempre.

* * *

De mis primeras impresiones en la Villa y Corte, señores, únicamente voy a brindar un par de pinceladas, pues si más me extendiera daría pie a que el lector dudase de mi palabra, pensando que aquello de que aquí no iba a contarse la historia de mi vida era puro embuste, y que el motor verdadero de esta crónica no es otro que la vanidad de quien la escribe. En honor a la verdad, al hablar de mi niñez y de cosas que ocurrieron antes de mi encuentro con el señor Cervantes me anima el deseo único de anclar los episodios de esta historia en el fluir del tiempo, así como vestir de carne y realidad a los personajes que la habitan. Especialmente al hijo de mi madre, tanto más que mi señor Miguel de Cervantes es famoso por todos los rincones del reino, mientras que la única fama que a mí me es dada pregonar es la de haber sido hombre honrado y buen padre de familia, aunque ni más ni menos que mis vecinos. Pues bien, como antes decía, de los tiempos de nuestra llegada a la Villa y Corte hay dos impresiones que aún perduran en mi memoria. La primera es el ruido, la algarabía de voces y gritos y golpes y trompazos y ladridos y relinchos y rebuznos que llenaba las calles, que no parecía sino que se hubiese declarado el Juicio Final sin mediar trompetazo del arcángel San Gabriel. La segunda, los olores. Y no me refiero al olor animal, al que uno estaba acostumbrado por ser muchacho de campo, sino al hedor

infinito de la inmundicia humana, alimentado por los humores y secreciones de muchos miles de cuerpos confinados en aquellas calles estrechas, umbrías y sembradas de fango y basura y estiércol.

Pero una cosa buena de tener pocos años es que uno es dúctil y moldeable como la cera y aprende pronto los usos de allá donde vaya, por lo que a los pocos meses ya correteaba yo por las calles de Madrid como si fuera natural de aquella villa, y me desenvolvía con soltura entre los pícaros, los rufianes y la soldadesca, y hasta hablaba como ellos, olvidada para siempre mi habla andaluza, por mucho que mi madre se santiguase y mi padre jurara que no iba a consentir que su primogénito, que había aprendido latines con un clérigo, se expresase ahora como un bravucón de taberna.

Vivíamos en la calle llamada de Embajadores, en el barrio de Lavapiés, corazón de lo que antaño fuera la judería. Pero nadie vaya a pensar aquello de que la cabra tira al monte. La realidad es que con tantos miles de personas (más de setenta mil almas, a la sazón) como habían acudido a mamar de la teta de la Corte, las casas libres escaseaban en la Villa. No así los propietarios ávidos de hacer negocio con los arrendamientos, que de estos había gran abundancia (pues, como decía la madre Celestina, a tuerto o a derecho, mi casa hasta el techo). Lavapiés era (y es) un arrabal de fama algo ruin, y es cierto que en sus calles abundaban más los bellacos que los gentilhombres, pero al menos el barrio contaba aún con casas libres cuyos alquileres, si no baratos, podían afrontarse sin sentirse esquilmado por un discípulo de Caco. Mi padre, mi madre, mis cuatro hermanos y yo vivíamos en la segunda planta de una de esas casas que llaman «a la malicia». Y que nadie piense mal, que no viene la denominación de que allí se practicase acto pecaminoso alguno, sino del ingenio de sus dueños para burlar la llamada «Regalía de Aposento» promulgada por su majestad don Felipe por los días en que la Corte se trasladara desde Toledo a Madrid. A diferencia de la ciudad imperial, la villa de Madrid carecía de alojamientos para tanto cortesano y suplicante como allí se personó de la noche a la mañana. Para aliviar el problema, se promulgó este edicto por el cual todo madrileño que poseyese una casa de dos plantas debía renunciar a una de ellas en beneficio de una familia de la Corte. Pero lejos de encajar el atropello, los madrileños pusieron a trabajar su caletre, y de este modo mudaron sus casas de tal forma y manera que las habitaciones altas fuesen inadvertidas desde la calle: abrieron ventanas imposibles, construyeron entreplantas y buhardillas donde antes no las había, levantaron tabiques donde nadie en su sano juicio lo hubiera hecho. Pues bien, en una de aquellas casas de orates, un antro tortuoso y oscuro cual laberinto de Creta en esmirriado, fue donde el bueno de Martín de Córdoba, mi señor padre, cobijó a su prole.

* * *

Querría poder decir que el traslado a Madrid trajo consigo el fin de nuestras penurias, que mi padre se olvidó para siempre del vicio del juego y que todos vivimos en armonía y gracia de Dios para los restos. Querría poder decirlo, pero me estaría desviando gravemente de la verdad, lo que es algo que al principio de esta crónica prometí no hacer. Y la verdad es que, aunque mi padre logró hacer valer sus buenos oficios y se empleó pronto como oficial en una herrería, también pronto, apenas los primeros reales empezaron a juntársele en la bolsa, buscó una casa donde jugárselos, y a fe que no andaba escasa la Villa y Corte de semejantes garitos. La cosa fue, señores, que mi padre, que no por mucho ejercitarse se había tornado más habilidoso en asuntos de naipes, sumó pronto nuevas deudas a las que había dejado sin pagar allá en Lucena, y que ya nos veíamos todos durmiendo al raso o bajo los arcos del puente del Manzanares, junto a los beodos, pordioseros y malhechores que habían hecho de aquel lugar su residencia. Pero quiso Dios Nuestro Señor que lo que a punto estuvo de causar la ruina del padre sirviera también para forjar la fortuna del hijo, pues fue gracias a la inmoderada apetencia de mi progenitor por los juegos de naipes como di en conocer a Francisco de Robles, el hombre que habría de convertirse en mi amo, y en cuya librería vería por vez primera a Miguel de Cervantes, quien más tarde sería mi amigo, mi benefactor y mi segundo padre. Pero ¡so!, pon freno a tu pluma, Gonzalo. Procura narrar los hechos tal y como fueron, esto es, con orden y concierto, y guárdate de esos brincos y elipsis que más propios son de mozos impacientes que de un hombre de tu edad y condición.

Pues bien, como decía, volvió a tentar el diablo a mi buen padre con el vicio de los naipes, que de haber tenido él la cuarta parte de fuerza en la voluntad de la que tenía en los brazos, jamás lo hubiera logrado. De las muchas casas de juego que había en Madrid, dio mi padre en frecuentar la de Francisco de Robles, sita en un sótano de la calle de Santiago, cerca de la Puerta de Guadalajara. Y esto, que parece detalle insignificante, habría de revelarse de la máxima importancia, como el paciente lector pronto verá. La cuestión es que en pocos meses mi padre había contraído deudas bastantes como para pensar en un nuevo cambio de residencia, con lo que comenzábamos a maliciarnos que no pasaría mucho tiempo antes de que volviésemos a estar todos subidos en el carro rumbo a quién sabe qué nuevo rincón de las Españas. Pero quiso mi suerte que el principal fiador de mi padre fuese el propio dueño del garito, el mentado Francisco de Robles, y que este acertase cierto día a quejarse de lo muy difícil que le resultaba encontrar a un mozo que le sirviera como aprendiz en otro negocio que tenía, con ser este próspero y respetable como ningún otro de la Corte. Y al preguntarle mi padre qué negocio era aquel y qué conocimiento o habilidad se requería de ese mozo para que dar con él fuera tan dificultoso, siendo así que Madrid estaba llena de muchachos desocupados, le respondió Robles que su otro negocio era una librería de la calle Mayor, la primera de toda la Corte, pues no en

vano lucía el título de librero de su majestad el rey. Mucho se admiró mi padre de que aquel señor Robles compaginara el noble oficio de librero con el de regentar garitos, pero al cabo se dijo que así es como suceden las cosas en la Corte, donde el que pasa por gentilhombre puede esconder a un rufián, mientras que aquel que ejerce de bribón acaso se revele como varón instruido. «Además de joven, y callado y dispuesto a partirse el lomo por cuatro cuartos, es preciso que mi aprendiz sepa leer y escribir». Y añadió el librero: «Pero ¿dónde encontrar semejante alhaja en esta villa, donde cualquier bellaco que haya aprendido a juntar dos letras ya se cree un Horacio o un Séneca y considera por debajo de su dignidad eso de mancharse las manos con el trabajo honrado?». «¡En mi casa, señor Robles!», le respondió mi padre en el acto, para a renglón seguido deshacerse en elogios sobre mis habilidades, mi inteligencia y mi buena crianza, que al oír semejantes alabanzas cualquiera pensara que yo era hijo de conde o de marqués o de obispo antes que de herrero. En este punto me imagino que el librero Robles debió de recelar de mi padre, creyendo quizás que su propósito era hacerse condonar su deuda por el procedimiento de endosarle algún vástago suyo tiñoso, analfabeto y medio lelo. Por eso fue digna de verse su cara de asombro cuando, a la mañana siguiente, mi padre me llevó a su librería de la calle Mayor para que le demostrara mis habilidades. Leí primero de las Sagradas Escrituras, luego de un tratado de derecho canónico y, por último, para admiración de la clientela de caballeros que se había congregado en torno a mi menuda persona, de un libro de latines en el cual el célebre Julio César detallaba cómo repartió estopa durante sus campañas en la Galia. «¡Asombroso, asombroso!», decían todos, «El hideputa lee como si fuese un príncipe de la Iglesia». Y eso no fue nada comparado con el momento en que me vieron tomar la pluma y, no ya escribir mi nombre o el de mi padre, sino los catorce versos enteros de aquel célebre soneto de Garcilaso que empieza *En tanto que de rosa y azucena...*, y con letra tan primorosa que ni el más diestro escribano la igualara.

Y así fue como, antes de cumplir los catorce años, Gonzalillo de Córdoba entró a trabajar de aprendiz del librero Francisco de Robles, gracias a lo cual mi padre pudo saldar su deuda. Y me place poder anunciar que esta vez mi progenitor aprendió su lección, y ya no volvió a tomar baraja salvo por entretenimiento, y ello sin apostar otra cosa que habas secas o garbanzos. O al menos eso nos contó a mi madre y a mí, y a fe que yo le creí.

* * *

Mi amo Francisco de Robles era un hombre muy rico. Librero por tradición de familia, lo habían sido su padre y su abuelo, primero en Alcalá de Henares, de donde procedían los Robles, luego en la Corte, donde el padre de mi amo había recibido en

herencia la librería que fuera de Juan Medina, la de más fama de todo Madrid. No faltarán quienes digan que nadie se enriquece vendiendo libros, y menos aún escribiéndolos, y es algo que tengo por gran verdad. Pero ya he dicho que no eran los libros el único negocio de mi amo Robles. Estaban las casas de alquiler, que varias de ellas poseía en algunas de las mejores calles de Madrid, y también las casas de juego. Y otras casas cuya naturaleza prefiero silenciar por no ser de importancia para esta historia. Aun así, Francisco de Robles siempre se tuvo por librero, y a los libros dedicaba la mayor parte de sus horas, haciéndolos imprimir, vendiéndolos, leyéndolos y conversando sobre ellos. Pues sepan vuestas mercedes que la librería de mi amo no era solo un negocio, sino también el foro al que acudían poetas y dramaturgos muy principales, y todos ellos tenían al librero Robles en gran consideración y le pedían su parecer sobre las obras que escribían, glosándole siempre las virtudes del libro de poesía o comedia o novela que hubieran publicado recientemente, y menospreciando las obras de sus rivales como cosas viles y desdeñables. Allí era donde se nutría de lecturas lo más granado de la nobleza española, y hasta el Rey Nuestro Señor hacía que le llevaran sus libros de rezos y de vidas de santos desde aquella librería de la calle Mayor hasta su flamante Biblioteca de El Escorial, previo paso por el maestro encuadernador para que este vistiera el volumen de tal modo que fuera del agrado del augusto y piadoso cliente. La cuestión era que el parecer del librero Robles se tenía en cuenta. Si el librero Robles recomendaba un libro, todo Madrid lo leía, y si Madrid lo leía no tardaba en hacerlo toda España, pues es sabido que la Corte actúa a modo de espejo en el que todos se miran. Por eso no es de extrañar que cualquier aspirante a ocupar un lugar en el Parnaso procurara hacerse amigo de mi amo, y esto a él le causaba gran regocijo, por más que su interés principal no fuese la poesía, sino los libros de devociones y de leyes y de pragmáticas, que tal era la naturaleza de la mayor parte de los que mi amo hacía imprimir. Pero nadie hay que sea inmune al halago, y menos al de gente tan principal y famosa como aquella que por su librería desfilaba.

En cuanto a mí, diré que me sentía dichoso en medio de aquel universo de papel y de tinta. Y ello a pesar de que mis cometidos eran muchos, desde barrer la librería y desempolvar los volúmenes (que nada hace tan buenas migas con el polvo como un libro) a llegarme a las imprentas con los carreteros para ayudar a cargar los cuerpos de libros recién impresos, o a los palacios de los nobles y las casas de los caballeros para entregar los encargos. Luego, conforme fui ganando en experiencia, me habría de ocupar también de todos esos pasos que son precisos para que los nuevos libros puedan ver la luz: censuras, licencias, privilegios, tasas, testimonios de erratas y demás, que no era cosa de poca monta vérselas con aquella hueste de secretarios y escribientes que parecían disfrutar obligándolo a uno a ir y venir hasta la desesperación, y a los que a menudo había que untar un tanto para facilitarles el

movimiento, igual que se hace con las ruedas de los carruajes.

A la vista de la variedad y abundancia de mis obligaciones en la librería de Robles, bien pudiera pensarse que al pobre Gonzalillo no le estaba permitida otra cosa que trabajar y trabajar sin tregua ni descanso. Sin embargo, ya fuere porque en ocasiones la faena no era tanta, ya porque las energías de la juventud obran el prodigio de multiplicar las horas del día, lo cierto es que aún me quedaba tiempo para cultivar mi gusto por los libros y para ensanchar mis lecturas. ¿Y acaso podía soñarse con un sitio más propicio para ello que la librería mejor surtida de todo Madrid? Recuerdo que eran para mí momentos de gran dicha aquellos en los que, con el permiso de mi amo, podía retirarme a la trastienda con algún libro tomado de uno de los muchos estantes y enterrar la nariz entre sus páginas. Mis favoritos eran los llamados florilegios, misceláneas y polianteas, con cuya lectura uno podía instruirse sobre cualquier cosa bajo el sol: cronologías, santorales, biografías, iconografías, bestiarios, herbarios, lapidarios, apotegmas, *exempla*, anécdotas, fábulas, filosofía, mitología, etimología, onomástica... Toda la sabiduría del hombre embutida y revuelta en un solo libro. Tan es así que hasta el más necio podía sentirse un Aristóteles con uno de esos compendios entre las manos, como mi señor Cervantes escribiera una vez, no sin mofa para quienes remediaban su falta de talento e invención con un tropel de citas de otros, lo que no es sino adornarse con plumas ajenas. Me agradaban también los libros de poemas, muy en particular los de Fernando de Herrera y Garcilaso. De las novelas prefería las de caballerías, porque me hacían soñar con gestas fabulosas en tierras lejanas. Y de todas ellas era mi favorita la del Caballero del Febo, que tan grande inspiración fuera para otro caballero aún más célebre que después habría de venir. Alguna que otra novela pastoril hojeé, pero no fueron de mi gusto, por parecerme tediosos y poco creíbles aquellos pastores que, en vez de velar por sus rebaños y asar torreznos a la lumbre, se dedicaban a suspirar por sus enamoradas y a lamentarse dulcemente cuando estas no les correspondían, todo ello con gran floritura y afectación. Ni siquiera recuerdo haber disfrutado de una de estas novelas de pastores intitulada *La Galatea*, que había editado algunos años atrás el padre de mi amo, Blas de Robles, y de la cual rondaban por la librería al menos media docena de ejemplares que nadie se animaba a comprar, pese a venderse estos rebajados de precio. Pocos ignorarán que dicha novela fue la primera obra publicada por mi señor Cervantes, y ya que su nombre se ha deslizado como por azar en mi historia, creo que es tiempo cumplido de prestarle a don Miguel, sin más demora, la atención que merece como protagonista de los hechos que aquí van a narrarse.

Y ahora veo que he llamado a mi señor Cervantes «don Miguel» cuando, según las leyes del reino, únicamente debe tratarse de «don» a quienes sean capaces de acreditar su condición de hidalgos. Pero siempre creí que cada uno es hijo de sus

obras, y que existe por tanto una nobleza que no se cifra en el nacimiento ni el linaje, sino que es patrimonio intrínseco de los espíritus grandes y elevados. Y a fe que Miguel de Cervantes es más merecedor del «don» que muchos grandes del reino. ¿Piensan vuestas mercedes acaso que haya delito en ello? No digo que no sea así, pero a mis años poco pesan ya las pragmáticas reales, máxime cuando se tiene constancia de que hay una ley más universal y más justa que cualquier ley de los hombres, y que esa ley me autoriza a tratar de «don» a mi señor Cervantes si así me viene en gana, y no se hable más de asunto tan baladí.

Nada me placería más que poder relatar aquí, con pelos y señales, mi primer encuentro con don Miguel, pero la pura verdad es que no consigo evocar dicho encuentro de un modo preciso. Ni siquiera tengo conciencia exacta de cuándo este sucedió. Entiéndaseme, alguna vez tuvo que ser la primera en que reparé en el señor Cervantes, siendo él cliente de la librería de Robles y yo mozo para todo en el mismo establecimiento. Ocurre, no obstante, que él siempre fue hombre discreto y poco amigo de atraer la atención, lo que unido a mis muchas obligaciones y al trajín permanente dentro de la librería, explica de forma cumplida que mi memoria no atesore ese recuerdo, por muy grato que me fuera reflejarlo ahora. Además, ¿a quién le es dado saber de antemano que tal o cual momento va a ser trascendental en su vida? ¿Acaso no son el tiempo y las circunstancias y la voluntad de Dios los que se encargan de determinar qué momentos serán los importantes y cuáles pasarán a formar parte de la morralla de los días? En fin, para qué disfrazar con más palabrería el hecho simple y llano de que no me acuerdo, como si yo fuera un novelista (y de los torpes) en lugar del simple cronista que aspiro a ser. Pongamos que debía de tener yo unos quince años, pues por entonces don Miguel todavía andaba errante por Andalucía, entregado al poco grato oficio de comisario de abastos, o recaudador de impuestos, o ambas cosas, que a ciencia cierta tampoco lo recuerdo. ¿Cuántas leguas recorrería mi señor durante aquellos años? Ni siquiera él podría dar una respuesta cabal a esa pregunta. Yo solo sé que por entonces lo suyo fue un ir y venir constante por los caminos infinitos del sur: de Jaén a Carmona, y de allí a Écija, y después a Montilla, luego Sevilla, o a Castro del Río, y luego vuelta a empezar. No en vano una de las primeras impresiones que conservo de él es la de un hombre muy atezado, con la piel tan curtida como la de un yangüés o un pastor, y las ropas como desvaídas por el sol y el polvo de los caminos, que bien recuerdo yo los caminos del sur de mi propia infancia. ¿Y qué más podría decir de su apariencia? Pues que era como la de un hombre cualquiera. Ni muy alto ni muy bajo, ni fornido ni enjuto en demasía, ni joven ni aún del todo viejo. El cabello, ya entonces veteado de gris y tirando a escaso. La frente, alta y noble (más alta y más noble, a decir verdad, de lo que él hubiera querido). Solamente una vez vi un retrato suyo. Estaba en la iglesia toledana de Santo Tomé, donde don Miguel había posado como figurante para un gran lienzo del pintor

llamado *el Greco*. El cuadro representaba un milagro ocurrido durante el entierro de un noble toledano, y a Cervantes apenas se le distinguía de otros caballeros enlutados de largos bigotes que aparecían en la parte inferior, lo que abunda en el hecho que ya he mencionado, el de que no era distinto de otros muchos hombres. Y tal vez por eso, por su falta de singularidad, fue de verdad muchos hombres, y así el tropel de personajes que pueblan sus páginas pudieron tomar prestada algo de su humanidad y parecernos más reales que muchas personas de carne y hueso que por el mundo andan. Lo que sí lo distinguía de otros era su gesto, más triste quizás que el de la mayoría. Y no quiero decir con ello que don Miguel nunca riera, que sí lo hacía, y mucho, y era un buen narrador de cuentos bufos y anécdotas. Pero no parecía sino que riera únicamente con la boca y jamás con los ojos. Y no sé si me explico.

Otra cosa en la que recuerdo haber reparado es en que tenía la mano izquierda como seca y que la llevaba siempre pegada al jubón o sobre el pomo de la espada. Mi amo Francisco de Robles me dijo que era por una herida de guerra, un arcabuzazo que había recibido en Lepanto, y que a punto había estado de costarle la vida. «Ahí donde lo ves, Gonzalo, es Cervantes poeta de gran talento, pero al que la fortuna ha dado la espalda. Cinco años lo tuvieron cautivo los berberiscos, que ya se pensaba que jamás iba a regresar. Y hoy, en lugar de disfrutar de su gloria como soldado y de la fama que merece como poeta, se ve obligado a arrastrarse entre pueblos míseros y villas ruines para requisar el grano de labriegos y de clérigos, y aunque lo hace en nombre del rey, son muchos los agravios que ha de soportar, y numerosas las veces que ha tenido que correr para no ser apaleado o apresado. Hace poco oí decir que ha solicitado un oficio en las Indias, pero con su mala estrella no me extrañaría que no llegara a embarcar jamás en otra nave que en la del fracaso». Así hablaba mi amo Francisco de Robles de Cervantes, pues lo conocía bien por haber sido don Miguel amigo de su padre y por ser ambos naturales de Alcalá de Henares.

En verdad, no era tan frecuente ver al señor Cervantes en Madrid por aquellos años, los que precedieron al tránsito del rey nuestro señor don Felipe. Estaban sus ingratas obligaciones en Andalucía, pero también una esposa que tenía en Esquivias (las malas lenguas decían que la mantenía recluida allí por fea), Catalina de nombre y jamás vista junto a su marido en la Villa y Corte. Velando por la pequeña hacienda de su esposa pasaba don Miguel parte del tiempo que podía sustraer a sus cobros y requisas. O en Toledo, donde al parecer tenía buenos amigos entre los poetas y pintores de allá. Con todo, él siempre encontraba tiempo y ocasión para venir a la Corte. En Madrid residían sus hermanas y algún otro pariente, pero no era el afecto por la familia lo que lo atraía como la piedra imán, sino más bien el amor por las letras. Ni era él hombre de fortuna ni la modesta hacienda de Catalina le permitía vivir sin más quehaceres que la administración de sus tierras y propiedades. Por ello necesitaba ganarse el sustento allí donde se le ofreciera ocasión para ello. Pero don

Miguel nunca se tuvo por comisario de abastos ni por recaudador. Ni siquiera por soldado aventajado en la reserva, por muy orgulloso que se sintiese de su juventud guerrera. Él siempre se pensó poeta, y el sitio natural de un poeta es la Corte, donde se publican los libros, donde se representan las más de las comedias y donde residen los nobles importantes, aquellos bajo cuya protección un poeta desconocido adquiere como por ensalmo los laureles de Apolo, aunque en esto de buscarse mecenas de provecho tampoco anduvo mi señor don Miguel muy acertado, ahora que lo pienso.

Durante aquellos años en que lo veíamos de higos a brevas, apenas intercambiamos palabra don Miguel y yo, y es de suponer que él reparara en mí aún menos de lo que yo lo hice en él, siendo yo al fin y al cabo un muchacho insignificante y él un poeta de renombre, aunque de corta fama. En los corrales aún se representaba alguna comedia suya, de las que había escrito antes de marcharse a Andalucía. La que más éxito seguía teniendo era aquella sobre Escipión y el sitio de Numancia. Yo mismo la vi en una ocasión en el Corral de la Cruz y me pareció muy trágica y emocionante y escrita con muy bellas palabras. Pero por entonces, en los últimos años del siglo, casi nadie quería ver ya las comedias de Cervantes, porque Lope acababa de volver de su destierro, y Madrid se había postrado a sus pies, como si se echara de menos a un rey en la Villa, ahora que su majestad don Felipe estaba anciano y achacoso y apenas abandonaba El Escorial. Y que Dios me perdone si soy irrespetuoso con nuestro buen monarca, a quien Dios tenga en su Gloria.

Querría no tener que contar nada de Lope, porque aquel hombre nunca fue de mi gusto. Pero sucede que él será también personaje principal en esta historia y mi obligación, en tanto que cronista, es poner a vuestras mercedes en antecedentes. Por aquel otoño de mil quinientos y noventa y cinco Lope parecía estar en todas partes a la vez, por más que la Doctrina afirme que tal potestad es privativa del Altísimo. Y sin embargo en Madrid solamente se hablaba de Lope. Lope por aquí, Lope por allá. Lope hasta el fastidio, el hartazgo y la náusea. Que no parecía sino que el tal Lope hubiese firmado un pacto con Satanás para poder desdoblarse en muchos Lopes, pues de otra manera no se explica que cada dos por tres se viese una nueva comedia suya en los corrales, que no pasaba mes sin que se hablara del nuevo estreno de Lope, pues si hoy representaban *El galán escarmentado* en la Cruz, mañana se podría ver *El hijo venturoso* en el Príncipe, y pasado quizás hubiese obra nueva del *Fénix* en los dos corrales a la vez. Y voto a Dios que no alardeaba cuando, refiriéndose a sus comedias, escribiera aquello de *más de ciento, en horas veinticuatro, / pasaron de las musas al teatro*.

De Lope se hablaba mucho también a cuenta de sus aventuras galantes, escándalos y amoríos. Una de esas aventuras, la que tuvo con Elena Osorio (aquella a la que él llamara *Filis*), había sido la comidilla de toda la Corte y le había costado sus buenos seis años de destierro, pero él perseveraba en sus devaneos amatorios con tal

ardor que no parecía sino que aquel hombre hubiese convertido su vida en el escenario de una comedia a la que todo Madrid estaba invitado. Entre sus destrezas, aparte de la de ser capaz de escribirse una comedia en un día, estaba también la de ser un consumado cortesano, y se contaba que sus buenos servicios para ciertos nobles de importancia llegaban hasta el extremo de procurarles mujeres para su placer, esto es, de servirles de alcahuete, que tal es el vocablo adecuado al hablar de semejante oficio. De todos esos aristócratas se decía que el joven duque de Sessa, don Luis Fernández de Córdoba y Aragón, era su principal cliente so disfraz de valedor y mecenas. En Madrid corrían infinidad de historias sobre las aventuras galantes del joven duque y el poeta, y aunque no fueran ciertas ni la mitad de las hazañas que les atribuían, ya serían estas suficientes para convertirlos en el peor par de libertinos de las noches madrileñas.

Por la librería de Robles veíamos a Lope casi a diario, siempre acicalado y afeitado cual lindo o pisaverde, y rodeado de una corte de aduladores que no parecían sino beber cada palabra, sentencia o donaire que brotara de sus labios. Tenía por costumbre plantarse ante las estanterías e ir tomando uno por uno los libros de los poetas rivales (es decir, todos aquellos que no tenían la inmensa fortuna de haber nacido Lope), y uno por uno los iba menoscabando con críticas feroces o palabras de burla: que si este no sabía rimar ni en asonante, que si ese no distinguía entre un soneto y una morcilla, que si la comedia de aquel otro parecía escrita por una puta vieja.

Hubo una vez (bien me acuerdo de aquel día) en que el de Vega coincidió en la librería con don Miguel, que a la sazón paraba por Madrid después de muchos meses sin pisar la Corte. Ambos se saludaron a distancia, y hasta pareció por un momento que a Lope le inspiraba Cervantes algún respeto, atendiendo al gesto como amilanado con que el *Fénix* lo miró. Pero acto seguido debió de caer en que lo rodeaba su corte de aduladores y esto le llevó a crecerse, a juzgar por lo que hizo entonces, que no fue sino comenzar a jactarse de sus hazañas como soldado. Con voz altisonante proclamó que había sido el primero en desembarcar en la isla Terceira junto al almirante don Álvaro de Bazán. Y que luego había zarpado con la Invencible. Y todo ello mientras otros que se las daban de guerreros se quedaban en tierra, sanos y salvos, requisando grano para la flota a lomos de un pollino. Después, según era su costumbre, tomó un libro de la estantería, y este libro resultó ser *La Galatea*, aquella novela pastoril que don Miguel había publicado en Alcalá de Henares a costa del padre de mi amo, Blas de Robles. Y, aun sin nombrar a su autor, prorrumpió en chanzas y vejaciones contra «el desdichado que había arrojado al mundo semejante engendro». Dijo que el libro era tan execrable que solo podía ser obra de un memo o de un manco empeñado en escribir con la mano mala. Que entre todas sus páginas (y en este punto pasó las hojas de corrido como un abanico) no había ni una sola ocurrencia feliz ni un pensamiento

aprovechable ni el menor átomo de ingenio. Y que los pastores que allí hablaban parecían tan zafios que no se sabía si a quienes cortejaban era a sus damas o a sus ovejas. En este punto todos estallaron en carcajadas mientras miraban con disimulo hacia la sala adyacente, donde el señor Cervantes hojeaba novelas de caballerías con gesto tranquilo, como si la cosa no fuese con él.

Ya mencioné que no soy yo muy devoto de *La Galatea*. En honor a la verdad, no lo soy de ninguna de esas novelas pastoriles. Y es más, algún tiempo después Lope de Vega publicaría la suya (a la que intituló *La Arcadia* para no ser menos que Virgilio) y aún me pareció peor. Pero no acertaba a ver el motivo de aquellos furibundos ataques lanzados con semejante saña contra un hombre que, a mi corto entender, nunca le había hecho a nadie mal alguno. Con el tiempo habría de revelarme don Miguel la fuente de aquella inquina que el *Fénix* le profesaba, pero por aquel entonces yo aún permanecía ignorante de aquellas pependencias entre literatos, casi todas hijas de la envidia y los celos, que se concebían en cualquier momento, a menudo por motivo baladí, y se gestaban durante años, hasta que el día más inopinado explotaban en forma de soneto burlesco, en el mejor de los casos, o de intercambio de mamporros y estocadas, en el peor. La cuestión era que empezaba a sentirme un poco nervioso y abochornado mientras retiraba libros viejos de las estanterías y los llevaba a la trastienda, para que fuesen estos sustituidos por otros más nuevos y fáciles de vender. Empezaba a temerme que aquello solo podía terminar con violencia o con la humillación del pobre don Miguel, y no acababa de decidir cuál de los dos era menos deseable. Y tampoco mi amo el librero Robles parecía tenerlas todas consigo. Sentado tras su escritorio con la pluma en la mano, fingía hallarse concentrado en asuntos de cuentas, pero yo lo veía lanzar miradas nerviosas hacia la tienda, temiendo a buen seguro que allí estuviera gestándose una reyerta, y debatiéndose entre la conveniencia de hacer algo para impedirlo o bien quedarse al margen, y que fueran los propios poetas quienes resolvieran el asunto, con riña o sin ella, que tampoco sería algo tan novedoso en Madrid que dos poetas riñeran, toda vez que en eso los poetas no se diferenciaban del común de los valentones y matasietes que poblaban la Corte. Así las cosas, y en lugar de cejar en su burla velada de Cervantes, Lope insistía en ella, ahora con comentarios sobre ciertas comedias que él denominaba «a lo manco», con lo que no quedaba duda de que se refería a las siete u ocho comedias que don Miguel había estrenado en los corrales de Madrid, con poco éxito, como antes dije. «Comedias a lo manco o a lo necio», proclamó con gran regocijo de los pisaverdes que le reían las gracias, «pues es bien sabido que para escribir una comedia basta con una sola mano, pero que nadie ha sido capaz de hacerlo con medio cerebro, aunque no puedo aclararles a vuestras mercedes si el poeta en cuestión nació sin esa otra mitad o si se la dejó allá donde la mano, pues parece que en aquella ocasión el turco afinó la puntería».

Aquello no dejaba ya la menor duda sobre quién era el destinatario de las burlas, y no faltaba sino que este lo hiciera patente por el procedimiento de desabrigar la espada y saltar sobre Lope con aquella desnuda. De hecho, el dramaturgo callaba ahora y todos miraban de soslayo a Cervantes para no perderse su reacción. Pero sepan vuestas mercedes que don Miguel no daba muestras de haber oído todos esos escarnios que el *Fénix* acababa de derramar sobre su persona. En aquel momento dejaba en la estantería el último libro que había estado hojeando y se calaba el sombrero, gesto con el que parecía anunciar su intención de marcharse sin más. Y así lo pensamos todos cuando lo vimos dirigirse hacia la puerta, yo dolido por la humillación que el bueno de don Miguel parecía dispuesto a encajar sin la menor protesta, Lope y sus aduladores sonrientes por ver al que antaño fuera valeroso soldado comportarse con tamaña mansedumbre. Pero hete aquí que Cervantes no ganó la puerta de la librería sin más, sino que antes se detuvo a la altura del *Fénix* y su corte y, girándose, se llevó la mano derecha (la buena) al ala del sombrero en señal de saludo, lo que apagó de pronto las sonrisas en los rostros de aquellos majaderos.

—Salud, Lope —dijo Cervantes ante el gesto demudado de este—. Ayer vi vuestra última comedia en el corral del Príncipe.

—Ah —dijo el *Fénix* confundido y tal vez nervioso por lo que pudiera venir a continuación—. ¿Y qué tal os pareció?

La mano derecha de Cervantes (la buena) descansaba ahora sobre el pomo de su espada, aunque este por lo común servía de soporte para su mano inútil.

—Tenéis talento, Lope. Pero he oído contar que aún sois más diestro para el libelo que para la comedia. Y que vuestros servicios como suegro no admiten parangón en ninguna de las mancebías de la Villa.

Todo el mundo sabía que el *Fénix* había pisado la cárcel y luego había sido enviado al destierro por una acusación de libelo contra el actor y empresario Jerónimo Velázquez, el padre de aquella famosa *Filis* de la discordia. Tampoco era desconocido el hecho que ya antes mencioné de que Lope prestaba servicios como alcahuete al duque de Sessa y a otros aristócratas de nombradía. En la lengua de los prostíbulos, el «suegro» es el encargado del burdel, así llamado por quienes frecuentan a sus «hijas». En unas pocas palabras, Cervantes acababa de devolverle a Lope todas las ofensas recibidas. Y lo había hecho sin faltar un ápice a la verdad, y con aquel tono de voz suyo, tan noble y mesurado que invitaba a creer sin reservas en la sinceridad de sus palabras y la nobleza de sus intenciones, mucho más de lo que uno creería en el sermón de un clérigo que estuviese tronando desde su púlpito. Lo que fuera a ocurrir ahora solo el Altísimo podía saberlo. De momento, mi amo Francisco de Robles había dejado de fingir que anotaba asientos en el libro de cuentas y se había asomado a la tienda con cara de alarma. Por gestos, me estaba indicando que corriera a avisar a los corchetes tan pronto como los aceros salieran de sus

vainas, lo que en vista de las circunstancias podía ocurrir en cualquier instante. El rostro de Lope estaba rígido y pálido, y no parecía sino que todo su cuerpo temblase. A don Miguel se le veía tranquilo, acariciando el pomo de su espada, como retándolo con su actitud. Todos los presentes guardaban un silencio sepulcral. Y de repente Cervantes se giró hacia la puerta y se fue. Así como lo cuento. Se fue y no hubo nada. Nadie se precipitó tras él, nadie gritó, nadie se encomendó a Dios ni al diablo ni bramó ¡voto a bríos! Más bien fue como si de repente se escapara el aire de una vejiga de carnero hinchada en demasía, pero sin llegar a explotar. Uno de los admiradores de Lope se excusó diciendo que lo reclamaban quehaceres urgentes y salió de la librería. Acto seguido, uno tras otro, todos los demás hicieron lo mismo, hasta que el *Fénix* quedó solo en medio de la tienda, con una expresión como alelada, semejante a la de un hombre que ha recibido un gran golpe en la cabeza y no se decide entre caer inconsciente o dejarlo para luego. Y al final, sin mediar palabra, también Lope se fue y no hubo nada. Nada de nada.

En los días siguientes no se hablaba de otra cosa en la Corte, lo que no contribuyó precisamente a alimentar la reputación de Lope como el más bravo de los galanes. Supe que don Miguel había regresado pronto a Andalucía, donde lo reclamaban sus obligaciones como recaudador, lo que fue una gran suerte, pues de ese modo no llego a ver los pasquines que aparecieron por todos los muros de Madrid con infamias sobre el autor de *La Galatea*, de forma singular la de que si había sobrevivido a su cautiverio en Argel era sencillamente porque su amo berberisco le había tomado afición al servirle Cervantes de puta, como es cosa notoria que ocurre entre los infieles, pues de otro modo jamás habría salvado la vida a pesar de sus varios intentos de fuga. Por suerte, estas cosas son comunes en el nido de víboras de la Corte, y se olvidan con tanta rapidez como brotan, y más cuando todos sabían quién estaba detrás de la calumnia y por qué.

Y así fue como todo volvió pronto a la normalidad. Continuaron los éxitos teatrales de Lope, y sus escándalos y amoríos siguieron alimentando los mentideros de la Villa. Y mientras la mala suerte no le daba tregua a don Miguel, que hasta supimos que había dado con sus huesos en la cárcel de Sevilla, y no por ladrón ni pependenciero, sino por haber confiado dineros ajenos a un banquero poco honrado. Murió al fin su majestad el rey prudente, que ya llevaba años amenazando con hacerlo, y ascendió a los cielos para ocupar ese lugar que le había procurado su celo en borrar de España cualquier semilla de herejía. Y vino otro Felipe, el tercero de ese nombre, a ocupar su lugar, siendo una de sus primeras medidas (en mala hora) la de trasladar la Corte de Madrid a Valladolid, con lo que la Villa se vació de casi un tercio de sus habitantes, entre ellos los más notables. Y en verdad no era otro el propósito de los burgueses vallisoletanos al procurarse la vecindad de la Corte, que de ese modo pensaban embolsarse sus buenos ducados a expensas de tanto noble y

cortesano como rondaría de la noche a la mañana por la orilla del Pisuerga. Pero sepan vuestas mercedes que para el pobre Gonzalillo el traslado de la Corte tuvo un efecto indeseado, ya que con él empezó la época de más ajeteo de su corta vida. Pues ¿qué otra cosa podía hacer mi amo Robles sino abrir una nueva librería allá donde los libros iban a venderse? ¿Y qué otra cosa podía hacer su fiel servidor Gonzalo de Córdoba sino cumplir sus deberes y viajar de Madrid a Valladolid tantas veces como la necesidad lo exigiera, que eran muchas, como muchos eran los cuerpos de libros que había que transportar y las formalidades que cumplir en las nuevas covachuelas de palacio, que ahora paraba casi cincuenta leguas más lejos que antes? Y así fue como me convertí en asiduo de carros y diligencias, y como llegué a aprender de memoria cada revuelta del camino, cada mojón y cada piedra que había entre las dos ciudades, y cada posada y albergue, donde al principio solo me alcanzaban los dineros para dormir en la cuadra sobre un jergón de paja, aunque con el tiempo mi amo me proveyó de los dos cuartos que costaba una «media con limpio», es decir, una cama a medias con alguien que no estuviese tiñoso ni sarnoso ni escrofuloso, que no siempre era fácil encontrarlo.

Y entretanto terminó el siglo y empezó el nuevo, y con este cambio se levantó también el cierre que pesaba sobre los corrales de comedias desde que Dios acogiera en su seno al rey don Felipe, en parte por luto, y en parte para evitar la propagación de la epidemia de peste que por aquellos años hacía estragos en el reino. Lope publicó su anunciada novela pastoril y acto seguido volvió a ponerse la corona de rey de las comedias. Y un buen día, bien lo recuerdo, mi señor don Miguel de Cervantes apareció de nuevo por la librería de Robles, algo más viejo, algo más flaco, algo más alta su frente, algo más desdentado. Dijo que quería conversar en privado con mi amo, y por lo que colegí de la plática de ambos, de la que tan solo oí retazos mientras entraba y salía de la trastienda con distintos quehaceres, su deseo era proponerle la publicación de una novelilla que acababa de terminar, y cuya concepción le había servido de entretenimiento durante los meses que había pasado preso en Sevilla. El asunto de aquel libro era curioso: nada menos que un hidalgo de pueblo que enloquecía de tanto leer libros de caballerías. Y así fue como oí hablar por vez primera de don Quijote.

* * *

—¿Cansada?

Pilar se frotó los ojos con ambas manos mientras Erasmo detenía la grabadora, que protestó con un discreto pitido. El reloj de péndulo que colgaba de la única pared desprovista de estanterías le reveló que eran casi las cuatro de la mañana. A Erasmo le sorprendió darse cuenta de que no había mirado el reloj ni una sola vez durante las

más de cinco horas que Pilar había empleado en abrirse camino a través de las primeras veinte hojas del manuscrito. Al principio su ritmo había sido vacilante, con pausas cada pocas líneas para examinar con una lupa alguna palabra o pasaje especialmente oscuros. Pero luego la muchacha había ganado en seguridad, hasta que su transcripción había llegado a sonar más bien una lectura pausada. Y mientras la voz de Pilar desgranaba la historia, Erasmo había escuchado con el ánimo en suspenso, sin interrumpirla ni una sola vez y con una sensación de asombro creciente. En algunos momentos, al bibliófilo le había costado trabajo no ceder al tópico de pellizcarse para comprobar que no estaba dormido, pero no por ello dejaba de sentirse como si todo aquello estuviera ocurriendo dentro de un sueño. Y en cierto instante hasta tuvo que sacudirse la descabellada idea de que estaba muerto y había ascendido al cielo de los bibliófilos, un lugar reservado para los bienaventurados que habían obedecido al pie de la letra todos los mandamientos del buen coleccionista, y donde era posible encontrarse con tesoros semejantes dentro de cualquier caja de papeles viejos. En algunos momentos Erasmo incluso había experimentado una peculiar alucinación auditiva. Era como si la voz de Pilar se volviera más tenue y lejana, al tiempo que otra voz, una voz masculina que hablaba con acentos antiguos, surgía para reemplazarla. Erasmo siempre se había considerado una persona con los pies bien asentados en el suelo. Pero lo que estaba escuchando, la historia contenida en aquella crónica de cuatrocientos años de antigüedad, era tan fabuloso que obraba el efecto de aflojar sus vínculos con el mundo real. Con todo, la presencia de Pilar a apenas un metro de él, justo al otro lado de su escritorio, era demasiado física y perturbadora como para que aquella sensación de irrealidad durara más que unos instantes.

—La verdad es que estoy agotada, profesor —se quejó la muchacha con voz ronca, y sin rastro del brío con que había acometido la lectura de las últimas páginas—. ¿Puedo beber un poco de agua?

—Discúlpame, querida, soy un bruto. Ven a la cocina conmigo. Gladys conoce bien mi debilidad de comer entre horas y siempre me deja el frigorífico bien provisto.

Y se puso en pie para mostrarle el camino a la muchacha.

* * *

—Es como estar soñando —dijo Pilar poniéndoles voz a los pensamientos de Erasmo—. Cervantes... Lope... el Madrid de los Austrias... Una crónica de primera mano de los momentos más fascinantes de nuestra historia y nuestra literatura. ¿Dónde ha encontrado semejante tesoro, profesor?

Pilar contempló con cierta reserva el sándwich de jamón y queso que su antiguo profesor acababa de poner ante ella. Al cabo de unos segundos se decidió y le dio un

cauteloso bocado al que le siguió otro más convencido. Ambos bajaron con la ayuda de un vaso de zumo de naranja escanciado de un tetrabrik. Mientras daba cuenta de su propio bocadillo, Erasmo reflexionó sobre la conveniencia de revelarle a Pilar su aventura de la mañana anterior, la vigilancia ante la librería de Maestre, su magistral interpretación en el papel de guiri despistado y el truquito final con la goma y el lápiz. En el fondo se sentía muy orgulloso de su hazaña, pero era consciente de las fuertes convicciones morales de Pilar y dudaba que la muchacha fuera a mostrarse comprensiva.

—*Excusez-moi, mademoiselle* —dijo afectando un leve acento francés—. Me va a permitir que no revele cómo hallé el manuscrito de nuestro amigo Gonzalo, pero debe comprender que un buen prestidigitador jamás descubre sus trucos.

Y se sintió ridículo no bien la broma hubo abandonado sus labios.

Pilar lo miró mientras masticaba y guiñó levemente los ojos.

—¿Alguna de sus tretas de bibliófilo, profesor? Espero que no haya hecho nada ilegal. No me gustaría que tuviera usted problemas con la policía. Y mucho menos verme involucrada.

Erasmo se estremeció. Acababa de recordar la visita de una pareja de maderos a su domicilio algunos años atrás. La orden judicial que traían consigo les había permitido requisar cierto libro que había adquirido poco antes mediante subasta, un bello gótico impreso en Burgos hacia mediados del siglo XVI. Al parecer el ejemplar procedía de una biblioteca catedralicia, de donde había salido (junto con varias docenas de sus compañeros) a causa de la codicia de cierto clérigo-bibliotecario poco escrupuloso con el patrimonio de su empresa. El cura se había disculpado aduciendo la fragilidad de su carácter, y la jerarquía católica, como acostumbra a hacer siempre que uno de los suyos está involucrado, procuró echar tierra sobre el asunto. La fiscalía, por su parte, decidió no cebarse con él en atención a su ministerio y su avanzada edad. Pero todos los coleccionistas que habían pujado de buena fe en subasta legal se habían quedado sin su dinero y sin sus libros. Y lo peor había sido tener que recibir en su casa a aquellos dos agentes de la Brigada de Patrimonio. Es cierto que se habían comportado con absoluta corrección, pero la sensación de alarma y bochorno no se la quitaba nadie, por no hablar del susto de su añorada Almudena, que ya lo veía esposado y entre rejas. Ese día se juró no traspasar jamás ciertas barreras. Y sin embargo ahora no tenía la conciencia muy tranquila, porque tal vez su modo de hacerse con el manuscrito hubiese bordeado los límites de la legalidad, por expresarlo de un modo suave. Se dice que el fin no justifica los medios. «Pero, caramba, hay fines y fines», se dijo Erasmo, para acto seguido asumir su expresión más angelical.

—Te diré la verdad, Pilar. Compré ese legajo ayer mismo en una librería de viejo y pagué por él religiosamente. ¿Acaso tengo yo la culpa de que un librero ignore el

valor de lo que vende?

Pilar lo miró con una ceja en alto. Era evidente que no se había creído una palabra. ¿Por qué sería tan condenadamente lista aquella chica?

—Sea como fuere, profesor, ¿es usted consciente de que este asunto le va a hacer famoso?

El comentario de Pilar lo intranquilizó. Ningún cazador de tesoros sueña con la fama. Con el dinero, tal vez. Y más si se trata de una montaña de dinero. Pero la fama puede ser un estorbo en según qué actividades. Él nunca se había dejado seducir por el lado glamouroso de la vida académica. Durante sus años en la Complutense podría haber publicado con mucha más asiduidad, pero prefirió limitarse a un ritmo modesto de libros, artículos y ponencias, y siempre sobre las cuestiones menos vistosas de su campo. Sus investigaciones privadas sobre el libro antiguo le habían proporcionado material más que suficiente para convertirlo en un especialista de fama mundial. Y de hecho algo de aquello había trascendido, más bien a su pesar. Pero la vocación de Erasmo no era de prima dona, sino de cazador. Así al menos había concebido él siempre la bibliofilia: como una de las artes cinegéticas. Y un cazador ha de aprender a ser invisible. Por ello había preferido mantenerse en una mediocridad en modo alguno áurea, pero sumamente cómoda y, sobre todo, conveniente para sus intereses. Y ahora, sin comerlo ni beberlo, aparecía el viejo Cervantes para poner todo patas arriba. Se vio a sí mismo convertido en una estrella mediática. Se vio en los telediarios y en las portadas de la prensa, con su camisa hawaiana y su aire de ratón de biblioteca. Se vio en medio de un bosque de micrófonos, como un personaje de la prensa rosa a la salida de un juzgado. Y la perspectiva no se le antojó en absoluto halagüeña. Hasta ahora había concebido aquel asunto del manuscrito como la cacería más emocionante de toda su vida, algo así como si a un aficionado a la caza mayor se le diera la oportunidad de abatir un dinosaurio, con el aliciente añadido de una cifra de muchos ceros en su cuenta corriente. Pero lo de hacerse famoso... ¡Wiborada bendita, eso no!

—¿Qué ocurre, profesor? ¿No le seduce la notoriedad que este asunto va a reportarle? —preguntó Pilar al observar la expresión atribulada de Erasmo.

—En absoluto. Soy un hombre sencillo y poco amigo de figurar. Casi un ermitaño.

La muchacha rio, incapaz de identificar la menor vena ascética en la personalidad de su antiguo profesor. Más bien lo tenía conceptuado como excéntrico y algo sibarita. Y desde luego como un solitario reacio a compartir los serenos placeres de su universo privado. También creía detectar en él algunas de las características típicas del viejo verde, aunque era de justicia reconocer que don Erasmo se las arreglaba para mantener a raya a ese pequeño demonio que llevaba dentro.

—Vamos, profesor —dijo ella, y comenzó a hablar a toda velocidad—: Si sigue

adelante con esto no creo que pueda elegir. Tiene en sus manos la respuesta a todas las preguntas que la crítica cervantina se viene formulando desde hace tres siglos. Nada menos que el proceso de escritura del *Quijote*. Un material por el que infinidad de estudiosos y biógrafos repartidos por todas las universidades del mundo estarían dispuestos a matar o a morir. Hasta hoy no conocíamos demasiados detalles sobre la vida de Cervantes. La biografía de la mayoría de sus contemporáneos célebres está mucho mejor documentada. Piense en Lope, por ejemplo. Sabemos tanto de Lope como de algunos escritores del 98. Es como si él mismo se hubiera propuesto hacer ruido para que nunca lo olvidáramos. Pero sobre Cervantes todo son lagunas y conjeturas. Este momento en el que hemos dejado el manuscrito de Gonzalo, sin ir más lejos. Los años que median entre su salida de la cárcel y la publicación de la primera parte de *Don Quijote*. Son siete años de los que apenas sabemos nada, y sin embargo Cervantes los empleó en completar una de las empresas creativas más perdurables de la historia.

—Aunque sin saberlo.

—¿Cómo dice?

—Son contados los casos en los que alguien acomete una tarea con plena conciencia de estar haciendo algo histórico y perdurable —dijo Erasmo con aire profesoral mientras sumergía una bolsita de manzanilla en un vaso que acababa de sacar del microondas—. Colón no era consciente de la trascendencia histórica de su viaje de exploración. Ni Fleming cuando encontró esos cultivos contaminados por hongos en su laboratorio. Digan lo que digan, hasta el mismísimo Jesús de Nazaret debía de estar a dos velas cuando lo clavaron a aquel madero, porque si llega a imaginar la que se iba a liar a raíz de aquel incidente, sin duda se habría buscado un buen abogado.

Y en este punto Erasmo agradeció la risita cansada de Pilar con una inclinación de cabeza.

—¿Y adónde nos lleva todo eso?

—Los auténticamente grandes no suelen ser conscientes de su importancia. Cervantes empleó esos años en escribir el *Quijote*, de acuerdo. Y luego el azar y el capricho de críticos y lectores convirtieron lo que obviamente no era más que una novela cómica en uno de los mayores legados literarios de la humanidad. Pero eso fue luego, ¿me comprendes? No creo que a Cervantes le pareciera necesario testimoniar cada uno de los días que pasó escribiendo el *Quijote*, como si fuera Neil Armstrong a punto de pisar la Luna.

Pilar disimuló un bostezo.

—De acuerdo, profesor. Pero...

—Bastante tenía el pobre hombre con buscarse la vida y aguantar a aquella tropa de mujeres con las que tenía que compartir domicilio.

—No le encuentro la gracia a ese chistecito misógino que acaba usted de hacer.

—La posteridad, Pilar —insistió Erasmo pasando por alto el gesto contrariado de su antigua alumna—. Hablamos de la posteridad. Y a lo que voy es a que la posteridad no es nada. Quizás para los héroes épicos significara algo. Pero para el común de los mortales es un concepto vacío, ni siquiera existe. Porque no depende de uno mismo, sino del juicio de los demás. Es decir, llega por accidente, y por lo general cuando uno ya está muerto.

—Lo que no se aplica en su caso, profesor. Imagine que dentro de un año o dos publica usted un estudio sobre el manuscrito de Gonzalo. ¿Es usted consciente de lo que eso le reportaría?

—Por desgracia, soy plenamente consciente de ello. Por eso permíteme que te devuelva la pregunta. Imagínate que ese libro lo publicas tú.

—¿Qué?

Erasmo sonrió al comprobar que su disparo había dado en el blanco. Estaba improvisando, pero ahora las ideas acudían a su mente en tropel. Fabulosas ideas, por cierto.

—Pilar Esparza, la estrella rutilante de la joven filología española. Honores, conferencias. Todos los departamentos universitarios de literatura española a tus pies. Aquí y en el extranjero. Un cheque en blanco para cualquier programa de investigación que se te antojara. Y adiós para siempre a esos mastuerzos descerebrados del instituto.

Ahora Pilar lo miraba con los ojos desorbitados, sin asomo de fatiga.

—Pero es usted quien ha encontrado el manuscrito, profesor.

Erasmo la miró con su sonrisa más mefistofélica.

—Te lo dije antes, querida pupila. A estas alturas deberías conocerme. Para ti la fama y los honores. Yo me conformo con el premio de consolación.

—¿Se refiere a lo que me imagino?

—Al comienzo de su crónica, Gonzalo de Córdoba promete que revelará el paradero de otro manuscrito. Un manuscrito que al parecer anduvo perdido y él mismo ayudó a recuperar. Sabemos que tuvieron éxito porque así nos lo revela él mismo. De hecho, afirma que lo ha conservado durante toda su vida como su legado más valioso. Por supuesto, también sabemos que el libro contenido en ese manuscrito llegó a publicarse. ¿No es así?

—Desde luego, profesor. A comienzos del año 1605. Se imprimió en la imprenta que regentaba Juan de la Cuesta en la calle Atocha, propiedad de la viuda de Pedro Madrigal hijo, María de Quiñones, casada en segundas nupcias con Cuesta. Unos mil ejemplares a cargo del librero Francisco de Robles, a quien hemos tenido el placer de conocer en persona esta misma noche. Trescientos treinta y dos folios en cuarto menor en cuadernillos de dos pliegos, preliminares aparte.

—¡Bravo, buena memoria! Nos consta que el libro existe, luego el manuscrito robado apareció. Y no es descabellado pensar que Gonzalo, quien se identifica como amigo e hijo político de su autor, decidiera guardarlo por motivos sentimentales. Y si escondió el manuscrito con semejante esmero, ¿por qué no imaginar un poco más y concebir que ese montón de papeles que hay sobre la mesa de mi despacho no sea en realidad sino el mapa que nos conducirá hacia ese otro manuscrito, el robado y recuperado? ¿Qué te parecería encontrar una gran X en la última página marcando el lugar donde se encuentra el manuscrito perdido, el Manuscrito con «M» mayúscula?

—¿El autógrafo del *Quijote*?

—O al menos el de su primera parte, sí.

—Profesor... ¿le importa si fumo?



La pregunta tomó a Erasmo por sorpresa. En otras circunstancias tal vez se lo hubiera prohibido, pero hoy prefería complacer a Pilar, de modo que negó con la cabeza y se dirigió hacia uno de los armarios, de donde, tras rebuscar durante unos

segundos, extrajo un cenicero que puso delante de la joven. Luego se volvió hacia la ventana y la abrió de par en par. Una brisa agradable se coló entonces en la cocina. Y con el aire, una insinuación de olores vegetales procedente del vecino parque del Retiro. A estas horas de la madrugada, el omnipresente tráfico madrileño había quedado reducido a ligero rumor cuyo efecto resultaba casi sedante.

—Vaya, profesor, esta frivolidad no me la esperaba de usted.

Con su cigarrillo ya encendido, Pilar estaba estudiando el cenicero que el bibliófilo acababa de entregarle, un sencillo cuenco de barro hecho y pintado a mano. En su interior, con mayúsculas azules, podía leerse: AQUÍ FUMABA ERASMO, AUNQUE HA PROMETIDO QUE NUNCA MÁS LO HARÁ.

—Almudena —dijo él con un leve pinchazo de tristeza—. Lo hizo en sus clases de cerámica, hace unos veinte años, por la época en que dejé de fumar.

Pilar asintió.

—Lo siento. ¿Tiene otro cenicero? Un plato de café servirá.

Erasmus sacudió la cabeza.

—No te preocupes, puedes usarlo. Un cenicero es un cenicero. Está para eso. Ahora dime, ¿qué te parece mi oferta?

—¿Qué oferta?

Erasmus resopló con impaciencia.

—Para mí el manuscrito, para ti los honores y la fama.

—A ver si lo he entendido —dijo Pilar, y sus palabras brotaron envueltas en humo—: ¿Me está proponiendo que le ayude a encontrar el autógrafo del *Quijote*, un manuscrito que, de existir, tendría un valor incalculable? ¿Y a cambio me ofrece la posibilidad de escribir un libro?

Erasmus comprendió que Pilar se había adelantado a su jugada. Quizás hubiese llegado el momento de negociar más duro. De acuerdo, él siempre había sido bueno regateando.

—Pareces olvidar que la clave de ese hallazgo es de mi propiedad. Creo que te deberías sentir afortunada por haber sido la elegida para descifrar el manuscrito de Gonzalo. ¿No te parece suficiente lo que te ofrezco? ¿Cuántos darían lo que fuera por estar en tu lugar? Y piensa que hay muchos otros que podrían hacer ese trabajo.

Pilar lo miró fijamente. Entonces apretó los dientes y apagó el cigarrillo que acababa de encender aplastándolo enérgicamente contra el cenicero.

—Muy bien, profesor. Pues vaya llamando a otro ayudante que le salga más barato. Creo que mi trabajo aquí ha terminado.

La muchacha se puso en pie. Y en ese instante Erasmus se dio cuenta del error que acababa de cometer.

—¡No, Pilar! ¡Por favor! ¡Te ruego que me perdones! ¡Es a ti a quien quiero!

¿Había dicho eso de verdad? ¿Es que acaso no existe un hombre incapaz de

volverse patético ante una mujer guapa?

—¿Por qué a mí? —dijo la muchacha con gesto desconfiado.

Erasmus podría haber respondido muchas cosas, pero lo único que acertó a decir fue:

—¿Y en quién más podría confiar?

Pilar lo miró de hito en hito. Finalmente cedió y volvió a tomar asiento. Incluso encendió otro cigarro en lo que parecía un gesto de buena voluntad.

—¿Qué haría con el manuscrito de Cervantes, en el hipotético caso de que existiera y fuésemos capaces de encontrarlo? ¿Guardarlo en su caja fuerte para su uso y disfrute personal? ¿Venderlo?

Lo cierto es que es que ambas posibilidades habían cruzado la mente de Erasmus. Amén de una tercera que a Pilar no se le había ocurrido, y que consistía en dividir el manuscrito en varios lotes y negociar la venta de cada uno de ellos por separado con distintos coleccionistas privados. Venderlo de forma abierta, mediante subasta, sería una soberana estupidez, pues en ese caso el Estado español ejercería su derecho de tanteo pagando por él un precio muy inferior al que podría obtenerse por otro procedimiento. En cualquier caso, a Erasmus no le apetecía entrar en detalles sobre el asunto y prefirió responder con una evasiva:

—Primero hay que encontrarlo. No vayamos a vender la piel del oso antes de cazarlo. Ahora mejor negociemos los términos de nuestra colaboración.

Antes de las cinco habían llegado a un acuerdo que parecía justo para ambos. Si eran capaces de encontrar el autógrafo de Cervantes, este pasaría a ser propiedad de Erasmus. En este punto, y como en broma, Pilar se empeñó en introducir la cláusula de que esto solo tendría validez si para la obtención del manuscrito no se había recurrido al robo, al asesinato o a algún otro delito o conducta reprobable (y era potestad de Pilar el decidir qué conductas entraban dentro de esa categoría). Erasmus tendría entonces derecho a decidir qué hacer con el documento. Esta prerrogativa incluía su venta, aunque en tal caso tanto el comprador como el procedimiento de venta deberían contar con la aprobación de Pilar. A cambio de su colaboración, ella obtendría la propiedad del manuscrito de Gonzalo, así como el derecho a estudiar ambos documentos y de publicar sus resultados en exclusiva. En caso de que el autógrafo de Cervantes no apareciera (el bibliófilo sintió un pinchazo en el estómago cuando se mencionó dicha posibilidad), Erasmus conservaría la titularidad de la crónica de Gonzalo, pero su estudio le correspondería a Pilar, así como cualquier publicación relacionada con él.

Erasmus redactó los términos del acuerdo sobre su mejor papel de cartas y ambos firmaron al pie de la hoja. Entonces propuso que sellaran su acuerdo con una copa de buen vino (la única botella de cava que fue capaz de encontrar estaba caliente). Pero la muchacha se excusó diciendo que se sentía agotada y quería irse a dormir.

—¿Puede llamarme un taxi, por favor?

—¿Y por qué no duermes aquí?

Erasmus había hablado sin pensárselo, y se sintió algo dolido al observar que la muchacha daba un paso hacia atrás.

—No me malinterpretes. Tengo una habitación de invitados. Si te quedas podríamos ahorrar tiempo y reanudar la lectura del manuscrito dentro de unas pocas horas, tan pronto como hayamos descansado.

—Pero no he traído nada. No contaba con pasar la noche fuera de casa.

—Encontrarás un cepillo de dientes sin estrenar en el baño y un montón de ropa limpia en los cajones. Todo está tal como Almudena lo dejó. Dudo que su ropa sea de tu talla, pero te será sencillo arreglarte con lo que encuentres. Mañana podrás pasar por tu piso y recoger lo que necesites. Quédate, por favor. Hemos emprendido juntos esta búsqueda. Intuyo que es importante que no nos separemos.

Había un temblor de súplica en la voz de Erasmus que a Pilar no le pasó por alto. De repente la muchacha sintió un arrebato de ternura hacia su antiguo profesor, y antes de darse cuenta había accedido a quedarse a pasar la noche:

—De acuerdo. Espero no causarle muchas molestias.

—En absoluto. Para mí es una alegría tenerte como invitada. Imagínate qué sorpresas nos deparará la próxima jornada. ¿No te sientes un poco como Jim Hawkins a punto de desembarcar en la Isla del Tesoro?

La muchacha bostezó por toda respuesta y Erasmus la apremió para que se fuera a descansar.

Ojalá pudiera aguantar la tentación de ir a arroparla mientras dormía.

CAPÍTULO III

El ingenioso hidalgo

Pilar no volvió a aparecer hasta pasadas las once de la mañana. Llevaba puestos unos pantalones de chándal que le quedaban casi bien y que Erasmo no creía haberle visto nunca a Almudena. Entonces cayó en que él mismo los había comprado con el propósito de hacer un poco de ejercicio, si bien luego habían quedado olvidados en un cajón, pues su sentido de la dignidad (o su miedo al ridículo) había podido con sus buenas intenciones. La muchacha vestía también una holgadísima camiseta con la leyenda *I love Benidorm* (póngase un corazoncito en lugar de la palabra «love»), prenda que sí le trajo recuerdos del penúltimo año de su matrimonio, y de un espantoso puente de cuatro días al que había accedido por complacer a su difunta esposa, que ya por entonces libraba las primeras escaramuzas contra la enfermedad que habría de acabar con ella. Pilar estaba recién duchada, con el pelo aún húmedo y los párpados levemente hinchados por las escasas horas de sueño. Erasmo, por su parte, apenas había dormido. Había pasado la mañana fantaseando y trazando planes estafalarios. Y luego había bajado a la calle a comprar el periódico y una docena de churros, de los que Pilar daba cuenta ahora mismo con un apetito voraz que Erasmo atribuyó a su juventud y a su buena salud. Él se contentó con un par de churros que consumió con un tazón de café con leche y la seguridad de que su estómago le haría pagar cara la afrenta. Pero un día era un día y ciertamente había motivos para la celebración. El hallazgo del manuscrito, por un lado, y el no menos importante de haber recuperado a Pilar, a la que había echado de menos con una añoranza extrañamente dolorosa sobre cuya naturaleza prefería no hacer cábalas.

—¿Lista? —preguntó Erasmo tan pronto como Pilar dio cuenta de su desayuno y de su primer cigarrillo de la mañana.

La muchacha asintió y ambos se trasladaron al despacho. Erasmo sacó el manuscrito de Gonzalo de la caja fuerte y lo depositó delante de Pilar junto con la grabadora encendida. Al pie de la hoja colocada en la parte superior de la pila le fue posible distinguir las palabras «don Quixote».

—Cuando quieras, Pilar.

La muchacha se aclaró la garganta y empezó a leer.

* * *

...Y así fue como oí hablar por vez primera de don Quijote.

Pero permitan vuestras mercedes que intente dejar constancia de la conversación que les oí a don Miguel y al librero Robles, por lo menos hasta donde mi memoria

alcance, que aunque no sea esta tan buena como para repetir cada una de sus palabras, no dudo que baste para dar idea cabal de cuanto allí se dijo:

—Y bien, decidme, Cervantes, este libro que me traéis ¿no será por ventura otra novela de pastores y ninfas?

Don Miguel rio de buena gana.

—De ningún modo, Robles. Dejémosle a Lope los pastores y las ninfas y que le aprovechen para esa *Arcadia* con la que nos amenaza, que el libro que yo os traigo es de una naturaleza muy distinta.

—Pues contad, contad, que me tenéis con el alma en vilo.

—Es una novela de caballerías.

—¿Habláis en serio? —dijo mi amo con un resoplido—. Pero si ya nadie lee esos libros. Apenas vendo ninguno. Solamente a vos, que parecéis el único que aún disfruta de esos palmerines y amadises y demás fauna caballeresca.

—No os hablo de una novela de caballerías al uso, mi señor librero, sino de una cómica y de entretenimiento. ¿Os imagináis que a un tranquilo hidalgo de La Mancha se le agostara el cerebro de tanto leer libros de caballerías? ¿Os imagináis que un día decidiera tomar las armas y salir en busca de aventuras por los caminos? ¿Y que nuestro hombre hubiera extraviado el seso hasta el punto de tomar las ventas por castillos, a los venteros por castellanos y a las mujerzuelas por damas de alcurnia? Y pensad en la graciosa forma de hablar de semejante personaje, que en lugar de ser como la de las gentes normales, se parecería a la de los grandilocuentes fantoches que aparecen en esos libros, que si los he comprado y leído no fue con otro propósito que el de escarnecerlos con mejor conocimiento.

Mi amo se rascó el mentón, como siempre hacía cuando estaba calculando los beneficios de un negocio.

—¿Y cómo se intitula esa novela de la que me habláis?

—Aún no tiene título cierto, que eso ha de venir lo último —explicó Cervantes—. Pero podría bastar quizás con llamarla por el nombre del hidalgo convertido en caballero, quien en su delirio de loco da en bautizarse don Quijote de La Mancha.

—¿Habéis traído la novela con vos?

Don Miguel le entregó entonces un delgado paquete de hojas sujeto con una cinta. Calculé que a lo sumo allí habría cuarenta o cincuenta folios.

—¿No os parece muy corta, Cervantes? —preguntó Robles sopesando el manuscrito.

—Los libros, señor librero Robles, son como las hazañas de los bravucones o la reputación de una viuda, siempre pueden crecer si la ocasión lo requiere, o si un librero avisado así se lo demandare a un autor complaciente.

—Os veo ansioso por salir de nuevo al campo de batalla de las letras.

—Ay, Robles, mis años de soldado quedaron muy atrás, tan lejanos como

aquellos en los que quise soñarme poeta. Las cumbres del Parnaso se me figuran ahora altas y escarpadas en demasía para mis menguadas fuerzas. Si *Don Quijote* me ayudara a juntar unos reales con los que mejor sostenerme a mí y a los míos (aunque quizás debiera decir «a las mías»), por bien empleada daría la invención del caballero.

—¿Y no guardaréis acaso otra novela que no tenga que ver con caballeros andantes? ¿No tendréis una sobre pícaros? Este es buen momento para novelas de pícaros. ¿No podríais escribir algo a la manera de Mateo Alemán? Todo el mundo lee ahora el *Guzmán de Alfarache*.

Creí ver que un enojo fugaz cruzaba el rostro de Cervantes, pues no hay poeta, por templado que sea su ánimo, que no se irrite cuando se le mienta a otro poeta, máxime cuando se le mienta a modo de ejemplo. Pero el enojo se disipó con la misma celeridad que había venido, como una nubecilla que se esfuma con rapidez tal que nos preguntamos si alguna vez estuvo allí.

—Algunas otras cosas tengo, sí —repuso don Miguel de buen grado—. Una media docena de novelillas que me han servido de distracción durante mis últimos años de vagabundeos. *Ejemplares*, las llamo, pues pretendo que de todas ellas se pueda extraer alguna enseñanza. Y es cierto que una de ellas versa sobre dos mozalbetes que se dejan tentar por los bribones del hampa sevillana, y a los que muy bien se les podría llamar pícaros. Pero es obra que tengo aún por inconclusa, y que me gustaría pulir y rematar y dejar terminada a mi entera satisfacción.

—¿Pero acaso no es esa novela de pícaros más extensa que este *Don Quijote* que me traéis?

—Por cierto que no. Y como os digo ni tan siquiera la tengo terminada. Así que os ruego, señor Robles, que os sirváis leer primero las aventuras del caballero y juzguéis si son lo bastante jugosas y amenas como para mandar imprimir un libro de ellas.

Y al fin mi amo accedió a las pretensiones de Cervantes, y le pidió que regresara al cabo de diez o doce días, y que entonces él ya tendría el libro leído y el dictamen tomado, y le daría cumplida respuesta, aunque no le prometía cosa alguna, ya que el momento era poco favorable para el comercio de libros, que no parecía sino que no quedase un triste maravedí en circulación en todo el reino, o que todos los que antes compraban libros estuvieran ahorrando para afrontar los gastos de mudanza a la nueva corte. Cervantes, no obstante, se dio por satisfecho y dijo «Ea, pues quedad con Dios, señor librero». Y recuerdo que cuando salía se volvió hacia mí y me saludó con una inclinación de cabeza, lo que me llenó de regocijo, siendo aquella la primera vez en mi vida que un hombre tan principal reparaba en un mozalbote tan insignificante como yo.

Ya referí que en mi infancia muchas veces oí a mi amo el párroco reír a mandíbula batiente tras encerrarse en su alcoba con las aventuras de Lázaro de Tormes, y que así fue como el hijo de mi madre dio en la costumbre de leer, pues lo que tan grande alborozo provocaba en el señor cura, versado como era este en el arte de disfrutar de la vida, tenía que representar por fuerza una fuente inagotable de deleites. Pues bien, sepan vuestas mercedes que lo mismo pasó con mi amo el librero y el manuscrito que don Miguel le había llevado, la novelilla aquella del hidalgo que perdía el seso por culpa de las fábulas de caballeros andantes, que tan pronto como mi amo empezó a leerlo era digno de verse el modo en que reía, que no parecía sino que también él, a semejanza del hidalgo, hubiera extraviado el juicio, y hasta los clientes que acudían a la librería se extrañaban y no dejaban de preguntar si es que acaso le ocurría algo malo al señor Robles, al que oían reír y reír sin tregua en la trastienda. Y tal fue el gusto que mi amo le tomó al librito aquel que se lo terminó en apenas dos sentadas, y luego lo oí quejarse de que Cervantes no estuviera en la Villa (no nos acostumbrábamos a dejar de llamarla «la Villa y Corte») para poder negociar con él sobre su manuscrito, pues estaba deseoso de llevarlo a la imprenta. Pero aún tuvieron que pasar sus buenos veinte días para que don Miguel hiciera de nuevo acto de presencia, pues al parecer lo había demorado en Esquivias algún asunto familiar. A mi señor Robles le confió que su propósito era idéntico al de todo aquel que aspiraba a algo por aquellos tiempos, es decir, el de mudarse a Valladolid. Necesitaría, pues, arrendar una casa lo bastante grande para que en ella pudiera vivir toda su familia, lo que incluía a su esposa Catalina, que hasta la fecha no se había movido de Esquivias, a sus dos hermanas, que deseaban trasladar su obrador de costura y bordado a la nueva Corte, donde sus labores gozarían de más y mejor demanda, a Constanza, quien según entendí era hija de una de las hermanas (aunque no oí a don Miguel mencionar a cuñado alguno, ni vivo ni difunto), y a una tal Isabel cuyo parentesco exacto no alcancé a oír, si bien mi amo Robles debía de estar al tanto del mismo, a juzgar por sus vivos gestos de asentimiento. Y eso sin contar a las dos o tres criadas que llevarían con ellos desde Esquivias y desde Madrid. En definitiva, que la casa de Valladolid debería ser grande para acomodar a semejante gineceo, y que para ello iba a necesitar una suma de dinero que sus infortunios de los últimos años (léase «la cárcel», aunque don Miguel se guardó de mencionarla) no le habían permitido reunir. Por ello mucho se regocijó el señor Cervantes con la nueva de que a mi amo el librero no le había desagradado su libro, aunque Robles se lo dijo como si le hubiera hecho una gran merced al alcaláino al haberse dignado leer su novela y haberla juzgado de modo favorable. Ni palabra de las carcajadas que yo había oído, ni de su impaciencia por ver a Cervantes y hablarle de la publicación del manuscrito. Pero bien sabía yo

que así es como se hacen los tratos, y que el mostrar gran interés en la mercancía que uno desea comprar es grandísima sandez, pues viene a ser como invitar al vendedor a que suba el precio de esta, y para un librero las novelas o comedias o tratados o cualquiera que sea el libro no son otra cosa que mercancía, no lo olviden vuestras mercedes.

—No está mal vuestra novelilla, Cervantes —fueron las palabras exactas de mi amo tal como yo las oí, pues me encontraba en la trastienda cuando don Miguel y él mantuvieron la siguiente plática:

—¿La juzgáis entonces merecedora de la imprenta? —preguntó don Miguel con tono esperanzado.

—Tal vez, tal vez. Pero antes vos y yo deberíamos discutir algunos pormenores.

Había llegado el momento de hablar de dineros. O eso pensé entonces. Aunque enseguida comprendí que mi amo había trazado ya ciertos proyectos con respecto al libro y, antes de negociar un estipendio, deseaba comprobar si el autor se mostraba complaciente.

—Veréis, Cervantes —prosiguió el librero—, no os oculto que vuestras ocurrencias me han reportado cierto solaz, y hasta me inclino a pensar que el público podría encontrar de su gusto las desventuras de ese manchego empeñado en emular a Amadís de Gaula. Aunque veo una dificultad. La misma de la que ya os avisé en vuestra anterior visita.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y os importaría refrescarme la memoria?

—El libro es corto.

—Ah, bien, bien. Pues si ese es el único defecto, creo recordar que os dije que hay fácil solución para él. Se alarga y con Dios.

—Creo que no ha de ser tan fácil.

—¿Ah, no?

—No, pues ocurre que no es solamente corto, sino hartamente corto. Mucho más corto de lo que a mi entender haría de vuestra novela un buen negocio. Bien sabéis que la tasa fija el precio de un libro en virtud del número de pliegos de papel que lo compongan. A más pliegos, más caro. ¿Comprendéis?

Don Miguel pareció impacientarse.

—Mi señor librero, cierto es que no he escrito tanto como aquel obispo abulense al que apodaban el *Tostado*, pero tampoco soy un completo lego en esto de dar manuscritos a la estampa, como deberíais saber por mi vinculación con vuestra familia.

—No os piquéis, Cervantes, y atended. Pongamos que vuestro libro se imprimiera en cuarto menor. ¿Cuántos pliegos de papel creéis que ocuparía?

Cervantes se acarició las puntas del bigote.

—No estoy seguro. ¿Ocho? ¿Tal vez diez?

—Vos lo habéis dicho. Diez, a lo sumo. Un librito que no podría venderse por más de treinta maravedíes. Apenas un real. En fin, una miseria.

—¿Y qué sería para vos un buen negocio, señor librero?

Mi amo Robles entornó los ojos y miró a Cervantes de hito en hito.

—La tasa del *Guzmán de Alfarache* fijó su precio en ciento noventa y dos maravedíes el ejemplar. ¿Por qué hemos de conformarnos con menos? Y digo más, ¿por qué no hacerlo todavía más extenso? El papel sube de día en día. ¿Qué me diríais si os pidiera que don Quijote prolongara sus andanzas hasta los ochenta o noventa pliegos en cuarto? ¿Un libro que pudiera venderse por todo el reino a ocho reales? ¿Qué me responderíais a eso, Cervantes?

—Pero eso serían...

—Sí, más de trescientas hojas, seiscientas, tal vez seiscientas y cincuenta páginas.

Ahora mi amo Robles tenía los ojos muy abiertos y como despidiendo chispas, y su rostro se había tornado rubicundo. El de don Miguel, en cambio, palidecía por momentos.

—Perdonadme, señor librero —dijo Cervantes—. Creo que necesito sentarme. ¿Por ventura podría ofrecerme vuestra merced un asiento?

—¡Gonzalo! —gritó mi amo, y me apresuré a tomar una silla que en un rincón estaba y ponerla detrás de don Miguel, a la distancia justa que le permitiera derrumbarse sobre ella, como efectivamente hizo.

—Mi buen librero —dijo el alcaláino entre jadeos—. Lo que me estáis pidiendo...

—Es que multipliquéis a vuestro *Don Quijote* por diez. Así es, en efecto —concluyó Robles.

—Siempre pensé que, en tanto que librero, seríais más bien reacio a los libros voluminosos. El coste de la imprenta... el alto precio al que habría de venderse...

—Los tiempos cambian, y ahora las muchas páginas venden más que las pocas. Al menos en las novelas. Somos una raza sentimental, Cervantes. Cuando nos encariñamos con un personaje no queremos abandonarlo. Cuando nos agrada una historia, no queremos que concluya.

—¿Pensáis entonces que los lectores se encariñarán con mi caballero?

—Eso me dice mi instinto. Pero aún lo querrán más si lo conocen mejor. La novelilla que me traéis no puede ser sino el pórtico de las andanzas de don Quijote. Su primera aventura. Pero luego deben venir muchas más. ¿No habéis pensado acaso que todo caballero andante ha de tener un escudero? ¿Os imagináis las jugosas pláticas de ambos por esos derroteros de La Mancha?

Don Miguel, ya sereno, parecía empezar a encontrar cierta verdad en las palabras

del librero.

—Hum. Quizás. Pero esa extensión monstruosa... Estoy muy lejos ya de la juventud, Robles. Mi vista... Mis huesos... No sé si las fuerzas me alcanzarán para tantísimas palabras como vos queréis que escriba.

—¿Habéis mencionado que tenéis algunas otras novelas cortas, no es así?

—Así es, en efecto. ¿Por qué?

—¿Se os ha ocurrido que una o dos de ellas podrían formar parte de *Don Quijote*?

—¿Y qué diantre tiene que ver...?

—Poned esas historias en boca de algún personaje de la historia principal. A modo de ejemplo o lección moral. O como entretenimiento cuando los personajes se hallen en una reunión. De ese modo lograréis alargar la novela sin grande esfuerzo, puesto que muchas de sus partes las tendríais ya escritas.

—¿Y no creéis que distraerían al lector de la trama principal?

—Al contrario. Creo que la harían más rica y variada. Ea, cebad a vuestro don Quijote, Cervantes. Y volved a traerlo cuando haya engordado. Y no tengáis reparos en usar otras historias, por mucho que le sean ajenas. Por cierto que no seréis el primer novelista que obre de ese modo.

—Aun así... Trescientos folios... No bastaría con intercalar historias que nada tienen que ver con la de don Quijote.

—¿Bastarían doscientos ducados entonces?

Cervantes dio un respingo. Por lo poco que yo sabía de él y de sus infortunios, aquel hombre rara vez había visto semejante suma de dinero, salvo quizás cambiando de mano (no en vano su familia tuvo que pagar una cantidad aún mayor para librarlo de su cautiverio en Argel). Luego supe que por *La Galatea* Blas de Robles no había pagado ni la mitad de lo que ahora ofrecía su hijo Francisco por *Don Quijote*, una novela que a fin de cuentas ni siquiera estaba escrita. No cabía duda de que mi amo quería hacerse con aquel libro futuro a toda costa, y que para ello estaba dispuesto a no escatimar un maravedí. A Cervantes le estaba cambiando la suerte. Pero él seguía mostrándose reacio.

—No sé, Robles. Lo que me proponéis representa una tarea ingente. Y mi proyecto más inmediato es el de acometer la segunda parte de *La Galatea*, que lleva ya años rondándome por la cabeza.

Mi amo Robles resopló, señal inequívoca de que se le estaba acabando la paciencia:

—¡Al demonio con *La Galatea*, Cervantes! ¿Es que no os habéis topado ya con suficientes pastores por esos caminos de Andalucía? Os estoy ofreciendo doscientos ducados. Mil seiscientos reales. La mitad ahora, la otra mitad contra entrega del manuscrito. Pensad en lo que podríais hacer con eso. Para empezar, podríais mudaros con vuestra familia a la nueva Corte, como lleváis tiempo deseando hacer. ¿Qué me

decís?

—¿Y cuánto tiempo tendría para completar el trabajo?

A Robles le asomó una sonrisa al rostro al comprender que estaba empezando a quebrar la resistencia de Cervantes.

—¿Qué os parecería un año?

—¿Un año? ¿Estáis loco?

Mi amo rio.

—No tanto como vuestro hidalgo, aunque hoy en día hay que estarlo un tanto para dedicarse a un comercio tan ruinoso como este de los libros. ¿Qué ocurre? ¿Os parece poco tiempo?

—Por supuesto que sí, Robles. Escribir un libro no es como hacer salchichas, ¿sabéis? ¿Acaso no habéis oído aquello de que cuesta más trabajo hacer un libro que hacer diez hijos?

—¿Pues no sois escritor?

—Lo soy. Pero...

—Entonces no habléis más y escribid, Cervantes. Por lo que más queráis, escribid.

Finalmente mi amo me pidió que trajera papel y pluma y el contrato entre ambos quedó firmado y rubricado allí mismo. Corría el primero de mayo del año de mil seiscientos y dos. En la misma fecha al cabo de un año Cervantes se comprometía a entregar la novela con la extensión pactada. Me di cuenta de que la pluma temblaba un tanto en la mano de don Miguel cuando este estampó su firma, quizás porque se sabía incapaz de honrar los términos del contrato, como de hecho ocurrió, aunque mejor fuera no adelantar los acontecimientos y ceñirnos al orden en que estos ocurrieron. De momento, baste con decir que aquella mañana de mayo Cervantes salió de la librería de Robles con cien ducados en la bolsa que no llevaba cuando entrara, y la obligación de convertir su novelita en un interminable mamotreto, un compromiso que, a juzgar por su gesto desolado, debió de comenzar a pesarle no bien la hubo contraído.

* * *

Por los días que refiero en este punto de mi crónica frisaba yo las diecisiete primaveras. Quizás por culpa de aquella extravagante costumbre mía de comer a diario, me había convertido en un muchacho fornido y de buen porte, y no del todo mal parecido, dicho sea sin asomo de jactancia, sino con modestia y gratitud hacia mis progenitores, verdaderos artífices de la regularidad de mis rasgos y de la color rubia y saludable de mi tez. Tuve por entonces algunos amoríos con muchachas de mi vecindario, lances de poca monta que se saldaron con besos apresurados y un par de

escarceos febriles en algún zaguán oscuro. De aquellas primeras incursiones en los jardines de Venus apenas conservo algunos recuerdos borrosos, lo que da testimonio de cuán poco memorables debieron de ser, y si las menciono es únicamente por dejar constancia de que quien esto escribe comenzaba a abandonar la mocedad para adentrarse en los dominios de la edad adulta. Y así debían de verlo también algunas de las damas de alcurnia que frecuentaban la librería para proveerse de sus devocionarios y de sus romanceros, que más de una le lanzó miradas tiernas a aquel apuesto muchacho que trabajaba como aprendiz del librero Robles, y hasta las hubo que, de manos de sus dueñas, me hicieron llegar recado de su favorable disposición para un encuentro amoroso. Aunque mi amo Robles, que era hombre de mundo, me había advertido sobre semejante eventualidad, recordándome de paso que cualquier asomo de roce con una clienta, y más si era mujer de alcurnia, daría con mis huesos en la calle y molidos a palos, lo que bastó para ponerme a salvo de la tentación, dado que yo sabía que mi amo era hombre de palabra y jamás amenazaba en balde.

Ya metidos en harina, diré que no eran solamente las damas quienes posaban sus lánguidas miradas sobre mi modesta persona, pues hubo más de un caballero que hizo lo propio. Y que nadie se escandalice por ello, pues lo que aquí cuento no es sino la verdad, y la pura verdad es que siempre fueron legión los nobles del reino a quienes tanto les daba hacerlo a pelo como a pluma. Y aún diré más, que no faltan quienes ejercen la sodomía de forma pública y se jactan de ello sin que nadie se atreva a chistarles, que por algo son nobles y están por encima de las leyes, pues es bien sabido que la ley no se inventó para la nobleza, sino para el vulgo. Más de una vez, estando yo encaramado en una escalera para reponer los volúmenes de las estanterías, noté la presión de una mano posada sobre mis nalgas. Y al girarme me di de bruces con el rostro bigotudo y barbado de algún grande de España, que de haber querido yo sacar provecho de mis carnes juveniles y de mi galanura, bien poco trabajo me habría costado, que ocasiones y pretendientes no me faltaron. Y hasta aquel don Juan de Tassis y Peralta que luego sería conde de Villamediana, y que a la sazón era mancebo algo mayor que yo, me hizo requiebros cierta vez. Y me refiero al mismísimo hombre a quien años después se le atribuirían amores con la reina, aquel que sería conocido como uno de los más afamados galanes de la Corte. Pero ahora veo que mi mala cabeza me ha hecho perder el hilo de nuevo, por lo que ruego que me perdonen vuestas mercedes, que ya me apresto a regresar junto a don Miguel y a don Quijote, pues de ellos dos es de quienes versa esta historia, y no de mí y de mi agitada juventud, asunto este de poca monta donde los hubiere.

Sobre don Miguel diré que al parecer no acababa de encontrar fecha propicia para su anunciada mudanza a Valladolid, por mucho que ahora contara con fondos suficientes para ello. Su esposa, doña Catalina, seguía en Esquivias; las hermanas, en Madrid; y él debía de haberle encontrado el gusto a trasladarse de un sitio al otro, con

clara preferencia por la otrora Corte, que no parecía sino que sus estancias en Esquivias únicamente sirviesen para que nadie pudiera acusarlo de tener abandonada la hacienda de su esposa y sus deberes conyugales. Con todo, por la tienda jamás asomaba, lo que se me figuraba extraño tratándose de un hombre tan enamorado de la letra impresa. De hecho, no parecía sino que don Miguel evitase a propósito la librería de Robles, y no por la librería en sí, sino más bien por el propio Robles, quien pronto empezó a maliciarse que el contrato que habían firmado podía guardar alguna relación con la desgana de Cervantes en dejarse ver por la calle Mayor, pues ya dice el refrán aquello de que a dineros pagados brazos quebrados. Y así fueron pasando las semanas y los meses sin que don Miguel diera señales de vida, aunque seguían llegando noticias de que el alcaláino había sido visto por Madrid, y hasta yo mismo, con estos ojos que Dios me dio, había vislumbrado su figura enteca y aviejada por las calles de la Villa en un par de ocasiones, como puntualmente le hice saber a mi amo Robles en cabal cumplimiento de mis obligaciones. Y hete aquí que el librero, tras jurar en arameo y mentar los dineros que había adelantado a Cervantes para que pusiese manos a la obra, se lamentaba de que jamás hubo escritor tan mal dispuesto a tomar la pluma, y que dada su falta de diligencia don Quijote no solo no iba a volver a salir jamás de su pueblo manchego (aquel de cuyo nombre Cervantes no quiso acordarse), sino que se iba a quedar atrapado en el limbo por los siglos de los siglos amén. Entonces yo, partidario como era de don Miguel ya por aquellos días, trataba de apaciguar a mi amo, y le recordaba que la tarea del poeta no admitía parangón con la del albañil o la del herrero, ya que esta no era cuestión solamente de tomar la pluma como quien empuña la llana o al martillo y emprender la faena sin más, pues en el caso del poeta era necesario también el concurso de algo misterioso que se llama inspiración y que, según había yo leído, suele adoptar el aspecto de una doncella griega cuyo nombre es Clío o Erato, según el asunto del que se escriba. Pero aquellas agudezas mías no servían para templar el enojo de mi amo, quien en ese momento acostumbraba a emprenderla conmigo a moquetes y coscorrones para luego encomendarme alguna tarea de las más sucias y fatigosas.

Así las cosas, se cumplieron los ocho primeros meses del año que el contrato estipulaba, pero la novela seguía sin asomar por ningún sitio, ni siquiera un mísero capítulo, y don Miguel no daba muestras de desvivirse por dar explicaciones. En semejante tesitura, con un poeta remiso y a la fuga, bien habría podido ser que el libro que nos ocupa nunca se hubiese escrito, y que Cervantes y Robles hubieran acabado enfrentados y metidos en pleitos, a los que Cervantes no había sido precisamente ajeno, como tal vez sepan vuestas mercedes. Pero lo cierto es que ni una cosa ocurrió ni tampoco la otra. Mi amo y el alcaláino conservaron y afianzaron su amistad. En cuanto a la novela, ¿qué puedo decir que vuestas mercedes ignoren? A fe que pocos libros ha habido en las Españas más célebres que el de Don Quijote, por lo

que cabe suponer que todos cuantos esto leen hayan tenido en las manos el prolijo volumen que recogió las aventuras del caballero, y aun su segunda parte, cuya prolijidad no le fue en zaga a la primera. Por ello ya habrán colegido que al final Cervantes desistió de su actitud y consintió en sentarse a escribir. Y si otra cosa yo contara, estaría faltando a la verdad, cuando la verdad es la única luz que ilumina esta crónica. La pregunta es qué fue lo que hizo que don Miguel trocara su renuencia en diligencia, y cómo fue que el alcaláino acabó contando con el auxilio, no ya únicamente de Erato y Clío, sino de las nueve musas juntas, y quizás también de algunas de sus primas y allegadas, pues de otro modo no se explica que en tan breve tiempo quedara terminada la novela que fue y ha sido y será la admiración de todo buen amante de las letras.

Lo que ocurrió, sépase de una vez, tuvo mucho que ver con el vil metal, como casi todas las cosas de verdad importantes. Ya he dicho que mi amo el librero estaba al tanto de las constantes visitas de Cervantes a Madrid. Lo que ni Robles ni yo entendíamos era qué lo traía a la Villa con tanta asiduidad, a pesar de sus obligaciones y del polvo y rigor de los caminos de Castilla. Si Cervantes no pensaba cumplir su contrato, ¿no habría sido más juicioso por su parte el permanecer en Esquivias o en Toledo, lejos del alcance del librero, que ya empezaba a sentirse muy enojado con tanta demora y tan parcas explicaciones? Yo conocía bien a mi amo, y lo tenía por hombre celoso de su negocio que jamás se arredraba cuando le tocaban la bolsa. Nadie podía jactarse de haber burlado al librero Robles y haberse salido con la suya, ya fuera en tanto que mercader de libros o en su menos honroso —aunque más lucrativo— negocio de regente de una casa de juego. Sin ánimo de entrar en detalles, diré que más de uno y más de cuatro acabaron molidos a palos por creerse más listos que el librero, quien no vacilaba en recurrir a valentones y rufianes cuando se trataba de cobrar una deuda o de amedrentar a quien no estuviese dispuesto a honrar su parte de un contrato. No habría sido raro, así pues, que don Miguel hubiese acabado una de sus visitas a la Villa molido y quebrantado por mano de algún emisario de mi amo. Y si esto no ocurrió, creo que fue porque el alcaláino pudo beneficiarse de una doble salvaguarda. Por un lado, de su amistad con el padre de Robles, quien fuera paisano y amigo de Cervantes, como ya creo haber contado. Y por otro lado estaba el olfato de mi amo para los buenos negocios. ¿Acaso habría sido juicioso cobrarse los cien ducados del adelanto en palos y que la novela se quedara sin escribir? ¿No habría sido tal proceder tan torpe como el de aquel hombre de la fábula de Esopo, el que mató a la gallina de los huevos de oro?

La primera medida de mi amo fue hacer algunas pesquisas acerca de la naturaleza de las visitas de Cervantes, tarea que le fue encomendada al más fiel y diligente de sus servidores, quien no era otro que el mismo Gonzalo de Córdoba que escribe estas líneas. No había menester gran sagacidad para imaginar dónde recalaba el poeta

durante sus estancias en Madrid. El taller de costura de sus hermanas, cuyos nombres eran Andrea y Magdalena, gozaba de cierto renombre por el primor de las labores que de él salían, y me bastó con algunas preguntas (recuérdese que yo acostumbraba a llevar encargos a las casas nobles y tenía buen trato con los sirvientes) para saber que ambas mujeres residían en la misma casa donde se hallaba su obrador, esto es, en la calle de la Reina. ¿Y qué mejor residencia que la casa de sus hermanas para un hombre que no andaba sobrado de fondos para costearse posadas? Se daba el caso de que allí enfrente había una cordelería cuyo aprendiz había sido vecino mío en Lavapiés, amén de compinche de travesuras y correrías infantiles. Y fue a este aprendiz de cordelero a quien acudí para poner bajo vigilancia la casa de las hermanas («las Cervantas», las llamó él no sin cierta sorna) y saber así de la próxima visita de Cervantes, que a mi entender no habría de demorarse mucho.

Y así ocurrió, en efecto, que, al cabo de unos días, recibí recado de mi antiguo vecino en el que se me notificaba que el poeta había sido visto por la calle de la Reina, y que si quería localizarlo no tenía más que apostarme ante la puerta de «las Cervantas», cosa que hice con la mayor diligencia, no fuera a escapárseme la pieza por falta de celo cinegético. Tal fue la argucia de la que me serví para poder seguir a don Miguel por las calles de Madrid y así averiguar el motivo de sus visitas a la Villa. A modo de inciso, diré que, lejos de ufanarme, siento no poca vergüenza al recordar mi papel de espía y correveidile, aunque únicamente por haber sido el objeto de mi acecho don Miguel, un hombre por el que ya entonces, sin conocerlo apenas, sentía gran respeto, y que luego llegaría a convertirse para mí en un segundo padre. En mi defensa diré que mi vigilancia no le ocasionó a Cervantes mal alguno. Muy al contrario, sin mi modesta contribución tal vez *Don Quijote* no hubiera visto la luz jamás, y esto, siendo verdad, sí es algo de lo que uno puede vanagloriarse sin temor a ser tildado de petulante o fanfarrón.

Pero revelemos ya, sin más tardanza, que el motivo de las visitas de don Miguel a Madrid era ni más ni menos que la desmedida pasión que el hombre sentía por los naipes, con lo que asoma un inesperado vínculo entre los dos varones más notables de mi existencia. Y me refiero, claro está, a mi padre, el que lo fuera de verdad, y a aquel al que yo llegaría a amar como tal, ambos aquejados del mismo vicio, ese que llaman la «vilhanesca ciencia» por haber sido un tal Vilhán el inventor de los naipes, según es fama, aunque tengo para mí que no se trata de ciencia alguna ni Cristo que lo fundó, sino de una maldición que ha traído la desgracia a muchos hombres justos que de otro modo jamás habrían conocido el infortunio. No en vano vi a mi don Miguel acercarse aquel día a varias casas de juego de las legales, y luego, al caer la noche, también a un garito de mala muerte de esos en los que se consentían timbas de las prohibidas, con juegos como el que llaman «de parar» o andaboba, que se practicaba con profusión de tretas y floreos, y era el favorito de los tahúres para

esquilmar a la gente honrada, que bien lo sabía yo por el triste caso de mi propio padre y por los muchos sufrimientos que en mi casa habíamos pasado. Aunque, a decir verdad, don Miguel demostró ser más diestro con los naipes que el autor de mis días, pues tanto lo vi perder como ganar, y cuando se levantó de la mesa, ya de madrugada, y a pesar de los macarenos y fulleros que tuvo sentados enfrente, no debía de pesarle la bolsa menos que cuando se sentara a ella, y aun lo vi repartir algún barato que otro entre los mirones. Y eso con una sola mano, que la otra la tenía seca e inútil, como bien saben vuestas mercedes.

Grande fue el enojo de mi amo el librero al saber que Cervantes había cambiado plumas por espadas (y me refiero a las de los naipes). Y tras jurar y perjurarse que nunca jamás volvería a adelantarle dineros a un poeta, y que poetas y putas eran primos hermanos en lo tocante a su honradez, dijo que bien podía haberse figurado de qué pie cojeaba el alcaíno, que ya siendo mozo había sido condenado este por herir a un hombre a resultas de un lance de juego, y que por eso había tenido que darse a la fuga y hacerse soldado, y que en la milicia seguramente les habría tomado más afición aún a los naipes, pues es cosa sabida que el ejército es una fábrica de tahúres, y luego también durante el cautiverio entre los berberiscos, que cinco años son muchos años y no sería raro que allá, en el baño de Argel, Cervantes hubiera consentido en vicios y malas costumbres. Bien chocante se me figuró que un garitero reconocido como Robles, dueño de una casa de juego en la calle de Santiago (y de las ilegales, para más señas), prorrumpiera en semejante sarta de denuestos contra el vicio del juego y quienes lo practican. Pero me guardé de abrir la boca, no fuera a escapársele a mi amo algún soplamocos, siendo así que era yo el único presente para recibirlo.

Exabruptos aparte, lo que interesará a vuestas mercedes es que Robles se valió de su gran conocimiento del mundo de los naipes, de los fulleros y de cuanto acontece en los palomares (que así llaman los tahúres a las casas de juego) para llevar a Cervantes de vuelta al camino recto, vale decir al que debían recorrer don Quijote y su escudero por La Mancha toda, y alejarlo del otro libro, el de las cuarenta hojas, que a mi parecer era el único que ahora escribía el alcaíno. No bien repuesto de su enojo y dueño otra vez de su inteligencia, me mandó mi amo Robles que me llegara al garito de la calle de Santiago y que le diera recado a cierto empleado suyo de que deseaba verlo de inmediato. Sepan que el empleado en cuestión no era otro que un jugador de profesión que allí prestaba sus servicios, un truhán renegrido y bisojo apodado *Maniferro*, maestro consumado en trampas y fullerías con los naipes, esto es, en lo que en jerga de tahúres se denominan «flores». A decir verdad, no había «florero» mejor en Madrid que este *Maniferro*, nadie que hubiera dado muerte a tantas bolsas como aquel hideputa de gesto ausente y mirar incierto al que siempre le colgaba un hilo de baba de las fauces, por lo que cualquiera lo habría tomado por

cretino de nacimiento. Y era de su aspecto de botarate de lo que el grandísimo bellaco se valía para lograr que sus rivales lo confundieran con una presa fácil, y así aligerarlos hasta del último maravedí en un decir Jesús. Como cabe imaginar, ningún garitero en su sano juicio permitiría que semejante personaje campara a sus anchas por su negocio. Pero eran varios, mi amo Robles entre ellos, los que habían resuelto hacer de la necesidad virtud, consintiendo en que los *maniferos* de Madrid ejerciesen sus destrezas en sus casas, siempre a cambio de cierta contención en sus actividades y también, por supuesto, de una parte del botín. Y así fue como mi amo Robles y el tahúr alcanzaron un buen entendimiento, de modo que el segundo había acabado por ser empleado y fiel sirviente del primero.

El planeado encuentro entre Cervantes y *Manifero* tuvo lugar aquella tarde, en la misma casa de juego en la que el alcaláino había demostrado sus destrezas el día anterior, aunque antes, a fin de que al tahúr le fuera permitida la entrada, mi amo tuviera que indemnizar con generosidad al dueño del garito y explicarle que lo de tenderle una trampa a Cervantes no era por venganza ni malicia alguna, sino por el noble motivo de favorecer al poeta, que hasta entre los dueños de «leonerías» (también así son conocidas las casas de juego) hay hombres rectos y bien nacidos, y cada cual procura velar por su hacienda y por su clientela. Allí estuve también yo en representación de mi amo, pues de haber acudido él en persona hubiera despertado más de una sospecha por parte de don Miguel. Por ello podría dar cuenta detallada de los pormenores de la partida, que se prolongó desde la media tarde hasta bien entrada la madrugada. Bien recuerdo el gesto confiado de Cervantes en el momento de sentársele enfrente aquel villano de gesto alelado y bolsa al parecer bien provista, y su alegría al hacerse con las primeras manos, que *Manifero* le ofreció a semejanza del pescador que ensarta un gusano en el anzuelo y arroja el sedal a la corriente. De lo acontecido después casi mejor guardar silencio, que no sería sino para escarnio de mi señor Cervantes, el cual picó el anzuelo cual trucha que surca perezosa las aguas del río, y ello a pesar de haberme parecido a mí hombre discreto y experimentado en los lances de la vida y de los naipes. Pero es cosa sabida que el juego vuelve necio al más sabio e imprudente al más templado. Para el asunto que nos ocupa, baste decir que, al final de la partida, don Miguel había perdido la suma de ochenta ducados, lo que se reflejaba en la color blanca de su rostro, que había ido palideciendo en el transcurso de la noche hasta parecer exangüe, y en la carta de pago que le obligó a firmar el garitero, quien a la sazón actuó como prestamista y fiador, tal y como mi amo Robles y él habían convenido.

Fue a la mañana siguiente cuando el librero me mandó en busca de Cervantes con una carta que debía serle entregada antes de que abandonara la Villa y regresara a Esquivias a lamerse las heridas. Aunque lacrada, no me fue difícil imaginar el contenido de la misiva, en la que a buen seguro se instaría a Cervantes a olvidarse de

los naipes y dedicarse a las letras, pues de no ser así mi amo Robles no tendría más remedio que hacer valer sus derechos de acreedor y poner la carta de pago en manos del juez, lo que sin duda llevaría al alcaidino a la ruina y a la cárcel. No afirmo yo que a Cervantes le asustara la ruina, toda vez que había pasado buena parte de su vida instalado en ella o en sus aledaños. Lo de la cárcel, no obstante, era harina de otro costal. Bien sabe todo aquel que haya sido huésped de la justicia que existen alojamientos mucho más apetecibles en el reino. ¿Y acaso no reza el dicho que el gato escaldado del agua fría huye?

Hallé a don Miguel de milagro, pues al arribar yo a la casa de la calle de la Reina ya se alejaba él a lomos de una mula, seguramente con la intención de abandonar Madrid. Así que tuve que correr para darle alcance. Cuando me oyó llamarlo por su nombre giró la cabeza y me miró sin dar muestras de reconocerme, aunque enseguida debió de caer en quién era yo e incluso me saludó por mi nombre.

—¡Ah, Gonzalo! El aprendiz de Robles, ¿no es así?

—Así es, señor —repuse casi sin aliento—. Traigo esto para vos.

Y le alargué la carta sin más explicaciones. Cervantes desmontó para romper el sello y comenzó a leer con el ceño fruncido. Temí asistir entonces a una explosión de ira, un miedo infundado que se debía al poco conocimiento que yo tenía de él por aquellos días. Muy lejos de enojarse, lo que don Miguel hizo fue sonreír, y su sonrisa se ensanchó conforme avanzaba en la lectura de la misiva, hasta que al final rompió a reír como si acabaran de contarle una historia de lo más graciosa.

—Muchacho —dijo por fin secándose las lágrimas que habían asomado a los ojos al cabo de tanta carcajada.

—¿Señor?

—Ve y dile a tu amo, el buen librero Robles, que acepto su jugarreta como la gran merced que es. Dile también que esta enseñanza no caerá en saco roto y que puede estar seguro de que renuncio a la compañía de tahúres y fulleros y *maniferros* todos, y que mis únicas compañías serán a partir de ahora las de don Quijote y Sancho Panza.

—¿Sancho Panza, señor?

Don Miguel me miró risueño. Reparé que, a pesar del laberinto de arrugas que recorrían su rostro y de su pelo escaso y gris, sus ojos eran todavía los de un hombre joven, alguien que aún espera favores de la vida.

—Bien, todo héroe necesita un compañero, ¿no crees?

—Sí, mi señor —repuse sin pensármelo—. Y todo caballero un escudero.

Entonces comprendí que si don Miguel fuese un caballero andante, a mí no me importaría seguirlo hasta donde fuese, aunque cada revuelta del camino ocultara un gran peligro. Mientras esto pensaba yo, don Miguel buscó en su bolsa y extrajo una pieza de ocho maravedíes que depositó en mi mano. Luego me dio un par de palmadas en el hombro. Y por fin, sin mediar palabra, montó sobre su mula y se alejó

en dirección a la puerta de Toledo.

Poco después nos llegaron noticias de que Cervantes había vendido buena parte de la hacienda de su mujer y se había trasladado a la nueva corte con su familia. Y será allá en Valladolid donde volveremos a encontrarlo, y esta vez manos a la obra y con la novela bien adelantada. Pero aún no. Permitan antes vuestas mercedes que este anciano tenga algún descanso, que bien se lo ha ganado.

* * *

—¿No te parece que es hora de que descansemos también nosotros? —preguntó Erasmo deteniendo la grabadora.

Pilar levantó la vista de las páginas del manuscrito y parpadeó. Durante unos instantes pareció no ser consciente de dónde se encontraba ni reconocer al hombre que estaba sentado ante ella. Era como si acabara de despertar tras un largo sueño. O más bien como si hubiese regresado de un viaje de varios años de duración, y ahora las cosas y personas que había dejado atrás a su partida le resultaran extrañas. Pero aún era más curioso el cambio que Erasmo había creído detectar en la voz de la muchacha. Conforme Pilar pasaba las hojas del manuscrito, la seguridad y rapidez de su lectura habían crecido, pero a la vez a Erasmo le había parecido que su voz se hacía más remota por momentos, hasta que hacia el final las palabras que Pilar pronunciaba le sonaban envueltas en parásitos y chasquidos, como en aquellas conferencias telefónicas que Erasmo recordaba de su infancia. En cierto momento, incluso le había parecido oír una voz distinta superpuesta a la de Pilar, la voz de un hombre anciano que hablaba con un ligero deje andaluz. Era sin duda una alucinación auditiva provocada por las emociones y la falta de descanso. Como buen lector, sin embargo, Erasmo estaba familiarizado con esa sensación de «ser transportado por un texto». Tal vez el manuscrito de Gonzalo de Córdoba había logrado transportarlos a ambos al Madrid de cuatro siglos atrás. O al menos había tenido el poder suficiente para abrir un agujero en la urdimbre del tiempo por el que los acentos de aquella voz remota se colaban en el presente, aunque algo enturbiados por los siglos y la lejanía.

La muchacha volvió a parpadear. Luego sacudió levemente la cabeza y por fin pareció capaz de enfocar la imagen de Erasmo en sus retinas.

—Vaya —dijo tras aclararse la voz—. Ha sido extraño. ¿No lo ha sentido?

Erasmo prefirió no compartir con Pilar sus alucinaciones.

—¿A qué te refieres?

—¿No le ha parecido como si hubiera alguien más con nosotros? ¿Una voz?

El bibliófilo carraspeó, sorprendido de no ser el único que había experimentado cosas curiosas durante la lectura del manuscrito, y aun así reacio a reconocerlo.

—Sin duda estamos viviendo momentos apasionantes. Pero más vale que no nos

dejemos llevar por el misticismo o por un exceso de imaginación. No me gustaría acabar de invitado en un programa cutre de esos de ocultismo, mientras un cretino me hace preguntas sobre voces misteriosas y psicofonías.

Pilar no dio muestras de encontrar divertido el comentario. Pero tampoco quiso darse por vencida.

—Hubo un momento en el que incluso...

—Dime, te escucho.

Erasmus miró a Pilar con las cejas alzadas y una sonrisa condescendiente. Pero de pronto se vio a través de los ojos de la joven y pensó que debía parecer un estúpido. Trató entonces de asumir aquella actitud de los días en que ella estaba redactando su tesis doctoral y acudía casi a diario a su despacho para informarle de sus progresos. Pero el repentino retorno de Pilar a su vida lo había perturbado de un modo que le resultaba difícil explicarse. Ya no lograba investirse de esa distancia académica que antes asumía de un modo natural. Aquellos días habían quedado atrás para siempre, y ahora la autoridad se había desplazado hacia la muchacha, por mucho que a Erasmus le costara reconocerlo.

—En cierto momento —continuó Pilar—, cuando Gonzalo le entrega la carta a don Miguel... quiero decir a Cervantes... no sé muy bien cómo explicarlo... me ha parecido ver su cara, la de Cervantes, como si lo estuviera mirando a través de los ojos del muchacho.

—¿Lo viste? ¿Como me estás viendo a mí?

—No, claro que no —repuso Pilar algo ruborizada—. Lo he visto en mi cabeza. Pero la imagen me ha parecido demasiado viva para tratarse solamente de una ilusión.

—¿Y cómo era?

—No se parecía a sus supuestos retratos. Era un hombre mayor, desde luego, casi un viejo. Pero su cara no era alargada ni angulosa. Y en absoluto inexpresiva. Nada que ver con esa máscara solemne del retrato de Jáuregui, el que se conserva en la Real Academia.

—Que, como bien sabes, no es un retrato auténtico, sino que está basado en la descripción que Cervantes hizo de sí mismo en el prólogo de las *Novelas ejemplares*.

—Sí, lo recuerdo muy bien: «*Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva...*» —recitó la joven—. La descripción casa bastante bien con la del hombre que he visto. Pero, insisto, su cara no se parecía a la de la vieja momia de los retratos. Era más bien... ¿Cómo le diría? ¿Se acuerda de Gregory Peck en *Matar a un ruiseñor*?

—Claro que sí —repuso el bibliófilo, quien a su vez tenía algo de cinéfilo—. El inolvidable Atticus Finch.

—Recuerdo que la vi por televisión cuando era una niña. Pues bien, el Cervantes

que yo he visto era un Atticus Finch de menor estatura, con pelo gris y barba plateada. Más avejentado, claro. Pero con la misma dignidad y afabilidad en el rostro. Tenía los ojos muy brillantes. Y lo vi reír de forma casi estrepitosa, como Gonzalo cuenta en su crónica.

—Un excelente narrador sin duda el amigo Gonzalo —dijo Erasmo—. Tanto que ha logrado atrapar tu imaginación. Nuestro Siglo de Oro podría haber ganado un notable novelista con él. De lo que no cabe duda es de que nos ha dejado un tesoro para la crítica cervantina. Un tesoro del que tú te vas a beneficiar en exclusiva, mi querida Pilar, no lo olvides.

La muchacha asintió.

—De momento queda confirmada la hipótesis del «pequeño Quijote», según la cual, la obra nació como una novela breve de género humorístico que bien podría haber formado parte de las *Novelas ejemplares*. Lo que nadie había sospechado hasta ahora es que aquella novelita se convirtió en el *Quijote* que conocemos por imposición de un editor.

—¿No te parece curioso? Con su intervención de hace cuatrocientos años, el bueno de Francisco de Robles redime a esa legión de ejecutivos semianalfabetos que son los editores actuales, y de ese modo mi teoría sobre la evolución de la literatura española queda reforzada.

Pilar rio.

—Sí, ya lo recuerdo, profesor. Se refiere usted a aquella pintoresca idea suya según la cual desde el siglo XVII la literatura española no ha hecho otra cosa que degradarse.

—Exacto. Hasta alcanzar el calamitoso panorama actual. Suerte que yo leo casi exclusivamente a los clásicos.

Erasmo se sintió reconfortado al haber sido capaz de recuperar parte de su ironía académica, lo que devolvía su relación con Pilar a un terreno que le resultaba más familiar.

—Estoy deseando alcanzar el meollo de esta historia —declaró el bibliófilo—. Aunque antes, con algo de suerte, asistiremos al proceso de composición del *Quijote*. Y desde un asiento de primera fila. ¿Qué porcentaje del manuscrito calculas que llevaremos leído?

La joven sopesó el grueso montón de hojas que aún había ante ella.

—No creo que hayamos completado ni la quinta parte. Todavía tenemos trabajo para varios días. Después habrá que hacer una transcripción más cuidadosa, claro. Aunque antes sería conveniente escanear el texto para preservarlo, y de paso forzar el contraste y mejorar así su legibilidad.

Pilar siguió hablando. Pero la mente de Erasmo se hallaba muy lejos de los problemas que pudieran derivarse del estudio del manuscrito. Para él aquellas hojas

no eran más que el mapa de un tesoro, y de buen grado habría prescindido de todas ellas salvo de la última, en la que esperaba encontrar el auténtico premio. Sin embargo, dudaba que Pilar hubiera simpatizado con su impaciencia, que ella habría interpretado como simple codicia. Era preferible esperar y que todo llegara a su debido tiempo. Y de paso disfrutar lo más posible de aquella intimidad con Pilar que Erasmo empezaba a considerar un inesperado regalo de la vida, un regalo que casi podía compararse con el propio hallazgo de la crónica de Gonzalo de Córdoba. Además, ¿acaso había alguna prisa?

—Son casi las tres. ¿Te parece que comamos algo?

—Estupendo, profesor —repuso Pilar con una mueca de cansancio—. Acabo de darme cuenta de que estoy famélica. Después, si no le importa, me acercaré a casa a darme una ducha y a recoger algo de ropa.

—Entonces, ¿te quedas también hoy a dormir? —preguntó Erasmo sin molestarse en disimular su júbilo.

—Bueno, si usted no tiene inconveniente. Así podremos trabajar también esta noche. Y todavía nos queda el domingo.

Erasmo, por supuesto, no fue capaz de encontrar el menor inconveniente.

CAPÍTULO IV

Licencia y privilegio

A fe que ninguna ciudad cambió tanto en tan poco tiempo como la villa de Valladolid en los años en que acogió a la Corte de España. Bien lo puede atestiguar quien esto escribe, pues en aquel lustro en que Sus Majestades don Felipe y doña Margarita fijaron su residencia cerca del Pisuerga, yo mismo fui visitante asiduo de la ciudad, y era gran maravilla el ver cómo surgieron calles y paseos donde hasta poco antes solamente había descampados, y cómo los dinteles se adornaron de blasones de la noche a la mañana, que no hubo canteros bastantes en la ciudad para tanto escudo como fue menester labrar, y muchos nobles e hidalgos tuvieron que encargarlos en otros lugares, no fuera a quedarse su puerta sin escudo y los confundiesen con gentes comunes. Aunque con los nobles también llegaron numerosas familias que no podían invocar nobleza ni alcurnia algunas, sino únicamente el deseo de mejor ganarse la vida allá donde se habían mudado las mayores fortunas del reino. Una de estas familias, como bien saben vuesas mercedes, fue la de mi señor Miguel de Cervantes. Es la casa vallisoletana de los Cervantes (o «de las Cervantas», por mejor decir) la que me dispongo a visitar en este momento de mi crónica. Y hasta allá pueden acompañarme ahora si a bien lo tienen.

Desde la Plaza Mayor, lugar de llegada de las diligencias, será necesario seguir por la calle de Santiago hasta las cercanías del Campo Grande, y una vez allí preguntar por dónde se va al Rastro Nuevo de los Carneros, pues tal es la barriada donde se halla la casa que don Miguel ha alquilado en la Corte. Llegados a las afueras de la ciudad, a veinte pasos del Esgueva y justo a la espalda del Hospital de la Resurrección, veremos una fila de cinco casas. Todas ellas tienen dos plantas y buhardilla, pero las fachadas son tan estrechas que no cabe imaginar su interior sino como un angosto túnel. Por su aspecto, deben estar recién levantadas, y no parece sino que el mortero no haya terminado de fraguar. Según me han dicho, la de don Miguel es la tercera, aquella en cuya planta baja está la taberna donde buscan solaz los que trabajan en el vecino matadero. Allí se han instalado, además de la familia de Cervantes propiamente dicha, numerosos parientes y allegados venidos de Toledo y de Esquivias. Pero si queremos encontrar a nuestro hombre tendremos que llamar a la puerta del primer piso a mano izquierda, como yo hice cierto miércoles de noviembre de mil seiscientos y tres, cuando ya había vencido sobradamente el plazo estipulado en el contrato que don Miguel firmara con mi amo el librero Robles, el cual, como vuesas mercedes recordarán, era de un año.

No era aquella una visita de cumplido. Por estos días mi amo ya se había resignado a que la novela no iba a terminarse en el tiempo pactado, pero al menos

quería tener la garantía de que, antes o después, el libro podría llevarse a la imprenta. ¿Y acaso existía alguien mejor para esa tarea que su fiel sirviente Gonzalo, quien de todos modos viajaba constantemente a Valladolid para encargarse de los asuntos del negocio? Y fue así en efecto como, aprovechando el envío de una remesa de libros a la tienda que mi amo tenía en Valladolid, me presenté en casa de don Miguel sin anunciarme, y con el encargo de averiguar cuán avanzada iba la escritura, y si Cervantes había honrado su palabra o bien volvía a frecuentar garitos.

La casa del Rastro de los Carneros, aunque nueva, se me antojó pequeña, lóbrega y mal acabada, como si hubiera sido levantada con prisa para aprovechar la mucha demanda que por entonces había. La taberna de la planta baja reventaba de parroquianos, muchos de ellos vestidos con mandiles ensangrentados que pregonaban a las claras su oficio. No hay gente más ruidosa y amante del vino y pendenciera que los matarifes, por lo que imaginé que los habitantes de las viviendas de arriba sufrirían un asedio constante de voces, juramentos y canciones soeces, así como el fragor de más de una riña, todo lo opuesto, en fin, al recogimiento en el que uno se imagina que se escriben los libros. Pero también es cierto, pensé, que los poetas habitan en el mismo mundo que el resto de los mortales, y si uno tiene vecinos ruidosos, o a todos los chiquillos de la calle cantando el *quiquiriquí mierda pa ti* bajo su ventana, no por ello va a dejar de escribir sus versos y sus prosas, como esperaba yo que hubiera hecho don Miguel.

Llamé a la puerta que me habían señalado como la de los Cervantes y esperé. Tal como me había imaginado, en la escalera reinaba un escándalo de mil demonios, como si los parroquianos de la taberna estuvieran sentados allí mismo con sus vasos de vino en la mano. Pero no era menor el alboroto que brotaba de las otras viviendas, una mezcla de voces y gritos y llantos infantiles de tal intensidad que no parecía sino que en aquella casa se hubiera instalado la villa de Esquivias entera y aun la mitad de Toledo, y desmentía la fama que los toledanos tienen de ser gente grave y silenciosa. A decir verdad, de la casa que me habían señalado como la de don Miguel surgía también una batahola considerable, parecida a la que es posible oír una mañana cualquiera en la plaza de un mercado: eran voces de mujeres enzarzadas en una pelea, y por la intensidad de los gritos se diría que tras aquella puerta aguardara un ejército entero de féminas furiosas, Hipólita y sus Amazonas dispuestas a arremeter contra cualquier desventurado que osara perturbarlas, qué sé yo. A decir verdad, mientras el tiempo transcurría sin que nadie abriera la puerta empecé a sentirme bastante incómodo, y casi diría que asustado, y llegó un momento en que pensé que el proceder más sensato era el de dar media vuelta y salir por piernas, cuando de repente la puerta se abrió y apareció ante mí la criatura más asombrosa de cuantas mis ojos habían tenido ocasión de contemplar hasta la fecha.

Era menuda de estatura, y poseía un rostro en tal extremo angelical que, en un

principio, pensé que se trataba de una niña, una niña tan hermosa que al verla uno sentía el impulso de bendecir a Dios. Luego, tras dedicarle una segunda mirada, comprendí que las formas de su cuerpo en modo alguno eran las de una chiquilla, sino las de una muchacha maravillosamente conformada. Y me van a disculpar vuestras mercedes si no me demoro en más detalles, pero poseo motivos de peso para mostrarme recatado en la descripción de aquella muchacha, como más tarde se verá. Lo que sí puedo hacer sin menoscabo de su honra es aludir a su hermosísima melena castaña, que se derramaba en una cascada de rizos y de ondas sobre unos hombros que no parecían sino labrados en marfil, y de los cuales brotaba un cuello largo y esbelto que, a semejanza de un pedestal sobre el que se asienta una valiosa escultura, servía de soporte a un rostro tan bello como el de una imagen de la Santísima Virgen, dicho sea con todo respeto y sin ánimo de pecar de irreverente. De sus ojos diré que eran como los de un corzo en tanto que grandes y brillantes y prístinos, que al verlos uno no deseaba sino seguir deleitándose en su contemplación durante horas sin cuento. La boca era como una fruta abierta, y los dientes las perlas de un collar de incalculable valor. En cuanto a sus mejillas, refulgían estas como el arrebol de las nubes en un crepúsculo de estío, en parte porque así eran de manera natural, pero también, como enseguida comprendí, porque la muchacha estaba enfadada. Pedí a Dios que el motivo de su enojo no fuera mi inoportuna visita.

—¿Y bien? ¿Qué se te ofrece? ¿Acaso eres mudo?

La muchacha era tan hermosa que, de haber sido yo poeta, en aquel mismo instante le hubiera compuesto un soneto o un madrigal. Siendo simple aprendiz de librero, me limité a un mudo ejercicio de adoración. Caí en la cuenta entonces de que llevaba ya un buen rato contemplando a la joven con la boca abierta y cara de ser un tonto de capirote. Cuán fácil es parecer un necio ante una mujer hermosa, me dije. Y a renglón seguido me dije que iba siendo hora de decir algo.

—Vengo a ver a don Miguel —balbuceé—. Me envía mi amo, el librero Francisco de Robles.

—¿Te espera mi padre? —preguntó ella.

«Mi padre», había dicho. Caí entonces en que aquella muchacha debía de ser la hija natural de Cervantes, aquella Isabel a la que yo había oído mentar tiempo atrás como parte de la familia del alcaíno. Y puesto que Madrid es un terreno propicio para chismes y cotilleos, no tardé en saber también que la joven era fruto de los amores de don Miguel con una tal Ana Franca, desposada con un tabernero cuya casa era lugar de reunión de poetas y de autores, y donde Cervantes era asiduo, como asiduo se había vuelto también a la mujer del tabernero y a sus favores. Yo jamás vi a esa mujer, pero había oído alabar su hermosura, que al parecer era celebrada por todo Madrid. Ahora, a la vista de la hija, comprendí que los rumores no podían ser otra cosa que ciertos. La cuestión es que el tabernero, Alfonso Rodríguez de nombre,

decidió llevar la cornamenta con cristiana resignación y, haciendo de la necesidad virtud, reconoció como propia a la niña que había nacido de los devaneos de su esposa con el poeta y otrora soldado. ¿Que cómo se supo que la niña era hija de Cervantes y no del legítimo marido? Pues porque el mismo Cervantes la había reconocido como tal al quedar la muchacha huérfana, dándole incluso el segundo de sus apellidos, de modo que ella había dejado de llamarse Isabel Rodríguez y ahora su nombre era Isabel de Saavedra. Lo que el poeta se guardó de hacer fue llevarse a su hija a vivir a Esquivias, donde residía su legítima esposa. Es fácil imaginar que Catalina no habría acogido de buen grado la compañía de aquella repentina hijastra fruto de una relación adúltera del marido, máxime cuando ella misma no había sido bendecida con descendencia. Por ese motivo, y con excelente juicio, Cervantes prefirió que la muchacha se quedara en Madrid bajo la protección de su hermana Magdalena, quien, a diferencia de Andrea, la mayor, no tenía hijas propias. Lo que no sé si don Miguel había previsto era lo que iba a desencadenarse al coincidir todas las mujeres de su vida (esposa, hermanas, sobrina e hija) bajo el mismo techo, una vez trasladada la familia entera a Valladolid. El resultado de aquella cohabitación era el que yo estaba a punto de comprobar con mis propios ojos.

—Anda, pasa —me dijo la muchacha en vista de que yo permanecía mudo, inmóvil y como atontado—. Mi padre está en su despacho.

Y se hizo a un lado para franquearme la entrada.

La casa, como yo había notado al observar la fachada del edificio, era angosta y tirando a lóbrega. Al trasponer el umbral me encontré en una estancia que, al parecer, hacía las veces de comedor y cocina, puesto que en ella había una mesa de madera con bancas alrededor que bien podía acomodar a ocho o diez personas, y sobre ella vi que había dispuestos platos y fuentes. Una olla humeaba en la lumbre al cuidado de una moza con aspecto de criada. En el lado opuesto de la estancia, sentadas en torno a una ventana, vi a tres mujeres, dos de ellas cincuentonas, y una tercera más joven, tal vez de unos treinta años. Las tres tenían labores de costura sobre el regazo y discutían a voz en grito sobre no sé qué encargo de camisas que no iban a tener tiempo de terminar.

—Dios guarde a vuestras mercedes —dije descubriéndome y haciendo una reverencia.

Pero ellas siguieron dándole a la aguja y a la lengua sin reparar siquiera en mí. Me fijé en que las tres tenían un parecido de familia con don Miguel, por lo que supuse que me encontraba ante sus hermanas, doña Andrea y doña Magdalena (en rigor, era a ellas a quienes les correspondía el título de «doñas» por ser su madre de linaje reconocido, mientras que el «don» de don Miguel, como ya expliqué, es de mi propia cosecha). La más joven debía de ser Constanza, hija de doña Andrea, y también natural, por más señas, que no parecía sino que en aquella familia la

naturaleza fuese causa y motor de todas las cosas. Estaba, en fin, ante «las Cervantas», como eran conocidas en Madrid con algún retintín fruto de los rumores que corrían sobre aquellas mujeres, aunque es asunto ese que a mí nunca me concernió. La cuestión es que la riña que se traían entre manos seguía su curso y yo me sentía un pasmarote allí plantado sin que nadie reparara en mi presencia. Entonces noté que Isabel me hacía señas desde el umbral de la puerta que a buen seguro conducía al resto de las dependencias de la casa.

—Es así todo el día —me dijo brindándome una explicación que yo no había pedido—. Cosen y riñen, cosen y riñen. Cuánto me gustaría irme de esta casa de locos y volver a Madrid.

Seguí a la muchacha a lo largo de un pasillo oscuro y estrechísimo, con puertas a un lado que debían de conducir a las alcobas. Y de repente una de las puertas que acabábamos de dejar atrás se abrió y surgió de ella una figura que se me antojó femenina, aunque no del todo. Y quiero decir con ello que la gran envergadura no acostumbra ser un rasgo de la condición femenina, y aquella mujer que acababa de plantarse ante nosotros debía de medir sus buenas dos varas y media, y de peso bien puede ser que rondara las siete arrobas en canal. No en vano ocupaba toda la anchura del pasillo, y sus caderas se apoyaban contra ambas paredes como si de puntales se tratase.

—¡Isabel! —bramó la gigante con voz parecida a la de un corsario berberisco—. ¡Criatura desvergonzada! ¿Quién es ese villano que aquí traes? ¿Es que queréis convertir la casa de mi esposo en una mancebía como la que mis cuñadas regentaban en Madrid?

No me avergüenza decir que en esos momentos me sentí paralizado por el terror. Cualquier cristiano en posesión de seso y entendimiento se habría arrugado como una ciruela pasa en presencia de semejante mujerona. ¿Así que aquella era la famosa Catalina de Salazar que hasta fecha reciente don Miguel había mantenido a buen recaudo en Esquivias? Ahora entendía el porqué, y eso que aún no les he mencionado a vuestas mercedes la extraordinaria fealdad de la dama, hartó evidente hasta en la penumbra de aquel pasillo. La cuestión es que yo seguía sin poder mover un solo miembro, y menos ahora que doña Catalina había cerrado los puños y movía hacia mí los brazos, que parecían aspas de molino de largos y robustos que los tenía. Muy distinta fue la reacción de Isabel, la cual, pese a ser muchacha menuda, se había plantado en jarras ante aquel descomunal ejemplar de hembra manchega, con lo que su linda persona me servía ahora de parapeto, y respondía a cada uno de sus gritos con voces de su cosecha, a la vez que devolvía cada agravio con otros no menos virulentos que me abstendré de repetir aquí por mor del decoro y del respeto que les debo a vuestas mercedes. «Gonzalo, Gonzalillo», me dije, «piensa y no te dejes vencer por el pánico, o no sales vivo de esta». Y si juzgan que mi reacción era exagerada o

pusilánime, ya me habría gustado a mí ver a vuestas mercedes en mitad de aquel pasillo oscuro, entre aquellas dos mujeres furibundas que vociferaban como poseídas, que no parecía sino que uno se encontrara en mitad de un combate entre tirios y troyanos. Pero al final quiso la fortuna sonreírme aquel día, pues he aquí que de pronto se entreabrió la puerta que había al fondo del pasillo, y que de aquella rendija de claridad vi brotar una mano que hacía vivas señas en mi dirección, como pidiéndome que me acercara, y enseguida, en pos de la mano, apareció un rostro que reconocí como el de don Miguel de Cervantes. Y vi que sus labios formaban claramente la palabra «ven», orden que me apresuré a obedecer, pues no era otro mi afán que el de dejar atrás la refriega y refugiarme allá donde aquella hueste de hembras enloquecidas no hubiese extendido todavía su imperio.

No bien me vi en la seguridad del despacho de mi señor Cervantes, con una gruesa hoja de pino entre mi frágil cuerpo y las luchas y violencias que en el pasillo se libraban, dejé escapar un suspiro tan hondo y prolongado que don Miguel se me quedó mirando y luego rio de buena gana, pues bien comprendía el motivo de mi alivio.

—Por lo que veo, amigo Gonzalo, no vas a olvidar el día en que te topaste por vez primera con las mujeres de mi familia. Habrías obrado prudentemente mandándome recado de que venías para que yo te hubiese esperado a tu llegada. Te habría convidado a almorzar en alguno de los mesones que hay cerca de la Plaza Mayor y habríamos conversado con el debido sosiego. Pero en fin, ahora estás aquí y ya no tiene remedio.

Encerrado en aquel escueto despacho, la expresión atribulada de don Miguel recordaba la de un prisionero. Triste destino, me dije, para un hombre que ha conocido el cautiverio y la cárcel, el de acabar prisionero en su propia casa. También habría querido decirle que daba por bien empleado el inquietante encontronazo del pasillo con tal de haber tenido ocasión de conocer a la hermosísima Isabel, pero juzgué que dicho comentario habría sido impertinente y decidí ceñirme a los asuntos que allí me habían traído.

—Mi amo Robles os manda sus parabienes —dije—. Me envía para que os pregunte cómo progresa la escritura de la novela de *Don Quijote*, y también para recordaros que...

—Que el plazo de nuestro contrato concluyó hace meses. ¿No es así? —me interrumpió Cervantes usando casi las mismas palabras que yo habría empleado.

—Así es, señor. Aunque no penséis...

—Lo sé, muchacho, lo sé. Robles es un buen hombre y me está tratando con miramiento y paciencia. Tal vez mucho mejor de lo que merezco. Puedes considerarte afortunado por haber dado con amo tan excelente.

—Así me considero en verdad, señor —repliqué.

—A modo de humilde retribución, podrás volverte a Madrid con la noticia de que llevo el trabajo de la novela muy avanzado. Ven y te mostraré.

Cervantes se volvió hacia su escritorio, una sencilla mesa que igualmente podría haber estado en una cocina sirviendo de soporte para unas ristras de cebollas y una fuente de manteca. Sobre ella, junto a una palmatoria cuya vela se había consumido hasta la mitad, había una pluma y un tintero. Pero la mayor parte de la superficie la acaparaba un abultado rimero de hojas de papel cubiertas de abigarrada escritura. Se trataba de hojas de tamaño grande, algunas algo rotas y deterioradas; en cuanto al papel (del cual por mi oficio creo saber un poco) era de distintos orígenes y calidades, predominando el de la clase peor y más barata. Cervantes debía de haberlo comprado en casa de un traperero o un sedero. No me imaginaba yo a Lope, tan lindo él, escribiendo sus comedias sobre folios de desecho.

Miré con curiosidad la hoja que estaba colocada en la parte central de la mesa. Se veía escrita hasta la mitad, con muchas tachaduras, enmiendas y añadidos, y debía corresponder sin duda a la parte en la que el alcaláino estaba trabajando en aquel momento. Así rezaba, que lo recuerdo como si ahora delante la tuviera:

«—Eso creo yo bien —respondió don Quijote—, porque he tenido con el gigante la más descomunal y desafortunada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida; y de un revés, ¡zas!, le derribé la cabeza en el suelo, y fue tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua».

«—Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor —respondió Sancho—, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre, seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre; y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás».

Me eché a reír sin poder remediarlo, pues me pareció que hasta la fecha no había leído cosa tan graciosa. Reí y reí, y mientras don Miguel me miraba con satisfacción.

—Veo que mi *Don Quijote* es de tu agrado —me dijo él también risueño—. No te oculto que yo mismo me río a solas cuando doy con alguna ocurrencia para ponerla en boca del hidalgo o de su escudero, o cuando ideo alguna nueva aventura de esas que les hacen acabar a uno o al otro o a ambos molidos a palos y corridos de vergüenza.

—¿Y lleváis mucho ya escrito? —pregunté.

Cervantes se desplomó sobre la silla y resopló con gesto agotado.

—A decir verdad, he escrito en estos pocos meses mucho más de lo que tenía previsto. Treinta y seis capítulos he completado, que nunca a mis años me creí capaz

de llegar tan lejos en tan poco tiempo.

Miré la abultada pila de papel y comprendí la magnitud de la tarea que había acometido aquel hombre.

—Entonces, ¿ya os quedará poco para terminar, verdad?

Cervantes asintió.

—Tengo escritas ya unas tres cuartas partes de la extensión que pacté con tu amo. Mi novelilla original me sirvió únicamente para los primeros cinco capítulos. A partir de ahí todo era un gran espacio en blanco, un vacío al que me aterraba asomarme. Créeme, no hay oficio más duro que este de escribir. Y te lo dice quien ha probado los rigores de la vida en muchas de sus formas. Ni sufriendo cautiverio entre los turcos ignorante de qué iba a ser de mí, ni errando por los caminos de Andalucía sin saber qué infortunios me aguardaban en la próxima villa, me he sentido tan desdichado y solo como en el tiempo en que he tardado en escribir esas hojas que ves sobre la mesa.

—Pero antes habéis dicho que a veces vuestras propias ocurrencias os hacen reír.

—Cierto. No te oculto que ha habido algunos momentos de satisfacción, pero no tantos como para compensar las incontables horas de incertidumbre, las innumerables encrucijadas a las que he llegado sin saber qué camino tomar, el sinfín de decisiones casi a ciegas necesarias para que don Quijote y Sancho Panza pudieran vivir sus aventuras por la extensión pactada, y con un algo de gracia y de donaire y aun de envidia que no me haga avergonzarme del libro una vez impreso. Y todo ello sin la menor certeza de que lo que estoy haciendo tenga algún mérito o vaya a complacer a lector alguno.

Me pareció curiosa aquella forma de hablar, primero por la sinceridad con que don Miguel expresaba sus temores ante un muchacho al que apenas conocía, y luego por ser él un poeta ya experimentado en versos y dramas y novelas, que si bien no lo habían convertido en hombre acaudalado, sí que le habían granjeado cierto renombre, amén del respeto de muchos de sus contemporáneos.

—Levante el ánimo vuestra merced —dije algo incómodo al oírlo sincerarse de aquel modo—. Vos estáis ya curtido en estas lides. Vuestra *Galatea* gustó a muchos lectores, y seguro estoy de que *Don Quijote* no lo hará menos.

Cervantes suspiró.

—Esto es muy distinto, muchacho. Con mayor o menor fortuna, al escribir *La Galatea* yo no hacía más que recorrer sendas que otros ya habían abierto. Esta novela que ahora me ocupa es algo enteramente nuevo, un territorio por el que nadie se ha aventurado antes de mí. Puede que guste o puede que (Dios no lo quiera) los lectores la hallen aborrecible. Y mientras me siento tan solo como nadie antes se haya sentido, tanto que hasta he tenido que inventarme a otro autor que me haga compañía, un supuesto historiador árabe de nombre Cide Hamete Benengeli, cuya ficticia

crónica, traducida del árabe, conforma el bulto de la historia. Yo mismo aparezco en la novela encontrando por casualidad el cartapacio que me permite reanudar las aventuras de don Quijote en cierto punto en que habían quedado interrumpidas.

—¿Y cuál es el propósito de tan curioso artificio, señor?

Don Miguel se encogió de hombros.

—Qué sé yo, muchacho. Ya te dije que estoy hollando un territorio completamente nuevo. Obro por instinto. Tal vez doy palos de ciego. La cuestión es que me aproximo al final, y a don Quijote le faltan pocos capítulos para regresar definitivamente a su pueblo. Y ahora me aterra el pensamiento de la cantidad de páginas que ya he dejado atrás, tantas que a veces tengo la sensación de que voy a morir por ellas aplastado. —En este momento hizo un ademán hacia la pila de grandes hojas que cubría buena parte de su mesa—. Palabras, palabras, palabras —prosiguió—. Ni el ingenio más caudaloso bastaría para dotar de sustancia tantos miles de palabras. ¿Te imaginas cuántas sandeces se habrán deslizado entre esos cientos de páginas garabateadas a toda prisa? Tantas, al menos, como ocurrencias felices, si es que las hay. Si hasta he tenido que recurrir a un ardid que tu amo Robles me aconsejó, y que se cifra en aprovechar otros escritos que ya tenía terminados para engordar con ellos la historia principal. Recientemente he introducido una novelilla al estilo italiano que acabé tiempo ha, y cuyo título es *El curioso impertinente*. Nada tiene que ver esa historia con la de don Quijote. Y aun te digo que esta quedaría mucho mejor si prescindiera de aquella. Pero si no es de este modo jamás completaré la extensión monstruosa que acordé con tu amo Robles en mala hora. Y me malicio que aún tendré que echar mano de otra de estas historias bastardas antes de que don Quijote regrese a su aldea, que por suerte tengo una novelilla de aventuras y trabajos que intitulo *La historia del cautivo*, a la que creo que podré encontrar acomodo sin violentar la trama principal en demasía.

Cervantes se pasó la mano buena por el pelo en un gesto que daba a entender su fatiga y aun su desesperación. Comprendí entonces cuán solitario debía de sentirse aquel hombre para compartir sus zozobras con un jovenzuelo insignificante al que apenas conocía, aunque quizás el que yo fuera un muchacho sin importancia era lo que me había convertido en depositario de sus confesiones, que a buen seguro jamás habría confiado a alguien de más edad o experiencia o conocimiento por sentir vergüenza de hacerlo.

—¿De manera, don Miguel, que estáis llegando al final? ¿Entonces cuándo puedo decirle a mi amo Robles que tendremos un manuscrito terminado que entregarle al impresor?

Cervantes me miró con extrañeza, y en ese momento caí en la cuenta de que acababa de adjudicarle el tratamiento de «don», que no le correspondía por ley ni por nacimiento. Sin embargo, en lugar de corregirme, él me lo agradeció con un leve

asentimiento, quizás porque había comprendido que, más que un error, mi «don» era fruto del respeto y del afecto. Y puesto que no protestó, a partir de aquel momento comencé a llamarle «don Miguel», y así ha sido hasta el día de hoy.

—Creo que tendré el primer borrador listo a la vuelta de un par de meses —dijo en respuesta a mi pregunta—. Puedes decirle a Robles que sin duda alguna tendrá novela para Navidad. Ahora bien...

—¿Sí, don Miguel?

Cervantes pareció algo turbado en este punto.

—No puedo presentarme en el Consejo Real con ese montón de papeles viejos cubiertos de borrones y manchas de mugre. En lugar de concedernos la licencia de impresión, los secretarios de la Corte me expulsarían con cajas destempladas. Y eso por no mencionar que no habría impresor dispuesto a trabajar sobre tan confuso original.

—Debéis entregar una copia en limpio, en efecto.

—He ahí precisamente el problema, Gonzalo. Si un amanuense o pendolista ha de realizar una copia en limpio, será necesario pagarle. Y no creo que el trabajo cueste menos de sesenta o setenta reales, dado lo largo del manuscrito.

—Me parece una cantidad sensata y ajustada.

—El problema es que yo no los tengo. Tendrás que pedirselos a tu amo de mi parte.

No había menester forzar mucho la imaginación para figurarse la reacción de mi amo Robles cuando le pidiera esa suma de parte de Cervantes. Los gritos, a buen seguro, llegarían desde Madrid a Valladolid.

—Lo procuraré, don Miguel —dije a sabiendas de cuál iba a ser el resultado de mi embajada—. Aunque nada puedo prometerte.

—Bien, bien —dijo Cervantes—. ¿Qué tal si almorzamos, pues? Debe de ser bien pasado el mediodía y quizás, con suerte, algo de comida llegará a la mesa.

Mi primer impulso fue declinar la invitación, pues comer en compañía de la gigante y de las coléricas hermanas no era lo que yo tenía conceptuado como un almuerzo apacible. Sin embargo, enseguida recordé que Isabel estaría también sentada a esa mesa, y la ocasión de volver a disfrutar del hechizo de aquella muchacha no era algo a lo que yo quisiera ni pudiera renunciar. Así que acepté. Y he de decir que no me arrepentí en modo alguno de haberlo hecho, pues si bien no fue aquella la más grata ocasión que yo recordara, tampoco puede decirse que la sangre manara a cuartillos, como en algún momento llegué a pensar que pudiera ocurrir, dado lo mal avenida que estaba la familia de Cervantes. A lo más que asistí fue a un cruce de miradas envenenadas entre doña Catalina (me abstendré de llamarla «la gigante» por respeto a don Miguel) y sus cuñadas, que estaban sentadas frente a ella y le mostraban su antagonismo sin el menor disimulo, como si aquello, en lugar de un

almuerzo, fuesen unas justas. No creo que se pronunciaran más de media docena de palabras en todo el tiempo que nos llevó dar cuenta de las viandas, y aun estas se limitaron a frases como «¿podéis pasarme el pan?» o «tened la bondad de acercar la jarra de vino». Don Miguel, por su parte, se llevaba la cuchara a la boca en atribulado silencio, aunque por su gesto se adivinaba que antes hubiera preferido estar en cualquier otro lugar que allí sentado. Y yo, por no desentonar, decidí cerrar también la boca, pues lo juzgué el proceder más sensato en aquella casa cuyos habitantes parecían vivir sobre un barril de pólvora presto a estallar. Aunque mi incomodidad tuvo también su recompensa, pues Isabel tomó asiento frente a mí, lo que me brindó la ocasión de contemplarla con detenimiento durante largo tiempo, cosa que debí de hacer con gran arrobo y sin el menor disimulo, pues en cierto momento la vi enrojecer y sonreírme, como si mi muda adoración hubiera hecho mella en aquella criatura angelical. Y al concluir el almuerzo, tras dar yo las gracias y despedirme, la muchacha se brindó a acompañarme hasta el zaguán, y una vez allí me dijo que esperaba verme otra vez por la casa de su padre, a lo que yo respondí que nada me haría más dichoso que regresar para que ella me viera, y así poder yo verla también, respuesta esta que me hizo sentirme un mentecato tan pronto como las palabras salieron de mi boca.

* * *

De los acontecimientos que vinieron luego, el que más interesará conocer a vuestas mercedes es el hecho de que Cervantes cumplió su promesa, y que para primeros de diciembre la novela de *Don Quijote* estaba lista en casi todas sus partes (más adelante explicaré ese «casi», que seguramente interesará al lector). Por contar las cosas con orden y concierto, diré que, tras mi primera visita al hogar vallisoletano de don Miguel, mi amo Robles recibió con gran satisfacción la noticia de que el libro se encontraba tan adelantado que su terminación era inminente, pero no quiso oír hablar de pendolistas ni pendolistas, pues según él ya había pagado bastante y esperado aún más, y Cervantes podía optar entre costearse él mismo la copia en limpio o hacerla con sus propias manos, o por mejor decir con la mano que le quedaba sana, o con los cuernos, si le placía, y luego añadió varios reniegos y exabruptos más cuya naturaleza precisa dudo que interese a vuestas mercedes. Esta era la reacción exacta que yo había previsto, con lo que demostré poseer, pese a mi juventud, un conocimiento bastante certero de la naturaleza humana. Lo único que obtuve de Robles, y ello tras mucho rogar, fueron diez reales que me sirvieron para adquirir una resma de papel nuevo y de buena factura, y pulcramente cortado en hojas iguales de cuarto de folio, esto es, la mitad de grandes que las que don Miguel había usado, pues se me figuró que de ese modo el manuscrito sería más manejable, lo que

facilitaría el trabajo de los cajistas y los tipógrafos una vez fuese llevado a la imprenta. Y de este modo pude llevarle a don Miguel algo más que el «no» tajante de mi amo.

Esto ocurrió a los pocos días de mi primera visita, pues mi amo Robles seguía mandándome a la nueva corte cada dos por tres (si bien ahora, como vuestas mercedes habrán adivinado, con mucha menos resistencia por mi parte). A don Miguel le contrarió la noticia de que no habría dinero para pagar a un amanuense, pero él era hombre hecho a la adversidad y se contentó enseguida al ver el papel que yo le llevaba, y que elogió mucho por su fina textura y su delicado aroma. «Nada huele mejor que el papel nuevo, amigo Gonzalo», me dijo. «En contrapartida, nada hay tan escalofriante como el vértigo del papel en blanco, que ni estando yo sobre la cubierta de *La Marquesa*, en medio de aquella gloriosa escabechina de Lepanto, pasé tantas zozobras como cada vez que me asomo a una hoja nueva de papel, que siempre se me asemeja a un pozo sin fondo que nada puede llenar». Luego me dijo que se resignaba a hacer él mismo la copia, que la caligrafía no la tenía mala, aunque eso le costara un par de meses más de trabajar día y noche. Y entonces Isabel, quien con nosotros estaba, dijo que ella se ofrecía de buen grado a echar una mano cuando los ojos o las fuerzas de su padre fallaran, siempre que a cambio quedara eximida de coser con sus tías. Y a ello respondió don Miguel riendo, y besándola en la mejilla, y diciendo que su auxilio era aceptado y bienvenido. Y más tarde, cuando yo le pregunté si Isabel tenía conocimientos para cumplir con lo dicho, don Miguel me dijo que sí los tenía, puesto que él mismo le había enseñado las letras, y que ella había demostrado mucho más talento para leer y para escribir que para coser y bordar, con lo que yo comprendí que muchas de las cosas que se cuentan de las mujeres no son ciertas, como aquella leyenda de que todas ellas andan escasas de seso, que muchas de las mujeres que yo he conocido lo tienen, y en mayor medida que algunos hombres.

Y así ocurrió que mis visitas al hogar de don Miguel se convirtieron en una costumbre, y aquella casa modesta y ruidosa sita en el vallisoletano Rastro Nuevo de los Carneros, a veinte pasos del Esgueva, justo a la espalda del Hospital de la Resurrección, se convirtió en mi Santiago de Compostela particular, pues con idéntico fervor que un peregrino acude a visitar al Santísimo Apóstol, así acudía yo a adorar a mi señora Isabel de Saavedra, aunque fuera con la excusa de ver a su padre y comprobar cómo avanzaba el trabajo de la novela. En fin, como ya relaté, el libro quedó terminado antes incluso de las fiestas navideñas, que fueron de mucha nieve y frío, aunque ni siquiera los hielos de Guadarrama me disuadieron de seguir yendo a Valladolid, y aquel año hasta oí la Misa del Gallo en el convento pucelano de las Descalzas Reales, tan cerca de Isabel que nunca antes me había sentido tan a mis anchas en una iglesia como aquella vez, ni siquiera en mis años de monacillo, aunque luego no pudiera acordarme de una sola palabra del sermón. En cuanto a la novela,

don Miguel e Isabel se aplicaron con tal dedicación que la copia en limpio quedó terminada para principios de la Cuaresma del siguiente año, que fue el de mil y seiscientos y cuatro, y a fe que Cervantes no había mentido en lo referente a la habilidad de su hija para la escritura, que yo mismo me asombré al comprobar la elegancia y claridad de su letra, aunque por entonces ya muy pocas cosas me sorprendían en Isabel de Saavedra, a la que ya juzgaba la más perfecta criatura bajo la bóveda celeste. La cuestión es que, por más que miré y remiré el manuscrito, no me fue posible decir dónde acababa la escritura del padre y dónde empezaba la de la hija, ya que ambas eran tan parecidas como si las hubiera trazado una misma persona.

Eché de menos, sin embargo, dos detalles que aparecían en casi todos los libros que yo hubiera abierto hasta la fecha. El primero era la dedicatoria a un noble o varón principal, pues sin ella no parece sino que el libro camine huérfano por el mundo. Otra cosa que brillaba por su ausencia eran esos versos laudatorios que los poetas solicitan a otros poetas para encabezar sus obras y darles así más brillo y ornato, aunque esto no sea más que pura vanidad, una forma de adornarse con plumas ajenas. Sobre la dedicatoria me reveló don Miguel que ya habría tiempo para ello, que si algo no faltaba en el reino eran nobles, y que alguno encontraría a cuyo patronazgo encomendarse. Sobre los poemas laudatorios me dijo que ya había mandado cartas a algunas personalidades principales del Parnaso español, y que esperaba su respuesta a vuelta de correo, aunque bien podía el libro seguir su camino mientras tanto, pues bastaría con que los poemas y la dedicatoria llegaran a tiempo de que el manuscrito fuera a la imprenta, y para eso aún faltaban meses, pues antes habría que completar las tediosas gestiones que es necesario realizar antes de que cualquier obra impresa vea la luz.

En Madrid, mi amo Robles se sentía satisfecho con todas estas noticias, pero también impaciente por poner el libro de una vez a la venta. Por aquellos días se imprimía en Lisboa la segunda parte de la novela de Mateo Alemán, y la curiosidad era tan grande que había ya docenas de encargos sin que el libro hubiese arribado siquiera a las librerías. ¿Qué impedía que don Quijote siguiera los pasos del pícaro Guzmán de Alfarache? De hecho, mi amo Robles se frotaba las manos pensando en la fama y en el oro que podía reportar la novela. La fama que se la quedara Cervantes, me dijo, que él ya se contentaría con el oro. Pero antes era preciso acelerar las diligencias con los secretarios y escribanos del Consejo Real, un encargo que mi amo me encomendó a mí, pues según Robles no es lo mismo escribir un libro que venderlo, y hasta el poeta de ingenio más preclaro puede resultar una calamidad al lidiar con ese ejército de chupatintas que se ocupa de los asuntos del reino, incluidos los libros. «Acompaña a Cervantes y vela para que todo se realice con la mayor presteza», me dijo. «Y procura que él no note que he puesto a su *Don Quijote* bajo tu tutela, no vayamos a ofenderlo». Nada más lejos de mi intención que ofender a don

Miguel, pero reconozco que mi amo obró con gran discreción al desconfiar de él para la tramitación de la «aprobación» o «censura», que atestigua que el libro no contiene nada contra la fe católica ni las buenas costumbres, y de la «licencia», que es la cédula que permite la impresión de la obra, y de esa otra cédula llamada «privilegio», que reconoce el derecho del autor a comerciar con su obra por un tiempo dado. A decir verdad, son tantos los documentos y aprobaciones que es menester solicitar, y tan largo y tortuoso el camino para obtenerlas, que me parece cosa admirable que se publiquen libros en España, pues cualquiera se sentiría perdido en semejante laberinto, como sin duda le habría ocurrido a don Miguel de no haber contado con mi ayuda, y discúlpeleme la arrogancia. Pero a estas alturas de mi crónica vuestras mercedes ya se habrán hecho cargo de que don Miguel no era diestro en manejarse con más papeles que aquellos en los que escribía sus versos y sus prosas. Que yo supiera, ya le había sido denegada en el pasado una solicitud para obtener un puesto en las Indias, y eso por no mencionar sus problemas con la justicia, que si los había tenido era en parte por su mala cabeza con los papeles durante sus años de recaudador. Yo, en cambio, llevaba varios años viéndomelas con secretarios y demás sabandijas palaciegas, y ya sabía de qué pie cojeaba cada uno, y en qué forma agradecerles, y cuándo era aconsejable hacer algún obsequio para allanar el camino, y de ese modo había tramitado ya aprobaciones y censuras para más libros de los que caben en la biblioteca de un purpurado. Aun así, el proceso se prolongó más de lo previsto, pues dimos con aquel cabeza hueca que era el secretario Juan de Amézqueta, de quien no podía decirse que fuera el funcionario más diligente de cuantos pululaban por las covachuelas de palacio, antes bien todo lo contrario. Perdí la cuenta de las veces que hubo que acudir al despacho del mentado secretario, cuya oscura silueta evoco ahora como la de un cuervo con anteojos, y de cuántos escritos y súplicas fue necesario dirigirle, pues, más que un hombre, el mentado Amézqueta no parecía sino una figura tallada en madera, tal era su predisposición a no escuchar y a no obrar y a no reaccionar en modo alguno a las súplicas de los peticionarios. Y mientras los meses pasaban en aquel batallar infructuoso contra la incuria y la necedad, don Miguel lo contemplaba todo con un gesto de resignación que también tenía mucho de ironía y algo de fatiga, como el de un hombre que ya ha sufrido los más de los reveses que la vida pudiera depararle y observa los hechos desde la distancia. «Es como arremeter contra molinos de viento», dijo una vez, un comentario que me resultó enigmático, pues yo todavía no había tenido ocasión de leer la novela de don Quijote, cuyo manuscrito dormía el sueño de los justos en las dependencias del Consejo Real sin que el denostado secretario mostrara la menor intención de perturbarla. Y así llegó el verano, y sintiéndome al borde de la desesperación, no tuve más remedio que acudir a mi amo Robles en busca de auxilio, y fue él desde Madrid quien movió los resortes necesarios para que los trámites se aceleraran, resortes que

incluyeron una gratificación para el cagatintas aquel de Amézqueta, por culpa del cual llegué a aborrecer a todos los guipuzcoanos.

* * *

EL REY

Por cuanto por parte de vos, Miguel de Cervantes, nos fue fecha relación que habíades compuesto un libro intitulado El ingenioso hidalgo de La Mancha, el cual os había costado mucho trabajo y era muy útil y provechoso, y nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos...

¡La cédula! ¡Por fin! Allí estaba, en mi mano, y juro que no daba crédito a lo que mis ojos me mostraban, que tuve que leerla cuatro y hasta cinco veces, primero porque estaba escrita de un modo tan retorcido que ni el mismo Séneca la hubiese descifrado, y luego porque no parecía verdad que la bestia hubiese vomitado por fin el dichoso documento. Pero allí estaba, sólida, real y crujiente de puro nueva, licencia y privilegio en un solo papel, que ni en eso se había complicado la vida el señor secretario. Y digo el secretario y no el rey, por mucho que figurara como otorgada por el rey, que su majestad tenía otros asuntos más importantes a los que dedicarse, y en estos de poca monta delegaba en los Amézquetas y otros pájaros de similar plumaje. Y hablando de pájaros, diré que con la cédula me fue devuelto también el manuscrito en limpio que habíamos entregado para su aprobación, firmado y rubricado en cada plana por el escribano de cámara Juan Gallo de Andrada, de tal manera que, una vez impreso el libro, pudiera este cotejarse con el original aprobado. Y tengo para mí que fue en ese día cuando decidí que, si alguna vez tenía hijos varones, procuraría darles estudios para que pudieran seguir el oficio de escribano, pues no se me ocurría oficio más descansado que aquel de firmar con una mano y recibir buenos reales con la otra. Pero de nuevo he de ponerle freno a mi pluma, pues estoy desviándome de la historia.

En Madrid, mi amo Robles ya había apalabrado la impresión del libro con un taller de imprenta de su confianza, el que regentaba su amigo Juan de la Cuesta en la calle de Atocha, y donde ya reservaban una de las tres prensas para imprimir los mil cuerpos de libros que tenía pensado poner a la venta. El acuerdo entre mi amo el librero y el impresor consistía en que, el mismo día que el manuscrito de Cervantes entrara en la imprenta, quedaría interrumpido cualquier trabajo que se estuviera llevando a cabo en la prensa referida para proceder a imprimir la novela de don Quijote. Ese acuerdo le estaba costando a mi amo sus buenos dineros, y se los seguiría costando hasta que el manuscrito arribara a Madrid. Con todo, Robles no quería arriesgarse a que algún otro librero le cogiera la vez, pues quería tener el libro

listo para las Navidades, época que se le figuraba propicia para difundir la novela en la Corte. Ya habíamos dejado atrás la época de la vendimia, y aún faltaba por llegar la aprobación, y más tarde habría que solicitar la tasa. Pero el tiempo apretaba de tal modo que mi amo no estaba dispuesto a esperar más. «Ven volando con el manuscrito y con Cervantes tan pronto como os concedan la licencia, que para lo demás ya habrá tiempo». Lo que urgía era que el impresor pudiera empezar a componer el libro, trabajo que llevaría sus buenos dos meses. Y para las cédulas restantes siempre se podía dejar pliegos en blanco al principio y añadirlos en el último momento. Así que, en el instante en que tuve el documento en la mano, eché a correr hacia el Rastro Nuevo de los Carneros, donde las señoras estaban enzarzadas en una agria riña y don Miguel permanecía encerrado en su despacho, según era uso y costumbre de aquella casa.

—¡Don Miguel! ¡La licencia! —grité al tiempo que irrumpía en el despacho y depositaba la cédula y el cartapacio del manuscrito sobre la mesa—. ¡Nos vamos a Madrid!

No es que tuviera yo a don Miguel por hombre proclive a las demostraciones de júbilo, pero aun así me extrañó la frialdad con que recibió la noticia.

—¡Nos vamos a Madrid a imprimir la novela! —insistí—. Mañana al amanecer tomamos la diligencia. ¿Qué os pasa? ¿No os alegráis?

Cervantes no respondió. En lugar de ello tomó el documento que yo había dejado sobre la mesa y comenzó a leerlo.

—Hum. *El ingenioso hidalgo de La Mancha*, dice aquí. Bien claro dejé que el título de mi novela era *El ingenioso hidalgo DON QUIJOTE de La Mancha*.

—¿Y qué importa? —repuse, aunque sin mencionar que había sido mi mala cabeza la culpable de alterar el título en el memorial que le había entregado al secretario Amézqueta—. Lo que cuenta es que el libro puede por fin imprimirse. Vais a ser famoso, don Miguel.

Cervantes soltó un gruñido.

—De momento soy más bien infame. He tenido noticias de Madrid. Lee esto.

Y me alargó un papel doblado que resultó ser una carta.

—Es de mi amigo Luis Gálvez de Montalvo. Me pone al corriente de los últimos chismes del mundillo de las letras. Lee tú mismo.

Leí que en Madrid ya se sabía de la novela de *Don Quijote*, lo que no me extrañó, pues me figuré que mi amo Robles habría hablado del libro en sus círculos para alimentar la curiosidad de los lectores y abonar así el terreno para futuras ventas. Iba a decirle a don Miguel que nada veía de malo en ello, pero entonces seguí leyendo y de ese modo supe qué era lo que le afligía. O mejor diría quién era el que le afligía. Y este era nada menos que el *Fénix*, sí, el mismo Lopico con quien Cervantes ya había tenido algún mal encuentro que otro y que al saber de la próxima publicación de *Don*

Quijote no había ahorrado chanzas hacia la novela y en vejaciones para su autor, y ello sin que el libro hubiera visto siquiera la luz. *Nadie hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a Don Quijote*, había sido al parecer la frase favorita de Lope en los últimos tiempos.

—No os enojéis por esta minucia, don Miguel. Yo estaba presente cuando, en la librería de mi amo, hicisteis quedar a Lope como un patán y un cobarde. Le arrancasteis las plumas al gallito una por una, y luego el desventurado no podía ni cacarear cual gallina. Ahora, mientras estáis lejos, os hace blanco de sus burlas. Pero cuando la novela salga de la imprenta tendrá mucho de qué callar.

Don Miguel se puso en pie y miró por la pequeña ventana, desde la cual se divisaba el puente del Esgueva, cuya mísera corriente bajaba corrompida por los desechos del vecino matadero.

—Lope es célebre y le oyen. Ahora entiendo por qué ni un solo poeta de renombre ha accedido a escribirme verso laudatorio alguno para mi novela. Nada. Ni tan siquiera un triste pareado. No quieren quedar en ridículo uniendo su nombre al mío y al de don Quijote, un espantajo que jamás debería haber salido de aquí.

Y se llevó el dedo índice a la cabeza. Luego volvió a sumirse en el silencio.

—¡Señor, escribidlos vos!

—¿Cómo?

—Esos dichosos versos que tan importantes se os figuran. Vuestra merced es poeta. Si tanto echáis en falta esos versos, ¿qué os impide escribirlos vos mismo?

—Nada entiendes de estas cosas, Gonzalo. Mejor harías quedándote callado.

—Pero don Miguel, vos dijisteis que vuestra novela es algo nunca visto, que habéis recorrido rutas nunca holladas. ¿Os vais a detener por encontrar cerrado este insignificante sendero? Escribid vos los dichosos versos en buena hora. Y si ello os place, atribuídselos al emperador de Trapisonda o al preste Juan de las Indias o a quien mejor os acomode.

Don Miguel caviló durante unos instantes.

—No sé... Tal vez... —En ese momento su cara se iluminó—. Mi hidalgo cree a pies juntillas en todos esos disparates de las novelas de caballerías. Él mismo se piensa un caballero andante. Quizás podrían ser los fantoches que pueblan esas novelas quienes le dedicaran versos a él. Amadís de Gaula, Orlando Furioso, el Caballero del Febo, la hechicera Urganda... Hasta el mismo Babiaca le podría dedicar un poema a Rocinante.

—¿Rocinante, señor?

—Sí, ya te hablaré de él. ¿Sabes, Gonzalo? Voy a hacerte caso. ¡Qué magnífico escudero habrías sido para don Quijote!

—Me contentaré con serlo para vos, don Miguel. Y ahora os ruego que preparéis vuestro baúl. Mañana al amanecer partimos con el manuscrito.

Al despuntar el alba del día siguiente, ya estábamos ambos montados en la diligencia. La distancia entre Valladolid y Madrid es de cincuenta leguas, lo que representa dos días de polvo y traqueteos, pero aun así el viaje es más confortable que a lomos de mula o de caballo, y sobre todo más seguro, pues no es tan grande el peligro de ser asaltado en mitad del camino. Por fortuna, los últimos días de septiembre representan una tregua entre el fuego y polvo del verano y los fríos y lodos del otoño, por lo que los rigores del trayecto disminuyen de forma considerable en esta época.

En el momento de partir, a don Miguel se le veía más animado que el día anterior. Además de su equipaje, que fue cargado en lo alto de la diligencia, llevaba un paquete envuelto en tela del que no se quiso separar, y que yo supuse que contenía las muchas hojas de la novela. Al principio del viaje conversó conmigo durante un rato. Me preguntó por mi familia, y por mi lugar de nacimiento, y por mi trabajo en casa de Robles. Luego se quedó callado y lo vi como absorto, y bisbiseando algo que yo pensé que serían oraciones, lo que me sorprendió en alguna medida, pues no tenía yo a don Miguel por hombre muy devoto.

—¿Rezáis, don Miguel? —le pregunté al fin.

Y él, sacudiendo la cabeza como si acabara de despertar, me respondió que no eran oraciones lo que murmuraba, sino que mataba el tiempo componiendo de cabeza esos poemas graciosos que había pensado introducir al principio de la novela a falta de otros mejores. Y para darme una muestra me recitó un diálogo en forma de soneto que acababa de inventarse, en el cual los que hablaban no eran ni caballeros andantes ni personas de ninguna clase, sino Babieca, el caballo del Cid, y ese Rocinante al que don Miguel se había referido el día anterior, y que resultó ser el flaco rocín que el hidalgo don Alonso guarda en su cuadra, y al que bautiza de ese modo cuando pierde el seso y decide hacerse caballero andante. Así empezaba:

¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?

«Porque nunca se come, y se trabaja».

Pues, ¿qué es de la cebada y de la paja?

«No me deja mi amo ni un bocado».

Al verme reír con sus ocurrencias, don Miguel me preguntó si quería aprovechar el tiempo del viaje para leer algunos capítulos de su manuscrito, a lo que yo le repliqué que sí, que sentía vivos deseos de hacerlo, y le di las gracias por la merced. Así que don Miguel procedió a desatar el cordel que unía las hojas y separando algunas de ellas del grueso paquete, las depositó en mi regazo. Y yo las fui tomando,

también con gran cuidado, y las leí una tras otra, por lo que me cabe el privilegio de haber sido el segundo lector de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, y digo el segundo porque la primera lectora fue la hija de don Miguel, mi amada Isabel, quien, como recordarán, había ayudado a su padre a hacer la copia que ahora yo tenía en mis manos.

De la novela en sí poco es menester que diga, pues seguro estoy de que ya la habrán leído vuestras mercedes, y hasta puede que traducida a la lengua inglesa o a la francesa o a la italiana. Lo que sí recuerdo de aquella primera lectura es haber pensado que ni Lázaro de Tormes ni Guzmán de Alfarache ni la pícara Justina admitían parangón en gracia y enjundia y entretenimiento con don Quijote y con el escudero Sancho Panza, quien a su modo resultó ser tan ingenioso como su señor. La cuestión fue que las aventuras de uno y del otro me arrancaron tales carcajadas que los otros viajeros de la diligencia me miraban admirados, pensando quizás que se me había evaporado el juicio, con lo que comprendí el gran interés que mi amo Robles tenía por hacerse con la novela. Fue tal el gusto con que devoré aquellas páginas que, al caer la noche, cuando la diligencia entró en el patio de la posada donde íbamos a pernoctar, no me pude creer que hubiera transcurrido ya el día entero, de veloces que habían pasado las horas. Y era tal la fuerza y la vida de los personajes de aquella historia, que al bajar de la diligencia creí por un momento ver la enjuta figura de don Quijote velando sus armas junto al pozo, y luego al barrigón de Sancho volando desde detrás de un muro, donde sufría el mancebo de los mozos por no haber pagado su amo el hospedaje.

Arreglé con el posadero que esa noche compartiéramos don Miguel y yo la cama y la estancia, y de ese modo mi «media con limpio» sería, por una vez, media cama con limpio de veras, que don Miguel lo era, y mucho. Y luego pasamos los dos a la posada para saborear un apetitoso guiso y una jarra de buen vino castellano, que no pensaba reparar yo en gastos aquella noche, pues me parecía que había mucho motivo para la celebración. Y si mi amo Robles protestaba luego por el dispendio, que protestase, que ya le daría yo las razones que fueran menester.

—Y bien, don Miguel —dije notando que me iba subiendo la color al rostro al tiempo que la jarra se vaciaba—, ¿cómo fue que disteis en inventar al caballero don Quijote?

—Ah, de eso me acuerdo bien —repuso él, también entonado y con las mejillas rubicundas—, aunque habrán pasado ya como catorce o quince años desde que vi a don Quijote por vez primera.

—¿Lo visteis?

—Por cierto que sí. En un sueño. O, por mejor decir, en una pesadilla. Paraba yo a la sazón por una posada, igual que nosotros ahora. Era en Coria del Río, me parece. Esa misma tarde, en el patio, unos cómicos habían representado un entremés que

versaba sobre cierto labriego que daba en leer romances con desmesura tal que acababa extraviando el seso y creyéndose el personaje de un cantar de gesta. Bien recuerdo que la representación me hizo reír y olvidarme un tanto de mis penurias de aquellos días, que eran muchas, y que me retiré a dormir con buen ánimo. Pues bien, esa noche soñé que me encaminaba yo a embargar el trigo de unos canónigos, y que estos habían amenazado con excomulgarme si yo ejecutaba el embargo (como en efecto me ocurrió más de una vez). Y así andaba yo con mis cavilaciones cuando acerté a llegar a un puente de piedra que salvaba un barranco por el que discurrían aguas bravas. Y hete aquí que en la entrada del puente, como custodiando el paso, vi al espantajo más curioso que imaginar pudiera. Era un hombre a caballo vestido con una armadura. Pero su aspecto no resultaba en modo alguno marcial ni gallardo, porque el hombre era viejo, la armadura estaba comida de orín y el caballo que montaba no parecía sino un armazón de huesos cubierto de pellejo. «¡Teneos, caballero!», le oí gritar. «Que no habréis de cruzar este puente sin antes mediros conmigo en singular combate, pues tal fue la promesa que le hice a mi dama, bella entre las bellas, por cuyo amor he de hacer los más famosos fechos de caballerías que se han visto, vean y verán en el mundo». Comprendí que aquel orate había dado en la peregrina ocurrencia de imitar al caballero Suero de Quiñones, quien, por complacer a su dama, partió trescientas lanzas batiéndose contra todo aquel que pretendiese cruzar un puente. «¿Sois acaso un cobarde o es que tenéis el corazón de mantequillas?», vociferó el espantajo, y a mí todo aquello empezó a parecerme ridículo en demasía hasta para un sueño. Pero no quise despertar sin antes preguntarle su nombre, como así hice. «¡Don Quijote de La Mancha me llaman!» gritó. «¡Y ahora encomendaos al Altísimo porque ha llegado el momento postrero de vuestra existencia!». Y el muy desdichado se bajó la visera, picó espuelas y cargó contra mí, tomándome de tal modo por sorpresa que no acerté a moverme del sitio donde estaba, con lo que de pronto me vi descabalgado y volando por los aires, y me preparé para dar con mis huesos en el duro suelo, como en verdad ocurrió, aunque con menos quebranto del que anticipaba, pues entonces vi que el suelo sobre el que me hallaba no era otro que el del cuarto de mi posada, y que la caída no había sido desde caballo o mula, sino desde mi cama. Y así fue como don Quijote vivió su primera aventura en un sueño o pesadilla del hombre que lo inventó, lo cual no tengo por gran prodigio ni por cosa de hechiceros, pues ¿acaso no es así como nacen todas las criaturas de la imaginación?

Reí de buena gana con la historia y brindé con don Miguel, quien aquella noche, con sus mejillas coloradas y ojos chispeantes, me parecía mucho más joven de los cincuenta y siete años que acababa de cumplir. Si existen episodios de felicidad plena en esta vida, creo que este lo fue para mí, ese momento que don Miguel y yo vivimos en aquella posada a medio camino entre Valladolid y Madrid, mientras comíamos y

bebíamos juntos. De repente tuve la certidumbre de estar embarcado en una aventura como jamás pensé que el humilde hijo de un herrero pudiera llegar a vivir. Y aquel viaje que antes yo había hecho cien veces se convirtió en prelude de algo transcendental. Fue como si de repente soplara entre nosotros una brisa perfumada de eternidad. Y así es como me gusta evocarlo desde esta orilla opuesta del tiempo, cuando aquel muchacho de entonces ya es un hombre viejo y don Miguel hace mucho que no está entre los vivos. Y disculpen vuestas mercedes si he hermoseedo un tanto el episodio. Aunque ¿para qué otra cosa sirven la memoria y las palabras sino para embellecer los hechos del pasado?

Puesto que la dicha es a menudo efímera, la de aquel momento concluyó cuando don Miguel se volvió para mirar a dos hombres que estaban sentados en una mesa aladaña. Iban ataviados como caballeros, y de hecho lo parecían, dos jóvenes de familia noble que viajaban a la Corte o regresaban de ella. Pero no era su aspecto lo que le había hecho a don Miguel girar la cabeza, sino la actividad a la que se dedicaban, que no era otra que los naipes. Como hijo de jugador que soy, olí el peligro tan pronto como don Miguel reparó en la partida que se jugaba allí cerca. Por ello me apresuré a proponerle que, ya que la jornada había sido agotadora y la del día siguiente no iba a serlo menos, nos retirásemos a reparar fuerzas, pues estando bien comidos y bebidos, aquel parecía un momento aconsejable para ello. Pero don Miguel agitó las manos y me recordó lo que yo mismo había dicho poco antes, que aquella era noche propicia para celebraciones, y luego añadió que parecía mentira que a mi edad me quisiera retirar a dormir tan temprano, y aseguró que siendo él mozo podía pasar la noche entera de jarana y estar como una rosa a la mañana siguiente. Y habiendo dicho esto se alzó de su asiento, y yo adiviné que su intención no era otra que acercarse a la mesa en la que los dos caballeros jugaban su partida.

—Don Miguel —dije entonces en tono severo—. ¿Tendré que recordaros que prometisteis no volver a las andadas?

Por un momento pareció reflexionar sobre lo que acababa de decirle, pero a renglón seguido se encogió de hombros y terminó de ponerse en pie diciendo:

—Bah. No seas aguafiestas, Gonzalo. Un poco de entretenimiento jamás le hizo a nadie mal alguno. Y esos dos son caballeros y no tahúres. Disfrutemos un rato más de la noche y retirémonos luego a dormir en buena hora.

«En buena hora», dijo. Y en mala hora me avine yo a dejar que se uniera a la partida, que de habérmelo propuesto podría habérselo impedido bajo amenaza de contárselo a mi amo Robles, el cual todavía guardaba el pagaré que Cervantes había firmado cuando la treta aquella de *Maniferro*, y tenía armas por tanto para hacerle entrar en razón. Pero me dejé llevar por la placidez de la velada y del vino, y me dije que lo que don Miguel decía era verdad, que no había motivos para alarmarse y que bien podía dejarle disfrutar de los naipes, ya que estos, cuando se juegan entre

caballeros, son fuente de solaz antes que vicio. O eso me habían dicho. Así que permanecí impassible mientras veía a don Miguel pedirle a la posadera otra jarra del vino de aquel lugar, que no era malo, y acercarse con ella a la mesa de los caballeros, quienes le invitaron a sentarse con gestos de agrado y muchas cortesías. Y ahora pensarán vuestras mercedes que lo que pasó fue que Cervantes perdió hasta la camisa que llevaba puesta, pero he de apresurarme a sacarlos de su error, pues no fue eso lo que ocurrió, sino todo lo contrario, aunque las consecuencias fueran aún peores, mucho peores, que las que habríamos sufrido si don Miguel se hubiese limitado a perder algunas manos para luego irse a dormir con la bolsa más liviana, que de todos modos nunca la tuviera muy llena.

De hecho, aquella noche don Miguel parecía tocado por la mano de la diosa Fortuna. Se jugaba a las quínolas, que es juego permitido y por tanto apto para ser jugado en lugares respetables, y cuyo lance principal se cifra en reunir cuatro cartas de un mismo palo, ganando, cuando hay más de un jugador que tenga quínola, aquel cuyas cartas suman más puntos. Pues bien, aquella noche los dedos de don Miguel parecían imanes, tal era la facilidad con que atraían cartas del mismo palo y, aunque las apuestas fuesen moderadas, no había pasado mucho antes de que les hubiera ganado una buena cantidad a ambos caballeros, no menos de cincuenta doblones a cada uno, que habían olvidado sus cortesías y empezaban a mirar a Cervantes con gesto de querer rebanarle el pescuezo.

Por fortuna, tal cosa no ocurrió, y llegado cierto punto don Miguel se levantó con sus ganancias, se inclinó en señal de despedida y me indicó con un ademán que podíamos retirarnos, a lo que accedí aliviado, pues no parecía sino que la noche, en contra de mis funestos pronósticos, fuese a acabar sin incidentes. Poco después ambos estábamos en la cama embutidos en nuestras camisas de dormir. Don Miguel roncaba suavemente a mi lado, pues se había quedado dormido tan pronto como su cabeza tocó la almohada, igual que un niño de pecho. Yo soplé la vela con la corazonada de que el día siguiente, el de nuestra llegada a Madrid, iba a ser más dichoso todavía que el que ahora terminaba. Llevaríamos por fin el manuscrito de *El ingenioso hidalgo* a la imprenta de Juan de la Cuesta, y mi amo Robles me felicitaría por la diligencia con que había llevado todo el asunto, y luego me encomendaría la gestión de la tasa del libro, para lo cual tendría que viajar de nuevo a Valladolid, donde Isabel me estaría esperando, y al cabo de poco tiempo ella cedería por fin a mis pretensiones y requiebros de enamorado, y se convertiría en mi esposa y futura madre de mis hijos con el beneplácito de su padre, y...

Y en ese momento debí de caer dormido, pues no recuerdo nada más que un largo espacio negro.

* * *

Mucho menos plácido que el adormecimiento fue el despertar, que se produjo en plena madrugada, y bajo la más terrible lluvia de palos y trompadas que jamás hubiera yo padecido hasta entonces. Baste decir que, en el momento de ser arrancado del sueño por los golpes de algún instrumento romo y contundente sobre mi costillar, pensé que estaba sufriendo una pesadilla. Pero los golpes eran tan fuertes que, no bien hube recibido una docena de ellos, me dije que aquello no podía tratarse de sueño o de pesadilla, puesto que ninguna ensoñación puede doler de un modo tan atroz. No obstante, tampoco se me figuraba comprensible que alguien se duerma plácidamente en la habitación de su posada, cuyo precio está dispuesto a pagar sin rechistar, y sea despertado con semejante violencia. Y entonces, conforme los palos seguían cayendo sobre mi cuerpo, las ideas más peregrinas empezaron a agolparse en mi magín. ¿Es que acaso me había muerto durante el sueño y había ido a parar al infierno por mis muchos pecados? ¿Eran demonios los que me castigaban con semejante saña? Pero en ese instante oí a don Miguel quejarse a mi lado, y comprendí que no era posible que ambos hubiésemos ido al infierno a la vez y juntos, pues si bien yo había hecho méritos de sobra para ello, él siempre había sido varón justo y moderado (salvo por ese escarceo con la madre de Isabel y el pequeño defecto de su afición al juego, que de todos modos aquejaba a muchos varones justos como él). En definitiva, aquellos que nos estaban moliendo a palos no podían ser demonios, salvo quizás en un sentido figurado, pues bien que se comportaban como tales. Fueran lo que fueren, había llegado el momento de comenzar a gritar y a pedir auxilio, pues juzgué que el único modo de interrumpir la paliza era llamar la atención del posadero y de los otros huéspedes, que a la sazón estaba la posada repleta de ellos. Y no bien acordé tal proceder, comencé a gritar con todas mis fuerzas, antes de que estas empezaran a resentirse por culpa de la paliza encajada. «¡Socorro! ¡Justicia! ¡Que nos matan!». Y don Miguel, en oyéndome gritar, hizo otro tanto, y con no menos ganas que yo, pues a buen seguro la paliza que él estaba recibiendo no era menor que la mía. Y ocurrió que, tan pronto comenzamos a gritar, cesaron de repente los golpes, y vimos que la puerta de nuestra estancia se abría y que unas figuras negras salían por ella a toda prisa, y entonces oímos los tacones de sus botas golpeando las tablas del pasillo y así supimos que huían a la carrera. Y luego empezamos a oír revuelo afuera, y en un decir amén estaba ante nosotros el posadero, vestido con su camisa de dormir y sosteniendo un candil en la mano. Y tras de él venían varios huéspedes a los que nuestros gritos habían despertado, y que ahora nos miraban con cara de curiosidad mientras don Miguel y yo tratábamos en vano de incorporarnos de la cama, pues tan maltrechos estábamos que parecía que los huesos se nos hubieran vuelto mantequilla.

Por fin, con la ayuda del posadero y de alguno de los huéspedes, pudimos ponernos en pie y comprobar si teníamos algún hueso quebrado, y parecía que no, que aunque molidos y vapuleados desde el dedo gordo del pie hasta la coronilla,

nuestro esqueleto seguía intacto, lo que en el caso de don Miguel me pareció una grandísima fortuna, dado que los ancianos y quienes están cerca de serlo, como era su caso, suelen tener los huesos tan quebradizos como el cristal de una vidriera. A las preguntas insistentes del posadero sobre qué había pasado, nada pudimos contestar, salvo el modo expeditivo en que se nos había despertado. Entonces nos dimos cuenta de que, además de la paliza, quienes habían irrumpido en nuestra estancia habían registrado nuestros equipajes y enseres, pues todo aparecía revuelto y tirado por el suelo. De inmediato me palpé la cintura, pues acostumbro guardar mi dinero para los viajes en un bolsillo de cuero sujeto a un cinturón que siempre llevo puesto, incluso para irme a dormir, lo que puede sonar incómodo, pero es lo más aconsejable cuando uno se ve obligado a compartir alcoba con desconocidos. La cuestión es que el bolsillo seguía donde debía estar, lo que me arrancó un suspiro de alivio. A don Miguel, sin embargo, lo oí gritar y soltar una blasfemia, cosa que él casi nunca hacía a pesar de haber sido soldado. A renglón seguido lo vi lanzarse al suelo, sobre sus ropas esparcidas, y comenzar a revolverlas y a mirar debajo de ellas, y todo esto con nuevos juramentos y maldiciones. ¿Qué era eso tan importante que estaba buscando y que no encontraba? Y de súbito me vino a la cabeza un pensamiento, un pensamiento terrible que de inmediato tuvo su eco en la voz de mi señor Cervantes.

—¡El manuscrito!

—¡Don Miguel! ¡Por todas las ánimas del Purgatorio! ¿No me estará diciendo vuestra merced que...?

Y él me respondió mostrando la expresión más desolada que jamás he visto en el rostro de un hombre:

—¡Gonzalo! ¡Hijo! ¡El manuscrito de *El ingenioso hidalgo* no está donde lo dejé anoche! ¡Esos grandísimos hijos de puta me lo han robado!

* * *

—¿A qué esperas? —preguntó Erasmo—. ¿No me digas que vas a interrumpir la lectura justo ahora, en lo más interesante?

Pero Pilar no parecía estar oyéndolo. Se limitaba a pasar las hojas restantes de la crónica en completo silencio. Tras examinar durante unos segundos cada una de ellas se centraba en la siguiente. Erasmo notó que la respiración de la muchacha se aceleraba y que su rostro se crispaba en un gesto de ansiedad que él atribuyó a la fatiga.

—De acuerdo, doctora Esparza. Capto el mensaje y reconozco que me lo he merecido. Continuará en el próximo episodio. Casualmente, en esta misma calle hay un restaurante estupendo. ¿Te parece que una buena cena te ayudaría a reparar fuerzas?

Pilar alzó la vista del manuscrito del manuscrito y lo miró fijamente. Erasmo empezó a comprender que no se trataba de una broma. La muchacha no deseaba darle una lección. Algo iba mal y Erasmo notó un pinchazo agudo en el estómago.

—Profesor... no hay más.

—¿Cómo? —graznó el bibliófilo.

—El manuscrito está incompleto, profesor. La historia se interrumpe aquí.

CAPÍTULO V

Desventuras de un cazador cazado

—¿Es una broma, verdad? Dime que es una broma.

—Erasmus no se había movido de su asiento en los últimos cinco minutos. La noticia de Pilar lo había dejado paralizado, mudo, incapaz de reaccionar. Ni siquiera había acertado a examinar el legajo para comprobar si lo que había dicho la muchacha era cierto o solamente una jugarreta de su antigua alumna, lo que habría evidenciado una vena de crueldad que Erasmo desconocía en ella. Se sentía clavado en la butaca, y las ideas le circulaban por la cabeza con una lentitud exasperante, como si el flujo del tiempo se hubiera ralentizado hasta convertirse en un goteo. Pero en su mente empezaba a abrirse camino la evidencia de que Pilar nunca había sido amiga de bromas, y en cualquier caso jamás se le habría pasado por la cabeza bromear a costa de un asunto tan importante como el que les ocupaba. ¿Era de verdad posible que el manuscrito estuviese incompleto? ¿Podía llegar la vida a ser tan cruel? Pero si él mismo estaba viendo con sus propios ojos que la última hoja leída por Pilar no era la última, que había un buen montón de hojas escritas detrás de ella. Estaban allí, sobre su mesa, tan reales y sólidas como su lámpara de lectura de bronce, como el fragmento de cuarzo que usaba a modo de pisapapeles, como la estilográfica Montblanc Meisterstück que sus alumnos le habían regalado el día de su jubilación, y que siempre descansaba sobre su mesa de trabajo, aunque él prefiriera escribir con bolígrafo. Allí estaban las hojas restantes. Las podía ver. Incluso las podría tocar si estiraba la mano. Sí, tenía que tratarse de un error. Pero entonces, ¿por qué lo miraba Pilar con aquel brillo de compasión en los ojos? ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

—Profesor, no es ninguna broma —dijo la muchacha pronunciando lentamente, casi con dulzura, como si temiera que una respuesta más enérgica pudiera dañar a Erasmo de un modo irreparable—. El resto de las hojas no corresponden al manuscrito de Gonzalo de Córdoba. Las acabo de examinar una por una y son documentos convencionales. Escrituras, contratos... En fin, lo que uno esperaría encontrar en el protocolo de cualquier escribano.

—Pero... pero...

—Lo más probable es que la crónica de Gonzalo estuviera incompleta. Créame que lo siento. Pero consuélase. La parte del documento que conservamos es ya de por sí de un valor incalculable.

—¡Y un carajo!

Pilar abrió los ojos sin dar crédito al exabrupto que acababa de oír. Pero aún fue mayor su sorpresa al ver a Erasmo abalanzarse sobre los papeles con tal violencia que, por un instante, tuvo la sensación de que el bibliófilo la estaba atacando. De

forma instintiva, la muchacha apartó su butaca de la mesa y levantó los brazos, preparándose para repeler una agresión. Tan solo entonces vio que el objetivo de Erasmo no era su persona, sino el legajo. En aquel momento lo examinaba con tal rabia que algunas hojas salían volando por los aires y caían al suelo. La muchacha jamás había visto a su antiguo profesor tan fuera de sí, ni siquiera aquella vez en que él le confesó que un bibliófilo rival le había sobrepujado en una subasta y se había hecho con un ejemplar perfecto de la *Crónica de Juan II*, primorosamente impreso en Logroño por el maestro Arnao Guillén de Brocar en 1517, ejemplar que Erasmo ansiaba poseer con toda su alma de coleccionista. Pasaron los minutos y los movimientos del bibliófilo se volvieron más pausados. La rabia se evaporó y cesó el revoloteo de papeles por el estudio, hasta que finalmente Erasmo claudicó y se dejó caer pesadamente sobre su butaca. A renglón seguido ocultó el rostro tras las manos. Pilar olvidó que durante un instante de pánico se había considerado víctima de una agresión sexual. Su antiguo profesor ya no le parecía un violador, solamente un hombre viejo y derrotado. Ella se preguntó si habría algo que pudiera hacer o decir para consolarlo, pero comprendió que lo mejor sería guardar silencio y dejar que las cosas siguieran su curso. Eran más de las ocho de la tarde. ¿Debía despedirse y regresar a su casa? Finalmente optó por esperar un poco más. Siempre había tenido a Erasmo por una persona equilibrada, pero en aquellas circunstancias temía que pudiera cometer alguna locura. Decidió ir a la cocina y traerle un vaso de agua. Tal vez incluso fuera capaz de encontrar un sobrecito de tila. Ella hizo ademán de incorporarse, pero entonces Erasmo descubrió la cara y le pidió con un gesto que se sentara. Al parecer, había recobrado el control de sí mismo. Ojalá aquella tranquilidad no fuera un simple episodio de calma antes de la tempestad final.

—Pensemos —dijo Erasmo con voz firme.

Pilar se sentía agotada, pero decidió que no le importaba quedarse un poco más, al menos hasta estar segura de que Erasmo era dueño de sus actos. Recordó entonces la montaña de exámenes sin corregir que la aguardaba en su casa y decidió que verdaderamente no tenía ninguna prisa por regresar. Además, aún le quedaba el domingo. Mañana habría tiempo. Entretanto, mientras las reflexiones de la muchacha se sucedían, Erasmo había comenzado a hablar a toda velocidad:

—El manuscrito está incompleto, y ese es un hecho incuestionable. Ahora bien, lo que no estoy dispuesto a hacer es rendirme ahora, y me sentiría muy decepcionado si tú decidieras tirar la toalla. Entre el día de ayer y el de hoy hemos vivido una experiencia por la que cualquier estudioso de la literatura estaría dispuesto a dejarse sodomizar por un bajel repleto de piratas berberiscos. Hemos entrado en la casa de Cervantes en Valladolid, y allí hemos asistido a la génesis del libro más importante de todos los tiempos, con permiso de Yahvé y su famoso *best seller*. Luego hemos conocido de primera mano un incidente que se ignoraba por completo. Nada menos

que la desaparición del manuscrito del *Quijote*. O su robo, mejor dicho. Nos consta, sin embargo, que ese manuscrito fue recuperado, y la prueba irrefutable es que hoy en día, como sabes muy bien, tenemos la novela. Y no se trata de un espejismo. Algunos la hemos leído. Y si examinas mis estanterías, tú misma puedes encontrar varias ediciones, incluyendo la que Ibarra realizó para la Real Academia en 1780. Y disculpa la obviedad, pero la narración de Gonzalo de Córdoba me ha atrapado de tal modo que tengo que hacer un esfuerzo por recordar que esos hechos no ocurrieron anoche mismo, sino hace más de cuatrocientos años. La cuestión es que el manuscrito fue hallado enseguida, pues de otro modo la novela no habría podido salir de la imprenta menos de tres meses después de su robo. Se postula que en las Navidades de 1604 había ejemplares del *Quijote* circulando por Valladolid, con una tasa especial impresa para la ocasión en una imprenta local. Yo mismo he tenido en las manos uno de ellos. A lo que voy es a que apenas debieron pasar unos días desde que se produjo el robo hasta que el manuscrito fue recuperado y pudo ir a la imprenta. Incluso sabemos que, con el tiempo, ese manuscrito acabó en manos de Gonzalo, que no solo fue testigo, sino protagonista de los hechos. ¿Que a santo de qué esta sarta de obviedades?, te estarás preguntando. Pues bien, sencillamente quiero que repares en la simetría, querida Pilar. Manuscrito perdido, manuscrito hallado. Exactamente igual que nuestro caso. Hemos extraviado una parte de nuestro manuscrito. Ahora solo nos queda seguir los pasos de don Miguel y de Gonzalo, y recuperarlo. Y recuerda que ese manuscrito es ni más ni menos que la clave para encontrar otro, uno mucho más importante que ha estado perdido durante cuatrocientos años, y cuya existencia ni siquiera se sospechaba. ¡Y por santa Wiborada que lo vamos a encontrar! Está escrito y así ha de ocurrir.

Mientras escuchaba la parrafada de Erasmo, Pilar Esparza empezó a abrigar serias dudas sobre el equilibrio psíquico de su antiguo profesor, al que siempre había considerado un hombre sensato. Como todos los eruditos, tenía sus excentricidades, y puede que su faceta de coleccionista las hubiera agudizado en alguna medida. Pero a ella misma se le podrían reprochar un par de manías de las que no se sentía demasiado orgullosa. Es algo frecuente entre los estudiosos, y en general entre las personas que pasan demasiado tiempo a solas, encerradas dentro de sus cabezas. Pero aquel discurso que acababa de oír poseía un sesgo esotérico que le resultaba alarmante en alguien como Erasmo, que siempre había hecho gala de una mente analítica y racional. Lo que el bibliófilo venía a decir es que lo que les estaba ocurriendo a ellos con el manuscrito de Gonzalo era un reflejo de lo que les había ocurrido al muchacho y a Cervantes cuatrocientos años atrás. Sonaba como el argumento de una novelucha barata. Ridículo y disparatado. Pero ¿qué podía hacer sino seguirle la corriente a Erasmo y comprobar hasta qué punto lo ocurrido había perturbado el juicio de su antiguo profesor?

—No quiero parecer una aguafiestas —dijo la muchacha—. Pero ¿acaso tenemos alguna evidencia de que esas hojas que faltan no se hayan perdido definitivamente?

Erasmus le dedicó una sonrisa parecida a la de un prestidigitador a punto de sacar un conejo de su chistera. Luego abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó algo de él. Era un trozo de cuerda o cordel.

—*Voilà!*

—¿Qué es eso, profesor?

Erasmus enarcó una ceja con gesto de suficiencia y luego volvió a introducir la mano en el cajón, del que extrajo una lupa con la que procedió a examinar el objeto.

—Tal vez el microscopio electrónico resultara más fiable, mi querida muchacha, pero tras un examen superficial yo diría que se trata de un trozo de cuerda.

Pilar concluyó que su profesor había perdido la cabeza. Ahora ya no le quedaba la menor duda. Se dijo que debía encontrar el modo de convencerlo para que la acompañara a un servicio de urgencias.

—Una cuerda, sí, eso me pareció a mí también —dijo con intención de ganar tiempo—. ¿Y qué piensa hacer con ella?

—Tranquila, no voy a colgarme. Al menos de momento. Se trata de la cuerda con la que venía atado el legajo —repuso Erasmus con una sonrisa de triunfo—. Cuando lo desaté estaba tan nervioso que no reparé en ella. Pero hace un momento recordé que la tenía guardada. Y esta cuerda es la evidencia de que las hojas que le faltan a nuestro manuscrito probablemente existan aún. Mírala tú misma.

Erasmus le alargó la cuerda a Pilar, que la tomó con la sensación de estar representando un papel en una farsa. Pero tan pronto como la tuvo en la mano se dio cuenta de que tal vez su profesor no estuviera tan loco, después de todo.

—¿Y bien? —inquirió Erasmus.

—Está hecha de algún tipo de material plástico. ¡Es una cuerda moderna!

—Exacto —dijo Erasmus—. Ahora apliquemos la lógica. Como te dije, encontré el legajo por casualidad, encima de otros papeles que abarrotaban una caja de cartón. La prisa por hacerme con él me impidió examinar el contenido restante de la caja. Además, pensé que si los papeles estaban atados era porque pertenecían a un mismo documento. Pero no me di cuenta de que la cuerda que los ataba no era antigua, sino un trozo de cordel de embalar del que puede comprarse en cualquier ferretería. Vamos, Pilar, concluye tú el razonamiento.

—Ignoramos el origen de esos papeles —dijo la muchacha, arrastrada a su pesar por la lógica de Erasmus—. Pueden proceder de un archivo expoliado, de una vieja biblioteca que alguien ha robado o malvendido. Quizás estaban desordenados, o se desordenaron al ser retirados de su emplazamiento original, lo que probablemente haya ocurrido en fecha reciente. Para su transporte, alguien los ató formando legajos, pero seguramente sin el menor criterio. ¡Las hojas que le faltan a nuestro manuscrito

podrían estar todavía dentro de esa caja, atadas junto a otros documentos sin valor con los que no tienen la menor relación! ¡Profesor! ¿A qué estamos esperando?

Pilar se puso en pie impulsada por un repentino arranque de entusiasmo, pero Erasmo le indicó por gestos que volviera a tomar asiento.

—Me temo que no va a ser tan sencillo, mi querida muchacha. Será preciso trazar una estrategia. Necesitaremos un plan.

* * *

Pilar y Erasmo habían bajado a cenar al restaurante cercano al domicilio del bibliófilo, un lugar tranquilo, decorado con sobriedad y buen gusto. A pesar de que era sábado, no habría más de cinco mesas ocupadas. Y cuando Erasmo pidió la cuenta comprendió por qué. Apenas pudo contener un gemido al comprobar el importe de aquella sencilla cena para dos, pero colocó su visa sobre la bandejita sin rechistar, y luego, cumplido el doloroso trámite de firmar el recibo, le propuso a la muchacha caminar un rato por la acera del Retiro. Durante la cena Erasmo había evitado abordar el tema del manuscrito. Hablaron del trabajo de Pilar en el CSIC, interrumpido cuando ella había decidido procurarse un medio de vida digno y presentarse a oposiciones para instituto. Pilar le dijo que, a pesar de todo, no había interrumpido por completo la investigación. Seguía escribiendo pequeños artículos para revistas de Filología y aún conservaba su carné de la Biblioteca Nacional. Pero lo que antes fuera una pasión se había convertido para ella en una actividad residual, un modo de no olvidar por completo lo que pudo ser y no fue. Al parecer, la Filología española podía prescindir de talentos como Pilar mientras los claustros de las universidades se llenaban de mediocres, politicastos y lameculos. Sí, Erasmo se había jubilado a tiempo. El bibliófilo atisbó entonces entre las rejas del parque, abierto hasta tarde en virtud del horario de verano. Se distinguían las sombras de varias parejas tumbadas sobre la hierba. Erasmo suspiró y se preguntó qué aspecto ofrecerían Pilar y él a quienes los observaran desde dentro del Retiro. ¿Pensaría alguien que ellos también estaban juntos?

—Bueno, profesor —dijo la muchacha interrumpiendo sus divagaciones—, creo que ya hemos hablado bastante de mis fracasos y frustraciones académicas. Va siendo hora de que me vaya a casa. Usted me habló de un plan. ¿Qué propone?

—Tenemos que hacernos con los documentos que quedaron en la caja de donde tomé el manuscrito —dijo él tras cavilar durante unos instantes.

—¿Y qué clase de plan es ese? Vuelva a la tienda y cómprelos. ¿No le parece lo más sensato?

Erasmo carraspeó.

—Ya te dije que no iba a ser tan fácil. A estas alturas el librero Maestre ya estará

al tanto de la pequeña jugarreta que le gasté a su dependiente, y sin duda me habrá identificado a partir de la descripción del jovenzuelo. El mundo de la bibliofilia es pequeño, Pilar, y Juan Maestre y yo somos viejos conocidos. Seguro que sospecha que me he llevado algo de valor a precio de saldo. La cuestión es si puede imaginar siquiera el valor del documento en cuestión. En cualquier caso, Maestre estará loco por echarme el guante y retorcerme el pescuezo. Es lo que yo estaría deseando hacer en su lugar.

—¿Cree que Maestre puede olerse algo?

—Tal vez sí, tal vez no. Algo tranquiliza que él no sea un experto en manuscritos. Sin duda habrá examinado ya el contenido de la caja, pero no creo que sepa leer la enrevesada letra del siglo xvii. Que yo sepa, la paleografía no es su fuerte. Entiéndeme. Tampoco es que él sea una autoridad en bibliofilia... —Erasmus se abstuvo de añadir «como yo», aunque Pilar adivinó que lo había pensado—. Sin embargo, en otros campos posee conocimientos de sobra para rentabilizar su actividad de compra-venta de libros antiguos. Cualquier coleccionista sabe que a Maestre no se le engaña.

—Entonces, ¿qué fue lo que hizo usted el otro día?

—Bah, aquello era un juego. Una pequeña tomadura de pelo. Únicamente quería divertirme un rato y tener luego una anécdota que contar. Libreros y coleccionistas, ya sabes. Eternos rivales destinados a entenderse. Pero a lo que iba. La presencia de esa caja llena de documentos manuscritos en la librería de Maestre es algo extremadamente raro. Seguro que se los compró a un traperero esa misma mañana, por pura curiosidad y a un precio tirado. Luego la prisa le hizo marcharse sin poder echarles siquiera un vistazo. Lo que sospecho es que, incluso si hubiera podido mirarlos con detenimiento, no habría sido capaz de comprender el valor de algunos de aquellos papeles. Y eso es bueno para nosotros.

—Bien. Entonces ¿qué nos impide volver a la tienda y comprar el material restante?

—Verás, querida —repuso Erasmus incómodo—. La cuestión es que le pagué al tontuelo de su dependiente doscientos euros por el legajo. Y ahora Maestre ya sabe que el comprador era yo, y no un turista norteamericano despistado.

—No le sigo.

—Él me conoce. Sabe que soy reacio a tirar el dinero. Si le aboné esa cantidad a aquel pardillo, Maestre pensará que lo que me llevé valdría diez veces más. Ni me imagino lo que me pedirá por el resto de la caja, si es que accede a vendérmela.

—Entonces, ¿el único problema es el dinero?

—Bueno, no soy precisamente rico.

Pilar recordó los ejemplares que Erasmus guardaba en su biblioteca, aquella habitación protegida por un sistema de alarma. Ella no era una experta en tasaciones,

pero solamente lo que había visto debía de ascender a varios cientos de miles de euros. En ese punto no pudo evitar una sonrisa irónica.

—Vamos, profesor. Piense en lo que podría obtener por nuestra parte del manuscrito de Gonzalo, incluso estando incompleto. Considere este asunto como una inversión.

Erasmus asintió.

—También podría ser que Maestre se huelga que he dado con algo realmente valioso. En ese caso tal vez se haya decidido a recabar la ayuda de un experto, alguien capaz de catalogar y tasar ese tipo de material. Si el resto de la crónica de Gonzalo estaba en esa caja y Maestre conoce su valor, podemos despedirnos. Me echará a la calle a patadas.

—Bueno, siempre puede proponerle un trato.

—¿Cómo?

—Me refiero a sumar fuerzas. Si él tiene el resto del legajo, podemos plantearle reanudar la búsqueda en equipo.

Erasmus no respondió, pero su mueca de disgusto resultó elocuente. La idea de proponerle semejante colaboración a Maestre le resultaba tan repugnante como un acto sexual contra natura.

—Me tranquiliza el poco tiempo transcurrido. Y el carácter de Maestre también puede jugar a nuestro favor. Su tacañería es legendaria. —¿Por qué sonreía Pilar?—. Para él, pagarle a un experto sería como dejarse arrancar una muela. Además, existe una tercera posibilidad. Puede que el resto del manuscrito no esté en esa caja. En tal caso...

—En tal caso —lo interrumpió la muchacha— deberíamos tratar al menos de averiguar el origen de esos documentos, de dónde salieron, quién se hizo con ellos para revenderlos y dónde puede hallarse el resto.

—Exactamente —dijo Erasmus—. ¿Sigues conmigo, Pilar?

La muchacha suspiró.

—Qué remedio. Pero va siendo hora de que me marche a casa. Llámeme cuando se le ocurra algo. Y ni se le pase por la cabeza que voy a hacerme pasar por una turista extranjera. Soy demasiado alta para disfrazarme de japonesa.

«Maldita sea, pensó Erasmus, aquella muchacha debía de tener por fuerza poderes telepáticos».

* * *

La jornada del domingo transcurrió para Erasmus con una lentitud exasperante. Pensando que así el tiempo transcurriría más deprisa, empezó un nuevo artículo para *Hibris*, la revista de bibliofilia en la que colaboraba. En los últimos números había

empezado a publicar lo que amenazaba con convertirse en una sección fija. La titulaba *Gollerías para bibliófilos*, y en ella trataba asuntos ligeros bajo el prisma del humor. Tenía pensado escribir unas páginas sobre los castigos divinos en la literatura de cordel, un asunto que admitía parangón con los ejemplos más macabros del cine *gore* contemporáneo, pero fue incapaz de redactar una sola línea. Hoy su mente no estaba para frivolidades, ni siquiera para frivolidades macabras en su vertiente bibliófila. Como si de un proyector de cine se tratase, su imaginación reproducía una y otra vez los episodios que habían leído en la crónica de Gonzalo (ese legajo incompleto que ahora había reanudado su sueño de siglos en el interior de su caja fuerte). Veía al joven aprendiz de librero deambulando por las calles del Madrid de los Austrias, un laberinto erizado de mendigos, de pícaros, de hidalgos venidos a menos y de soldados de fortuna; lo veía ocupado en reponer volúmenes en los estantes de la librería, mientras su amo Robles atendía a los caballeros y les glosaba las virtudes de *La hermosura de Angélica* o de *El viaje entretenido*, que eran las últimas novedades recibidas en su tienda. Vio a Cervantes refugiado en el minúsculo despacho de su casa-túnel de Valladolid, esforzándose por imaginar nuevas aventuras para don Quijote y para Sancho mientras los gritos de las mujeres de su familia lo asediaban de día y de noche. Vio a Gonzalo y a Cervantes juntos por las calles de Valladolid en un desesperanzado ir y venir a las dependencias del Consejo Real, donde un funcionario indolente se resistía a despachar la licencia de impresión. Incluso oyó sus voces mientras conversaban: joven una de ellas, y con un leve dejo andaluz; profunda y fatigada, la otra. Todos esos rostros y voces comenzaron a girar en la mente de Erasmo en un vertiginoso remolino, hasta que el bibliófilo comprendió que cualquier intento de emprender la redacción de un artículo, por frívolo y ligero que este fuera, naufragaría de forma irremediable. Se trasladó entonces a la cocina con la intención de prepararse algo para almorzar, pero ni siquiera el acto mecánico de calentar uno de los guisos que su asistenta le preparaba para los fines de semana parecía hoy al alcance de sus facultades mentales. Era como si los botones del microondas se hubieran vuelto de repente tan complejos como los controles de una central nuclear, por lo que su intento de poner en la mesa un plato de lentejas estofadas arrojó como resultado un engrudo casi negro que despedía un inequívoco olor a chamusquina. Al final se conformó con una tortilla francesa que le salió informe y demasiado cuajada, aunque comestible, acompañada de dos lonchas de jamón york. Luego se tomó un yogur natural edulcorado con sacarina, pues el médico le había recomendado que vigilara el consumo de azúcar y que hiciera algo de ejercicio, consejos que solo obedecía en lo tocante a la dieta, y no siempre. Sobre la mesa de la cocina descansaba todavía el cenicero que Pilar había utilizado durante el día y medio que había permanecido en su casa. «*Aquí fumaba Erasmo, aunque ha prometido no volver a hacerlo*» seguía proclamando el objeto, que hoy se le figuraba

incongruente y hasta un punto absurdo. Pero su visión bastó para que se abandonara a un arrebatado de desconsuelo tan intenso como aquellos que siguieron a la muerte de Almudena. Aunque hoy no era a su difunta esposa a quien extrañaba. Recordó entonces que había prometido llamar a Pilar tan pronto como tuviera un plan. ¿Lo tenía? Erasmo se dijo que, una vez descartado el robo (no acababa de verse irrumpiendo pistola en mano en la librería de Maestre con una careta de Mickey Mouse), solamente había una cosa que pudieran hacer.

—¿Pilar? —dijo con el auricular del teléfono en la mano—. ¿Puedes reunirte mañana por la mañana conmigo?... ¿Clase?... Bah, seguro que esos mastuerzos pueden prescindir un día de ti. Llama a primera hora al instituto y di que te ha dado un cólico miserere... ¿De acuerdo entonces?... No, en mi casa no. Aquí ya no podemos hacer nada. Directamente en la librería de Maestre, en la calle Mayor, junto a la Puerta del Sol. ¿La conoces?... Sí, eso es. Curiosamente se halla muy cerca de donde estuvo la librería de Francisco de Robles... Sí, ya lo sabías, claro... Lo que espero es que la coincidencia resulte premonitoria. Entonces, ¿a las diez te va bien?... De acuerdo, nos vemos allí entonces. ¿Tienes coche, verdad?... Estupendo, tráelo por si acaso. Hasta mañana.

Erasmo colgó el teléfono. La voz de la muchacha oída a través del auricular había acrecentado su soledad hasta un extremo casi insoportable, y la perspectiva de quedarse toda la tarde a solas en su piso (que hoy se le antojaba enorme, desolado y más silencioso que nunca) se le figuró aterradora. Recordó entonces que en la filmoteca daban un ciclo de Frank Capra. Había visto esas películas tantas veces que sabía sus diálogos casi de memoria, pero pensó que no le vendría mal darse una vuelta y tratar de levantar el ánimo. Por un momento consideró la posibilidad de tomar el teléfono de nuevo y volver a llamar a Pilar para pedirle que le acompañara, pero enseguida comprendió que su invitación iba a sonar ridícula, de modo que tomó su chaqueta y salió de casa en busca de otros rostros humanos, aunque fueran los de unos actores muertos proyectados sobre una pantalla de cine.

* * *

A las diez en punto de la mañana del lunes, Erasmo ocupaba el mismo puesto de observación que el viernes anterior, es decir, el gran macetero que soportaba el ficus, a escasos veinte metros de la tienda del librero Juan Maestre. A pesar de lo temprano de la hora, los turistas ya se habían apoderado del centro de Madrid, lo que le había permitido a Erasmo entretener la espera con la contemplación de las generosas porciones de piel que gustaban de exhibir las visitantes foráneas, con alguna que otra aportación autóctona que no desentonaba en absoluto en aquella Babel lingüística y carnal. Las turistas japonesas, sobre todo las más jóvenes, también le resultaban muy

estimulantes, pues, si bien eran mucho menos proclives a mostrarse con la generosidad de las occidentales, poseían una misteriosa sensualidad que compensaba de sobra su recato. Una vez más, Erasmo se maravilló de que el mundo albergara tal abundancia de criaturas deseables, hasta el extremo de que parecía posible estirar la mano y cogerlas conforme desfilaban ante él, igual que uno haría ante un árbol cargado de fruta madura. Acá un ombligo, allá un vertiginoso escote, por barlovento unos pantaloncitos tan escuetos que ni tan siquiera dejaban a la imaginación el color del tanga de su propietaria. ¿Qué sabría el bueno de san Antonio de tentaciones? Por suerte, tampoco ese día permitió Erasmo que sus fantasías le hicieran rebasar el límite de lo socialmente aceptable. El que un jubilado permaneciera parado en medio de la calle mirando a las turistas podía considerarse una actividad normal, no muy distinta de observar a un grupo de operarios excavando una zanja. De hecho, a Erasmo no le importaba ejercer un poco de viejo verde, un estereotipo que incluso gozaba de cierto prestigio literario. Pero convertirse en un viejo chiflado era harina de otro costal. Además, deseaba cuidar las formas y hasta había prescindido de las camisas tropicales para decantarse por un sobrio traje de entretiempo. Por la velocidad con que la mañana se calentaba en aquel cocedero que era el centro de Madrid, Erasmo se temía que dentro de poco la chaqueta y la corbata empezarían a pasarle una húmeda y sofocante factura. Pero estaba allí para hablar de negocios con Maestre, lo que habría vuelto inadecuados esos papagayos y palmeras con los que le complacía saludar el solsticio de verano, ya muy próximo, a juzgar por la marea de carne femenina al descubierto que seguía tentándolo mientras aguardaba. Y hablando de criaturas deseables, eran las diez y diez pasadas y Pilar Esparza seguía sin hacer acto de presencia. En momentos como ese, Erasmo casi se arrepentía de cierta promesa hecha varios años atrás con respecto a los teléfonos móviles. Tanto le indignaba que los móviles de sus alumnos lo interrumpieran con sus irritantes musiquillas que un día proclamó, entre el regocijo general, que antes lo verían paseando por la Gran Vía vestido de lagarterana que usando uno de esos aparatejos. Sin embargo, en momentos como aquel reconocía que el diminuto y maligno ingenio no carecía completamente de utilidad. ¿Qué podía estar demorando a Pilar? Y justo entonces vio aparecer a la muchacha por la esquina de la calle Esparteros, algo sofocada y con cara de pocos amigos, pero tan radiante como era habitual en ella, o si cabe un poco más, al quedar realzada su belleza bajo la claridad de la mañana.

—¿Usted sabe lo que es encontrar aparcamiento en el centro de Madrid? —dijo ella sin acordarse de saludar. Y cuando Erasmo estaba a punto de reconocer su ignorancia sobre el particular, la muchacha prosiguió en tono quejumbroso—: He tenido que dejar el coche en un parking. La ruina. Supongo que iremos a medias en la cuenta de gastos, ¿verdad?

Por extraño que parezca, a Erasmo le complació la pregunta de la muchacha, pues

siempre había detestado el despilfarro y catalogaba el ahorro y la buena administración entre las principales virtudes del ser humano, máxime en el caso de las mujeres, esos seres manirroto por naturaleza. Por otro lado, ¿cómo iba a saber él cuánto costaban los aparcamientos en la capital si no tenía coche? De hecho, ni siquiera sabía conducir, actividad que le provocaba un pánico casi irracional. En vida de Almudena, era ella quien se encargaba de hacer de chófer cuando salían de viaje (por Madrid siempre usaban el taxi o el transporte público). Tras la muerte de su esposa, Erasmo vendió el pequeño Citroën junto con la plaza de aparcamiento, pues ambos se habían vuelto tan inútiles como la ropa femenina que aún llenaba los armarios de su casa. Pero no era ese momento para abandonarse a la nostalgia.

—Buenos días, Pilar. Maestre está en su establecimiento.

Había estado a punto de decir algo parecido a «el pájaro está en el nido», pero se corrigió en el último instante pensando que Pilar no encontraría divertida la broma.

—Muy bien. ¿Entramos ya?

—Mejor entraré yo solo.

—¿Cómo? ¿Entonces para qué me necesitaba usted hoy? Le recuerdo que he tenido que pedir permiso en el instituto.

Erasmo se aclaró la garganta.

—Puede que lo que ocurra ahí dentro no sea agradable.

—No me diga, profesor. Aun así, creo que mi tierno corazón de damisela podrá soportarlo.

El bibliófilo titubeó de nuevo.

—Hablo en serio, Pilar. Las cosas podrían ponerse muy feas. Te necesito en la puerta de la tienda. Si me oyes gritar, pide ayuda o llama a la policía. ¿Lista?

Y Pilar se quedó con la boca abierta mientras lo veía alejarse hacia la puerta de la librería, con su sobrio traje de entretiempo y una cartera de cuero en la mano. Más que un hombre que acudía a enfrentarse a un serio peligro, Erasmo tenía todo el aspecto de un testigo de Jehová en funciones de misionero.

* * *

Lo primero que Erasmo vio al entrar en la librería de Maestre fue al dependiente del viernes pasado. Estaba acodado en el mostrador con un lápiz en la mano, y ante él descansaba un periódico abierto por la página del inevitable sudoku. El bibliófilo juzgó que era una buena señal que el dependiente del sudoku siguiera en la librería. Para empezar, ello le aliviaba un tanto la conciencia. Pero había algo más importante en el hecho de que el jovenzuelo conservara su empleo: si Maestre no lo había despedido tras dejarse timar de aquel modo era porque el asunto no le parecía de gran trascendencia. Y eso solo podía significar que el librero ignoraba el valor de los

documentos que Erasmo le había birlado. De otro modo, aquel muchacho estaría resolviendo su sudoku en el más allá.

—Buenos días —dijo Erasmo optimista y sin traza de acento foráneo.

El dependiente levantó la cabeza y sonrió en gesto de bienvenida, pero la sonrisa se le congeló en los labios al cabo de los tres segundos que tardó en reconocerlo.

—¡Usted! —exclamó el muchacho con el rostro demudado. Y abrió la boca para añadir algo más, pero la ira parecía haberle anudado las cuerdas vocales.

Después de todo, pensó Erasmo, sí que se había vivido aquí un pequeño drama laboral por culpa de su actuación del viernes pasado. Lo lamentaba profundamente, pues no le había deseado mal alguno a aquel joven. Era lo que en términos bélicos se conoce como un «daño colateral». A punto estaba el bibliófilo de dedicarle unas palabras de consuelo y reconciliación cuando en el umbral oscuro de la trastienda se recortó una forma blanca y masiva. Era Maestre con el mismo traje de verano que llevaba el viernes pasado.

—Permíteme, Roberto, yo me encargo —dijo con su voz de barítono, un tanto estridente en los tonos altos.

El muchacho del sudoku tomó su periódico y se retiró a las profundidades de la trastienda, no sin antes dedicarle a Erasmo una mirada humeante de rencor.

Había llegado el momento de la verdad.

—¡Erasmo! ¡Qué grata sorpresa! —dijo Maestre enarbolando una sonrisa en apariencia afable, pero que bien podría ser preludio de un ataque homicida—. ¿A qué debemos el placer de dos visitas tuyas en tan corto espacio de tiempo?

Estaba claro que Maestre no pensaba obviar los hechos del viernes pasado. Erasmo pensó que lo mejor sería abordar el asunto sin más preámbulos.

—Espero que no estés enfadado por lo del otro día. Como te puedes imaginar, fue solamente una broma. Venía a pedirte disculpas. Y si es necesario, a interceder por tu dependiente. El chico hizo lo que pudo. ¿Estás al tanto, verdad?

El entrecejo del librero se frunció durante un instante, pero su gesto de enojo fue tan fugaz que Erasmo pensó que podría haberlo imaginado.

—Sí. Ja, ja, ja. Ya me contó Roberto. «¿Tienei librou de Ernest Hemingway soubre San Fermín?». Me partí de risa cuando Roberto me contó tu numerito del turista despistado. Te estás superando, Erasmo.

Bien, bien. En apariencia las cosas se estaban desarrollando mucho mejor de lo que el bibliófilo se hubiera atrevido a esperar.

—¿Entonces, no estás molesto? —preguntó con cautela, tratando de sondear posibles minas en el terreno.

—¡No, coño! ¡Qué va! Es una anécdota de lo más graciosa. Mi mujer y yo nos hemos estado riendo todo el fin de semana a tu costa. Menudo cabronazo estás hecho.

Erasmo dio un respingo. Que él recordara, Maestre jamás se había tomado

semejantes confianzas con él. Al margen de sus forcejeos sobre el precio de este o aquel ejemplar, el trato que ambos habían mantenido siempre había sido correcto, el habitual entre un comerciante y un cliente de confianza. Aquellas libertades que el librero se estaba tomando le daban mala espina, pues podían ocultar un cambio drástico en la actitud de Maestre hacia su persona. Pero de momento mejor sería pasarlo por alto.

—¿Y tu dependiente... ejem... Roberto? Espero que la sangre no haya llegado al río.

Erasmus observó que Maestre apretaba los labios, y esta vez no había lugar a error. Pero el librero recompuso su sonrisa en menos de un segundo.

—No, hombre, qué va. Solo le he dicho que ponga un poco más de cuidado y que procure aprender la lección. En cierto modo tu jugarreta me ha resultado muy útil. Así el muchacho adquirirá experiencia y en el futuro resultará mucho más difícil timarlo. Si casi me has hecho un favor.

Erasmus empezaba a comprender que las cosas no podían ser tan fáciles. Allí había gato encerrado. Había llegado el momento de sacar la artillería.

—Además, si has empleado a ese joven tan novato es porque aquí no tienes nada de auténtico valor, ¿verdad?

El bibliófilo sostuvo a duras penas la mirada de Maestre, tan afilada como un bisturí, lo que convertía su sonrisa en una especie de mueca sardónica.

—Tú sabes que no, Erasmus. Restos de ediciones para curiosos y quincalla para turistas. Con alguna cosilla algo más vistosa para dar empaque. Como esa primera edición del *Viaje a la Alcarria* que tan generosamente tasaste en 17 euros.

Vaya, se le había olvidado ese detalle. Sin embargo, tampoco el librero parecía enfadado por esa rebaja unilateral de casi 900 euros que Erasmus le había aplicado al ejemplar de Cela, tal vez uno de los más valiosos de los expuestos a la vista de los clientes.

—¿Y qué tal esos papelotes que te llevaste? ¿Siglo XVII, verdad? ¿Algo interesante?

Erasmus tragó saliva. Al parecer, Maestre les había dedicado a los documentos de la caja mucha más atención de la que él había pronosticado. Aquello no era nada bueno para sus intereses. Y había algo más, un detalle que Erasmus no lograba captar del todo, pero que aun así acababa de encender una destellante luz de alarma dentro de su cabeza. Sin embargo, las cartas estaban sobre la mesa y no podía abandonar la partida a media mano.

—No. Nada de interés —dijo el bibliófilo con gesto de hastío—. Un puro aburrimiento. Escrituras, testamentos y documentos por el estilo. Idénticos a los que se pudren en cualquier archivo histórico de provincias. No les habrías encontrado ninguna salida en la tienda, créeme.

Los ojos del librero se convirtieron en dos rendijas desde las que observó a Erasmo fijamente.

—Ya veo —dijo por fin Maestre—. Papeles sin valor. Y sin embargo, TÚ pagaste doscientos euros por ellos.

La voz de Maestre se había crispado en aquel «tú», y ahora el librero apenas parecía capaz de mantener la compostura. Erasmo se preparó para lo peor, para batirse en retirada si era necesario.

—Ya te he dicho que era solo una broma, Juan. Por eso quería evitar a toda costa que te sintieras estafado. Me llevé un legajo cualquiera y te pagué por él mucho más de lo que habrías obtenido con cualquier otro comprador, suponiendo que lo hubieras encontrado, que lo dudo. Además, he traído los documentos por si te cabía alguna duda. Las cosas claras. Míralos tú mismo.

Erasmo abrió su carpeta y extrajo de ella unas cincuenta o sesenta hojas cubiertas de escritura. Se trataba, naturalmente, de la parte del legajo que no correspondía a la crónica de Gonzalo, pues esta permanecía a buen recaudo en su caja fuerte. El librero ni siquiera se molestó en mirarlos. Seguía con la vista clavada en Erasmo. De algún punto impreciso de su calva brotaba un diminuto reguero de sudor que iba a morir en su papada. «En la segunda papada», pensó Erasmo, que siempre había apreciado el valor de los detalles. La temperatura dentro de la oscura tienda era fresca. Aquel sudor delataba la tensión interior que experimentaba el librero. Erasmo se consideró afortunado por haber sido capaz de controlar su transpiración. Incluso veía aquello como una pequeña ventaja.

—De acuerdo —dijo Maestre—. Pongamos que he hecho un gran negocio. ¿Puedo saber ahora el motivo de tu visita?

—Quiero comprar el resto de la caja —dijo Erasmo.

¿Había sonado su voz demasiado ávida?

El librero se frotó la barbilla.

—¿Y puedo saber para qué quieres esos papeles? Que yo sepa, nunca te ha interesado ese tipo de material.

—Son para hacer un regalo —dijo Erasmo notando que su seguridad aumentaba. Ahora solo quedaba recitar la historia que traía preparada—. Verás, se me ocurrió cuando compré estos documentos el viernes pasado. Al verlos encima de mi mesa me pregunté «¿y qué hago yo con esto?». Y entonces me acordé de una antigua alumna mía. Pilar. Una joven muy atractiva y con mucho talento. He sabido que la pobre anda algo abatida últimamente. Ha tenido que abandonar sus investigaciones. El caso es que Pilar es una paleógrafa muy competente. En su momento publicó cosas muy interesantes sobre los escribanos en el Siglo de Oro. A mí el tema me parece de lo más árido. Pero ya sabes. En esto de la Filología hay gente para todo. El caso es que al ver ese legajo inservible sobre mi mesa me dije que aquello seguro que le

interesaría a Pilar. Pensé que esos documentos incluso podrían volver a despertarle el gusanillo de la investigación. Vamos, que serían un estupendo regalo para ella. Y ya puestos a redondear el regalo, ¿por qué no llevarle el resto de la caja? Es más, incluso se me ha ocurrido que puedas tener otros. O por lo menos que sepas de dónde han salido y me puedas proporcionar algún contacto. —En este punto Erasmo ensayó una sonrisa pícaro y acercó su cara a la de Maestre en gesto de confianza—. Que quede entre nosotros, pero estoy muy encariñado con esa chica.

Y completó su interpretación con un guiño cómplice de su ojo derecho.

¿Se lo habría tragado Maestre?

De momento el librero le mostraba los dientes en una sonrisa que a Erasmo le pareció bastante sincera, mucho más que las que le había visto desde el comienzo de su conversación.

—¡Qué cabronazo eres!

Este segundo «cabronazo» en una misma conversación le gustó a Erasmo aún menos que el primero, pero no le quedaba más remedio que encajarlo.

—Tendrías que ver a la chica, Juan. Un auténtico bombón. Bueno, ¿qué me dices?

El pequeño cauce de sudor del rostro de Maestre se había detenido. El lenguaje corporal del librero indicaba que ahora se encontraba a sus anchas. Por primera vez, Erasmo tuvo la sensación de que su torpe plan podía salir bien.

—Sobre el origen de esos papelajos no puedo decirte nada —replicó Maestre—. El jueves a última hora apareció por aquí un traperero que los traía en una carretilla. Se los compré por pura caridad.

—¿Y no lo habías visto nunca?

—No, que yo recuerde. Esos granujas son todos iguales. Tan pronto como se enteran de que algún viejo ha estirado la pata, acuden a ver si pueden hacerse con alguna ganga. Huelen la carroña a kilómetros de distancia, igual que los buitres.

Erasmo asintió. Lo que Maestre acababa de decir era completamente cierto. Pero había obviado el detalle de que cualquier librero de viejo, incluido él mismo, actuaría exactamente del mismo modo. El bibliófilo incluso tenía constancia de que los profesionales del ramo manejaban un archivo de ancianos que poseían bibliotecas interesantes, y que cada día repasaban las esquelas de los periódicos con la esperanza de dar con un nombre conocido. El secreto consistía en llegar el primero y hacer una oferta, antes incluso de que los desconsolados herederos se plantearan qué hacer con los libros viejos del abuelo. Incluso se había dado el caso de que algún librero se presentara en casa del finado antes que los de las pompas fúnebres. Y en eso todos los libreros actuaban de forma idéntica a esos traperos que Maestre acababa de tildar de aves carroñeras, incluso los más encopetados, esos que imprimían lujosamente sus catálogos y los enviaban a los bibliófilos más pudientes en sobres de papel de hilo. Pero no era el momento de hacer reproches morales, y eso por no mencionar que el

propio Erasmo había ejercido también de buitre, aunque solo en un par ocasiones y únicamente por la pura diversión de la caza.

—Entonces no tienes ni idea de quién podía ser el trapero en cuestión.

Maestre negó con la cabeza.

—Era un tipo pequeñajo y agitanado que olía a demonios. En fin, ya te digo, igual que todos. De vez en cuando se descuelga alguno de ellos por aquí. Casi siempre los echo a la calle, pero ese día me había levantado con la vena altruista. El caso es que dejé la caja ahí donde tú la encontraste y me olvidé de ella.

—Ya —dijo Erasmo algo desalentado—. En fin, por lo menos nos queda la caja. Porque la tienes, ¿verdad? Bien, ¿cuánto me pides por ella? Y pórtate bien, hombre, que es por una buena causa. ¿No querrás privar a un pobre viudo de la posibilidad de echar un polvo?

Había llegado el momento de la verdad.

Erasmo contempló a Maestre mientras este meditaba un precio. Parecía haberse tragado la historia sin problemas y su rostro desprendía una serena placidez, como siempre que se hallaba en mitad de alguna operación. Por si acaso se subía a la parra, Erasmo había traído la billetera bien provista, aunque estaba casi seguro de que, tras apelar a la solidaridad entre varones, el librero se iba a mostrar razonable. Finalmente abrió la boca y dijo una cantidad:

—Cinco mil euros, por ser tú.

Los hechos siguientes ocurrieron sin el concurso de la voluntad de Erasmo. Al menos, luego él los recordaría de un modo indirecto, como si en lugar de participar en ellos, los hubiera presenciado en calidad de mero testigo, o tal vez en una pesadilla. La cuestión es que aquel autómatas, que era Erasmo y al mismo tiempo no lo era, introdujo de nuevo la mano en su cartera y extrajo de ella un talonario de cheques, y luego procedió a extender uno de ellos por la cantidad que el librero había mencionado. Y lo hizo sin rechistar, sin pronunciar una sola palabra, en completo silencio. Era como si por un momento hubiese quedado desconectado del mundo exterior, pues lo único que oía eran las últimas palabras pronunciadas por Maestre. Cinco mil euros, cinco mil euros. La cifra resonaba dentro de su cabeza anulando por completo su capacidad de reacción, incluso su capacidad para percibir la realidad de un modo objetivo. Por eso, cuando empezó a volver en sí, lo que tenía que ocurrir había alcanzado su funesto e inexorable final. El librero Maestre tenía entre las manos el cheque y lo contemplaba con expresión de gozosa incredulidad, y él sostenía el bolígrafo con el que acababa de firmar el cheque. Era un simple bic de plástico, pero pesaba en su mano como un cuchillo con el que acabara de asestarle una puñalada mortal a su cuenta corriente.

—Vaya, vaya, Erasmo —decía Maestre estudiando el rectángulo de papel por el anverso y por el dorso, como si no terminara de creerse que de verdad lo tuviera en

las manos—. Debes de tener muchas ganas de impresionar a esa jovencita. Es la primera vez que me compras algo sin regatear hasta la desesperación. Te deseo que te la llesves a la cama esta misma noche. Y espero que el polvo merezca la pena. ¡Roberto, trae la caja!

Como si hubiera estado esperando la llamada de su jefe, el dependiente del sudoku no tardó ni dos segundos en emerger de la trastienda cargando la caja de cartón. ¿Cuándo fue la última vez que le había pagado a Maestre una cantidad semejante? Erasmo creyó recordar que había sido un par de años antes, cuando adquirió su ejemplar de las *Questiones super quartum librum sententiarum*, de Juan de Celaya (Valencia, 1528). Aunque había una diferencia enorme entre una adquisición y la otra. En aquella ocasión, a cambio de su dinero había obtenido un precioso ejemplar en excelente estado de conservación (ah, ese espléndido colofón en forma de cáliz). Lo que hoy se llevaba, en cambio, era una caja de cartón que antes había servido para transportar botellas de lejía, y que ahora servía de ataúd a unos cuantos legajos apolillados que ni siquiera le aprovecharían a un mendigo para limpiarse el trasero. Salvo que entre esos legajos estuviera la continuación de la crónica de Gonzalo, cosa que Erasmo empezaba a tener serios motivos para dudar.

Poco después, el bibliófilo trastabillaba por la calle Mayor, apenas capaz de transportar la gran caja repleta de papeles.

—¡Vaya, profesor, mi enhorabuena! —le dijo Pilar saliendo de su escondite detrás del ficus—. No las tenía yo todas conmigo. ¿Quiere que le ayude?

—Sí, por favor —respondió el bibliófilo notando los brazos entumecidos y un alarmante pinchazo en la zona lumbar—. O mejor trae el coche. Yo pago el aparcamiento, no te preocupes. Total, qué importa ya.

A unos veinte metros de distancia, el librero Maestre los observaba a través del escaparate de su tienda mientras se abanicaba con el cheque que acababa de obtener de Erasmo. Su rostro mofletudo reflejaba una intensa suspicacia. Al cabo de unos instantes, cuando los vio perderse a ambos entre la marea de viandantes, sacó un teléfono móvil de su bolsillo y eligió uno de los números que tenía almacenados en la memoria.

—¿Genaro? Sí, pásate por mi oficina ahora mismo. Tengo un encargo para ti.

* * *

—¡Idiota, idiota y mil veces idiota!

Se encontraban de nuevo en la biblioteca de Erasmo, sobre cuyo suelo yacía ahora desparramado el contenido de la caja. Al hacer un somero repaso de los documentos, habían encontrado escrituras de compraventa, contratos, testamentos, censos, cartas de poder y procuración, incluso algo de correspondencia personal, pero

ni una sola hoja que añadirle a la crónica de Gonzalo. Erasmo se encontraba al borde del llanto.

—¿Pero cómo he podido ser tan idiota?

—Vamos, profesor, no se lo tome así —lo consolaba Pilar—. Usted no podía saber que el manuscrito de Gonzalo no estaba aquí. Pero era una baza que había que jugar. Lo que no entiendo es cómo ha sido capaz de obtener todo esto del librero con tanta facilidad.

—Seguramente los cinco mil del ala que me sacó ese ladrón habrán ayudado —gimoteó Erasmo, aunque se abstuvo de repetirle a Pilar la historia que le había contado a Maestre, la de la antigua alumna a la que pretendía ablandar con intenciones no del todo rectas. No quería que la muchacha pensara que había algo de verdad detrás de aquel cuento. De hecho, prefería no ahondar demasiado en la naturaleza de sus sentimientos hacia Pilar, pues tal vez descubriera que el cuento no lo era tanto.

—¿Entonces, profesor, está usted seguro de que ese librero no sospecha nada?

Erasmo suspiró.

—En realidad, Pilar, me temo que ahora estoy seguro de lo contrario.

—No comprendo.

Erasmo dejó caer el papel que tenía en la mano y se recostó sobre su butaca.

—En cierto momento de mi conversación con Maestre intuí que algo iba mal. De pronto tuve la certeza de que había dejado algún cabo suelto. Pero no comprendí de qué se trataba hasta que ya era demasiado tarde. De haber andado un poco más listo me habría podido ahorrar todo ese paripé con el librero. Por no mencionar los cinco mil euros...

Erasmo calló y comenzó a mesarse el cabello con ambas manos. Pilar decidió no interrumpir su ritual, sino dejar que se tomara su tiempo. Mientras el bibliófilo se decidía a seguir, la muchacha tomó un ejemplar de las estanterías y comenzó a hojearlo. Se trataba de unas *Horae* impresas sobre vitela en latín y en francés, que Pilar, a simple vista, dató en torno al año 1500. Las páginas que había abierto estaban bellamente ilustradas con grabados en madera. Abajo, a la izquierda, un hombre leía rodeado de un auténtico laberinto de libros. La imagen desprendía un intenso aire de soledad, y Pilar no pudo evitar que el hombre del libro le recordara al que en aquellos momentos se lamentaba a su espalda.

—Ten cuidado con ese ejemplar, por favor. Es muy delicado y valioso. —Al parecer, el hecho de ver su precioso libro profanado por manos ajenas había hecho reaccionar a Erasmo—. Ven, siéntate y déjame que te cuente. La evidencia me la brindó el propio Maestre. Verás, el viernes por la mañana, antes de localizar el manuscrito de Gonzalo, yo llevaba un rato curioseando por la tienda. El caso es que manipulé ligeramente el precio de un ejemplar interesante. Nada muy especial ni muy

caro, no te creas. Se trataba únicamente de un juego. —¿Eran imaginaciones de Pilar o Erasmo se había puesto colorado?—. La cuestión es que al dar con nuestro manuscrito, el libro de marras se me olvidó por completo y allí se quedó. Al volver a la tienda, Maestre lo vio y comprendió mi jugarreta.

—Lo siento, profesor, no le sigo del todo.

—Sí, es de cajón. Maestre vio el libro con el precio manipulado y se dio cuenta de que había encontrado algo mucho más valioso, algo que me había hecho, no solo desviarme de mi primer objetivo, sino olvidarme por completo de él. Entonces fue cuando tuvo que darse cuenta de que algunos de los papeles de la caja eran mucho más importantes de lo que él había imaginado. Y al entregarle el cheque sin tratar de regatear un solo céntimo, no hice más que confirmárselo. He actuado como un novato, como un auténtico idiota. Idiota y mil veces idiota...

Erasmo se llevó las manos a la cabeza y se dispuso a reanudar su cantinela, pero Pilar no estaba dispuesta a permitirselo.

—¿Piensa entonces que Maestre ha hecho examinar el contenido de la caja por un experto?

—Ahora no me cabe la menor duda —repuso Erasmo con los puños apretados—. Cuando accedí a vendérmela, ya sabía que lo que me estaba llevando era un montón de mierda. Y discúlpame por el lenguaje.

Con un gesto, Pilar le indicó que podía desahogarse a placer.

—Pero eso significa que cualquier cosa de valor que hubiera dentro estará ahora en su poder. ¡Puede que se haya hecho con la continuación de la crónica de Gonzalo!

Erasmo se encogió de hombros.

—No, no lo creo. En ese caso nuestro encuentro habría tenido un cariz muy distinto. Me habría amenazado, tal vez incluso con denunciarme a la policía. Es más, si Maestre hubiera tenido el menor atisbo del valor de lo que me llevé, no creo que hubiera esperado a que yo apareciera por su tienda. Lo más probable es que él mismo hubiera venido a buscarme. No, Pilar. Estoy seguro de que sigue a dos velas. Él sospechaba que me llevé algo valioso, y ahora, gracias a mi estupidez, tiene la constancia de que así fue. Pero desconoce la auténtica naturaleza del documento. Y por supuesto su enorme valor. Aunque me imagino que le he dado motivos de sobra para actuar.

Pilar se envaró.

—¿Me está diciendo que podríamos estar en peligro?

Erasmo agitó las manos.

—¡No, no te asustes! Maestre es un hombre de negocios. Poco escrupuloso a veces, es cierto. Pero en absoluto nos las vemos con un gánster. Vamos, que no creo que mañana me despierte junto a la cabeza cortada de mi caballo, suponiendo que tuviera caballo.

Pilar pareció algo aliviada, aunque no se rio con la broma cinéfila de Erasmo.

—Bien —dijo la muchacha—, de todos modos parece que estamos en un callejón sin salida. Seguimos sin la continuación del manuscrito y no se me ocurre qué podemos hacer. En estas circunstancias, no creo que mi presencia le resulte muy útil, por lo que lo mejor será que me marche a mi casa y me ponga al día con mis clases. Muchas gracias por todo, profesor. Ha sido muy emocionante, de verdad.

La muchacha se puso en pie, lo que provocó que Erasmo casi saltara de su asiento para detenerla.

—¡Espera! ¡No te vayas!

—¿Sí, profesor?

Ella lo miró con curiosidad. Al pedirle que no se fuera, Pilar había creído detectar en la voz de Erasmo un temblor de pánico, o tal vez de súplica.

—Algo sí que tenemos. Y si me echas una mano creo que sabré por dónde podemos tirar de la madeja.

—¿A qué se refiere?

—A todos esos documentos que tan caros me han costado —y señaló las docenas de papeles que en aquellos momentos cubrían su escritorio y buena parte del suelo de su biblioteca—. Creo que pueden sernos útiles después de todo. Vamos a estudiarlos con más detenimiento.

—¿Y de qué servirá eso?

—La mayoría son escrituras públicas y contratos. En ellos figura la fecha y el lugar donde se redactaron. Busquemos coincidencias de lugares. Tal vez eso nos permita acotar una zona de búsqueda.

La muchacha reflexionó durante unos segundos.

—Ya veo adónde quiere ir. Bueno, me parece un movimiento a la desesperada, pero no veo qué otra cosa podemos hacer. Vamos a intentarlo.

Un par de horas después, con apenas una breve pausa que emplearon en devorar unos sándwiches que les preparó Gladys (felizmente de regreso tras el fin de semana), los papeles que antes cubrían el suelo formaban varias pilas ordenadas sobre el escritorio de nogal de Erasmo.

—Bien —concluyó Pilar—. Los documentos fechados cubren un período bastante amplio. Los primeros datan de 1641. Los más recientes son posteriores en casi un siglo. Cien años y al menos quince escribanos distintos. Por cierto, el que firma los más antiguos es un tal Miguel de Córdoba y Saavedra. ¿No le parece eso significativo?

—Podría serlo —dijo Erasmo frotándose la barbilla—. Aunque no te entusiasmes demasiado. Se trata de apellidos bastante comunes y tal vez sea solamente una coincidencia.

Pilar asintió.

—Lo que no entiendo —dijo la muchacha— es cómo pudieron acabar juntos todos estos papeles, y por qué no se conservan en un archivo histórico.

—Es posible que todos estos documentos procedieran de los protocolos de varios escribanos de la misma zona —aventuró Erasmo—, y que conforme estos cesaron en sus funciones, les confiaran sus archivos a un colega de una localidad cercana. Como supongo que sabrás, los escribanos venían a ser como los notarios de ahora, aunque sin oposiciones y con menos ínfulas. Y también mucho más baratos. Solían ponerse en una plaza con una banqueta, una mesita y recado de escribir, para que cada persona les encargara el tipo de documento que necesitaba. Si se trataba de un documento público, su obligación era custodiar la copia. ¿Que por qué no acabaron en un archivo histórico o al menos en una dependencia municipal? Vaya usted a saber. Tal vez estuvieran arrumbados en un desván sin que nadie se acordara de ellos durante siglos ni viera la necesidad de entregarlos a las autoridades. O puede que se llevaran al ayuntamiento correspondiente, pero luego, por culpa de alguna guerra, incendio o demolición, tuvieran que trasladarlos y almacenarlos en otros lugares, donde fueron olvidados para siempre. En general, los documentos están sujetos a tantos avatares como los hombres que los redactan. Guerras, desastres naturales, negligencia... Ya sabes que yo solamente colecciono libros, pero cierto bibliófilo conocido mío, sin ir más lejos, posee un contrato con una firma de un Francisco de Quevedo que muy probablemente sea el escritor. ¡Y se lo compró a un particular en su propio pueblo! ¿No debería haber estado ese documento en un archivo público? Por supuesto, pero así son las cosas.

Pilar había asistido a la perorata de Erasmo con cierta expresión de aburrimiento, pero la costumbre le había impedido interrumpir a su antiguo profesor.

—Una explicación muy exhaustiva —dijo la joven—. Pero en realidad lo que más nos importa son los lugares de origen de los documentos. Veamos. Illescas, Seseña, Valdemoro, Ciempozuelos, Torrejón de Velasco, Esquivias y Azaña, que es la actual Numancia de la Sagra. Todos son lugares cercanos entre sí. Sur de Madrid y norte de la provincia de Toledo. No creo que haya más de treinta kilómetros de distancia entre ninguno de ellos. Y eso parece que apoya su hipótesis de varios archivos de escribanos que paulatinamente confluyeron en un solo lugar. La pregunta del millón es ¿qué lugar es ese? Sigue siendo una zona muy amplia. No podemos recorrernos la comarca de La Sagra de pueblo en pueblo sin más evidencias de dónde puede estar lo que buscamos.

—Sería una empresa hartito quijotesca, en efecto —dijo Erasmo con los ojos entornados—. Pero creo que no va a ser necesario recurrir a ese extremo. Sé de alguien que seguramente podrá ayudarnos. —El bibliófilo consultó su reloj—. Es temprano y los días son largos. ¿Te parece que emprendamos un pequeño viaje?

Minutos después, ambos partían en el utilitario rojo de Pilar, un Opel Corsa cuya

matrícula proclamaba que su vida útil se había prolongado durante más de quince años. De haber sido los protagonistas de una historia policíaca, tal vez alguno de ellos hubiese reparado en el coche oscuro que arrancó tras ellos y empezó a seguirlos a una discreta distancia.

CAPÍTULO VI

Descensus ad infernos

Por internet circula cierta leyenda urbana según la cual el infierno es un lugar real, **P**una gran caverna que se encuentra a quince kilómetros de profundidad bajo la superficie de Siberia. Se cuenta que unos geólogos descolgaron una sonda por un agujero que acababan de taladrar. La sonda estaba equipada con un micrófono, y de ese modo lograron grabar los aullidos y lamentos de los millones y millones de condenados que se cocían allí abajo en su propio jugo. Dicen que algunos de aquellos científicos enloquecieron de terror, y que el resto renegó para siempre del marxismo para abrazar la fe católica. La realidad es que no hace falta marcharse a Siberia para localizar el infierno. Al sureste de la capital de España hay un agujero que tiene también quince kilómetros de longitud, aunque este, a diferencia del siberiano, esté colocado en posición horizontal. El agujero en cuestión atraviesa los términos municipales de Coslada, Rivas y Madrid, a lo largo de la antigua ruta pecuaria conocida como la Cañada Real Galiana, y en los últimos veinte años se ha convertido en el mayor pudridero de las Españas. Por el agujero de la Cañada Real descendían aquella tarde de junio el bibliófilo Erasmo López de Mendoza y su antigua alumna Pilar Esparza, ella al volante del destartado utilitario, él tratando de controlar el violento ataque de pánico que había empezado a sufrir tan pronto como el coche enfiló la Cañada y aparecieron las primeras chabolas.

—Tranquilícese, profesor —dijo la muchacha mientras sorteaba a los otros vehículos y a la exótica fauna humana que deambulaba por la calzada—. Cuando me propuso que viniéramos aquí pensé que sabía qué clase de lugar era este.

Erasmo sacudió la cabeza, demasiado aterrorizado para pronunciar una sola sílaba. Él, que rara vez abandonaba el centro de Madrid, se veía de pronto inmerso en una pesadilla suburbana cuya existencia jamás habría sospechado. Para el bibliófilo, un sitio como aquel era tal vez concebible en los arrabales de Río de Janeiro, Calcuta o Johannesburgo, pero nunca a menos de veinte kilómetros de la Castellana. Por ello no podía dejar de contemplar el alucinante espectáculo que se le ofrecía a través del parabrisas y de las ventanillas. Sentía una mezcla de fascinación y de repugnancia, pero sin duda el sentimiento predominante era el puro y simple terror. Es cierto que él nunca había sido un hombre demasiado aguerrido. Pero ¿quién no se habría sentido aterrado en medio de aquel paisaje apocalíptico?

Surcaban una calle que apenas merecía ese nombre. La calzada estaba sin asfaltar, y cada pocos metros el coche tenía que rodear enormes socavones o rimeros de basura. A ambos lados había una fila interminable de casas bajas construidas a base de materiales de desecho: chapas, plásticos y viejas planchas de madera procedentes

de vertederos o derribos. Jalonando la ruta, vieron infinidad de vehículos que mostraban diferentes grados de deterioro. Muchos eran poco más que viejas carcasas sin neumáticos, con los cristales rotos y las puertas arrancadas. Pero aparcados delante de algunas de las casuchas había también vehículos de lujo: majestuosos Audis y Mercedes, y hasta uno de esos descomunales Hummers que parecen híbridos entre una limusina y un blindado militar. Los habitantes adultos de aquel barrio fantasmal permanecían detenidos ante la puerta de sus viviendas, estáticos como cuadros en un museo etnográfico: ancianos minerales y enlutados sentados en sillas de anea, mujeres de una obesidad neolítica con bebés desnudos prendidos de sus senos, hombres oscuros que lanzaban miradas turbias a través de sus bigotes y sus greñas. En contraste con la inmovilidad de sus mayores, los adolescentes recorrían sin descanso la Cañada en veloces enjambres de motocicletas sin silenciador. Y niños, docenas de niños triscando entre la basura, muchos de ellos semidesnudos, todos contaminados de podredumbre y asco y miseria. Pero lo que a Erasmo le pareció más terrible fue el lento ejército de zombis que vagaba por aquel paraje devastado, los auténticos condenados de aquel infierno.

—¿Son drogadictos? —preguntó Erasmo con un hilo de voz.

Pilar asintió mientras agarraba el volante con ambas manos y procuraba no sucumbir también al miedo. Erasmo se aseguró por décima vez de que las ventanillas estuvieran subidas y los seguros de las puertas bajados. Recordaba una ocasión en que su difunta Almudena lo había llevado a un safari park. Hasta hoy el bibliófilo creía que aquella había sido la experiencia más espantosa de su vida.

—¿Está seguro de que ese hombre, el tal *Pichasanta*, tiene aquí su almacén? —preguntó la muchacha.

—Sí. Cañada Real Galiana, casi llegando al término municipal de Getafe, cerca de la incineradora. Recuerdo perfectamente que me lo explicó con todo detalle la última vez que lo vi. Incluso me invitó a visitarle. Ahora comprendo por qué se reía, el muy cerdo. Tampoco es que yo me esperara un bucólico paraje recorrido por lanudos rebaños. Pero esto... esto...

—El capitalismo en acción, profesor. Cincuenta mil personas viviendo como animales a pocos kilómetros del barrio de Salamanca. A veces conviene sacar la nariz de los libros y mirar el mundo tal y como es.

Erasmo ignoró el comentario de Pilar. Si había algo que le ayudaba a soportar la realidad eran precisamente los libros, sobre todo aquellos que tenían más de cuatrocientos años y las capitulares hechas a mano.

—Me gustaría poder darte alguna indicación más —se lamentó el bibliófilo—, pero me temo que ya te he dicho cuanto sé. Aquí no hay números de calle, y de todos modos *el Pichasanta* no mencionó ningún número.

—A lo mejor deberíamos pararnos y preguntar —propuso Pilar.

En ese momento, el coche que marchaba ante ellos se detuvo, y por su portezuela entreabierta asomó la cabeza de un joven melencólico que vomitó copiosamente sobre la tierra.

—Ni se te ocurra parar aquí —dijo Erasmo presa del pánico—. Y mucho menos abrir la puerta.

Pero Pilar le hizo caso omiso y arrimó el coche a un lateral (no existían aceras), donde un grupo de mujeres la miraron curiosas mientras descendía. Eran gitanas, y Erasmo tuvo que reconocer que un par de las más jóvenes resultaban bastante agraciadas. En torno a las mujeres pululaba un enjambre de criaturas desnudas, lo que tal vez tuviera su utilidad a la hora de ahorrar pañales y detergente. Erasmo observó nervioso cómo la muchacha intercambiaba algunas frases con las gitanas, quienes le respondieron con francas sonrisas y le indicaron una dirección con el brazo extendido. Pilar también sonrió con gratitud antes de despedirse y regresar al coche.

—¿Ve, profesor? No ha sido tan difícil. Son personas muy amables.

—Entonces, ¿lo de Marcial está cerca?

—Aquí mismo, a la vuelta —dijo Pilar.

* * *

Repantigado sobre una vieja tumbona, Marcial Gutiérrez, más conocido como *el Pichasanta*, contemplaba el devenir del tiempo desde la puerta de su almacén de ropa usada, muebles viejos y chatarra en general. Era un hombre barrigudo y renegrido, de edad indefinible bajo las varias capas de mugre que lo cubrían como estratos sedimentarios. Por enésima vez se dijo que debería subirse a la furgoneta y salir a buscarse la vida. Pero la tarde soleada y la suave temperatura lo habían inducido a una especie de letargo pre-estival, un muelle sopor al que había contribuido también la media botella de Soberano que llevaba consumida, traguito a traguito, desde las cuatro de la tarde. No le había llegado noticia de ningún derribo ni liquidación ni subasta. Que él supiera, ningún vejestorio había pasado a mejor vida dejando atrás sus enseres (menos mal que se había abandonado la bárbara costumbre de enterrar a la gente con sus trastos, gracias fueran dadas al dios de los traperos). La tarde de junio se filtraba, apacible y rosada, a través de sus párpados, y *el Pichasanta* decidió que hoy no iba a salir a buscarse la vida. Prefería quedarse adormilado sobre la vieja tumbona bebiendo coñac del gollete y rascándose plácidamente los genitales, y esperar de esa guisa a que la vida viniera a buscarlo a él, como de hecho ocurrió cuando el inesperado runrún de un motor irrumpió en el patio de su almacén y le obligó a abrir los ojos. La Cañada Real cada vez se parecía más al salvaje Oeste, pensó *el Pichasanta* mientras palpaba los cañones de la recortada que escondía bajo la hamaca en previsión de visitas indeseadas. Pero quien se bajó del Corsa que se

había detenido a pocos metros de él no fue ninguno de los quinquis ni camellos ni maleantes en general que infestaban la Cañada, sino una jamelga buenísima metida dentro de unos vaqueros ajustados. *El Pichasanta* pensó que estaba soñando y bendijo las virtudes del coñac Soberano, capaz de provocar la visión de semejantes criaturas en su mente. Entonces observó que por la otra portezuela se bajaba don Erasmo, el profesor aquel a quien le vendía libros viejos de vez en cuando. ¿Qué coño hacía el canijo aquel en su sueño? ¿O es que no era un sueño después de todo?

—Muy buenas, Marcial —venía diciendo Erasmo, mientras procuraba no pisar los incontables detritus que cubrían la tierra del patio, incluyendo montones de excrementos cuyo origen deseó con toda su alma que no fuera el propio trapero—. Hoy soy yo quien te visita. Y no te imaginas lo difícil que ha sido dar contigo.

Con un gruñido, Marcial *el Pichasanta* se incorporó de su tumbona, y a continuación tuvo que hacer grandes esfuerzos para mantenerse en pie. Por fin se dirigió al bibliófilo, aunque a quien miraba era a Pilar. Sus ojos, saltones y abiertos de par en par, examinaron el cuerpo de la muchacha con la eficacia de un escáner clínico.

—¡Hostia, don Erasmo! ¿Pero de dónde me sale usted? ¿Cómo es que le ha dado por venir por estos andurriales?

El bibliófilo miró alrededor, maravillado por el variopinto origen de la basura que cubría el patio (¿era aquello de allá un confesonario?). Atado con una cadena vio a un mastín tan grande como un poni. El animal permanecía tumbado, y su inmovilidad era tan perfecta que bien podría estar cadáver, aunque un segundo vistazo le reveló a Erasmo que su enorme costillar subía y bajaba a intervalos regulares. Al menos ahora sabía que el origen de los excrementos no era humano, como había llegado a temerse.

—De momento no vengo a comprarte libros. Prefiero que sigas usando tu instinto y que me lleves tú a Madrid los ejemplares que te parezcan interesantes. —Entonces se volvió hacia Pilar—. ¿Sabes que Marcial fue quien me proporcionó mi *Quijote* de Ibarra? Por no mencionar un ejemplar de la primera edición de la *Gramática* de la Academia de 1771. Es una mina este hombre.

La muchacha sonrió, aunque el escrutinio al que la estaba sometiendo el trapero era tan minucioso que empezaba a sentirse incómoda, más incluso que cuando se volvía hacia la pizarra y las miradas de varios adolescentes rebosantes de testosterona convergían en su trasero.

—Un placer, señorita —dijo el trapero exhibiendo su diezmada dentadura, cuyas escasas piezas parecían pintadas con una paleta de colores ocres—. Marcial Gutiérrez, a su servicio. Aunque todo el mundo me llama *Pichasanta*. ¿Quiere que le cuente por qué?

Pilar agitó la cabeza. La santidad del pene del trapero podía resultar un asunto fascinante en otras circunstancias, pero ahora prefería que Erasmo hiciera sus

averiguaciones, y luego alejarse de allí a toda prisa. Empezaba a temer que los ojos saltones de *Pichasanta* abandonaran definitivamente sus órbitas y se colaran por su escote sujetos únicamente por dos pedúnculos. Por si acaso, se distanció un par de pasos, lo que le sirvió también para escapar del radio de acción de la halitosis del trapero.

—El caso es que vengo a hacerte una consulta —dijo Erasmo, a quien *Pichasanta* apenas había mirado—. Voy detrás de algo, y he pensado que eres la persona idónea para ponerme sobre la pista. Es un asuntillo sin importancia, no creas. Lo hago por puro deporte. ¿Me estás escuchando, Marcial?

Pichasanta había desplazado ahora su evaluación hacia la zona pélvica de Pilar, donde parecía estar midiendo la anchura de caderas de la muchacha. Mientras tanto, y sin el menor disimulo, había empezado a hurgarse en la bragueta, probablemente para recolocar ese órgano de cuestionable santidad que allí se agitaba. Pilar se preguntó cuánto podría aguantar antes de echar a correr o de profanar el santo aparato del trapero con una patada. ¿Eran imaginaciones suyas o aquel cerdo estaba recitando por lo bajo aquello de *que yo me la llevé al río creyendo que era mozueta*?

—Soy todo oídos, don Erasmo, usted dirá —dijo por fin el trapero. Y con gran esfuerzo volvió la cabeza hacia el bibliófilo, aunque sin dejar de masajearse la entrepierna.

—Tengo motivos para pensar que alguien ha estado vendiendo documentos viejos. Muy probablemente en la zona sur de Madrid o norte de Toledo. Illescas, Seseña, Valdemoro... Por ahí. No lo sabemos con certeza. Tampoco el origen, aunque podría tratarse de alguna liquidación de enseres tras una defunción. Desde luego, no es un embargo, porque entonces habrían acabado en un archivo público. Algún colega tuyo estuvo revendiéndolos en librerías de viejo el viernes pasado. ¿Tú sabes algo de eso?

Pichasanta alzó la vista hacia las nubes y pareció cavilar. Para alivio de Pilar, el trapero había apartado la mano de su bragueta y se la había llevado al cogote, donde la estaba usando para rascarse, tal vez con la intención de favorecer de ese modo el riego de su cerebro.

—Puede ser que algo haya oído, sí —dijo tras mucho rascarse y murmurar por lo bajo—. Pero es que últimamente voy fatal de memoria. Joder, a ver si va a ser Alzheimer.

Erasmo sabía muy bien la naturaleza de la medicina que necesitaba el trapero. De modo que, tras exhalar un suspiro que le salió del alma, sacó su cartera y extrajo de ella un billete de veinte euros. *Pichasanta* miró el billete azul y se encogió de hombros, sin hacer ademán de tomarlo.

—Con la puta crisis va todo muy jodido, don Erasmo. A ver si se pudiera estirar un poco más. Mire que yo siempre me he portado muy bien con usted.

Para sus adentros, el bibliófilo tuvo que reconocer que lo que acababa de decir el trapero no era del todo falso. Tampoco es que le hubiera regalado nada, pero la pura verdad era que le había proporcionado ejemplares valiosos y bien conservados, y por un precio que venía a ser la mitad o incluso un tercio de lo que le habrían costado en el mercado de bibliofilia. Existía, por tanto, una cierta justicia en su petición, y así se lo repitió Erasmo mentalmente para animarse a guardar el billete de veinte euros y sacar uno de cincuenta, que *Pichasanta* atrapó al vuelo.

—Gracias, don Erasmo. A ver... Sí que me suena que hace unas semanas la diñó una vieja en un poblacho de Toledo, y que la semana pasada sus familiares pusieron un anuncio en algún periódico. Algo decía de libros y documentos antiguos, sí.

—¿En qué pueblo era? —preguntó Erasmo notando que su ansiedad crecía por segundos.

El trapero se encogió de hombros.

—No me acuerdo. Yo no llegué a ver el anuncio. Me pasaron el soplo, pero no me apeteció irme tan lejos por cuatro papeles viejos.

—¿Se acuerda al menos en qué periódico apareció el anuncio? —preguntó Pilar. Y acto seguido se arrepintió de haber terciado en la conversación, pues *Pichasanta* clavó la vista en sus pechos con tal lascivia que por un momento la muchacha deseó volver a estar tan plana como cuando tenía diez años.

—Yo solo leo el *Marca*, señorita.

Erasmo comenzó a impacientarse.

—Ya veo que quieres más dinero.

Pichasanta soltó un bufido.

—Me ofende usted, don Erasmo. Soy un hombre pobre pero de palabra. Si le digo que no me acuerdo del pueblo del vejestorio ese es que no me acuerdo. Lo que sí que puedo hacer es darle las señas del colega que me pasó la información y ustedes ya se apañan con él. Además, me dijo que él sí que tenía intención de ir, porque le pillaba cerca. Y no me extrañaría que si compró papeles o libros hubiera probado a colocarlos en las librerías de la capital. Estoy casi seguro de que *el Almorrana* es el hombre que están buscando.

—¿*El Almorrana*? —preguntó Pilar con gesto de disgusto—. ¡Dios bendito!

—Sí, señorita —repuso el trapero tras soltar una carcajada—. Le dicen así porque una vez...

—¡Es igual, es igual! —lo interrumpió Erasmo—. Dime, Marcial, ¿dónde podemos encontrar a tu amigo?

* * *

Minutos después, Marcial *el Pichasanta* miraba cómo el coche de Erasmo y Pilar

abandonaba el patio de su almacén. La visita le había perturbado hasta el punto de que se estaba planteando buscar ciertas revistas que tenía guardadas y usarlas de inspiración para aliviarse manualmente. Sin embargo, ya se disponía a entrar al almacén cuando el segundo vehículo de la tarde irrumpió en el patio. El mundo parecía haberse confabulado para perturbar su quietud aquella tarde. *Pichasanta* se quedó en suspenso, con la esperanza de que su nueva visita resultara tan estimulante como la que acababa de marcharse, pero quien se bajó del coche no fue ninguna jamelga, sino un tipo de aspecto granujiento al que el trapero conocía demasiado bien.

—Vaya, vaya. Pero si es nada menos que *el Escuchapedos*. A qué debo el honor.

Genaro Ochotorena, más conocido en los ambientes del hampa como *el Escuchapedos*, era el perro guardián del librero Maestre, su chico de los recados cuando el recado era de los de mancharse las manos, y también su matón si la circunstancia así lo precisaba. A *Pichasanta* no le gustaban ni *el Escuchapedos* ni su jefe el librero. Los consideraba individuos sin escrúpulos, y eso que él mismo estaba lejos de ser un dechado de virtudes. Pero siempre que había tenido que trabajar con ellos se había sentido salpicado por la podredumbre que rezumaban aquellos dos individuos. En la Cañada, gente mucho mejor que ellos vivía de vender caballo y de pegar palos en las gasolineras. Esos dos trabajaban más a lo fino, pero en su estilo le parecían mucho peores que el más desalmado de los quinquis del vecindario. Eran gente de la que había que cuidarse. El trapero ignoraba qué podía querer el gordo del librero, pero se maliciaba que algo importante tenía que ser cuando le había mandado de embajador a su perro en persona.

—¿Qué te cuentas, *Pichasanta*? —dijo *Escuchapedos* ofreciéndole un pitillo que él rechazó.

—Me parece que has echado el viaje en balde —dijo el trapero—. Si me hubiera entrado algo que mereciera la pena, ya le habría avisado yo mismo al señor Maestre.

Eso no era exactamente cierto, pues *Pichasanta* solo recurría a Maestre como último recurso. Antes prefería ofrecerle su mercancía a Erasmo y a tres o cuatro bibliófilos y libreros más cuyo trato le resultaba mucho más agradable que el de aquel gordo cabrón. Pero enseguida se dio cuenta de que lo que había traído a *Escuchapedos* hasta su almacén no era ninguna transacción comercial.

—Esos dos que acaban de irse, ¿qué querían?

Pichasanta vaciló. No sentía la menor inclinación a colaborar con aquel individuo, pero tampoco le parecía necesario buscarse problemas por un asunto que no le concernía, fuera este el que fuera. Recordó que su recortada seguía escondida bajo la tumbona, pero lo cierto era que no la había usado jamás, y llegado el momento tenía sus dudas de que fuera capaz de hacerlo. Mucho más pequeña era la automática que *el Escuchapedos* llevaba siempre encima, pero al trapero le constaba

que sabía usarla y que no le temblaba el pulso cuando tenía que hacerlo, como el propio *Pichasanta* había presenciado en un par de ocasiones.

Sin duda lo mejor iba a ser colaborar.

* * *

Una ciudad fantasma en mitad de un desierto. Eso fue lo que Erasmo y Pilar vieron desde el coche mientras avanzaban en dirección sur por la autovía A-4.

—Seseña —anunció Pilar—. O mejor dicho, Seseña Nuevo.

Apenas media hora antes habían abandonado la Cañada Real con visible alivio de Erasmo. Durante unos minutos discutieron la conveniencia de continuar la búsqueda siguiendo las indicaciones de *Pichasanta* o bien dejarlo para el día siguiente. Erasmo opinaba que eran demasiadas emociones para un solo día, pero Pilar le recordó que ella tenía un trabajo de profesora y una conciencia que le impedía seguir pretextando falsas indisposiciones de forma indefinida. Finalmente optaron por aprovechar lo que quedaba de tarde. *Pichasanta* les había revelado que el almacén de su colega *el Almorran* estaba en las afueras de Seseña, y eso se encontraba a un tiro de piedra de Madrid. Su campo de operaciones, por suerte, estaba resultando muy restringido.

—¿Sabe que llegué a plantearme comprarme un piso aquí? —dijo la muchacha.

Erasmo se volvió y la miró como si acabara de escuchar la mayor extravagancia del mundo, hasta el extremo de que ella sintió el impulso de dar explicaciones:

—Bueno, no todos podemos permitirnos vivir frente al Retiro. Las viviendas salían muy bien de precio y yo estaba harta de pagar alquiler. Además, por entonces tenía pareja.

Erasmo prefería no saber nada sobre la vida amorosa de Pilar, pero comprendió que ignorar el comentario de la muchacha habría sido poco considerado por su parte.

—¿Qué pasó?

—Pues que resultó ser un gilipollas —dijo ella para secreto regocijo del bibliófilo—. Cuando le propuse algo más serio echó a correr y creo que aún no se ha parado. De esto hace ya tres años. Pero mejor, la verdad. Habría sido muy triste acabar viviendo con un gilipollas. Y más en ese sitio.

Y señaló hacia las torres de ladrillo y cemento que se erguían más allá de la autovía, tan incongruentes en mitad del secarral como un decorado cinematográfico. Erasmo no estaba muy al tanto de escándalos inmobiliarios. Algo había oído del Residencial Francisco Hernando, de su lago artificial, de sus centros de ocio, sus colegios y de sus hipermercados. La Nueva Jerusalén para los desposeídos de vivienda en propiedad.

—Debería haber intentado traerse aquí a la corte —dijo Erasmo.

—¿Quién?

—*El Pocero*, claro. Debería haberles propuesto a los de la Zarzuela que se mudaran aquí. Y también al de la Moncloa, ya puestos. Al fin y al cabo, todo es cuestión de dinero. *Nihil novum sub sole*, ¿no te parece?

Pilar rio.

—Seguro que entonces no habría naufragado su pelotazo inmobiliario. Ahora casi todos esos pisos son de los bancos. La gente no los quiere ni regalados. En fin. *Sic transit gloria mundi*.

—*Vanitas vanitatum* —sentenció Erasmo—. Y ten cuidado de no saltarte la salida.

* * *

«Era un tipo pequeñajo y agitanado que olía a demonios». Así había descrito Maestre al trapero que le había vendido la caja con los legajos. En aquel momento Erasmo había pensado que podía tratarse de una pista falsa para confundirlo, pero al ver y oler al *Almorrana* no le cupo la menor duda de que se encontraban ante su hombre, y él mismo lo confirmó al responder afirmativamente a las preguntas de Erasmo.

—Sí, fui yo el que le vendió la caja al librero gordo ese de la calle Mayor. Veinte euros *na'* más le pude sacar al muy cabrón. Y eso que los papeles esos eran más viejos que el chocho de mi bisabuela.

Erasmo pensó en los cinco mil doscientos euros que él había pagado por los mismos legajos e hizo votos por la derogación del capitalismo y de la ley de la oferta y la demanda. De todos modos, se felicitó por haber dado con la pista correcta y se volvió hacia Pilar con una sonrisa de triunfo. La muchacha se había apartado varios pasos en un intento de permanecer fuera del alcance de las axilas del *Almorrana*, cuyas glándulas sudoríparas podrían haberse usado como armas de destrucción masiva. No parecía que Pilar estuviera disfrutando demasiado de sus encuentros con el gremio de traperos.

—¿Y tiene usted más cajas? —preguntó Erasmo.

—Ahí dentro tengo otras tres. La única que coloqué fue la que le vendí al librero ese. ¿A *ustés* les interesan?

Erasmo trató de no parecer demasiado ávido cuando respondió que sí, que le gustaría echarles un vistazo a esas cajas. Sabía cómo se las gastaban esos tipos y no quería que un exceso de interés por su parte multiplicara el precio de la mercancía por cuatro o por cinco. «Vengan por aquí», dijo *el Almorrana*. Y los condujo hacia el interior de la nave que usaba como almacén, situada en un pequeño polígono industrial de las afueras de Seseña. En el interior, varias toneladas de trastos y chatarra se apilaban en informes montones, algunos tan altos que casi rascaban la

uralita del techo. Erasmo y Pilar vacilaron al comprender que debían aventurarse entre aquella cordillera de despojos que en cualquier momento podía enterrarlos bajo un alud de trastos inservibles. Pero el trapero demostró ser un *sherpa* experimentado al guiarlos con total seguridad por un estrechísimo sendero que trazaba curvas y revueltas entre los montones. Erasmo pensó que habría sido posible seguirlo incluso en completa oscuridad gracias al rastro oloroso que dejaba.

—Ah, aquí están.

A pesar del aparente caos, dentro de aquella nave debía de existir algún criterio clasificador cuyo secreto tan solo *el Almorrana* conocía. Acababan de llegar a una sección donde los muebles viejos y los electrodomésticos desvencijados cedían el paso al papel y los libros. De haber contado con más tiempo, a Erasmo le habría encantado poder escarbar un poco entre los polvorientos rimeros de libros y revistas. Tenía la seguridad de que, con algo de paciencia, lograría encontrar algo interesante, como le había ocurrido en el pasado en más de una ocasión. Pero hoy tenía un único objetivo, y este podía encontrarse dentro de alguna de las tres cajas que el trapero les señalaba. Eran idénticas a la que habían dejado en su casa. Tenían impreso el logotipo de una marca de lejía y estaban llenas hasta los bordes de viejos legajos. Erasmo tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no empezar a dar saltos, lo que habría incrementado el precio de inmediato.

—Sí, esto podría interesarme —dijo el bibliófilo controlando su voz para que expresara cualquier cosa menos interés—. ¿Cuánto pide para que le quite esos papelotes de en medio?

El Almorrana mordió las puntas de su poblado y negrísimo bigote.

—Quinientos pavos.

—¿Y qué tal cien? Acabas de decirme que le vendiste una caja entera a ese librero de Madrid por veinte euros.

—Sí —respondió *el Almorrana*—. Pero el librero ese no se presentó aquí para buscarla. Y a lo mejor les interesa saber también dónde las compré y a quién, porque allí quedaron muchos papeles más.

Erasmo oyó la risita de Pilar justo a su espalda y comprendió que el trapero acababa de asestarle un golpe letal. Aun así, no pensaba rendirse sin oponer resistencia.

—Vale, por no pasarme la tarde discutiendo. Le doy doscientos.

—Quinientos.

—¿Trescientos?

—Quinientos. Lo toma o lo deja.

El bibliófilo resopló. Se sentía viejo y cansado. Y pensar que alguna vez se tuvo por un hábil y astuto negociante.

—De acuerdo, quinientos. Pero a cambio nos llevas con la gente que te vendió

esto.

El Almorrana asintió. A pesar de haber obtenido el precio que demandaba, parecía muy contrariado.

—¡Me cago en mis muertos *pisaos*! Le tenía que haber *pedío* el doble.

* * *

Siguieron a la destartalada furgoneta del *Almorrana* a lo largo de la carretera que unía Seseña con Esquivias, un viaje de apenas cinco kilómetros entre barbechos lunares, sin un solo árbol en el que fijar la vista. Erasmo consideró una señal de la Fortuna que el origen de los legajos fuese un lugar tan cervantino como Esquivias. Recordaba haber estado allí hacía años visitando la casa-museo de Cervantes, es decir, la de su esposa Catalina, en quien ahora no podía evitar pensar como «la gigante». Recordó que entonces el pueblo adoptivo de Cervantes le había producido una impresión desfavorable. Casas bajas con corralones, fachadas historiadas de grietas de las que la pintura se desprendía como copos de caspa de la cabeza de un mendigo, perros escuálidos deambulando por las calles desiertas y ancianos que parecían atornillados ante la puerta de su casa con los ojos acuosos y fijos en el otro mundo más que en este, y todo ello bajo un sol perpendicular y asesino. Erasmo había sentido una antipatía instintiva hacia aquel poblachón, quizás porque le recordaba demasiado a su propio pueblo, del cual solamente pudo salir pagando el precio de varios años en un seminario. A fuerza de disciplinar la memoria había logrado erradicar el recuerdo de aquella miserable infancia rural. Pero al poner el pie en Esquivias fue como si su carrera, sus brillantes años en la universidad, sus libros, sus artículos, su prestigio académico y todo aquello que le enorgullecía de su vida adulta hubiese sido borrado de un plumazo, y de pronto ahí estaba otra vez ese mocosmo esmirriado y cubierto de chafarrinones, con su babero remendado y su pelo al rape, atormentado día y noche por aquella hambre de posguerra, casi mitológica de puro antigua. En aquella visita Erasmo había odiado aquel pueblo porque se parecía demasiado al suyo, y al visitar la casa de Cervantes comprendió que también él lo odiaba, y que por eso había procurado pasar el mayor tiempo posible alejado allí, incluso a cambio de arrastrarse como un alma en pena por los caminos de Andalucía. «En un lugar de La Mancha», había escrito Cervantes, pero Erasmo estaba seguro de que su verdadera intención había sido escribir «en el puñetero culo del mundo».

Hoy, en cambio, veía al municipio de Esquivias con ojos nuevos, quizás porque representaba la próxima (quién sabe si la última) escala de un viaje que podía desembocar en un futuro de gloria y de fama. Y así se lo dijo a Pilar, mientras esta detenía su coche en la espartana plaza mayor, justo detrás del lugar donde el trapero había parado su furgoneta. La muchacha había buscado con la vista una sombra a

cuyo resguardo aparcar el coche, pero en aquella plaza no las había. Por suerte, eran más de las siete y la tarde declinaba.

—Presiento que vamos a tener suerte —dijo Erasmo—. ¿Y no te parece casi milagroso que hayamos acabado precisamente aquí?

La muchacha asintió. Estaba tan cansada que no lograba sentir otra cosa que abatimiento.

—Tengo que felicitarlo por su instinto, profesor. De momento sus suposiciones han sido acertadas. Una anciana soltera que fallece dejándole a un sobrino su viejo caserón, y este que se apresura a poner en venta todo lo que puede. Ahora solamente falta que demos con el resto de la crónica de Gonzalo, aunque tal vez ya la llevemos con nosotros.

Y señaló hacia los asientos de atrás, donde descansaban las tres cajas de documentos adquiridas en el almacén del *Almorrana*.

—Pero hay que asegurarse —dijo Erasmo—. Llegados a este punto tenemos que procurar hacernos con todo el archivo. Y descuida. A mí no me interesan más papeles que los de nuestro amigo Gonzalo. Llegado el momento pienso donarlo todo al Archivo Histórico Provincial de Toledo.

—¿Quién sabe? A lo mejor bautizan una sala de ese archivo con su nombre —dijo Pilar bajándose del coche y encendiendo un pitillo.

—He llamado a esa gente por el móvil —anunció *el Almorrana*—. Me refiero al sobrino de la difunta y a su mujer. Dicen que nos esperan en la casa. Vengan. Es aquí mismo.

* * *

Por su decrepitud, la casa a la que el trapero los condujo podría haber alojado al mismísimo Cervantes. Estaba deteriorada hasta rozar la ruina, pero la alta fachada con balcones hablaba de un pasado de opulencia. Erasmo deslizó su mano por una de las columnas labradas que formaban las jambas de la puerta y admiró el dintel historiado con relieves vegetales. Sin duda aquella casona había lucido cierto empaque antes de que el tiempo descargara su puño sobre ella. Junto a la puerta los esperaba una pareja de mediana edad. El hombre llevaba un manojó de viejas llaves unidas por una argolla de hierro.

—Una casa muy hermosa —dijo Erasmo a modo de saludo.

—Quia —dijo el hombre, que lucía una gorra verde de la Caja Rural de Toledo—. Esto es una pura ruina. Se cae a cachos. Mi pobre tía no tenía ni un duro para arreglarla.

—Nos han dado una subvención y vamos a hacer una casa rural —explicó la mujer—. Pero antes de que entren los albañiles la queremos vaciar de trastos.

Erasmus jamás había visto una persona tan ancha como aquella mujer. Le recordaba a un mapamundi genovés que colgaba enmarcado en su despacho. «Cuán excesiva es la naturaleza a veces», se dijo. Y luego no pudo evitar imaginarse cómo sería un coito con aquella descomunal hembra. ¿Se sentiría uno engullido por aquel orbe carnoso? Sería interesante preguntárselo al hombre de la gorra verde, pero quizás su curiosidad, aunque puramente antropológica, fuese mal interpretada.

El sobrino de la finada eligió una llave y la introdujo en el ojo de la cerradura, donde sus giros desencadenaron un estrépito de chirridos y resortes oxidados. La casa los recibió con una bocanada de su aliento antiguo y mohoso. Pilar se estremeció de frío.

—Ya no se hacen las paredes como antes, ¿eh? —dijo la mujer mapamundi—. Ahí dentro sí que se está fresco, y no en nuestro piso, que es un horno.

—¿Es muy antigua la casa? —preguntó Erasmo.

—Uf, sí. De los tiempos de Cervantes, que no sé si saben ustedes que era de Esquivias.

—Querrá decir que su mujer Catalina era de Esquivias —se apresuró a corregirlo Erasmo, devolviéndole a Alcalá de Henares lo que era de Alcalá de Henares.

—Bueno, sí —repuso el hombre algo mohíno al comprender que su pequeño farol había sido neutralizado—. Pero como si fuera de aquí. Porque a Cervantes le gustaba tanto este pueblo que se pasó aquí la vida.

Erasmus renunció a corregirlo de nuevo. No quería contrariar al hombre y arriesgarse de ese modo a frustrar algún posible trato.

—Esta casa la construyó un nieto de Cervantes —explicó la mujer mapamundi—. Aquí donde lo tiene, mi marido es descendiente del *Félix de los Ingenieros*.

—Bueno, en realidad lo del *Fénix* de los... mmmm... Ingenios se lo decían a Lo... —comenzó a decir Erasmo, pero se detuvo en seco al recibir un discreto codazo de Pilar.

Erasmus miró al supuesto descendiente de Cervantes, que en ese momento se hurgaba con un palillo entre dos molares, donde a buen seguro se le habría alojado alguna hebra de torrezno. Le molestaba esa apropiación de la figura de Cervantes y de Don Quijote que constataba desde la conmemoración del cuarto centenario de la novela. Sobre todo, le indignaba esa costumbre que habían adoptado los políticos de adornar sus discursos con frases del *Quijote* (a buen seguro, los mercenarios que les escribían los guiones habrían agotado los libros de citas en todas las librerías). Más de una vez había imaginado al alcaláino revolviéndose en su perdida tumba, mientras este o aquel politicastro lo citaban para inaugurar un dispensario, una residencia de la tercera edad o unos juegos florales. Con semejante ejemplo, no le sorprendía que aquel cateto hubiese decidido incorporar a Cervantes a la nómina de sus antepasados. Pero sobre esto no pensaba quedarse callado.

—Pues sepa usted que Miguel y Catalina no tuvieron hijos, por lo tanto es difícil que su marido descienda de aquella pareja —dijo Erasmo adoptando su tono más profesoral.

—No, no —replicó el hombre sacándose el palillo de la boca—. Lo que se cuenta en mi familia no es eso. Nosotros no descendemos de Catalina, sino de una hija natural de Cervantes que se vino a vivir aquí con su marido. Se llamaba Isabel. Su hijo Miguel fue quien levantó esta casa. Era escribano.

—¿Miguel de Córdoba? —preguntó Pilar notando que se le aceleraba la respiración.

—Sí, señorita. Miguel de Córdoba y Saavedra. Yo también me llamo Miguel Córdoba, para servirle. De toda la vida, en mi familia ha habido por lo menos un Miguel por generación. Lo que contamos de padres a hijos es que los Córdoba de Esquivias descendemos de Cervantes a través de su hija Isabel. Ahora, que nunca nos han hecho el menor caso. En fin, ¿qué más da? Tampoco nos iban a dar una pensión por eso. Pero no se queden aquí. Pasen a ver la casa. Igual les interesa algo.

Erasmo y Pilar se cruzaron una mirada emocionada mientras seguían a la pareja hacia el interior del caserón. El gigantesco culo de la mujer les mostró el camino, enfundado para la ocasión en unos pantalones de chándal que le habrían quedado grandes a un luchador de sumo. El trapero *Almorrana* entró tras ellos.

Se encontraron rodeados de una opresiva semipenumbra. Los olores a decrepitud y herrumbre eran tan penetrantes que parecía que ningún ser humano hubiera respirado aquel aire durante siglos. Por la rendija de una ventana condenada con tablones se filtraba un delgado rayo de luz. Las motas de polvo bailaban en la luz del atardecer como bacterias observadas a través del microscopio.

—Entonces, ¿les interesan a ustedes los muebles? —preguntó el hombre—. Vamos a liquidarlo todo, porque en la casa rural queremos poner mobiliario nuevo.

Languideciendo en sombríos rincones, Erasmo distinguió arcones, aparadores y butacas de madera oscura. Su aspecto era noble y austero, aunque estaban reclamando a gritos una restauración. Eran como momias de antiguos faraones, sobreviviendo a los siglos con su dignidad intacta. Imaginó aquellas antiguas piezas de mobiliario reemplazadas por engendros de fabricación sueca y no pudo reprimir un escalofrío.

—No buscamos muebles —dijo Erasmo—. ¿Tienen ustedes libros, papeles?

—Ah, sí, los papeles —respondió la mujer—. Están arriba. Hay un buen montón. Pusimos un anuncio en *La Voz de La Sagra* a ver si nos los quitábamos de encima. Pero solamente vino este señor de Seseña —y señaló al *Almorrana*—. Hay también algunos libros viejos, pero eso los guardamos para los anticuarios, igual que los muebles.

El Almorrana protestó que él también entendía de libros y antigüedades, pero le

hicieron caso omiso.

—Vengan por aquí —dijo el hombre encaminándose hacia una escalera que amenazaba con venirse abajo en cualquier momento—. Y tengan cuidado no se *trompiecen*. La luz está cortada.

Los peldaños de madera protestaban bajo los zapatos con todo un repertorio de crujidos y chasquidos, y hubo un momento en que Erasmo tuvo una clarísima visión de su débil cuerpo precipitándose en el vacío. «Bien, no hay aventura exenta de riesgos», se dijo. «Afrontar peligros es parte de la tarea del héroe». De todos modos, tomó la precaución de no emprender el ascenso hasta comprobar que la mujer mapamundi llegaba sin novedad al piso de arriba. Aquella prueba de carga lo tranquilizó. Si la escalera podía soportar semejante tonelaje sin venirse abajo, su estado era sin duda mejor de lo que aparentaba.

En pos de la pareja recorrieron una oscura galería con puertas a ambos lados. El hombre abrió la del fondo y los invitó a entrar. Fueron recibidos por una penumbra tan densa como la que reinaba en el resto del caserón. Apenas se distinguía el contorno de los muebles y objetos, pero el olor del papel antiguo era tan penetrante que Erasmo se sintió recorrido por una oleada de placer. El ambiente era seco y la temperatura resultaba fresca. Los muros de la casa habían realizado eficazmente su función de barrera contra los cambios de temperatura y la humedad. Eso explicaba el buen estado de conservación de los documentos que ya tenía, y con suerte también el de aquellos que allí los aguardaban.

El hombre se acercó al balcón y abrió las contraventanas de par en par. Por los sucios cristales penetró una luz anaranjada y crepuscular, pero suficiente para hacerlos parpadear tras haber pasado varios minutos en la oscuridad.

—Bueno, pues aquí tienen la biblioteca. A mi tía le gustaba leer y estaba muy orgullosa de ella. Y nunca tiraba un papel. Ustedes dirán qué les interesa.

En lo primero que Erasmo reparó fue en las estanterías. A simple vista distinguió muchos libros modernos. Un buen número de novelas de la colección Reno, ediciones del Círculo de Lectores de los años setenta, dos o tres décadas completas del Reader's Digest... Nada, en suma, de interés para un bibliófilo. Otros estantes, en cambio, exhibían lomos de ediciones decimonónicas que sí podían tener algún valor, aunque fuera solamente por las encuadernaciones. Naturalmente, el ojo experto de Erasmo no pasó por alto algunos volúmenes en cuarto y en octavo con un aspecto claramente vetusto, ediciones del XVI y del XVII, sin duda. Con sumo cuidado tomó un volumen de la estantería. Era un librito en cuarto menor con la cubierta restaurada con pergamino. *Romanorum imperatorum effigies*, rezaba el rótulo manuscrito en el lomo con esmerada caligrafía gótica, el mismo título que se repetía en el frontispicio. Roma, 1583. Un hojear apresurado le reveló que se trataba de una colección de breves biografías de los emperadores romanos ilustradas con grabados. A Erasmo le

resultaba familiar el título, una imitación de Suetonio al gusto renacentista. El librito en sí no era gran cosa, pero la profusión de grabados le confería cierto interés. Y no tenía noticias de la existencia de ningún ejemplar más en España.

—¿No le parece que no es el mejor momento para ejercer de bibliófilo? —le susurró Pilar a su espalda—. Va siendo hora de que pensemos en volver a Madrid.

Erasmus comprendió que la muchacha tenía razón, pero conservó el librito en las manos.

—¿Han dicho que aún tenían documentos para vender, verdad? —preguntó girándose a la pareja.

El hombre le señaló hacia un rincón. Amontonados en dos pilas que venían a tener la altura de un hombre, el bibliófilo contempló una cantidad de legajos que bastaría para llenar cuatro o cinco cajas como las que guardaban en el coche.

—¿Cuánto piden por todo eso? —preguntó con un suspiro.

* * *

Pilar aparcó su utilitario en la puerta, y después fue necesaria la colaboración de todos para cargar las cajas en el coche. Al final del proceso, apenas quedaba sitio para Erasmus y para Pilar, pero al menos no fue necesario contratar al *Almorrana* y su furgoneta para transportar los documentos a Madrid, como Erasmus temió que pudiera ocurrir. La pareja les había proporcionado las cajas vacías, que naturalmente eran de lejía.

—Tenemos una droguería —explicó el hombre.

Pilar se inclinó sobre el insuficiente maletero y trató de hacer sitio para una caja más. Al hacerlo, reveló la esbelta cintura, el nacimiento del trasero y la cinta rosada de su tanga, espectáculo que atrajo al instante la mirada de Erasmus. El bibliófilo sintió que las mejillas le ardían y que sus piernas flaqueaban.

—Profesor —le dijo Pilar preguntándose por qué Erasmus rehuía su mirada—. ¿No se le ha ocurrido que el manuscrito que buscamos podría estar más cerca de lo que suponemos? Y no me refiero al de Gonzalo, sino al de Cervantes. Gonzalo de Córdoba afirma en su crónica que Cervantes se convirtió en su suegro y que le dejó en herencia el manuscrito del *Quijote*. Por lógica, el siguiente propietario de ese manuscrito debió de ser el mismo hombre que construyó esta casa y guardó en su biblioteca la crónica de su padre. Y me refiero, claro, a Miguel de Córdoba, el escribano, hijo de Gonzalo y nieto del novelista. ¿No le dice eso nada?

—¿Insinúas que el manuscrito del *Quijote* podría estar guardado en algún lugar de esta casa? —preguntó Erasmus, también con voz queda—. Sería demasiado fácil. Te recuerdo que al comienzo de su crónica el propio Gonzalo anuncia que tiene escondido el manuscrito del *Quijote* en un lugar seguro. Y debía de serlo de verdad,

cuando al cabo de cuatro siglos nadie ha tenido la menor noticia de él. Creo que de momento debemos conformarnos con lo que tenemos. El día ha sido muy provechoso. Y aún nos queda la noche para encontrar lo que buscamos entre esta montaña de papeles.

Pilar gruñó mientras empujaba su caja para tratar de encajarla en el maletero del Corsa. Un penetrante tufo les indicó que el *Almorrana* estaba tras ellos. Traía otra caja que anunció como la última, cinco en total, sin contar las tres que habían comprado en Seseña. Por suerte, la pareja propietaria de la casa le había pedido a Erasmo un precio razonable por el lote completo. Y cuando él se interesó por el librito de los emperadores romanos, se lo entregaron como regalo.

—Un recuerdo de Esquivias —dijo la mujer mapamundi muy sonriente—. Y a ver si vuelve usted con su hija cuando abramos la casa rural.

Erasmo repuso con poca convicción que así lo harían. Luego ambos subieron al coche, cuya suspensión trasera acusaba el gran peso que estaban transportando y se alejaron en dirección a Madrid. También el sobrino y su esposa se marcharon, no sin antes darle una propina al trapero por haberles proporcionado aquellos inesperados compradores. Ya se disponía el *Almorrana* a emprender el regreso a Seseña cuando un coche oscuro apareció tras la esquina.

A diferencia de su colega de la Cañada Real, el trapero de Seseña no había visto nunca a *Escuchapedos*, pero al cabo de cinco minutos comprendía que aquel sujeto no le gustaba un pelo. Lo que no le pasó siquiera por la cabeza fue llevarle la contraria.

* * *

—Hay algo que no encaja —anunció Pilar.

Eran las diez de la noche del lunes. Se encontraban de regreso en casa de Erasmo, donde, tras comer un bocado, habían procedido a vaciar las cajas para empezar a clasificar su contenido. Esta vez no había sido suficiente con la biblioteca del bibliófilo y habían tenido que usar el salón. Por suerte, Gladys se había marchado ya. Erasmo dudaba que la mujer hubiese aprobado el uso del salón para semejante cometido. Aunque él apenas entraba en aquella pieza, a la asistente dominicana le gustaba mantenerla tan limpia como un quirófano. Su apariencia actual, con el brillante suelo de parqué totalmente cubierto de polvorientos legajos, era como la de la biblioteca de Alejandría tras sufrir alguno de sus sucesivos saqueos.

—¿Qué es lo que no encaja? —preguntó Erasmo.

Aunque el bibliófilo no encontraba el momento de empezar a examinar los papeles, la muchacha le había pedido que le prestara un par de biografías de Cervantes. En aquellos momentos mantenía una de ellas abierta sobre las rodillas.

—Los datos que se conocen sobre la hija natural de Cervantes, Isabel de Saavedra, no encajan con nuestras averiguaciones y suposiciones. Los biógrafos no la sitúan en Esquivias ni mencionan a ningún Gonzalo de Córdoba como su esposo.

—¿Ah, no? —preguntó Erasmo con gesto aburrido.

—En absoluto. Lea usted mismo, profesor —y le señaló un párrafo del libro con el dedo índice—. Según dice aquí, tras el regreso de los Cervantes a Madrid, en 1606, Isabel abandona el hogar familiar para casarse con Diego Sanz. Tiene una niña y enviuda dos años más tarde. Enseguida vuelve a contraer matrimonio con un tal Luis de Molina. Ya lo ve, la crítica cervantina refuta nuestra versión de los hechos.

Ahora Erasmo ni siquiera se molestó en disimular un bostezo.

—Pues que la zurzan a la crítica cervantina.

—¡Pero profesor! ¡Las fuentes... los documentos...!

—Querida muchacha —la interrumpió Erasmo en tono conciliador—, después de lo que has visto y de las injusticias que se han cometido contigo, parece mentira que todavía estés encandilada por el tinglado académico. Piensa en tu experiencia universitaria y en esa pandilla de mediocres que tú y yo conocemos, los que reciben los fondos para la investigación, los que viajan por todo el mundo a gastos pagados. Alguien afirma que ha encontrado un documento en un archivo y publica sus conclusiones. Y todos los que vienen detrás, como buenos haraganes y borregos que son, se limitan a darlas por válidas y citarlas sin molestarse en hacer comprobaciones, sin pensar siquiera en ensuciarse las manos regresando a las fuentes documentales. ¿Cuántas veces hemos comprobado que la investigación histórico-literaria no es sino una forma de perpetuar el error?

—Sí, pero...

—La Isabel que tú mencionas puede ser otra del mismo nombre, ambas confundidas por un investigador negligente. O a lo mejor el tal investigador tergiversó los hechos para hacerlos coincidir con alguna teoría suya, igual que haría un novelista de chichinabo. Podría mencionarte infinidad de casos en que los documentos se han malinterpretado, confundido o falsificado, o incluso destruido cuando no apoyaban las hipótesis del estudioso de turno. Pero ahora hay un único documento que nos interesa, y tal vez esté en uno de esos montones. ¿Te parece que comencemos ya?

La muchacha asintió, y ambos emprendieron el examen de los legajos sin más discusiones. Erasmo había encendido todas las lámparas del salón para tener luz suficiente, pero pronto comprobó que su lesión de retina le dificultaba demasiado el trabajo. Se veía obligado a ladear dolorosamente la cabeza para aprovechar su visión periférica, y aun así la lectura le resultaba extremadamente difícil y fatigosa. Media hora más tarde ya estaba frotándose los párpados. Al cabo de otra hora, en torno a la medianoche, Erasmo roncaba en un sillón mientras Pilar, de rodillas sobre el suelo,

seguía repasando un papel tras otro.

Serían las dos de la mañana cuando un grito de la muchacha lo despertó con gran sobresalto. De forma casi inmediata Erasmo comprendió que habían encontrado lo que buscaban.

Tenían la continuación de la crónica de Gonzalo.

CAPÍTULO VII

Trescientas tabernas

—¡Gonzalo! ¡Hijo! ¡El manuscrito de *El ingenioso hidalgo* no está donde lo dejé anoche! ¡Esos grandísimos hijos de puta me lo han robado!

¿Alguna vez han creído vuestras mercedes que el suelo acababa de desaparecer bajo sus pies? ¿Alguna vez se han sentido arrojados a un pozo oscuro? Pues sepan que fue así, señores, como el desventurado Gonzalo de Córdoba, se sintió al saber que el manuscrito de ese libro por el que tanto había luchado y porfiado acababa de desvanecerse en la oscuridad de la noche. Mas es impropio de la naturaleza del hombre el aceptar los golpes de la vida sin oponer resistencia, y por ello quise aferrarme a una última y fragilísima esperanza:

—¿Ha buscado bien vuestra merced? —le pregunté a don Miguel, quien acababa de sentarse en el lecho, como si las piernas se negaran a sostenerle de tan grande como era la desdicha que lo embargaba—. ¿No lo escondería por ventura en algún otro lugar antes de acostarse?

Y don Miguel, que en aquel momento apuntalaba su frente con ambas manos, alzó con lentitud la cabeza y me dedicó una mirada tan preñada de tristeza y desolación como pocas que hubiera visto yo en rostro alguno, una mirada que alimentó mis temores hasta convertirlos en certidumbres. Y fue el mismo desvalimiento de mi señor don Miguel el que me impulsó a sacar fuerzas de flaqueza (vale decir de mi mocedad) y tomar las riendas del penoso trance que vivíamos, y ello a pesar de que mis costillas no dejaban de recordarme la gran tunda que acababa de recibir, y que los dolores que se extendían por mi cuerpo todo reclamaban a gritos el descanso, el sosiego y unas friegas con aquel unguento de árnica que tan diestramente preparaba mi abuela, allá en la Lucena de mis años de infancia. Pero el hijo de mi madre no era ningún cordero dispuesto a dejarse esquilmarse sin presentar batalla. Y así lo demostré encarándome con el dueño de la posada, que desde el umbral de la puerta nos miraba con cara de sueño y de asombro, y hablándole del siguiente modo:

—Decidme, mi señor posadero, ¿pensáis quedaros ahí pasmado y consentir que, bajo vuestro techo y en mitad de la noche, unos malhechores roben y apaleen a gentes honradas y cristianas? ¿O es que acaso este antro que regentáis no es posada, sino cueva de ladrones?

Pasaré por alto la mirada furibunda del posadero, obligado a encajar mi invectiva en plena madrugada y en presencia del nutrido auditorio de huéspedes que habían acudido al reclamo de los gritos y la batahola. Lo que cuenta es que mis palabras tuvieron la virtud de despertarlo, pues al instante comenzó a clamar que cosa semejante jamás había ocurrido bajo su techo, y que él era hombre honorable

(contrariando al refrán que asegura que de ventero a ladrón, no hay más que un escalón), y de ello iba a dejar constancia dando alcance a quienes hubieran perpetrado semejante tropelía contra huéspedes tan distinguidos para luego ponerlos en manos de la justicia. Y al cabo lo vimos salir blandiendo una tranca que debía de haber tomado por si acaso. Y entonces aproveché yo para cerrar la puerta en las narices de los curiosos que abarrotaban el pasillo, pues no quería que nuestra desgracia sirviera de entretenimiento nocturno, y era consciente del triste aspecto que ofrecía mi señor Cervantes, sentado como estaba en la cama con la cabeza entre las manos y las flacas piernas asomando por la parte de abajo de su camisa de dormir. ¿A quién podía recordarme sino a cierto hidalgo de novela, proclive por más señas a provocar escándalos en cuantas posadas diera en pernoctar?

Pues bien, sepan vuestas mercedes que, una vez a solas de nuevo, convencí a don Miguel para que saliera de su estupor y se vistiera, y luego le insté a que emprendiera una búsqueda más meticulosa, lo que hizo con movimientos lentos y pesados, más propios del anciano que casi era que del hombre aún vigoroso que yo había conocido hasta el día anterior.

—Me han robado, Gonzalo —anunció por fin—. El manuscrito no está donde lo dejé anoche ni en ningún otro sitio. También se han llevado mi bolsa y mi espada. Aunque ¿qué puede eso importarme cuando me han arrebatado a un hijo de mi imaginación, el último vástago que este ingenio mío ya agostado era capaz de engendrar?

Convine en que sin duda era el manuscrito lo que contaba. Con todo, me sentía afortunado por conservar aún mis dineros para el viaje, pues de otra forma no habríamos podido pagar la posada y quizás hubiésemos sido vapuleados por partida doble, igual que perros por carnestolendas. Le dije a don Miguel que lo que ahora correspondía era determinar lo que convenía hacer, pues a decir verdad no confiaba yo en que las pesquisas del posadero dieran fruto alguno, y daba por seguro que los que habían perpetrado la felonía ya habrían puesto muchas varas de tierra castellana de por medio.

—No nos queda más remedio que regresar de inmediato a Valladolid —sentenció tratando de mostrar una serenidad que estaba lejos de sentir.

—¿Para qué? —respondió don Miguel, quien ahora se reclinaba sobre la cama deshecha como un hombre preparado para enfrentarse a la muerte.

¿Adónde había ido a parar el valeroso soldado de Lepanto? ¿Dónde estaba aquel hombre que había intentado escapar de su cautiverio en Argel no una ni dos, sino hasta cuatro veces?

—¿Preguntáis para qué, señor? Pues para recoger vuestro borrador y llevarlo a Madrid. ¿Qué otra cosa podemos hacer? —Y añadió—: Sí, ya sé que no es ese modo de llevar un libro a la imprenta. Pero estoy seguro de que mi amo Robles

comprenderá que lo ocurrido no ha sido culpa vuestra, y también de que no le queda más alternativa que encargarle una copia en limpio a un pendolista. Y pagarle bien para que la termine con la mayor premura.

Mi solución parecía razonable. Es más, en aquel momento la juzgué la única posible. Sin embargo, la respuesta que obtuve fue una mirada larga y muda de don Miguel, quien ni siquiera daba señales de haber comprendido mis palabras. A renglón seguido, y para mi sorpresa, lo vi tumbarse cuan largo era en el lecho y darme la espalda.

—¡Mi señor! —exclamé alarmado—. ¿Qué os ocurre? ¿Os sentís enfermo?

—Lo que propones es imposible —le oí responderme con voz tan débil que parecía sonar en la lejanía—. Totalmente imposible.

—Pero ¿por qué? ¿Tenéis acaso una idea mejor?

—No, hijo mío —gimoteó él—. Pero tampoco tengo el borrador.

—¿Cómo decís?

Y entonces se volvió hacia mí y comprobé que sus ojos derramaban lágrimas, lo que no me pareció un signo halagüeño.

—Me consta que Lope nunca corrige lo que compone —dijo con voz afligida—. Es tal su arte que apenas precisa regresar a lo ya escrito. Los versos y las prosas brotan de él acabados y pulidos, como dictados de un libro. Yo, en cambio... en fin, ya lo viste con tus propios ojos. El manuscrito de mi *Ingenioso hidalgo* lucía más zurcidos que la camisa de un pordiosero. Tachaduras, enmiendas, titubeos... Más que la novela de un poeta entrado en años, mi manuscrito parecía el cuaderno de un escolar zoquete. ¿Tanto te sorprende que ese compendio de mi torpeza haya dejado de existir? ¿Acaso debía conservarlo y perpetuar de ese modo mi vergüenza?

—Entonces, ¿lo tirasteis? —pregunté con los ojos tan abiertos que cualquiera me habría confundido con la lechuza de Minerva.

Don Miguel dejó escapar un gemido.

—Lo hice destruir, sí —dijo luego—. Con la aventura de esta noche, don Quijote y Sancho han emprendido su último viaje hacia el olvido y la nada. Y ahora déjame tranquilo, Gonzalo. No deseo seguir hablando.

En ese instante hubiera querido yo tener cinco años en vez de veintiuno. De ese modo podría haberme echado a llorar sin menoscabo del decoro y de la hombría. Y sepan vuestas mercedes que no era la pérdida del manuscrito lo que más llenaba mi pecho de congoja, ni siquiera el miedo al más que seguro castigo de mi amo Robles por haber fracasado en misión tan importante. Lo que me apenaba era verme testigo de la aflicción de don Miguel. La compasión que sentí fue infinita, y también el afecto hacia aquel hombre que me había tratado como a un hijo y que acababa de abrir su corazón como jamás antes le permitiera su orgullo de soldado viejo y su gravedad de hombre zarandeado por la vida. Habría dado cualquier cosa por brindarle

algún consuelo, pero la fuente de la que manan las palabras parecía haberse secado en mí, y lo único que pude hacer fue colocar mi mano sobre su hombro y apretar con fuerza.

En ese instante llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —grité.

Quien entró fue el posadero. Y junto a él venía un muchacho de aspecto desastrado cuya irrupción llenó la alcoba de un fuerte olor a establo.

—Este es Lucas, el mozo de cuadra.

Yo asentí con la nariz arrugada. Los efluvios que emanaban del tal Lucas eran tan intensos que cualquier aclaración sobre su trabajo se me antojó superflua.

—Muy bien, Lucas —dijo el posadero dirigiéndose al odorífero mancebo—. Repíteles a estos señores lo que acabas de contarme a mí.

Y el muchacho, con un persistente tartamudeo que volvió la narración harto trabajosa, nos reveló que un rato antes, siendo aún noche cerrada, y mientras él dormía en su jergón de la cuadra, dos hombres habían irrumpido a toda prisa, habían desatado sus caballos y salido al galope en dirección a Madrid. Y todo ello sin mediar explicación ni palabra alguna.

—E... e...ran los ca... ca...balleros que a...aa... anoche jug... jugaban a las ca...cartas con vuestra meee... merced —concluyó el muchacho.

—Ha sido una venganza, don Miguel. Vuestra merced los desplumó y esta ha sido su respuesta. Vapulearnos y robarnos. ¡Valientes gentilhombres!

—Ya me lo podéis decir a mí —dijo el posadero con visible enojo—. Esos canallas se han largado sin pagarme los cinco días de cama y comida que me adeudaban. Sin contar el gasto de sus cabalgaduras. Les debí cobrar por adelantado. Pero uno jamás piensa que un caballero se va a comportar como un vulgar follón. Y menos dos caballeros.

Asentí, aunque el asunto en verdad no me parecía tan admirable. Mi experiencia me había demostrado que granujas y pícaros abundaban por igual en los palacios y las tabernas. Era el signo de los tiempos en la España de Su Católica Majestad don Felipe el Tercero.

—¿Sabéis quiénes eran? ¿Conocéis al menos su procedencia?

El posadero negó con la cabeza.

—Ni la menor idea. Por esta posada pasan cientos de personas, muchos de ellos con buenos motivos para alejarse de dondequiera que residieran antes. En este oficio uno aprende discreción a la fuerza. Que yo sepa, no le revelaron a nadie sus nombres ni sus lugares de origen. Ni siquiera los vi hablar con ningún otro huésped hasta que vuestras mercedes llegaron anoche. Pero por las pocas palabras que les oí me sonaron a caballeros castellanos. Aunque eso lo pudieron comprobar anoche, y no creo que les sea de gran ayuda.

—A saber dónde estarán esos dos a estas alturas —dije volviéndome hacia don Miguel—. ¿Qué hacemos, señor?

Pero don Miguel, que había asistido a la narración del muchacho con gesto ausente, permanecía mudo. Y tanto se prolongó su silencio que, pasado un tiempo, el posadero empezó a carraspear nervioso. Y al final se excusó y salió con el mozo de cuadra, lo que nos proporcionó cierto alivio olfativo, dicho sea de paso. Don Miguel y yo estábamos solos de nuevo. A través de la ventana distinguí que la aurora comenzaba a acariciar los campos con sus dedos rosados. En fin, que amanecía.

—Mi señor, ¿qué hacemos? —repetí.

Si algún artista hubiera querido pintar la desesperación, don Miguel le habría servido de modelo. Algo me confortó, sin embargo, que al menos recurriera a la voz para responderme.

—Los naipes, Gonzalo. ¡Cuántas desgracias vienen de ellos!

Por cierto que así era. Una máxima que debería pintarse sobre la puerta de todos los garitos del reino. Pero las lamentaciones no iban a procurarnos remedio para nuestros males.

—Sobreponeos —insistí—. Echad la vista atrás y contemplad las muchas encrucijadas de vuestra vida. Vos habéis salido de trances peores.

Cervantes meditó brevemente. Pensé que iba a volver a tenderse en el lecho. Para mi alivio, se puso en pie y procedió a contemplar el amanecer a través de la ventana. Incluso una acción tan trivial era mejor que ninguna.

—La diligencia está a punto de partir —dijo—. Regresa a Madrid y ofrécele a tu amo mis excusas. Dile que trataré de devolverle los dineros que me adelantó, aunque para ello tenga que vender la poca hacienda que me queda. ¿Lo harás?

Me imaginé delante del librero Robles, a solas y con las manos vacías. Semejante panorama se me antojó más funesto que el de plantarme indefenso ante un toro bravo y tratar de hacerlo entrar en razón con buenas palabras. Me avergüenza confesarlo, pero pensé que si don Miguel me acompañaba a Madrid, al menos la ira del librero se repartiría entre ambos. Quizás de ese modo uno de nosotros tuviera cierta posibilidad de sobrevivir al lance. No niego que obrara por egoísmo, pero mi empeño en arrastrar a don Miguel hasta Madrid habría de ser providencial, como después se verá.

—Señor —le dije—. ¿No oyó vuestra merced lo que contó el mozo tartamudo? Esos dos granujas galopaban en dirección a Madrid. De encontrarlos en algún sitio, no será en Valladolid, sino en la Villa.

Don Miguel arrugó el entrecejo.

—¿Y cómo piensas, pobre iluso, que daremos con ellos entre tantos miles de almas?

Algo me escoció lo de «pobre iluso». Mas lo pasé por alto, acostumbrado como estaba a que se me llamara por nombres mucho peores.

—En la oscuridad del cuarto, esos dos no podían saber qué era lo que estaban robando. Tuvieron que actuar casi a tientas. ¿Cómo iban a imaginar que el atado que se llevaban contenía el manuscrito de una novela? Y cuando descubran el contenido, ¿qué cree vuestra merced que harán con esos cientos de hojas de papel?

Don Miguel esbozó una sonrisa triste.

—Se me ocurre una utilidad evidente, pero me la callaré por decoro. Veamos. Tal vez las usen para encender la lumbre. Tal vez las tiren sin más.

—Dudo que sean tan estúpidos —repliqué—. Seguramente comprenderán que lo que han robado es el fruto de vuestro ingenio y de muchos meses de trabajo. Si vos fuerais un granuja como ellos ¿no trataríais de obtener algún provecho de lo robado?

—Hum. No te sigo.

—Sí, escuchad. Podemos regresar a Madrid y convencer a mi amo Robles de que ofrezca una recompensa por el manuscrito. ¡Un rescate!

Reconozco que había estado improvisando sobre la marcha, pero mis invenciones sonaban tan razonables que hasta yo empezaba a dejarme convencer por ellas.

—¿Un rescate, muchacho? Los míos tardaron años en reunir un rescate para traerme del cautiverio. ¿Crees que el librero Robles querrá gastar un real más en mi libro?

—¡Sí, señor! Lo creo firmemente. Porque si no lo hiciera estaría desperdiciando todo lo que ha invertido en vuestra novela, y vuestra merced sabe bien que no hablamos de calderilla.

Don Miguel ponderó mis palabras en silencio.

—Está bien —dijo por fin—. Recojamos lo poco que esos malnacidos nos han dejado y vayamos a Madrid. No creo que don Quijote nos esté esperando sentado en una taberna de la calle de la Montera. Pero al menos no tendrás que enfrentarte a tu amo a solas. Porque imagino que era eso lo que querías evitar con tantas y tan discretas razones.

Don Miguel me había visto venir. Rio al ver mi cara de confusión. Pero su risa era amarga y no me tranquilizó oírla.

* * *

Poco diré de la continuación del viaje, salvo que cubrimos las quince leguas restantes doloridos en el cuerpo y en el espíritu y casi en silencio, un silencio roto tan solo por ciertos extraños comentarios de don Miguel. A decir verdad, tan extraños me parecieron estos que casi hubiera preferido que se quedase callado. Recuerdo oírlo decir, por ejemplo, que ahora que sus días de poeta habían terminado, debía irse procurando otra ocupación para ganarse el sustento. Y como no había muchos quehaceres al alcance de un viejo como él, quizás lo más apropiado fuera pedirles a

sus hermanas que lo instruyeran en labores de costura. Después de tal dislate y otros de similar jaez, rompía a reír cual enajenado, de suerte que los otros viajeros se miraban como diciendo «este desdichado ha perdido el juicio», cosa que yo mismo empecé a sospechar. Por fortuna, llegó un momento en que don Miguel se quedó dormido con el traqueteo del vehículo, y no despertó hasta bien entrada la tarde, cuando nuestra diligencia ya recorría las calles de Madrid. Nos bajamos en la calle de las Postas, frente a la posada del Peine, pues tal es el lugar al que arriban las diligencias por encontrarse a dos pasos de la Plaza Mayor. Y sin que fuera menester cruzarnos palabra alguna, nos encaminamos ambos hacia la librería de mi amo Francisco de Robles. ¿A qué esperar para afrontar el inevitable destino?

* * *

Me concederán vuestras mercedes la licencia de no entrar en detalles sobre el encuentro con mi amo, pues tal era ese inevitable destino al que me referí hace apenas dos líneas. Bastará con decir que el librero agotó su amplísimo repertorio de juramentos, denuestos y maldiciones, y que su furia fue de tal magnitud que por un momento don Miguel y yo creímos que ante nosotros se habían abierto las puertas del mismísimo infierno. Pero la ira de mi amo Robles —bien lo sabía yo— era como esas tormentas estivales cuya violencia es mucha pero breve. Añádase a esto que en mi amo el espíritu del comerciante prevaleció siempre sobre las pasiones, y de ese modo se comprenderá que muy poco después estuviésemos departiendo sobre la mejor forma de recuperar el manuscrito sustraído:

—A esos individuos no les será de ningún provecho —dijo Robles con el rostro aún colorado—. Ni siquiera podrían hacer pasar la novela por propia y vendérsela a otro mercader de libros. La licencia y el privilegio del *Ingenioso hidalgo* han sido otorgados a Cervantes. Y, por si fuera poco, ya me he encargado de extender por Madrid y por la Corte la noticia de que la novela estaba próxima a publicarse. A estas alturas, cualquiera mínimamente letrado sabe que Miguel de Cervantes ha escrito una novela sobre un hidalgo que pierde el seso por una indigestión de libros de caballerías. Nadie sería tan insensato como para usurpar la autoría de ese libro y publicarlo bajo distinta firma.

—Entonces, señor, ¿consideráis acertada mi idea de ofrecer una recompensa por su devolución?

Mi amo Robles me fulminó con la mirada.

—¿Puedes imaginar siquiera lo que llevo gastado en el condenado *Don Quijote*? Y aún me hablas de un rescate. ¿Y si te cambio a ti por el manuscrito?

Don Miguel carraspeó.

—Mi señor librero, quiero que comprendáis que Gonzalo no es culpable de nada.

Él se ha comportado con el mayor celo y diligencia. Fue a mí a quien le robaron el libro. Es más, fui yo quien provocó a esos dos rufianes por el hecho de haberles desplumado a los naipes.

El librero se llevó las manos a la espalda y comenzó a medir el escueto espacio de su despacho con nerviosas zancadas.

—Rufianes, decís, Cervantes. ¿No dijisteis antes que eran caballeros?

Don Miguel se encogió de hombros.

—Así me parecieron por sus ropas y su modo de hablar. Digamos que se trataba de caballeros que obraron como rufianes, lo cual no es tan extraño, a mi entender. Vos mismo habréis conocido a más de uno en el ejercicio de vuestro oficio.

—A fe que sí —reconoció Robles—. Si todos los caballeros que me adeudan dinero se decidieran a devolvérmelo de una vez, podéis jurar que de la noche a la mañana me convertiría en el hombre más rico de Madrid.

Bien sabía yo que mi amo Robles no se refería a deudas por libros no pagados, sino a las mucho más gravosas que se contraen en las casas de juego y en otros establecimientos aún menos respetables donde mi amo también poseía intereses. Pero me abstuve de mencionar este extremo.

—Caballeros o pícaros, o ambas cosas a la vez, alguien debe de haber visto a esos dos —tercié—. Alguien debe de conocerlos. Vos sois un hombre importante en Madrid, mi señor. No hay lugar en la Villa donde el librero Robles no posea relaciones e influencias.

—¿Y eso qué arregla? —preguntó Robles, halagado a su pesar.

—Hagamos circular una descripción de esos dos. Ofreced una recompensa a quien sea capaz de traernos noticias suyas. Y al mismo tiempo dejad que se sepa que estaríais dispuesto a pagar por recuperar el manuscrito. Una de las dos cosas debería funcionar. Tal vez cuando esos dos se sientan acorralados, sean ellos mismos quienes os lo entreguen. ¿Qué os parece, señor?

Robles hizo una mueca.

—Así que ya no se trata de una recompensa, sino de dos. Bien se ve que el dinero no es tuyo. Aunque reconozco que no se me ocurre nada mejor, y que renunciar ahora sería cosa de necios, con tantos reales como llevo gastados. En fin, sea como propones. Tomad una hoja de papel y escribid todo lo que recordéis de esos dos. Habéis dicho que desconocéis sus nombres, ¿verdad? En fin, sea como sea mañana haré que impriman quinientos carteles. Voy a ofrecer veinte ducados a quien me proporcione noticia fiable de los ladrones y de su paradero. Y el doble al que sea capaz de reintegrar el manuscrito sano y salvo. Ya veis, Cervantes. Tendré que vender muchos *Don Quijotes* para recuperar esas cantidades.

—Muy bien, señor —dijo entonces—. Mañana pondremos en práctica cuanto decís. Pero ahora mejor sería que don Miguel y un servidor nos retirásemos a

descansar. El viaje ha sido fatigoso y...

—Quédate donde estás, Gonzalo, que aún no acabé. He dicho que estoy dispuesto a seguir malgastando mi hacienda en ese *Don Quijote* al que Satanás confunda. Yo mismo haré cuantas pesquisas estén en mi mano aprovechando mis relaciones. Pero no penséis que vosotros dos, que sois los que os habéis dejado robar el manuscrito, vais a quedaros tan ufanos en espera de que algo pase. Tomad ambos papel y pluma y sentaos a escribir. Quiero una descripción tan exacta que pudiera aprovecharse para pintar un retrato al óleo de ambos ladrones. Mañana bien temprano estarás en la imprenta de Pedro Madrigal con el encargo. Y luego he de veros a ambos recorriendo todas las tabernas, mesones, posadas y demás mentideros de Madrid, y dejando un cartel en cada uno de ellos. Y no es menester que abras la boca, Gonzalo. Ya sé que en Madrid hay lugares de esos a cientos. Pero también voy a gastarme yo mis reales a cientos. ¿Conforme?

Suspiré y asentí.

Luego don Miguel y yo tomamos la pluma sin rechistar.

* * *

Cuando nos vimos por fin en la calle el sol rozaba su ocaso. Algunos viandantes pasaban ya provistos de antorchas y faroles, y me dije que mejor sería apresurarse en llegar a casa de mi padre, pues deambular por Madrid tras el anochecer es invitar a la desgracia, y con las desgracias ya sufridas me daba por servido. Así pues, me volví hacia don Miguel para despedirme hasta la mañana siguiente, que vería el comienzo de nuestra búsqueda. Y al mirarlo me di cuenta de que su semblante estaba triste. Parecía tan desamparado como un chiquillo perdido, y dirigía la vista alternativamente hacia un lado y otro de la calle, como si fuera incapaz de decidirse sobre qué camino tomar. Entonces comprendí.

—¿Tiene vuestra merced dónde quedarse a pasar la noche?

Don Miguel se ciñó la capa sobre los hombros, pues el viento soplaba fresco en aquel anochecer de finales de septiembre.

—Tengo algún amigo en cuya casa podría hospedarme. Pero no deseo incomodar a nadie en hora tan tardía. Buscaré una posada.

—Pero, mi señor, si os han robado hasta el último maravedí.

Don Miguel me mostró una pequeña bolsa y la agitó, dejándome oír el tintineo de las monedas que había en su interior.

—Tu amo Robles es mucho menos fiero de lo que parece —me confió con una sonrisa—. A pesar de los pesares, me ha entregado algún dinero para que pueda subsistir dignamente durante mi estancia en Madrid.

Miré la bolsa de nuevo, y esta me pareció pequeña.

—Pero, señor. No aguantaréis mucho con ese dinero. Y tal vez pasen semanas antes de que demos con alguna pista del paradero del manuscrito.

—Dudo que sea como dices, hijo mío —replicó Cervantes con un suspiro—. La novela la doy por perdida. Y soy incapaz de hallar fuerzas dentro de mí para componerla de nuevo. Si me quedo en Madrid, es solamente por no contrariar a tu amo. Pero confío en que pasados unos pocos días Robles se resigne a lo inevitable. El mundo nunca verá un libro titulado *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, ni volverá a ver obra alguna firmada por un tal Miguel de Cervantes, oscuro poeta alcalaíno al que pronto nadie recordará.

Y tras pronunciar tan negra profecía se caló el sombrero presto para decirme adiós. Naturalmente, se lo impedí. No iba a consentir yo que aquel que me había tratado como a un hijo, el padre de la muchacha por la que yo sorbía los vientos, se perdiera solo en la noche madrileña. Y menos cuando lo abrumaba un ánimo tan lúgubre.

—Señor, no es menester que gastéis vuestras monedas en una posada. Venid conmigo y quedaos en mi casa. Mi padre se sentirá muy honrado. Para mi familia será un privilegio que nos visite huésped tan distinguido. Nuestra hospitalidad no es la que encontraríais en una casa rica, pero...

—No deseo ser causa de incomodo —empezó a decir, aunque yo noté que vacilaba.

—Ea, no se hable más. Os venís conmigo a Lavapiés. Así podréis guardar esos reales que os ha entregado mi amo Robles hasta que encontréis un destino mejor para ellos. Por ejemplo, el gran almuerzo al que me convidaréis el día que recuperemos la novela.

Por primera vez desde el incidente de la posada, ambos reímos de buena gana. Luego, tomados del brazo, enfilamos juntos la calle de Toledo camino de Lavapiés, donde, como vuestas mercedes recordarán, se había afincado mi familia.

* * *

Fue grande la sorpresa de los míos cuando me vieron aparecer con don Miguel, de quien tenían noticia por lo mucho y bien que yo de él les había hablado. La única que se mostró algo contrariada fue mi madre, y no con el invitado, sino conmigo. No bien hubo saludado y agasajado a don Miguel, me llevó aparte y me reprochó el haberme presentado con huésped tan principal sin dignarme avisar, y sin darle tiempo de proveer todo lo necesario para honrarlo según los dictados de la hospitalidad, que entre las gentes del sur es virtud muy arraigada. Después voló la santa mujer a la cocina para preparar una cena bien surtida de ricas viandas. Don Miguel comió con buen apetito y mejor humor, sin dejar de dedicarle alabanzas a mi madre como

cocinera, ni de agradecerle a mi padre su hospitalidad con grandes cumplidos y cortesías. Luego de la cena, y sin mostrar apenas signos de cansancio tras el largo y agitado viaje, se sentó frente a la lumbre y compartió con nosotros una fuente de arrope y una jarra de vino caliente y especiado. Mis hermanos se sentaron a nuestro alrededor, y don Miguel nos deleitó con mil y una anécdotas sobre sus viajes de juventud, sus andanzas por Italia y sus aventuras como soldado. Oyéndolo, uno tenía la impresión de que aquel hombre no había vivido una sola vida, sino cien de ellas. El brío con que nos relató la jornada de Lepanto fue tal que por momentos nos pareció estar junto a él en la cubierta de la *Marquesa*, haciendo frente a una hueste de infieles ávidos por rebanarnos el gáznate con sus alfanjes, mientras los cañones y los arcabuces tronaban en derredor nuestro. Tan vibrante y cautivadora narración no podía ser improvisada, me dije. Por fuerza, tenía que haber contado muchas veces aquella historia, lo que no me pareció cosa extraña en un viejo soldado orgulloso de sus méritos y de sus heridas. En fin, la cuestión es que cuando los cañonazos se apagaron empezaron los bostezos, y comprendí que había llegado el momento de acompañar a don Miguel hasta la pieza donde habitualmente dormía yo junto a mis dos hermanos mayores, a quienes no les importó trasladar sus jergones a la cocina para comodidad de nuestro huésped. Mi madre había limpiado la alcoba y cambiado las ropas de la cama, y así don Miguel pudo descansar la noche entera sin sobresalto alguno. Y mucho me place el pensar que mi señor Cervantes hallara en nuestra humilde casa «a la malicia» el calor y el sosiego que se le habían negado en la suya, donde la malicia no venía de las artimañas en su construcción, sino de la guerra permanente que libraba aquella legión de hembras tan mal avenidas con las que convivía.

* * *

«SE BUSCA UNA NOVELA», de ese modo me había propuesto yo encabezar el cartel del que planeábamos valernos para recuperar el manuscrito robado. Pero don Miguel se negó a que su nombre o el título de su libro se hicieran públicos:

—Bastará con que rece que se recompensará a quien traiga noticias de un valioso documento robado tal día en tal y cual posada. Y que luego se añada la descripción de los ladrones. No pretendas divulgar que la novela de ese viejo trasnochado de Cervantes se ha evaporado de la faz de la tierra. Cierto es que nadie resulta inmune al ridículo y al escarnio, y yo mismo he tenido mis raciones de ambos. No obstante, he procurado vivir mi vida con dignidad, y la historia de la novela robada me convertirá en el hazmerreír de Madrid, lo que en modo alguno sería plato de mi gusto.

Comprendí los reparos de mi señor Cervantes. A decir verdad, la historia de que el aprendiz del librero Robles se había dejado robar un importante manuscrito no iba

a servir tampoco para adornar mi fama, si es que alguna tenía. Así que convinimos una redacción en la que no se brindaran más detalles que los imprescindibles, un texto que en modo alguno sirviera para vincular a don Miguel con el percance sufrido. Y con él nos presentamos en el taller de imprenta de la calle de Atocha, que había sido de Pedro Madrigal hijo y que ahora pertenecía a su viuda. Aunque quien salió a recibirnos no fue otro que el propio Juan de la Cuesta, actual regente de la imprenta y esposo de la propietaria, al que yo conocía bien por haber sido numerosos los trabajos de imprenta que le había entregado de parte de mi amo.

—¿Qué papelajo es este? —preguntó con desagrado cuando le confié el texto del cartel—. Lo que tu amo contrató fue la impresión de una novela de ochenta pliegos o más. *El caballero loco don nosequé de La Mancha*, de Miguel de Cervantes.

Don Miguel tosió.

—Ejem. Si no os importa, el título de ese libro es *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*.

Juan de la Cuesta lo miró con el ceño arrugado.

—Vuestra cara me es familiar. ¿No sois vos el tal Cervantes?

—Para serviros, maese impresor.

—¿Y bien? ¿Dónde está vuestro libro?

Don Miguel volvió a toser. Luego se aclaró la garganta.

—Mi novela está pendiente de algunos retoques finales. Ahora mi amo Robles os ruega que imprimáis quinientos carteles con ese texto que Gonzalo acaba de entregaros. Y os encarece que lo hagáis con la mayor urgencia.

Detrás de Juan de la Cuesta estaba la puerta por la que se entraba al taller, abierta a la sazón de par en par. Y a través de ella se apreciaba el organizado bullicio que reinaba en el interior. Unos doce o trece operarios se afanaban en sus tareas: trasladando resmas de papel y pliegos impresos de acá para allá, componiendo las páginas a base de minúsculos tipos de plomo, accionando las tres prensas, que funcionaban a tal velocidad que casi echaban humo. Parecían, en fin, hormigas. Nunca había pensado yo que en España abundaran los doctos y letrados. Antes bien se me antojaba tierra castigada por el analfabetismo y la ignorancia. Sin embargo, el negocio que regentaba Juan de la Cuesta parecía funcionar viento en popa. Esto viene a ser lo que los filósofos llaman *insolubilia*, aunque otros prefieran denominarlo *PARADOXA* por sonarles más griego.

—Así que el librero Robles quiere sus carteles con la mayor urgencia —dijo Juan de la Cuesta con sorna—. Bien, echad un vistazo.

Y con un gesto señaló hacia el ajetreado taller.

Ahora había llegado mi turno de toser.

—Ejem, maese de la Cuesta. Me veo en la obligación de recordarle a vuestra merced que mi amo Robles os está pagando por gozar de preferencia en vuestra

imprensa.

—Querrás decir que me paga para que le dé preferencia a la novela del señor Cervantes, aquí presente, si es que alguna vez el señor Cervantes, aquí presente, se digna entregarla.

—Siento tener que contrariaros —repliqué—, pero mis noticias no son esas. Según el acuerdo que tenéis con mi amo, y mientras el pago siga efectuándose, debéis anteponer sus encargos, cualesquiera que estos sean, a vuestros otros trabajos. Y me consta que así quedó firmado y rubricado en un contrato.

El impresor soltó un bufido.

—Está bien, está bien. Que el diablo nos lleve a todos. Para ser aprendiz de librero resultas más leguleyo que un licenciado de Salamanca. Regresad mañana.

—¿Y no os sería posible tener los carteles para esta misma tarde?

El impresor Juan de la Cuesta se me quedó mirando fijamente. Por un momento pensé que iba a echarnos a ambos a patadas. Pero lo que hizo fue romper a reír.

—Sea como dices, Gonzalo. Y si alguna vez te cansas de ser librero, tal vez quieras probar el oficio de impresor. Es raro encontrar un mancebo tan celoso de sus obligaciones como tú. Volved esta tarde, que la tinta de vuestros carteles ya se habrá secado. Y ahora ¡fuera de aquí!

* * *

Mientras hacíamos tiempo, le propuse a don Miguel ir a almorzar a cierto establecimiento que conocía yo en las inmediaciones, un bodegón medianamente limpio y medianamente barato donde servía cierta muchacha andaluza con la que otrora tuve algo que ver, si bien eso había sido antes de conocer a mi Isabel, ocioso es mencionarlo. La andaluza ya no estaba, pues había encontrado acomodo como sirvienta en alguna casa rica, pero la comida seguía siendo buena, como atestiguaban las dos crujientes empanadas de carne que nos embaulamos con el auxilio de una jarra de buen vino. Luego don Miguel pidió recado de escribir, pues quería hacerle llegar noticias suyas a su familia, en especial a su hija, a la que se había acostumbrado a tener cerca y a quien (igual que me ocurría a mí) añoraba intensamente.

—¿Vais a contarles nuestra desgracia? —pregunté mientras don Miguel se esforzaba por escribir sin echar borrones, empresa ardua con aquella pluma vieja, calva y roma que le había prestado el mesonero.

—No tiene sentido que le oculte a mi familia lo que ha pasado —respondió don Miguel—. Aunque casi puedo oír lo que mi Catalina dirá al saberlo —e imitando el tono grave de «la gigante», añadió—: «¡Te está bien empleado, esposo, por no hacer lo que yo te digo!».

—Entonces, ¿no le agrada a doña Catalina que seáis poeta? —pregunté.

Y casi al instante me arrepentí de mi indiscreción, aunque don Miguel no pareció irritado, sino que me respondió con la mayor naturalidad:

—No le agrada, no. Antes bien le parece una frivolidad impropia de gente respetable. Ella preferiría que hubiéramos permanecido en Esquivias para hacerle compañía a su queridísimo hermano el clérigo. Como mucho, que nos hubiésemos mudado a Toledo, ciudad que Catalina considera el sùmmum de la villa católica habitada por gentes de bien. La Corte se le antoja un antro de depravación. Como bien sabes, apenas abandona la casa salvo para ir a la iglesia. A mis hermanas, mi sobrina y mi hija las trata como si fuesen mujerzuelas. En cuanto a mí, nunca ha mirado con buenos ojos mi vocación literaria. Según ella debería dejarme de zarandajas, regresar al pueblo y dedicarme a administrar su patrimonio, ya que en Valladolid tan solo puedo administrar la estrechez en que vivimos y la mala fama de «las Cervantas», que es como ella llama a las mujeres de mi familia.

Bien sabía yo que no era doña Catalina la única que así las llamaba, sino que el apodo las había perseguido desde Madrid. Con todo, me abstuve de hacer comentario alguno. Me halagaba que don Miguel me abriera su corazón de ese modo, y por otro lado me dolía que un hombre de su mérito tuviera que arrostrar semejantes humillaciones. Como no sabía qué responderle, resolví dejarle terminar su carta en silencio, no sin antes pedir otra jarra de vino, y del mejor de la casa, por ver si unos tragos le mejoraban el ánimo, que con aquellas confesiones se le había tornado un tanto sombrío.

De regreso a la imprenta de la calle de Atocha, encontramos que maese de la Cuesta había cumplido su palabra, y así nos lo mostró entregándonos un fardo de carteles tan abultado que no parecía sino que con ellos pudiera empapelarse todo Madrid, lo que tal vez fuera la tarea que mi amo el librero tenía pensada para nosotros. No quedaba sino ponerse manos a la obra, cosa que don Miguel y yo hicimos de buen ánimo y notando cierto cosquilleo de esperanza, no sé si gracias a los carteles o a las dos jarras de vino que acabábamos de echarnos al colete. La cuestión es que, pertrechados con los quinientos carteles y con un bote de engrudo, nuestra intención era no cejar hasta haber recuperado la novela robada dos noches antes. Se me ocurrió que éramos como don Quijote y Sancho Panza con un entuerto entre manos que desfacer, y así se lo hice saber a don Miguel, quien rio de buena gana.

—Que Dios te bendiga, Gonzalo. Si alguna vez el mundo llega a conocer a don Quijote será gracias a tus desvelos tanto como a los míos.

Eso me dijo. Y así lo consigno aquí para conocimiento de vuestras mercedes.

* * *

Nunca me pareció Madrid tan vasto, tortuoso y complicado como durante los siete días siguientes, que fueron los que empleamos don Miguel y yo en recorrer la ciudad en busca de indicios sobre el paradero de los dos ladrones. Baste decir que hasta entonces yo había pensado que conocía las calles de la Villa como las líneas sobre la palma de mi mano, pero transcurridas algunas horas de vagabundeos por plazas, callejones, corrales, riberas, travesías, pasajes, correderas y costanillas, llegué a pensar que no me encontraba ya en el Madrid donde había vivido desde la infancia, sino en alguna especie de arduo laberinto construido a semejanza de aquel célebre que se alzaba en Creta como morada del Minotauro, tal fue el grado de confusión que llegué a experimentar con tanto ir y venir.

Nuestro plan no era complicado, aunque sí laborioso. Pasaba por recorrer una por una todas las posadas, tabernas y bodegones de la Villa, pues tales son los lugares donde los madrileños se dejan ver con más asiduidad, ya se trate de gentes comunes o de gentilhombres. Tanto es así que quienes allí sirven y trabajan podrían establecer un censo de habitantes de la ciudad más fidedigno que cualesquiera de los acometidos por la Corona, pues no hay madrileño que no frecuente esta o aquella taberna o mesón, donde a buen seguro su vida y milagros serán tan conocidos como en su propia casa. El propio don Miguel, aun sin ser hombre proclive a vicios y excesos (salvando su debilidad por los naipes), era bastante aficionado a dichos lugares, y hasta su única hija, mi amada Isabel, había nacido a resultas de dicha afición, pues fue su madre esposa del dueño de una taberna que Cervantes frecuentaba (esposa y taberna). Pero creo que eso ya lo conté (disculpen vuestras mercedes a este charlatán). El caso es que don Miguel poseía un buen conocimiento de las casas públicas madrileñas, y para suplir las lagunas estaba yo, que tampoco le hacía ascos a un buen vaso de vino llegado el caso. Sin embargo, pronto comprendimos cuán cortos era nuestros cálculos del número total de dichos lugares. No sé si vuestras mercedes habrán oído esa letrilla que reza:

*Es Madrid ciudad bravía
que entre antiguas y modernas
tiene trescientas tabernas
y una sola librería.*

Siempre había tomado yo la cancioncilla por exagerada, pues sabía de buena tinta que la de mi amo no era la única librería de Madrid, ya que por lo menos había diez de ellas, aunque mucho peores que la de Robles, ocioso es decirlo. Lo que no podía imaginarme es que el autor del epigrama se había quedado corto también con el número de las tabernas, que más que trescientas debían de ser varios millares. A decir verdad, perdimos la cuenta de los establecimientos que visitamos, desde los de la

Plaza Mayor a los de la calle de Silva, pasando por la Cava Baja de San Francisco y la de San Miguel, o las calles del Caballero de Gracia y de la Montera, que innumerables son las calles de la Villa, y en todas ellas abundan las tabernas, y no parece sino que hubiera una para cada madrileño y aun para cada viajero y visitante, de tan excesivo que es su número. Y hasta extramuros las hay en abundancia, y son muy frecuentadas las situadas en el Prado de los Jerónimos y en el de los Recoletos Agustinos, donde se halla esa arboleda donde los madrileños gustan de pasear y dejarse ver cuando hace bueno. Incluso en los descampados más ruines de los que rodean la ciudad, *verbi gratia* el de la Cruz de San Roque, pueden encontrarse tabernas en las que se expende vino de baratillo. Es sabido que dichos lugares son refugio de pícaros y rufianes, y no es insólito que por un quítame allá esas pajas uno salga de ellos con el pellejo agujereado, o no salga en absoluto, pues corre el rumor de que muchos incautos de los que hasta allí se llegan no terminan sus días enterrados en sagrado, sino dentro de los pasteles de a cuatro que sirven en la misma taberna para acompañar el vino, cosa que no acabo yo de creerme aunque aquí la consigne.

Ahora pienso que don Miguel y yo debimos de gozar de la protección de algún santo por aquellos días, pues nuestras pesquisas no se limitaron a las tabernas de las calles más céntricas de la ciudad, que son las que tienen una clientela más respetable, sino también a las más alejadas e infames, aquellas que son centro de reunión de desolladores, matasietes y carne de patíbulo de todo género. Dudo que ni el borracho más impenitente de todo Madrid haya conocido tantas tabernas como don Miguel y yo durante aquellos días. Y sin embargo no recuerdo que tuviésemos el menor percance, y eso que a algunos de los individuos con los que nos cruzamos no me agradaría a mí encontrármelos por un callejón oscuro, ni tan siquiera por uno bien iluminado. Nuestro modo de obrar era siempre idéntico. Primero me dirigía yo al tabernero y le pedía permiso para colocar nuestro cartel en un sitio visible, por parecerme aquello de pegar carteles una ocupación más propia de un muchacho de mi condición que de un hombre respetable y entrado en años como era don Miguel. Y mientras yo me ocupaba del cartel, él trataba de tirarle de la lengua al tabernero y alguno de los parroquianos, les describía de viva voz a los dos caballeros y dejaba caer lo de la recompensa del librero Robles, que para aquellos días era una suma más que apetecible. Y a continuación vuelta a empezar en una nueva posada o taberna. Y así una vez y otra vez. Y tantas vueltas dimos que al cabo de varias docenas de tabernas todas empezaron a parecerme la misma, hasta que llegó un momento en que me venció la aprensión de que ya no estábamos visitando lugares nuevos, sino que en cada uno de los sitios a los que íbamos habíamos estado antes. Y así se lo hice saber a don Miguel, quien me confió que él había sentido el mismo temor, pero que perdiera cuidado, pues llevaba apuntadas todas las tabernas visitadas y le constaba que aún no habíamos repetido ninguna. Y como decía nuestras visitas se saldaron sin más

quebrantos que el de nuestras piernas, pero también sin el menor resultado para los propósitos que allí nos llevaban. Por ello, por constatar lo infructuoso de nuestras pesquisas, decidimos presentar batalla en otro frente.

No se nos había olvidado que, además de las tabernas, hay otros sitios a los que, antes o después todo el mundo acude, y me refiero a las parroquias, iglesias y conventos, pues no en vano es el nuestro un reino católico y temeroso de Dios, donde hasta el más ruin cumple con los preceptos de la Santa Madre Iglesia, como es el de oír misa cada domingo y fiesta de guardar. Y hete aquí que, junto a las puertas de dichos lugares santos, rarísimo es el no encontrarse a cierta harapienta fauna que monta guardia los siete días de la semana. Y como vuestras mercedes saben muy bien, estos no son otros que los pobres que subsisten a costa de las caridades de quienes allí acuden. Y aún diré más, a poco que nos fijemos, advertiremos que en la puerta de cada iglesia se halla siempre a los mismos pordioseros, exactamente los mismos y en el mismo número. No en vano los mendigos de Madrid y los de todas partes están organizados en cofradías, y son estas las que determinan el lugar que a cada uno le está asignado, siendo así que hay iglesias mejores y peores, más ricas o más pobres según quiénes formen sus feligresías o cuáles sean las órdenes religiosas que las sustenten, que en esto, como en todas las cosas humanas y divinas, existe también gran variedad. Y ocurre, por tanto, que quienes a ellas acuden pueden ser más o menos dadivosos conforme a este mismo principio rector, pues es sabido que a los ricos les complace dar limosna para de ese modo hacer ostentación de su riqueza y de su piedad, mientras que los pobres bastante tienen con ingeniárselas para echar algo comestible en el puchero. Y por ende ese mismo oficio de limosnear puede reportar sustanciosos beneficios o alcanzar apenas para malvivir, según sea la parroquia donde se ejerza, aunque no deseo extenderme más en el asunto por ser esta materia ardua y compleja, y por aquello de que doctores tiene la Iglesia, etcétera. Para lo que nos ocupa, lo que cuenta es que don Miguel y yo convinimos en que aquellos zarrapastrosos inquilinos de pórticos y zaguanes podían tornarse excelentes informadores, pues buena parte de sus ganancias depende de su habilidad para observar la naturaleza humana, sobre todo la de los más favorecidos, como parecía ser la condición de aquellos «caballeros» que sustrajeron nuestro manuscrito. Si esos dos pájaros rondaban por Madrid, raro sería que algún pedigüeño no hubiera reparado en ellos. Así que decidimos dedicar a recorrer iglesias todo el tiempo que no empleábamos en visitar tabernas, y no con ánimo de contrarrestar actos licenciosos con actos piadosos, pues ni en unas hallábamos solaz, ni paz espiritual en las otras, sino que ambas eran estaciones de un mismo vía crucis. Cierto es que las parroquias y conventos de Madrid no se cuentan por cientos, como sí ocurre con las tabernas, pero tampoco puede decirse que sean escasos, ya que subirán a varias docenas, y ante cada uno de ellos habrá su pequeña corte de pordioseros, corte que puede ser grande si el

sitio es rico y su feligresía generosa. No en balde llegó un punto en que, entre tabernas y conventos, la empresa de buscar a los ladrones comenzó a figurárenos semejante a la de encontrar la proverbial aguja en el pajar, algo así como el decimotercer trabajo de Hércules, tal era su dificultad, tan justas nuestras fuerzas para acometerla y tan escasos los resultados cosechados. Pues sepan vuestras mercedes de una vez que aquel interrogatorio que efectuamos entre los mendigos de la villa no sirvió de nada. Mejor dicho, sirvió para aligerar un tanto nuestras bolsas a base de limosnas, pues de otro modo aquellos pícaros se fingían mudos o tontos o locos y ni siquiera se dignaban escucharnos. También sirvió para que don Miguel y yo anduviésemos cerca de contraer pulgas y garrapatas, ya que son esas las únicas cosas que los pordioseros comparten con generosidad. Y, por último, para comprobar con nuestros propios ojos que hay tullidos que corren con pies más ligeros que el Pelida Aquiles, y que ciertos ciegos disfrutaban de mejor vista que Rodrigo de Triana, aquel sevillano que divisó la costa del Nuevo Mundo por vez primera.

En estos inútiles ires y venires invertimos una semana. Cada día, al ponerse el sol, regresábamos a la librería de Robles, cuyo despacho se había convertido en nuestro cuartel general. Y cada día las únicas noticias eran la fatiga renovada, el dolor de nuestros huesos y algunas ampollas nuevas que sumar a las que nuestros pies habían cosechado el día anterior. Ampollas sobre ampollas y agujeros en la suela de nuestros zapatos, pues estas eran más delgadas cada día a fuerza de rozarse con las calles de Madrid. Y llegó un momento en el que empecé a temerme que don Miguel no fuera capaz de resistir mucho más, pues lo notaba lánguido en el gesto y taciturno en el hablar, como si el abatimiento o la fatiga o las dos cosas sumadas le pesaran como una losa, y observé que había empezado a andar arrastrando los pies como si los llevara sujetos con grilletes, igual que esos galeotes de su novela. El librero, por su parte, nos decía que sus propias averiguaciones tampoco estaban dando fruto alguno, y eso que mi amo contaba con influencias y confidentes en todos los garitos y casas de juego de Madrid, y que aquellos dos granujas parecían aficionados a frecuentar lugares semejantes. Sin embargo, nadie parecía haberlos visto jamás, ni juntos ni por separado. «Es muy raro», decía mi amo Robles. «Si esos dos están o han estado en Madrid ya deberíamos haber dado con su pista, máxime habiendo recompensa de por medio». Y luego se rascaba la barba y repetía «raro, muy raro». Y tal cariz adoptó aquello que el quinto o sexto día empecé a maliciarme que don Miguel iba a tener razón en aquello de que jamás íbamos a dar con esos dos hombres, y todos nuestros esfuerzos, por muchos y repetidos que estos fueran, no podían tener otro horizonte que el del fracaso.

—Sé que suena improbable, pero empiezo a pensar que esos dos caballeros o granujas no estén ni hayan jamás estado en Madrid —dijo mi amo Francisco de Robles cuando el séptimo día de búsqueda ya se había cumplido.

—Pero los vieron huir en esta dirección. ¿Dónde podrían estar si no? —pregunté. El librero descargó un manotazo sobre la mesa.

—¿Y qué sé yo, don Sabelotodo? ¿Es que acaso el reino termina en Madrid? ¡Voto al diablo que más al sur hay otras ciudades! Y se cuenta que en algunas de ellas incluso habitan gentes cristianas. —Entonces miró a don Miguel con gesto contrito —: Quizás sea llegado el momento de darnos por vencidos. ¿Qué decís vos, Cervantes?

También yo miré a don Miguel, temeroso de su reacción y consciente a mi pesar de que lo que mi amo Robles acababa de decir podía ser cierto. Sin embargo, el alcaláino ni siquiera parecía haberlo oído. En aquellos instantes se acariciaba la barba y mantenía los ojos entornados, como si su mente estuviera a mucha distancia de nosotros.

—¿Cervantes? —insistió el librero alzando la voz.

Por fin don Miguel dio un respingo y nos miró.

—Estaba pensando...

—¿Sí? —pregunté instándolo a continuar. Pero mi amo Robles me exigió silencio con un gesto enérgico.

—Pensaba que tal vez esta búsqueda no haya dado resultado porque no hayamos sabido mirar en la dirección correcta.

—¿Y dónde más podríamos mirar? —inquirió mi amo—. En Madrid no hay mendigo, tabernero ni garitero al que no hayamos abordado. Ni tapia sobre la que hayáis olvidado pegar el condenado cartel. A decir verdad, no se me ocurre qué más podemos hacer para recuperar vuestra novela, salvo encomendarnos a Lucifer y ofrecerle a cambio nuestras almas inmortales, o al menos la de Gonzalo.

Me santigué, no fuera que algún demonio estuviera escuchando y se tomara en serio la chanza de mi amo el librero, al que me permití dirigirle una mirada de reproche por aquello de que con algunas cosas no se bromea. Mientras tanto, Cervantes no había dejado de acariciarse la barba.

—Escuchadme, Robles. Y tú también, Gonzalo. Desde el primer momento hemos estado buscando a dos gentilhombres, ¿no es así? —Ambos asentimos en este punto—. Decidme algo ahora. ¿Por qué hemos de dar por sentado que nuestros ladrones son de noble cuna?

Me atreví a responderle:

—Bien, mi señor. Vos los visteis y oísteis igual que yo. Esos dos sujetos vestían como caballeros y hablaban como caballeros. ¿Qué otra cosa podían ser sino tales?

Don Miguel me miró fijamente. Incluso creí sorprender una sonrisa en sus labios.

—Creo que tengo la respuesta para eso. Pero, antes, decidme: ¿Qué pensáis que estaban haciendo aquellos dos en la posada?

Robles resopló y puso los ojos en blanco. Yo, por mi parte, traté de figurarme qué

propósito podía tener la pregunta de don Miguel, aunque sin éxito.

—¿Tal vez se hospedaban en ella antes de reanudar su viaje? —respondí inseguro.

—No lo creo. Ni creo tampoco que nos los encontráramos en la posada por casualidad. Recuerda lo que el posadero nos dijo, Gonzalo. Dijo que llevaban allí varios días. ¿Qué podían estar haciendo allí, en mitad de ninguna parte, sino esperarnos?

—¿Esperarnos? ¿Para qué, señor?

—¿No lo adivinas?

Entonces volvió a entornar los ojos con gesto de astucia, el gesto de un jugador con una mano repleta de triunfos.

—¿Para robarnos el manuscrito? —aventuré inseguro de qué terreno pisaba.

Cervantes asintió vivamente y se dispuso a añadir algo, pero fue Robles quien tomó la palabra.

—¡Cada vez os entiendo menos, diantre! Ahora resulta que los caballeros ya no son caballeros. ¿Pues qué son si no? ¿Familiares del Santo Oficio?

—No, señor librero —repuso Cervantes lentamente, eligiendo cada palabra con cuidado—. No creo que el Santo Oficio haya intervenido en este asunto. Pero vos sabéis que existe cierto oficio el cual, sin ser propio de caballeros, obliga a quienes lo desempeñan a saber pasar como tales, de modo que un mismo hombre puede parecer un día un príncipe, y al día siguiente un villano. Y si conoce bien su arte quienes lo observan lo tomarán por uno o por el otro, según convenga. Os hablo de auténticos maestros del disfraz y del fingimiento. ¿No comprendéis a quién me refiero?

Los dos nos quedamos mirando a don Miguel boquiabiertos, pues ambos habíamos entendido hasta dónde lo habían llevado sus cavilaciones.

—Vayámonos a descansar ahora, Gonzalo. Y como novedad después de tanta taberna y tanta iglesia, ¿qué te parecería si mañana acudimos al corral del Príncipe?

CAPÍTULO VIII

Tarde de comedia

Ha**b**ía amanecido un domingo gris de principios del otoño, y don Miguel, hasomándose por la ventana para escrutar el cielo de Madrid, declaró: «Ojalá que la única lluvia que hoy caiga sea de pepinos», lo que provocó grandes risas entre mis hermanos pequeños. Tuve que explicarles que don Miguel y yo pensábamos ir a ver una comedia, y que era costumbre que cuando la obra no gustaba al público, este respondiera lanzando pepinos y otras hortalizas podridas al escenario. Y mientras tanto, don Miguel hacía exagerados gestos de enfado, y pateaba el suelo, y fingía estar lanzando algo que bien pudieran ser pepinos, lo que nos hizo reír a todos con grandes carcajadas, incluyendo a mi padre y a mi madre, puesto que la familia entera estaba reunida en torno a la mesa de la cocina.

Habíamos asistido todos a misa de doce. Durante la semana que había pasado con nosotros, don Miguel había sabido ganarse el corazón de mi familia. Mi padre y mi madre departían con él como si de un pariente cercano se tratase, y mis hermanos no se cansaban de oír sus historias de azares y trabajos en tierras lejanas, que eran tan emocionantes como las que pudieran leerse en cualquier novela. Aquel día, por ser domingo y como agasajo a nuestro anfitrión, mi madre había guisado un cordero, cuyos restos mondos y lirondos ya descansaban sobre la fuente. Habíamos dado cuenta también del dulce de arrope y de un buen rato de charla, hasta que por fin don Miguel dijo que más valía que nos apresurásemos, pues de otro modo llegaríamos tarde al corral del Príncipe, que distaba un buen trecho desde mi casa.

—Ah, sí —dijo mi padre—. He oído que hoy estrena Lope. ¿Sois aficionado a Lope, señor Cervantes?

—Disculpe, pero hemos de marcharnos, padre —dije poniéndome en pie para ahorrarle a don Miguel la respuesta—. ¿Estáis listo, señor?

Cervantes asintió y, tras levantarse a su vez, se dispuso a tomar su sombrero y su capa.

—Disculpad mi curiosidad —dijo mi padre—. Pero me he dado cuenta de que no lleváis espada. ¿Puedo preguntar el porqué?

Cervantes suspiró.

—La espada me la robaron en la posada durante nuestro viaje, junto con alguna otra cosilla de poca monta. Pero no es menester que os apuréis por ello.

—Ni las monjas deberían caminar hoy en día por Madrid sin espada, cuando menos un soldado como vos. Hacedme la merced de aceptar el regalo de este humilde herrero.

Y se encaminó hacia el arcón, donde rebuscó unos instantes hasta dar con lo que

buscaba. Después regresó sosteniendo un arma que depositó en manos de Cervantes. Era una espada sencilla pero de muy hermosa factura. Cuando don Miguel la extrajo de su vaina, la hoja centelleó con el brillo azulado del mejor acero.

—Un arma magnífica y valiosa —dijo Cervantes admirado de su temple, su ligereza y su equilibrio—. Merecería brazo más vigoroso que el mío. No puedo aceptarla, maese Córdoba.

—Insisto —dijo mi padre—. Ya no me encargan trabajos delicados como este. La hice por puro gusto y robándole algún que otro rato a mi descanso. No pude emplear oro ni plata en su manufactura. Solamente todos mis años de experiencia como herrero. Un capricho de viejo artesano, si gustáis considerarla así. ¿Y qué mejor mano que la vuestra para blandirla, señor? La mano de un soldado herido y distinguido en la gloriosa jornada de Lepanto. ¿Me haríais este honor, señor Cervantes?

Noté que a don Miguel se le empañaban los ojos y que la emoción le temblaba en la voz.

—El honor será mío —dijo ciñéndose la espada, a lo que le ayudé.

Luego ambos salimos y tomamos el camino de la calle del Príncipe, que es donde se encuentra ese famoso corral de comedias del mismo nombre.

* * *

Llegamos al corral del Príncipe sobrados de tiempo. O eso era lo que yo pensaba. No obstante, el hombre que cobraba en la puerta nos comunicó que el corral estaba a rebosar, que ya no quedaban localidades de asiento, y que si queríamos ver la comedia tendríamos que conformarnos con una entrada de pie entre los mosqueteros. Protesté airadamente, y luego traté de hacerle entender que no era don Miguel, ni por su edad ni por su condición, persona a la que se pudiera dejar ver la comedia de pie y entre la gente común, pues no son otra cosa los así llamados «mosqueteros». Pero a aquel mentecato no lo ablandaron mis quejas ni la canas de Cervantes. Es más, nos aseguró que ni el Duque de Lerma, ni el rey don Felipe ni el mismísimo Papa de Roma, si de pronto se presentasen, encontrarían localidad de asiento aquella tarde en el corral del Príncipe. Le repliqué que dudaba mucho de que tal cosa fuera cierta, y me disponía ya a ofrecerle una propina (que era sin duda lo que aquel granuja apetecía) cuando don Miguel me puso una mano en el hombro y me dijo que no le incomodaba quedarse de pie. Y luego, al oído, me susurró que para nuestros propósitos era mejor permanecer confundidos entre los mosqueteros, pues en un asiento resultaríamos mucho más visibles, lo que no nos convenía en modo alguno. Y con aquello me contenté, pues lo que allí nos llevaba era la pretensión de ver sin ser vistos.

Sin embargo, una vez dentro del corral comprobamos que el de la puerta no había

mentido. Quiero decir que allí no había ni un alfiler. Por no haber, creo que ni las pulgas habían, y hasta es posible que estas hubiesen desertado de sus huéspedes por sentirse sofocadas con tantas apreturas. Fue solo a fuerza de codazos y empujones como don Miguel y yo logramos abrirnos un hueco donde aposentarnos. La empresa nos costó lo nuestro, y no fueron pocas las imprecaciones que cosechamos por el camino. Pero al cabo logramos apoyar las posaderas sobre el brocal del pozo que había al fondo del corral, desde donde la vista del tablado resultaba algo dificultosa por la lejanía y por la profusión de sombreros y penachos, toda vez que buena parte de la mosquetería estaba compuesta de soldados y estudiantes, y es bien sabido que ambos son amigos de los tocados aparatosos. Gozábamos cuando menos de la ventaja de un sitio discreto y cercano a la salida, con el único riesgo de ser empujados por la multitud y dar con nuestros huesos en el fondo del pozo, lo que por suerte adelante que no sucedió. Por otro lado, no sé qué le parecería a don Miguel aquello de ver a todo Madrid reunido al reclamo de un estreno de Lope, cosa que a buen seguro (por mucho que me duela decirlo) jamás había ocurrido cuando eran sus comedias las que se representaban. Pero si no era plato de su gusto el presenciar el triunfo de su rival, mucho se guardó don Miguel de demostrarlo con palabras o con gestos. Antes bien se mantuvo quieto e impávido, con la mirada fija en el aún vacío escenario, ajeno a toda aquella algarabía que reinaba en derredor nuestro, tan grande que uno podía imaginarse que se encontraba en pleno fragor de una batalla, y cuya fuente no eran únicamente los ruidosos mosqueteros, sino también los que podían permitirse un asiento, incluyendo a la legión de mujeres que abarrotaba la cazuela, a las que oíamos cacarear y masticar avellanas sin tregua. Y, sin el menor asomo de decoro, algunas incluso les dedicaban miraditas lánguidas a los soldados (pues ¿acaso no dicen que del mirar nace el desear?) y, desde la atalaya de su galería elevada, usaban sus abanicos para mandarles recados por señas, y de ese modo encender sus ánimos e incitarlos al galanteo. Y mientras tanto aquella tarde de otoño parecía haberse tornado en primavera, pues las nubes se habían alejado y el sol refulgía en lo alto. Cierto es que se trataba de un tibio sol de octubre, y que su escaso brillo hacía innecesarios esos toldos que se corren en los meses de verano, pero bastaba no obstante para animar a los madrileños, quienes se revolvían como lagartijas sobre una losa de pizarra. Y no había quien no se mostrara nervioso con la inminencia de aquella nueva pieza de Lope, cuyo título era *La dama valenciana o El arte de nadar y guardar la ropa*, y sobre cuyo argumento corrían muchos y jugosos rumores. Así que las charlas y las risas y el griterío prosperaban dentro del corral del Príncipe de tal modo que uno apenas podía oír al que tenía al lado, y la multitud allí reunida era la más numerosa que yo hubiese visto jamás, salvo en los ajusticiamientos y autos de fe de la Plaza Mayor, con la diferencia de que aquellos son gratis, mientras que para ver esta comedia había que rascarse la bolsa. El caso es que de repente el estruendo se apagó

como por ensalmo. Luego hubo un breve pero impresionante silencio, y acto seguido restalló una gran exclamación, y todos señalaron hacia uno de los balcones que había sobre el escenario. Al elevar también nosotros la vista vimos que Lope en persona había hecho acto de presencia. Venía acompañado de su patrón y benefactor, el duque de Sessa, y se le veía tan digno y emperifollado que a decir verdad apenas se distinguía quién era el amo y quién el sirviente. Y entonces la multitud rompió en aplausos, y ello a pesar de que ni la comedia había empezado ni nadie la había visto aún, pero parecía bastar con que la hubiera escrito Lope para que ya fuese celebrada. Me volví hacia don Miguel justo a tiempo de sorprender en su cara una mueca de desagrado.

—Esto sí que es llegar y besar el santo —murmuró entre dientes al comprobar que los aplausos arreciaban y que se oían también vítores, a los que Lope, desde su balcón, respondía con sonrisas y con gestos de saludo, igual que un rey desde su carroza.

Pero entonces se oyeron unas notas de vihuela sobre el escenario y las aclamaciones amainaron, pues la comedia iba a empezar.

Fue una de las cómicas, seguramente la más entrada en años, quien se encargó de recitar la loa, cuyo propósito no era otro que el de apaciguar al público para que la representación pudiera dar comienzo. También encareció la benevolencia de los asistentes, aunque en vista del recibimiento triunfal que Lope acababa de cosechar, semejante petición se me antojó superflua. Aquel hombre se había ganado a los madrileños de tal manera que podía permitirse el lujo de fabricar las comedias como un charcutero fabrica sus morcillas, con la confianza de que todas ellas serían celebradas y elogiadas. Pensé en don Miguel, quien ahora fruncía el ceño a mi lado, y en las innumerables dificultades que había vivido y seguía viviendo, y se me ocurrió que el cultivo de las letras puede ser tarea harto ingrata, siendo así que la Fama escoge de forma caprichosa a sus elegidos.

La comedia arrancó con la aparición de una mujer que leía un libro. Vestía de negro, pero era bastante joven y muy hermosa, tanto que arrancó una ovación entre la mosquetería sin haber declamado aún ni un solo verso. «¡Mirad! ¡Es Isabel de Andrade, la querida de Lope!», oí que alguien exclamaba a mi lado. Y el descubrimiento de que aquella hermosa cómica y Lope se entendían no dejó de sorprenderme, pues lo que yo había oído era que el *Fénix*, casado a la sazón con una tal Juana Guardo, había tomado como protegida y amante a una actriz famosa por su hermosura, pero cuyo nombre no era Isabel de Andrade, sino Micaela de Luján. Y así se lo dije a don Miguel en voz baja.

—Se refieren a la otra querida de Lope —me respondió él encogiéndose de hombros—. Ya ves, Gonzalo, de qué pie cojea nuestro hombre. No bastándole con tener esposa y amante, se ha procurado a una tercera para cornificar a las otras dos y

alimentar así su vanidad y su fama de mujeriego.

Y a modo de confirmación, vimos cómo la tal Isabel alzaba los ojos del libro que fingía estar leyendo y le soplabá un beso al *Fénix* desde la punta de sus dedos, gesto al que este respondió desde el balcón con un ósculo de su propia cosecha. Y todo esto debió de ser muy del gusto del público, que no se había perdido detalle del intercambio entre ambos y aplaudía y vitoreaba de nuevo.

—A fe que es difícil determinar si la obra sucede sobre el escenario o fuera de él —gruñó don Miguel—. Pero guardemos silencio. Parece que la condenada viuda va dignarse por fin abrir la boca.

—¡*Celia!* ¡*Julia!* ¿*No me oís?* —había empezado a llamar la actriz desde las tablas, con lo que comprendí que, en efecto, aquella «viuda valenciana» estaba a punto de revelarnos qué era lo que la hacía merecedora de convertirse en el personaje principal de una comedia.

Asomó entonces otra mujer, algo más joven quizás, aunque mucho menos agraciada. Y como además vestía ropas más vulgares, todos comprendimos que se trataba de alguna criada de la primera.

—*Señora...*

—*Loca, ¿en qué andas?*

—*Ya vengo a ver lo que mandas...*

Del diálogo que siguió, supimos que el personaje de la señora se llamaba Leonarda, y que esta era una viuda joven que vivía en Valencia, ciudad que por cierto Lope conocía bien por haber pasado en ella algunos de los años de su destierro. La cuestión era que la tal viuda Leonarda había decidido no volver a tomar esposo, lo que contrariaba mucho a Julia, la criada, quien consideraba grandísima necedad que su ama desperdiciara los días de su juventud en lecturas piadosas, alejada del mundo y de sus placeres. *Collige, virgo, rosas*, como habría dicho el romano Ausonio.

—*Que, en fin, ¿no te casarás?* —preguntaba Julia exasperada.

Y Leonarda le respondía que ni siquiera le nombrara a los hombres, y le ordenaba que le trajera un cuadro que acababa de comprarle a un pintor, pues deseaba contemplarlo. Pero la astuta Julia, en lugar del cuadro, traía un espejo que colocaba ante el rostro de su ama:

*Acábate de ver,
verás lo que has de llorar
no lo pudiendo cobrar
si aquí lo dejas perder.*

Lo que fue muy del gusto del público, quien rio y aplaudió con ganas la treta de Julia, por más que todos supieran que aquella hermosura, lejos de echarse a perder, le

estaba sirviendo al afortunado Lope de solaz y entretenimiento una noche sí y otra también.

Continuó pues la comedia con la aparición de Lucencio, el viejo tío de Leonarda, también empeñado en que su sobrina tomara nuevo esposo. Y tras disputar con él, por fin esta confesó que si no casaba de nuevo no era tanto por piedad y recato cuanto por no consentir que algún galán advenedizo se beneficiara de sus tres mil ducados de renta, para luego dejarla de lado como a trasto viejo. Y, así, concluyó Leonarda:

*Y que mientras más me postro
me haga muy más apriesa
de dos títulos condesa:
Cocentaina y Puñoenrostro.*

Y a mí me parecieron estas razones muy discretas para que una viuda joven y rica rehusara atarse a otro hombre que la gobernara a ella y a su hacienda. Y también el público encontró muy de su gusto la valentía de Leonarda, ya que aplaudió su parlamento con tanto ardor que la representación hubo de cesar por breve tiempo, pues de haber seguido nadie habría sido capaz de oír lo que los cómicos decían.

En la siguiente escena encontramos a la viuda en la iglesia. Y hete aquí que esta posaba los ojos en un joven desconocido cuya visión inflamaba su corazón de deseo. Y no se le ocurría cosa mejor que enviar a su criado para que averiguara el nombre del caballero y el lugar donde vivía, y que luego, aprovechando que en la ciudad de Valencia se celebraban fiestas de máscaras, le propusiera acudir a un encuentro con ella. Pero el galán tendría que ir con la cabeza cubierta con un capirote, de modo que nunca llegara a saber quién era la dama ni en qué lugar residía. Y que si todo esto cumplía podría gozarla sin obstáculos.

Se me empezaba a figurar un tanto escabrosa la comedia. Aunque aclaro que eso no me parecía mal, sino todo lo contrario. Pero aun así noté que me subía el rubor a las mejillas por aquello de tener al lado a don Miguel, que era hombre mayor y de respeto, y al que yo tenía por algo anticuado. Y de hecho, al mirarlo de reojo, le vi fruncir el ceño con un disgusto que no obedecía a que los cómicos dijeran sus versos con torpeza o a que estos estuvieran mal medidos, sino al escándalo que le producía aquella historia, la de una mujer que no deseaba sujetarse a la férula de un hombre, aunque tampoco estaba dispuesta a renunciar al goce carnal. Entretanto, en el corral entero se había hecho el silencio y ya nadie reía, y pienso que era porque el público no sabía cómo encajar los atrevimientos del *Fénix*, que parecían desafiar el decoro y las buenas costumbres, por no hablar de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. En la cazuela, las mujeres se habían quedado tan pasmadas que habían dejado quietos sus abanicos, aunque algunas los usaban para taparse el rostro de modo que nadie

advirtiera su rubor. En cuanto a la mosquetería, más de uno se había quedado con la boca abierta y la baba colgando, no sé si por la sorpresa o por imaginarse en el lugar de aquel joven caballero que a punto estaba de recibir proposición tan tentadora. Y así fue como vimos entrar al antedicho galán con su sirviente, y que el criado de Leonarda se le acercó para abordarlo, y yo noté que el corazón se me aceleraba por la curiosidad de ver en qué paraba todo aquello. Y entonces, justo entonces, noté un dolor agudo en las costillas, en el lugar exacto donde don Miguel acababa de hincarme su codo izquierdo, el cual, a diferencia de la mano, lo tenía sano y ágil. Y también muy duro.

—¡Ay! —protesté.

—¡Es uno de ellos, Gonzalo! —exclamó él.

Lo miré sin comprender y vi a don Miguel pálido y con los dientes apretados. Y luego miré de nuevo hacia el escenario y vi a qué se refería.

—¡Que Satanás me lleve si no lo es! —repliqué entonces en el colmo del asombro.

Pues acababa de darme cuenta de que don Miguel tenía razón: el cómico que representaba el papel del galán del que la viuda se había encaprichado no era otro que uno de los dos caballeros de la posada o, lo que es lo mismo, uno de los ladrones del manuscrito de *El ingenioso hidalgo*.

* * *

Faltaría a la verdad si dijera que me enteré del resto de la comedia. Tampoco recuerdo gran cosa del entremés. Lo único que puedo asegurar es que al final Leonarda desposaba a Camilo —que no era otro el nombre del galán encarnado por nuestro cómico-ladrón— y que todos festejaban el feliz desenlace con un baile, como corresponde hacer en una comedia. De lo ocurrido antes de eso, sin embargo, no tengo ni idea, pues la menor de mis preocupaciones en aquel momento era si Leonarda se salía o no con la suya. Y si acaso el asunto despierta la curiosidad de vuestas mercedes, bastaría para saciarla con que consulten las comedias de Lope, que las publicó en nosecuántos tomos. Y si luego no le encuentran utilidad a tanto tomo de Lope, siempre los pueden usar para calzar alguna mesa coja o para encender la lumbre. Pero me estoy yendo del asunto, que no es otro que la caza de nuestro ladrón trasmutado en cómico (o viceversa), quien desde el escenario seguía recitando sus versos sin sospechar que había dos pares de ojos que no lo perdían de vista, y no precisamente por sus habilidades dramáticas, que de ellas ya habíamos tenido cumplida muestra algunas fechas antes. Así pues, don Miguel había acertado en lo de que todas nuestras pesquisas, tanto las tabernarias como las eclesiales, habían fracasado porque los supuestos caballeros no lo eran en realidad, sino tan solo dos

rufianes que se habían hecho pasar por gentilhombres. Y dado que entre el gremio de los cómicos no escasean los granujas, y que además son los actores gente acostumbrada a pasar por lo que no es, don Miguel no había hecho más que sumar dos y dos. Y de ahí que ambos estuviésemos hoy en el corral del Príncipe, y no por ver la comedia, sino para darle caza a cierto pájaro asaz habilidoso en disfrazarse con plumas ajenas. Porque no en vano dicen aquello de que cómicos y abogados lo mismo hacen de moros que de cristianos.

Concluyó al fin la comedia con grandes muestras de complacencia del público, que aplaudió con entusiasmo y vitoreó hasta la ronquera, y luego no se conformó hasta que Lope abandonó su balcón y descendió al escenario para cosechar su triunfo, lo que hizo sin que fuera menester rogarle demasiado. Y como el espectáculo ya no era de mi gusto, me volví hacia don Miguel para consultarle con la mirada acerca de nuestro siguiente paso.

—Salgamos ahora, Gonzalo. Y busquemos un sitio discreto donde aguardar a nuestro cómico, al que no debemos dejar de dar parabién por tan meritoria interpretación.

* * *

Abandonamos el corral mientras Lope aún recibía su baño de gloria, y buscamos el amparo de una calleja cercana desde donde poder observar la puerta sin ser observados. Vimos salir a la multitud de espectadores, quienes parecían muy felices con la comedia que acababan de ver y conversaban sobre ella con gran entusiasmo, evocando los momentos que a cada cual le habían parecido mejores y hasta repitiendo versos de memoria. Luego la calle se quedó vacía, pues la noche se avecinaba y la mayoría de la gente prefiere que la oscuridad no le sorprenda fuera de su casa, pues, como dicen, en lo oscuro nada está seguro. Me refiero, claro está, a la gente de bien.

—¿No se nos habrá escapado? —pregunté nervioso.

Don Miguel negó con la cabeza.

—Los cómicos aún tardarán en abandonar el corral. Han de despojarse de los atuendos de la representación y vestir sus ropas normales. Y no me extrañaría si aún tardaran un poco más. Si la comedia ha tenido éxito, es costumbre que la compañía celebre el estreno junto al poeta, y no es raro que dicha celebración comience en el propio corral. Ahora estarán vaciando las primeras jarras de vino. Luego los veremos salir camino de alguna taberna. Espera y verás.

—¿Cómo lo supisteis, señor? ¿Cómo pudisteis adivinar que los caballeros no eran tales, sino eran actores que pretendían serlo?

Cervantes entornó los ojos y sonrió.

—Ya barrunté algo raro en la misma posada. Igual que ocurre entre las gentes

comunes, caballeros los hay de muchas clases. Los hay ricos y pobres, honrados y canallas, virtuosos y dados a los vicios. Lo que jamás he visto, ni siquiera cuando se trata de un gentilhomme arruinado, pobre como una rata, es que un caballero no se haga acompañar de su criado, que siempre se las arreglan estos para encontrar a algún desgraciado dispuesto a servirles, aunque su único pago sea el hambre.

Recordé yo entonces a aquel caballero que aparece en la novela de Lázaro de Tormes, la que tanto le complacía a mi primer amo, el párroco de Lucena. Tan pobre era el hombre aquel que daba en guardar migas de pan duro para esparcirlas por su barba y de ese modo fingir que había comido. Y, sin embargo, el desdichado Lázaro había entrado a su servicio, aun sabiendo que cada uno de sus sucesivos amos le haría pasar más hambre que el anterior.

—Es cierto que iban sin criados —dije admirado—. Y que eso es algo tan impropio de caballeros como el viajar desnudos. Pero ¿por qué no revelasteis antes vuestro hallazgo? De ese modo nos habríamos ahorrado tener que ponerles suelas nuevas a los zapatos, que a fuerza de fatigar tabernas y templos han quedado estas tan delgadas que tanto daría si caminásemos descalzos.

Don Miguel se mostró afligido.

—Ay, Gonzalo, te pido perdón por tantas fatigas como estás padeciendo por mi causa. Nunca nadie fuera tan bien servido a cambio de tan poco.

—¿Salvo quizás don Quijote, señor?

Don Miguel rio.

—Puede que algún día el bueno de Sancho y tú recibáis vuestra ínsula. En cuanto a por qué no caí antes en que los ladrones no eran caballeros, solo puedo responderte que ojalá mi ingenio fuera el de cuando tenía veinte años, pues entonces no habría tardado todo este tiempo en comprender lo que era hartamente evidente. Pues ¿qué otra cosa podían estar haciendo aquellos dos en la venta sino esperar nuestra llegada?

—Nuestra llegada y la de don Quijote.

—En efecto, Gonzalo, bien podríamos decirlo así. Recuerda lo que dijo tu amo Robles, al que adornan muchas virtudes, pero no la de ser el varón más discreto de la Villa: todo Madrid estaba al corriente de que el manuscrito de Cervantes venía desde Valladolid. Era cuestión de sentarse a esperarlo. Lo que sin duda habría hecho cualquiera que deseara mi mal o el del librero Robles.

—¿Pero qué podían tener esos dos cómicos contra vos o mi amo? —pregunté sin acabar de comprender—. ¿Acaso tenían alguna cuenta pendiente con vos?

—Eran tan solo esbirros, Gonzalo. Y ahora callemos, no vaya a escaparse la pieza por falta de celo de los cazadores.

Y con aquello hube de contentarme.

* * *

Aún fue menester esperar un buen rato hasta que los cómicos abandonaron el recinto del corral. Lo hicieron en grupo, con lo que se frustró nuestro propósito de seguir al ladrón y darle caza en algún lugar oscuro y discreto. La calle del Príncipe estaba casi desierta a esas horas del anochecer, pero con la irrupción del cortejo pareció recobrar la animación del mediodía, tal era el bullicio de risas y canciones que traían consigo. El grupo era numeroso, de veinte o más, lo que significaba que no todos eran cómicos, sino que otros de los que trabajaban en la compañía se habían sumado a la celebración. Y en cabeza de todos ellos marchaba el mismísimo Lope, a quien se le veía tan pagado de sí mismo que no parecía pisar la tierra de la calle como el resto de los mortales, sino levitar dos o tres palmos por encima de ella, y aun así se las arreglaba para no soltar la cintura de la bella Isabel de Andrade, que había trocado los lutos de la viuda Leonarda por galas más vistosas, y apretaba su hermoso cuerpo contra el del *Fénix* con un abandono propio de una mujer poco honesta o muy ebria o ambas cosas a la vez. Por suerte, también distinguimos al ladrón, cuyo nombre habíamos averiguado gracias a un cartel clavado en la puerta del corral, en el que figuraba el reparto de *La viuda valenciana*. Nuestro falso caballero se llamaba Ginés (un nombre que según don Miguel le sentaba como un guante a un canalla), y su apellido era Pérez. Ginés Pérez, tal era la gracia de la pieza que el señor Cervantes y un servidor nos habíamos propuesto cobrar aquella noche. Pero antes iba a ser necesario esperar el momento propicio.

Ni que decir tiene que don Miguel y yo nos adentramos en las sombras del callejón que nos servía de refugio, y que desde allí vimos pasar al grupo. Aclaro, sin embargo, que no emprendimos de inmediato su persecución, sino que les dejamos seguir hasta que entre nosotros y ellos hubo distancia suficiente para no ser advertidos. La oscuridad, mayor a cada momento, y nuestras capas completarían nuestra cobertura. Por otro lado, era imposible perderlos por aquellas calles casi vacías, máxime cuando sus chanzas y risas, en las cuales perseveraban, debían de ser audibles desde la otra punta de Madrid. Tras ellos marchamos hacia el norte, hasta llegar a san Jerónimo, y allí torcimos a la izquierda en dirección a la Puerta del Sol.

—Irán a alguna taberna de las que hay en la vecindad de la Montera —aventuró don Miguel.

Y así fue, porque tras recorrer dicha calle y alcanzar la placita que llaman de la Red de San Luis, tomaron la calle de san Martín y fueron a recalar en un mesón que se conoce como el del Águila, el cual ocupaba y sigue ocupando el bajo de la segunda casa de dicha calle, casi haciendo esquina. Y hasta allá los seguimos mientras las últimas luces de la tarde cedían paso a una noche cerrada y todavía sin luna, y los viandantes quedaban reducidos a unas pocas sombras furtivas. Antes de verlos desaparecer, observamos que Lope se detenía delante de la puerta del mesón para leer un cartel allí clavado, el mismo cartel que nosotros habíamos dejado dos o tres días

antes. La distancia que nos separaba de ellos nos impidió oír sus palabras pero, dijera lo que dijese, los cómicos debieron de encontrarlo muy ingenioso, pues lo celebraron con risas. Don Miguel gruñó junto a mí.

—Parece que la naturaleza del documento perdido y reclamado por el librero Robles ya no es ningún secreto —dije en susurros.

—Por lo menos no lo es para Lope —repuso él.

Nuestro hombre, el tal Ginés Pérez, fue el último en entrar. Hasta en aquella penumbra crepuscular era fácil reconocerlo por la pluma verde que adornaba su sombrero. Antes de desaparecer dentro del mesón, lo vimos detenerse y levantar la vista ante el sobredicho cartel. Pareció considerarlo durante unos instantes. Luego la calle quedó desierta.

—¿Y ahora qué, don Miguel?

—Ahora toca esperar de nuevo, Gonzalo. Ellos festejan, nosotros esperamos.

La noche era serena, pero empezaba a notarse cierto relente y me arrebujé en mi capa. Era la primera vez en mi vida que participaba en la caza de un hombre, pero no sentía temor por ello. Solo la impaciencia de arreglar algunas cuentas pendientes con maese Pérez, cómico de oficio y ladrón por vocación. Y me juré que esta vez el encuentro no habría de saldarse con nuestro apaleamiento, sino acaso con el suyo.

* * *

Oímos dar las nueve en el reloj del cercano convento del Carmen, y luego las diez. Yo empezaba a tener frío y hambre, y me imaginaba al grupo de Lope y los cómicos regalándose el gazzate a base de vino y succulentas viandas, y celebrando su triunfo con risas y canciones. Hasta nuestro oscuro escondite llegaban sus voces y los rasgueos de las guitarras, mientras que la única música que nos acompañaba a don Miguel y a mí eran los lamentos de mis tripas, que llevaban tiempo ya pesarosas por no haber recibido las debidas atenciones. Pero si don Miguel, a sus casi sesenta años, era capaz de arrostrar el frío, el hambre y la espera sin una queja, ¿acaso tenía yo venia para quejarme cuando no había cumplido aún los veintiuno? La luna, entretanto, había asomado sobre los tejados y bañaba la ciudad con su resplandor de plata. Varios perros entablaron un coloquio de ladridos a lo lejos. Dieron las once y oímos que los gatos de la calle se disputaban a una gata en celo. Luego oímos pasar la ronda. Y por fin, tan solo el silencio. En la vecindad de la medianoche, el río de las horas parecía haberse detenido, y se me ocurrió que don Miguel y yo nos asemejábamos a dos caballeros andantes que velaban sus armas, como don Quijote en aquella venta a la que llegaba en su primera salida. Era un hermoso pensamiento, pero es en momentos tales cuando a nuestra carne le complace recordarnos que es ella la que dispone y nos gobierna.

—Don Miguel —susurré no sin algo de vergüenza—. Disculpe vuestra merced, pero he de ausentarme.

Mi propósito era buscar el amparo de un callejón aledaño para vaciar la vejiga, pero en ese instante el señor Cervantes me asestó uno de esos codazos suyos que ya conocía y había aprendido a temer.

—¡Chis! ¡Calla, Gonzalo! ¡Que aquí viene el muy bribón!

Y, en efecto, al mirar hacia la puerta del mesón del Águila, comprendí que tendría que esperar para hacer aguas, pues el hombre al que esperábamos acababa de salir. Iba embozado en su capa, pero la luz de la luna bastaba para distinguir el color verde de la pluma que adornaba su sombrero. Permanecimos al acecho mientras veíamos a nuestro amigo Ginés alejarse. La caprichosa fortuna nos había sonreído al permitir que el ladrón abandonara el convite sin compañía. Sin embargo, no habíamos tenido la precaución de trazar plan alguno para actuar cuando llegase el momento. Me di cuenta de que don Miguel vacilaba, inseguro de si el proceder más acertado sería seguirlo hasta su casa o bien aprovechar la oscuridad para abordarlo en plena calle. Pero mientras tanto Ginés ya se había adelantado un buen trecho, y no era cuestión de dejar pasar más tiempo en elucubraciones, pues corríamos el riesgo de perderlo.

—¡Vayamos tras él y Dios dispondrá! —me apremió el señor Cervantes.

Y ambos nos precipitamos, cual pareja de malhechores, en pos de quien lo era de verdad, esto es, de Ginés, cuya ruta parecía consistir en desandar lo andado horas antes. Lo seguimos a lo largo de la calle de la Montera, procurando mantener la distancia mientras se nos ocurría cuál habría de ser el mejor modo de obrar, y buscando siempre el abrigo de muros y soportales, no fuera a percatarse de que era perseguido y emprendiera la fuga. Luego, al desembocar en la Puerta del Sol, lo vimos torcer hacia la izquierda. Y entonces ocurrió que una nube acertó a pasar ante la luna, con lo que la oscuridad inundó la plaza. Fueron tan solo unos instantes, pero bastaron para que nuestro hombre se evaporara. Cuando la luz regresó, comprobamos que se había perdido de vista. Ni rastro de él.

—¡Voto al diablo! —maldijo don Miguel, y lo vi emprender la carrera hacia el lugar en cuyas inmediaciones habíamos tenido la última visión del embozado de la pluma verde: la iglesia de Nuestra Señora del Buen Suceso, cuya fachada cerraba la parte oriental de la Puerta del Sol. Corría como si por ensalmo hubiese recuperado el vigor de sus años mozos, lo que me sorprendió en modo tal que aún tardé unos segundos en reaccionar y echar a correr tras él. Lo alcancé ante el pórtico de la iglesia, donde se había detenido, inseguro de qué camino tomar. Don Miguel jadeaba y giraba la cabeza en todas direcciones.

—¡Lo hemos perdido! —se lamentaba.

Y yo comprendí que bien podía ser que Ginés nos hubiese burlado.

El lugar era un laberinto, un monumento a la confusión. Como tantas otras cosas

en Madrid, la iglesia del Buen Suceso se había quedado sin terminar. ¿Qué sentido tenía construir en la Villa cuando la Corte se había mudado a Valladolid? Era a orillas del Pisuerga donde los nobles gastaban ahora sus ducados, pues allá estos les procuraban más lucimiento y alimentaban mejor su fama. Entretanto, en Madrid muchas obras habían quedado inconclusas, como esta iglesia del Buen Suceso aledaña al hospital del mismo nombre, apenas un esqueleto de edificio, huérfano de techumbre, desnudo de revoque, asediado de andamios. Únicamente la fachada parecía enteramente terminada, pero a través del hueco de la puerta eran visibles las estrellas. En suma, se trataba de un lugar espectral que, en el silencio de la noche, ponía los pelos de punta, y yo no terminaba de ver la conveniencia de quedarnos allí más tiempo, ahora que el pájaro había volado. Y así me disponía a participárselo a don Miguel, que seguía escudriñando la noche cual búho en busca de un ratoncillo para su cena, cuando de súbito oímos una voz a pocos pasos de nosotros:

—¿Me buscaban, señores?

Volvimos la cabeza hacia la puerta de la iglesia y vimos que del oscuro pórtico se desprendía una sombra. Y al alcanzar la zona iluminada, la sombra se reveló como Ginés Pérez, nuestro hombre de la verde pluma.

Lo miramos y él nos miró. Y solo entonces acertó a reconocernos, pues vimos que en su rostro se dibujaba un gesto de sorpresa, y creo que también de alarma. Sin embargo, como el actor que era, supo camuflar sus pensamientos y nos mostró los dientes en una sonrisa desafiante.

—¡Vaya, vaya! ¿Pero a quién tenemos aquí? Nada menos que al viejo señor Cervantes y a su perro faldero. Y yo que pensé que eran ladrones quienes me perseguían.

—¡Aquí tú eres el único ladrón! —gritó don Miguel—. ¡Devuélveme lo que tú y tu compinche me robasteis!

La risa de Ginés resonó en la plaza desierta.

—Cuánto ruido por unos papeles inservibles. Ya he visto vuestros carteles por todo Madrid. Cualquiera diría que os arrebatamos un tesoro. En fin, ya habéis encontrado a uno de los dos caballeros que buscabais. En cuanto a mi compadre Pablo, temo que se halle a muchas leguas de distancia, pues ahora viaja con su compañía rumbo a corrales de Valencia. Así que tendrá que bastaros conmigo. Y también con mi querida amiga, claro está.

Y en ese punto lo vimos echarse la capa sobre los hombros y desenvainar una espada cuya hoja centelleó bajo la luz de la luna. Luego Ginés estiró el brazo apuntando hacia nosotros con su arma. Confieso que el miedo me hizo dar un paso hacia atrás. Don Miguel, en cambio, no se movió de donde estaba:

—Me sorprendes, actorcillo de tres al cuarto —dijo—. Pensé que preferirías esperar a que me fuese a la cama para poder atacarme mientras estoy dormido e

indefenso.

Ginés frunció el ceño y comenzó a avanzar blandiendo su acero. En ese momento don Miguel desenvainó la espada que mi padre le había regalado pocas horas antes, aunque parecían haber transcurrido años desde ese momento. Se movió con una rapidez que yo jamás hubiese creído posible en un hombre de su edad, y en un abrir y cerrar de ojos había adoptado la posición en guardia, con las rodillas flexionadas, los pies en ángulo recto y el brazo armado apuntado hacia el adversario, listo para repeler cualquier acometida. Allí estaba el soldado de nuevo. Ginés parpadeó sorprendido.

—Vamos, vamos, Cervantes, no os enojéis —dijo en tono falsamente conciliador—. Vuestros días en la milicia quedan muy lejanos y no deseo que salgáis herido del lance. Arreglemos esto como hombres de bien.

—¡Mi manuscrito, perro! —repitió don Miguel, y las palabras brotaron como chirridos a través de sus dientes apretados.

Ahora ambos hombres estaban a unos pocos pasos de distancia, con las espadas en alto, preparados para trabarse en combate. Solo faltaba que uno de ellos tomara la iniciativa. Y fue Ginés quien lo hizo, de un modo repentino y traicionero que no perseguía sino aprovechar la sorpresa y resolver la riña de una sola estocada. Por fortuna, quien ha sido soldado sabe anticiparse a tales maniobras, así que no fue el pecho del señor Cervantes lo que la hoja del cómico encontró, sino el acero de su espada. Con un preciso movimiento de muñeca y un rápido giro de su cintura, don Miguel había conseguido repeler la acometida de su adversario, quien de pronto se vio desequilibrado, trastabilló y cerca estuvo de caer de bruces. Sin embargo, como hombre de honor que era, don Miguel no quiso aprovechar la ventaja que le daba el tropezón de su rival, sino que prefirió apartarse, ponerse en guardia y darle tiempo para recuperar la posición. Ahora volvían a estar como al principio, y yo no podía sino mirarlos como quien contempla las imágenes de una pesadilla, aterrorizado, incapaz de mover un párpado.

Pasaron unos segundos que los rivales aprovecharon para medirse y estudiarse. Y luego todo ocurrió con tanta rapidez que apenas soy capaz de recordarlo, y mucho menos de relatar la refriega en todos sus detalles. Chocaron de nuevo los aceros, esta vez con violencia tal que, aunque mi papel no era otro que el de espectador, muy cerca estuve de caer al suelo de puro sobresalto. El ruido del metal contra el metal era atronador, pues las fachadas de la plaza vacía lo multiplicaban en modo tal que no parecía sino que se hubiese desatado una tempestad de hierro. Y para reforzar dicha impresión, el choque de las hojas hacía saltar grandes chispas que iluminaban la escena con un fulgor discontinuo, como de relámpagos. Ambos eran diestros espadachines. Don Miguel se lo debía a su experiencia y a su pasado guerrero. En cuanto a Ginés, es cosa sabida que los cómicos han de conocer a fondo la esgrima, pues es esta destreza necesaria para su oficio. Si me paro a pensarlo, pudiera ser que

la habilidad de don Miguel con la espada fuera incluso mayor. Pero, ay, Ginés era al menos treinta años más joven, y por ello mucho más vigoroso. Y tan abultada diferencia de edades se tornó pronto evidente, toda vez que las paradas y fintas y estocadas de don Miguel empezaron a ser más lentas y débiles, mientras que las de su rival parecían más violentas a cada instante. Y muy pronto la respiración del señor Cervantes se hizo tan trabajosa que sus jadeos comenzaron a oírse sobre el estrépito de las espadas. Mi señor estaba al borde del agotamiento y no aguantaría mucho más. Entonces Ginés debió de comprender su ventaja, lo que multiplicó sus fuerzas, y comenzó a arremeter contra don Miguel con una furia asesina ajena a la caballerosidad o a cualquier miramiento propio de hombres de honor. A mi señor no le quedaba más alternativa que cubrirse de aquel diluvio de golpes del modo que Dios y sus menguadas fuerzas le permitieran, lo que parecía resultarle más difícil cada segundo que transcurría. En seguida comenzó a perder terreno y comprendí que aquello no habría de durar mucho.

¿Y que había hecho yo entretanto? Nada. Para mi vergüenza, nada en absoluto. El espanto se había apoderado de mí en extremo tal que me impedía menear ni un solo dedo. Además, aquel clérigo de mi infancia, el que me enseñó a leer y escribir, no pudo instruirme también en los secretos del arte de la esgrima, siendo esta una destreza ajena a su ministerio. Y después, con los años, jamás tuve yo tiempo ni ocasión ni ganas de buscarme un maestro, pues no me pareció que para ser aprendiz de librero el manejo del estoque fuera a serme útil. Lo mío eran las letras y no las armas. Y por ello ahora me sentía como un perfecto botarate, allí plantado sin saber qué hacer mientras mi señor y amigo padecía aquel trance que bien podía dejarlo muerto o muy malherido. Miré desesperado a mi alrededor, pero no vi a nadie que pudiera socorrernos. Muchos de los vecinos de la Puerta del Sol debían de haberse apercebido de la refriega. No obstante, sus ventanas permanecían cerradas a cal y canto, pues el madrileño es hombre que procura no meterse en asuntos ajenos, sobre todo cuando estos transcurren en mitad de la noche y con el concurso de espadas desnudas. Se me ocurrió entonces llamar a gritos a la justicia, pero comprendí que don Miguel nunca lo aprobaría. Además, en el improbable caso de que los corchetes se presentasen a tiempo de detener la lucha o remediar aquel drama del modo que fuera, ¿qué podríamos contarles? Nosotros éramos dos y nuestro adversario estaba solo. ¿Y quiénes sino don Miguel y yo pareceríamos los malhechores, puesto que lo habíamos seguido cuando él volvía de festejar pacíficamente con sus amigos? «¡Es un ladrón, señor alguacil! ¡Nos robó un libro!». No sonaría aquello convincente a oídos de un oficial de la justicia.

Y mientras todos esos pensamientos desfilaban por mi mente en tropel, ocurrió lo que yo más temía. Y fue ni más ni menos que a don Miguel le vencieron sus años y su fatiga. El caso es que lo vi tropezar y caer de espaldas. Y como la mano izquierda

la tenía inútil, por puro instinto trató de usar la derecha para parar el golpe contra el suelo. Así que tuvo que soltar la espada. Y ahora traten vuestras mercedes de pintar en su imaginación el cuadro al que me enfrenté, con mi señor Cervantes tumbado panza arriba sobre la tierra, exhausto e inerte, y el granuja de Ginés soltando una risotada y cerniéndose lentamente sobre su cuerpo, mientras apuntaba con su estoque hacia la parte del pecho que aloja el corazón. No sé muy bien qué ocurrió ni cómo fui capaz de moverme con semejante rapidez. El caso es que junto a mí había un montón de cascotes y ladrillos rotos que habían quedado abandonados cuando se interrumpieron de las obras de la iglesia. Y de pronto mi mano derecha tomaba uno de esos ladrillos, asaz pesado. Y al instante siguiente dicho ladrillo volaba hacia la cabeza de Ginés, que parecía haberse olvidado de mí por completo. Y por fin hubo un golpe seco y el sonido de un cuerpo inerte chocando contra el suelo, igual que un fardo.

Aún tuvieron que transcurrir unos segundos hasta que me di cuenta de que don Miguel se hallaba a mi lado, y de que aquel que estaba echando una siesta a nuestros pies no era otro que nuestro amigo Ginés Pérez, aventajado discípulo de Caco.

—No ha sido muy heroico —observó el señor Cervantes.

—No, no lo ha sido —convine yo.

—En fin —concluyó él.

Y tras tan lacónico coloquio, posó su mano en mi hombro y lo apretó con toda la fuerza de su afecto. ¿Para qué más palabras?

Luego arrastramos al durmiente hasta un lugar más discreto, al amparo de las obras del Buen Suceso. Y ya solo quedaba esperar hasta que maese Pérez tuviese a bien despertarse. Si lo hacía.

* * *

Ginés volvió en sí incluso antes de lo que yo pensaba. Y confieso que me sentí aliviado cuando lo vi abrir los ojos, pues el impacto del ladrillo contra su calavera había sido tan contundente que bien pudiera haberlo dejado en el sitio (lo cual, dicho sea de paso, no habría sido una gran pérdida ni para el mundo en general ni para el mundillo de la farándula en particular, pero a uno lo criaron en el temor de Dios y tiene su conciencia, qué diantre). La cuestión es que apenas habían pasado unos minutos desde el poco glorioso vuelo del ladrillo cuando ya tenía los ojos abiertos, aunque en los primeros instantes no parecía capaz de fijar la vista y luego, cuando logró vernos por fin, no dio señales de comprender ni quiénes éramos ni qué demonios le había pasado. Ahora bien, bastó con que don Miguel colocara la punta de su espada a menos de un palmo de sus ojos para que su cabeza se aclarara por completo en cuestión de segundos.

—No os precipitéis, señor Cervantes —dijo Ginés melifluo—. Ambos somos

gente razonable y podemos arreglar este asuntillo sin más quebrantos. ¿No lo creéis así?

Como toda respuesta, don Miguel desplazó su espada hasta la garganta del cómico y dejó que la punta se posara allí suavemente. Ginés se puso rígido.

—¡Os lo ruego! —gimoteó—. No penséis que teníamos algo contra vos o contra vuestro amigo. Fue solamente un encargo. ¡Nos pagaron!

—¡Eso ya lo sé, miserable! —dijo don Miguel con voz helada, una voz que hizo que me rechinaran los dientes—. Lo que deseo saber ahora es dónde está mi manuscrito y quién os contrató para que me lo robarais. ¡Dímelo ahora mismo o te rebano el pescuezo!

Miré a don Miguel y me costó trabajo reconocerlo. Bajo el resplandor espectral de la luna, su cara era la de una gárgola catedralicia: una máscara dura y cruel, la cara de alguien resuelto a conseguir su propósito a cualquier precio. Pensé (y que Dios me perdone) estar contemplando el rostro de un asesino. ¿En qué se parecía don Miguel ahora a aquel hombre triste y amable, a aquel caballero de modales reposados que yo creía conocer bien? Comprendí entonces cuán cierta es esa sentencia según la cual cada hombre encierra a muchos otros dentro de sí. Y también que debían de ser muy grandes las esperanzas que don Miguel tenía depositadas en su manuscrito, pues de otro modo no acertaba a explicarme que se hubiera producido en él semejante transformación. Lo que ignoro es si Ginés era consciente de la gravedad de su estado. Aun hallándose a nuestra merced, tumbado sobre el suelo y con la fría punta de acero posada en su garganta, tal vez no acabara de creerse que aquel anciano representara un peligro para él. De otro modo, quizás no hubiese tratado de salir del trance con un embuste:

—Era un hombre al que ni mi compañero ni yo habíamos visto jamás. Nos prometió cien reales a cada uno y nos dijo que os esperásemos en aquella posada. No bien hubimos cumplido el encargo volvimos a Madrid, le entregamos esos papeles y cobramos lo pactado. Pero nada os puedo decir sobre ese hombre ni sobre el destino de esos papeles que llamáis vuestro manuscrito. ¡Lo juro! El dinero que os quitamos lo repartí con Tomás y ya lo gasté, pues a decir verdad no era mucho. Si lo deseáis puedo devolveros vuestra espada, que aún conservo.

—No es preciso —repuso Cervantes—. Esta que tengo es un arma excelente. Comprueba tú mismo el temple de su acero.

Y luego, ante mi mirada atónita, presionó la hoja de su espada contra el cuello de Ginés. Siendo él antiguo soldado y hombre ducho en las armas, imagino que supo calcular la fuerza que empleaba y elegir un punto donde la herida no resultara letal. Aun así, me sobrecogió el horror cuando vi cómo la punta de acero penetraba en la garganta del cómico, y me preparé para ver brotar de ella un surtidor de sangre, cosa que no ocurrió, gracias sean dadas al Altísimo. Cuando don Miguel volvió a extraer

la hoja, lo único que brotó de la herida fue un hilillo rojo. Comprendí que había sido apenas un pinchazo, pero bastó para que Ginés aullara de dolor y de miedo. El cómico acababa de comprender que don Miguel no amenazaba en vano. El problema es que el pánico lo había dejado mudo, y aunque abría y cerraba la boca, lo único que salía de ella era un jadeo entrecortado.

—Permíteme que te ayude —dijo don Miguel al observar que Ginés no acertaba a pronunciar palabra—. Así verás que no soy hombre tan cruel como ahora piensas. ¿Verdad que tú y el otro perro conocíais muy bien al hombre que os contrató? Magnífico, veo que asientes. Vamos por el buen camino. ¿Y no es también verdad que a nuestro hombre misterioso se le alaba y celebra en los corrales de comedias de toda España? ¿Sí? ¿Puedo aventurar tal vez que la fama de dicho personaje como poeta no desmerece de la que goza por los lupanares y mancebías de la villa, donde no vacila en ejercer de alcahuete cada vez que su patrón así se lo requiere? Bien, bien. Nos vamos acercando. ¿Y si yo te dijera que su facilidad para alumbrar comedias es tal que le ha hecho merecer el sobrenombre de el *Fénix de los Ingenios*, me dirías también que sí?

Observé con asombro que Ginés asentía también a esta última pregunta. ¿Lope? ¿Lope de Vega? ¿El poeta más famoso del reino era quien había ordenado que nos apalearan y robaran? Pero ¿por qué, santo Dios? ¿Es que el mundo se había vuelto loco? Eran tantas mis preguntas que no acerté a formular ninguna de ellas. Entretanto, me di cuenta de que don Miguel aún no se había dado por satisfecho.

—Mi novela. ¿Qué sabes de ella, granuja? ¿Dónde está? ¿Acaso ha sido destruida?

Los ojos de Ginés seguían desorbitados de espanto, pero al menos parecía haber recuperado el dominio de su voz.

—No sé de qué novela me habláis, señor. Os lo imploro, no me hiráis más.

Parecía sincero, y así lo debió de ver también don Miguel.

—Hablo de ese paquete de hojas de papel que me robasteis. Del manuscrito. ¿Qué sabes de él? ¡Habla o te convierto en un eunuco!

Y esta vez la punta de la espada se trasladó hasta las ingles de Ginés, quien, medio incorporado como se encontraba y con una mano apretada contra la herida del cuello, consideró la exigua distancia que mediaba entre la hoja de acero y sus atributos viriles, y a buen seguro imaginó el estropicio que la punta y el agudo filo podían provocar allí. Entonces las lágrimas brotaron en abundancia de sus ojos.

—¡No! ¡No lo hagáis, por piedad! Mi compañero y yo le hicimos llegar el paquete a Lope, tomamos el dinero y ahí acabó todo. Nada hemos sabido luego de ese manuscrito, como vos lo llamáis. Os lo ruego, señor. Dejad que me vaya. Mi mujer y mis tres hijos me aguardan en casa.

—Una cosa más, bribón, si es que alguna vez deseas tener un cuarto hijo. ¿Fue a

Lope a quien le entregasteis el paquete?

—¿Señor?

—¿Se lo disteis a él en persona?

Ginés se pasó la manga por los ojos para enjugar sus lágrimas.

—No, no fue a él, sino a otro hombre que vino a nuestro encuentro para llevarse ese paquete y darnos la suma convenida.

—¿Quién era?

—Nadie. Tan solo un enviado. Un criado.

—¿De Lope?

Ginés se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Estás seguro?

Y en este punto la espada de don Miguel trazó una rápida «x» en el aire, aunque sin separarse del calzón del cómico.

—¡Misericordia, señor! Os juro que nunca antes había hablado con ese hombre. Aunque...

—¿Sí?

—Tal vez lo hubiera visto en alguna ocasión. En el corral junto a su amo. Si me paro a pensarlo, creo que podría tratarse de uno de los sirvientes de la casa de Sessa.

—¿Un criado de don Luis, el patrón y protector de Lope?

—Sí, sí. Ahora estoy seguro. Era un hombre del duque de Sessa.

Don Miguel meditó unos instantes. Luego, para alivio de Ginés y también mío, su brazo derecho bajó lentamente hasta que la espada quedó perpendicular con respecto al suelo. Al parecer, se daba por satisfecho y no pensaba derramar más sangre.

—¿Qué hacemos, señor? —pregunté con la esperanza de poder abandonar de una vez aquel funesto recinto. Como ya mencioné, con el tiempo, allí habría de alzarse una de las iglesias principales de Madrid, pero aquella noche era solamente un patio cubierto de escombros, andamios y muros a medio levantar. Un hedor nauseabundo testimoniaba que muchos vecinos habían aprovechado el abandono de las obras para convertir el solar en vertedero o letrina. En el silencio de la noche era fácil distinguir las carreras y chillidos de las ratas y Dios sabe qué otras alimañas.

Yo tenía prisa por marcharme, pero don Miguel callaba y no parecía saber qué camino tomar. Y en verdad se enfrentaba a una ardua decisión. Suponiendo que la confesión de Ginés fuera cierta, y así parecía creerlo don Miguel, había sido nada menos que el *Fénix* el instigador del robo. Esto es, Lope de Vega, primer comediógrafo de España, favorito de la plebe y niño mimado de la nobleza, se había rebajado a robarle al desventurado Cervantes, poeta viejo y olvidado, el manuscrito de una novela cómica que tal vez representara su última baza para adentrarse en la senectud con alguna holgura. Lo único que Cervantes podía hacer ahora era tratar de

recuperar su manuscrito de manos de Lope, suponiendo que este no lo hubiese destruido. Pero delante de nosotros (o, por mejor decir, a nuestros pies) estaba este Ginés Pérez que tan fielmente había ejecutado las órdenes del de Vega. ¿Qué ocurriría si le dejáramos ir? ¿Cuánto tiempo tardaría ese bribón en volar hacia su amo para contarle que habíamos dado con su pista? Y entonces, ¿qué pasaría? Adiós al manuscrito para siempre, si es que todavía existía. O peor aún. Pues tal vez Lope y su patrón decidieran tendernos alguna emboscada, y no por medio de actores esta vez, sino de desolladores profesionales o espadachines a sueldo. Sin embargo, la única salida a aquel dilema se me antojaba demasiado espantosa, y por mucho que don Miguel acabara de mostrarse capacitado para la violencia, no lo creía yo amigo de soluciones tan viles. Y como si me estuviera leyendo la mente, en ese instante Ginés actuó como eco de mis pensamientos:

—Dejadme ir, señor Cervantes, nada contaré de nuestro encuentro, os lo juro. Vuestro asunto con Lope no me concierne. Además, ¿qué beneficio podría obtener yo de ello?

Aquello sonaba sensato. Yo deseaba creerle. Y, de todos modos, dudo que don Miguel estuviese contemplando ninguna otra alternativa. Él no era un desalmado, y mucho menos un asesino. Y así lo demostró a renglón seguido:

—Muy bien. Ponte en pie y márchate —le dijo a Ginés—. Y procura que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse. Tu espada se queda a cambio de la que me robaste. ¡Largo de aquí!

Dicho y hecho. Al instante siguiente ya estaba el cómico en pie, sin dejar de taponarse el cuello con la palma de la mano. «¡Dios os lo pague!», dijo. Y como si de una aparición se tratase, lo vimos perderse entre las sombras.

—¿Y nosotros, don Miguel?

—Nosotros nos vamos, ¿qué si no?

Pero no nos habíamos alejado ni cinco pasos cuando oímos un ruido a nuestra espalda. Alguien se nos acercaba a la carrera, alguien que se hallaba ya tan próximo a nosotros que ni siquiera tuve tiempo para girarme y mirar. Don Miguel, en cambio, me mostró que sus reflejos de soldado no se habían embotado con los años. Un giro vertiginoso sobre las puntas de los pies, el silbido de una hoja de acero rasgando el aire y, ¡zas!, la espada, que aún sostenía desenvainada, apuntaba ahora en dirección opuesta. Hubo un gemido ahogado. Y al instante siguiente, cuando por fin acerté a volverme para mirar, a quien vi fue a Ginés Pérez, pues no era otro el que se había abalanzado sobre nosotros desde la oscuridad. En la mano llevaba una larga daga que seguramente ocultaba entre sus ropas. Pero por lo que yo colegía ya no iba a poder usarla, ni esta noche ni nunca más. De repente la daga cayó de su mano y golpeó el suelo con un ruido estridente. Su amo se quedó quieto, con los brazos caídos, la boca abierta y una expresión como pasmada en el rostro. Su ojo izquierdo se había

quedado en blanco. En cuanto al derecho, no quedaba de él más que un agujero por el que manaba sangre mezclada con una baba espesa. Y aclaro que esto se debía a que don Miguel había hincado profundamente su espada a través de la órbita, mostrando así una destreza con el estoque que no desmerecía de la de sus hermanas con la aguja de bordar. Por lo menos un palmo de la hoja había desaparecido dentro de la cabeza del cómico trazando una trayectoria ascendente. No hacía falta ser cirujano para comprender que el acero se había adentrado profundamente en sus sesos. Y para confirmarlo, bastó ver cómo al instante siguiente el actor se derrumbaba como un guiñapo a nuestros pies. Era la segunda vez que Ginés caía en una misma noche, aunque comprendí que ahora no iba a volver a levantarse.

—¡Santo Dios! —exclamó don Miguel.

Yo no dije nada. Me limité a alejarme unos pasos para poder vomitar a mis anchas.

CAPÍTULO IX

Yo no quiero más bien que solo amaros

—¿Es el primero, don Miguel?

—¿Cómo dices, hijo mío?

—Me refiero a Ginés. ¿Es el primer hombre al que dais muerte?

—¿Piensas acaso que he tenido alternativa?

—No, señor. Era él o nosotros. Nos habéis salvado a ambos y por ello os doy las gracias de todo corazón. Pero me turba verlo ahí muerto como un perro. ¿No os ocurre a vos lo mismo?

—Claro que me turba, Gonzalo. Y me entristece en extremo. Este hombre ha perecido por mi mano y yo no tendría entrañas si me fuera indiferente.

—Lo sé, señor. Pero ¿ha sido el primero?

—¿Por qué lo preguntas?

—Perdonadme que insista. Soy joven, don Miguel. Es la primera vez que un hombre da muerte a otro ante mis ojos. Trato de comprender por qué hemos sido arrojados a este pozo de sufrimiento. Y si uno llega alguna vez a acostumbrarse. Decidme, ¿hubo otros antes?

—Los hubo. Recuerda que fui soldado. Me he topado con la muerte en muchas ocasiones. Y más de una vez ella se valió de mi mano para sus designios.

—Entonces, ¿tan solo habíais matado en batalla?

—No, Gonzalo. Temo que la vida me ha tendido más de una emboscada como la de esta noche. La primera vez fue cuando aún era yo estudiante. Un villano al que vencí a los naipes me agravió poniendo en tela de juicio la honradez de mi padre y la limpieza de nuestra sangre. Tuve que batirme con él.

—¿Matasteis a aquel hombre, señor?

—No, aunque lo dejé muy mal herido. Tuve que huir de la justicia y fui condenado en rebeldía a que se me cortara la mano derecha y a diez años de destierro.

—Pero no os atraparon.

—No. Escapé a Sevilla, y desde allí a Italia, donde emprendí la carrera de las armas. Aunque no dejé de cumplir la pena decretada, que de ello se encargó mi mala suerte. Es más, no fueron diez, sino once, los años que tardé en regresar a España. En cuanto a la mano, ya sabes quién fue mi verdugo.

—¿Un turco, mi señor?

—Sí, aunque no con un hacha, sino con un arcabuz. Por fortuna, tuve la feliz ocurrencia de cambiar la mano derecha por la izquierda, de la cual, al ser diestro, siempre hice menos uso.

—Aquel primero sobrevivió, pero ¿y los que vendrían después?

—No siempre me pude quedar para comprobarlo. Pero me consta que hubo unos cuantos que no lo contaron. La vida del soldado es azarosa, en la batalla y fuera de ella. Ladrones, bravucones, lances de taberna. Una vez, un desafío por una mujer. Luego, en Argel, durante mi cautiverio. Un renegado que nos delató, frustrando así una fuga que dábamos por segura. Merecía la muerte y obré en consecuencia. Y también más tarde, durante mis viajes por Andalucía. Los recaudadores son odiados por la gente, en especial por los ricos, que son quienes tienen más que perder. Más de una pendencia hube de arrostrar por cumplir mi cometido, y en alguna ocasión hube de defenderme de los matones que enviaron tras de mí. En total... ¿quién sabe? Demasiados. La mía no ha sido una vida dichosa ni pacífica. Y mi mala estrella me ha forzado a empuñar la espada en muchas más ocasiones de las que yo hubiera deseado.

—Lo comprendo, señor. ¿Y os sentís atormentado por ello?

—A veces, por la noche, veo sus caras y oigo sus voces. Me ocurrirá también con este desventurado cuyo cuerpo ahora estamos sepultando. Tu juicio es atinado cuando dices que este mundo es un lugar cruel. Y temo no poder ofrecerte el menor consuelo.

—Entonces, señor, ¿no existe solución ni lugar donde refugiarse?

Don Miguel me miró con los ojos relucientes.

—Siempre están los libros —dijo por fin.

Habíamos decidido enterrar el cuerpo de Ginés. Por mejor decir, lo habíamos ocultado bajo una pila de arena, grava y cascotes, materiales que por fortuna no faltaban en aquel solar abandonado donde nos hallábamos. En un punto que consideramos discreto, apartado de la plaza y al pie de un muro, improvisamos una tumba para el malogrado cómico, cuyos últimos papeles en el gran teatro del mundo habían sido los de cíclope y difunto. Fue una labor ardua y penosa que hubimos de completar en la oscuridad. Sin embargo, no deseábamos que su cuerpo fuera hallado antes de que nosotros tuviésemos ocasión de encontrar la novela. Don Miguel me prometió que, a su debido tiempo, enviaría una misiva a la justicia para que el cadáver pudiera recibir sepultura en suelo sagrado, una merced de la que no se debe privar a nadie, ni siquiera a un canalla como aquel Ginés a quien deseo que Dios juzgara con benevolencia.

Y así fue como, una vez consumado el precario enterramiento, abandonamos aquel sitio para siempre, inseguros de cuál habría de ser nuestro próximo paso. A decir verdad, nuestra única certeza era que *La viuda valenciana* iba a precisar de un nuevo galán para su próxima representación.

* * *

Pensaba yo que, tras día tan largo y azaroso, y siendo ya pasada la medianoche,

don Miguel determinaría que nos retirásemos a descansar y a trazar planes. Pronto vi, sin embargo, que aún no lo conocía lo suficiente, pues eran muy otras sus intenciones aquella noche.

—Gonzalo —me dijo—. Es importante que sin más demora repasemos todo lo que sabemos de Lope. Yo no he parado mucho por Madrid en los últimos años, y aún menos desde que me mudé a Valladolid. A ti, en cambio, te presumo al tanto de lo que se cuece en la villa. Dime, ¿por ventura sabes dónde reside Lope ahora?

—Sí, mí señor. Lo sé por ventura y por mi oficio, pues más de una vez me he llegado hasta su casa con encargos de libros. Es en la calle de Francos, no lejos de aquí, entre la calle Mayor y la de Huertas. Allí reside con su esposa, Juana de Guardo, que como sabréis es hija de un carnicero.

—Sí, he oído más de una letrilla burlesca a propósito del oficio del suegro de Lope. Y me consta que las más maliciosas son las compuestas por ese clérigo cordobés que le profesa singular inquina.

—¿Os referís a Góngora?

—Al mismo. Aunque no puedo culparle, porque no es el *Fénix* hombre muy estimado entre el resto de los poetas del reino, a quienes él considera meros juntalettras y emborronacuartillas, y a los que no ha perdido ocasión de burlar y escarnecer. Bien lo sé por propia experiencia. Pero volvamos a lo que ahora nos importa. Además de la mujer, está la querida, esa otrora actriz a la que en sus poemas se refiere como *Camila* o *Lucinda*... ¿Sabes de quién te hablo, verdad?

—¿No he de saberlo? Todo Madrid lo sabe. Su nombre es Micaela de Luján, y se la tiene por mujer hermosa en extremo.

—Sí, a Lope se le podrán reprochar muchas cosas, pero no su mal gusto para las damas. Pero lo que iba a decirte es que dudo que la esposa y la amante convivan bajo el mismo techo.

—Acertáis. La concubina de Lope disfruta de casa propia donde reside con los hijos habidos de él, que han sido varios, aunque no sabría deciros a ciencia cierta cuántos de ellos sobreviven.

—Y a esa Micaela o *Lucinda*, ¿sabemos dónde encontrarla?

—Por cierto que sí, don Miguel. Lope alquiló una casa para ella en la calle del Fúcar, a un tiro de piedra de donde vive con la esposa. Así no malgasta tiempo en viajes largos, ya que se reparte por igual entre ambos hogares.

—Ya veo. Dos mujeres, dos casas, dos familias. Y aun una tercera, esa Isabel de Andrade a la que esta tarde vimos hacer de viuda, y que quizás, por su fugacidad, ni siquiera llegue a recibir nombre poético, pues no es sino una más de las muchas que pasan por el lecho de ese libertino. ¿Qué nos dice todo eso, Gonzalo?

—Que para complacer a tanta hembra Lope ha de ser por fuerza un semental vigoroso.

—A decir verdad, no nos consta que las complazca. Pero no te tomes mi pregunta a la ligera, pues hay un propósito en ella. El asunto de Lope y sus concubinas me recuerda a los serrallos de los bajás de Berbería. No me extraña que tenga que escribir una nueva comedia cada semana. ¿Cómo si no podría mantener a tantas hembras con sus respectivas proles? Ahora bien, ¿dónde crees que trabaja? ¿Dónde se encierra para escribir sus obras?

—Recuerde vuestra merced que tiene dos casas para elegir.

Don Miguel sacudió la cabeza.

—No lo creo, pues en ambas habrá mujeres exigentes y chiquillos ruidosos. Por mi experiencia sé cuán difícil es encontrar la paz precisa para tomar la pluma, y más si hay mujeres de por medio. Si Lope puede permitirse tener dos casas para sus dos familias, la legítima y la otra, lo más probable es que exista una tercera casa, un refugio donde componer ese torrente de versos que brota a diario de su cabeza.

—Pero, señor —protesté—. Como vos mismo habéis dicho, estoy al cabo de todo lo que se cuece en Madrid y nunca oí que Lope poseyera una tercera residencia. Además, ¿de qué nos sirven todas estas elucubraciones sobre las casas del *Fénix*?

—De mucho, Gonzalo, de mucho. Ahora que sabemos a qué manos fue a parar el manuscrito del *Ingenioso hidalgo*, es urgente que demos los pasos precisos para recuperarlo.

—¿Y pensáis que Lope guarda el libro que os ha robado en su misma casa?

—No en la de su esposa ni en la de su amante oficial, donde el manuscrito podría ser visto y dar lugar a preguntas incómodas. Pero apostaríamí mano sana a que Lope disfruta teniendo mi manuscrito cerca, allí donde pueda verlo con frecuencia y solazarse con la magnitud del daño que me ha infligido.

—Pero ¿qué le habéis hecho para que os profese semejante odio?

Don Miguel entrecerró los párpados y durante un momento pareció perderse en el pasado. Luego despachó el asunto agitando la mano.

—No viene al caso, hijo mío. Es una historia antigua y no me es grato evocarla. Vayamos ahora donde puedan confirmarnos si esa tercera casa existe o no.

Y se dispuso a encaminarse quién sabe hacia dónde. Lo último que yo deseaba era dejarlo solo. Lo penúltimo, enfrentarme a más peligros como el que acabábamos de dejar atrás, con pendencia y cadáver incluidos. Al menos aquella noche.

—¡Pero don Miguel! ¿Sabéis qué hora es? Además, ¿no sería mejor poner todo esto en conocimiento de la justicia y que un juez dictamine lo que sea menester?

Cervantes suspiró hondo antes de contestarme, como tratando de infundirse paciencia. Y a fe que la necesitaba conmigo.

—Piensa, Gonzalo —dijo por fin—. Lope es un hombre célebre y goza del favor de los poderosos. Ni juez ni alguacil hay en Madrid que me creyera. Y no olvides que yo mismo he eliminado al único que podría atestiguar mi historia y apoyar mi

denuncia.

Y señaló con la cabeza hacia el solar del Buen Suceso, donde Ginés esperaba pacíficamente el Día del Juicio Final.

—¿Y qué hay del otro ladrón, señor, el otro cómico?

—Ya oíste al difunto. Va camino de Valencia. Y échale un galgo cuando se entere de que su compadre ha desaparecido sin dejar rastro ni aviso. Nuestro hombre es Lope. Es él tras quien debemos ir sin más demora.

Recordé que don Miguel ya había pisado la cárcel más de una vez. ¿Acaso podía maravillarme de que los jueces no fuesen de su gusto? Por algo se dice aquello de que el juez perverso condena a la paloma y libra al cuervo. Y eso por no mencionar la muerte de Ginés, que a buen seguro saldría a relucir si la justicia tomara cartas en el asunto, y con resultados más que inciertos para don Miguel. Aun así, ¿qué podíamos hacer nosotros, un viejo y un muchacho errantes por aquel territorio sembrado de peligros que era Madrid tras la puesta de sol? Pero don Miguel ya se alejaba con largos y vigorosos trancos, y a mí no me quedaba más alternativa que seguirlo, lo que hice con el funesto presentimiento de que el futuro nos deparaba riesgos aún mayores que los que acabábamos de dejar atrás.

* * *

La siguiente estación de nuestro vía crucis nocturno nos condujo a una taberna sita en la calle de Tudescos, que es una más de las vías madrileñas donde no escasean dichos establecimientos. No estaba yo muy seguro de que fuera una de las que habíamos visitado para colocar el célebre cartel, pues estas habían sido tantas que se confundían en mi memoria. Aun así la taberna me era familiar por ser lugar muy conocido en la ciudad. Llevaba por nombre La Gangarilla, que no es sino una de las clases de compañías teatrales que existen. No en vano era el lugar frecuentado por gentes de las letras y del teatro, entre ellos el propio don Miguel, quien había sido asiduo en otros tiempos, cuando el dueño de la taberna era un asturiano llamado Alonso Rodríguez, desposado a la sazón con una tal Ana Franca. Y si vuestas mercedes han leído con atención esta mi crónica verdadera recordarán que la mentada señora Franca no era otra que la madre de mi venerada Isabel, de donde adivinarán lo frecuentes que se hicieron las visitas de don Miguel por aquellos días. Pero habían pasado veinte años desde entonces y el establecimiento tenía nuevos dueños, lo que me pareció una suerte, pues dudo que el asturiano aquel hubiera recibido al señor Cervantes con los brazos abiertos. Pero me estoy yendo otra vez por los cerros de Úbeda, pues lo que ahora interesa es consignar que el propósito de don Miguel al acudir a La Gangarilla no era otro que hacer ciertas averiguaciones sobre Lope, ya que era este lugar donde lo conocían bien. Quiso la suerte, en fin, que encontrásemos

la taberna todavía abierta, aunque por los pelos, pues el tabernero ya se disponía a expulsar a un par de granujas ebrios que dormitaban por los rincones, para luego poder echarle la tranca a la puerta y retirarse a descansar. No me pasó por alto la cara de pocos amigos del dueño al ver entrar a clientes tan trasnochadores, pero bastó con que algunos maravedíes cambiasen de mano para que la hosquedad se trocara en locuacidad, y en un decir Jesús ya habíamos averiguado lo que necesitábamos saber. Y resultó que don Miguel había dado en el clavo una vez más. Lope, en efecto, tenía alquilada una tercera casa a la que se retiraba para escribir sus comedias. Y, según nos confió el tabernero con un ademán obsceno, también para gozar de sus conquistas. La vivienda estaba en la calle del Humilladero, al sur de Madrid.

—Eso no queda lejos de Lavapiés. ¿No es así, Gonzalo?

—A dos pasos, mi señor —repuse.

Y para mis adentros añadí que era justamente en Lavapiés, en la casa de mi padre, donde a mí me placería estar en aquellos momentos, durmiendo tan ricamente junto a los rescoldos de la lumbre, en lugar de seguir fatigando las calles de Madrid en pos de quién sabe qué nuevas desventuras. Pero me guardé mis pensamientos, porque excuso decir que los planes de don Miguel eran muy otros.

* * *

La calle del Humilladero era una vía modesta y poco transitada, máxime a hora tan extraña para que las gentes cristianas anduvieran por allí. Un extremo de la calle desembocaba en la cruz de término de la que tomaba el nombre (inquietante hasta rozar lo fantasmagórico bajo la luz de la luna). El otro se abría hacia la plaza de la Cebada. Y era en la esquina con dicha plaza donde estaba la casa que nos habían señalado como la del *Fénix*, un edificio de dos plantas cuya escueta fachada estaba adornada con un solitario balcón. Durante un rato no hicimos otra cosa que vigilar la calle, que se obstinó en permanecer vacía y en silencio, y buscar señales de movimiento en la planta superior de la casa, aquella donde el tabernero versado en chismorreos había situado el refugio y picadero de Lope.

—No hay nadie —dijo don Miguel—. Está tan oscura como la conciencia de su dueño.

—Los de adentro podrían estar dormidos —aventuré con la esperanza de hacerle cambiar de idea, pues ya me iba yo barruntando lo que habría de venir a continuación.

—¿Lope dormido después de un triunfo? ¡Quia! Aún andará recorriendo garitos y tabernas. Dudo que se recoja antes del amanecer, lo que nos proporciona varias horas de tregua para hacer lo que hemos de hacer.

—Mirad, señor, que el portal está cerrado.

En este punto don Miguel se volvió hacia mí y me regaló una fugaz visión de su dentadura, algo asolada ya por el paso inexorable de los años. Quiero decir que me sonrió.

—Eres mozo —me dijo—. ¿No crees que podrías trepar fácilmente hasta aquel balcón?

Examiné con detenimiento la fachada y comprobé que justo debajo del balcón había una ventana alta provista de reja, y que ascender por la susodicha reja venía a ser como trepar por una escalera que hubiese sido colocada allá a tal efecto. En fin, que tras calibrarla cuidadosamente, la empresa no solo me pareció factible, sino sencilla en extremo. Otra cosa es que yo tuviera malditas las ganas de acometerla. Iba ya a protestar sobre lo poco prudente que me parecía irrumpir en casa de Lope cual vulgares cacos cuando me acordé del cadáver que habíamos dejado enterrado al lado de la Puerta del Sol. Comparado con aquello, lo de ser arrestados por allanamiento me parecía asunto baladí. Así pues, tras otear en ambas direcciones y comprobar que la calle seguía tan deshabitada como un sepulcro, me dispuse a emprender la sencilla ascensión. Y dicho y hecho. No había transcurrido ni el tiempo que uno tarda en santiguarse cuando ya estaba yo encaramado en el balcón. Y una vez allí, tal y como don Miguel me había instruido, usé la tela de mi capa para proteger mi puño antes de descargarlo sobre un vidrio de la ventana, que se rompió con algo más de estrépito del que a mí me hubiese gustado. Introduje el brazo luego por el agujero, descorrí el pasador que aseguraba los batientes y me vi por fin adentro. «¡Bendito sea Dios!», me dije, aunque dudaba que el Altísimo tuviese nada que ver con aquel feo asunto.

La luz nocturna bastó para revelarme que me encontraba en una especie de despacho. Había una chimenea donde aún humeaban unos rescoldos. Bien sabía yo que el inquilino no podía haber estado allí recientemente, de donde supuse que Lope debía de pagarle a alguna mujer para que viniera a limpiar y a mantener la casa caldeada, pues de ese modo podría acudir siempre que le viniese en gana, bien a escribir, bien a mojar su pluma en otros tinteros. ¿O es que acaso dicha mujer, o quien fuera que había encendido la lumbre, residía en la vivienda? Me quedé en suspenso, con el corazón cabalgando alocadamente dentro de mi pecho. Luego pensé que, en buena lógica, si la casa hubiese estado habitada, mi intempestiva irrupción, con ruido de vidrios rotos incluido, hubiera despertado y alertado a cualquier ocupante. Razoné que lo más probable era que me hallase solo, pero al tiempo comprendí cuán torpes y frágiles eran todos nuestros planes y arreglos, y cuán grande la posibilidad de que desembocaran en un nuevo desastre. Respiré hondo tratando de infundirme valor. Ahora, debía encontrar la manera de introducir a don Miguel en la casa. Puesto que a sus casi sesenta años no lo veía yo escalando fachadas, el asunto se presentaba peliagudo. Ya ven vuestras mercedes qué triste pareja de malhechores formábamos el señor Cervantes y un servidor.

Tomé un velón de la mesa y prendí su mecha con un ascua que saqué de la lumbre. Y así iluminé mi camino a través de un corto pasillo hasta alcanzar la puerta que daba a la escalera, por la que descendí tratando que mis pies se posaran livianos sobre la vieja madera de los peldaños, no fuera a ser que algún crujido despertase a los habitantes de la primera planta, si es que tales existían. Al llegar al zaguán, y para mi contento, encontré enseguida la llave de la puerta de la calle, toda vez que esta pendía de un clavo en un lugar muy visible. Dos vueltas a la cerradura (por fortuna bien aceiteada) bastaron para que mis ojos vieran de nuevo la calle. Y al cabo de un instante ya estaba don Miguel de nuevo junto a mí, muy animado y dándome palmaditas en la espalda en felicitación por la diligencia con que había resuelto el asalto al cubil de su rival.

Como supondrán vuestas mercedes, empezamos la búsqueda en el despacho de Lope, que era una pieza de modesto tamaño, pero tan abarrotada de papel como la trastienda de mi amo Robles. Pertrechados de sendas velas, examinamos su mesa de trabajo, cuya superficie era por completo invisible bajo las varias capas de hojas manuscritas que la cubrían. Debía de haber allí como mínimo tres obras de teatro y veinte o treinta poemas, todo ello confundido en tan inextricable mezcolanza que uno se maravillaba de que su autor no acabara cerrando una comedia con desenlace de tragedia, o rematando un soneto con métrica de octava real. Al no atrevernos a encender más luces por miedo a que nuestra presencia fuese advertida desde la calle, el escrutinio de los papeles del *Fénix* se convirtió en un largo y penoso trabajo. Y no ayudó tampoco el que don Miguel se empeñara en tomar una hoja aquí y otra allá, y diera en leer los versos de Lope en busca de símiles torpes y rimas defectuosas, de las cuales encontraría dos o tres que le arrancaron gruñidos y algún resoplido que otro. Rogué para que el ensañamiento de don Miguel con la obra de Lope se redujera a eso, no fuera a darle por encender una pira con todos aquellos papeles en venganza por el robo de su novela. Por fortuna, don Miguel estaba hecho de una madera muy distinta al *Fénix*, y lo dejó todo como estaba, es decir, revuelto y confundido.

Tras comprobar que la mesa no ocultaba ni una sola hoja de la novela de mi señor, pasamos a las estanterías, que soportaban varias docenas de cartapacios, los cuales, una vez examinados, resultaron contener los manuscritos de las obras anteriores de Lope, cartas recibidas y copias de otras enviadas (muchas de ellas dirigidas a su patrón el duque de Sessa; algunas de amor, propias o escritas por encargo del duque, e incluso algún que otro libelo de esos a los que el *Fénix* era tan aficionado). Había también bosquejos de comedias pasadas y futuras, unas cuantas escrituras de propiedad, asientos contables de lo percibido por obras publicadas y representadas y, como curiosidad, el borrador de una especie de discurso que Lope había intitulado *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*, y en cuyos versos parecía exponer su preceptiva dramática y los secretos de su éxito. Me sorprendió oír

de labios de don Miguel un exabrupto un tanto escatológico que no repetiré aquí, pero que versaba sobre el uso que Lope podía darle a su *Arte nuevo* y aludía a cierta parte de la anatomía del comediógrafo. Había también numerosos libros, muchos de ellos de devociones, aunque mezclados con otros de carácter más mundano e incluso licencioso, algunas ediciones clandestinas de obras que jamás hubiesen recibido el plácet de los censores, ni los civiles ni mucho menos los eclesiásticos. A modo de ejemplo, mencionaré que en un pequeño volumen impreso en octavo se exponían diversas maneras y posturas para realizar el acto amatorio, todo ello con el propósito de aumentar la variedad y el solaz de ambos amantes, o al menos eso se afirmaba en el prolijo título de la obra. Para mi turbación, las posturas se explicaban con pequeños grabados que no dejaba mucho margen a la imaginación del lector, y cuya contemplación me turbó en grado tal que don Miguel se apercibió de mi rubor incluso a la luz de las velas.

—Deja esa porquería, Gonzalo —me riñó al tiempo que me quitaba el libro de un manotazo y lo devolvía a su lugar del estante—. A buen seguro Lope anda más necesitado de él que tú, pues a tus años dudo que precises de otras enseñanzas que las que ya te dicta la madre naturaleza.

En fin. Buscamos y rebuscamos y no dejamos cartapacio sin revolver en la librería, y el manuscrito de don Miguel seguía sin aparecer por ningún sitio. Y ya comenzábamos a desesperar cuando me fijé en que junto a la chimenea había un viejo cesto lleno de trozos de papel rotos y gastados, y comprendí que Lope (o quienquiera que cuidara de la casa) los debía de usar para prender la lumbre. Se lo señalé a don Miguel con un pinchazo de alarma en el estómago y él, no bien comprendió de qué se trataba, se abalanzó sobre el cesto y comenzó a sacar hojas a puñados y a examinarlas una por una, todo ello con gran agitación y prisa. Y mientras don Miguel así obraba, yo me quedé en suspenso, meditando sobre lo funesto que podía resultar para nuestros fines aquella costumbre de Lope de encender el fuego con viejos papeles inservibles. De forma alternativa miraba a don Miguel, que poco a poco se acercaba al fondo de la cesta, y luego fijaba la vista en el rescoldo agonizante de la lumbre, y de pronto reparé en que en un rincón de la chimenea había quedado un pequeño trozo de papel chamuscado por los bordes, seguramente un resto del que se había usado para encender el fuego la última vez. ¿Me engañaba la vista o la escritura que cubría aquella hoja me resultaba conocida? No quise alarmar al señor Cervantes sin necesidad, de modo que tomé las tenazas de la lumbre, pues no quería quemarme la mano, y saqué el trozo de papel con ellas. Luego lo acerqué a la vela y leí. Decía así:

No dijo más don Quijote, y esperó a que la princesa le respondiese, la cual, como ya sabía la determinación de don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quijote, con mucho

donaire y gravedad, le respondió...

Había algunas líneas más, pero no quise ni pude seguir leyendo, pues la congoja que sentí me nubló la vista. Aquel pequeño trozo de papel chamuscado me había golpeado con la misma fuerza que una barra de plomo, pues lo que significaba era nada más y nada menos que nuestra búsqueda había concluido del peor modo posible.

—¿Qué tienes ahí? —oí que me preguntaba don Miguel.

Y antes de que pudiera impedírselo me había arrebatado el papel de las manos. Y acto seguido vi que se lo llevaba a los ojos. La compasión me impidió mirarlo a la cara, pero no pude evitar oír el desgarrador sollozo que siguió, ni el «¡hijo de la gran puta!» que pronunció entre dientes. Me preparé para ofrecerle algunas palabras de consuelo, pero entonces ocurrió algo que nos hizo enmudecer a ambos: un ruido inconfundible, el de una llave girando en el ojo de la cerradura.

* * *

Don Miguel y yo nos miramos con espanto, y luego miramos hacia la puerta que daba al pasillo, desde donde acababa de llegarnos la risa de una mujer, seguida de una voz masculina cuyas palabras no entendimos, pero cuyo timbre se parecía demasiado al de la voz de Lope para que otro pudiera ser su propietario. Faltaban apenas unos segundos para que fuéramos sorprendidos. Lo que vendría después no hacía falta ser muy avisado para imaginárselo. Gritos de «¡ladrones!» y de «¡a mí la justicia!», y luego el prendimiento y los grilletes y el alguacil y una celda fría y mi pobre madre llorando mi desventura. Y por último las astillas de un pesado remo clavándose en las tiernas palmas de mis manos, que jamás habían tocado otra cosa que papel y vitela y cuero. Todo esto vi desfilar por mi mente en el lapso de un parpadeo con la misma claridad con que estaba viendo la cara de don Miguel a escasos palmos de la mía. Me sentía paralizado por el miedo, incapaz de pensar y mucho menos de obrar. Pero el estupor se esfumó con tanta rapidez como había llegado, y el instante siguiente me sorprendió pensando en el modo de huir de allí sin ser reconocidos. La respuesta más obvia era la misma ventana por la que había entrado un rato antes. Sin embargo, no tardé en comprender que aquella salida no era practicable. Quiero decir que lo era únicamente para mí y no para mi acompañante. Si don Miguel había sido incapaz de trepar hasta el balcón, menos aún lo sería de descolgarse desde este hasta la calle, o por lo menos de hacerlo sin partirse la crisma en el intento. Durante un instante me invadió un pensamiento terrible. ¿Por qué no dejaba que don Miguel se las apañara solo mientras yo huía? ¿Acaso resultaría de algún provecho el que nos atraparan a los dos? Me avergüenza recordarlo ahora, pero mi urgencia de salir de allí por piernas era tan grande que muy cerca estuve de dejar abandonado a mi señor y amigo. Por

fortuna mi fidelidad pudo más que el miedo y no tardé en descartar la idea. Pero la resolución de quedarme y compartir la suerte de mi señor, aunque honrosa, no resolvía nuestro problema, pues seguíamos atrapados. Dios mío, ¿qué hacer?

Fue don Miguel quien nos sacó del atolladero, demostrando una vez más que los años no le habían restado resolución ni astucia. Lo primero que hizo fue apagar nuestras velas de dos rápidos soplidos. Luego lo vi mirar a nuestro alrededor y supuse que estaba buscando un sitio donde poder ocultarnos, pues debió de comprender que salir por la puerta del despacho era imposible si no queríamos toparnos de bruces con Lope y su acompañante. Pero era eso o el balcón, porque en el despacho de Lope no parecía haber lugar alguno donde ocultarnos. Sin embargo, de pronto vi que don Miguel se encaminaba hacia el escritorio de Lope y lo rodeaba. Detrás no había otra cosa que una pared decorada con un tapiz. Observé entonces cómo don Miguel agarraba el borde del tapiz y se disponía a apartarlo, y por un instante me dije que el trance le había hecho perder el seso, pues no me parecía que dos hombres hechos y derechos pudieran ocultarse detrás de un trozo de paño colgado sobre una pared. Pero al instante siguiente me arrepentí de haber dudado de su cordura, pues lo que apareció detrás del tapiz fue ni más ni menos que una pequeña puerta que don Miguel abrió mientras me hacía vivas señas para que me acercara y la atravesara. Puesto que no habíamos examinado el resto de la casa, no teníamos la menor idea de adónde conducía esa puerta. Pero no parecía haber alternativa, pues las voces de Lope y de la mujer que lo acompañaba ya sonaban cercanas. Así que de un par de saltos crucé el umbral seguido de don Miguel, quien cerró cuidadosamente la puerta a nuestra espalda.

Un rápido vistazo bastó para que advirtiésemos que acabábamos de colarnos en la alcoba. La estancia era algo más grande que la que habíamos dejado atrás, pero la mayor parte de ella estaba ocupada por una gran cama de madera labrada con un lujoso dosel. Por lo demás, apenas había un par de sillas, una jofaina y un arca. Oí a don Miguel ahogar una maldición y comprendí nuestro error. Mejor hubiéramos obrado quedándonos en el despacho, que a buen seguro Lope no tenía la menor intención de usar aquella noche. A juzgar por las risas y las voces susurrantes que llegaban del pasillo, era allí, en la alcoba, donde el *Fénix* pensaba rematar su celebración, y no me costó trabajo imaginar con quién y de qué modo. Por fortuna, el dueño de la casa había tenido que demorarse para encender alguna lámpara cuya luz entraba ahora por la puerta principal de la alcoba, la que daba al corredor. Pero comprendimos que apenas disponíamos de unos segundos de tregua y que era necesario hallar de inmediato un escondite. Consideré el arca, pero esta se me figuró demasiado pequeña y a buen seguro la hallaríamos llena de mantas y ropa de cama. En cuanto a las cortinas, comprobamos que eran de las que no llegan hasta el suelo y por ello resultaban harto deficientes como escondite, toda vez que nuestras piernas

habrían quedado visibles casi por entero. «¿Dónde entonces?», fue la muda pregunta que le formulé a don Miguel. Y él, con un gesto enérgico, me señaló el único lugar posible. Traté de protestar, pero él me condujo a empellones hacia la cama de Lope y me hizo ocultarme allí debajo sin más demora. Al cabo de unos segundos, ambos conteníamos la respiración mientras veíamos un par de lustrosas botas penetrar en el dormitorio. Y tras ellas, unos zapatos de mujer, la misma mujer cuyo vestido y enaguas muy pronto cayeron al suelo, tan cerca de nuestros ojos que nos habría bastado con extender la mano para palpar sus piernas desnudas.

* * *

*Ya no quiero más bien que solo amaros,
ni más vida, Isabela, que ofreceros
la que me dais, cuando merezco veros,
ni ver más luz que vuestros ojos claros.*

Esos y algunos más fueron los versos que le oímos decir a Lope desde nuestro escondrijo bajo el tálamo. Aclaro que se tomó su tiempo, pues recitaba con voz entrecortada, cadenciosa y susurrante, y cada dos o tres palabras era interrumpido por los suspiros y ayes de su compañera. Y si vuestas mercedes se están preguntando acerca de la identidad de la dama, ¿quién podía ser ella sino la tal Isabel de Andrade a la que pocas horas antes habíamos admirado en su encarnación de la viuda Leonarda? Después de todo, Lope sí que había tenido la precaución de italianizarle el nombre. Y de ese modo Isabel se había convertido en *Isabela*, una vocal más que proporcionaba una sílaba extra la mar de conveniente para el metro endecasílabo del soneto, si bien, a decir verdad, la hermosa actriz no precisaba de mucho cortejo. Quiero decir que debía de estar cortejada de antemano, e incluso vencida y entregada, a juzgar por la nula resistencia que ofreció. Un detalle trivial aunque curioso es que el *Fénix* no había dedicado ni una gota de su caudaloso ingenio a componerle versos a su amante de aquella velada, toda vez que el mismo poema había circulado antes dedicado a Micaela de Luján, con la única diferencia de que donde antes decía *Lucinda* aquella noche dijo *Isabela*. No dejó de admirarme lo práctico que era aquel hombre. Y lo ahorrativo.

Pero lo que ahora interesa es consignar la comprometida (amén de ridícula) situación en la que nos encontrábamos don Miguel y un servidor, ambos tumbados sobre el polvoriento rectángulo de entarimado que soportaba la cama de Lope, procurando que ninguna parte de nosotros asomara allá donde pudiera ser vista, al tiempo que esforzándonos por no hacer el menor ruido susceptible de delatarnos. Y a fe que no es empresa fácil la de no emitir sonido alguno, ya que uno no puede dejar

de respirar por mucho empeño que le ponga, y es sabido que el aliento suele salir acompañado de ciertos silbidos y resuellos, sobre todo cuando se tiene el ánimo tan alterado como nosotros lo teníamos. Por fortuna, la pareja que yacía sobre nosotros (aunque con un colchón de por medio, aclaro) andaba tan embebida en sus asuntos que seguramente no hubiera reparado ni en una escolanía completa entonando el *Te Deum*, si es que esta hubiera cabido debajo de aquella cama. Hubo un momento, sin embargo, en el cual deseé que la mujer que hacía las labores domésticas en casa de Lope fuera más escrupulosa, pues eran tantas las pelusas y el polvo que allí se acumulaban que comencé a sentir un cosquilleo en la nariz, y temí no ser capaz de contener un estornudo, lo que con seguridad nos habría delatado a pesar del entusiasmo con que los de arriba se entregaban a sus deleitosos tejemanejes.

Pasaron algunos minutos y los versos dejaron paso a los suspiros, y estos a los gemidos y jadeos. Y muy pronto los amantes se abandonaban a su pasión con fogosidad tal que, de no haber sabido la naturaleza exacta del acto que transcurría sobre nuestras cabezas, hubiésemos pensado que quienes allí yacían eran dos contendientes enzarzados en violenta pugna. Y luego, mal que me pese mentarlo ahora, hubimos de sufrir en nuestras propias carnes las acometidas del *Fénix*, tan vigorosas que la cama toda temblaba y crujía, hasta el extremo que llegué a temerme que la madera, a buen seguro debilitada tras otras muchas noches de amor, cediera y llegara a partirse y acabásemos don Miguel y yo aplastados bajo el peso del tálamo, del dosel y de la pareja de amantes misma. Por fortuna todo se resolvió de forma incruenta, aunque hubo gran alboroto de gritos y lamentos, e Isabel (o *Isabela*), en su abandono, dio en mentar a los santos, a Dios Todopoderoso y a Jesucristo Nuestro Señor, y ello a pesar de que no la hubiera tenido yo por dama piadosa. Luego la tempestad amainó de forma brusca. Hubo, si acaso, algunos suspiros más. Por último, un largo silencio.

Miré a don Miguel por el rabillo del ojo y, a pesar de que la penumbra era densa bajo la cama, distinguí que sus ojos chisporroteaban, que mantenía los puños apretados y que se mordía con fuerza el labio inferior, como tratando de contener una emoción muy intensa. Y no me fue difícil imaginar que dicha emoción no podía ser otra que la ira, una ira abrasadora que debía de estar quemándole por dentro. Pues no en vano allí mismo, a dos palmos escasos sobre su cabeza, yacía quien lo había desposeído del fruto de su trabajo y de su ingenio, para luego entregar dicho fruto a las llamas y el olvido. Aquello no podía ser resultado de una rencilla entre literatos al uso. Algo terrible debía de haber ocurrido entre don Miguel y Lope para que el *Fénix*, al que ningún otro poeta de España podía hacer sombra, se hubiera rebajado hasta el extremo de organizar el robo de la novela de mi señor con el único propósito de destruirla. Sin embargo, cualquiera que fuese la naturaleza de aquella antigua ofensa, ahora era don Miguel quien tenía motivos de sobra para sentirse ultrajado, y mi temor

era que mi señor decidiera aprovechar la circunstancia de que Lope se encontraba desnudo e inerme para tomar venganza. Habría sido un acto de justicia, pero dadas las circunstancias todos lo habrían considerado un crimen. Por suerte, mis miedos resultaron infundados. Siendo hombre habituado a poner sus pasiones a buen recaudo, don Miguel se abstuvo de obrar impulsivamente y se quedó quieto y en silencio, en espera tal vez de que los amantes cayeran dormidos y ambosuviésemos la ocasión de abandonar nuestro escondite sin ser vistos. O por lo menos eso era lo que yo deseaba con todo el fervor de mi corazón, aunque si los rumores que corrían sobre Lope eran ciertos, tal vez la espera resultara larga y, antes de tener ocasión de abandonar nuestro escondrijo, nos viéramos obligados a soportar un segundo y aun un tercer envite.

La fortuna quiso, sin embargo, que mis temores no se confirmaran. Oímos algunos cuchicheos, el chasquido de un par de besos y la risa de Isabel. Pero a renglón seguido distinguimos el ruido inconfundible de un bostezo, y luego la voz de Lope pretextando que el vino y las celebraciones de la noche le habían nublado un tanto la cabeza y menguado las fuerzas, y que empezaba a notarse fatigado. No sé si Isabel se disgustó al comprobar que Lope se disponía a batirse en retirada. Si así fue, se abstuvo de hacer el menor comentario al respecto. De hecho, ninguno de los dos habló durante un rato, aunque supimos que no dormían porque les oímos hacer ciertos ruidos cuya naturaleza no soy capaz de determinar. Puede que Isabel estuviera tratando de reanimar la alicaída virilidad de Lope, aunque prefiero dejar este episodio al cuidado de la imaginación del lector. Fuera como fuese, la empresa no se coronó con éxito, pues oímos a Lope bostezar de nuevo y comprendimos que tal vez se nos presentara pronto la ocasión de marcharnos. Aun así, Isabel no parecía dispuesta a ceder en sus pretensiones y debió de pensar que un poco de charla tal vez despabilara a su galán y despejara los vapores de su cabeza.

—Dime, querido —la oímos preguntar—. ¿Qué fue de aquello que me contaste?

—¿Eh? —respondió Lope con voz de estar más dormido que despierto.

—Aquel viejo a quien me dijiste que tenías intención de burlar. Ese tal Miguel de...

—¿Cervantes?

—¡Eso es, Cervantes! Me dijiste algo de unas misas y de un sacrificio. ¿Cómo era aquello?

Oímos reír a Lope y comprendimos que el asunto le resultaba grato. Noté que don Miguel se ponía rígido.

—Las musas, querida Isabel, que no las misas. Lo que te dije fue que me propongo honrar a las musas ofreciéndoles la novela de ese carcamal en sacrificio. Y me encuentro muy cerca de alcanzar mi propósito, pues mis hombres actuaron con diligencia y cumplieron bien la labor que les encomendé.

—¿Ginés y Pablo?

—¿Quiénes si no?

—¡Valiente par de granujas son esos dos! Nunca entenderé cómo un caballero como tú busca tratos con ellos. En cuanto a Ginés, el muy haragán ni siquiera se había aprendido bien sus versos. Al menos tres veces tuve que darle el pie para que no perdiera el hilo. ¿Crees que lo notaron?

En ese punto oímos el chasquido de un beso.

—En absoluto, hermosa *Isabela*, todo el público estaba tan absorto contemplándote que nadie lo advirtió, tal es tu donaire y tu belleza. Ya los oíste aplaudir. Creo que podemos disculparle a Ginés que se saltara un par de versos aquí y allá. Además, tengo motivos para estarle agradecido a ese rufián. Yo y todos los hombres de buen gusto del reino.

—¿Cómo así?

La voz de Lope se endureció y pudimos imaginar que su gesto se agriaba.

—Me refiero a ese engendro de novela que le arrebatamos a Cervantes. Una bufonada. La chifladura de un viejo que no está del todo en sus cabales. Imagínate que el héroe del libro es nada menos que un hidalgo de pueblo con ínfulas de caballero andante. A decir verdad, no sabría decirte quién está más loco, si el personaje o quien lo ideó. Páginas y páginas de andanzas descabelladas y situaciones burdas, todo ello narrado con la mayor torpeza y la más deslavazada de las prosas. Créeme, Isabel. Apolo y las musas danzarán de alegría sobre la cumbre del Parnaso cuando consumemos el holocausto.

—¿El qué?

—El holocausto. Holo... causto. Mi intención es entregar a ese espantajo de don Quijote al fuego purificador. Pero aún no es llegado el momento. Antes deseo que mi señor el duque tenga ocasión de comprobar por sí mismo cuán acertada fue su decisión de apoyarme en la empresa, y cuán noble la causa de hacer desaparecer a ese adefesio de la faz de la tierra. Ahora el manuscrito está en manos de don Luis. Pero muy pronto, cuando su excelencia haya tenido ocasión de solazarse con los dislates de Cervantes, celebraremos ese sacrificio expiatorio del que te he hablado. Y ahora te ruego que me perdones, querida Isabel. Mis ojos se cierran y los pensamientos me abandonan como si mi cabeza fuese un odre agujereado. Mañana debo rematar una nueva comedia y me conviene descansar algunas horas.

No habían pasado más de unos segundos cuando oímos una respiración profunda, y luego unos sonoros ronquidos que debieron de contrariar mucho a la dama, a tenor de ciertas expresiones malsonantes que le oímos murmurar. Sin embargo, al cabo de pocos minutos ambos roncaban al unísono, de donde el señor Cervantes y yo colegimos que había llegado el momento de abandonar nuestro comprometido escondrijo y escurrirnos hacia la libertad, quiero decir hacia la calle.

Bendije muchas veces al Altísimo al sentir el aire frío de la noche en mi cara, y aún lo bendije más al comprobar que don Miguel no tenía intención de emprender más aventuras descabelladas por el momento, sino que nos encaminábamos de forma inequívoca hacia Lavapiés, donde nos aguardaba el lecho y el descanso después de aquella noche de pesadilla. No me pasó por alto el modo en que el señor Cervantes caminaba, con la espalda recta y el paso firme, cual si fuera un hombre mucho más joven de lo que era en realidad. Y me resultó sencillo adivinar el origen de aquel vigor recuperado, que no podía ser otro que el descubrimiento que habíamos hecho de labios del propio Lope: el manuscrito del *Ingenioso hidalgo* no había sido destruido, la novela aún existía. Pero entonces ¿cómo explicar el papel quemado que habíamos tenido en nuestras manos, y cuya procedencia era sin duda el manuscrito de mi señor Cervantes? Puesto que no encontraba respuesta, no tuve más remedio que expresar mi pregunta en voz alta.

—Me siento tan confundido como tú —respondió don Miguel—. La única explicación que se me ocurre es que tal vez la hoja cayera del legajo sin que Lope lo advirtiera. Luego, al verla en el suelo, la mujer que limpia su casa quizás pensara que se trataba de un papel descartado y la usara para encender el fuego.

Asentí, pues aquello sonaba razonable. Aun así, no las tenía yo todas conmigo:

—¿Y no piensa vuestra merced que Lope acaso estuviera mintiendo?

—No veo el propósito de semejante mentira. Además, piensa que cualquier hombre se comporta como un niño en presencia de su amante, y más aún en el lecho. Lope se pavoneaba como un infante orgulloso de sus travesuras. No, no pienso que estuviera mintiendo. El manuscrito todavía existe, quizás a falta de una hoja o dos. Pero no resultará difícil reponerlas. Además, ahora sabemos dónde está y en manos de quién.

—¿Sessa?

—¿Y quién si no?

—¿Y cree vuestra merced que el duque accederá a devolvérselo?

Don Miguel me miró como si acabara de proferir la mayor de las estupideces.

—Lo dudo. Si la mitad de lo que se cuenta de él es cierto, nos las vemos con un depravado, un hombre sin escrúpulos. No me sorprende que semejante alhaja haya encontrado en alguien como Lope un fiel secretario y confidente. Ah, si el difunto duque levantara la cabeza...

—¿Conocisteis acaso al anterior duque de Sessa?

—Por cierto que sí. Don Gonzalo fue mi valedor durante mis días en Nápoles. Un hombre piadoso e íntegro como pocos, amén de bravo soldado. No se comprende cómo de tan noble tronco ha podido surgir una rama tan podrida. Nada menos que la

estirpe del Gran Capitán. Pero así de crueles son las bromas del destino. En fin, mañana le haremos una visita a esa rama podrida. Hasta entonces, mejor será que reparemos fuerzas.

No me fue difícil acceder a la propuesta de don Miguel. De hecho, acabábamos de desembocar en la plaza de Lavapiés, lo que significaba que ya casi estábamos en mi casa. Aun así, no pude evitar un postrer comentario:

—¿Sabe vuestra merced lo que pienso de todo este desdichado asunto?

—Tú dirás —repuso don Miguel, al que las fatigas y la larga vigilia le estaban haciendo mella por fin, pues su gesto era ahora fatigado y su paso mucho menos enérgico.

—Creo que deberíamos haber aprovechado la circunstancia para apresar a Lope, atarlo con una soga y colgarlo desnudo de su balcón, como un cerdo en un matadero.

Don Miguel rio de buena gana.

—Bien sabe Dios que me placería en extremo, Gonzalo. Aunque no sería ese un modo muy juicioso de obrar, ni conveniente para recuperar el manuscrito.

La pregunta me quemaba en la garganta:

—¿Es que no pensáis contarme qué fue lo que ocurrió entre Lope y vos?

Don Miguel se volvió hacia mí con gesto impaciente.

—En otro momento, Gonzalo. Es historia larga y no me siento orgulloso de ella. A diferencia de Lope, a mí la conciencia me asesta algún zarpazo de cuando en cuando.

Tuve que contentarme con aquello. Y en silencio cubrimos el último y breve tramo del camino a través de las calles desiertas. Madrid dormía y pronto también nosotros lo haríamos, que, como dicen: el sueño es media vida, y la otra la comida. Y eso me recordó que, con tanto ajeteo, no habíamos podido llevarnos a la boca ni un mendrugo desde la hora del almuerzo. Qué gran ventura sería si, al llegar a la casa de mi padre, encontrásemos algún resto de la cena junto a la lumbre.

CAPÍTULO X

Sansón y los filisteos

- ¿A dónde ha dicho vuestra merced que nos dirigimos?
- Al convento de la Trinidad.
- ¿El de la calle de Atocha?
- El mismo.

Habíamos amanecido al cabo de escasas horas de sueño, apenas las suficientes para reparar nuestras fuerzas tras las muchas aventuras del día anterior. Recuerdo haber despertado con la sensación de que cuanto nos había acontecido (la riña, la muerte de Ginés, nuestro allanamiento de la morada de Lope, el peregrino episodio bajo la cama) había ocurrido dentro de un sueño. Y por más que me repitiera que no era así, que todos aquellos descabellados sucesos habían sido de verdad, parecía que una parte de mi mente se resistiera a tenerlos por auténticos, pues no eran cosas aquellas que le ocurrieran a diario a un aprendiz de librero. Por cierto, que si deseaba seguir siéndolo, más valía que me dejara ver por la tienda de mi amo Robles, pues de otro modo ya me veía dándole al martillo y al fuelle en la fragua de mi padre, labor hartamente penosa para la que no me consideraba con fuerzas ni facultades. Así que le recordé a don Miguel que entre unas cosas y otras había desatendido mis obligaciones durante muchos días, y que de todos modos más valía que fuésemos a ver a Robles y lo pusiéramos al corriente de los últimos acontecimientos, para luego decidir cuál habría de ser el proceder más conveniente. Y a esto don Miguel respondió sacudiendo la cabeza y diciendo que no teníamos tiempo que perder, que Robles no podía ayudarnos en lo que se proponía, y que en lugar de a la librería de la calle Mayor a donde debíamos ir ambos era al convento de la calle de Atocha, el de los padres trinitarios. Y que me aspen si entendía yo por qué.

—Pero, don Miguel, ¿qué diantre se nos ha perdido a vos y a mí en ese convento?

—Sabes que fui cautivo en Argel durante un lustro, ¿no es así?

Lo sabía. Era historia hartamente conocida y él mismo había hecho referencia a ella varias veces. Pero seguía sin ver la relación de todo aquello con el manuscrito, con Lope y con el duque de Sessa. Mi desconcierto era grande, y así se lo hice ver a don Miguel con mi gesto.

—Has de saber que fueron dos padres trinitarios los que negociaron mi rescate. Fray Juan Gil y fray Antón de la Bella eran sus nombres. Llegaron a Argel con la lista de todos los desventurados a los que los berberiscos mantenían cautivos. Y al ver que los dineros que mi familia había reunido eran insuficientes para pagar mi libertad, no cejaron hasta obtener lo que faltaba de ciertos mercaderes cristianos. Si no hubiera sido por aquellos hombres santos, hoy yo no estaría aquí contigo, sino que

habría muerto como un perro entre los infieles, o quizás hubiese acabado mis días como un renegado, abjurando de mi fe y abrazando la infame secta de Mahoma, con lo que me habría procurado la condenación eterna. Ellos redimieron mi cuerpo y mi alma, por lo cual mi gratitud será siempre infinita.

—Sin duda es una historia hermosa y edificante, pero sigo sin ver...

—A Fray Juan se lo llevó Dios hace algunos años —me interrumpió don Miguel—. Pero fray Antón todavía vive, aunque es ya muy anciano y su cabeza no rige como antes. Con todo, siempre que vengo a Madrid encuentro tiempo para visitarlo, y esta vez no ha de ser una excepción.

Y negándose a oír una palabra más, don Miguel emprendió el camino hacia el convento de la Trinidad. Y yo tras él, incapaz de comprender aquel repentino cambio de intenciones. ¿Es que ya no íbamos a acudir al palacio del duque de Sessa en busca del manuscrito robado? ¿Acaso era más urgente ir a visitar a un viejo fraile chiflado? ¿O era don Miguel el que estaba perdiendo el juicio con tanto trajín y tanta aventura?

* * *

Pronto comprobé que el señor Cervantes no mentía al asegurar que era un asiduo del convento de la Trinidad, que para que vuestas mercedes se sitúen aclararé se halla en la calle de Atocha, esquina con la de Relatores, frente a la parroquia de San Sebastián. La cuestión es que el tornero lo reconoció a la primera y mostró no poca alegría al hacerlo, y luego nos franqueó la entrada a ambos, asegurando que fray Antón se habría alegrado mucho con su visita.

—¿No me estaréis diciendo que ha muerto? —preguntó don Miguel con sobresalto.

El fraile se encogió de hombros y lanzó un suspiro.

—Lo cierto es que aún respira y toma alimento y realiza otras funciones corporales, pero en la mayoría de las cosas es como si hubiera dejado ya este valle de lágrimas. Ya sabe vuestra merced que en los últimos tiempos su memoria empezaba a flaquear, que iba y venía. Y si un día nos hablaba como si estuviese en plena posesión de sus facultades, al siguiente imaginaba hallarse en tierra de moros redimiendo cautivos, o le hablaba al prior en lengua arábiga tomándolo acaso por algún bajá de Berbería o por el rey Almanzor o qué se yo.

—¿Ha empeorado entonces? —preguntó don Miguel.

—Y no imagináis cuánto. Cierta mañana, a principios del verano, lo encontramos paralizado, y desde entonces no puede hablar ni caminar ni menearse casi. Le resulta imposible dejar el lecho y ha de ser atendido en todo. Ni siquiera da muestras de entender lo que se le dice, pues no se observa en su rostro la menor reacción o gesto de reconocimiento. En fin, que si Dios quisiera acogerlo pronto en su seno le

ahorraría al desventurado muchos sufrimientos, y de paso también a los hermanos que han de cuidarle.

Don Miguel asintió con gesto compungido, y luego pidió verlo de todos modos, pues, según explicó, quizás el anciano estuviera consciente a pesar de su parálisis, que esas cosas solamente Dios las sabe, y que acaso su visita y sus palabras le sirvieran de consuelo en su postración. El tornero se mostró conforme con esto, y luego dijo que por supuesto, que no había inconveniente, y que el de don Miguel le parecía un gesto de caridad cristiana. Por último, nos guio a través de un austero claustro y de un lóbrego corredor recorrido por corrientes de aire, hasta una celda cuya puerta abrió para franquearnos el paso.

A punto estuve de retroceder, pues tan pronto como penetré en la celda mi nariz sufrió el embate de la pestilencia más nauseabunda que imaginar puedan vuestras mercedes. Allí dentro olía a excrementos y orines y decrepitud. Olía a muerte. Y el origen de semejante hedor tenía que ser por fuerza el menudo bulto que se distinguía sobre el jergón, aunque con dificultad, pues el batiente del ventanuco permanecía cerrado a cal y canto y la penumbra reinaba dentro del escueto recinto. Quise retroceder, pero don Miguel me tomó del brazo y me obligó a seguir adelante, lo que hice cubriéndome con la mano la nariz y la boca, y a pesar de ello apenas capaz de contener las arcadas.

—¡Fray Antón, fray Antón! —vociferaba el tornero—. Mire quién ha venido a visitarlo. Es el señor Cervantes. ¿No se acuerda? Aquel poeta de Alcalá de Henares que su reverencia y fray Juan se trajeron de Argel.

Acto seguido, y para mi alivio, el hermano tornero desatrancó el ventanuco y permitió que el aire fresco entrara en la celda y barriera los miasmas allí encerrados. Y con el aire entró la luz, lo que me permitió echarle un vistazo al pobre desdichado que yacía en el jergón. Y diré que lo que vi apenas me pareció un rostro humano, sino una máscara de las que se llevan por carnestolendas. Una calavera a duras penas cubierta por unos jirones de pergamino manchado. Unos cuévanos en cuyo fondo se distinguían un par de ojos vidriosos de mirada fija. Una mueca rígida y desdentada en vez de boca. Y unas orejas enormes, tan grandes que más parecían (que Dios me perdone) las de un simio que las de una criatura humana, y de cuyos orificios brotaban dos madejas blancas y enmarañadas.

Oí gemir a don Miguel, aunque acto seguido debió de recomponerse, pues acercó un escabel a la cama y se sentó junto a la cabecera, y tomó en su mano buena una de las manos del enfermo, que era sarmentosa y amarilla como la pata de un pollo, y comenzó a hablarle al anciano con voz suave y a confortarlo con muy cristianas razones. Atrás nos quedamos el tornero y yo, ambos mudos y conmovidos, hasta que el fraile pretextó que lo requerían labores urgentes y salió dejándonos a solas con la momia aquella, y que Dios me perdone otra vez.

—Gonzalo —me dijo don Miguel tan pronto como el tornero hubo salido—. Escucha atentamente lo que voy a decirte. Y no hagas preguntas.

¿A qué venía aquel apremio en su voz cuando lo único que habíamos ido a hacer allí era visitar a un moribundo? Aquello empezaba a parecerme tan intrigante que casi me olvidé del olor, aunque el aire fresco de la ventana también hizo su papel.

—Os escucho, señor.

—Atiende. ¿Ves esa arca del rincón? Pues ábrela y dime lo que contiene.

Lo miré en el colmo del asombro, pero él seguía tomando la mano del viejo fraile y consolándolo con voz queda. Además, me había pedido que no hiciera preguntas, de modo que obedecí:

—No hay más que ropas del fraile, señor —dije tras completar mi examen—. Hábitos, algunas camisas. Nada fuera de lo común.

—Muy bien, ¿cuántos hábitos ves?

No estaba muy versado yo en vestimentas monacales. Aun así, sabía que el hábito de los trinitarios consta de dos partes: una túnica blanca con la cruz de la Trinidad (un brazo rojo y otro azul) bordada en el pecho y una cogulla negra, que es una especie de manto provisto de capucha. Y también el cordón rematado en borlas que sirve para ceñir la túnica a la cintura. De todas esas prendas vi dos muestras, todo cuidadosamente plegado y guardado con ramitas de espliego, como si su dueño no fuera a volver jamás a usarlas, lo que de hecho era harto probable. Más intrigado a cada momento, le comuniqué mi hallazgo a don Miguel.

—Muy bien, Gonzalo. Ahora haz lo que voy a decirte. Toma esa bolsa grande que he traído y guarda en ella esos dos hábitos. Y toma también un par de esos libros de rezos que hay sobre la mesa. No importa cuáles. ¡Hazlo ahora!

Me quedé helado y con el ánimo en suspenso. ¿Me estaba pidiendo don Miguel de verdad que le robase a un moribundo? Cierto es que nuestras acciones del día anterior no habían sido precisamente ejemplares, aunque eran las circunstancias las que habían impuesto su tiranía. Pero esto... esto...

—¿Me obedecerás de una vez? —me urgió, y mientras, muy solícito, acariciaba la calavera apergaminada del fraile.

Yo seguía sin comprender, pero razoné que no le estábamos robando a fray Antón nada que fuera a necesitar de verdad, salvo quizás para ser enterrado, y que en esa circunstancia sus hermanos ya se las compondrían, que para hacer el tránsito al otro mundo tampoco hacen falta alforjas. Con todo, no pude dejar de maravillarme al pensar a qué extraños vericuetos lo puede conducir a uno el apacible oficio de mercader de libros, pues si anoche estábamos espiando una coyunda debajo de una cama, hoy nos disponíamos a robarle las ropas a un fraile moribundo. Tan disparatado me parecía todo aquello que pensé que cualquier pregunta estaba de más, así que tomé la bolsa que, en efecto, llevaba mi señor y la llené con los frutos de mi hurto. Y

justo entonces apareció el hermano tornero acompañado del prior, quien había sabido de la visita de Cervantes y no quería dejar pasar la ocasión de saludarlo.

Y así fue que don Miguel y el prior departieron durante un rato, lamentándose ambos de la triste situación de fray Antón de la Bella, un hombre antaño vigoroso que tantos y tan buenos servicios le había prestado a la cristiandad, y razonando sobre la fugacidad de la vida y la necesidad de estar en gracia de Dios para que la muerte no nos coja desprevenidos. Y luego de intercambiar algunas cortesías, don Miguel puso en manos del prior una bolsita en la que tintineaban unas pocas monedas, y le dijo que aquella era su aportación regular a la causa de la redención de cautivos, y que esperaba poder contribuir con más al cabo de poco tiempo. Por último don Miguel le encargó al prior que no dejara de avisarle cuando se produjera el luctuoso suceso (aquí se inclinó para depositar un beso en el cráneo pelado del vejete) y me informó de que era hora de abandonar la celda y el convento, cosa que hice con el corazón encogido, pues es bien sabido que si robar es pecado, mucho más lo es robarle a un ministro de la Santa Madre Iglesia.

—Don Miguel, yo... —empecé a decir tan pronto como ambos echamos a andar por la concurrida calle de Atocha.

—No sigas, Gonzalo. A mí también me avergüenza tener que recurrir a ciertas tretas poco ortodoxas. Aunque no pienses que hemos robado esos hábitos, sino que los hemos tomado prestados. Has de saber, además, que poseo mi propio hábito, aunque no trinitario, sino franciscano, y por tanto menos vistoso que estos que nos hemos llevado. Sin embargo, no lo he traído conmigo, sino que lo dejé en Valladolid, pues no había previsto tener que usarlo. Por lo menos no tan pronto.

—¿Y para qué queréis vos un hábito, si no es osada la pregunta?

—Para que me entierren con él. ¿Para qué si no?

Todo aquello empezaba a olerme a chanza macabra, aunque por más que lo intentaba no le veía yo la gracia por ninguna parte.

—¿Entonces, estos dos que hemos rob... Que hemos tomado prestados, quise decir, son para que nos amortajen? ¿Tan peligrosa juzgáis nuestra empresa?

Y al instante mi pregunta me pareció necia, pues ya había quedado más que patente que nuestra misión comportaba grandes riesgos. Y si había alguna duda de ello, bastaba con recordar al desventurado Ginés enterrado bajo su montón de piedras y sin un mal hábito monacal con el que comparecer ante su Creador. Con todo, don Miguel pareció encontrar divertida mi ocurrencia, a tenor de las carcajada que soltó al oírla.

—Que Dios te conserve la inocencia, mi buen Gonzalo —me dijo—. Estos hábitos no han de ser nuestra mortaja, sino tan solo un disfraz. Estoy seguro de que mi querido fray Antón me los hubiera cedido de buen grado de haber sabido el noble fin al que pienso dedicarlos, que es ni más ni menos que la reparación de una

injusticia. En palabras del caballero don Quijote, nos servirán para «desfazer un entuerto».

Entonces se hizo la luz dentro de mi mollera, y comprendí punto por punto la astucia del plan de don Miguel.

—Así pues, ¿nos dirigimos hacia el palacio del duque de Sessa, mi señor?

—Así es, Gonzalo. Aunque antes de poner en práctica mi plan quiero que hagas un par de averiguaciones. Luego el palacio ducal recibirá la visita de ciertos monjes que tú y yo conocemos muy bien. Y pierde cuidado, que no es mi intención obligarte a que te hagas la tonsura. Con que permanezcas con la capucha puesta, bastará.

* * *

No era ni media mañana cuando ya estábamos ambos en la calle de la Flor Alta, plantados ante el palacio madrileño del duque de Sessa. Como ya relaté en su momento, por aquellos días eran muchas las casas nobles que se habían trasladado a Valladolid en pos de la Corte, pues es sabido que un aristócrata alejado de la Corte se asemeja a un arenque fuera del agua. De hecho, a imitación de los demás patricios de nombradía, don Luis se había hecho construir un palacio nuevo a orillas del Pisuerga. Dicen que corte, puta y puerto hacen al hombre experto. Sin embargo, el palacio vallisoletano de la casa de Sessa estaba casi siempre cerrado, pues su propietario prefería con mucho quedarse en Madrid. El motivo no lo sé a ciencia cierta, aunque me imagino que aquel Madrid despejado de cortesanos se le antojaba territorio propicio para sus libertinas andanzas, toda vez que estas podían culminar de modo más discreto que en la Corte, donde todo se ve, se sabe y se censura. Acaso don Luis pretendiera evitar de ese modo el escándalo que llevaba persiguiéndolo desde mucho antes de heredar su título, haciendo bueno ese dicho según el cual cuanto más poderoso, más vicioso.

Regresando a mi relato, diré que la primera cosa en la que reparamos al llegar al palacio fue en la lujosa carroza parada ante la puerta. Las armas de la casa de Sessa proclamaban que se trataba de la del duque, de donde inferimos que su excelencia se disponía a ausentarse.

—Eso nos conviene —murmuró don Miguel.

Y a continuación me envió a hablar con el cochero, pues había un par de cosas que precisábamos saber para asegurar el éxito de nuestra empresa.

—Amigo —le dije al hombre con la mejor de mis sonrisas—. ¿Sabe vuestra merced si el señor duque se encuentra en el palacio?

El cochero me miró como si yo fuera una cucaracha aplastada bajo la suela de su zapato. El muy villano iba ataviado con una librea bordada y tal vez por ello se creía un general. Por un momento pensé que ni siquiera iba a dignarse responderme,

aunque al fin lo hizo con gesto altivo y rezumante de desprecio.

—¿Y qué puede importarte a ti, bribón, si su excelencia el duque está o si no está?

—Veréis, señor cochero, la cuestión es que ando en busca de un amo al que servir. Y qué mejor amo que don Luis Fernández de Córdoba, duque de Sessa y conde de Cabra.

El cochero soltó una risotada.

—Veo que te has molestado en aprenderte los títulos de mi señor, aunque has olvidado los de marqués de Poza, vizconde de Iznájar y Gran Almirante de Nápoles. De todos modos, no te va a servir de nada, porque el servicio de palacio está completo. Y aun si así no fuera dudo que su excelencia el duque te aceptara, pues no pareces ni muy listo ni muy vigoroso.

Me imaginé tomando un pedrusco del suelo y derribando a aquel cretino del pescante, al que estaba encaramado como un cardenal en su púlpito, y confieso que el pensamiento me produjo no poco placer. Pero aquello no habría sido útil para nuestros fines.

—¿Vos creéis que podría entrevistarme con el duque, señor cochero? Seguro que cuando me conozca sabrá apreciar mis facultades.

Tras soltar una nueva risotada, el cochero me mostró su látigo.

—¡Largo de aquí, granuja, si no quieres que te arranque la piel a latigazos! Su excelencia está a punto de abandonar el palacio con la señora duquesa. Ni se te ocurra acercarte a él.

Con aquello acababa de averiguar una de las cosas que necesitaba saber. El duque se disponía a usar su carroza, lo que significaba que iba a estar fuera del palacio durante un buen rato. Supuse que se dirigiría a los Jerónimos, donde él y la duquesa oían misa cada mañana. Tal es el ejemplo de rectitud que nuestra nobleza le ofrece al pueblo llano: misas de día y lupanares al caer el sol. Cuánta podredumbre.

—¿Y qué hay del secretario del duque? —insistí—. ¿Podría hablar con el señor Lope de Vega?

—¿Pero aún estás aquí? —me ladró el nefando cochero—. ¿Quieres que llame a los mozos de cuadra para que te den la tunda que te mereces? Lope no tiene tiempo para recibir a mequetrefes. Y además no está en palacio ni se le espera.

Con aquello me bastaba. De modo que le dediqué una higa al cochero y me marché mientras oía sus gritos e imprecaciones a mi espalda.

—Bien hecho, Gonzalo —me dijo don Miguel no bien lo puse al corriente de mis averiguaciones—. Ahora tan solo resta esperar a que los duques se marchen y nos dejen el campo libre. Entretanto, creo que tú y yo podemos aprovechar para realizar cierto cambio de vestuario.

Recordaba haber visto poco antes un zaguán oscuro que me pareció adecuado

para nuestros propósitos, y allá que nos fuimos ambos con la intención de tomar los hábitos. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando dos monjes de la Trinidad, cada uno con su libro de rezos en la mano, llamaban a la puerta del palacio ducal de Sessa. Huelga decir que la carroza ya había partido con sus nobles ocupantes a bordo.

Nos abrió la puerta un negro. Y no me refiero a un hombre vestido de negro (que también lo era) sino a un hombre de piel completamente negra. Negro como el azabache o como el mismísimo diablo. Tan negro era el hombre y tan negro su atuendo que, ante el fondo oscuro del interior del palacio, apenas se le distinguía, salvo por sus blanquísimos dientes, que nos enseñaba en una sonrisa feroz, y por los globos redondos de sus ojos, que parecían flotar en el aire sin estar pegados a ninguna calavera.

—Buenah tardeh tengan zuh reverensiah —dijo el negro con voz de caverna y un acusadísimo deje andaluz.

Aquella aparición me había dejado mudo. Y no es que yo no hubiera visto negros antes, que como poco habría visto tres o cuatro de ellos (si no habían sido media docena). Es más, sabía de buena tinta que en el sur los había en abundancia, pues quienes regresaban de las Indias los traían a veces como pajes o sirvientes. Lo que no esperaba era encontrarme con uno tan cerca, sobre todo con un ejemplar tan enorme como aquel, que si no medía sus dos varas y media poco le faltaría. En cuanto a su anchura, ahora que se me había aclarado la vista me di cuenta de que no era que el interior del palacio estuviera a oscuras, sino que el negro era tan grande que su corpachón cubría el vano de la puerta por entero. Y entonces caí en quién era aquel hombre, pues me acordé de ciertas historias que corrían por Madrid acerca de cierto criado del duque. Se decía que se lo había comprado a un mercader de esclavos en el puerto de Sevilla, y que el vigor de aquel ejemplar era tal que le había valido el apodo de Sansón. Y no me refiero solamente al vigor de sus brazos y de sus piernas, aunque me abstendré de abundar en el asunto por miedo a ofender a vuestas mercedes con detalles escabrosos. Bastará con consignar que el duque tenía a su criado negro en gran estima, y no solo como sirviente, sino como compañero de correrías galantes, pues al parecer no había Dalila que se resistiera a los desmesurados atributos del mocetón. Todo ello según los rumores, claro está. Y ahora dichos rumores acababan de materializarse ante nosotros en toda su hercúlea negritud. En definitiva, que aquel jayán moreno tenía más fuerza que el célebre Sansón, y nosotros bien debíamos guardarnos de que no nos tomara por filisteos.

—A la paz de Dios —dijo don Miguel imitando de forma admirable ese hablar melifluido y plañidero de los clérigos—. Deseamos ver a su excelencia. ¿Podría recibirnos el duque?

—Mi zeñó er duque ehtá en miza —respondió Sansón con su acento de Triana—. ¿Pa qué quieren verlo zuh reverensiah?

—Verás, muchacho. Como puedes ver por nuestros hábitos, fray Gonzalo y yo pertenecemos a la orden de la Santísima Trinidad. Y como sabrás, nuestra principal misión es la de redimir cautivos, lo que hacemos sin otras armas que la fe ni más armadura que la misericordia. Por estos días, precisamente, organizamos una expedición a Constantinopla, pues son muchos los cristianos que allí sufren cautiverio. Por ello hemos venido a departir con su excelencia, pues nos consta que hombre tan generoso, pío y magnánimo como él no dejará de ofrecernos su ayuda en tan noble empresa.

No me pasó por alto el gesto de impaciencia del moreno, quien ya debía de estar pensando en un modo de deshacerse de nosotros y regresar a sus obligaciones.

—Eh que, como leh he disho, mi zeñó er duque ehtá auzente. Asín que vuervan luego.

Y se dispuso a cerrarnos la puerta en las narices, lo que don Miguel no estaba dispuesto a permitirle.

—¿No has dicho que el duque estaba en la iglesia?

—En loh Jerónimoh, como toh loh díah. Si van zuh reverenciah allá seguro que ze lo encuentran.

—¿Y no sería posible aguardar aquí su regreso? Es urgente que le veamos esta misma mañana. Y su excelencia se alegrará de poder colaborar en empresa tan cristiana y misericordiosa.

—Eh que... —vaciló Sansón, y comprendimos que se disponía a darnos una negativa, cosa que don Miguel no estaba dispuesto a consentir.

—Conocí bien al anterior duque, don Gonzalo Fernández de Córdoba, al que Dios tenga en su gloria. Muchas fueron las veces que lo vi allá en Palermo por los años en que don Juan de Austria libraba sus guerras en Túnez. Y alguna vez hasta tuve el honor de oírlo en confesión. Qué esclarecido varón. Qué ejemplo de rectitud para la cristiandad. Y qué gran sostén para nuestra orden. Dime, mozo, ¿no crees que tu amo, el actual duque, se alegrará de poder recibirme, habiendo sido yo persona tan cercana a su predecesor en el título?

Aquella mentirijilla de don Miguel inclinó la balanza a nuestro favor. Y digo mentirijilla porque solo lo era a medias. No había faltado a la verdad al afirmar que había conocido bien al anterior duque y que había gozado de su favor. Aquello había sido durante sus años en Italia, de donde partió como soldado aventajado y con una carta de recomendación de Sessa en su bolsa. Sin embargo, dudo que don Miguel alguna vez oyera al difunto duque en confesión. Pero lo que importaba era que nuestro plan para colarnos en el palacio estaba saliendo a pedir de boca, y que con algo más de suerte nuestra búsqueda podría terminar muy pronto.

Una vez nos hubo franqueado la entrada, Sansón nos condujo a través de varios salones, cada uno más suntuoso que el anterior. Reparé en los techos adornados con

pinturas y en el rico mobiliario. Yo no era extraño a las mansiones de los poderosos, pues mis obligaciones incluían llegarme hasta ellas casi a diario con encargos de libros. Pero era la primera vez que se me permitía ir más allá de la puerta de servicio, y he de señalar que aquel lujo se me antojó casi obsceno al pensar en tantos menesterosos y hambrientos como había en el reino. Pero entonces me vino a la cabeza el pensamiento de que si Dios lo había dispuesto así, por algo sería. Curiosa idea para alguien como yo, que toleraba de muy mal grado la injusticia. Tan solo se me ocurre que el hábito de monje que llevaba puesto debió de alterar mi modo de pensar. En fin, como iba diciendo, el criado negro del duque nos condujo a través del palacio hasta alcanzar una sala de dimensiones modestas y aspecto mucho más espartano que las que acabábamos de dejar atrás. No había allí tapices ni pinturas, únicamente unos sencillos y duros bancos de madera. A diferencia del resto de las dependencias del palacio, en la chimenea de aquella pieza no ardía ni el más humilde fuego, por lo que el frío era intenso. No costaba trabajo imaginar por qué el duque hacía esperar en aquella pieza a los peticionarios y suplicantes: el lugar era tan incómodo que muchos se marcharían antes de haber formulado su súplica. No se puede decir que los ricos sean estúpidos. Acaso por eso son ricos.

«Queden con Dios», nos dijo el negrazo. Y acto seguido se esfumó dejándonos a solas en aquella especie de calabozo donde las visitas del duque languidecían, se congelaban o ambas cosas a la vez. Aunque nosotros, naturalmente, no teníamos la menor intención de permanecer allí hasta que el duque nos convocara a su presencia.

—En pie, Gonzalo —dijo don Miguel—. Don Quijote nos aguarda en algún rincón de este palacio y no hemos de hacerle esperar más.

—Pero ¿por dónde empezamos? ¿Conocéis acaso este lugar?

Don Miguel se frotó la barba pensativo.

—Algo lo conozco —dijo al fin—. Hará quince años, harto ya de vagabundear por Andalucía, traté de conseguir algún oficio en las Indias. Y para obtenerlo supliqué la intercesión del anterior duque, el padre de este libertino que ahora lleva el título. Aunque de poco sirvió, pues por entonces la casa de Sessa ya se había olvidado de mí y de mis buenos servicios como soldado.

Don Miguel sacudió la cabeza.

—Pero esa no es historia que nos concierna ahora. Solo la mencioné para que supieras que he estado antes en este palacio y que tengo una idea de por dónde deberíamos empezar a buscar. Ahora sígueme en silencio.

—Pero, señor —protesté—, ¿qué haremos en caso de ser sorprendidos husmeando por ahí?

—No te inquietes, Gonzalo. Diremos que vamos buscando la capilla para rezar el Ángelus.

Así pues, seguí a don Miguel a través de los suntuosos salones, admirando de

paso lo mucho que le favorecía el blanco hábito trinitario, con el que tenía todo el aspecto de un venerable hombre de Dios. Al fin fuimos a salir a un patio rodeado de arcos y columnas, donde don Miguel tuvo la precaución de esperar a resguardo hasta que estuvimos seguros de que no hubiera moros en la costa (ni negros, quienes, al igual que los moros, dicen que son también mahometanos). Por fortuna, los criados del palacio debían de estar ocupados en otras dependencias, porque no se veía ni un alma. Aquella quietud nos permitió cruzar el patio a plena luz del día, pues era en el extremo opuesto donde arrancaba la regia escalera por la que se ascendía a la planta de arriba. Por ella subimos don Miguel y yo procurando que nuestras pisadas resonaran lo menos posible en el patio vacío.

Tuvimos que buscar refugio en un par de ocasiones mientras recorríamos los largos corredores de la planta superior, donde se encontraban los aposentos privados de los duques. Por suerte, las criadas nos advertían de su cercanía con sus pisadas y con su cháchara, por lo que no nos resultó difícil darles esquinazo. Al final don Miguel se detuvo ante una gran puerta de roble.

—Tiene que ser aquí —susurró girando el pomo.

Una vez traspuesto el umbral, comprobé que nos encontrábamos en una biblioteca. Bajo un rico techo de artesonado vi numerosas estanterías repletas de volúmenes. En los tramos de pared que no estaban cubiertos de libros, colgaban retratos del duque y de sus antepasados luciendo ropas cortesanas y armaduras guerreras. Al fondo, un gran hogar de piedra rematado por las armas de la casa de Sessa donde un fuego de troncos caldeaba la estancia en espera de su dueño. A un lado de la chimenea había un gran escritorio, y al otro una escribanía de tamaño más modesto que quizás era la que usaba el secretario del duque, al que tan íntimamente habíamos llegado a conocer.

—Si no lo hallamos aquí, jamás lo encontraremos —dijo don Miguel acercándose a la escribanía que podía ser de Lope.

Yo fui en pos de él con la respiración entrecortada y el corazón brincándome en el pecho, no tanto por el peligro que estábamos corriendo, cuanto por la trascendencia de aquel momento.

Un buen rato dedicó don Miguel a revolver los papeles que cubrían el escritorio de Lope, que no parecía sino que aquel hombre viviera sepultado en papeles. Había cartas de las que el *Fénix* escribía por cuenta de su patrón, casi todas ellas dirigidas a damas a las que el duque pretendía, ya fueran estas casadas o solteras o apenas en edad de merecer. Había informes y memoriales. Y hasta notas y apuntes para comedias, pues a lo que parecía no descansaba Lope de escribirlas ni cuando debería estar en otros asuntos. Y así estuvo don Miguel leyendo este papel y aquel otro, y abriendo los cajones y escudriñando dentro de ellos. Hasta que de pronto, al mirar en el último recoveco de la escribanía (un cajoncito disimulado tras una tabla sobre la

que se había pintado el juicio de Paris), le oí proferir una exclamación ahogada. Y entonces comprendí que nuestra búsqueda había terminado.

La emoción se agolpó en mi garganta en el instante en que identifiqué lo que don Miguel tenía en las manos. Era un voluminoso atado de hojas manuscritas. En la primera plana, con la franca caligrafía que yo conocía bien y grandes letras historiadas, se leía *El ingenioso hidalgo Don Qvixote de La Mancha, compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra*. Observé cómo a don Miguel le temblaban las manos mientras desataba el balduque que mantenía las hojas juntas. A pesar de que nuestra situación de intrusos aconsejaba silencio, sentí el impulso irrefrenable de gritar de alegría. Y creo que lo hubiera hecho de no ser porque un repentino sonido hizo que el grito se helara en mi garganta. Venía desde mi espalda, y era el crujido de una gruesa puerta al abrirse.

—¡Fray Miguel y Fray Gonzalo! Qué oportuna visita. Tengan sus reverencias a bien bendecirme, pues me asaltan grandes tentaciones de pecar contra el quinto mandamiento.

Nos giramos hacia la puerta y allí estaba Lope de Vega y Carpio en persona. Sonreía de un modo siniestro mientras se aproximaba con una pistola de las grandes en la mano. Y tras él venía el negro Sansón blandiendo una tranca de un tamaño tan descomunal como él mismo. Nos hallábamos atrapados como ratones.

El círculo estaba próximo a cerrarse.

* * *

—¡Se terminó por esta noche!

Pilar Esparza se cubrió la boca con la mano para disimular un bostezo, luego depositó la hoja que había estado leyendo sobre el resto del legajo y se puso de pie. Erasmo López de Mendoza estaba a punto de protestar cuando, de forma accidental, su vista se posó en la esfera de un viejo carillón que había formado parte de la herencia de su mujer. Con un respingo de sorpresa, comprobó que eran más de las seis de la mañana.

—Lo lamento —dijo Erasmo con sincera contrición—. He abusado de ti sin el menor miramiento. Debes de estar molida.

—No se disculpe, profesor —repuso Pilar—. Esta ha sido la noche más fascinante de mi vida. Al menos de mi vida de adulta. No me sentía así desde que les dejaba los zapatos a los Reyes Magos. ¿De verdad cree usted que todo esto es real?

—Si te refieres a la autenticidad del manuscrito, no me cabe la menor duda. Ahora bien, si lo que te estás preguntando es si no se tratará de un sueño, me temo que no tengo respuesta alguna que ofrecerte. Solamente el deseo de que ni tú ni yo nos despertemos de repente para descubrir que el manuscrito de Gonzalo no existe.

Aunque te confieso que en más de una ocasión, mientras te escuchaba leer, he tenido que pellizcarme, pues empezaba a tener dudas de que todo esto estuviera ocurriendo de verdad. ¿Te das cuenta de la increíble experiencia que hemos vivido esta noche?

Pilar asintió, pero acto seguido volvió a bostezar, y en esta ocasión no hizo nada para disimularlo.

—Sin embargo, yo sigo teniendo un trabajo y una responsabilidad hacia mis alumnos. Y ayer ya hice novillos.

—Estoy seguro de que esos predelincuentes te lo agradecieron.

Pilar sonrió.

—Probablemente acierta. Pero eso no me autoriza a volver a faltar a clase. Alguien ha de encargarse de educarlos, ¿no cree? Tengo dos exámenes programados para mañana, es decir, para hoy. Y, además, no podría seguir leyendo aunque quisiera. Es verdad que ahora me resulta mucho más fácil descifrar la letra de Gonzalo, pero mi vista está tan cansada que las líneas se me confunden.

Erasmus asintió con un mohín de decepción.

—Vaya, lo siento. Esperaba que aceptaras de nuevo mi hospitalidad, y que una vez hubieras descansado pudiéramos reanudar la lectura del manuscrito.

Pilar se encogió de hombros.

—Lo siento, pero eso no va a ser posible. Ahora me voy a casa. Tengo el tiempo justo para ducharme, cambiarme e irme al instituto. Aunque antes debería beberme una cafetera entera. De otro modo pasaré la mañana hecha una zombi y mis alumnos copiarán delante de mis narices. Por la tarde trataré de dormir un rato. A eso de las siete estaré aquí de nuevo. A las ocho como muy tarde. ¿Le parece bien?

Erasmus comprendió que no tenía más remedio que contentarse. De modo que se puso en pie y se ofreció para acompañar a la muchacha hasta su coche.

—No se preocupe, profesor. Madrid ya no es una ciudad tan peligrosa como en los tiempos de Cervantes y Gonzalo.

—¿Estás segura de eso?

La muchacha rio.

—Al menos está mejor iluminada. Pero, insisto, no hace falta que me acompañe. Sé cuidar de mí misma a pesar de que no tengo ni idea de esgrima. Lo que debe hacer es irse ahora mismo a la cama. Ya no está para tanto trote, don Erasmus.

Privado de argumentos, Erasmus tuvo que contentarse con escoltar a Pilar hasta el ascensor y verla desaparecer dentro de la cabina. Las puertas automáticas le consintieron un último atisbo de la sonrisa cansada de la muchacha. Luego el ascensor apretó sus fauces y le arrebató a Pilar por completo, lo que provocó en Erasmus una aguda sensación de pérdida. Su estado de ánimo, pletórico hasta minutos antes, comenzó a deshincharse a una velocidad alarmante. «Esto es absurdo e infantil», se dijo el bibliófilo sacudiendo la cabeza. Un profesor jubilado no podía

comportarse como un adolescente antojadizo, so pena de verse abocado al ridículo más feroz. Lo único que Erasmo estimaba casi tanto como sus libros era su reputación, y aunque la compañía de Pilar le turbaba y le confundía, conservaba la lucidez suficiente como para comprender que estaba corriendo un riesgo enorme, el de convertirse en una figura ridícula (hablando en plata, un viejo verde). Sin embargo, por mucho que su mente racional le aconsejara contención y cautela, algo dentro de él parecía haberse declarado en rebeldía. De pronto se notaba azotado por una tormenta de sentimientos que no lograba sujetar ni comprender del todo. Lo que experimentaba se parecía tal vez a ese temblor de excitación que había sentido a veces como coleccionista, en esos momentos en que se daba cuenta de que el volumen ansiado podía llegar a ser suyo. O tal vez no tuviera nada que ver, porque Pilar al fin y al cabo no era un libro antiguo. Ni siquiera un beato del siglo X con todas sus miniaturas intactas. A pesar de su desmedida pasión por los ejemplares raros, Erasmo era capaz de comprender que la atracción que Pilar ejercía sobre él era de una naturaleza muy distinta, algo ajeno al ansia de poseer y atesorar, algo que pertenecía por entero al confuso territorio de los sentimientos y los afectos. Y en asuntos sentimentales él distaba de considerarse un experto. Transcurridos ya dos lustros desde el fallecimiento de Almudena, apenas era capaz de evocar el afecto que sentía por su esposa como una blanda y cálida ternura, algo así como amodorrarse bajo las faldas de la mesa camilla tras una comida copiosa. Al cabo de una década, Erasmo podía equiparar a su esposa con su ejemplar los *Dialoghi di amore* de León Hebreo (Venecia, herederos de Aldo Manuzio, 1545), una pieza por la que sentía cariño, sin duda un valor sólido en su biblioteca, pero incapaz de inspirarle ni el más tímido arrebató de pasión. Lo de Pilar era muy distinto. Ninguno de los libros que Erasmo poseía o ambicionaba podía equipararse con ella. Tampoco su ambición consistía en sepultarla en el recinto cerrado de su biblioteca, allá donde nadie salvo él pudiera verla y tocarla. Si Pilar y él estuvieran juntos, Erasmo querría mostrarse junto a ella a la luz del día y que todo el mundo lo supiera. Sin lugar a dudas, la muchacha no admitía comparación con ningún libro. Ni siquiera con el ejemplar más valioso que pudiera soñar con poseer. De compararla con una criatura de papel y tinta, sería en todo caso con un precioso manuscrito, tan singular e irreplicable como aquel en cuya búsqueda ambos se habían embarcado juntos. En cierto modo, el manuscrito de Gonzalo de Córdoba le había regalado a Pilar. Y no solo eso, pues sus hojas aún escondían el secreto de otro valiosísimo regalo. Por ello, mientras guardaba el legajo en su caja fuerte y activaba la alarma, Erasmo no pudo evitar sentir una oleada de gratitud hacia aquel remoto aprendiz de librero. Aunque llevara más de cuatrocientos años muerto, lo sentía más cercano que a muchas personas con las que se encontraba a diario. Era la magia de la palabra escrita. A veces el bibliófilo olvidaba el auténtico origen de su amor por los libros.

Poco después, tras cumplimentar los trámites de cepillarse los dientes y vaciar la vejiga, Erasmo yacía sobre su cama contemplando cómo la luz incipiente del nuevo día se filtraba por las rendijas de la persiana. En sus oídos todavía zumbaba la voz susurrante de Pilar, y su mente navegaba a la deriva por un mar de imágenes pretéritas: las calles de un Madrid que ya solo existía en los nombres de sus lugares (puerta de Toledo, calle Mayor, la Montera, Atocha, Lavapiés); calles sembradas de boñigas y basura, y entre ellas una maraña de callejones tortuosos poblados de sombras y ratas, de matasietes y perros famélicos; iglesias, conventos, tabernas; un ejército de pícaros, busconas y mendigos, sarna y miseria; el rostro de Cervantes, curtido como un viejo pergamino sobre el que se hubiera escrito una historia larga y poco venturosa; y junto a él, el semblante moreno y juvenil de Gonzalo; sobre las tablas del corral de comedias, unos actores que declamaban sus versos rodeados de una multitud turbulenta y vocinglera; luego, la inesperada pendencia en mitad de la noche, el choque estridente de las espadas; figuras embozadas y rostros ocultos bajo el ala de los sombreros. El solitario fanal de la luna elevándose sobre tejados y campanarios. Lugares, voces y rostros del pasado. Y la constatación de que, a pesar de la larga vigilia, a Erasmo le iba a resultar muy difícil conciliar el sueño.

Aquel martes de principios de junio arrancó con su cantinela habitual de motores y cláxones. Al oír el ruido de una llave en la puerta, Erasmo comprendió que habían dado las ocho y media, pues tal era la hora a la que Gladys se presentaba para emprender sus tareas domésticas. No tuvo que esperar mucho antes de que la casa se llenara de los ruidos del agua brotando de los grifos y el entrechocar de cacharros en la cocina. Con los ojos tan abiertos como los de un ave nocturna, Erasmo comprendió que la perspectiva del sueño se había esfumado por completo. Se levantó con un suspiro de contrariedad, pero en su fuero interno se sentía agradecido de tener un motivo para abandonar la cama, donde no hacía otra cosa que ver pasar el tiempo mientras se consumía de impaciencia. Tomó una ducha y se trasladó a la cocina, donde tuvo que vérselas con el enojo de Gladys, su asistente dominicana. No acababa Erasmo de entender por qué estaba la buena mujer tan disgustada, pues hacía tiempo que él procuraba apuntar cuidadosamente al orinar y se abstenía de dejar sus mudas sucias tiradas por el suelo del dormitorio. Al final se las arregló para descifrar algunos fragmentos de la filípica, los suficientes para comprender que era el estado del salón lo que había provocado el enojo de la mujer. Y entonces se le hizo la luz y recordó las cajas de lejía y su polvoriento contenido, que Pilar y él habían dejado esparcido por el suelo de parqué conforme su búsqueda avanzaba, y luego olvidado por completo. Aunque no se había asomado por allí esta mañana, Erasmo comprendió que el salón debía de presentar el aspecto de haber sufrido un saqueo, y no tuvo más remedio que simpatizar con Gladys, quien se enorgullecía de mantener la pieza tan limpia y refulgente como un quirófano. Luego le aseguró que él mismo se encargaría

de recoger todos aquellos papelotes y sepultarlos en el trastero o en el traperero (lejos de su vista, en cualquier caso). La suma gastada en aquel cargamento de papel viejo le golpeó con la contundencia de un puñetazo en el bajo vientre, aunque se consoló al evocar el hallazgo del manuscrito de Gonzalo, guardado a la sazón en su caja fuerte. Entretanto, Gladys seguía acribillándolo con denuestos caribeños sin mostrar la menor intención de prepararle el desayuno, por lo que Erasmo tuvo que apaciguarla con la oferta de dejarle usar su teléfono para llamar al municipio de Pedernales, del que Gladys era originaria y donde debía de tener unos trescientos parientes cercanos a los que la mujer añoraba terriblemente. De ese modo logró que la asistenta consintiera en ponerle delante un café con leche y un plato con tostadas.

Tras dar cuenta de su desayuno, que acompañó con un analgésico, Erasmo se dirigió al despacho para consultar su correo electrónico. El mismo concepto de «correo electrónico» se le antojaba chocante, casi tan paradójico como el término «libro electrónico». Y aun así se había visto obligado a aceptar internet como un mal menor. La alternativa era el aislamiento total, una perspectiva en absoluto trágica en tanto que profesor jubilado, pero potencialmente catastrófica dada su condición de bibliófilo en activo. Los librereros más tradicionales continuaban enviando sus catálogos sobre terso y fragante papel impreso. Los de nueva hornada, sin embargo, se decantaban cada vez más por las indudables ventajas de internet, sin parar mientes en la espantosa vulgaridad del procedimiento. También sus colegas coleccionistas hacían uso y abuso de la red con exclusión del tradicional correo de sobre, sello y saliva, por lo que raro era el día en que, junto a las habituales consultas profesionales, peticiones de prólogos o reseñas y rumorología varia, no encontraba su buzón virtual abarrotado de mensajes supuestamente graciosos, chistes subidos de tono y hasta fotografías de mujeres en cueros. Con un ligero rubor, Erasmo recordó la felicitación navideña de un bibliófilo de Palencia, individuo orondo y sexagenario con cierto parecido al director Orson Welles, amén de titular de una notaría. Erasmo siempre había situado al notario en la órbita del Opus Dei y, sin embargo, la felicitación recibida de él consistía en un vídeo protagonizado por una joven rubia con el único atuendo de un gorro de Papá Noel. Con una mano, la muchacha se masajaba un par de pechos brillantes de purpurina y brutalmente grandes. Con la otra, iba tirando de un cordoncito rojo cuyo extremo asomaba entre el escueto triángulo de vello púbico, lo que provocaba la expulsión de una veintena larga de cascabeles plateados, cada uno de los cuales tañía una nota del conocido villancico *Jingle Bells*. Erasmo no daba crédito, y no solo por la insólita naturaleza del envío en sí, sino porque su relación con el notario no justificaba en modo alguno semejante muestra de confianza. Apenas habría coincidido con él media docena de veces, siempre en situaciones formales tales como subastas o conferencias, y en cada ocasión el notario palentino se había comportado con el decoro y la gravedad de un arzobispo preconiliar. ¿Qué podía

empujar a alguien tan respetable a comportarse como un adolescente pajillero? ¿Era el medio en sí mismo o tal vez la capacidad de internet para hacer aflorar lo peor de cada cual? A pesar de sus convicciones laicas, el seminarista que Erasmo había sido no podía dejar de percibir cierto tufillo a azufre. Internet le provocaba una mezcla de fascinación y pánico y, puesto que desconocía qué clase de monstruos podían agitarse en su interior, había decidido limitar su uso al imprescindible, y ello extremando las precauciones. En cuanto al rijo notario, se apresuró a tacharlo de su lista de corresponsales habituales. Erasmo no se consideraba un mojigato, pero el vídeo le había provocado tal mezcla de bochorno y asombro que, sin advertirlo, había dejado que la cancioncilla navideña sonara una docena de veces, y tan solo la irrupción de Gladys en el despacho le había hecho reaccionar. Nunca supo a ciencia cierta si su asistente había alcanzado a ver a la chica de los cascabeles antes de que él acertara a cerrar el mensaje, aunque se temía lo peor, pues durante un tiempo había notado a la dominicana mucho más hosca que de costumbre.

Aquella mañana, sin embargo, el buzón de Erasmo no contenía nada fuera de lo común. Entre los consabidos mensajes publicitarios sobre alargadores de pene y remedios para la disfunción eréctil, rescató una nota de los redactores de la revista *Hibris* recordándole que aún no había remitido su colaboración para el próximo número. Erasmo se dio una palmada en la frente por su mala cabeza, aunque al tiempo se dijo que su olvido era lógico y disculpable habida cuenta de los acontecimientos de los últimos días. Se sintió tentado de responder con algún pretexto, pero le pudo el sentido del deber, pues se había comprometido a escribir una sección fija con el marbete de *Gollerías para bibliófilos* y no deseaba que su formalidad se viese en entredicho. Por fortuna tenía ya redactado el borrador de su artículo. A principios de la semana anterior había escrito unos miles de palabras sobre *los lunarios, almanaques, calendarios y pronósticos*. Le hubiera gustado disponer de algún tiempo para un último repaso, pero no deseaba agravar el *pathos* de los responsables de *Hibris*, así que se limitó a enviarles el artículo con la esperanza de que el corrector cazase los posibles gazapos y erratas de su texto.

Estaba a punto de apagar el ordenador cuando este emitió el pitido que anunciaba la recepción de un mensaje nuevo. Por un segundo alimentó la esperanza de que la misiva procediese de Pilar, pero enseguida comprendió que tal cosa era poco probable, toda vez que en aquellos momentos la muchacha debía de estar bregando con su horda de mastuerzos adolescentes. Erasmo bendijo una vez más su condición de jubilado y abrió el nuevo mensaje con dos diestras pulsaciones de ratón. El remitente era Martín Abad, experto en fondo antiguo y actual director de la Biblioteca Nacional, con quien Erasmo tenía cierta amistad, o al menos lo más parecido a una amistad que le permitían sus hábitos de solitario y la rivalidad entre bibliófilos. En una carta escueta y exenta de fotografías, chistes y cucamonas, Abad

le informaba de una subasta que iba a celebrarse al cabo de unos días en la sala Biblos, la más prestigiosa de las pocas que operaban en España. La noticia no habría tenido nada de novedoso si no fuera por la calidad de los lotes que salían a la venta, cuya relación Erasmo repasó notando que sus colmillos de bibliófilo comenzaban a crecerle dentro de las fauces. Todos parecían ejemplares interesantes, media docena podían calificarse como extraordinarios y al menos dos de ellos constituían auténticas joyas. De hecho, Martín Abad le informaba de que él mismo iba a asistir en calidad de experto del Ministerio para ejercer el derecho de tanteo sobre algunos lotes. No era en modo alguno frecuente que tantos lotes valiosos saliesen a subasta de forma simultánea, pero la sala había decidido echar el resto para celebrar su cincuenta aniversario. Se esperaba la asistencia de los libreros más importantes y de algunos coleccionistas extranjeros, por lo que las pujas podían llegar a ser astronómicas. Aun así, en semejantes ocasiones siempre quedaba opción para bibliófilos más modestos, de ahí que Abad hubiera decidido darle el soplo. Naturalmente, los de Biblos le remitirían el catálogo, pero esta vez la casa había decidido que el acto se hiciera público con escaso margen de tiempo, una estrategia para reducir la presencia de curiosos y coleccionistas de segunda fila. Notando que un repentino temblor le sacudía la espina dorsal, Erasmo comprendió que varios de los ejemplares que se ofrecían estaban a su alcance. Sin ir más lejos, el *email* de Martín Abad mencionaba una primera edición de *Don Cristalián de España* de Beatriz Bernal (Valladolid, 1545), rarísima novela de caballerías por ser la única escrita por una mujer, y de la que solamente se conocían cinco ejemplares. El precio de salida era de 12.000 euros, muy razonable dada la categoría del volumen. El amigo Abad hacía también referencia a un minúsculo *Testamento de Nuestro Señor con la oración de sant Gregorio papa*, impreso hacia 1550 en letra gótica de quince líneas, con pequeños grabados xilográficos. Se trataba, al parecer, de un ejemplar reconstruido a base de varios fragmentos rescatados de una encuadernación, y parecía corresponder a un plieguecillo de cordel testimoniado únicamente por su prohibición en el Índice inquisitorial de 1559. En este caso el precio de salida era aún más atractivo: 7.000 euros de nada. Luego vendrían las pujas, claro, pero esa era precisamente la parte más apasionante de adquirir libros en pública subasta, la que había convertido a Erasmo en un adicto a la adrenalina equiparable a cualquier practicante de un deporte de riesgo.

En otras circunstancias, el bibliófilo habría aprovechado el margen de tiempo que le concedía el soplo de su amigo Martín Abad para ponerse manos a la obra. Habría consultado bibliografías y comprobado de inmediato su liquidez y, de ser necesario, no habría vacilado en vender con urgencia algunos de sus ejemplares menos apreciados con tal de no dejar pasar la ocasión. Ahora, sin embargo, se encontraba inmerso en la caza de una pieza muchísimo más valiosa que las que se ofrecerían en

la subasta de la sala Biblos. Comparado con el manuscrito que Pilar y él estaban buscando, el lote más importante jamás subastado en España podía considerarse una bagatela. Hasta las todopoderosas Sotheby's y Christie's se pondrían a sus pies por gozar del privilegio de sacar semejante tesoro al mercado. Así razonó Erasmo mientras sus pensamientos se remontaban hasta la estratosfera. Y en ese momento experimentó un vértigo repentino que le obligó a asirse con ambas manos a los brazos de su sillón. Después sacudió la cabeza para despejarse y procedió a enviarle al director de la Nacional una nota de agradecimiento. Ay, si el bueno de Martín Abad tuviera el menor atisbo de lo que se traía entre manos...

Esta y otras pequeñas ocupaciones entretuvieron a Erasmo hasta cerca de las once de la mañana, momento en que el bibliófilo descubrió no solo que no tenía nada más que hacer, sino que faltaban como mínimo ocho horas para que Pilar regresara y pudieran reanudar juntos la lectura del manuscrito. En otras circunstancias habría encontrado infinidad de cosas en las que seguir ocupando su tiempo (la expresión «matar el tiempo» le parecía siniestra y procuraba evitarla). Tal vez debido a cierto inconfesable *horror vacui*, procuraba mantener una reserva de asuntos pendientes que, bien administrada, le permitía elegir entre una variedad de actividades distintas: reseñas, artículos, notas para un nuevo libro que probablemente jamás llegaría a publicar... A veces hasta bajaba a la panadería o al supermercado para realizar pequeñas compras, con lo que se granjeaba la gratitud de una sorprendida Gladys, disfrutando de paso del placer de sentirse útil. Hoy, sin embargo, todas esas labores se le antojaban banales, meras tonterías de jubilado. Su vida había adquirido un propósito, un sentido tan elevado y majestuoso como jamás pudo imaginar, pero la realidad era que aquello constituía a la vez una bendición y un martirio. Erasmo comprendía que para materializar su propósito necesitaba a Pilar y que, en su ausencia, el día era para él una sucesión de momentos muertos. Se sentía como un animal encerrado dentro de una jaula.

Recordó entonces todos esos cientos de papeles viejos que seguían esparcidos por el suelo del salón. Como Pilar le había sugerido el día anterior, el destino natural de dichos documentos era el Archivo Histórico Provincial. Pero antes de donarlos deseaba tener tiempo de repasarlos con calma, no fuera a ser que toda aquella morralla que tan cara le había salido escondiese alguna otra joya. Y antes de eso tendría que cumplir la promesa que le había hecho a Gladys, lo que suponía emplear varias horas de su tiempo en recoger papeles del suelo y guardarlos en cajas, y luego llevarse esas cajas allá donde la dominicana no las viera, por ejemplo, al trastero. La simple idea de acarrear tanto peso le hizo experimentar un pinchazo en la zona lumbar. En cuanto a la perspectiva de acomodar todo aquel volumen en ese abarrotado reino del caos que era su trastero, simplemente le pareció demasiado espantosa como para considerarla siquiera. Para el bibliófilo el trastero era como la

jungla, una especie de territorio hostil y alienígena en el que muy raramente se aventuraba, pues jamás había tenido vocación de explorador. De pronto sintió la urgencia de desaparecer antes de que Gladys entrara por la puerta de su despacho con la intención de hacerle cumplir su promesa. No tenía ningún sitio adonde ir, pero eso era lo de menos. Por suerte estaba ya vestido, de modo que solo tuvo que ponerse en pie, dirigirse a la puerta y anunciar en voz alta que salía para hacer unos recados urgentes. Erasmo oyó que Gladys le gritaba una airada respuesta desde la cocina, pero no se entretuvo en darse por aludido.

Una vez traspuesto el umbral de su edificio, no le quedó más remedio que quedarse parado en mitad de la acera hasta decidir hacia dónde encaminar sus pasos. Docenas de viandantes iban y venían con gesto hosco y prisas de día laborable. Erasmo se sintió reconfortado de no ser uno de ellos. Hizo un repaso de urgencia de sus destinos habituales, pero la mañana era demasiado hermosa para dedicarla a recorrer librerías de viejo, donde por otro lado nada iba a encontrar que lograra desviar su pensamiento del manuscrito guardado en su caja fuerte. Miró hacia el cielo y lo halló despejado y luminoso, un campo de pruebas perfecto para las acrobacias de los vencejos. Erasmo se dijo que aquel era un día magnífico para estar vivo y a punto de realizar el mayor descubrimiento filológico de este siglo y del anterior (con permiso de su maestro don Ramón Menéndez Pidal). Dirigió entonces la vista hacia el frente. Al otro lado de la calle, prolongándose en ambas direcciones hasta perderse de vista, se alzaba la verja del parque del Retiro. Una gran pancarta rotulada en letras rojas y negras anunciaba que se estaba celebrando la Feria del Libro de Madrid, evento que Erasmo jamás visitaba debido al horror que le provocaban tanto las aglomeraciones humanas como la literatura contemporánea, sobre todo la española. Sin embargo, se dijo que podría ser una buena forma de ocupar el resto de la mañana a la vez que estiraba las piernas y se oxigenaba un poco. Dudaba, además, que aquella mañana de martes fuera a toparse con una muchedumbre en el Retiro, con o sin feria del libro. También que fuera a encontrar a autores firmando sus obras en las casetas, lo que se le antojaba menos deseable aún que la posibilidad de hallarse atrapado en mitad de una multitud. Acertó en lo primero, pero se equivocó por completo en lo segundo.

Eran las once y media y las casetas acababan de abrir. Algunos desocupados curioseaban por aquí y allá. A juzgar por su aspecto, la mayoría debían de ser jubilados. Erasmo los miró y se sintió reconfortado al pensar que jamás se había rebajado a ponerse un chándal, ni se le había pasado por el magín la posibilidad de convertirse en dueño de un chucho. Con la debida parsimonia, comenzó a recorrer el ancho paseo de tierra. Caminaba con las manos unidas en la espalda, procurando trazar una línea equidistante de ambas hileras de casetas, pues había constatado que cualquier desviación hacia la derecha o la izquierda provocaba miradas suplicantes en

los libreros de ese lado, lo que le resultaba a la vez patético e inquietante. Erasmo no deseaba alimentar las esperanzas de los arrendatarios de las casetas, pues nada más lejos de su intención que adquirir los títulos que vendían. Observó entonces otro detalle que le resultó más inquietante aún. Pese a lo que había supuesto, varios de los *stands* albergaban a escritores deseosos de firmar sus obras. De hecho, el número de autores era probablemente mayor que el de curiosos, lo que le pareció una confirmación irrefutable de ese tópico según el cual en España hay más aspirantes a literatos que auténticos lectores. No pudo evitar sentirse conmovido al ver cómo aquellos infelices se esforzaban por mantener el tipo pese a que los escasos curiosos los evitaban como aapestados. Su aire de desamparo le recordaba al de los animales enjaulados de cierto zoológico que visitara de niño. Pensó que ojalá alguno de los paseantes de perros se animara a acercarse a una de las casetas con autor dentro y le solicitara una firma. Pero no parecía que dicho milagro fuera a ocurrir, por lo que la mayoría de los literatos comenzaba a mostrar la expresión resignada de ser la fea del baile.

Aunque más adelante encontró un par de excepciones. En el *stand* de unos grandes almacenes (que, de hecho, constaba de varias casetas unidas), cierto autor había provocado una cola de al menos una docena de lectores, todos ellos con sus ejemplares recién adquiridos en la mano. Era un tipo canoso y entrado en carnes, con gafas de concha y recortada perilla, un poco a lo mosquetero. Vestía completamente de negro y sudaba copiosamente, probablemente a causa del suéter de cuello de cisne que llevaba, tan inapropiado para aquella cálida mañana de junio. Sus mandíbulas aferraban la boquilla de una pipa que parecía apagada. Erasmo miró el cartel que lo anunciaba, en cuya foto el autor parecía mucho más joven y apuesto de lo que era en realidad. A pesar de su completo desinterés por cualquier escritor que llevara muerto menos de cien años, el nombre de aquel individuo le sonaba ligeramente. Le bastó con un pequeño esfuerzo de memoria para recordar que se trataba de un psicólogo porteño que había cosechado bastante celebridad gracias al género denominado de «autoayuda». Al parecer, los deprimidos y angustiados de la posmodernidad consumían esos libros casi con la misma voracidad que sus ansiolíticos. Erasmo no veía nada de malo en buscar consuelo en un libro. Él mismo lo hacía casi a diario. Claro, que puestos a elegir, se quedaba con una edición renacentista de Marco Aurelio o san Agustín antes que con las ocurrencias del psiquiatra argentino, que suponía tan deleznable como los vaticinios meteorológicos del *Calendario zaragozano*. No dejó Erasmo de observar que, en lugar de limitarse a dedicar y firmar los ejemplares, el argentino gastaba un buen rato en charlar con cada uno de sus lectores. Curioso a su pesar, el bibliófilo se aproximó para espiar el contenido de alguna de aquellas conversaciones. Y a ello se aplicó mientras fingía hojear uno de los libros expuestos. «Tenés que bujcar a tu sho interior», le espetaba el psiquiatra-

literato a la fan que tenía delante, una pálida adolescente que temblaba con una mezcla de pavor y arrobo. A Erasmo le bastó con aquella perla de sabiduría para quedar convencido de que con aquellos libros de «crecimiento personal» lo único que crecía era la cuenta corriente del argentino. El bibliófilo no necesitaba oír nada más, de modo que se alejó de la caseta temiendo un severo episodio de reflujo gástrico.

Conforme avanzaba la mañana, el paseo de Coches del Retiro comenzaba a registrar cierta animación. A eso del mediodía los jubilados en chándal habían cedido su lugar a un gentío heterogéneo, aunque por suerte no tan numeroso como para disparar las fobias sociales de Erasmo. En el último trecho de la Feria, el bibliófilo constató que varias casetas atraían al público de un modo más acusado, por lo que imaginó que debían contener a algún autor de moda. Semejante riesgo le disuadió de acercarse, aunque no de curiosear desde la distancia. Por megafonía anunciaron la presencia de una conocida presentadora de magazines televisivos (o «conductora», como ahora se les llamaba). Dio la casualidad de que Erasmo paseaba por las inmediaciones y le bastó con volver la vista para localizarla. La presentadora devenida literata, una joven esbelta como un galgo que, no obstante, lucía un escote digno de un puesto de sandías, había recibido un premio importante por cierta novelilla que se había sacado de la manga, y en aquellos momentos cosechaba el homenaje de los lectores, a los que agradecía sus atenciones con una sonrisa que era todo un canto a la odontología de última generación. Algunas casetas más allá triunfaba otro personaje que los carteles anunciaban como «el Dan Brown español». Mientras el tipo firmaba ejemplares, dos figurantes vestidos de templarios lo custodiaban por ambos lados. En un tercer *stand*, un conocido periodista especializado en parapsicología promocionaba los dos libros más recientes de la veintena que llevaba publicados en los últimos doce meses. Sus títulos eran *Posesiones demoníacas en el Tercer Reich* y *El espiritismo al alcance de todos*. Erasmo no pudo evitar acordarse de aquellos pobres diablos que había visto antes, los que aguardaban cruzados de brazos sin un mal lector al que dedicar un solo ejemplar. Aunque no le parecía probable, tal vez alguno de aquellos tipos poseyera auténtico talento literario. ¿Qué le habría ocurrido a Cervantes de haber vivido hoy en día? ¿Habría logrado publicar una sola página frente a la estolidez de los editores y la competencia feroz de todos esos charlatanes, *starlettes* y advenedizos de toda laya?

Erasmo rodeó uno de los pabellones de la organización, donde un novelista climatérico (vieja gloria él) desbarraba ante media docena de despistados. Por último, cuando casi había alcanzado el final de aquella interminable doble hilera, se topó con la caseta de una de esas editoriales especializadas en ediciones facsímiles de lujo. Los únicos facsímiles que al bibliófilo le interesaban eran los de uso académico, es decir, los que se empleaban en estudios filológicos cuando el original era demasiado valioso para ser manipulado. Como máximo toleraba los que servían para completar un

original múmero, aunque en ciertos casos se usaran para tratar de darle gato por liebre a algún coleccionista despistado. Los que se exponían en aquella caseta, sin embargo, no satisfacían ninguno de dichos propósitos. Erasmo no entendía cómo alguien podía estar dispuesto a gastar sumas de cuatro y cinco cifras en algo que no dejaba de ser una reproducción fotográfica con pretensiones. Imaginaba que los potenciales clientes debían ser esnobs y nuevos ricos, ansiosos por adornar su salón con un beato o un libro de horas, con sus miniaturas de purpurina, sus colorines y su aroma a falsa vitela. Por simple curiosidad, se acercó a examinar una edición del breviario de Isabel la Católica, cuyo original se conservaba en la Biblioteca Británica. El editor tenía la desfachatez de describirlo como «casi original», lo que en opinión de Erasmo era como decir que una muchacha era «casi virgen» o que un político era «casi honrado». La descripción del volumen le brindó el interesante dato de que el pergamino usado en su confección provenía de cabritillos arrancados del vientre de sus madres antes del alumbramiento, lo que le pareció una muestra de sadismo tan brutal que muy cerca estuvo de vomitar sobre el «cuasi original», cuyo precio le habría bastado a Erasmo para comprar media docena de ejemplares interesantes en cualquier subasta.

Pese a lo poco ilustrativo de su visita a la Feria, se sintió reconfortado al mirar su reloj de pulsera y comprobar que, entre unas cosas y otras, ya casi se había hecho la hora del almuerzo. Apenas diez minutos después se encontraba de vuelta en su piso, donde lo recibía el delicioso aroma a estofado que brotaba de la cocina. También Gladys salió a darle la bienvenida. La mujer parecía de buen humor.

—¿Disfrutó de su paseo, don Erasmo? —preguntó meliflua.

—Mucho, gracias —repuso él, aliviado al comprobar que el asuntillo del caos reinante en el salón había desaparecido del orden del día.

La mujer dijo que el almuerzo estaría listo al cabo de diez minutos y se dio la vuelta para regresar a la cocina. Mientras avanzaba por el pasillo, anunció:

—Ah, por cierto, ya vinieron los del gas.

—¿Eh? —preguntó Erasmo con un respingo.

Gladys se giró de nuevo hacia él.

—Los del gas, don Erasmo. Recién vinieron a chequear la instalación. Dos muchachos muy lindos. Uno de ellos dominicano. ¿Se imagina qué *chance*? Y de un pueblito muy cercano al mío. Hasta resultó que teníamos amistades comunes. El chavo me estuvo dando charla mientras el otro miraba la instalación. El papel que me dieron lo dejé sobre la mesita del *hall*. Y no se asuste, que no cobraron nada. Fue gratis.

Erasmo sintió como si una zarpa de acero acabara de aferrarle el estómago. Dos zancadas lo llevaron a su despacho, donde, tal y como temía, halló la alarma desactivada. Lo que correspondía ahora era girarse para comprobar el estado de su caja fuerte, pero de repente era como si su cabeza y su tronco estuviesen soldados en

una única pieza. Sus pies parecían atornillados al suelo.

—¿Qué pasó, don Erasmo? —oyó decir a Gladys, a quien el bibliófilo deseó una muerte instantánea.

Unos segundos después, al ver la puerta de su caja fuerte abierta de par en par, también él deseó estar muerto.

CAPÍTULO XI

¿Alguien da más?

Los policías no llegaron hasta pasadas las tres. Dos de ellos eran agentes de uniforme. El tercero, que se identificó como miembro de la Policía Científica, iba de paisano y empleó una media hora en tomar fotos y en embadurnarlo todo con un polvillo negro que servía para obtener huellas digitales. Erasmo jamás había visto a un hombre que pareciera más aburrido con su trabajo. Ni siquiera entre sus compañeros de la Complutense.

—¿Qué echa de menos? ¿Dinero? ¿Joyas?

—Se han llevado algo de dinero —repuso Erasmo, y su voz le sonó tan extraña como si no brotara de su garganta. Se sentía hueco, despojado de su vitalidad, como el muñeco de un ventrílocuo.

—¿Cuánto?

—Unos dos mil euros que guardaba para una emergencia.

El policía que tomaba notas para el atestado hizo un gesto con el que pareció indicar «bah, poca cosa».

—¿Algo más?

—Había algunas joyas que pertenecieron a mi esposa.

—¿Valiosas?

—No mucho. Eran solamente recuerdos.

El funcionario hizo una breve anotación en su libreta. Luego levantó la vista y se le quedó mirando con gesto de simpatía.

—En realidad ha tenido usted suerte.

—¿Suerte?

—Me refiero a que los que han estado aquí eran auténticos profesionales. No hay daños. Apenas un poco de desorden. Mire la caja fuerte. Está intacta. La debieron de abrir descryptando la combinación por *software*.

—¿Cómo dice?

—Ni un destrozo. Igual que la desactivación de la alarma. Nada de violencia ni con las personas ni con la propiedad. Ha sido un trabajo limpiísimo.

Erasmo suspiró.

—Entonces es verdad que he tenido suerte.

—Ya lo creo —dijo el policía guardando su libretita—. No echa ninguna otra cosa de menos, ¿verdad?

El bibliófilo sacudió la cabeza.

—No, no me falta ningún libro.

—Me refiero a cosas de valor, hombre.

—Ah, ya. No, nada más.

Y volvió a agitar la cabeza.

—Entonces, aquí hemos acabado. Pase mañana por comisaría para firmar la denuncia. Y traiga a su asistenta. Le mostraremos fotografías por si fuera posible realizar una identificación.

—Muy bien. Muchas gracias.

—Una cosilla más.

—Usted dirá.

—Este robo... Verá... Me resulta todo un poco extraño.

—No sé a qué se refiere.

—Esto no lo han hecho delincuentes normales. Por lo que veo, ni su alarma ni su caja de seguridad son de las mejores. No digo yo que las haya comprado en los chinos, aunque podría haber gastado algo más en ellas, si me permite la franqueza. Pero a lo que iba. ¿Ha tenido guardado ahí algo especialmente valioso?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Verá, no sé si me he explicado. Da la impresión de que esos individuos andaban detrás de algo en concreto. Esperaron a que usted saliera. Entretuvieron a la asistenta. Usaron equipo de alta tecnología. Un trabajo impecablemente planeado y ejecutado. Vamos, que no eran unos quinquis dando un palo en una gasolinera. Un golpe así no se da a ciegas, ¿no le parece?

Erasmus permaneció pensativo durante unos instantes. Después se encogió de hombros.

—Ya se lo he dicho. No se llevaron más que dinero y algunas joyas. Nada de importancia.

El policía asintió.

—Como usted prefiera. No olvide dar parte a su seguro. Buenos días.

Erasmus acompañó a los agentes hasta la puerta. Al regresar sobre sus pasos, oyó a Gladys llorando en la cocina. Decidió darle el resto del día libre.

—¡Ay, don Erasmo! Pero si ni siquiera ha almorzado usted.

—No te preocupes. No tengo hambre.

* * *

Las horas siguientes transcurrieron para Erasmo en una especie de limbo emocional. No sentía ira. No exactamente. Tan solo una especie de dolor sordo que al principio se localizó en un punto impreciso de su abdomen, y más tarde fue ascendiendo por su tracto digestivo hasta alcanzar la cavidad oral, donde se manifestó como un regusto amargo que le produjo arcadas. En un primer momento pensó en llamar a Pilar y ponerla al corriente. Pero desistió de hacerlo. Temía que si traducía lo

ocurrido a palabras, cada una de ellas le hiriera como una cuchilla. También temía que la muchacha decidiera no venir al saber que su presencia en casa de Erasmo ya no tenía ningún propósito. En ese caso, el bibliófilo se habría quedado sin el único consuelo al que podía aspirar ahora. Por ello dejó el teléfono quieto y se limitó a sentarse en el sofá del salón y contemplar cómo la tarde declinaba a través de la ventana.

El timbre sonó a las siete y media. Al descolgar el auricular del portero automático, la cara de Pilar se materializó en la pequeña pantalla del aparato. Erasmo aguardó en el umbral de su piso mientras el ascensor completaba su ascensión, y enseguida la vio aparecer, fresca y sonriente a pesar de que apenas habría tenido tiempo para reponerse de la noche pasada en blanco. Llevaba el pelo recogido en una coleta e iba vestida con unos vaqueros desgastados y una blusa blanca, lo que le daba un aspecto todavía más juvenil. En otras circunstancias, Erasmo no habría dejado de apreciar el encanto y la belleza de su ex alumna, pero esta tarde su capacidad de respuesta estaba tan amortiguada como si le hubieran administrado un narcótico fuerte. Pilar, por su parte, no dejó de observar el estado de postración del bibliófilo:

—Profesor, ¿se encuentra bien? Tiene usted mal aspecto.

Erasmo abrió la boca para responder, pero de su garganta apenas brotó un graznido. Al comprender su incapacidad para explicarse, le pidió a Pilar por señas que lo siguiera.

—Pero ¿qué ha ocurrido? Me está usted asustando.

El despacho de Erasmo continuaba en el mismo estado que por la mañana. Había cuadros descolgados y libros tirados por el suelo. Los cajones del escritorio de Erasmo estaban abiertos y su contenido esparcido sobre la alfombra. Pero lo más elocuente de todo era la caja fuerte, abierta de par en par como un gesto de exclamación, y completamente vacía.

Pilar ahogó un gemido.

—Profesor, ¿aquí ha pasado lo que me imagino?

Erasmo asintió y Pilar se quedó tan inmóvil como una película congelada en un único fotograma. Solamente sus labios mostraban algún movimiento, un temblor casi imperceptible. Y de pronto Erasmo observó que dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos y emprendían caminos paralelos por sus pómulos y sus mejillas. Al bibliófilo le habría gustado brindarle algunas palabras de consuelo, pero lo cierto es que fue incapaz de encontrarlas.

* * *

—¿Por qué no ha denunciado el robo del manuscrito?

Se encontraban sentados en la mesa de la cocina. Pilar se sonaba la nariz mientras

sorbía una manzanilla. Erasmo había optado por un Nescafé con leche que, en el último momento, decidió acompañar de un par de magdalenas, pues su estómago, ajeno a sus dramas personales, empezaba a quejarse de no haber recibido atenciones desde la hora del desayuno. El bibliófilo consideró la pregunta de la muchacha. Temió ser aún incapaz de hablar sobre lo ocurrido, pero descubrió con alivio que no era sí, lo que significaba que tal vez estaba empezando a digerirlo.

—¿Y qué podría denunciar? ¿Qué me han robado un manuscrito de importancia capital en el que se narra con pelos y señales un episodio desconocido de la biografía de Cervantes? ¿Un valiosísimo documento cuya existencia nadie sospechaba, que hallé por pura casualidad y del que me apropié con malas artes? ¿De verdad piensas que alguien iba a creerme?

—Bueno, estoy yo también para confirmar su historia.

Erasmo le dedicó una mirada afectuosa por encima de su taza de café con leche.

—Querida Pilar, jamás te pediría que te cubrieras tú también de ridículo por mi causa. Imagina lo que ocurriría cuando la historia trascendiera. Lo que dirían todos: «¿Así que el jubilado López de Mendoza afirma que ha encontrado un manuscrito que revela increíbles secretos sobre el *Quijote*? Muy bien, ¿y dónde está esa piedra Rosetta de los documentos? Ah, que ahora dice que se la han robado. Ya sabía yo que el pobre Erasmo no andaba muy bien del coco».

Pilar asintió gravemente y volvió a sonarse la nariz. Sus ojos todavía estaban enrojecidos y Erasmo sintió un intenso arrebató de ternura hacia ella. Y aún le pareció más joven que al verla salir del ascensor, como si hubieran vuelto a aquel día, casi diez años atrás, en que la descubrió sentada en su aula de Filología de la Complutense. Aunque seguía pareciéndole muy atractiva, los sentimientos que Pilar le inspiraba hoy no estaban en absoluto teñidos de deseo. Pensó que lo que sentía debía de parecerse a lo que un padre sentiría por su hija. «Un padre normal», se apresuró a añadir Erasmo en su magín, «no un degenerado».

—¿Sabes, Pilar? Lo lamento más por ti que por mí. Para ti todo esto era una magnífica oportunidad. Yo, en cambio, ya voy de retirada y me lo tomo todo a beneficio de inventario.

Pilar soltó una risita burlona.

—¿A beneficio de inventario? ¡Ja! No me haga reír, profesor. —Entonces la muchacha extendió una mano y la posó sobre las de Erasmo. Su tono se dulcificó—. Jamás lo había visto tan entusiasmado. De hecho, no puedo ni imaginar lo que estará pasando por su cabeza en estos momentos. ¿Tengo motivos para estar preocupada por usted?

Erasmo apretó la mano de su ex alumna entre las suyas. Luego, sin poder evitarlo, se la llevó hasta los labios y la besó. La muchacha se mostró sorprendida, aunque se recompuso al instante y respondió con una sonrisa algo forzada. Erasmo se sintió

aliviado al comprobar que no retiraba la mano, pero no quiso tentar a la suerte y aflojó la presión. La mano de Pilar se escurrió lentamente entre sus dedos.

—No te preocupes —dijo Erasmo—. Pasaré unos cuantos días malos. Tal vez incluso me despierte en mitad de la noche bañado en sudor y gritando. Pero llegará una mañana, espero que no muy lejana, en que me parecerá que todo esto ni siquiera ha ocurrido. Y luego seguiré con mi vida como si tal cosa. ¿Qué otra alternativa tengo?

Pilar le mostró su simpatía con un gesto, pero sin volver a tocarle la mano.

—¿De verdad lo da todo por perdido?

—Me temo que sí. Hemos obrado de forma tan impulsiva que ni siquiera nos entretuvimos en hacer una copia del documento. Ignoramos cómo termina la crónica y desconocemos la revelación final de Gonzalo, la que podría conducirnos al manuscrito de Cervantes. Pero voy a decirte algo más. Aunque poseyéramos esa copia y pudiéramos seguir buscando, creo que lo más sensato sería dejarlo correr.

—¿Piensa que resultaría peligroso?

Erasmo asintió.

—Desde luego. He sido un ingenuo al subestimar a Juan Maestre. El caso es que corren ciertos rumores sobre él, aunque yo jamás les di crédito. Lo tenía por un simple librero, codicioso como todos, pero incapaz de matar una mosca. Ahora veo que es capaz de eso y de mucho más. Hasta diría que hemos tenido suerte de que nadie haya salido malparado.

—¿Eso significa que nos rendimos?

—Significa que todo ha terminado. Maestre debía de estar al tanto de nuestros movimientos. Nos hizo seguir y aprovechó la primera ocasión que tuvo para actuar. Naturalmente, el dinero y las joyas que se llevaron eran solo una maniobra de despiste. Supo desde el principio detrás de qué iba y, llegado el momento, no vaciló en enviarnos a esos delincuentes. Si tratáramos de hacer algo, la siguiente visita sería menos amistosa. Además, ¿qué crees que podríamos hacer?

Pilar le dio unos pensativos sorbos a su manzanilla.

—De todos modos, ha sido emocionante. Siempre le estaré agradecida por haber pensado en mí para esta aventura.

Esta vez fue Erasmo quien extendió la mano y Pilar quien la apretó con fuerza entre las suyas.

—Tú lo has dicho. Ha sido una especie de aventura. Y dentro de poco nos acordaremos de esto como de algo que leímos en una novela. Siempre y cuando no tentemos a la suerte y nos mantengamos lejos de los malos del mundo real. Tenemos que regresar a nuestras vidas cotidianas, Pilar.

A Erasmo sus palabras le sonaron fingidas y huecas. Pero su prioridad ahora era consolar a Pilar, y no se le ocurría otro procedimiento mejor. Además, ¿qué otra cosa

podía hacer? ¿Esperar a Maestre en la puerta de la librería con una daga florentina escondida bajo la chaqueta? Mejor tratar de pensar en el asunto lo menos posible. A fin de cuentas, él era un hombre práctico y comprendía que estaba fuera de juego. Si se paraba a pensarlo, lo que más le dolía era que ahora no tenía ningún motivo para retener a Pilar a su lado. Y como si hubiera leído sus pensamientos, la muchacha se puso en pie de repente. Había llegado el momento de las despedidas.

—Si no me necesita esta noche, quizás lo mejor será que me vaya. Mañana me espera una buena ración de mundo real y apenas he tenido tiempo de descansar. Nos mantenemos en contacto, ¿de acuerdo?

Erasmus la acompañó hasta la puerta con una sensación de añoranza anticipada. La muchacha ya aguardaba el ascensor cuando le dijo:

—No te vayas aún. Un momento solamente.

Apenas unos segundos después, regresaba con un libro que depositaba en manos de Pilar. Era una edición veneciana del *Amadís de Gaula* fechada en 1610. Ella trató de rechazarlo, pero Erasmo le obligó a quedárselo y guardarlo en su bolso.

—Gracias, profesor —dijo Pilar—. Ha sido todo un honor haber salido en busca de aventuras con usted. Y no se preocupe por esa ínsula que me prometió. Ya vendrán otras ocasiones.

Entonces rodeó con sus brazos el cuello del bibliófilo y depositó un largo y cálido beso sobre su mejilla.

—Gracias a ti, cariño —susurró Erasmo poco después, mientras veía como los números digitales del ascensor se sucedían a la inversa hasta alcanzar el cero.

* * *

Tuvo un sueño intranquilo. Sin embargo, se despertó descansado y con la sensación de haber pasado página, como si los acontecimientos del día anterior perteneciesen a un pasado lejano y casi olvidado. Se propuso reemprender sus rutinas como si tal cosa, pero enseguida descubrió que no iba a ser tan sencillo, y que la herida recibida iba a permanecer abierta y sangrante durante bastante tiempo más. Para comprenderlo le bastó con entrar a la cocina y encontrarse allí con una Gladys todavía llorosa y atormentada por los remordimientos. Erasmo trató de consolarla lo mejor que supo, pero enseguida comprobó que sus palabras carecían de convicción, quizás porque el primero que estaba necesitado de consuelo era él mismo. Luego tuvo que acompañar a su asistente a la comisaría del barrio, donde ambos repasaron y firmaron sus declaraciones del día anterior. La mujer pasó unos diez minutos mirando imágenes de delincuentes fichados que le mostraron en la pantalla de un ordenador. No reconoció a nadie, lo que a Erasmo le pareció la cosa más normal del mundo, puesto que todo aquello no era más que una formalidad. Lo que de verdad le

sorprendía fue que hubiera por ahí tantos granujas sueltos. Y no solo los de las fichas policiales, quienes además de ser delincuentes lo parecían, sino otros que podrían pasar por ciudadanos perfectamente probos. Por honrados librereros, sin ir más lejos.

Por la tarde recibió una llamada de Pilar. La muchacha parecía preocupada por él, y una vez más tuvo que convencerla de que se encontraba perfectamente y no tenía la menor intención de salir a la terraza y saltar desde el séptimo piso. O de meterse en la bañera para cortarse las venas al tiempo que ingería un tubo entero de barbitúricos.

—Lo que más lamento es no haber llegado a saber cómo se las arreglaron Cervantes y Gonzalo con Lope y el criado negro del duque de Sessa.

—Algo se les debió de ocurrir —repuso Pilar—. La prueba es que tenemos el *Quijote*, ¿no?

—Sí, tenemos el *Quijote* —dijo Erasmo con un suspiro seguido de un largo silencio.

—Iré a visitarlo muy pronto —le aseguró Pilar, y la voz de la muchacha sonó muy lejana y envuelta en chasquidos, como si se tratara de una llamada transoceánica—. ¿Me llamará si no se encuentra bien, verdad?

—Por supuesto, Pilar. Gracias por preocuparte. Y cuídate.

—Usted también, profesor.

Y Erasmo colgó el auricular a la vez que murmuraba «se acabó».

* * *

En los días siguientes Erasmo se propuso recuperar la normalidad, un proyecto que comportaba muchas más dificultades de las previstas. Lo primero era convencerse de que Pilar había dejado de ser una presencia constante. La simple idea era dolorosa, y su puesta en práctica resultó tan ardua como sencillo había sido acostumbrarse a la compañía de la muchacha. Perdió la cuenta de las veces que tuvo que resistirse a la tentación de tomar el teléfono y llamarla. Aunque peor fue lo de mostrarse distante y lacónico en las dos ocasiones en que ella telefoneó para interesarse por su estado de ánimo. Cuando comprendió que no habría una tercera llamada sintió cierto alivio, pues se dio cuenta de que había rebasado con éxito un punto crítico.

El siguiente paso para recuperar la normalidad pasaba por establecer de qué se componía exactamente esa normalidad perdida. Para ello no se le ocurrió nada mejor que hacer una lista de las que habían sido sus actividades habituales hasta el hallazgo del manuscrito. De ese modo podría ir reanudándolas paulatinamente y volver a ser el que había sido. No dejó de observar la incongruencia que suponía tener que esforzarse para encarnar al Erasmo López de Mendoza de la semana pasada. La simple formulación de semejante propósito sonaba a impostura y fingimiento. Pero

¿acaso había una alternativa mejor? Así pues, sacó fuerzas de flaqueza y reanudó sus hábitos domésticos y sus paseos.

Dedicó una mañana entera a escribir su colaboración para *Hibris*, la revista de bibliofilia. Dadas las circunstancias, nada más apropiado que ese artículo al que llevaba tiempo dándole vueltas: *Los castigos de Dios en la literatura de cordel española*. En su propia colección contaba con más de un ejemplo con el que ilustrar el asunto, como un curioso pliego que llevaba por título *Nueva relación de un hombre jugador y maldiciente, que llevó al diablo a costas por espacio de dos años, y lo demás que verá el lector*.

*Atención pide mi pluma:
venid y atended, cristianos,
jugadores, maldicientes,
blasfemos y amancebados...*

De ese modo arrancaba el pintoresco opúsculo. Y Erasmo no pudo evitar preguntarse a qué categoría de pecadores pertenecería él para haber sido castigado de semejante modo. Enseguida se fijó en que, entre los vicios que se citaban, el anónimo autor aludía a «*los que malgastáis la hacienda / tan sin rienda y por mal cabo, / la cual fue de vuestros padres / adquirida con trabajos*». Y era cierto que el coleccionismo de libros antiguos resultaba una afición cara. Lo que no le acababa de encajar era lo de la hacienda paterna, toda vez que en su caso esta jamás había existido. Y si de verdad era merecedor de castigo, de buen grado cambiaría su desgracia por la del hombre del folleto, el que había tenido que cargar con el diablo durante dos años enteros. Para empezar, el diablo en cuestión parecía bastante liviano (la ilustración de la primera plana lo mostraba más o menos del tamaño de un mono), y resultaba en general simpático y de aspecto inofensivo. Además, el hombre solamente había tenido que soportarlo un par de años. Erasmo ignoraba cuánto tiempo le quedaba de vida, pero no le cabía la menor duda de que la amargura de lo ocurrido lo acompañaría hasta la tumba.



NUEVA RELACION

de un hombre jugador y maldiciente, que llevó el diablo acuestas por espacio de dos años, y lo demás que verá el lector.

Atencion pide mi pluma:
venid y atended, cristianos,
jugadores, maldicientes,
blasfemos y amancebados,
los que malgastais la hacienda
tan sin rienda y por mal cabo,
la cual fué de vuestros padres
adquirida con trabajos,
tan sólo porque vosotros
vivais con algun regalo,
y malograis sin conciencia
el sudor que han derramado.
Escuchad con atencion
el mas estupendo caso,

el ejemplar mas disforme,
que ha oido ningun cristiano.
Sucedió, pues, que un mancebo
nació en Mahon, sin nombrar
en qué pueblo ni qué nombre
tenia este desdichado.
Crióse en fin con hacienda,
con mucho gusto y regalo,
mucha gala y de vestido
andaba bien adornado.
Fué este mozo creciendo,
en edad, mas tan voltario,
y entretenido en deleites,
que no es posible esplicarlo,

Transcurrida una semana desde el asalto a su caja fuerte se encontró lo bastante recuperado como para aventurarse hasta la Biblioteca Nacional, donde solicitó unos libros de consulta y trabajó apaciblemente durante toda la mañana. Llevaba tiempo acariciando la idea de escribir un nuevo libro sobre bibliofilia. Y no un ensayo para especialistas como los tres que ya tenía publicados, sino un tratado divulgativo que pensaba titular *La pasión por los libros*. Consideró que aquel era un momento adecuado para ponerse manos a la obra. Al no tratarse de una obra para iniciados, podría relajar un poco el tono, y de paso relajarse él también. Comprendió que iba por el buen camino al darse cuenta de que el trabajo le absorbía y divertía a partes iguales. Estableció un plan general del libro y anotó varias anécdotas jugosas que quería incluir. Tan solo se permitió una breve pausa, que empleó en trasladarse a la cafetería para tomar un tentempié: una pulga de atún acompañada de un vermú de grifo (otro hábito del Erasmo de antaño que decidió recuperar). Sentados junto a él en la barra, dos funcionarios de la institución hablaban sobre la próxima subasta de la sala Biblos. Uno de ellos le contaba al otro que esta iba a tener lugar al cabo de tan

solo dos días. Y en ese momento Erasmo recordó el *email* recibido de su amigo Martín Abad en la funesta jornada del robo, aquel en que el bibliotecario le informaba sobre dicho evento y le adelantaba información sobre algunos de los magníficos lotes que iban a subastarse. Y también le vino a la memoria que por la mañana, antes de salir de casa, había recibido un abultado sobre con el membrete de la sala de subastas que no se había molestado en abrir, y que a buen seguro contendría la invitación y el catálogo.

«Igual me acerco», pensó Erasmo en un arrebato.

Y enseguida interpretó esa respuesta como un síntoma de su mejoría (es decir, del regreso del antiguo Erasmo), pues hasta el momento no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de reincidir en sus fechorías de bibliófilo. Se dijo que la subasta le serviría de distracción y no descartó la posibilidad de pujar por alguna cosilla. En cuanto al riesgo de acabar con un pequeño diablo a cuestas, este no le inquietaba ni poco ni mucho. Si ocurría, ya pensaría qué hacer con él. Quizás hasta podría amaestrarlo para que bajara a comprarle el periódico. Y, puestos a elegir, mejor aguantar a un simpático diablo que a un perro o un gato, qué diantre.

* * *

Dos días después, al filo de las diez de la mañana, Erasmo López de Mendoza se hallaba plantado ante el rutilante escaparate de la sala de subastas Biblos, fundada en 1960 y especializada en bibliofilia desde sus orígenes, si bien en los últimos años la empresa había ampliado su actividad para incluir el coleccionismo artístico, fundamentalmente en el campo de las artes decorativas. Erasmo sabía que los tiempos eran duros y que la crisis económica ejercía su tiranía. Y al parecer la porcelana, los muebles y los tapices tenían más salida comercial que los libros antiguos. Comprendía que había gente para todo, y que el modo en que cada cual dilapidara su dinero no era asunto suyo. Aun así, le molestaba que en el escaparate de la casa Biblos coexistieran un posincunable de Plinio el Viejo (París, 1514) y un gato de porcelana de aspecto tan horrendo que rozaba lo siniestro, por mucho que la etiqueta lo identificara como una pieza única. Para Erasmo aquello representaba prácticamente un sacrilegio, aunque reconoció que sentía una antipatía visceral hacia los gatos y cualquier tipo de animal doméstico en general, incluso si estaba hecho de porcelana como el del tango.

En circunstancias normales habría venido a la sala de subastas con antelación para poder examinar los lotes tranquilamente. Y no una, sino varias veces. Hoy su único propósito era distraerse un rato. Aun así, llegó temprano. Y pese a ello encontró la sala bastante animada, lo que era muestra elocuente del interés generado por aquella subasta del 50º aniversario. Se acercó al mostrador de recepción con su deneí,

pero la joven que lo atendía lo reconoció a simple vista, lo que no dejó de halagar a Erasmo pese a que la chica no era precisamente agraciada.

—Buenos días, don Erasmo —le dijo la recepcionista, que lucía gafas de concha, sonrisa caballuna y un escote con ciertas pretensiones pero escasa profundidad—. Es un placer volver a verlo por esta casa. Aquí tiene.

Y le entregó una acreditación y una paleta con un número impreso para realizar las pujas. Pertrechado de ambos adminículos, Erasmo se dirigió hacia la sala donde los coleccionistas podían examinar los lotes del catálogo y comprobar los ejemplares antes de pujar por ellos. Sentados a las mesas había unos veinte compradores en potencia a los que atendían varios empleados del personal de la sala. También él se dispuso a tomar asiento en un puesto vacío.

—¡Erasmo!

El bibliófilo se volvió hacia el propietario de la voz para descubrir que este no era otro que su amigo Martín Abad, director de la Biblioteca Nacional y bibliófilo de los pies a la cabeza, a pesar del tufillo político que despedía su cargo.

*La verdad por delante, se hunda el mundo,
la honradez ante todo, insobornable,
profesional señero, sin segundo,
del manuscrito, el raro, el incunable.
Amigo del amigo, generoso,
acogedor cual de peluche un oso.*

Así rezaban los últimos versos de un soneto que Erasmo le había dedicado a Martín Abad como colofón de un prólogo. Y al cabo de unos instantes recibía una demostración empírica de lo acogedor que podía llegar a ser el bibliotecario al encajar un abrazo verdaderamente digno de un oso, y no de peluche, precisamente.

El bibliófilo siempre había creído advertir en su amigo un cierto aire cervantino. Pilar había dicho que imaginaba a Cervantes con el rostro de Gregory Peck. Ahora que tenía delante al director de la Nacional, Erasmo cayó en la cuenta de que, mientras escuchaba la crónica de Gonzalo, había imaginado al alcaíno como un Martín Abad con gola y enlutado. Y le bastó con evocar el manuscrito para sentir una aguda punzada de dolor en el vientre. Llevaba varios días tratando de digerir la pérdida de aquel tesoro, pero el fantasma de Cervantes parecía empeñado en seguir atormentándolo, y por ello ahora se le aparecía encarnado en el director de la Biblioteca Nacional. Pero su ración cervantina del día no se había agotado aún.

—¡Dios te salve, padre Abad! —exclamó Erasmo tratando de mostrarse despreocupado. Acto seguido, tras unir las manos en gesto de oración y bajar recatadamente la vista, canturreó—: *Ecce ancilla Domini. Fiat mihi secundum*

verbum tuum.

—Ya está bien de la bromita —repuso Martín Abad con gesto aburrido—. Ni yo soy el arcángel San Gabriel ni tú la Virgen María. Y por supuesto no tengo el menor interés en preñarte.

—Eso me tranquiliza —repuso Erasmo—. Aunque me imagino que vienes con la intención de aguarnos la fiesta.

—Di más bien que me trae el noble propósito de acrecentar un poquito el Patrimonio Bibliográfico Nacional.

Erasmo soltó un bufido.

—¡Y una mierda! Lo que te propones es birlarnos las mejores piezas, y encima tirando con pólvora del rey. ¿Qué tienes tú en contra de los pobres bibliófilos?

—Los pobres bibliófilos sois unos pervertidos que queréis los libros para disfrutarlos a solas. Simples pajilleros, hablando en plata.

—Es que los curas no nos dejaban más opción que el vicio solitario. Ea, confiésemme, padre Abad, porque he pecado.

Martín Abad soltó una estrepitosa carcajada que atrajo más de una mirada curiosa. Luego asumió un gesto profesional, lo que preludiaba que se disponía a hablar sobre libros, tal vez el único asunto que le importaba realmente en el mundo.

—Vamos a lo serio —dijo aminorando el volumen de su voz hasta un susurro—. ¿Ya lo has visto?

—¿El qué?

—Estás en la inopia, Erasmo. Cualquiera diría que alguna pájara te ha sorbido el seso. Ven, anda, siéntate conmigo.

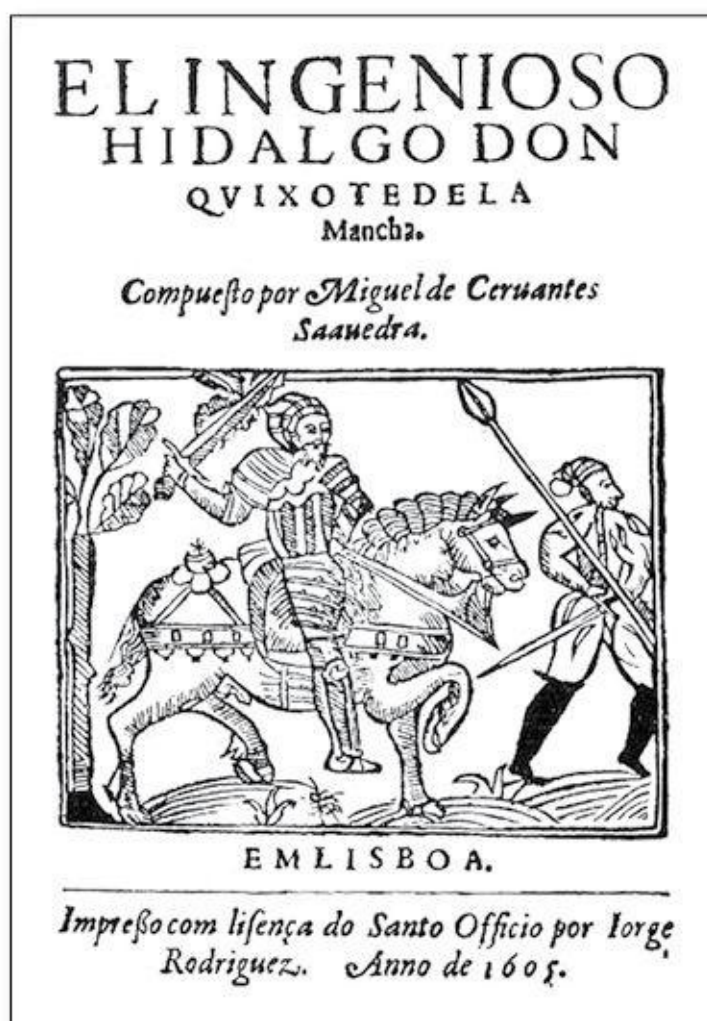
Y lo llevó del brazo hasta una mesa donde había un par de sillas libres. Con un gesto, el bibliotecario reclamó la presencia de un empleado al que indicó que deseaban echarle un vistazo al 127. Y entonces Erasmo recordó que aquel era el número que identificaba el lote estrella de la subasta del día, un ejemplar que poco después era colocado ante ellos dentro de su estuche. El empleado usaba guantes blancos de algodón, y portaba el libro con tal mimo que Erasmo pensó en el zapato de cristal de la Cenicienta. Con algo menos de ceremonia, Martín Abad abrió el estuche y retiró el papel de seda que protegía el ejemplar. Bajo la historiada encuadernación *fin-de-siècle* apareció la portada de un modesto volumen en cuarto intitulado del siguiente modo:

EL INGENIOSO
HIDALGO DON
QVIXOTE DE LA
Mancha

Compuesto por Miguel de Ceruantes

Saauedra
EM LISBOA
Impreſo com liſença do Santo Officio por Iorge
Rodriguez. Anno de 1605

A diferencia de la edición *princeps*, en la que únicamente se reproducía el escudo del impresor (el conocido emblema del halcón con la cita bíblica *Post tenebras spero lucem*), la portada de esta primera edición portuguesa estaba ilustrada con un grabado inspirado en la obra: un caballero a caballo y su escudero a pie, con lanza. Erasmo nunca había tenido delante un ejemplar como este, pero no necesitó esperar a que Martín Abad pasara las hojas para recordar que el libro estaba impreso a dos columnas, lo que evidenciaba una consideración de obra literaria menor, y que contenía todas las erratas de la edición de Juan de la Cuesta y algunas más que los operarios lusos habían añadido de su cuenta y riesgo. Asimismo, sabía que la aprobación estaba fechada el 26 de febrero de 1605, lo que convertía esta edición lisboeta en la segunda cronológicamente hablando, apenas unos pocos meses posterior a la *princeps*.



De modo que allí estaba de nuevo la alargada sombra de Cervantes.

—¿Crees que lo adjudicarán? —preguntó Erasmo con un suspiro.

—Sin duda. Una pieza así no sale a la venta todos los días. Se rumorea que el mismísimo Víctor Klemperer anda detrás de él.

El nombre que Abad acababa de mencionar, aunque desconocido para un lego, era toda una leyenda para cualquier iniciado en el mundillo de la bibliofilia. No existían fotos suyas y Erasmo no sabía de nadie que afirmara haberlo conocido en persona. Un velo de anonimato y misterio envolvía al personaje, del que se contaban todo tipo de leyendas pintorescas, desde que había levantado su fortuna sobre al tráfico de armas hasta que en realidad no existía sino como tapadera de una empresa multinacional. Pero nadie ponía en duda que Klemperer era el primer coleccionista privado del país y uno de los cuatro o cinco más importantes del mundo. Si los rumores eran ciertos, aquel individuo proyectaba nada menos que hacerse con ejemplares de las seis ediciones del *Quijote* aparecidas en 1605. Tal vez esta edición lisboeta, cuya irrupción en el mercado constituía casi un milagro, fuera el único cromo que faltase en su colección.

—¡No me digas que has venido por este *Quijote*! —exclamó Erasmo—. Pensaba que en la Nacional ya teníais ejemplar de esta edición. Perdóname la franqueza, padre Abad, pero esto ya me parece afán de acaparar.

Martín Abad compuso una mueca afligida.

—No, no es este el libro que nos interesa. La salida es astronómica, muy por encima del paupérrimo presupuesto que manejo. Por suerte, en la Nacional estamos bien surtidos de esta edición lisboeta, de la que conservamos no uno, sino cuatro ejemplares. Pero que un libro así salga a subasta es siempre un acontecimiento y no quería dejar pasar la ocasión de echarle un vistazo antes de que lo saquen de la circulación.

—¿Klemperer?

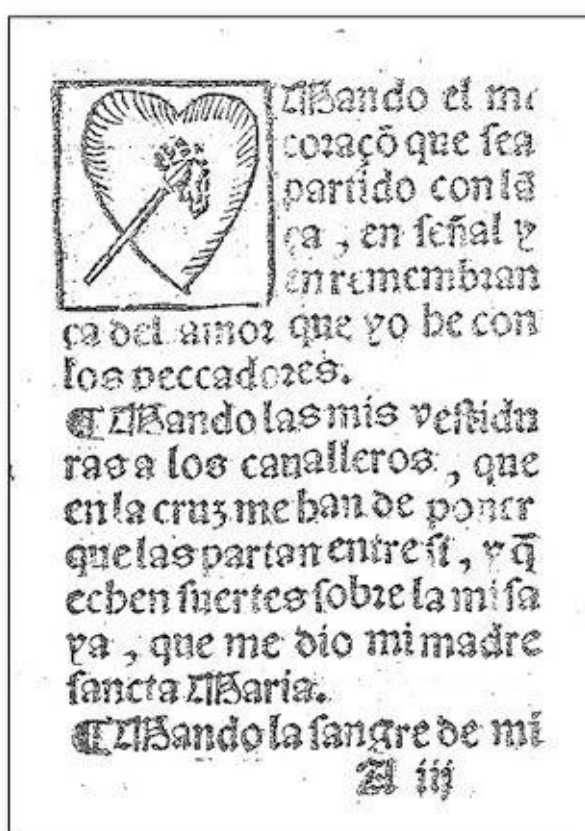
—Él o cualquier otro cabrón podrido de millones. —Martín Abad hizo una señal para indicar que el libro podía ser retirado—. En fin. Despídete de él para siempre. *Fiat voluntas tua*.

—Amén.

Erasmo no pudo impedir que el recuerdo del manuscrito robado volviera a asaltar su memoria. Si Gonzalo decía la verdad y su crónica era la clave para dar con el manuscrito del *Quijote*, él mismo, Erasmo López de Mendoza, se habría convertido en uno de esos cabrones podridos de millones a los que Martín Abad se había referido. Y quizás al cabo de un año habría estado pujando por una edición de William Blake con grabados iluminados a mano, o por una *princeps* de *La Celestina* (Burgos, 1499), y no en Madrid, sino en Londres o en Nueva York. Ahora, sin embargo, tendría que contentarse con algo más modesto, quizás con el lote 21, aquel

que el catálogo describía del siguiente modo:

«*Testamento de Nuestro Señor. Con la oración de san Gregorio Papa.* Sin indicaciones tipográficas, pero Valladolid, Sebastián Martínez, c. 1550. Una hoja de unos 32 × 21 cm, lavada y planchada. Comprende 8 hojas sin plegar en formato 16º impresas en letra gótica, 15 líneas, con varios grabaditos xilográficos. Ejemplar desprendido de una encuadernación, protegido en una carpeta de tafilete rojo con hilos dorados en los planos. Parece corresponder a un minúsculo pliego de cordel desconocido, testimoniado solamente por su prohibición en los Índices inquisitoriales de 1559 y 1583. Salida: 7.000 €.»



A veces ocurría, pues si santa Wiborada era la patrona de los coleccionistas de libros, la santísima Casualidad era la deidad máxima del panteón bibliofílico. En el año 2004, durante el proceso de desenvolver una momia, unos arqueólogos habían encontrado un papiro con una oda de la poetisa Safo desconocida hasta el momento. De forma análoga, aunque quizás menos dramática, era frecuente que las encuadernaciones de los libros antiguos escondieran fragmentos de obras anteriores. Viejos papeles impresos o manuscritos se usaban a modo de guardas. Con desechos de imprenta se fabricaba el cartón que luego, recubierto de piel o de pergamino, servía para confeccionar las tapas. En ocasiones la encuadernación de un libro sin demasiado interés contenía fragmentos de una obra más antigua y valiosa. Como este

Testamento de Nuestro Señor que de repente ambicionaba poseer más que ninguna otra cosa en el mundo. Los 7.000 euros de salida no eran precisamente calderilla. Pero Erasmo disponía de liquidez, ya que unas semanas antes había vendido un par de góticos duplicados, lo que le brindaba un cierto colchón económico que no había dilapidado por completo en la adquisición de los papelotes de escribano que ahora abarrotaban su trastero. Naturalmente, el plieguecillo de cordel no era el manuscrito del *Quijote*, pero al menos nadie lo ambicionaría hasta el punto de reventar su caja fuerte o de reventarlo a él si se diera el caso.

Erasmo solicitó que le trajeran el lote 21. Habría preferido examinarlo a solas, pero Martín Abad no mostraba la menor intención de marcharse, y resultaría poco cortés pedirle abiertamente que ahuecara el ala. Puede que simplemente quisiera hacerle compañía, pero le pareció harto sospechoso el gesto de avidez que sorprendió en la cara del bibliotecario tan pronto como el lote fue depositado sobre la mesa. Y más sospechoso aún el hecho de que desviara rápidamente la vista y fingiera centrar su atención en el trasero de una de las empleadas, la cual, como parecía ser la norma de la casa, no poseía ningún encanto físico digno de ser contemplado.

—Oye, Martín, ¿no habrás venido también detrás de esto? —le espetó a bocajarro.

El bibliotecario hizo ademán de ponerse de pie.

—Perdona, tengo que ausentarme un momento. La próstata no perdona, chico.

—¡Quieto donde estás! —exclamó Erasmo agarrándolo del brazo. Después, en tono plañidero, añadió—: *Miserere nobis, Domine*. Venga, padre Abad. Déjame que me quede con este plieguecillo de nada. Mira que llevo una racha malísima. Te juro que le voy a dar mucho cariño, y cuando palme hará feliz a otro bibliófilo. Y luego a otro. Y así sucesivamente. Vosotros, los desalmados de la Nacional, compráis los libros, les ponéis un sello y una signatura y los enterráis en el depósito para los restos.

Martín Abad frunció el ceño.

—Pero mira que estás enfermo, Erasmo. Si lo tiene la Nacional puedes verlo y tocarlo siempre que quieras, y encima gratis.

—Pero no a las tres de la mañana. Anda, déjame que intente comprarlo, no seas abusón. Haz honor al santo de tu nombre y parte tu capa conmigo, Martín.

—Bueno, por la amistad y (todo hay que decirlo) porque no andamos muy sobrados de fondos, hacemos una cosa: si te lo adjudican puedes quedártelo, y si no el Estado ejercerá el derecho de tanteo.

—Gracias, amigo —dijo Erasmo sinceramente conmovido—, estoy seguro de que Dios no dejará impune tu buena acción.

Y acto seguido tuvo que esquivar el capón que trató de propinarle su amigo Abad, por irreverente.

Todavía emplearon un buen rato en echarles un vistazo a otra media docena de

lotes, cuya calidad y estado de conservación resultaron tan satisfactorios como el catálogo prometía.

—Todo es de primera —dictaminó Martín Abad—. Estos de Biblos quieren hacerse perdonar lo del cura aquel.

El bibliotecario se refería al famoso escándalo destapado seis años atrás, cuando se supo que cierto clérigo devenido bibliotecario se había dedicado a expoliar a placer la Biblioteca Capitular de una catedral de provincias, y luego había entregado los frutos de sus fechorías para ser subastados. Erasmo se estremeció una vez más al recordar el día que recibió la visita de dos agentes de la Brigada de Patrimonio, quienes, pertrechados con una orden judicial, le requisaron un incunable adquirido de buena fe y pagado religiosamente, al igual que le ocurrió a otro centenar largo de bibliófilos, muchos de los cuales aún andaban pleiteando para tratar de recuperar lo invertido. Aquel feo asunto había mancillado de forma muy seria la reputación de la empresa, donde se habían realizado la mayoría de las subastas. Y no porque el fiscal hubiera podido demostrar complicidad alguna entre la dirección de la empresa y el pillastre del canónigo, sino porque se había puesto en evidencia lo poco escrupulosa que la firma había sido al comprobar el origen del género que sacaba a subasta. A pesar de ser uno de los perjudicados, lo que Erasmo no acababa de entender era que todo el mundo se rasgara las vestiduras, cuando era un secreto a voces que el mercado de antigüedades se nutría en buena medida del expolio. Él mismo había preferido permanecer en la ignorancia sobre el origen de algunos de sus libros. Pero ahora, al arrebatarse el manuscrito de Gonzalo, le habían obligado a probar en sus propias carnes esa falta de escrúpulos de la que él antes se había beneficiado. Comparado con su pérdida, lo de Biblos y el clérigo se le figuraba un pecadillo. ¿Y cuál era la conclusión de todo aquello? En realidad, ninguna. Sencillamente que el mundo era un lugar atroz y despiadado, y la ética solo un subgénero de la literatura fantástica.

Entretanto, se acercaba la hora fijada para el comienzo de la subasta, como oportunamente recordó por megafonía la chica caballuna de la recepción. Según su costumbre, Erasmo y Abad ocuparon asientos alejados, el del bibliógrafo en la segunda fila, el del bibliotecario casi al fondo de la sala. Erasmo sabía que no existía una explicación racional para ello, pero lo cierto era que cuando participaba en una subasta no le gustaba tener cerca a ningún conocido, y mucho menos a un amigo como Abad. No es que aquella fuera una actividad vergonzosa en sí misma, pero era consciente de que en las tres próximas horas iba a experimentar varias de las más bajas pasiones que atormentan al ser humano (codicia, envidia, ira y hasta puede que algo de lujuria), y que no siempre iba a ser capaz de ocultar sus sentimientos. Lo delataría un leve temblor en las manos, un repentino rubor en la mejilla, una mirada de soslayo, la contracción involuntaria de un párpado. En los modernos torneos de

póquer los jugadores se ocultaban bajo capuchas y gafas oscuras. Erasmo había leído que lo hacían para evitar darles información a sus rivales, pero sospechaba que el auténtico motivo era la vergüenza de mostrar en público sus emociones más primarias. No habría estado bien visto entrar en la sala de subastas con la cara cubierta, pero al menos le quedaba el recurso de no sentirse en evidencia, y por ello prefería que quienes lo rodeasen fueran desconocidos. Como aquella elegante mujer que acababa de sentarse a su derecha, y a la que no pudo evitar contemplar mientras tomaba asiento y procedía a ejecutar un vertiginoso cruce de piernas. Erasmo había observado a muchas bailarinas moverse con menos gracia sobre el escenario de un teatro.

¿La había visto antes? El bibliófilo estaba casi seguro de que no, pues raramente se le pasaba por alto una mujer atractiva. No se trataba en modo alguno de una jovencita. Andaría por la mitad de la cuarentena, esa edad a la que, según Erasmo tenía observado, muchas mujeres hermosas se despeñaban por el barranco de la decadencia física mientras que otras parecían asumir su belleza como un atributo permanente, igual que la estatura o las huellas dactilares. Desde luego, esta hembra pertenecía a esa segunda categoría. Alta, atlética, dotada de contornos que eran a la vez rotundos y delicados, restallante bajo una blusa azul de seda y una falda blanca que, de ser un poco más larga habría pecado de formalidad, y de haber sido más corta podría haber resultado algo vulgar (¿existía acaso una fórmula matemática para calcular la longitud de una falda?). Llevaba el pelo oscuro cortado a lo *garçon*, con un cierto aire foráneo que quedaba desmentido por el vigor meridional de sus rasgos. ¡Y qué rasgos! Praxíteles los habría fundido en bronce sin dudarle un segundo, pensó Erasmo tras lanzarle una rápida mirada que ella debía de estar esperando, pues la encontró vuelta hacia él y sonriéndole.

—Buenos días —le dijo la mujer de la blusa azul con un levísimo deje extranjero—. Y buena suerte.

¡Santa Wiborada bendita! ¿Pertenecía a la especie humana alguien que poseía unos ojos semejantes? El bibliófilo se encontró de pronto en estado de *shock*. Le habría gustado responderle alguna galantería, pero bastante tuvo con cerrar la boca para evitar que la saliva escapara de ella y le manchara la camisa (dado lo formal de la ocasión, se trataba de una sobria camisa de vestir, sin palmeras ni cacatúas). Él era un republicano convencido y repudiaba por tanto a la realeza, pero se habría convertido de buen grado en súbdito de una reina con el aspecto de la mujer que acababa de sentarse a su lado. Tan conmovido estaba con la aparición que ni siquiera advirtió que el subastador había ocupado su mesa para dar comienzo al acto. Y teniendo en cuenta el ritmo vertiginoso al que se sucedía la venta, bien habría podido ocurrir que el lote por el que había decidido pujar pasara de largo sin que él reaccionara. Por suerte, acertó a aterrizar en la realidad justo en el momento en que el

subastador lo anunciaba: «lote 21, salida 7.000 euros».

Y de repente ya no existía la mujer de la blusa azul ni el centenar largo de coleccionistas que llenaban la sala. Solo existían él y su deseo irrefrenable de poseer el ejemplar ansiado. En unos pocos segundos se manifestaron todos los síntomas: la sudoración, el aliento entrecortado, el zumbido en los oídos, la taquicardia. Notó cómo la adrenalina inundaba su torrente sanguíneo y se dejó llevar por la emoción de la caza. Sostenía Erasmo que únicamente era acreedor al noble título de bibliófilo aquel que no dudara en prostituir a su madre con tal de hacerse con una buena pieza. En aquellos momentos él no habría vacilado en hacerlo, a su madre o a sus hijas, en caso de haberlas tenido. Su mano derecha, la que sostenía la paleta con la que se realizaban las pujas, se elevaba ya sobre su cabeza como movida por una voluntad superior a él. La suerte estaba echada.

—Ofrecen 7.000 —anunció el subastador—. ¿Alguien da más?

Transcurrieron uno, dos, tres segundos, y Erasmo pensó que algo iba a romperse en su interior. Estaba tan nervioso que temió que le ocurriera lo mismo que a cierto coleccionista novato, un joven que, por miedo a ser sobrepujado, se alteró hasta el punto de pujar contra sí mismo. Inevitablemente, se acordó también de aquel relato de Borges titulado *El milagro secreto*, en el que un escritor que se halla ante el pelotón de fusilamiento suplica a Dios que le conceda el tiempo necesario para completar la que habrá de convertirse en su obra maestra. El Creador atiende su plegaria y detiene el tiempo para que disponga del plazo solicitado. De forma análoga, el tiempo pareció detenerse para Erasmo, y unos pocos instantes le bastaron para experimentar un amplio catálogo de estados de ánimo, desde el pánico hasta la euforia. Nadie salvo otro coleccionista podía comprender lo que sentía en aquellos momentos, las sensaciones contradictorias que sacudían todas sus terminaciones nerviosas, el tormento y el éxtasis de la puja. Lo que sentía era emoción destilada, emoción en estado puro. Y lo curioso de aquello es que el precio era lo de menos. Como Erasmo tenía más que comprobado, daba igual que el coleccionista fuera a gastar 200, 2.000 o 200.000 euros. La emoción era idéntica en cualquier caso. Era como administrarse una droga poderosa, tal vez aquel unguento de beleño que hacía volar a las brujas y les abría las puertas del infierno.

—7.000 a la una... a las dos... Adjudicado al caballero por siete mil euros. Pasamos al lote veintidós, precio de salida...

Erasmo dejó de oír la voz del subastador, pues el zumbido de la sangre en sus oídos se había convertido en un rugido, o quizás en una ovación. ¡Había ganado! Acababa de gastar 7.000 euros (más el 20 por ciento de comisión e IVA) en unos trocitos de papel que cuatro siglos y medio antes, cuando estaban completos y nuevos, no habrían costado ni un maravedí, y que más tarde alguien consideró inservibles hasta el extremo de emplearlos para fabricar cartón. Lo que iba a pagar

por esos papelotes equivalía a más de cuatro meses de su pensión, y sin embargo se sentía el hombre más feliz del mundo. Y aún más cuando la realidad volvió a recobrar sus contornos y comprobó que la extraordinaria mujer que tenía a su derecha lo miraba y le sonreía abiertamente.

—¡Felicidades! —le decía con su voz de suaves cadencias extranjeras—. Una adquisición estupenda, profesor López de Mendoza.

¿Lo había soñado o la mujer de la blusa azul acababa de pronunciar su nombre?

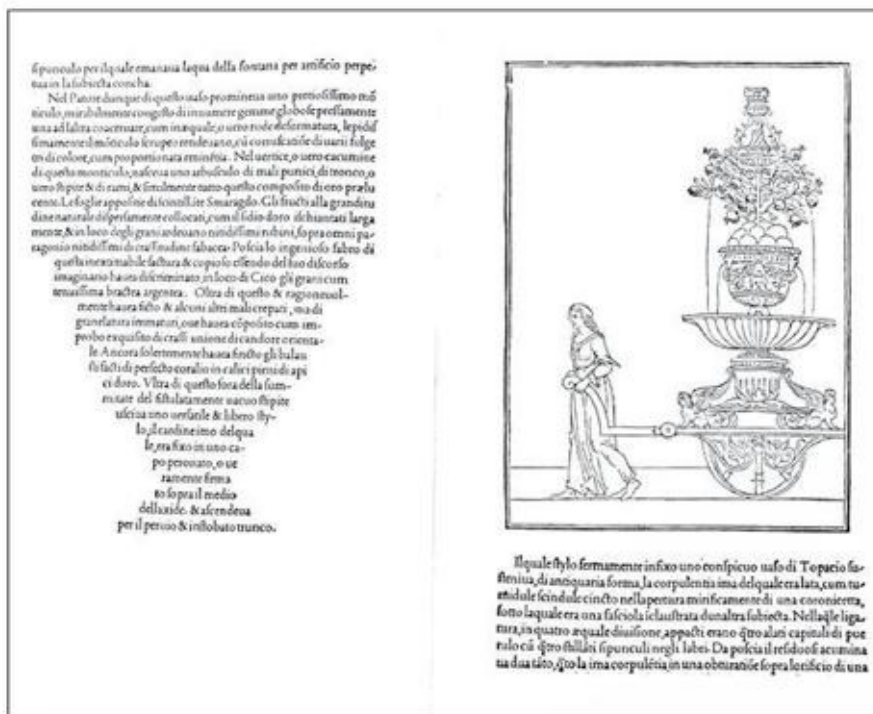
* * *

Durante la siguiente media hora se mantuvo ajeno al acontecer de la subasta. Le escamaba que aquella hermosa desconocida supiera cómo se llamaba. Temía que alguien estuviera tomándole el pelo, acaso que el propio Martín Abad se la hubiera puesto al lado como revancha por alguna faena que Erasmo le había hecho en el pasado. Otra posibilidad era que la mente o el oído le hubieran jugado una mala pasada. Pero no le parecía probable. La mujer de la blusa azul le había dado la enhorabuena y luego había pronunciado su nombre. Eso estaba fuera de discusión. Lo suyo sería preguntarle de qué lo conocía, pero Erasmo se había quedado demasiado asombrado para reaccionar, y ahora ella parecía completamente absorta en el desarrollo de la subasta y no deseaba molestarla.

Y mientras Erasmo se debatía con todas estas dudas y vacilaba sobre cuál sería el proceder más adecuado, llegó el momento estelar de la subasta. Atrás quedaban los utilitarios. Había llegado la hora de los Porsche, los Maserati y los Rolls-Royce. Y ello hizo que la atención de Erasmo se desplazara desde las torneadas piernas de la mujer de la blusa azul hasta la mesa del subastador. Por mucho que le interesara el bello sexo, los libros eran siempre los libros. ¡Y vaya libros! No cabía duda de que los de la sala Biblos habían echado el resto. Y para aquella traca final habían decidido esmerarse además en la puesta en escena. No más pujas sobre catálogo. Ahora cada ejemplar entraba físicamente en la sala y era depositado sobre un atril que había junto al subastador. Y nada de despachar aquellos lotes de forma rutinaria y a la mayor velocidad posible. Como en un mercado de esclavos de la antigua Roma, el subastador derrochaba prosopopeya para glosar las excelencias de cada lote, su linaje, las peripecias de su historia y los pormenores de su estado de conservación. Aquello ya no parecía Madrid, sino una de esas subastas fetén que celebraban las grandes firmas internacionales:

«Francesco Colonna: *Hypnerotomachia Poliphili*. Venecia, Aldo Manuzio, 1499. Infolio (395 × 195 mm) de 234 hojas, 39 líneas, tipografía romana de dos tamaños. Capitales y 172 grabados xilográficos, 11 de ellos a toda página.

Magnífico ejemplar de este incunable mítico, considerado el libro más bello jamás impreso, en óptimo estado de conservación, con amplios márgenes, encuadernado por Bozérien le Jeune en pleno marroquín azul con grecas en los planos, lomo cuajado, cortes dorados. Salida: 200.000 euros».



Ante sus ojos desorbitados, Erasmo vio desfilar varios ejemplares por los que habría puesto en venta su alma inmortal sin dudarle ni un solo instante, piezas de altísima bibliofilia que siempre estarían fuera de su alcance, y que fueron adjudicadas a coleccionistas que ni siquiera se rebajaban a acudir a la sala, sino que pujaban por teléfono o a través de internet.

Martín Abad salió al rescate de un *Reportorio de los tiempos* de Andrés de Li (Zaragoza, 1492), un gótico que se acabó de imprimir cuando las naves de Colón ya iban camino del Nuevo Mundo. Se había adjudicado a un pujador anónimo por 48.000 euros, y el director de la Nacional ejerció el derecho de tanteo y lo adquirió para el Estado, del que era allí única cabeza visible.

¡Y pensar que él mismo podría haber pujado por él si todo hubiera salido conforme a sus planes! ¿Y por qué contentarse con un incunable del montón cuando el manuscrito de Cervantes hubiese representado un cheque en blanco? Nada habría quedado fuera de su alcance. Nada. Ni siquiera el lote 127, ese libro que precisamente ahora se mostraba para admiración de la plebe, de los pobres mortales que, como él, jamás podrían soñar con poseerlo.

«Lote 127», anunció el subastador engolando la voz, como correspondía a la solemnidad del momento. «Miguel de Cervantes: *El ingenioso hidalgo don Quijote*

de *La Mancha*. Lisboa, Jorge Rodríguez, 1605. Impreso en cuarto a dos columnas. Buen ejemplar, marginoso, encuadernación de Chambolle-Duru en pleno marroquín habana, cortes dorados. Precio de salida, 250.000 euros. ¿Alguien ofrece 250.000?».

Lo que siguió fue un silencio casi de ultratumba. Nadie hablaba. Nadie se movía. De hecho, daba la sensación de que las más de cien personas allí reunidas estuvieran conteniendo la respiración. Pese a las previsiones de su amigo Abad, Erasmo comenzaba a olerse que el *Quijote* lisboeta no iba a encontrar un comprador. Quizás los de Biblos hubieran pecado de arrogancia al poner semejante pieza a la venta en un mercado tan melindroso como el español. «¿He oído 250.000?», insistió el subastador. Pero nadie decía ni pío. Ni siquiera Martín Abad, a pesar de que venía respaldado por el presupuesto de la Biblioteca Nacional. El lote iba a quedarse sin adjudicar, y Erasmo se debatía entre el alivio y la decepción. Un comprador capaz de permitirse semejante joya le habría provocado un ataque descontrolado de envidia. Por otro lado, no todos los días se podía asistir a una puja de tal magnitud y la experiencia habría sido interesante. En fin, otra vez sería, porque aquel toro estaba a punto de ser devuelto a los corrales. Y no por inválido, precisamente.

Y de pronto ocurrió.

Hubo una exclamación ahogada, y una descarga de asombro colectivo electrizó el aire del salón.

Alguien había pujado.

Pero ¿quién? ¿Quién?

Las cervicales de Erasmo protestaron por la brusquedad con que el bibliófilo giró la cabeza. No había sido una puja telefónica. Debía de ser alguien que estaba en el salón. Pero ¿por qué no veía ninguna paleta en alto?

Y entonces la vio. Vio a la mujer que tenía al lado. La mujer de la blusa azul.

La única paleta que estaba alzada era la suya. Es más, aquella portentosa mujer de formas esculturales y ojos imposibles la estaba agitando en el aire para que no quedara la menor duda de quién era la pujadora. A Erasmo le vino a la mente el archifamoso cuadro de Delacroix, el de la Libertad agitando la bandera tricolor y guiando al pueblo a la batalla. La Libertad de Delacroix llevaba los pechos al aire y guardaba un ligero parecido con la mujer sentada a su lado.

Algunos años antes aquel pensamiento le habría provocado una erección.

* * *

El lote 127 se remató en 550.000 euros. Hubo algunos momentos de indecisión, pero al final la audacia de la mujer despertó a dos pujadores más. Uno de ellos tenía un ingenio electrónico incrustado en el oído, por lo que Erasmo adivinó que se trataba de un representante. El otro enviaba sus ofertas directamente a la mesa a través de

internet. Las pujas se sucedían incrementándose primero en tramos de 10.000, luego de 25.000, finalmente de 50.000 euros. Erasmo llegó a pensar que estaba soñando. Oía a la mujer que se encontraba a su lado ofrecer cantidades de seis cifras, cantidades que el subastador repetía con un perceptible temblor en la voz. Él se habría puesto a jadear como un galgo por sumas cien veces más pequeñas, pero aquella extraordinaria mujer ni siquiera descomponía el gesto. Con el rabillo del ojo, Erasmo la veía tan relajada como si estuviera sumergida en un *jacuzzi*. Las pujas ascendían. Hubo un momento en que el tipo del chisme en la oreja cubrió medio millón de euros, es decir, el doble de la salida. Y entonces, con la mayor naturalidad del mundo, con la misma calma con que alzaría la mano para pedir un taxi a la salida de un hotel, la mujer de la blusa azul levantó su paleta para anunciar que ofrecía 550.000 euros y allí acabó todo. El lote 127, el espectacular *Quijote* lisboeta de 1605, había quedado adjudicado.

Y Erasmo comprendió que también él había quedado adjudicado a la mujer de la blusa azul. Incondicionalmente. *In saecula saeculorum, amen.*

—Bien —le dijo ella con una sonrisa que habría competido en blancura con un paisaje ártico—. Yo he acabado aquí. ¿Qué le parece si vamos a dar un paseo? ¿Le apetece, profesor López de Mendoza?

¿Qué era aquella música que se oía de pronto? Seguramente tan solo un idiota que había olvidado apagar el móvil. Pero lo que Erasmo creyó oír no fue un politono, sino un coro de ángeles entonando el *Gloria in Excelsis Deo*.

CAPÍTULO XII

No merecía yo ventura tanta

Le dijo que se llamaba Dolores Dawson (*doosen*, pronunció), y que era norteamericana. Al preguntarle Erasmo sobre lo poco anglosajón de su nombre de pila y la perfección de su castellano, apenas empañado por una sombra de acento foráneo, ella le explicó que su abuelo había sido un comunista asturiano exiliado tras la Guerra Civil, y que en su familia siempre se habían mantenido vivas la lengua y las raíces patrias. Ella misma era doctora en Filología Hispánica y profesora de Literatura Castellana en una universidad del Medio Oeste. Y también bibliófila. Erasmo siempre había barruntado cierta incompatibilidad entre las mujeres y la bibliofilia, una especie de incapacidad genética que inhabilitaba al sexo femenino para el coleccionismo de libros antiguos. O acaso el motivo fuera la mentalidad práctica que suele poseer toda mujer. Pues ¿qué fémina en su sano juicio codiciaría un artefacto perfectamente inservible, a menudo caro, y cuya única virtud es su infinita capacidad para ocupar espacio y acumular polvo, moho y ácaros? «Mamotretos sucios, inútiles y feos», así se había referido a sus amados libros en cierta ocasión su querida Almudena (a la que Dios tuviera en su Gloria), y al hacerlo había ofendido a Erasmo mucho más que si hubiera puesto en tela de juicio su virilidad. Esta tal doctora Dawson, sin embargo, hablaba de libros antiguos y raros con la misma familiaridad que cualquiera de sus colegas bibliófilos. Y por si le quedaba alguna duda, le bastaba con recordar el más de medio millón de euros que acababa de pagar por el *Quijote* lisboeta. No solo debía de ser una bibliófila de casta, sino además millonaria.

—Oh, no —se apresuró a aclarar ella—. En esa subasta actuaba solamente como representante. Yo jamás podría permitirme semejante adquisición. Verá, profesor, me encuentro de año sabático y disfruto de una beca de investigación aquí en Madrid. No suelo acudir a subastas en representación de otros coleccionistas, pero cierto amigo me lo pidió al saber que yo estaba en España. Un coleccionista importante, como imaginará, aunque no puedo revelarle su identidad. Con mis medios económicos a duras penas hubiera podido pujar por su *Testamento de Nuestro Señor*, y menos aún después de mi divorcio.

Erasmo archivó el dato del divorcio de la doctora Dawson en el cajón de la información interesante. Quizás tendría que usarlo más tarde. Ahora había algo que le urgía saber.

—¿Cómo es que conocía usted mi nombre, doctora?

—No son necesarias tantas formalidades. Llámeme Dolores, por favor.

—De acuerdo, pero solo si tú me llamas Erasmo.

—Muy bien, Erasmo —dijo Dolores Dawson con una sonrisa que se habrían disputado las mejores marcas de dentífrico para sus campañas publicitarias—. Lo conocí nada más verlo por las fotos de las solapas de sus libros.

—¿Has leído mis libros?

—Todos ellos: *Panorama de la literatura de cordel española*, *El mercado del libro antiguo en España visto por un bibliófilo...*

—Vaya, me siento halagado.

—Han sido mis libros de cabecera. De hecho, tenía intención de ponerme en contacto contigo para tratar de conocerte personalmente. Fue providencial encontrarte sentado a mi lado en la sala de subastas.

Caminaban por el paseo central de Recoletos, bajo el verde dosel de las copas de los árboles. El violento tráfico de las horas centrales del día rugía por ambos lados, pero Erasmo tenía la sensación de estar paseando por el *locus amoenus* de alguna égloga de Garcilaso. A diferencia de los pastores de las églogas, el bibliófilo y su compañera no hablaban de amor, sino de incunables y posincunables, encuadernaciones y exlibris. Y aun así Erasmo tenía la sensación de haber encontrado un alma gemela. Un alma que, por cierto, estaba recubierta por uno de los cuerpos de mujer más espectaculares que Erasmo había tenido el placer de admirar en su vida, y eso que eran unos cuantos los que llevaba admirados.

Llegaron a la altura de la estatua de Valle-Inclán y Dolores propuso tomar un aperitivo en el Café Gijón. No era uno de los lugares favoritos de Erasmo, pues en las pocas ocasiones en que había entrado allí el ambiente le había resultado cargante. Demasiado humo, demasiadas celebridades ansiosas por exhibirse, demasiados fans y diletantes zumbando a su alrededor. Por no hablar de los precios excesivos de las consumiciones. Si existiera algún sentido de la proporción en el mundo, pensaba Erasmo, la abundancia de literatos no sería una excusa para subir los precios, sino un motivo para bajarlos. Pero esta mañana el bibliófilo no sentía deseos de mostrarse irónico con respecto a las letras españolas contemporáneas, no fuera a ganarse la enemistad de la bella profesora. Así pues, la siguió hacia el interior del Café Gijón, donde lo primero que le sorprendió fue la pureza del aire, tan distinta de su anterior visita. Entonces recordó la nueva ley que impedía fumar en los locales públicos, incluidos bares y cafeterías. El bibliófilo era tan poco aficionado a dichos establecimientos que ni siquiera había reparado en que la ley antitabaco llevaba varios meses en vigor. Él mismo había sido fumador empedernido hasta unos veinte años antes, pero lo dejó al comprender que el humo del tabaco era dañino para sus libros y además le provocaba bronquitis crónica. Aún quedaba esperanza para la humanidad si de vez en cuando se promulgaba alguna ley sensata.

Eligieron una mesa junto a una ventana. Mientras tomaban asiento, el bibliófilo observó que la mesa aledaña estaba ocupada por el escritor Arturo Pérez-Reverte y su

corte de tertulianos, cuya atención Reverte acaparaba con grandes excesos vocales y gestuales, como si su discurso no fuera únicamente dirigido a sus acompañantes, sino a toda la parroquia del café. Erasmo recordaba al escritor de su época de corresponsal de guerra. Entonces pensaba que aquel modo de hablar exaltado y gesticulante se debía a las circunstancias adversas en que sus crónicas solían emitirse, casi siempre con tiroteos y fuego de mortero como fondo. Luego Pérez-Reverte abandonó su peligrosa profesión y se dedicó en exclusiva a la novela y a las colaboraciones periodísticas. Sin embargo, en sus apariciones públicas seguía hablando del mismo modo que antes, aunque ahora no estuviera en Sarajevo o Cisjordania bajo el fuego de la artillería, sino en el Círculo de Bellas Artes ante un auditorio lleno de admiradores. Aunque algo debió de aprender de los francotiradores servobosnios, a tenor de la mala baba que solía gastarse, tanto de palabra como por escrito. Aun así, Erasmo le profesaba cierta ley desde que había publicado *El Club Dumas*, una novela de intriga y aventuras en la que se mezclaban la bibliofilia y el culto satánico, combinación que a Erasmo le pareció bastante ajustada a la realidad. Además de que la historia le entretuvo, apreció las molestias que el escritor cartagenero se había tomado para documentarse a fondo, y el tino que había mostrado al describir las luces y las sombras del mundillo de los coleccionistas. También valoró lo riguroso que había sido al usar esta documentación en su trama. Lo único que le pareció algo traído por los pelos fue el personaje de ese «cazador de libros» que protagonizaba la novela, el tal Lucas Corso. Erasmo nunca había oído hablar de un cazador semejante. Chorizos y mercachifles los había a montones, pero dudaba de la existencia de aquella especie de Indiana Jones del incunable.

En cualquier caso, y por mucho que Erasmo hubiera eximido a Pérez-Reverte del anatema que había lanzado contra el resto de los escritores españoles contemporáneos, en aquellos momentos la actitud del novelista cartagenero le resultaba muy irritante, toda vez que este se dedicaba a comerse con los ojos a Dolores mientras ella acomodaba su bien formado trasero (*son joli petit derrière*, dijo Erasmo para sus adentros) sobre su silla del Café Gijón. Incluso se había quedado callado para no perderse detalle, lo que en modo alguno era habitual en el escritor. Erasmo detestaba las pendencias de taberna, pero estuvo tentado de increparlo con un «¿y usted qué mira, si puede saberse?». Pero ¿qué se habría creído el tipo aquel? ¿Que también disfrutaba de patente de corso para devorar con la vista a las damas, aunque estas fueran acompañadas? Luego se lo pensó mejor, pues la escena que podía desencadenarse le espantaba por lo cutre y carpetovetónico. Además, él mismo había mirado por la calle a cuantas mujeres atractivas se le habían cruzado, acompañadas o no, pues siempre había mantenido que la belleza era patrimonio común de la humanidad. Aunque lo hacía con bastante más disimulo que el que se gastaba el novelista, a quien no parecía sino que le hubiera brotado un catalejo de cada ojo. Con

todo, en el fondo su actitud le halagaba, pues la mujer que estaba provocando semejante ola de admiración lo tenía a él como acompañante y no al perdonavidas de Pérez-Reverte, mal que le pesara a este.

Reanudaron su conversación con un cortado y un vermú sobre la mesa, y Erasmo se alegró al darse cuenta de que el célebre literato había desistido de su observación y se dirigía nuevamente a su público de tertulianos. «¡Ese tío no tiene huevos! ¡Es un perfecto mierda!», tronaba el cartagenero para tranquilidad del bibliófilo, quien al oírlo comprendió que de momento no tendría que retarlo a duelo ante la tapia de algún convento. Y enseguida se olvidó por completo de su existencia, pues únicamente tenía ojos y oídos para la extraordinaria mujer que en aquellos momentos le hablaba de sus libros con la misma devoción y entusiasmo que si le estuviera mostrando la foto de sus hijos pequeños. Para alivio de Erasmo, la biblioteca de Dolores no podía medirse con la suya (de otro modo su hombría podía haber quedado menoscabada). Se trataba de una colección relativamente modesta. Sin embargo, Erasmo no dejó de apreciar el buen gusto y olfato con que había sido reunida. Dolores le mencionó, por ejemplo, un primoroso Lucrecio editado por Joseph Barbou en París, 1754, y una primera edición de *Flappers and Philosophers* (Nueva York, 1920), temprana obra de Francis Scott Fitzgerald. Si, como él pensaba, los libros de un bibliófilo ofrecen una imagen cabal de su propietario, Dolores Dawson debía de ser una persona tan hermosa por dentro como por fuera. Y se ratificó en dicha opinión al comprobar que la norteamericana podía citar pasajes de sus estudios de bibliofilia casi al pie de la letra, cuando él estaba convencido de que casi nadie, salvo cuatro amigos bienintencionados, los habían leído. Pero cuando su opinión de Dolores rozó la adoración fue a eso de las dos, hora a la que Erasmo empezaba a notar cierto vacío en el estómago. Para su deleite, la norteamericana se ofreció a invitarlo a almorzar en el mismo Café Gijón, pues aseguró que de aquel modo no tendrían que interrumpir la conversación. Erasmo le dedicó un fugaz pensamiento al guiso que Gladys estaría ultimando en esos momentos. Luego aceptó con un entusiasmo que pensaba que no volvería a sentir desde la infausta mañana en que cierto manuscrito había abandonado su vida para siempre.

* * *

Continuaron viéndose durante los días siguientes. Quedaban a eso de las once en alguna terraza y luego iban a pasear juntos por el centro o a visitar algún museo. Un día recorrieron la Gran Vía hasta la plaza de España, donde Dolores insistió en que se hicieran una fotografía juntos ante la estatua de don Quijote y Sancho. Erasmo pasó algo de bochorno mientras un pálido turista teutón hacía los honores con la cámara de la americana. Otra mañana la dedicaron entera al Museo del Libro instalado en el

sótano de la Biblioteca Nacional. Martín Abad apareció de pronto haciéndose el enconradizo. Luego se demoró un buen rato charlando con ellos, sobre todo con Dolores, a quien le ofreció mostrarle algunos tesoros del fondo antiguo que rara vez veían la luz. Erasmo se sintió un poco celoso, aunque no por la oferta, pues él mismo había tenido ocasión de sostener entre sus manos pecadoras el códice del siglo XIV que contenía el *Cantar del Cid*. Lo que le molestaba eran las atenciones que el veterano bibliotecario le estaba prodigando a la norteamericana. Es más, leyendo entre líneas se olió que aquello de «los tesoros del fondo antiguo que rara vez veían la luz» podía contener alguna velada insinuación sexual. En vista de todo ello, y puesto que Abad no mostraba la menor intención de largarse, tuvo que ser Erasmo quien de forma sutil le recordara sus obligaciones para con la institución. Finalmente Abad se avino a esfumarse, no sin antes dedicarle al bibliófilo una mirada de rencor que le causó a este no poco regocijo.

El día siguiente lo dedicaron a recorrer librerías de viejo. Aunque la idea partió de Dolores, Erasmo estuvo a punto de negarse temiendo que dicha actividad reabriera heridas que aún eran demasiado recientes. Suspiró aliviado, sin embargo, al comprobar que no era así, y que la compañía de la mujer constituía un bálsamo mucho más eficaz de lo que había imaginado. Junto a ella volvió a experimentar el placer de la caza, el vértigo de buscar la perla en el muladar. Ciertamente es que no dieron con nada que mereciera la pena, pero Erasmo disfrutó una barbaridad al comprobar lo dócilmente que ella aceptaba sus consejos y se plegaba a su magisterio. En una librería de la calle San Bernardo, mientras ella estaba distraída hojeando los ejemplares de una estantería apartada, Erasmo le compró un exlibris bellamente enmarcado del bibliófilo dieciochesco don Fernando José de Velasco. Dolores palmoteó de alegría cuando se lo entregó durante la comida. Luego prolongaron la sobremesa en un café bendecido con un excelente sistema de aire acondicionado y una total ausencia de escritores célebres. Por vez primera hablaron de sus vidas en lugar de hacerlo de sus libros. Dolores le dijo que tenía previsto quedarse en España hasta el comienzo del siguiente curso académico, pero que estaba empezando a considerar la idea de una estancia más prolongada, tal vez incluso permanente, pues se encontraba más cómoda entre los españoles que entre sus compatriotas. Al fin y al cabo no tenía hijos, sus padres vivían en Florida y apenas los veía, y tras su reciente divorcio nada la ataba a Des Moines, la pequeña ciudad de Iowa donde Dolores residía y se encontraba su universidad («el lugar menos interesante del mundo», según explicó fingiendo un bostezo). Erasmo, por su parte, le habló de sus años de viudez, de lo frustrantes que le habían resultado sus últimos cursos en la Complutense, y de cómo había preferido renunciar a una parte de su sueldo a cambio de una jubilación anticipada a los sesenta años. Cualquier cosa antes de tener que hacer frente a los horrores del Plan Bolonia.

Charlaron hasta que la tarde de junio se tiñó de un fulgor anaranjado y los paseantes desalojaron del centro de Madrid a funcionarios y oficinistas. Dolores dijo que estaba algo cansada y Erasmo la acompañó hasta la puerta de su hotel. «¿Te gustaría venir mañana a cenar en mi casa? Así podré enseñarte mi biblioteca», le dijo, sorprendido de su temeridad. Ella asintió con una sonrisa y acercó su rostro al de Erasmo para darle un beso de despedida, lo que permitió al bibliófilo apreciar con nitidez el delicado aroma afrutado que despedía su piel. Erasmo notó el contacto prolongado de ambos labios, su cálida humedad. Y, durante un instante, le pareció que el radio de acción del beso rebasaba los castos límites de la mejilla y se aventuraba por la comisura de su boca. «Pasaré a recogerte a las ocho», anunció él sintiéndose casi un galán de Hollywood. Un tanto otoñal, tal vez, pero ¿acaso no eran esos los mejores?

«Lo has estropeado todo, ¿sabes?», le decía Robert Redford a Meryl Streep en *Memorias de África*. «¿Qué es lo que he estropeado?», preguntaba ella, a lo que él respondía: «Mi soledad».

* * *

Al día siguiente despertó con la sensación de ser un jovencuelo con un traje a estrenar y una noche de verbena por delante para lucirlo. Lo primero que hizo fue darle instrucciones a Gladys. Le pidió que preparara una cena para dos sin reparar en gastos (la dominicana parpadeó extrañada al oír «sin reparar en gastos», como si no acabara de creérselo). El resto de la mañana lo pasó en un estado de exaltación que no recordaba desde los días de su juventud, la época en que había abandonado el seminario para descubrir la vida que los curas habían pretendido robarle. Empleó un buen rato en ordenar su biblioteca y decidir qué libros le iba a enseñar a Dolores, y en qué orden. Luego atendió su correo electrónico, que llevaba varios días sin abrir. Pepe Grau, el editor de *Hibris*, lo felicitaba por su artículo sobre los castigos divinos en la literatura de cordel y le sugería que insistiera en la misma línea para las siguientes entregas de *Gollerías para bibliófilos*, algo ligero y con un toque de humor. En otro mensaje, Martín Abad reiteraba su invitación de acudir de nuevo a la Nacional en compañía de Dolores para admirar algunos tesoros del fondo antiguo. «Y hablando de fondo antiguo», decía al final, «¿no crees que estás ya un poco mayor para esos trotes?». Erasmo le respondió con una cita de Cicerón: *Nemo est tam senex, qui se annum non putet posse vivere* («Nadie es tan viejo que no crea poder vivir un año más»), y con un refrán español (si los envidiosos volaran, no veríamos el sol). Luego lo mandó cordialmente al carajo.

Por la tarde, tras una hora y pico de apacible amodorramiento inducido por un documental de La 2, ultimó los preparativos para la visita de Dolores.

Gladys había dejado preparada la cena, pero Erasmo había decidido encargarse personalmente de la ensalada. Demasiado remilgado para cocinar, el bibliófilo tenía en cambio buena mano para las ensaladas, que solo preparaba en ocasiones especiales. Y bien sabe Dios que esta lo era. Tenía varias especialidades bautizadas con los nombres de impresores excelsos, y aquella tarde se decidió por la «Cristóbal Plantino». Sobre una base de hierba de canónigo y hoja de roble, dispuso unos gajos de tomate, dados de queso de cabra, anchoas de Santoña troceadas, nueces y algún otro ingrediente, y aliñó el conjunto con aceite de oliva virgen, unas gotas de salsa de soja, un chorrito de miel y una gota de salsa Worcestershire. Finalmente, lo sazonó todo con sal Maldon, aunque solo una pizca para que la ensalada no resultara demasiado «sápida», como decían los cocineros cursis. Cuando el resultado mereció su aprobación estética y culinaria, pasó a la segunda fase.

Durante largo rato permaneció sumergido en la bañera, sin escatimar gel ni fregoteos. Luego de secarse y asperjarse profusamente con desodorante, sacó unos calzoncillos nuevos de la cómoda y, tras enfundárselos, se miró detenidamente en la luna del armario. A pesar del vientre algo abultado y las flacas piernas, el efecto general le pareció aceptable en lo tocante a la estética, aunque no tanto en lo relativo a la comodidad, ya que él solía llevar ropa interior más holgada y aquellos calzoncillos tan ceñidos le oprimían los genitales de forma inmisericorde. A decir verdad, Erasmo no solía caer en detalles tan mundanos como renovar su ropa interior, al menos hasta que esta comenzaba a deshacerse por el uso y los sucesivos lavados con lejía. En las últimas navidades, sin embargo, su doméstica había tenido el detalle de regalarle un par de gayumbos de los que llamaban bóxer, con un gran letrero en el elástico que rezaba «Calvin Klein». Por entonces el regalo le había parecido una frivolidad, pero hoy se felicitaba de no haberlos cambiado por cuatro pares de una marca más convencional y económica, como estuvo a punto de hacer. Dudó entre una camisa tropical (fucsia, con un estampado de papagayos verdes) y un polo algo más discreto, aunque en modo alguno susceptible de ser considerado formal. Tras decantarse por el segundo, comprendió que ya estaba casi listo.

«Lástima que no pueda usar las lentillas», pensó. Por desgracia, una leve aunque inoportuna conjuntivitis le había obligado a volver a las gafas durante algunos días. Sin embargo, al mirarse en el espejo de la entrada el efecto general le pareció satisfactorio. Es más, las gafas acentuaban su aire académico, lo que sin duda sabría apreciar una profesora norteamericana en año sabático.

Aunque faltaba un rato largo para la hora en que había acordado encontrarse con Dolores en la puerta de su hotel, decidió salir de casa y caminar para hacer tiempo (nunca para «matarlo»). Remontó Príncipe de Vergara hasta María de Molina. Luego desanduvo lo andado, Castellana abajo, hasta la plaza de Colón, en cuyas inmediaciones se encontraba el hotel de Dolores. Y durante el tiempo que empleó en

culminar la caminata, Erasmo no dejó de silbar el tema central de *Memorias de África*.

En cierta ocasión, mientras hojeaba una revista en la sala de espera del médico, se había topado con una cita según la cual, cuando se desea algo de verdad, todo el universo conspira para que alcancemos ese deseo. A pesar de las apariencias, la frasecilla no procedía de una película de Walt Disney, sino de una novela del escritor Paulo Coelho (qué buen ejemplo de *contradictio in terminis* lo de «escritor» y «Paulo Coelho»). Lo cierto es que el autor brasileño y sus secuaces siempre le habían parecido una pandilla de charlatanes, pero hoy casi estaba dispuesto a aceptar la existencia de dicha conspiración universal. De hecho, si escuchaba atentamente, casi le parecía oír la música de las esferas de la que hablaba fray Luis de León. Y lo sorprendente era que las esferas, al igual que él, estaban silbando la melodía de *Memorias de África*.

* * *

Erasmo recordaba muy bien la última ocasión en que había estado con una mujer. Fue nueve años atrás, en los últimos tiempos de la enfermedad de Almudena. Ella era una prostituta con la que contactó a través de los anuncios de un periódico. Un asunto rápido y sórdido que le proporcionó escaso alivio y una buena dosis de vergüenza. Después, nada. Castidad casi absoluta apenas interrumpida por algún episodio masturbatorio perpetrado con más resignación que entusiasmo. Nunca había dejado de observar y admirar a las mujeres, pero al cumplir los sesenta y jubilarse fue como si su libido se hubiese jubilado con él. Así, de repente. Y no se trataba de un caso de impotencia debido a los achaques de la edad. No había síntomas ni enfermedades que pudieran explicarlo, ni Viagra que lo remediara. Tampoco cabía interpretarlo como una renuncia. Era sencillamente una ausencia casi total de deseo. Un día el impulso estaba ahí y al siguiente había desaparecido. Como un pozo que se seca. Erasmo ignoraba los motivos, o más bien no le interesaban. De hecho, le pareció un cambio positivo, un elemento simplificador que fue recibido con alivio. Las pocas veces que se paraba a pensar en ello, aquella ausencia de deseo se le figuraba un salvoconducto hacia esa existencia crepuscular, apacible y sin sobresaltos que constituía su único proyecto después de la jubilación. Al margen de los libros, claro.

¿Habían cambiado las cosas durante los días de convivencia con Pilar? La encontraba enormemente atractiva, por supuesto. Sin embargo, el saberla tan lejos de sus posibilidades había funcionado como un mecanismo de inhibición. Lo que Pilar había despertado no era su libido, sino algo menos elemental y al mismo tiempo más íntimo. La muchacha había reavivado su deseo de sentirse acompañado. Era algo que cualquier viejo hubiera entendido y compartido. Y no necesariamente un viejo verde.

Con Dolores, en cambio...

Había ocurrido poco después de que ambos llegaran a casa, antes de la cena, mientras Erasmo le mostraba algunos volúmenes escogidos de su biblioteca. En cierto momento él sostenía su ejemplar de los *Panegyrici latini* (Basilea, Frobenius, 1520), abierto por el hermoso frontis grabado sobre un dibujo de Hans Holbein el Joven. Y al instante siguiente el libro estaba en el suelo y sus manos aferraban la cintura de Dolores. Y ella lo abrazaba y pegaba su boca a la de Erasmo. Y la lengua de Dolores (¡ah, prodigio!) estaba entrelazada con la suya. Luego, más besos, más saliva intercambiada, más jadeos. Y la danza frenética de las manos. Manos multiplicadas que acariciaban, que estiraban de la ropa, que apretaban. Y un revolotear de prendas a lo largo del pasillo, camino del dormitorio. Y de pronto ambos estaban desnudos sobre la cama sin deshacer. Ella encima todo el tiempo, tomando la iniciativa, al mando de principio a fin. Sus pechos casi adolescentes brillando como dos pequeñas lunas en la penumbra del cuarto. La esbeltez de su vientre, cincelado como el de una campeona de natación. Los largos y flexibles músculos de su espalda, que parecían vibrar por efecto de las torpes caricias de Erasmo como las cuerdas de un arpa. Y de repente un momento de pánico cuando él pensó que no estaría a la altura de las circunstancias, que su edad, su mala forma física y lo inesperado de todo aquello iban a desembocar en un clamoroso gatillazo. Y al fin la tranquilidad de comprobar que el deseo existía todavía, agazapado, esperando el momento justo y el estímulo correcto para despertar.

Y por último solo estaba el placer.

* * *

Erasmo despertó tras un fundido en negro cuya duración fue incapaz de precisar. Se estremeció ante la posibilidad de encontrarse solo y comprobar que su encuentro sexual con Dolores había sido un simple sueño. Pero ahí estaba ella, todavía desnuda, ocupando la mitad de la cama que un día perteneciera a Almudena, y tan distinta de su difunta esposa como si no fueran hembras de la misma especie. Dolores suspiró al verlo abrir los ojos, y en tono de broma le reprochó su breve siesta: «¿Tanto te he aburrido?». Él le pidió disculpas y le aseguró que no era así, y que lo de quedarse dormido después del sexo le había ocurrido desde siempre y nada podía hacer para evitarlo. Sencillamente, su cerebro apagaba las luces tras la eyaculación. Entonces sintió algo de frío, y al mirarse se avergonzó de su desnudez y trató de cubrirse con la sábana. Ella se deslizó también bajo la sábana para facilitar la operación. Luego se pegó a su cuerpo. «¿Te ha gustado?», le preguntó. Erasmo no fue capaz de encontrar las palabras adecuadas para responderle. Él, que siempre había sido un forfofo de *le mot juste*, de pronto se encontraba mudo, quizás porque la gratitud que sentía era tan

inmensa que le nublaba el entendimiento y la capacidad de respuesta. Puesto que no era capaz de hablar, la besó suavemente y le acarició los pechos y el vientre. Entonces notó que la mano de ella reptaba hasta su miembro y comenzaba a frotar el exhausto órgano, aunque sin obtener el resultado apetecido. Temiendo hacer el ridículo después de todo, Erasmo pensó que lo mejor sería tratar de distraerla hablando. Además, le apetecía compartir con Dolores algo verdaderamente valioso, lo más valioso que tenía. Quería narrarle el milagroso hallazgo de la crónica de Gonzalo de Córdoba, y cómo llegó a pensar que esta lo conduciría hasta el mismísimo manuscrito del *Quijote*, el vellocino de oro de la bibliofilia. A pesar del calamitoso desenlace y la consiguiente frustración, aquellos días vertiginosos habían constituido sin la menor duda la aventura más emocionante de su vida. Y contárselo todo a Dolores en aquel momento de intimidad era quizás el mejor modo de agradecerle el regalo que acababa de recibir de ella.

Al principio la norteamericana respondió con incredulidad. Se quejó de que Erasmo pretendiera tomarle el pelo. Sin embargo, enseguida debió de comprender que el bibliófilo hablaba completamente en serio, que aquella increíble historia era real, porque guardó silencio y le dejó hablar sin interrupciones, salvo por algunas exclamaciones ahogadas. Cuando Erasmo llegó al episodio final, a la mañana en que encontró su caja fuerte abierta, Dolores guardó silencio durante largo rato.

—¿Me estás diciendo que no sabes cómo acaba esa crónica? ¿Que no hay nada más?

Erasmo asintió con un suspiro.

—¿No me estarás mintiendo, verdad?

Le aseguró que no. ¿Qué sentido tenía contarle todo para luego ocultarle o falsear el final? Le juró que todo había ocurrido tal y como se lo había relatado. Entonces ella pareció meditar. Tal vez no acababa de creerle, después de todo. O quizás la historia en sí era tan asombrosa que necesitaba tiempo para digerirla.

—¿Por qué no nos levantamos y tomamos una ducha? Dijiste que tenías una cena preparada, ¿no?

Erasmo respondió afirmativamente, bastante sorprendido con la inesperada salida de Dolores.

—Entonces arriba —dijo ella—. Son más de las diez y ya sabes que los yanquis cenamos temprano.

* * *

La cena que Gladys había dejado preparada era deliciosa. Durante su elaboración Erasmo había tenido que hacer frente a la curiosidad de la doméstica en forma de varias andanadas de preguntas y advertencias («¿ha invitado a una mujer, don

Erasmus?», «tenga cuidado que hay mucha loba suelta»). Sin embargo, ahora que disfrutaba de la pericia culinaria de la dominicana, comprendía que había merecido la pena. Tanto él como su invitada habían pasado por la ducha (por separado) y recuperado su indumentaria. Ahora Erasmo la admiraba desde el otro extremo de la mesa del comedor, mientras ella daba cuenta de unos sabrosísimos escalopines de ternera con salsa de champiñones y se servía una generosa ración de ensalada «Cristóbal Plantino».

—La he hecho yo mismo con estas manitas —dijo Erasmo ansioso por recibir los elogios de la norteamericana.

Resultaba difícil aceptar la realidad de lo ocurrido entre ambos. Y aún más teniendo en cuenta que, por una extraña inversión del orden normal de los acontecimientos, la cena que estaban disfrutando era el epílogo del episodio de cama en lugar de su prólogo. Comprendía que entre Dolores y él existía afinidad, incluso que la mujer le profesaba cierta admiración. No le cabía duda de que entre ambos discurría una caudalosa corriente de amistad y de que con el tiempo esta podría haber prosperado hasta convertirse en algo más sólido. Pero lo ocurrido esta noche rebasaba sus más calenturientas expectativas. Dolores prácticamente le había saltado encima. Se lo había comido de aperitivo. Y no es que Erasmo tuviera la menor queja al respecto. El problema radicaba en que él siempre había sido una persona realista, y aquel giro tan inesperado de los acontecimientos excedía de su capacidad de comprensión y, por tanto, le resultaba perturbador. Ahora mismo no lograba sacudirse la abrumadora sensación de que nada de aquello había ocurrido. Por otro lado, la realidad física de Dolores, con su maquillaje restaurado y su vestido cubriendo de nuevo sus atractivos contornos, era incuestionable. Pero ¿de verdad había hecho el amor con ella? ¿Él, Erasmo López de Mendoza, profesor jubilado, bibliófilo sesentón, ratón de biblioteca? De haber encontrado aquel episodio en una novela, seguramente habría abandonado la lectura por su falta de verosimilitud. De hecho, lo ocurrido le parecía tan milagroso que se sentía como si su alma hubiera sido separada de su cuerpo y estuviera observando desde otro plano de la existencia. Ahora Dolores estaba hablando. ¿Pero qué decía? Los sonidos del mundo real llegaban amortiguados hasta aquella realidad paralela en la que Erasmo flotaba entre nubes doradas y coros angélicos. «¡Ya está bien!», pensó el bibliófilo sacudiendo la cabeza y esforzándose por aterrizar de nuevo en su cuerpo. Tiempo habría para considerar las implicaciones metafísicas de todo aquello. Ahora lo que correspondía era disfrutar del momento.

Dolores había vuelto al asunto del manuscrito de Gonzalo. ¿De verdad no habían terminado de leerlo? ¿Tampoco tenía intención de hacer nada para recuperarlo? ¿Acaso no comprendía la importancia de todo aquello? Erasmo negaba con la cabeza y guardaba silencio. Lo último que quería en el mundo era contrariar a Dolores, y mucho menos ofenderla con una respuesta desabrida. Pero ojalá ella desistiera de

preguntarle sobre aquel asunto que, más que triste, le resultaba desgarrador. Tras regresar de la cocina con el postre (un elaborado pudin de frutas) trató de desviar la conversación hacia otras cuestiones. Primero le preguntó sobre sus clases en Iowa, las asignaturas que impartía, la opinión que les merecía allí esa pandilla de enemigos de la gramática y de la sintaxis que eran los escritores españoles contemporáneos. La norteamericana respondía con brevedad, pero regresaba tercamente a la cuestión de la crónica de Gonzalo. Tenía que haber alguna pista, en algún sitio, para dar con el legajo de Cervantes. Si ese *Quijote* manuscrito aún existía, debía haber un modo de dar con él.

Mientras Erasmo servía el café, sonó el teléfono. El bibliófilo se alegró de tener una excusa para interrumpir el interrogatorio. Murmurando una disculpa, salió del comedor para responder en su despacho.

—¿Profesor?

Oír la voz de Pilar fue como abrir la ventana y dejar entrar el aire fresco del exterior. La muchacha le dijo que estaba inquieta porque llevaba varios días sin saber nada de él. Erasmo le agradeció la llamada y la tranquilizó. Se encontraba bien. Es más, se encontraba muy bien. Había vuelto a su vida de antes. Incluso había comprado nuevos libros en subasta. Le gustaría disponer de más tiempo para contarle todas esas cosas con detalle, pero tenía a una persona invitada y no quería ser descortés. Mañana la llamaría sin falta. Sí, en efecto, era una mujer. Mañana, mañana le contaría algo más. Le dio las gracias de nuevo por no olvidarse de él y le mandó un beso a través de la línea telefónica.

—Era una amiga —le explicó a Dolores al regresar al comedor.

—¿Una amiga? ¿Tengo motivos para estar celosa?

Erasmo rio.

—Pilar es una antigua alumna. Una chica estupenda. Pero te aseguro que no tienes el menor motivo para recelar.

El bibliófilo endulzó su café con una cucharada de azúcar y añadió un chorrito de leche. Con suerte aún no se habría enfriado. Dolores frunció el ceño. ¿Era posible que sintiera celos?

—Esa Pilar es la chica de la que me has hablado, ¿no? La que leyó el manuscrito para ti.

—Sí, es ella. Está preocupada. Tiene miedo de que lo que ocurrió me haya trastornado o algo así.

Erasmo se tomó media taza de un sorbo e hizo una mueca. El café estaba más amargo de lo que esperaba. Añadió otra cucharada de azúcar y volvió a removerlo con la cucharilla.

—No sé. Me parece que ella significa para ti mucho más de lo que me estás diciendo.

—Vamos, Dolores. Pilar fue una de mis alumnas más brillantes. Luego dirigí su tesis doctoral. Tú también eres profesora. Deberías entenderlo. ¿No me digas que estás celosa?

A Erasmo se le escapó un bostezo y pidió disculpas. Se sentía cansado y la cabeza le pesaba. La desusada actividad sexual de un rato antes le estaba pasando factura. Sin duda era eso.

—Creo que estás disimulando —dijo Dolores entornando los ojos—. Me da la impresión de que la muchacha te importa muchísimo. Y eso puede sernos útil.

—No comprendo. ¿Por qué...? ¿Por qué dices eso?

A Erasmo le pareció que su propia voz sonaba en la distancia. Las palabras brotaban como si su boca estuviera llena de bolas de algodón. Y no comprendía por qué le costaba tanto trabajo mantener los párpados abiertos.

—Descansa ahora, *my dear* —dijo Dolores poniéndose en pie y tomando su bolso, del que extrajo un teléfono móvil—. Cuando despiertes tendremos muchas cosas de qué hablar.

Mientras tanto, Erasmo se había desmoronado sobre su silla, como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Su barbilla estaba clavada en mitad del pecho, y un hilillo de saliva mezclada con café le manchaba la pechera de la camisa.

—Soy *Prometeo*... Sí, pasamos al plan B... Podéis venir a recoger el paquete.

CAPÍTULO XIII

La biblioteca de los prodigios

El padre del industrial y bibliófilo Víctor Klemperer había nacido con un apellido distinto. El apellido Klemperer era judío, y huelga decir que entre la alta oficialidad de las *Waffen-SS* no abundaban los Klemperer ni los Rosenberg ni los Cohen. A decir verdad, el padre de Víctor era ario de pura cepa amén de un nazi convencido, lo que le había servido de espaldarazo para alcanzar la graduación de *SS-Obersturmbannführer* (que viene a ser lo mismo que teniente coronel, aunque suene como esos ruidos que hace cualquier fumador nada más levantarse). Pero también era un militar y estratega de primer orden, y lo demostró cumplidamente al recibir el mando de la *12ª SS-Panzerdivision Hitlerjugend*, aquella célebre división acorazada que causó no pocos estragos en Polonia y en Carelia, y más tarde en el frente soviético, donde se distinguió en la ofensiva que recuperó la ciudad de Kharkov de manos del ejército rojo. Su heroísmo y audacia le habían valido aquella *Kriegsorden des Deutschen Kreuzes* que tantas veces había admirado el pequeño Víctor en el despacho paterno, guardada en una vitrina junto con otras condecoraciones y fotografías. En una de ellas papá, vestido con uniforme negro de gala, brindaba con el mismísimo *Reichführer* Himmler. Aunque aquello había sido en 1943, cuando las cosas aún pintaban relativamente bien para el *III Reich*. Enseguida vino lo de Stalingrado y el desmoronamiento del frente oriental, luego los aliados desembarcaron en Normandía, y el «*Reich* de los mil años» acabó *kaputt* en cuestión de meses. En vista de todos aquellos desastres, y actuando como el excelente estratega que era, el padre de Víctor Klemperer decidió poner pies en polvorosa y buscar refugio allá donde calculó que las circunstancias políticas le serían más propicias. Puesto que Argentina y Brasil se le antojaban un poco lejanas, el antiguo *Obersturmbannführer* se decantó por Madrid, donde arribó a principios de 1945 con un pasaporte falso y una fortuna en oro y diamantes oculta en el doble fondo de sus baúles. Y así fue como papá Klemperer se libró de la carnicería del final de la guerra, cuando miles de sus *Kameraden* de las SS encontraron esa muerte heroica en combate que llevaban años pidiendo a gritos, aunque muchos otros terminaran colgados en un patio de alguna prisión de Núremberg a semejanza de jamones en el secadero. Y con el tiempo, aquel hombre que tan excelentes cualidades había mostrado para la *Blitzkrieg* y para la *Endlösung der Judenfrage* demostró tener también un excelente olfato para los negocios. A finales de los cincuenta, el señor Klemperer, supuesto refugiado judío, se había convertido ya en uno de los empresarios más poderosos del país. Y eso no había ni Mossad ni Simon Wiesenthal que lo remediaran.

El pequeño Víctor había sido un niño solitario. No tuvo hermanos, y su padre prefería que ni él ni su familia se dejasen ver demasiado, por lo que pudiera pasar. Del antiguo SS había aprendido Víctor algunos de sus hábitos más arraigados. Por un lado, su aversión a ser visto en lugares públicos y a cualquier tipo de reunión social. El hecho de ir al colegio a diario se le antojaba un suplicio tal que sus padres resolvieron que se educara en casa con tutores privados. Y probablemente fue el único niño rico de su época que jamás invitó a sus amigos a ninguna fiesta de cumpleaños. Prefería permanecer solo tras las altas tapias del gran chalet que los Klemperer tenían en Puerta de Hierro, sentado bajo un árbol del jardín cuando hacía buen tiempo, o bien al lado de la chimenea, pero siempre con un libro en las manos. Y aún aprendió otra cosa de su padre, aunque puede que no en forma de lecciones o de ejemplo, sino como parte de una oscura herencia genética.

«El alma de Alemania déjemela a mí», le dijo Hitler una vez a cierto líder religioso. El problema es que luego el Führer se le olvidó devolverla y hasta puede que la arrastrara con él hasta el infierno. Calificar a la jauría nazi como una pandilla de desalmados se ha convertido en un lugar común, pero no por eso resulta menos exacto. Buen ejemplo de ello dio el padre de Víctor Klemplerer, primero en el frente oriental, donde su fama de sanguinario le valió el apodo de *el Matarife de Petrozavodsk*, y más tarde en el mundo empresarial y financiero de la España del Régimen, donde dejó su camino sembrado de tantos cadáveres como los que antes había dejado en los blancos campos de la Unión Soviética. Y en ello el pequeño Víctor se reveló como un perfecto epígono, pues tan pronto como le llegó el turno de dirigir las empresas paternas demostró que su padre comparado con él era un auténtico filántropo, un Oskar Schindler a la española. Y con ello quedó probado que la misma ausencia de principios morales que convierte a algunos hombres en criminales de guerra, puede elevarlos también hasta la cima del éxito empresarial, como de hecho ocurrió con papá Klemperer y con su hijo Víctor. Si el primero levantó uno de los grupos empresariales más prósperos de la España de posguerra, el segundo afianzó los logros paternos hasta amasar una de las cinco mayores fortunas de Europa (según la revista Forbes), y ello sin haber aparecido jamás en un telediario, sin que su foto se hubiese publicado en revistas ni periódicos, sin protagonizar el menor escándalo financiero ni mediático. Como se diría en la jerga contemporánea, mantenía un «perfil bajo», un perfil que de puro bajo resultaba prácticamente invisible, pues rara era la vez que abandonaba su mansión y su biblioteca.

La biblioteca era el auténtico centro del universo de Víctor Klemperer. Insomne crónico, incapaz de dormir más de dos o tres horas por las noches, el magnate había convertido sus hábitos de noctámbulo en su auténtica vida. El día lo pasaba encerrado en su despacho, donde un sinfín de artilugios electrónicos, teclados y monitores le permitía mantenerse al tanto de sus inversiones y sostener las riendas de sus consejos

de administración. Pero era por las noches, desde el momento en que cerraba tras de sí la puerta de su biblioteca, cuando Víctor Klemperer empezaba a vivir de verdad.

Desde muy pequeño había sido un amante de la lectura. Pero ser lector no es lo mismo que ser bibliófilo. El día en que nació al noble arte del coleccionismo de libros fue el de su decimotercer cumpleaños. Y ocurrió gracias a su padre, al que tantas cosas le debía. Conocedor de su afición por las novelas de Jules Verne, el señor Klemperer le regaló a su pequeño Víctor un ejemplar de la primera edición de *Voyage au centre de la Terre* (París, 1864, ilustraciones de Édouard Riou). Aquello fue amor a primera vista. Tan pronto como el muchacho puso las manos sobre el tafilete de la lujosa encuadernación decimonónica, tan pronto como aspiró el aroma a cuero y papel viejo y posó la vista sobre el delicado trabajo de los grabadores (una intrincada filigrana que podía apreciar incluso al tacto, igual que un ciego que leyera en Braille), comprendió que los libros eran mucho más que recipientes para guardar historias. Algunos libros eran obras de arte en sí mismos, independientemente de que su contenido fueran los poemas de Homero o un manual sobre la cría del canario. Y como tales obras de arte podían ser amados y atesorados. Aquel día nació la biblioteca de Víctor Klemperer.

Cincuenta años después, al libro de Jules Verne le hacían compañía otros 15.000 volúmenes en una sala del tamaño de una pista de baloncesto, un recinto sin ventanas que, de hecho, constituía una auténtica cámara acorazada. La pieza más antigua de la colección de Klemperer tenía 3.300 años de antigüedad, y consistía en un rollo de papiro en el que un escriba de la XVIII dinastía había consignado los sortilegios y fórmulas mágicas que componían *El libro de los muertos*. Aproximadamente de la misma época eran unas tablillas cuneiformes procedentes del museo de Bagdad, y contemporáneo de Jesucristo, un desconocido Rollo del Mar Muerto. La pieza más moderna era un manuscrito de puño y letra de William Faulkner con tres relatos completos. Y entre el uno y el otro, un sinfín de códices, manuscritos, incunables, góticos, libros de caballerías, pliegos de romances, primeras ediciones, libros en miniatura, libros gigantescos, cantorales, atlas iluminados, ediciones raras, ediciones rarísimas, ejemplares únicos, ejemplares ignotos, encuadernaciones de todas las modas y estilos, y hasta un pequeño ejemplar procedente de la biblioteca del Marqués de Sade, una primera edición de *Justine* (París, 1791) encuadernada en piel de mujer y con un pezón perfectamente visible en la cubierta anterior.

Cuando Klemperer codiciaba un libro, lo conseguía. No importaban ni los gastos ni los medios. El mismo instinto depredador que había aplicado a sus negocios era el que le había permitido reunir su biblioteca. Compraba todo lo que su ilimitada fortuna le permitía comprar. Y cuando el talonario no era suficiente, existían otros procedimientos. Su gran obra no era su conglomerado de empresas, ni sus bienes inmuebles, ni su gigantesca cartera de valores. Su gran obra era su biblioteca, una

majestuosa catedral de papel levantada a lo largo de toda una vida, un laberinto de libros por cuyos corredores y encrucijadas deambulaba un minotauro llamado Víctor Klemperer. Para el coleccionista su biblioteca encerraba toda la belleza y el orden del universo, mientras que afuera aullaba el perro mundo. Sin embargo, como todo buen coleccionista sabe, una biblioteca de bibliófilo siempre posee un corazón. El corazón de la biblioteca de Klemperer eran sus ediciones del *Quijote*. Y he aquí el motivo por el que su camino y el de Erasmo López de Mendoza se cruzaron de forma inexorable.

* * *

Hacía mucho tiempo desde la última vez que Víctor Klemperer había tenido tratos con el librero Maestre. En el pasado fue distinto. Entonces Juan Maestre le había proporcionado algunos ejemplares interesantes. Y más de una vez el bibliófilo se había valido de sus servicios y de sus contactos para adquirir otros libros que no estaban exactamente en venta. Pero Maestre nunca había sido un auténtico librero de altos vuelos, y a partir de cierto momento le resultó imposible satisfacer las demandas cada vez más exigentes del coleccionista. Desde entonces Klemperer se surtía de librerías y marchantes extranjeros, o de las firmas de subastas internacionales. Aunque para conseguir sus piezas más codiciadas había recurrido a los «cazadores de libros».

Los bibliófilos de poca monta pensaban que dichos personajes eran un mito, creencia que estos fomentaban por motivos evidentes. Era un grupo reducido y selecto, no más de una docena en todo el mundo. Pero bastaban para satisfacer las demandas del mercado, pues también eran muy pocos los coleccionistas que podían permitirse sus servicios. Aun así, Klemperer los contrataba con cierta frecuencia. A sus buenas (o malas) artes les debía las joyas más exquisitas de su colección. Y frente a eso, ¿qué podía ofrecerle Maestre? ¿Por qué se empeñaba aquel chamarilero en entrevistarse con él? ¿Acaso pensaba venderle el botín obtenido en alguna parroquia rural? Pero Maestre insistía de tal modo que al final Klemperer consintió en concederle unos minutos, en parte por los servicios prestados en el pasado, pero también porque no podía evitar sentir curiosidad.

El librero no vino solo. Las cámaras de seguridad revelaron que lo acompañaba otro individuo, un sujeto de aspecto demacrado y patibulario. ¿De qué le sonaba a Klemperer aquella cara? De pronto le vino a la memoria el apodo de *Escuchapedos*. ¡Claro! La mano derecha de Maestre, su ayudante de siempre para los trabajos más sucios. El coleccionista se enfureció. ¿Cómo se le ocurría a Juan Maestre traer a semejante granuja a su casa? Por su bien esperaba que existiera un motivo de peso, pues de otro modo lo iba a lamentar. Ambos lo iban a lamentar. Klemperer observó a sus visitantes mientras sus guardias de seguridad los cacheaban y luego les hacían

pasar por un arco detector de metales. Maestre estaba tan gordo que en su ropa solo había sitio para él (aun así, le quitaron las gafas y la estilográfica, ya que ambos objetos podían ser usados como armas). *Escuchapedos*, en cambio, iba pertrechado con un auténtico arsenal, aunque se había desprendido voluntariamente de sus dos navajas, su puño americano y su automática Glock del 45 antes de que los guardias procedieran a registrarlo. Finalmente, el jefe de seguridad dio luz verde y el dueño de la mansión autorizó que ambos visitantes fueran escoltados hasta su despacho. El coleccionista temía que aquello iba a ser una pérdida de tiempo. Sin embargo, al cabo de unos minutos de oír a Maestre y a *Escuchapedos*, el frío corazón de Víctor Klemperer cabalgaba dentro de su pecho con la furia de un caballo en plena carga de cosacos.

La historia de Maestre era sencillamente asombrosa. Lo que le contó fue que cierto coleccionista madrileño le había comprado una caja de viejos documentos cuyo origen no podía trazar con exactitud. Un trapero al que nunca antes había visto se los había vendido por cuatro perras algunos días antes. Aunque él no era un experto en ese tipo de papeles, tenían aspecto de proceder del protocolo de algún escribano del XVII. Su vetustez era evidente, y por ello Maestre había decidido quedárselos para poder examinarlos con más detenimiento. Sin embargo, el bibliófilo de marras se le había adelantado y se había llevado cierto legajo por el procedimiento de engañar a su dependiente. Hasta ahí la cosa no tenía nada de particular, pues el librero estaba acostumbrado a ese tipo de pillerías. Y hasta las consentía cuando se trataba de buenos clientes. Pero se sentía intranquilo por no haber tenido tiempo de comprobar el contenido de la caja. Por si acaso, Maestre había hecho que un especialista estudiara el resto de los documentos, que no se revelaron de gran interés (como había pensado, se trataba de escrituras, contratos y demás). Lo que le escamaba era que aquel coleccionista en concreto hubiera desembolsado doscientos euros por un legajo parecido a los que había dejado atrás. Según explicó, el bibliófilo en cuestión era uno de los tipos más agarrados que había conocido. Pero cuando a Maestre se le dispararon todas las alarmas fue cuando al cabo de un par de días el individuo regresó para comprar el resto de los papeles de la caja, y pagó por ellos la nada despreciable suma de cinco mil euros. Sin rechistar. Y eso que Maestre lo creía capaz de dejarse sacar una muela a lo vivo con tal de ahorrarse el coste de la anestesia. Sin la menor duda, ese primer documento que le había escamoteado a su dependiente era de una naturaleza muy distinta de los demás. Y ahora el bibliófilo esperaba encontrar más del mismo tipo. O tal vez había descubierto que el que ya poseía no estaba completo. Fuera como fuese, el asunto prometía y, tan pronto como el tipo salió de su librería con aquella caja llena de documentos sin valor, Maestre llamó a *Escuchapedos* y le ordenó que pusiera en marcha una operación de seguimiento.

En este punto de la historia fue cuando el granujiento compañero del librero tomó

la palabra. Con voz cavernosa y una dicción que transportó a Klemperer hasta el ala de delincuentes comunes de Alcalá-Meco, *Escuchapedos* fue relatando la parte final de la historia, aquella que incluía las revelaciones más sorprendentes. El bibliófilo — dijo— se había buscado una ayudante, una chica que trabajaba de profesora en un instituto del sur de Madrid. Tras pasar más de 24 horas encerrados, ambos se subieron a un coche y salieron en busca de algo. En primer lugar se las arreglaron para dar con la pista de quien le había vendido la caja de documentos a Maestre, un chamarilero de Seseña sin la menor relevancia. Tras entrevistarse con él, salieron de su almacén con algunas cajas que cargaron en el coche. Luego el trapero los había acompañado hasta Esquivias (Klemperer dio un respingo al oír mencionar dicha población), donde habían establecido contacto con un matrimonio local, propietarios al parecer de un ruinoso caserón del pueblo. El bibliófilo obtuvo de dichas personas algunas cajas más repletas de papeles. Luego él y la chica que lo ayudaba habían regresado a Madrid con el coche a reventar. Hasta ese momento *Escuchapedos* se había limitado a observar desde una prudente distancia. Sin embargo, tan pronto como el campo estuvo despejado, se decidió a abordar al chamarilero, cuyo apodo era *Almorrana*.

Al principio *el Almorrana* se resistió a ponerle las cosas fáciles. Tuvo que enseñarle su navaja de siete muelles adquirida en el mismísimo Albacete para soltarle la lengua. Entonces sí cantó a plena satisfacción de *Escuchapedos*. Al parecer, el bibliófilo y su acompañante habían cometido la imprudencia de hablar abiertamente de sus cosas y el trapero había puesto oído al parche. Le contó que los papeles que buscaban eran la continuación de una especie de crónica (habían mencionado a un tal Gonzalo de Córdoba). Pero lo realmente interesante era que dicho personaje estaba relacionado de alguna manera con Miguel de Cervantes. *Escuchapedos* no era precisamente un experto en literatura del Siglo de Oro, pero sus conocimientos le bastaron para recordar que Esquivias era un lugar netamente cervantino (extremo confirmado por varios paneles de información turística repartidos por el pueblo). Lo que el trapero le contaba tenía sentido. Pero el hombre no había acabado todavía. Según dijo, aquellos dos trataban de reunir los pedazos dispersos de esa crónica porque al final de ella se revelaba el paradero de cierto manuscrito perdido. Y en este punto a Víctor Klemperer se le aceleró el pulso. «¿El manuscrito del *Quijote*?», preguntó al cabo de unos segundos. «¿Es eso lo que van buscando esos dos?». *Escuchapedos* asintió, y el coleccionista tuvo que hacer un esfuerzo enorme para que la tormenta de emociones que se había desencadenado en su interior no le aflorara al rostro. Volviéndose hacia Maestre, preguntó: «¿Qué quieres de mí, Juan?».

Había llegado el momento de negociar.

* * *

El librero fue más razonable de lo que esperaba. Para empezar, confesó que el asunto rebasaba de largo sus posibilidades. «¿Qué podría hacer yo, al fin y al cabo?», dijo con una modestia que a Klemperer le pareció sincera y hasta un punto conmovedora. Reconoció que no estaba seguro de poder hacerse con el manuscrito de Gonzalo de Córdoba sin destruirlo o dañarlo de forma irreparable en el proceso. Suponía que su actual propietario lo guardaba en su caja de seguridad (él mismo había estado en su casa y la había visto). La caja fuerte en cuestión no era gran cosa, pero los granujas que él podía contratar para el trabajo se limitarían a reventarla mediante explosivos o con un soplete de acetileno, lo que supondría un enorme riesgo para la integridad de cualquier documento allí guardado. Sin duda habría que buscar profesionales, gente capaz de hacer un trabajo más fino. Siempre podía recurrir a las amenazas y la violencia, claro está. Pero luego, ¿qué pasaría? Él no se sentía capaz de acometer una búsqueda semejante. Y aun en el caso de que lograra encontrar el manuscrito de Cervantes, ¿qué podría hacer con él sin acabar en la cárcel cuando sus primeras gestiones trascendieran? No, Maestre se sentía demasiado viejo para eso. Prefería encontrar a un socio que se encargara de todo. Un socio importante y capaz de movilizar los medios y los recursos necesarios. «En resumidas cuentas, usted, señor Klemperer».

Fue fácil llegar a un acuerdo. Al fin y al cabo era solamente una cuestión de dinero, y en eso Klemperer rara vez encontraba dificultades. Cien mil euros tan pronto como Maestre le revelara la identidad del actual dueño del legajo. Otros doscientos mil cuando la crónica de Gonzalo de Córdoba estuviera en su poder. Y si la búsqueda fructificaba en el hallazgo del manuscrito del *Quijote*, un millón de euros en una cuenta de Suiza. Fue así de sencillo. Klemperer y Maestre se estrecharon las manos para cerrar su trato, este último con los ojos brillantes, las mejillas rubicundas y una expresión arrebatada en el rostro. Entonces el librero mencionó el nombre de Erasmo.

—Erasmo López de Mendoza —repitió Klemperer acariciándose el mentón—. Juraría que ese nombre me suena.

* * *

¿Por qué le dolía la cabeza de aquel modo? ¿Tanto vino había bebido con la cena?

Él siempre había consumido alcohol de forma moderada. Salvo aquella vez, en el banquete de jubilación de un colega del departamento por quien sentía una especial aversión. Brindó tantas veces a la salud de aquel cretino al que perdía de vista para siempre que tuvieron que meterlo en un taxi y mandarlo a casa. Al día siguiente la resaca era espantosa. Sin embargo, no le dolía la cabeza ni la mitad que ahora. Ahora parecía que su cerebro se hubiera convertido en una masa de plomo fundido. Por

cierto, ¿dónde estaba?

Erasmo López de Mendoza alzó lentamente los párpados y todo cuanto vio fue un confuso baile de sombras. La luz era tenue, pero aun así bastó para que su dolor de cabeza se agudizara de un modo intolerable. Se sintió como si lo estuvieran lobotomizando sin anestesia. Su boca estaba seca y la lengua se le pegaba al paladar. Gimió.

—Está despertando —oyó decir a un hombre con una voz que le sonó extrañamente mecánica y chirriante, como la de un contestador automático escuchado a través de un teléfono móvil.

Entonces notó que lo tomaban por la nuca y lo obligaba a incorporarse. Luego el contacto de un vaso en sus labios.

Bebió con avidez, aunque se arrepintió de inmediato, pues un regusto amargo le reveló que el agua que acababa de tomar llevaba algo más. Entonces se acordó de aquella taza de café, y de Dolores preguntándole insistentemente sobre el manuscrito de Gonzalo. Y luego diciendo aquellas cosas tan extrañas.

—Las molestias pasarán muy pronto, *my dear*. Lo que acabas de tomar te despejará del todo.

¡Dolores!

Abrió los ojos de nuevo. Su vista se había aclarado ligeramente, pero todo seguía borroso a su alrededor.

—Mis gafas —gimió Erasmo.

Y al cabo de un segundo percibió la calidez de unas manos que las colocaban en su sitio. El delicado perfume de la norteamericana inundó sus fosas nasales.

Erasmo parpadeó y miró a su alrededor.

Era un dormitorio. Y muy lujoso, por cierto. Las paredes estaban recubiertas de madera oscura y de ellas colgaban varios cuadros que tenían todo el aspecto de ser originales de artistas de renombre. El techo estaba decorado con elaboradas molduras de estuco, y la lámpara que pendía del centro era a todas luces una antigüedad de fina factura. Erasmo yacía sobre una cama que debía de ser el doble de grande que las que tenía en casa. Y junto a la cabecera aguardaban dos personas, una mujer y un hombre. Confirmó que la mujer era Dolores Dawson, como ya había adivinado por la voz. Al hombre, en cambio, no lo había visto jamás.

Resultaba difícil calcular su edad. Al principio Erasmo pensó que se trataba de un joven muy rubio, pálido y extremadamente delgado. Enseguida, conforme su vista se fue aclarando, comenzó a apreciar la fina retícula de arrugas que le cubría la piel de la cara, el cuello y el dorso de las nudosas manos. Aquel individuo debía de tener al menos sesenta años. El pelo, que al principio se le había figurado rubio, se reveló como plateado. Su rostro era duro, huesudo, de pómulos salientes y mejillas hundidas. Había algo siniestro en él, algo casi cadavérico, una impresión acentuada

por la blancura de su piel, que contrastaba con el negro riguroso de su atuendo.

—¿Puede incorporarse?

Para su sorpresa Erasmo descubrió que sí podía. Lo que Dolores le había hecho beber había resultado asombrosamente eficaz. Su cabeza se había despejado por completo y el malestar comenzaba a diluirse. Al menos el malestar físico. Ahora comprendía que había sido drogado y secuestrado. Persistía otro dolor que tardaría mucho más tiempo en apagarse. Pero esa no era ahora su principal preocupación.

—¿Dónde estoy? —preguntó Erasmo sentándose en el borde de la cama—. ¿Por qué me han traído aquí?

El hombre de negro sonrió. O al menos las comisuras de sus labios se curvaron en un gesto que guardaba cierta similitud con una sonrisa. Sus ojos, sin embargo, se mantuvieron tan fríos e inexpresivos como dos trozos de vidrio.

—Digamos que es usted mi invitado, profesor. Y créame que lamento lo expeditivo del método que hemos empleado para hacerle venir. Por desgracia, no me ha dejado usted otra alternativa.

Erasmo miró a Dolores procurando que sus ojos transmitieran la magnitud de su rencor. Pero ella sostuvo su mirada sin inmutarse.

—No te lo tomes así —le dijo—. Te aseguro que no es nada personal.

¿De verdad había estado con aquella mujer en la cama o se había tratado solamente de una alucinación? ¿Adónde había ido a parar su apacible vida de tan solo unas semanas atrás? No era esto precisamente lo que Erasmo tenía previsto para su jubilación. Ni mucho menos era esto.

Le habría gustado darle a Dolores una réplica a la altura de las circunstancias. Algo seco, cortante e hiriente. Pero se limitó a quedarse callado. Para empezar, no se le ocurría nada apropiado. Luego la situación era lo bastante inquietante como para desaconsejar la arrogancia. Los desplantes quedaban muy bien en boca del protagonista de una película. Pero él, lejos de ser el héroe de un *thriller*, estaba más bien aterrorizado. Máxime cuando se dio cuenta de que Dolores sostenía una pequeña arma de fuego. Al menos la norteamericana le mostraba la deferencia de no apuntarle directamente con ella, aunque eso no aliviaba en absoluto sus temores.

—No se preocupe —dijo el hombre de negro al darse cuenta de que Erasmo tenía la vista clavada en la pistolita—. Presiento que va a ser usted razonable. Es más, estoy convencido de que nos vamos a entender. Nuestra amiga *Prometeo* puede guardar su arma por el momento.

—¿*Prometeo*? —repitió Erasmo sin comprender.

Dolores Dawson (o la mujer que hasta entonces había conocido por ese nombre) soltó una risita mientras hacía desaparecer el arma en el bolsillo posterior de sus vaqueros. Erasmo reparó en que se había cambiado de ropa, pues durante la cena llevaba un vestido (¿cuándo había ocurrido aquella cena? ¿unas horas antes? ¿el día

anterior? ¿en otra vida?). A su pesar, Erasmo no pudo dejar de observar que los vaqueros le sentaban admirablemente bien.

—*Prometeo* —repitió el bibliófilo entre dientes, sin comprender por qué el nombre le producía aquella extraña fascinación.

—Me temo que la doctora Dawson nos ha dejado para siempre —explicó ella con un suspiro—. *Prometeo* es únicamente uno de mis nombres artísticos. Seguro que conoces el mito de aquel titán que les robó el fuego a los dioses.

—Y al que Zeus encadenó a una peña en castigo por su pecado —repuso Erasmo sin poder contenerse.

Aquello había sonado como una pequeña bravata. El bibliófilo se arrepintió casi al mismo tiempo que las palabras abandonaban sus labios. Sin embargo, el hombre de negro no parecía irritado, sino divertido, como demostró al añadir:

—Y todas las mañanas Zeus enviaba un águila para que le devorara el hígado, que volvía a crecerle otra vez por la noche. Hago votos para que el destino no le depare a nuestra amiga un desenlace tan cruento. De lo que estoy seguro es de que más de un departamento de policía está deseando verla entre rejas. ¿No es así, querida?

Dolores-*Prometeo* se encogió de hombros y compuso una expresión pretendidamente apenada. Erasmo se sentía más perplejo a cada segundo. ¿Qué clase de juego siniestro era aquel? ¿Qué querían de él?

—Se estará preguntando el motivo por el que está aquí —dijo el hombre de negro haciéndose eco de sus pensamientos—. No se preocupe. Llegaremos a eso a su debido tiempo. Pero antes, y ya que es usted mi invitado, me siento en la obligación de agasajarlo debidamente. Acompañeme. Creo que sabrá usted apreciar lo que deseo mostrarle.

La idea de negarse a colaborar cruzó fugazmente la mente de Erasmo. Y así debió de intuirlo *Prometeo*, ya que la mujer se llevó la mano derecha al bolsillo trasero de sus vaqueros. El gesto bastó para que Erasmo se pusiera de pie como impulsado por un resorte. Se levantó con tanta rapidez que la vista se le llenó de estrellitas y temió caer redondo al suelo. Por fortuna, se repuso casi al instante. Y para su sorpresa comprobó que no quedaba rastro del dolor de cabeza y que sus pensamientos fluían con normalidad. Lo que no había desaparecido era su miedo. Pero eso era normal dadas las circunstancias.

—¿Vamos, pues?

El hombre de negro mantenía abierta la puerta y le instaba a trasponer el umbral con un gesto enérgico. A Erasmo le dio la impresión de que aquel individuo estaba acostumbrado a ser obedecido.

No le pareció prudente contrariarlo.

La puerta de la biblioteca era lo más parecido a la puerta de una caja acorazada que Erasmo había visto jamás. Dudaba que el Banco de España guardara sus reservas de oro bajo mayores medidas de seguridad. Había un teclado del que el hombre de negro se valió para introducir una compleja combinación. A continuación, un diminuto haz de luz escaneó el iris de su ojo izquierdo. Por último, pronunció algunas palabras que fueron analizadas por un *software* de reconocimiento de voz. Solo entonces se puso en funcionamiento el silencioso mecanismo hidráulico que movía la puerta, una plancha de acero que a simple vista debía de tener más de medio metro de grosor. Tan pronto como rebasó el umbral Erasmo se dio cuenta de que allí dentro la humedad y la temperatura estaban cuidadosamente reguladas. Veinte grados centígrados y un cincuenta por ciento de humedad eran los valores que indicaba el panel que había junto al umbral. A Erasmo no le fue difícil imaginar que el aire que llenaba aquel recinto era escrupulosamente filtrado para limpiarlo de polvo e insectos, incluso de aquellos que eran de tamaño microscópico. Cualquier factor susceptible de dañar el papel estaba sometido a un control riguroso. La sala era sin duda enorme, pero resultaba difícil apreciar sus proporciones reales, pues la tenue iluminación volvía los muros invisibles y las altas hileras de anaqueles se perdían en la penumbra. Aquella biblioteca parecía un espacio ilimitado, como la biblioteca infinita del relato de Borges. «El universo, que otros llaman la Biblioteca...», musitó Erasmo para sí mismo. ¿Quién podía poseer una biblioteca como aquella? Y entonces le vino un nombre a la cabeza:

—¡Usted es Víctor Klemperer!

El aludido sonrió.

—Ha acertado, y ya que no son necesarias más presentaciones, permítame que le muestre algunos de mis libros. No dudo que un bibliófilo de su categoría sabrá apreciarlos como merecen.

Erasmo siguió a Klemperer a través de aquel laberinto de estanterías con la sensación de estar internándose en un lugar sagrado. Los pasillos eran estrechos, aunque en algunos lugares el espacio se ensanchaba para dar cabida a algunas piezas de mobiliario, todas ellas relacionadas de un modo u otro con los libros o con la lectura. Mesas de escritorio que tal vez hubieran pertenecido a Dickens o a Balzac. Una escribanía Chippendale con todo el aspecto de ser un original del famoso ebanista. Una mesa de trabajo como las usadas por los monjes medievales, con sus útiles de escritura y pintura esparcidos sobre el tablero, como si en cualquier momento el copista fuera a volver para terminar el precioso códice que descansaba sobre el atril. En una encrucijada donde la iluminación era algo menos tenue, una prensa de imprenta idéntica a la que Gutenberg fabricó gracias al dinero que obtuvo

del prestamista Fust, usando como base una vieja prensa para la uva. Y rodeando todas aquellas piezas de museo, los innumerables anaqueles de madera oscura repletos de libros antiguos, la legendaria colección de Víctor Klemperer, cuya existencia Erasmo había considerado hasta entonces un cuento de hadas.

El bibliófilo miraba embobado hacia un lado y a otro, dejando que sus ojos resbalaran sobre los lomos de los incontables volúmenes, haciendo ímprobos esfuerzos por no detenerse cada pocos pasos al reclamo de ese cuyo título acababa de reconocer, o de aquel otro cuya encuadernación delataba el arte de algún maestro célebre. Pero Klemperer no parecía dispuesto a dejarlo vagar a sus anchas, y tampoco *Prometeo*, que los seguía a ambos a cierta distancia, y cuya presencia armada y vigilante Erasmo trataba de no olvidar. Por fin el coleccionista se detuvo junto a una vitrina cuyo interior permanecía a oscuras.

—Le ruego que use esto —le dijo entregándole unos guantes blancos de algodón.

Luego levantó la tapa de cristal de la vitrina, y al hacerlo se encendió una suave luz que iluminó las cubiertas de los ejemplares allí guardados. Erasmo se acercó conteniendo el aliento.

Había un ejemplar completo de la *Biblia valenciana* de 1478, traducida por Bonifacio Ferrer, hermano de san Vicente. Erasmo solo conocía la existencia de otro ejemplar como aquel, salvado milagrosamente de la quema ordenada por la Inquisición a finales del siglo xv, aunque destruido en el incendio de una biblioteca de Estocolmo en 1697.

Había un ejemplar de *La doctrina christiana* de fray Juan de Zumárraga, impresa en México en 1539, la más antigua producción conocida de las prensas del Nuevo Mundo. Según la información que Erasmo manejaba, nadie había visto un libro como aquel desde hacía más de siglo y medio. A su lado, vio un desconocido *Lazarillo de Tormes* impreso en Medina del Campo en 1553.

Había un bifolio completo del *Sibyllenbuch*, cuya antigüedad se remontaba a 1452 o 1453, seguramente el más antiguo impreso occidental, del que el bibliófilo había visto tan solo el pequeño fragmento que se conservaba en el museo Gutenberg de Maguncia.

Había un palimpsesto del siglo x con un texto de Arquímedes. Y unas hojas con texto manuscrito y dibujos que tenían toda la pinta de ser un autógrafo de Leonardo da Vinci.

Erasmo se preguntó por qué se sentía mareado, hasta que de pronto se dio cuenta de que se le había olvidado respirar. Entonces tomó y exhaló aire en rápidas bocanadas, con lo que consiguió indisponerse aún más por efecto de la hiperventilación. A su lado, Klemperer sonreía complacido.

—Tranquilo, profesor. Tómeselo con calma. Tenemos tiempo.

Erasmo podría haber pasado toda una vida contemplando y acariciando aquellas

maravillas, que para él no estaban hechas de papel, sino de la misma sustancia con que se fabrican los sueños. Sin embargo, Klemperer solo le concedió unos minutos antes de devolverlos a su vitrina.

—¿Cómo los ha conseguido? —preguntó el bibliófilo incapaz de sacudirse una abrumadora sensación de irrealidad—. Yo habría jurado que esos libros ni siquiera existían.

Klemperer se encogió de hombros.

—Me limité a comprarlos —dijo—. El cómo y el dónde fueron hallados no son asunto de mi incumbencia. Quizás nuestra amiga *Prometeo* podría sacarlo de dudas, aunque no creo que lo haga, porque los buenos magos nunca revelan sus secretos.

Erasmus miró a la mujer a la que antes llamaba Dolores sin poder reprimir su admiración. Ahora comprendía por qué se la conocía por el nombre de aquel mítico ladrón del fuego divino.

—Tengo mis métodos, Erasmus —dijo ella con una risita—. Cuando se dispone de medios ilimitados casi nada es imposible. ¿No te gustaría que cazara un libro para ti?

Erasmus prefirió no contestar. Además, Klemperer se había puesto en movimiento otra vez. Mientras lo seguía, el bibliófilo se preguntó qué hora podría ser. Lo cierto es que ni siquiera estaba seguro de si era de día o de noche. Lo único que podía asegurar es que no se sentía cansado en absoluto. Quizás dentro de aquel recinto de ambiente controlado el tiempo estuviera también controlado, o incluso detenido. Se sorprendió al comprobar que ya no sentía miedo.

—Hemos llegado —anunció Klemperer—. Verá, tiendo a concebir mi biblioteca como una colección de colecciones. Pues bien, de todas mis colecciones, la que guardo en esta vitrina es sin duda mi favorita. Venga y dígame qué le parecen estos libros.

Erasmus los reconoció al primer golpe de vista. De algunas de aquellas ediciones había visto ejemplares con anterioridad (en un par de ocasiones, incluso los había tenido en la mano). Otros los conocía por facsímiles. Eran libros legendarios. Cada uno de ellos por separado constituía una joya. Todos juntos formaban un tesoro de valor incalculable.



Había dos ejemplares de la edición príncipe de Juan de la Cuesta, a costa del librero Francisco de Robles, con el famoso escudo del halcón y el lema tomado del libro de Job: *Post tenebras spero lucem*. Estaban también ambas ediciones portuguesas, la de Jorge Rodríguez y la de Pedro Craesbeeck. Estaba la segunda edición madrileña, aparecida apenas tres meses después de la *princeps*, esta vez con el privilegio ampliado a «Castilla, Aragón y Portugal» como un modo de evitar que los avispados libreros lusos siguieran haciendo su agosto. No faltaban, por supuesto, la dos ediciones valencianas de Patricio Mey «a costa de Iusepe Ferrer, mercader de libros». Erasmo conocía todos esos volúmenes como si procedieran de su propia biblioteca, aunque jamás había podido ni podría permitirse poseer uno solo de ellos.

—¿Qué le parecen? —preguntó Klemperer.

—Una... maravilla —balbuceó Erasmo—. Lo que tiene usted aquí son todas las ediciones del *Quijote* que se publicaron en 1605. Incluida la *princeps*. Y esta por partida doble, nada menos.

—Así es. Poseo dos ejemplares de la *princeps*. Aunque no por capricho ni afán de acaparar. ¿Adivina usted el motivo?

—Creo que sí —respondió Erasmo sintiéndose algo más dueño de su voz—. Son ejemplares de distintas emisiones, ¿verdad? Uno de ellos debe de presentar la misma variante que el que se conserva en la Real Academia. Me refiero al texto de la tasa del escribano Juan Gallo de Andrada. Distinto número de líneas, y la capitular «Y» dentro de un grabadito xilográfico. El librero Robles tenía prisa. Quería que la novela

llegara cuanto antes a su librería de la Corte, y por eso hizo que se enviaran ejemplares con el recto de la segunda hoja en blanco. Así la tasa podría imprimirse en alguna imprenta de Valladolid tan pronto como fuera emitida. Hay quien indica incluso que esto se hizo en la imprenta de Luis Sánchez.

—¡Excelente! —aplaudió Klemperer—. No hay placer comparable al de conversar sobre libros con un auténtico entendido. Ahora supongo que le agradará examinar mis *Quijotes*, ¿verdad?

Erasmus llevaba todavía puestos los guantes de algodón y no necesitó que se lo dijeran dos veces. Los minutos siguientes los pasó sumergido en las páginas de aquellos hijos de la imprenta de principios del XVII, libros impresos en lo que entonces se consideraba papel de mala calidad, no mucho mayores que un libro de bolsillo de hoy en día, y con un precio de poco más de ocho reales. Cuatro siglos más tarde, ninguno de ellos podía adquirirse por menos de medio millón de euros, un precio que como mínimo se triplicaría o cuadruplicaría en el caso de la edición príncipe. A decir verdad, Erasmo ni siquiera acertaba a imaginar cómo se habría hecho Klemperer con semejantes tesoros. Pero lo cierto era que allí estaban, lo que ponía de manifiesto un hecho que él siempre había imaginado: existía en verdad un Olimpo de la bibliofilia, fabulosas bibliotecas privadas cuya existencia se sospechaba pero no era posible verificar, pues sus poderosos dueños las escondían de la vista de los mortales en lugares parecidos a esta especie de cripta en la que se hallaba. En cuanto a la naturaleza de esos libros, prefería no hacer conjeturas, pues el simple pensamiento le producía vértigo.

—¿Hermosos, verdad? —preguntó Klemperer, con lo que Erasmo adivinó que su tiempo se acababa.

—Mucho —repuso el bibliófilo.

Y con un suspiro depositó el último ejemplar que había estado examinando en su lugar de la vitrina.

—Y, sin embargo, habrá observado que mi colección no está completa.

—No sé a qué se refiere —dijo Erasmo sinceramente sorprendido—. Yo creo que están todos. ¿Acaso existe alguna otra edición de 1605 de la que no tenemos noticia?

Klemperer lo miró con ceño fruncido. Su boca era una línea recta casi perfecta, sin la menor traza de labios.

—No me refiero a ningún libro impreso, profesor. Y le ruego que no ponga a prueba mi paciencia.

Erasmus detectó una mirada extraña en los ojos de Klemperer y dio un paso atrás de forma instintiva. Lo que ignoraba era que muchos años antes, en 1942, los judíos de cierta aldea de Cracovia habían visto la misma mirada en los ojos de un alto oficial de las SS. Eso había ocurrido justo antes de que todos ellos murieran calcinados dentro de su sinagoga.

—Reconoce este libro, ¿verdad? —dijo Klemperer tomando uno de los *Quijotes* de la vitrina.

—Desde luego.

Se trataba de un ejemplar de la primera edición lisboeta, idéntico al que Erasmo había visto subastar tan solo unos días antes. Al recordar quién había pujado por él, el bibliófilo concluyó que debía de tratarse del mismo libro.

—*Prometeo* lo compró para mí hace apenas dos semanas. Aunque creo que eso ya lo sabe. Es un ejemplar obtenido legalmente. Usted sabe lo que vale. Y ahora yo estoy dispuesto a entregárselo.

—¿CÓ... có... mo?

—Lo que oye, profesor, es suyo. A cambio de su colaboración, naturalmente.

—No comprendo.

Klemperer exhaló un hondo suspiro.

—Veo que esto nos va a llevar algo más de tiempo del que pensaba. Pero no importa. En realidad, el asunto me divierte y no me parece mal prolongarlo un poco. Sígame.

* * *

La habitación estaba en la planta baja de la mansión. Había un par de escritorios con monitores y teclados de ordenador, algunas sillas de oficina, archivadores... Todo elegante y caro, pero de aspecto funcional, sin lujos superfluos. Y ni un solo libro a la vista.

—Es el despacho de mis secretarias —explicó Klemperer—. Le he traído aquí porque quiero enseñarle algo. Tome asiento, por favor.

Aquel repentino cambio en el guion había reavivado los temores de Erasmo, quien acababa de acordarse de lo comprometido de su situación. Sin duda Klemperer era uno de los coleccionistas más importantes del mundo, y su biblioteca una auténtica cueva de Alí Babá de la bibliofilia. Pero también era el hombre que había ordenado su secuestro. Aquel individuo carecía por completo de escrúpulos y Erasmo sabía que se encontraba a su merced. Por ello obedeció cuando, tras tomar asiento detrás de uno de los escritorios, Klemperer le señaló la silla vacía que había frente a él. *Prometeo* se quedó de pie junto a su jefe y miró al bibliófilo con una sonrisa a la que este no le pareció oportuno corresponder. Mientras tanto, Klemperer buscó en los cajones del escritorio hasta dar con una carpeta roja que depositó ante Erasmo.

—¿Qué es esto?

—Vamos, ábrala y lea.

La carpeta contenía una pila de hojas impresas. El cuerpo de letra era lo bastante grande como para que Erasmo pudiera leerlas sin gran dificultad a pesar de sus

limitaciones visuales. Sus ojos recorrieron las primeras líneas:

Mi nombre es Gonzalo de Córdoba, y al tomar el cálamo no es otro mi propósito que el de poner en conocimiento de vuestas mercedes ciertos hechos acaecidos hace ahora casi nueve lustros, siendo yo todavía mozo, en tiempos que se me figuran más luminosos que los que vivimos en este año de Nuestro Señor (o de Satanás) de mil seiscientos y cuarenta y tres...

—¡Dios mío! ¡Esto es...!

—En efecto, la crónica de Gonzalo de Córdoba. O mejor dicho, una transcripción de la misma que he ordenado hacer. ¿Conoce su final, verdad?

Erasmus sintió un arrebató de furia. Sus puños se crisparon sobre la mesa, pero en el mismo instante en que eso ocurría *Prometeo* reaccionó llevándose la mano a su bolsillo trasero. Le convenía controlarse y así lo hizo.

—No sé cómo termina. ¿Cómo podría saberlo? Sus esbirros me robaron el manuscrito antes de que pudiéramos concluir su lectura.

—Comprendo —dijo Klemperer—. ¿Y no siente usted deseos de resolver el misterio? ¿No se muere de ganas por conocer el desenlace?

—¿Para qué?

El millonario soltó una carcajada.

—Es usted un jugador mucho más duro de lo que aparenta. Vamos, déjese de tonterías y lea el final. Sé muy bien que lo está deseando.

Para su pesar, Erasmus tuvo que reconocer que así era.

CAPÍTULO XIV

Prometeo desencadenado

Observé cómo a don Miguel le temblaban las manos mientras desataba el balduque que mantenía las hojas juntas. A pesar de que nuestra situación de intrusos aconsejaba silencio, sentí el impulso irrefrenable de gritar de alegría. Y creo que lo hubiera hecho de no ser porque un repentino ruido hizo que el grito se helara en mi garganta. Venía desde mi espalda, y era el crujido de una gruesa puerta al abrirse.

—¡Fray Miguel y Fray Gonzalo! Qué oportuna visita. Tengan sus reverencias a bien bendecirme, pues me asaltan grandes tentaciones de pecar contra el quinto mandamiento.

Nos giramos hacia la puerta y allí estaba Lope de Vega y Carpio en persona. Sonreía de un modo siniestro mientras se aproximaba con una pistola de las grandes en la mano. Y tras él venía el negro Sansón blandiendo una tranca de un tamaño tan descomunal como él mismo. Nos hallábamos atrapados como ratones.

El círculo estaba próximo a cerrarse.

—No mováis una pestaña —dijo Lope—. O qué diantre. Hacedlo si os place. Nada me haría más feliz que tener un motivo para descerrajarles dos tiros a un par de ladrones que han tenido la osadía de asaltar la casa de mi señor el duque. Y nada menos que disfrazados de hombres de Dios.

Por si acaso el de Vega cumplía sus amenazas, nos pareció aconsejable a don Miguel y a mí levantar las manos sobre la cabeza y quedarnos quietos. Lo que mi señor Cervantes no tenía la menor intención de hacer era quedarse además callado.

—¿Ladrones, dices, Lope? Juraría que aquí el único que merece tal nombre eres tú. ¿O no es acaso de mi propiedad ese manuscrito que yace sobre tu escritorio?

Lope miró el manuscrito de *El ingenioso hidalgo* y luego contempló a don Miguel. No me gustó la sonrisa torva de su cara.

—Yo no veo ningún manuscrito, Cervantes —dijo al fin—. ¿Y tú, Sansón? ¿Puedes ver tú por algún sitio el manuscrito del que habla este desdichado?

El negro sacudió la cabeza y golpeó la palma de su mano con la tranca, como queriendo comprobar su contundencia, que a fe mía debía de ser grande si es que guardaba alguna proporción con el tamaño.

—Ya lo has comprobado, Cervantes. Ni Sansón ni yo vemos manuscrito alguno sobre mi escritorio, del que ahora te voy a pedir que te apartes.

Y agitó la pistola hacia nosotros con gesto conminatorio, por lo que don Miguel y un servidor nos alejamos unos pasos del manuscrito y del mueble sobre el que descansaba. Miré a mi señor con el rabillo del ojo. Tenía los dientes apretados y las venas de su frente y su cuello sobresalían como si en cualquier momento fueran a

estallarle. La magnitud de su rabia resultaba difícil de ponderar, aunque para imaginársela bastaba con mirar sus puños. Los nudillos estaban tan blancos y tensos que no parecían de carne, sino de hueso desnudo. Nunca fui yo amante de pependencias, y a pesar de ello, como todo vecino de la villa de Madrid, la violencia no me era desconocida. Sin embargo, jamás me había visto en trance como aquel. Aquellos dos se odiaban de tal modo que el rencor parecía abrasarles por dentro. ¿Qué era lo que había ocurrido entre ambos? ¿Cuál era la parte de la historia que don Miguel me había escamoteado?

—¿Qué es lo que quieres, Lope?

No me había pasado por alto el modo familiar en que se dirigían el uno al otro. Ni «vos» ni «vuestra merced», tan solo ese «tú» mondo y lirondo con que uno le habla a quien conoce mucho o respeta poco. ¿Cuál de las dos cosas rezaba para ellos? ¿Acaso ambas?

—¿Qué quiero? Tan solo defenderme de un par de ladrones. Y muy industriosos, por cierto. Hoy robáis en el palacio de mi señor el duque. Pero anoche el escenario de vuestras fechorías fue otro. ¿Me equivoco al pensar que no anduvisteis muy lejos de la calle del Humilladero?

—¿Cómo...? —empecé a decir, aunque don Miguel me silenció con uno de esos codazos suyos tan oportunos como contundentes.

—¿Que cómo lo sé? —dijo Lope—. ¿Acaso creéis que todos los días encuentro rotos los vidrios de mis ventanas?

Y entonces me acordé de ese cristal que hube de romper para poder colarme en casa de Lope. Tan agitada había sido nuestra visita al lugar que ni don Miguel ni yo habíamos reparado en el detalle. Mas aquel insignificante vidrio quebrado era lo que había hecho sospechar al *Fénix*. De no haber sido por él, quizás se hubiera demorado más para reparar fuerzas, máxime tras sus excesos de la noche pasada. Pero aquella ventana rota había dado al traste con nuestros propósitos, como el clavo de herradura aquel por el que se perdió una batalla entera.

—Sea como fuere —dijo don Miguel—, he venido a llevarme mi manuscrito. Y eso no lo vas a poder evitar a menos que te conviertas en un asesino. Y aunque no tengo en mucho ni tu valor ni tu honra, no te juzgo capaz de cometer acto tan vil. ¿O acaso ando errado?

Y entonces vi que don Miguel bajaba las manos, que hasta el momento había mantenido en alto, y se acercaba de nuevo al escritorio sobre el que descansaba la manzana de la discordia, vale decir el manuscrito del *Ingenioso hidalgo*. Y yo no pude evitar que en mi caletre se formara de nuevo la misma pregunta: ¿qué podía tener de extraordinario aquel don Quijote, por muy ingenioso y ameno que fuera, para que el primer poeta del reino no hubiera dudado en valerse del hurto, y ahora se mostrara resuelto a engrosar la nómina de sus pecados con una muerte o dos? Y como

si deseara confirmar mis temores con hechos, no bien hubo manifestado don Miguel su intención de apoderarse del manuscrito, el de Vega se aprestó a alzar su pistola (que de puro grande más parecía mosquete) y apuntar a mi señor a la cabeza. Y he de decir que en aquel instante tuve el convencimiento de que Lope iba a disparar, y de que, enseguida, tendría a don Miguel a mis pies con un agujero en la frente por el que se le escaparía la vida. Todo eso lo vi en el lapso de un parpadeo, y con tanta claridad como ahora veo mi mano derecha trazando las letras que forman este relato. Y el miedo a lo que iba a ocurrir hizo que mis piernas flaquearan, y que una voz dentro de mi cabeza diera en repetir «esto no está pasando, no está pasando». Aunque sí que estaba pasando, como que me llamo Gonzalo de Córdoba, pues no parecía sino que Satanás se hubiese adueñado de Lope y de sus actos, tal fue la mirada de odio y de locura que vi en sus ojos cuando lo creía presto a apretar el gatillo. Y si acaso vuesas mercedes se preguntan cómo es que don Miguel vivió para escribir algunos libros más, bien está que les revele que en ese momento se oyó una exclamación y un grito de «¡alto!» que nos hizo girarnos a todos hacia la puerta. Y quien allí estaba no era otro que don Luis Fernández de Córdoba y Aragón, sexto duque de Sessa y conde de Cabra, el dueño de aquel palacio.

* * *

—¡Diablos, Lope! No te imaginaba yo enemistado con la Santa Madre Iglesia hasta este extremo. Recién llegado de misa, entro a mi despacho y me encuentro a mi secretario encañonando a dos padres trinitarios. ¿Qué han hecho estos pobres monjes para incurrir en tus iras de ese modo? ¿Acaso han criticado tu última comedia desde el púlpito?

—Nada de pobres monjes, mi señor duque —repuso Lope sin bajar la pistola—. Este viejo manco que aquí veis no es sino ese poetastro alcaláino del que os vengo hablando, el tal Miguel de Cervantes.

—¿Cervantes? —dijo Sessa enarcando las cejas—. No sabía que hubieseis tomado el hábito trinitario.

Lope bufó con impaciencia.

—Es un disfraz, señor. Él y su compinche tienen de monjes lo mismo que vuestra excelencia o que yo mismo. Y si os fijáis, reconoceréis al bellaco que lo acompaña como el aprendiz del librero Robles.

Sessa lanzó una carcajada. La situación parecía resultarle graciosa. Yo, en cambio, habría preferido estar en cualquier otro sitio antes que en semejante trance. Hasta un oficio de tinieblas me hubiera parecido más grato.

—Ya veo —dijo Sessa—. Pero sigo sin comprender. ¿A santo de qué entonces esta mascarada?

—¡Me engañaron, zu zeñoría! —terció entonces el negrazo Sansón—. Diheron que venían a pedir limoznah para redimir a loh cautivoh de loh turcoh.

—Cuando en realidad venían a robar —concluyó Lope.

—¡No vengo sino a recuperar lo que es mío! —bramó entonces Cervantes—. Lo que hay sobre esta mesa es el manuscrito de mi novela, el fruto de mi esfuerzo, que me fue arrebatado con malas artes y violencia. ¿Acaso no estáis al tanto, señor duque?

Sessa se acarició la barba. Parecía confuso.

—¿Qué está diciendo este hombre, Lope? Tú me aseguraste que este Cervantes se proponía mancillar tu nombre y tu fama. Que era un viejo medio chiflado y que obraba movido por la maldad y la envidia. Solo por eso accedí a ayudarte. Y ahora él me dice que le hemos arrebatado el fruto de su esfuerzo. ¿Puedes explicarme este enredo?

Lope carraspeó como si se dispusiera a hablar, pero don Miguel se le adelantó.

—Soy hombre de honor, señor. Serví en Lepanto. Don Gonzalo, vuestro antecesor en el ducado de Sessa, me distinguió con su confianza. Devolvedme mi libro y dejad que me vaya en paz.

—¡Señor, os lo ruego! —dijo entonces Lope con voz extrañamente quejumbrosa—. No le escuchéis. Este hombre, que en el pasado escribió algunos versos de cierto mérito, ha perdido completamente el juicio. Y esa novela suya no es más que un despropósito. Vos mismo habéis tenido ocasión de comprobarlo.

—Apenas leí unas hojas —dijo Sessa—. Algo sobre un hidalgo manchego convertido en una especie de Lanzarote de mentirijillas. Me pareció una bufonada inofensiva, Lope. Tú me dijiste que el libro contenía graves ultrajes contra tu persona y que había sido escrito con el único propósito de injuriarte. Sin embargo, no acabo de ver...

—¡Y las contiene, señor! Contra mí y contra la de todo aquel que profese la sagrada causa de las letras. Nadie se favorecerá si ese *Don Quijote* del demonio acaba en las librerías. Ni siquiera este carcamal, que acabará cubierto de oprobio por haber perpetrado semejante engendro.

—¿Y quiénes somos nosotros para impedirselo, mi buen secretario? —dijo Sessa—. ¿Acaso no predica la Iglesia el libre albedrío? Si este señor Cervantes o señor Tonto desea hacer el ridículo, que sea en buena hora. A mí todo este asunto me aburre soberanamente. Y ten a bien guardar esa pistola de una vez, que no creo que haga falta servirse de ella para defendernos de un viejo y de un niño.

—Señor duque —dijo entonces don Miguel—, por lo que oigo, temo que vuestro criado no os haya contado cuáles son sus auténticas razones para perjudicarme.

El rostro de Lope se tornó de grana al oírse llamar «criado». La pistola, que seguía en su mano, volvió a apuntar a la cabeza Cervantes, pero Sessa lo detuvo con

un gesto imperioso.

—¡Voto al diablo! ¡Ya basta, Lope! Jamás te había visto perder la compostura de este modo. ¿Qué te ha hecho este hombre?

Pero el de Vega parecía incapaz de responder, y se limitaba a resoplar por la nariz cual toro alanceado en mitad de la Plaza Mayor. Aunque por lo menos el cañón de su pistola apuntaba de nuevo hacia el suelo.

—Creo que os puedo ser de ayuda, señor duque —dijo Cervantes—. Es una historia vieja y no me place contarla, pero cuando lo haga comprenderéis el porqué de tanta animadversión, y veréis que todo este asunto nada tiene que ver con mi novela, sea esta buena o mala o regular, sino que es solo el modo que Lope ha elegido para tomar venganza por su orgullo herido. Hará diecisiete o dieciocho años de los hechos que voy a referir. Yo había tomado ya esposa en Esquivias, pero pasaba casi todo mi tiempo en la Corte tratando de hacerme un nombre en los teatros. Por aquellos días regentaba el Corral de la Cruz un tal Jerónimo Velázquez al que yo di varias obras que pasaron por la escena, como todas las mías, sin pena y sin gloria. En cuanto a Lope, no era más que un soldadito recién licenciado tras la expedición de don Álvaro de Bazán, en la que me consta que no llegó a disparar ni un tiro, ya que la pasó entera enfermo y mareado en su catre, o asomado por la borda para así poder vomitar hasta los hígados. Mucho mejor, en cambio, le fue como poeta. Mucho mejor que a mí, mal que me pese reconocerlo. Sus comedias llenaban los corrales, mientras que las mías más bien parecían vaciarlos. Aunque hubo algo en que lo vencí, a pesar de ser yo un lisiado que había sufrido cinco años de cautiverio, y él un gallardo joven al que la fortuna llamaba su favorito. Y me refiero a la hija del empresario Velázquez, la bella Elena Osorio.

—¿Me estáis hablando de aquella archifamosa *Filis* de la discordia? —preguntó Sessa incrédulo.

—Así es —repuso Cervantes—, aquella *Filis* a la que Lope ensalzó en mil poemas para luego agraviarla, a ella y a toda su familia, en otros tantos libelos.

—¡Era una puta! —barbotó el *Fénix* con los dientes apretados.

—Te concedo cierta autoridad en asuntos de mujerzuelas —repuso Cervantes sin descomponer el gesto—, pero lo que has dicho es una infamia igual que lo fue entonces, cuando hiciste correr por Madrid la patraña de que Elena se vendía al mejor postor, y de que el empresario Velázquez comerciaba con los favores de su hija. Otro bien distinto fue el pecado de la dama, señor duque, la ofensa encendió las iras de Lope hasta el extremo de hacerle preferir la cárcel y el destierro antes de contentarse y guardar silencio. Elena se atrevió a preferir a otro, a un poeta oscuro y manco que no tenía dónde caerse muerto y cuya juventud ya había quedado atrás. Juro, excelencia, que tal y no otro es el origen del odio que desde entonces vuestro secretario me profesa. Él jamás quiso hacer pública la ofensa por miedo a aumentar

su vergüenza, pero a fe que no es otra la causa de su encono.

—*Una dama se vende a quien la quiera...* —recitó el duque por lo bajo. Luego se volvió hacia Lope y preguntó—: ¿Es verdad lo que dice este hombre? ¿Que este embrollo de la novela es fruto de una ofensa de hace más de tres lustros? ¿Y todo por una mujer cualquiera? ¿Por la hija de un cómico?

Lope no respondió. Tenía la cara tan blanca como un sudario y no parecía sino que fuera a desmayarse de un momento a otro, tal era la mezcla de ira y de humillación que debía de estar bullendo dentro de él.

—¡Ay, Lope, Lopico! —dijo Sessa—. Nunca te juzgué tan frágil, amigo mío. Valiente ironía que precisamente tú, que te jactas de haber burlado a la mitad de los esposos de Madrid, soportes tan mal las cicatrices de unos antiguos cuernos. Ea, todo este asunto ya me cansa. Devuélvele al manco su manuscrito y aprende a encajar mejor los golpes. Y vos, señor poeta del demonio, tomad vuestra novela y salid presto de mi casa.

¿Cómo era posible? Muy poco antes daba yo a don Miguel por muerto, y ahora no solo seguía vivo, sino que además estábamos a punto de recuperar el manuscrito. «Cuán veleidosa es Fortuna, y cuánto le complace convertir a los hombres en juguetes de sus caprichos». Eso fue lo que pensé, aunque sin sospechar que la rueda aún no había completado su giro. Pues bastó con que don Miguel diera un paso hacia el escritorio para que Lope recuperara el movimiento y, con un aullido que bien podría haber surgido de la garganta de un animal, se precipitara hacia el manuscrito. Y lo que hizo acto seguido fue nada menos que tomar el abultado paquete de hojas y arrojarlo a la chimenea. Y allí donde antes ardían mansamente un par de leños, surgió de pronto una gran llamarada producto de la combustión del papel. Tanto don Miguel como yo estábamos demasiado horrorizados para reaccionar, y el papel ardía con tal celeridad que pronto sería ya demasiado tarde. Trató entonces mi señor de acercarse a la lumbre para detener la catástrofe, mas Lope no vaciló en alzar de nuevo la pistola. Y su gesto de enajenado hablaba con elocuencia de su firme decisión de disparar si Cervantes daba un solo paso más. Así fue como, mudos y espantados, asistimos al holocausto del *Ingenioso hidalgo*, del que pronto no quedaron más que unas pavesas revoloteando sobre las llamas. Luego, ni tan siquiera eso.

—¡Se acabó! —dijo Sessa dando una palmada—. Esto resuelve la cuestión definitivamente. Supongo que Lope se dará ahora por satisfecho. Y vos, Cervantes, siempre podéis escribir otra novela. Procurad que sea algo menos ridícula que esa que mi secretario acaba de entregar al fuego purificador. Ahora idos de una vez.

Miré a mi señor. Si algún artista célebre hubiera querido pintar una alegoría de la desolación, Cervantes le habría servido de modelo. Permanecía con la vista clavada en las llamas, y yo comprendí que su único deseo en aquellos instantes era seguir el mismo camino que su manuscrito, es decir, el de la muerte y el olvido. Y mientras

tanto Lope había metido la pistola en el cinto, pues comprendía que ya no la iba a necesitar, y se había plantado ante Cervantes con los brazos en jarras y una sonrisa triunfal en el rostro.

—Adiós a *Don Quijote* para siempre —dijo—. Y tú, Cervantes, ya puedes darme las gracias, pues al destruir a tu espantajo he evitado que te conviertas en el hazmerreír de Madrid.

No veía yo a don Miguel con muchos deseos de darle las gracias. Pero tampoco me esperaba lo que ocurrió a continuación. Le bastó con la mano derecha o, por mejor decir, con el puño derecho. Hubo un golpe y un alarido. Y al instante siguiente Lope estaba en el suelo cubriéndose la nariz con ambas manos.

—Vámonos, Gonzalo, que nada se nos ha perdido ahora aquí.

Salí tras él temiendo que en cualquier momento oiríamos el estampido de un arma a nuestra espalda, o que la tranca del negro Sansón se estrellaría contra nuestras cabezas. Pero lo único que oímos a nuestra espalda fueron los ayes de Lope, y Sansón se quedó tan quieto como si fuera un negro disecado. En cuanto a Sessa, no hizo el menor ademán de detenernos. Es más, cuando pasamos a su lado lo vimos sonreír y hacer un gesto de despedida con la mano.

* * *

Así pues, abandonamos el palacio del duque de Sessa con las manos vacías y el alma llena de congoja. Ya en la calle, buscamos un sitio discreto para colgar los hábitos y recuperar nuestras ropas. De lo muy abatido que debía de estar don Miguel no puedo dar cuenta, pues eso solo él podía saberlo. En cuanto a mí, diré que habría preferido que fuera mi propia mano derecha la que hubiera ardido en la chimenea de Sessa. Todo estaba perdido. No había un próximo paso que dar, ningún lugar al que dirigirse. Mejor dicho, había un sitio y solo un sitio al que podíamos ir. Aun sin haberlo acordado con palabras, nos pusimos en camino hacia la librería de la calle Mayor. Era preciso hacerle saber cuanto antes al librero Robles que la novela de *El ingenioso hidalgo* estaba perdida definitivamente, pues el impresor Juan de la Cuesta seguía esperando el manuscrito, y dicha espera le estaba saliendo cara a mi amo. La ira con que el librero iba a recibir la noticia resultaba difícil de imaginar. A decir verdad, prefería no pensar en ello, pues las perspectivas eran demasiado funestas. Pero ni siquiera el más que probable desenlace de verme deslomado y sin trabajo me preocupaba más que don Miguel en aquellos momentos. Lo que me afligía, y mucho, era la idea de tener junto a mí a un hombre definitivamente derrotado, un hombre cuyo espíritu hubiera quedado destruido para siempre. Lo miré de reojo, pero su gesto era inescrutable. Al fin me decidí a hablarle.

—¿Os duele, don Miguel?

—¿Cómo dices, Gonzalo?

—Vuestra mano derecha, la que usasteis para aplastarle la nariz a Lope. Debéis de tenerla dolorida.

Don Miguel se llevó la mano mentada a la altura de los ojos y la abrió y cerró varias veces. Luego movió los dedos. Noté que contenía un gesto de dolor.

—Un poco lastimada tal vez sí esté —dijo—, aunque mucho menos que la nariz de ese malnacido.

—Y todo por un asunto de amores. ¿Tan bella era esa Elena Osorio que Lope no ha podido perdonaros en todo este tiempo?

Don Miguel entornó los ojos como para mejor recordar.

—Era bella, sí. Aunque eso poco importa, pues el odio de Lope es distinto del de cualquier otro amante traicionado.

—No os entiendo.

—Él no es como los otros hombres. No vive del alimento y del agua, sino de su fama. Quienes son como Lope solo existen cuando se miran en los ojos de los demás. Más que nada en el mundo, temen perder su renombre, pues sin él no serían sino cascarones vacíos. Ayer, en el corral de comedias, lo viste pavonearse ante todo Madrid a costa de su nueva amante. Lo mismo ocurría con Elena Osorio, la muchacha a la que él llamaba *Filis*. Elena no era para él más que otra pieza cobrada, una conquista más con la que alimentar su leyenda de amante célebre. Aunque, a diferencia de otras, ella era una mujer lista y discreta, y pronto comprendió el uso que Lope quería darles a sus amores. Y por ello lo abandonó para luego encontrar en mí algo de consuelo. Por entonces yo pensé que el asunto era baladí, pero para Lope fue como recibir una herida peor que la de cualquier espada o arma de fuego.

—Triste destino —dije tras considerar las palabras de don Miguel— el de aquel al que tan solo su vanidad mantiene vivo. Y triste también el desenlace de esta aventura. ¿Quién iba a decirnos que la vanidad de Lope acabaría por destruir a don Quijote? Y todo por una mujer.

Don Miguel agitó la cabeza.

—No solo por eso, Gonzalo. Pues hay otra clase de gloria que Lope codicia aún más que la que le reportan sus amoríos. Y me refiero a la gloria de las letras.

Creí comprender lo que don Miguel me estaba diciendo.

—¿Queréis decir que él veía alguna amenaza en vuestra novela?

Cervantes asintió.

—Así lo pienso ahora. ¿De dónde si no su afán por verla destruida? Tal vez él fuera capaz de ver en mi *Ingenioso hidalgo* lo que ni yo mismo vi.

—¿Y qué puede ser ello, señor?

Don Miguel me miró con semblante grave.

—Quizás un pasaje a esa posteridad que él tanto anhela. Aunque ahora no tiene

objeto seguir pensando en ello. Tratemos de olvidar, Gonzalo.

—¿Acaso no pensáis denunciarlo a la justicia?

—¿Y de qué serviría? El fuego hizo bien su trabajo y nada puede devolverme mi libro ahora. Por otro lado, Lope tiene amigos poderosos. ¿Crees que Sessa se quedaría cruzado de brazos si nosotros hablásemos? No olvides que hemos entrado en su palacio como intrusos.

Sopesé sus palabras y comprendí que tenía razón. Si tratábamos de llevar a Lope ante un juez, tal vez fuéramos nosotros los que acabásemos entre rejas.

—¿Y por qué no volvéis a escribir la novela, mi señor?

Cervantes exhaló un suspiro tan hondo que sonó como si le hubiera brotado del fondo del alma. Nunca antes me había parecido tan viejo ni tan derrotado como en aquel instante.

—No más novelas para mí. Ni comedias. Ni sonetos o madrigales. Se acabó el soñar con las cumbres del Parnaso. Regresaré a Valladolid igual que don Quijote regresó a su pueblo manchego. Y una vez allí tal vez trate de encontrar un empleo en la Corte. Algo modesto bastará con tal de que me permita vivir sin tener que volver a tomar la pluma. No más palabras, Gonzalo. No más palabras.

Me hirió oírlo hablar de aquel modo, pero no se me ocurrió ni razón ni argumento para consolarlo. Así pues, permanecí mudo mientras recorríamos el pequeño trecho que aún nos separaba de la librería de mi amo Francisco de Robles.

Lo que en modo alguno podíamos imaginar era lo que allí nos esperaba.

* * *

«*Lo que en modo alguno podíamos imaginar era lo que allí nos esperaba*», repitió Erasmo en voz alta, mientras sostenía la última hoja de la transcripción de la crónica de Gonzalo. Con gesto de extrañeza se dio la vuelta para asegurarse de que no estuviera impresa también por el dorso. Luego volvió al montón de hojas ya leídas y comprobó la numeración. Por último miró a Klemperer con gesto interrogante.

—¿Y bien?

—¿Y bien? —repitió el coleccionista.

—¿Dónde está el resto?

—Eso es precisamente lo que estoy esperando que usted me diga. ¿Dónde está el resto?

Erasmo tosió nervioso.

—¿Me está usted diciendo que mi manuscrito, el que usted hizo que me robaran, está incompleto?

Klemperer le dedicó una mirada fría. Su rostro no transmitía la menor emoción. Sin embargo, Erasmo había visto miradas mucho más inofensivas en la sección de

grandes felinos del zoo de la Casa de Campo.

—Mi querido profesor —dijo por fin el coleccionista—. Ambos somos personas razonables, civilizadas. Además, compartimos la pasión por los libros. Ha obrado usted con prudencia al no guardar todas las hojas del legajo en el mismo lugar. *Setze nicht alles auf eine Karte!*, como habría dicho mi querido padre. «No lo apuestes todo a una carta». Le felicito. Y me alegra tener un contrincante a mi altura. Ahora reitero mi oferta. Le ofrezco un *Quijote* lisboeta de 1605. Un ejemplar en perfecto estado del que me dolerá desprenderme, se lo aseguro. Únicamente tiene que decirme dónde ha escondido las hojas que le faltan al manuscrito. Entonces el libro será suyo y podrá marcharse libremente.

Erasmus lo miró embobado.

—¿Eh? —fue cuanto acertó a decir.

Klemperer inspiró hondo, como para infundirse paciencia.

—Escuche, Erasmo. Sea razonable. Usted sabe que este asunto le viene muy grande. Lo que le estoy ofreciendo es un trato más que justo. ¿Qué me dice?

—No... no tengo lo que quiere —repuso el bibliófilo con voz vacilante—. Sus hombres se llevaron todas las hojas del manuscrito de Gonzalo que yo había sido capaz de encontrar. Siento mucho que no esté completo, pero no tengo la menor idea de dónde pueda estar el resto. Y le juro por santa Wiborada que le estoy diciendo la verdad. Como usted dice, este asunto es demasiado para mí. Y estoy deseando que todo acabe para poder irme a mi casa y olvidarme para siempre de esto.

Klemperer se reclinó en su sillón de escritorio. Luego deslizó los dedos de la mano derecha entre los blancos mechones de su pelo.

—Ya veo —dijo—. En fin, no me deja usted alternativa. ¡Que entren el librero y el otro tipo!

Prometeo salió del despacho para regresar enseguida acompañada de dos hombres. Uno de ellos era el librero Juan Maestre, lo que a Erasmo no le sorprendió demasiado. Al otro no lo había visto nunca y tampoco lo lamentaba, pues parecía dudoso que alguien con semejante aspecto de granuja fuese una compañía muy recomendable.

A partir de ese punto nadie pronunció una palabra. Klemperer se apartó unos pasos y tomó asiento tras uno de los escritorios. Luego cruzó las piernas y adoptó una actitud de mero espectador. Maestre y *Prometeo* permanecieron de pie tras él. El librero parecía nervioso y trataba de esquivar la mirada de Erasmo, aunque en un par de ocasiones en que se miraron cara a cara, el bibliófilo creyó percibir en él un gesto de bochorno, incluso de disculpa. Mientras tanto, el tipo con aspecto de granuja se había colocado tras él y le había obligado a juntar las manos tras el respaldo de su silla. Luego Erasmo notó que sus muñecas quedaban aprisionadas por unos aros de metal que se cerraron con un chasquido y una dolorosa opresión de tenaza, y

comprendió que acababa de ser inmovilizado con unos grilletes como los usados por la policía. El grupo de Klemperer lo miraba y guardaba silencio. A Erasmo se le ocurrió que parecían los asistentes a una ejecución, y casi al instante lo estremeció la sospecha de que el término «ejecución» podía resultar espantosamente real. De repente la cara del granuja estaba ante la suya. Era un rostro delgado, cetrino y cosido de arrugas, pero no de ese tipo de arrugas que proporciona la vejez, sino de las que imprime la mala vida. Los cañones de la barba le apuntaban gruesos como las cerdas de un animal, y una profunda cicatriz le cruzaba la mejilla izquierda. El aliento del hombre apestaba a alcohol y tabaco negro, con un hedor aún más espeso de fondo que podía provenir de una comida bien cargada de ajo y especias, y solo a medias digerida. La ropa le olía a sudor y roña, como la de los hombres que se reunían en la taberna de su pueblo cuando él era un niño y su madre lo enviaba a comprar un cuartillo de vino. El sujeto sonrió, y Erasmo pensó que jamás había visto tantos tonos distintos del pardo y del marrón en una sola dentadura. Hasta ese momento el hombre había permanecido agachado frente a él, mirándolo fijamente a la cara como si estuviera evaluándolo con algún propósito. Luego se puso en pie y Erasmo lo oyó desentumecer los nudillos. Crac, crac, crac.

El primer golpe llegó al cabo de unos cinco segundos. Fue poco más que una bofetada fuerte, pero bastó para que su cabeza girara bruscamente hacia la izquierda y sus gafas salieran despedidas. El dolor aún se demoró unos instantes, pero enseguida apareció en forma de una violenta explosión de calor en su mejilla derecha. Después hubo más golpes y más dolor. En la mejilla izquierda, en la barbilla, en la sien... De repente, un contundente puñetazo en el estómago le hizo doblarse y dejó sus pulmones vacíos de aire. Erasmo notó una humedad ardiente en torno a sus ingles y comprendió que se estaba orinando, y ese fue su último recuerdo de la paliza.

A partir de ese instante su cerebro se deslizó hacia un territorio que no era del todo la inconsciencia, pero que estaba lo bastante apartado de la realidad como para que aquella situación atroz resultara casi tolerable. Allí donde Erasmo se encontraba ahora los golpes se percibían amortiguados y el dolor quedaba reducido a un ente abstracto. Era una especie de zona crepuscular donde no era posible pensar con claridad (lo que suponía una bendición), una tierra de brumas propicia para las alucinaciones. Y de pronto la niebla se disipó y Erasmo ya no estaba esposado a una silla en aquel despacho, ni siquiera en la mansión de Klemperer. Se encontraba en una sala amplia de altos techos. En las paredes colgaban pinturas que representaban a personajes antiguos que vestían armadura o posaban con ropas de corte o de caza. Había altas librerías colmadas de libros, dos escritorios de madera oscura y, entre ambos, una chimenea en la que ardían unos troncos. Y en este escenario un grupo de personajes debatía con voces airadas. Dos de ellos (un muchacho y un hombre de pelo y barba grises) vestían hábitos monacales. Había otros dos hombres jóvenes.

Uno de ellos lucía fastuosas ropas bordadas, el otro sostenía una vieja pistola de chispa en su mano derecha. En un segundo plano, un negro alto y fornido contemplaba la escena con una tranca en las manos. Las voces sonaban cada vez más fuertes y acaloradas, aunque a Erasmo le resultaba imposible comprender lo que decían. De repente, el hombre que sostenía la pistola se precipitó hacia uno de los dos escritorios y tomó de él una pila de papeles que acto seguido arrojó al fuego. «¡No! ¡No dejéis que se queme!», grito Erasmo cuando las llamas empezaron a lamer las hojas cubiertas de escritura. Y se sintió perplejo al ver que los cinco personajes de la escena se giraban hacia él y lo miraban con gesto severo, como actores interrumpidos en mitad de su representación. ¿Era posible que lo hubieran oído gritar desde este lado del tiempo? Pero su pregunta quedó sin respuesta, pues en ese momento el modesto fuego estalló en una llamarada inmensa, tan brillante que la sala entera y quienes la ocupaban fueron devorados por un resplandor vivísimo. Luego la oscuridad cayó como un telón de sombra, y Erasmo comprendió que estaba perdiendo el conocimiento. Una voz de muchacho, quizás la voz de Gonzalo de Córdoba, se abrió paso hasta el último rescoldo de su conciencia. «Esto no está pasando, esto no está pasando», eran las palabras que la voz repetía una y otra vez, obsesivamente. Hasta que se apagaron por completo.

* * *

—¡Ya es suficiente!

La orden de Klemperer sonó con la contundencia de un latigazo, pero *Escuchapedos*, lejos de darse por aludido, siguió empleándose a fondo con Erasmo, quien ahora yacía desmadejado sobre el asiento con la barbilla hincada en mitad del pecho.

—¡Párate, joder, que lo vas a matar! —suplicó Maestre con un graznido de pánico.

Al comprobar que el sicario seguía golpeando como si tal cosa, Klemperer le hizo una discreta señal a *Prometeo*, quien se adelantó con parsimonia. La mujer aferró el brazo que *Escuchapedos* tenía levantado para asestar un nuevo puñetazo. Y al cabo de un instante aquel sujeto golpeaba el suelo con violencia tras haber trazado una pirueta poco airosa en el aire. *Escuchapedos* hizo el ademán de llevarse la mano al bolsillo del pantalón, pero *Prometeo* lo paralizó con dos golpes secos y precisos, uno en la sien izquierda y el otro en el plexo solar.

—¿Te lo has cargado? —preguntó Klemperer sin reflejar la menor preocupación.

Prometeo negó con la cabeza. Y en ese instante *Escuchapedos* confirmó el diagnóstico emitiendo un largo «ay» y procediendo a incorporarse lentamente.

—¿Cómo está el otro?

La mujer alzó delicadamente la cabeza de Erasmo para examinar sus lesiones. El ojo derecho del bibliófilo comenzaba a hincharse, y una marca roja en el pómulo izquierdo anunciaba la inmediatez de un gran hematoma. La nariz sangraba profusamente y el labio inferior estaba partido.

—Es poca cosa —anunció *Prometeo*—. El trabajo de un aficionado, de un simple quinqui de barrio. Mucho ruido y pocas nueces. Volverá en sí dentro de unos minutos. Mientras, voy por una toalla y un poco de agua.

—Escucha, Maestre —dijo Klemperer sin ocultar su irritación—. Dile a tu perro que si vuelve a desobedecerme no sale vivo de aquí. Y tú tampoco. ¿Estamos?

El librero tragó saliva y asintió. Entretanto, *Escuchapedos* se masajeaba la cabeza y el vientre con gesto de dolor. Con su actitud contrita y acobardada dejó patente que la advertencia era innecesaria.

Transcurrieron unos minutos que *Prometeo* empleó en limpiar el rostro de Erasmo con una toalla húmeda y en descartar la existencia de otras lesiones. Cuando el bibliófilo comenzó a agitarse, la mujer le llevó un vaso de agua a los labios y le sujetó la nuca para que pudiera beber.

—Lo que estás haciendo es una estupidez, *my dear* —le dijo con voz queda y dulce, como si le hablara a un niño—. Vas a dejarte matar por algo que no merece la pena. Y yo no quiero que eso ocurra. Te aprecio sinceramente, créeme. No pienses que me voy a la cama con cualquiera, ni siquiera por motivos de trabajo. Vamos, Erasmo, díles lo que quieren saber y todo habrá terminado. Hazme caso.

El bibliófilo alzó los párpados lentamente, aunque la tumefacción galopante de su ojo derecho apenas si le permitió abrir una escueta rendija. Tosió y al hacerlo escupió un grumo sanguinolento y una pieza dental partida. Después, cuando *Prometeo* aplicó la toalla húmeda a su pómulo, dejó oír un largo lamento. Ella recogió sus gafas del suelo y se dispuso a restituir las a su lugar. Pero la nariz de Erasmo había recibido también su ración de golpes, por lo que la operación solamente pudo completarse con más lamentos y más dolor. El bibliófilo parpadeó y comprobó que podía distinguir lo que le rodeaba, al menos lo que tenía cerca. Temía que los puñetazos le hubieran provocado un desprendimiento de retina, por lo que fue un alivio comprobar que podía enfocar el rostro de ella (a la que nunca se acostumbraría a llamar *Prometeo*). La imagen de la mujer, sin embargo, le parecía envuelta en una neblina rojiza. Notaba un regusto metálico en la boca, como si hubiera estado lamiendo clavos oxidados. Cada hueso del cráneo le atormentaba por separado y parecía estar a punto de desprenderse de los otros. También notaba dolores lacerantes en el vientre y en las costillas. La buena noticia era que seguía con vida, aunque ignoraba durante cuánto tiempo. El sencillo gesto de aclararse la garganta lo sumió en la agonía. Las palabras brotaron con dificultad, como si llevara muchos años sin hacer uso de su voz:

—He dicho la verdad. Sus hombres se lo llevaron todo, no hay más. Déjeme que

me vaya, por favor.

Y no pudo seguir hablando, pues le sofocó un acceso de tos y de llanto.

Prometeo le dedicó una sonrisa triste. Luego se volvió hacia Klemperer en espera de instrucciones. El coleccionista alzó levemente su dedo índice, y el gesto bastó para que ella se apartara y le cediera su lugar a *Escuchapedos*, quien se aproximó a Erasmo lentamente, al tiempo que abría su navaja comprada en el mismísimo Albacete. Conforme la hoja emergía, cada uno de los siete muelles del arma emitió un chasquido metálico.

—Ni se imagina la de pescuezos que he rebanado con esto, jefe —murmuró *Escuchapedos* con voz gutural y genuino orgullo cinegético—. Pero me han dicho que empecemos suave por si acaso se le aclara la memoria y se decide a cantar. ¿Le gustan los toros? Yo de joven quería ser matador. Qué tiempos aquellos. Fíjese que hasta llegué a torear algunas novilladas. Y no era malo, no. Me acuerdo de una vez en Chinchón, en las fiestas patronales. Corté una oreja, ¿sabe? Pues mire por dónde, jefe, hoy voy a cortar otra.

Tras su escalofriante declaración de intenciones, *Escuchapedos* se situó tras la silla de Erasmo, quien notó cómo aquel individuo tiraba de su oreja izquierda para separarla de la cabeza. El acto le resultó tan extrañamente familiar que por un instante creyó estar de vuelta en el seminario menor, donde los tirones de orejas eran una de las formas de castigo favoritas de los curas. Pero enseguida hubo una sensación nueva que lo trajo de vuelta al espantoso presente: la de un filo metálico tocando la sensible piel de su oreja, justo en el punto donde el pabellón se une a la cabeza. Erasmo no era un héroe. Distaba mucho de ser un héroe. Su resistencia al dolor era tan escasa que hasta unos zapatos incómodos le suponían una tortura atroz. Sin embargo, continuaba sin sentir miedo. Por un lado, la paliza recién encajada lo mantenía en un estado de aturdimiento que embotaba sus reacciones. Por otro, era consciente de que nada podía hacer para remediar su apurada situación. Algunos años antes le habían practicado una pequeña operación para extirparle el apéndice. Recordaba la sensación de sometimiento, de abandono total, que experimentó justo antes de que lo anestesiaran, tumbado sobre la mesa de operaciones mientras el cirujano y su equipo trajinaban a su alrededor. Se sintió como la víctima de un sacrificio azteca, indefenso, sujeto a la voluntad de otros. Y lejos de angustiarle, la situación le resultó relajante. Ahora, con la navaja de aquel granuja a punto de hendir la fina piel de su oreja, sintió algo muy parecido a lo que había experimentado en aquel quirófano. Nada podía hacer. No tenía ninguna respuesta para lo que querían saber. Estaba completamente a merced de aquellos hombres. ¿Para qué sentir miedo?

—Bueno, jefe, se nos acaba el tiempo. ¿Les da a estos señores lo que le están pidiendo o le rebano la oreja? Tampoco es que le sirva de mucho, pero más guapo no va a estar, eso seguro.

Con una extraña lucidez, Erasmo se dijo que de poco le iba a valer lamentarse, suplicar o repetir que no sabía nada de las hojas restantes del manuscrito. Es más, si lo hacía tal vez lo único que lograría sería azuzar la violencia de aquellas hienas. De modo que apretó los labios y se dispuso a aguardar acontecimientos.

Y los acontecimientos se precipitaron en forma de un dolor tan intenso que le tomó completamente desprevenido, una agonía que derogó de un plumazo todas sus intenciones de unos segundos atrás, y le arrancó un alarido de tal magnitud que no parecía haber brotado de su garganta. De haber podido hablar, en aquel mismo instante habría prorrumpido en súplicas. De haber podido moverse, se habría lanzado sin dudarlo a los pies de sus torturadores para implorarles clemencia. Pero lo único que podía hacer era aullar como un recién nacido, como un animal sacrificado. ¿Cuánto tardaría en consumarse la mutilación? ¿Cuánto tardaría el sicario en mostrarle el despojo sangrante de su oreja izquierda?

—¡Alto! —ordenó de pronto Klemperer—. Esto no va a funcionar.

Pese a su estado, Erasmo notó una pequeña vacilación en el sicario, como si se resistiera a interrumpir el trabajo empezado. Pero la lección recibida era demasiado reciente como para pasarla por alto, por lo que al cabo de un instante Erasmo oyó el ruido de la navaja al cerrarse. Un goteo abundante y caliente le recorría la mandíbula y el cuello y comenzaba a empaparle el hombro y la pechera de la camisa.

—No se apure, jefe —le dijo *Escuchapedos*—. Todavía tiene *usté* su oreja pegada a la cabeza. Pero igual lo que viene ahora le gusta aún menos.

—¿Está aquí? —preguntó Klemperer—. ¿La han traído?

Prometeo asintió.

—Acaba de llegar.

—Ve por ella. Y tú, Maestre, haz algo. Diles a mis hombres que te traigan un trapo, una compresa o lo que sea y tapónale la hemorragia al profesor. Lo está poniendo todo perdido.

—Esto no ha sido idea mía. Lo comprendes, Erasmo, ¿verdad? —le susurró el librero mientras apretaba una compresa estéril contra su oreja lacerada—. Si por mí fuera nunca habríamos llegado hasta este extremo.

El bibliófilo se limitó a mirarlo con todo el desprecio que le consintió el dolor de su oreja y de sus otras lesiones. El rostro mofletudo del librero estaba tan pálido como el de una dama romántica aquejada de tisis. Tal vez fuera sincero. Pero eso no cambiaba sustancialmente las cosas.

¿Qué iba a pasar ahora?

* * *

La mujer estaba maniatada y llevaba la cabeza cubierta con una especie de saco.

Prometeo la guio al interior del despacho con pocos miramientos. Luego la obligó a sentarse en una silla que colocaron frente a la de Erasmo, donde quedó jadeante y temblorosa. A una señal de Klemperer, *Prometeo* tiró de la bolsa y descubrió su rostro. Tenía el pelo desordenado y los ojos hinchados por el llanto, y la parte inferior de su rostro aparecía cubierta por un ancho trozo de cinta americana que hacía el papel de mordaza. Sin embargo, Erasmo no tuvo la menor dificultad para reconocer a Pilar Esparza. La visión de su ex alumna le resultó tan inesperada que al principio pensó que volvía a sufrir alucinaciones. Luego comprendió que los acontecimientos se sucedían conforme a una lógica necesaria y perversa. Las palabras se agolparon en su garganta y durante unos segundos de angustia fue incapaz de hablar.

—¡Pilar, Pilar! —gritó cuando la voz le obedeció por fin—. ¿Qué te han hecho? ¿Estás bien?

La muchacha miraba a su alrededor aterrada. Su expresión de desconcierto dejaba patente que no comprendía qué hacía allí ni quiénes eran aquellas personas. Hasta que no se oyó llamar por su nombre no reparó en Erasmo, y aun así tardó unos segundos en reconocerlo. Cuando lo hizo, abrió mucho los ojos y gimió.

—Tranquila, Pilar, no va a pasar nada —dijo el bibliófilo. Pero sus palabras le sonaron tan absurdas y vacías que de inmediato se arrepintió de haberlas pronunciado. Además, después de la paliza y del incidente de la oreja, su propio aspecto no debía de invitar a la tranquilidad.

—Profesor, mi querido profesor —dijo Klemperer melifluo—. ¿Por qué nos ha obligado a recurrir a procedimientos tan burdos? A pesar de ser un intelectual, ha demostrado usted más valor que muchos hombres de acción. Pero no querrá que su amiga sufra ningún daño, ¿verdad? ¿Va a decirme ahora dónde están las hojas restantes del manuscrito?

Erasmo miró a Klemperer y a la aterrada Pilar. El rostro de la muchacha temblaba de forma perceptible. Con la mirada, parecía estar suplicándole «deles lo que quieren». Y él lo habría hecho de buena gana. Lo habría hecho mucho antes de que llegara ese momento atroz. Por desgracia, sus manos estaban vacías. Nada tenía que ofrecer. ¿Serviría de algo repetirlo?

—¡No tengo la continuación del manuscrito! —dijo con voz ahogada—. Ni siquiera sabía que estuviera incompleto. Quizás ese trapero de Seseña pueda ayudarles. ¡O la pareja de Esquivias! ¡Los dueños del caserón!

—No se moleste, profesor —dijo Klemperer—. Ya hemos estado en ambos sitios. Nuestro amigo *Escuchapedos* habló con el trapero, y ya ha visto hasta qué punto puede ser persuasivo. Los papeles y libros del caserón también han sido examinados concienzudamente. No hemos encontrado nada. Queda solamente usted. Va a ser razonable, ¿verdad? ¿O es que acaso la vida de la señorita Esparza le importa menos que un puñado de papeles viejos?

No le creían. Se empeñaban en no creerle. Erasmo pensó que algunas de sus peores pesadillas habían discurrido de un modo mucho más plácido que los sucesos de aquella espantosa noche (¿o tal vez mañana?). Y como si se hiciera eco de sus pensamientos, *Prometeo* se colocó detrás de la maniatada Pilar y sacó su pistola. Y acto seguido estiró el brazo derecho y colocó el cañón a apenas un palmo de la cabeza de la muchacha. Aunque no podía ver a *Prometeo* ni a su pistola, Pilar debió de presentir el peligro mortal que corría, pues sus temblores se acentuaron como si todo su cuerpo fuera presa de convulsiones, a la vez que comenzaba a gemir en lo que sonaba como una súplica muda. Sus ojos estaban tan abiertos que parecían a punto de abandonar sus órbitas. Pero el cañón de la pistola no se desvió ni un solo centímetro de su blanco. Erasmo estudió la cara de *Prometeo* y no encontró en ella ni el menor vestigio de ira. Parecía más bien ensimismada, determinada a consumir con la mayor eficiencia posible lo que estaba haciendo o a punto de hacer. Era como un orfebre concentrado en su tarea. Y en ese instante Erasmo supo que aquella mujer a la que había creído una amiga no era otra cosa que una asesina implacable, y que únicamente un milagro podría detener la bala que iba a acabar con la vida de Pilar. Por desgracia, Erasmo no creía en los milagros. Suplicar no le serviría de nada. Solo le quedaba el recurso de tratar de negociar.

—¡Por el amor de Dios, Klemperer, escúcheme! No puedo darle lo que no tengo. Pero le ofrezco otra cosa a cambio. ¡Mi colección! ¡Mi biblioteca entera! ¡Quédese con mis libros y deje que Pilar se vaya!

Klemperer suspiró.

—¿De verdad cree que me interesa su patética colección de aficionado? Me está usted insultando. En fin, veo que estamos perdiendo el tiempo. —En ese momento se dirigió a *Prometeo*—. ¡Adelante, querida! ¡Hazlo!

Con un espasmo de terror Erasmo vio que el brazo que sostenía la pistola se tensaba y se elevaba unos centímetros, como para centrar mejor el blanco. Lo que no llegó a oír fue el estampido del disparo, pues en ese momento su cerebro decidió darle un descanso y quitó los plomos.

Fundido en negro.

* * *

—¡Erasmo! ¡Erasmo!

Él se encontraba tendido en el fondo de un oscuro pozo y alguien lo llamaba desde la superficie.

—Bien, parece que ya vuelve en sí.

Le ayudaron a incorporarse y a tomar asiento. Erasmo miró alrededor con la cabeza todavía embotada. Qué curioso. El infierno tenía exactamente el mismo

aspecto que el mundo que acababa de dejar atrás. Incluso estaba poblado por los mismos individuos: Klemperer, *Prometeo*, Maestre, *Escuchapedos*... Lo que no tenía sentido era que Pilar estuviera también allí. Sin embargo, así ocurría. La muchacha permanecía sentada en el mismo lugar que antes, cubriéndose la cara con ambas manos. Si Erasmo aplicaba su lógica de ex seminarista, Pilar debería estar en el cielo junto a los querubines. Como mucho, en el purgatorio para purificarse de algún pecadillo. Pero estaba allí junto a ellos, en el mismísimo infierno, o en aquel infierno hecho a la medida de Erasmo cuyo aspecto era idéntico al del lugar donde habían transcurrido los últimos compases de su vida, aquel despacho donde lo habían torturado para extraerle una información que no tenía, donde Pilar había sido asesinada con un tiro en la cabeza. Por cierto, ¿dónde habían ido a parar sus grilletes? Erasmo se miró las muñecas y observó las marcas dejadas por las tenazas metálicas del instrumento. Estaba libre. Y ahora que se fijaba, Pilar ya no estaba maniatada. También la habían liberado de la mordaza. En verdad era curioso aquel infierno en el que los sufrimientos, en lugar de aumentar, al parecer menguaban.

Klemperer llevó su silla ante él y Erasmo le observó la frente sin hallar en ella los cuernos que esperaba.

—Bien, profesor, ha llegado el momento de pedir disculpas. Espero que se haga cargo.

—Yo...

—De bibliófilo a bibliófilo. Si hubiera dispuesto de los medios necesarios, ¿no habría hecho usted lo mismo?

—¿Qué?

—El manuscrito del *Quijote*. ¿Qué coleccionista ha podido alguna vez jactarse de poseer algo de valor semejante? Piénselo. Puro éxtasis en forma de hojas de papel manuscritas. ¿Acaso habría reparado usted en los medios?

—Yo... yo...

—Créame, lo lamento muchísimo, pero tenía que intentarlo.

—¿No... no va usted a matarnos?

—¡Por Dios, no! Solamente pretendía asustarlo para que me dijera lo que quería saber. Pero ahora comprendo que es cierto. Usted no tiene ni idea de dónde está lo que falta de la crónica de Gonzalo, ¿verdad?

—Ya le dije que no.

—Y yo no le creí. Le pido mil disculpas por ello. Pero ahora sí le creo.

—¿...?

—Me ofreció usted su colección a cambio de la vida de su amiga. Una colección modesta, es cierto, pero aun así el trabajo de toda una vida. Eso me hizo comprender que no me estaba mintiendo.

—¿Y ahora?

—Ahora, nada. Hemos terminado. Usted y la señorita Esparza se marchan y jamás volveremos a vernos.

—¡Pero Klemperer...!

El librero Maestre parecía dispuesto a poner objeciones, pero el coleccionista lo fulminó con la mirada.

—¡Silencio! Empiezo a estar harto de ti y de la chusma que te acompaña. Ya has visto que el profesor no sabe nada. Reanudaremos la búsqueda por otro sitio.

—Pero si él habla...

Klemperer se volvió hacia Erasmo y clavó en él sus ojos diminutos y azules. Y en ese instante el bibliófilo sintió que un frío intenso se abría paso en su interior.

—Eso no va a ocurrir. El profesor no es ningún estúpido y sabe a lo que se arriesgaría si él o su amiga abren la boca.

—¡No diré una palabra! ¡Se lo juro! —chilló Erasmo—. Deje que nos vayamos, por favor.

Klemperer se puso en pie.

—¿Has oído, Juan? Podemos estar tranquilos. Ahora mis hombres les llevarán a Madrid. Les diré que los dejen cerca de un servicio de urgencias para que puedan mirarle los golpes y la herida que le ha provocado ese bárbaro.

¿Era todo aquello una farsa? ¿Alguna retorcida burla infernal para empeorar sus sufrimientos?

—Entonces ¿podemos irnos? —preguntó Erasmo con la escalofriante sensación de que en cualquier momento volverían a atarlo a la silla y todo empezaría de nuevo.

—Solo una cosa más.

«Siempre hay algo más», pensó Erasmo. Y se preparó para lo peor.

Pero no ocurrió nada de lo que temía. A un gesto de Klemperer, *Prometeo* se acercó portando un estuche. Un precioso estuche de tafilete que depositó en manos de su jefe.

—Esto es suyo y es justo que se lo lleve.

Erasmo tomó el estuche y se dispuso a abrirlo. En ese momento oyó gemir a Juan Maestre.

En el interior, sobre un lecho de terciopelo rojo, estaba el manuscrito de Gonzalo de Córdoba.

* * *

Dos hombres de Klemperer los escoltaron por los pasillos de la mansión hasta un enorme garaje. Había una docena de coches de lujo, entre los que el bibliófilo identificó un Rolls Royce *Phantom*, un Bentley y algunos deportivos italianos. Mucho menos llamativa era la furgoneta a la que les obligaron a subirse, una especie

de vehículo de reparto cuya parte posterior carecía de ventanillas. Pilar y Erasmo se acomodaron en unos bancos que había a los lados y la camioneta se puso en marcha. Ninguno de los dos habló durante la media hora que duró aquel trayecto a ciegas. Por último, el vehículo se detuvo y les hicieron bajarse. Erasmo se estremeció de frío. Una incipiente claridad en el cielo anunciaba la proximidad del amanecer. Al otro lado de la calle se alzaba un alto edificio de ladrillo naranja que Erasmo identificó como el hospital 12 de Octubre. Un letrero luminoso en letras rojas indicaba la entrada del servicio de urgencias. Erasmo sentía tal mezcla de terror y alivio que no se dio cuenta de que los hombres de Klemperer se habían alejado con la furgoneta. De pronto se encontró junto a Pilar y comprendió que estaban solos. Y al instante siguiente la muchacha se aferraba a él con toda la fuerza de su miedo y de su angustia. El llanto agitaba los hombros de Pilar.

Erasmo se avergonzó al recordar que en cierto momento de aquella noche de pesadilla no había sido capaz de controlar su vejiga. Al aire fresco de la mañana, aún podía sentir la humedad en sus pantalones. A pesar de todo, se dijo que aquel no era momento para guardar las formas, y la situación exigía un poco de consuelo mutuo. De modo que rodeó a la muchacha con sus brazos y se dispuso a llorar también.

CAPÍTULO XV

El reciclaje en el Siglo de Oro

Erasmus las nueve y media de la mañana cuando un taxi se detuvo ante cierto edificio cuya fachada se alzaba frente al Retiro. El hombre y la muchacha que se apearon de él tenían aspecto de haber sobrevivido a un accidente de tráfico, o incluso a un atraco con violencia. De hecho, esa había sido la explicación que Erasmo ofreció para sus lesiones mientras el médico lo examinaba. «Un atracador», había asegurado. «La señorita y yo volvíamos de casa de unos amigos cuando dos quinquis nos salieron al paso». «¿Se resistió usted?» «No, claro que no. Pero me zurraron de todos modos». «Pues dentro de lo que cabe ha tenido suerte. Las pruebas no muestran fracturas ni lesiones internas, y el corte de la oreja se soluciona con la antitetánica y tres o cuatro puntos de sutura. ¿Quiere que llamemos a la policía?» «Bah, ¿para qué? Total, estaba oscuro y casi no les vi la cara. Son cosas que pasan». El médico convino en que, en efecto, la violencia que habían sufrido era el pan nuestro de cada día. «¿Y mi amiga cómo está?» «Bien, bien. No se preocupe. Usted se llevó la peor parte. Ella solamente tiene un ataque de ansiedad. Le han administrado un tranquilizante y lo único que necesita ahora es descanso. Pero usted ha recibido varios golpes fuertes. Sería preferible que se quedara en observación». «No, no. Prefiero irme a casa». El médico no insistió. A veces era una suerte que los hospitales públicos anduvieran siempre faltos de camas.

Durante el trayecto en taxi, Erasmo deseó con toda su alma que Pilar no les hubiera dicho nada, o al menos que su versión no hubiera sido muy distinta de la de él. Cuando le dio al taxista la dirección de su casa, la muchacha no reaccionó. Parecía encontrar lógico que ambos se refugiaran juntos en casa del bibliófilo, o al menos se encontraba demasiado aturdida como para reparar en ello. Erasmo pensó que más bien debía de ser lo segundo, pues la chica no pronunció ni una sola palabra durante el camino, y tampoco cuando se bajaron del taxi y él empezó a buscar en vano sus llaves. Finalmente, tuvo que ser Gladys quien les franqueara la entrada. El mutismo de Pilar persistió durante el viaje en ascensor, que ella dedicó a estudiar atentamente la puntera de sus zapatillas deportivas. Una vez arriba, la joven se encaminó directamente hacia el cuarto de invitados sin mediar palabra. Atrás quedó Erasmo, triste y conmocionado, y completamente incapaz de enfrentarse al torrente de preguntas que Gladys vertió sobre él al observar los numerosos desperfectos que presentaba su patrón.

* * *

Eran más de las tres cuando se reunieron en la cocina para dar cuenta de la comida que la dominicana había dejado preparada antes de marcharse. Pilar había tomado una ducha y llevaba puesta la holgada camiseta de *I love Benidorm* que había usado en su estancia anterior, aunque Erasmo no fue capaz de detectar el menor vestigio de la intimidad que había surgido entre ambos entonces. Parecía más sosegada, pero por su expresión de agotamiento era fácil adivinar que no había logrado conciliar el sueño. Él, desde luego, no lo había hecho. Cuando se han vivido sucesos tan traumáticos, el cerebro recibe una sobrecarga de estímulos de la que no es fácil reponerse. El sueño ayuda, aunque en semejantes circunstancias, con las escenas recién vividas proyectándose una y otra vez sobre la pantalla de la mente, quedarse dormido puede tornarse una empresa imposible. Hablar de lo ocurrido también sirve para aliviar la angustia, y Erasmo era consciente de ello. Pero Pilar se limitaba a remover los alimentos con el tenedor y no parecía dispuesta a soltar prenda. Erasmo decidió que había llegado el momento de abrir brecha en aquel silencio tras el que se había parapetado su ex alumna.

—Pilar...

La muchacha dejó de jugar con su tenedor y miró a Erasmo con expresión ausente.

—¿Sí?

—No te puedes imaginar cuánto lo lamento.

—No tiene que disculparse. No ha sido culpa suya.

—Pero si yo no te hubiera embarcado...

—Oiga, profesor —lo interrumpió la muchacha—. Creo que soy lo bastante mayorcita como para tomar mis propias decisiones. Usted no me obligó a nada. Y tampoco tenía modo de saber que nos íbamos a topar con esa gentuza.

—¿Cómo te capturaron?

Pilar frunció el ceño. Parecía enfadada consigo misma.

—Fue cuando bajé a tirar la basura. Eran dos tipos, seguramente los mismos que nos llevaron al hospital. Debían de estar esperándome. Yo ni siquiera los vi llegar. Me cubrieron la cabeza con algo y me dijeron que si me resistía me harían daño de verdad. Dios mío, pensé que iban a violarme...

Pilar tomó su vaso de agua y dio un sorbo. A Erasmo no le pasó por alto que la mano de la muchacha temblaba ligeramente.

—¿Y a usted, profesor? ¿Cómo lo atraparon?

Erasmo decidió que lo mejor era no guardar secretos. Le contó cómo había conocido a Dolores-*Prometeo* en la subasta y le habló de sus conversaciones, de paseos juntos por Madrid y de la afinidad que parecía haber surgido entre ambos.

—O por lo menos eso pensaba yo, que entre nosotros dos había algo. Ahora comprendo que era solo una mercenaria haciendo su trabajo.

Pilar parecía ahora enfadada. Sus ojos relampagueaban.

—¡Valiente zorra! —exclamó—. Siento mucho que lo hayan engañado de esa manera. Espero que no se hubiera hecho usted muchas ilusiones.

Erasmus apretó los labios. Ahora le tocaba a él bajar la vista.

—Da igual —dijo por fin—. Lo único que importa es que hemos salido los dos con vida y que todo ha terminado.

—¿Cómo que todo ha terminado? ¿Me está diciendo que no vamos a hablar con la policía?

—¿Serviría de algo?

—¡Joder, pues claro que sí! —respondió ella elevando la voz. Y enseguida pareció arrepentida del exabrupto—. En este país hay leyes, profesor. Esto no es México ni Colombia. Aquí no se puede secuestrar y torturar a la gente y luego irse de rositas. Esta mañana, en el hospital, me sentía demasiado conmocionada para reaccionar. Pero ahora debemos ir a denunciarlo todo sin esperar más tiempo.

Erasmus apoyó las manos sobre la mesa y cruzó los dedos. Luego adoptó el mismo tono que habría empleado años atrás, cuando él era un profesor en activo y Pilar la bonita estudiante que siempre se sentaba en la primera fila.

—No vamos a hacer eso, Pilar.

—¿Por qué no?

Erasmus se dispuso a responder. Y en ese momento recordó unas líneas de las últimas páginas del manuscrito de Gonzalo, las que había leído en casa de Klemperer. Gonzalo increpaba a Cervantes porque este no parecía dispuesto a denunciar a Lope a la justicia. El escritor le respondía que la justicia no castigaría a quien tenía amigos tan poderosos. Ahora las palabras de Cervantes le parecían extrañamente apropiadas para su caso.

—No vamos a ir a la policía para acusar de secuestro a uno de los industriales más ricos y poderosos de este país. Nadie nos creería.

—¡Eso está por ver! Mírese. Por orden de ese señor tan rico y poderoso lo han dejado a usted hecho un *ecce homo*. Y su amiga, la Mata-Hari esa de mierda, me puso el cañón de su pistola en la cabeza. ¿Es que no ha oído usted hablar del estado de derecho? La justicia es igual para todos, profesor. No es una cuestión de dinero.

Erasmus sonrió con tristeza. No se acordó de ninguna frase del *Quijote* que viniera al caso, pero sí de una cita de *Rebelión en la granja*, la célebre novela de George Orwell. Adaptada para la ocasión, la cita vendría a decir: «Todos los ciudadanos son iguales, pero algunos ciudadanos son más iguales que otros». Aunque a alguien como Pilar no se le podía convencer con aforismos ni sentencias, sino con argumentos. Y Erasmus disponía de uno incontrovertible:

—Nos están vigilando.

—¿Vigilando? ¿Para qué?

—Piénsalo. ¿Qué sentido tiene que Klemperer nos dejara marcharnos sin más? Si alguna conclusión he sacado de lo que ocurrió anoche es que ese individuo carece por completo de conciencia moral. Lo de Maestre es sencillamente codicia. Pero Klemperer es distinto. Lo vi en sus ojos. No habría dudado en hacer que nos arrancaran la piel a tiras si con eso hubiera conseguido lo que quería.

—No le sigo.

—Klemperer está convencido de que tengo las hojas que faltan de la crónica de Gonzalo, o de que al menos sé dónde buscarlas.

—¿Y tiene algún motivo para pensarlo? —preguntó Pilar entornando los ojos.

—¡Por supuesto que no! No tengo la menor idea de dónde puede estar el resto del condenado manuscrito. ¿Piensas que si no fuera así habría puesto la vida de ambos en peligro?

Pilar se encogió de hombros.

—No. Claro que no. Discúlpeme por dudar de usted.

—Bien, como te decía, Klemperer debe de creer que antes o después reanudaremos la búsqueda. Ese es el único motivo lógico para que nos dejara ir. Piensa que estando libres lo llevaremos hasta el manuscrito de Gonzalo, o incluso hasta el de Cervantes. Nos vigilan, sin duda.

Pilar miró a su alrededor con gesto de alarma.

—¿Y qué vamos a hacer entonces, profesor?

El bibliófilo hizo una pausa para reforzar la contundencia de sus argumentos.

—Querida Pilar, tú y yo nos vamos a quedar quietecitos. En otras palabras, como buenos españoles, no vamos a hacer absolutamente nada.

—¿Como buenos españoles? ¡Como buenos cagados, querrá usted decir!

Erasmus recordó su micción involuntaria de la noche anterior y no pudo evitar sentirse algo abochornado. Pero no pensaba dar su brazo a torcer.

—Si quieres expresarlo de un modo tan crudo... Pero eso no altera la cuestión fundamental. Nos van a tener estrechamente vigilados. Si habláramos con la policía Klemperer lo sabría de inmediato. Y entonces no habría refugio seguro para nosotros. ¿Crees de verdad que merece la pena?

Erasmus notó que Pilar vacilaba y comprendió que sus argumentos habían dado en el blanco. Se sintió aliviado. Pero aún le quedaba algo por decir:

—Y recuerda que hemos recuperado la crónica de Gonzalo. Ahora sabemos que está incompleta. Pero su valor sigue siendo enorme. Tú y yo tenemos un acuerdo firmado. El manuscrito es mío. Pero el derecho a estudiarlo y editarlo es tuyo. Alegra esa cara, mujer. ¡Vas a ser famosa!

Pilar lo miró fijamente, hasta que llegó un punto en que a Erasmus le resultó muy difícil sostener su mirada.

—Profesor... —dijo ella por fin.

—¿Sí?

—Sabe usted dónde se puede meter el manuscrito de Gonzalo, ¿verdad?

Luego Pilar se levantó y salió de la cocina sin añadir palabra. Y Erasmo se dio cuenta de que se le había quitado el apetito.

* * *

Aunque ella no había llegado a expresarlo verbalmente, Erasmo comprendió que Pilar no tenía intención de irse, al menos ese día. La chica procedía de fuera de Madrid, de una pequeña ciudad del norte de Castilla, y no tenía familia cercana en la capital. Era sencillo comprender que a Pilar le daba miedo regresar a su piso, donde estaría completamente sola. Aquello era terrible, por supuesto, pero en su fuero interno Erasmo se alegraba de que su ex alumna hubiese decidido quedarse con él en lugar de buscar refugio en casa de alguna amiga. La cercanía de Pilar le proporcionaba seguridad y consuelo, aunque ella siguiera enfurruñada y se hubiera encerrado en el salón, donde llevaba toda la tarde viendo la televisión. Desde su biblioteca, Erasmo oía las musiquillas tontas, las risas y los aplausos que brotaban del aparato, un fondo sonoro que en otros tiempos le había resultado tan familiar como irritante. Luego, durante los años transcurridos desde la muerte de Almudena, el bibliófilo apenas había encendido el televisor, salvo para ver algún telediario ocasional y, en una ocasión, para tomar las uvas de fin de año en compañía de Gladys, pero solo porque ella había insistido mucho. A Erasmo le parecía detestable casi todo lo que se mostraba o se decía por televisión. Pero aquel día el runrún del aparato le resultaba reconfortante.

Había tomado un par de las cápsulas que le dieron en el hospital. Eran calmantes fuertes y resultaron eficaces. Los dolores intensos de su cara y de su abdomen quedaron reducidos a un malestar difuso y bastante soportable. En la oreja apenas notaba un leve escozor y una ligera tirantez. Pero como efecto secundario le habían provocado una especie de sopor que no le dejaba pensar con claridad. Le resultaba difícil impedir que su mente divagara, pero en realidad eso carecía de importancia, porque en la situación en que Pilar y él se encontraban no había ninguna necesidad de reflexionar ni de tomar decisiones. Otros se habían encargado de tomarlas por ellos. Y le parecía una suerte que el mismo fármaco que servía para calmar el dolor físico bloqueara también sus emociones. De otro modo tal vez se estaría lamentando por haber sido engañado y utilizado por una mujer de la que quizás estaba empezando a enamorarse. Sumido en aquel estado de abotargamiento químico, el asunto le resultaba casi indiferente.

Pero el miedo es un sentimiento poderoso y suele encontrar el modo de manifestarse. Buena parte de la tarde la empleó en dar nerviosos paseos por su

biblioteca, como un animal acosado, y fueron varias las veces en que, sin habérselo propuesto, se encontró mirando por la ventana hacia la calle. Un coche que se detenía sin motivo aparente, un peatón al que juraría haber visto pasar unos minutos antes, dos individuos que se demoraban charlando en la acera de enfrente, apoyados en la verja del Retiro... Cualquier detalle que otro día le hubiera parecido trivial se le antojaba hoy una prueba evidente de que estaban siendo sometidos a vigilancia. Por desgracia, lo asistían motivos de peso para comprender que sus temores eran mucho más que paranoias. Alguien los debía de estar espiando, de eso no cabía duda, aunque quizás empleando métodos más discretos de los que él podía imaginar. Tal vez con un telescopio. Tal vez...

—¡Pues que los zurzan! ¡Ya se cansarán! —exclamó a modo de mínimo acto de rebeldía que, no obstante, le proporcionó un cierto alivio.

Sintiéndose algo más relajado, tomó asiento y contempló el estuche de piel que Klemperer le había entregado antes de dejarlos marchar. Lo había dejado sobre su escritorio por la mañana, antes de retirarse para intentar dormir. Y allí estaba esperándolo todavía. ¿Para qué guardarlo en la caja fuerte cuando esta medida había resultado ineficaz? De repente, cayó en la cuenta de que ni siquiera había comprobado el contenido del estuche. Tal vez estuviera vacío y aquello no fuera más que una broma cruel, un último golpe para su dignidad. Durante unos segundos sintió miedo y no se decidió a abrirlo. Luego comprendió que el asunto le importaba mucho menos de lo que había pensado.

Erasmus alzó la tapa.

Sobre un lecho de brillante terciopelo rojo descansaba la crónica incompleta de Gonzalo de Córdoba.

* * *

Las dos horas siguientes las pasó hojeando el manuscrito de Gonzalo. En varias ocasiones tuvo que resistir el impulso de volver a asomarse a la calle en busca de señales de vigilancia. Tampoco podía olvidar que Pilar estaba en casa, a tan solo un pasillo de distancia. Sin embargo, ella había dejado claro que quería estar a solas con la televisión. Erasmus dudaba que la muchacha estuviera viendo programa alguno. Seguramente su único propósito era quedarse embobada ante las imágenes de la pantalla y tratar de no pensar en lo ocurrido. Pilar estaba usando la televisión a modo de narcótico, como una manera de apaciguar su miedo. Pensó que ojalá estuviera teniendo más éxito que él en el empeño.

Las hojas del manuscrito se sucedían lentamente ante su vista. Su problema de retina y la endemoniada escritura de Gonzalo hacían que la lectura le resultara casi imposible. Aun así, en ocasiones cazaba algún fragmento al vuelo, y esas pocas

palabras bastaban para que el episodio correspondiente regresara íntegro a su memoria. Aquel aprendiz de librero llevaba muerto cerca de cuatro siglos. Sin embargo, la viveza de su escritura era tal que Erasmo tenía la sensación de haber presenciado aquellos sucesos con sus propios ojos. El tenso encuentro entre Cervantes y Lope en la librería de Robles, la primera visita de Gonzalo a la residencia vallisoletana de los Cervantes, la infausta partida de cartas en la posada, a medio camino entre Valladolid y Madrid, la peregrinación del escritor y del muchacho por tabernas e iglesias, el duelo en la Puerta del Sol... A Erasmo le bastaba con cerrar los ojos para evocar todos esos episodios. Y no con palabras, sino con imágenes pobladas de lugares y rostros, sonidos y olores, vida y movimiento. Al llegar al grotesco episodio en que Cervantes y Gonzalo se escondían bajo la cama de Lope, Erasmo tuvo que sacudir la cabeza para alejar una intensa sensación de irrealidad. ¿De verdad se había limitado a leer una narración de aquellos hechos? Entonces, ¿por qué le parecía recordarlo todo como si él mismo hubiera estado oculto bajo aquella cama? ¿Por qué resonaban aún en sus oídos los versos del *Fénix*, los gemidos de los amantes, los crujidos de la madera? La única respuesta era que Gonzalo no se había limitado a consignar unos hechos acaecidos en su juventud. Lo que había conseguido era atrapar la vida misma en unos rectángulos de papel. Esa era la auténtica fuerza de la palabra escrita. Y por ello había gente como Erasmo, personas que habían consagrado su vida al estudio de aquella magia extraordinaria. Intuía que su pasión por los libros no era simple codicia ni mero afán de coleccionismo. Sabía que existía un componente inmaterial que distinguía un bibliófilo de cualquier otro tipo de coleccionista. No se trataba de una cuestión de encuadernaciones platerescas o barrocas, de papel o pergamino, de grabados en madera o en cobre, de unos milímetros más o menos de margen. Nada tan simple como eso. Sin ánimo de pecar de místico, Erasmo estaba convencido de que el ingrediente misterioso era de una naturaleza mucho más elevada, y se cifraba en la capacidad de la palabra para multiplicar la experiencia haciéndonos vivir vidas ajenas. Ese poder convertía a los libros, en tanto que receptáculos de palabras, en objetos casi sagrados. Y por ello Erasmo había dedicado su vida a estudiarlos y coleccionarlos. Aunque también existían tipos como Klemperer, cuya pasión desaforada había degenerado en una auténtica bibliopatía.

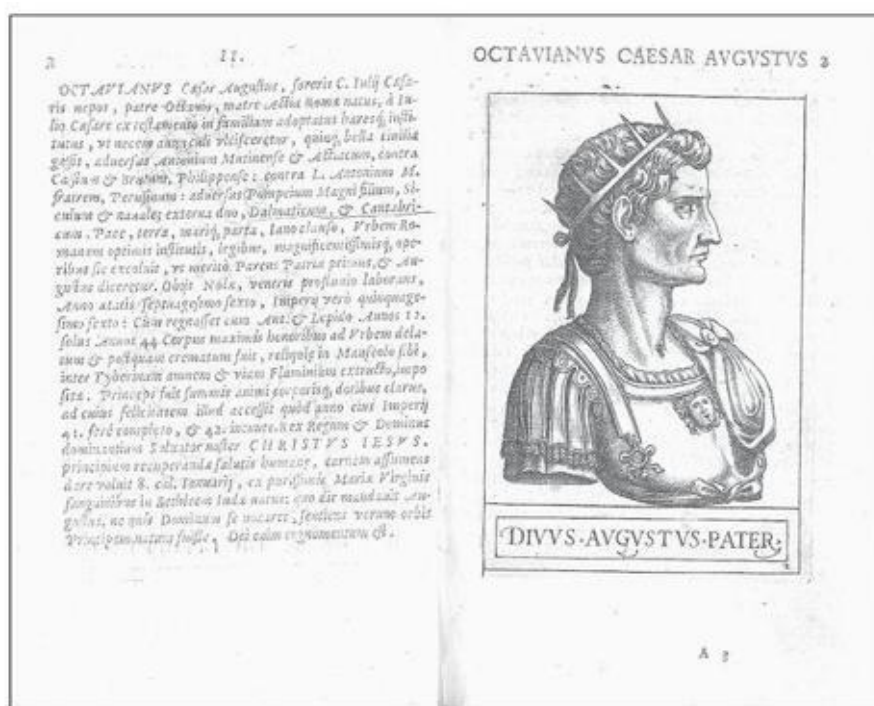
Bibliófilos y bibliópatas. Buenos y malos. Como explicación resultaba quizás algo simple, y Erasmo se preguntó si existía una diferencia real entre ambos o si únicamente se trataba de una cuestión de grado. Imaginó a Klemperer deambulando a solas por su inmensa biblioteca de ejemplares únicos y raros, tomando un libro aquí y allá, contemplando un grabado o una marca de impresor, acariciando una encuadernación de época, aspirando el aroma arcano de un códice medieval. Entonces trazó un gesto circular con la vista para contemplar su propia biblioteca,

infinitamente más pequeña y modesta, pero reunida con idéntica pasión, y seguramente con el mismo propósito. Igual que le ocurría a Klemperer, únicamente tras aquella muralla de papel le era posible a Erasmo encontrar auténtica paz. Cuánta razón tenía el Kempis que traducía en sus días de seminarista: *In omnibus requiem quaesivi, et nusquam inveni nisi in angulo cum libro* («Busqué la paz por todas partes, y únicamente la encontré con un libro en un rincón»). Allí, entre sus libros, se sentía seguro y protegido. Afuera rugía el perro mundo.

Erasmo se puso en pie y recorrió con el dedo índice los lomos de los ejemplares de uno de los estantes. Eran en su mayor parte ediciones del Siglo de Oro, algunas con sus encuadernaciones originales de época, otras reencuadernadas posteriormente. Eran sus libros. Sus amadas criaturas. Ahora se daba cuenta del poco tiempo que les había dedicado en las últimas semanas y se sentía culpable por ello. Apenas había disfrutado de ese *Testamento de Nuestro Señor con la oración de San Gregorio Papa* que había adquirido en la subasta en la que conoció a Dolores (el apodo *Prometeo* le resultaba aborrecible). Pero ¿qué era aquello?



Erasmus extrajo de la estantería un librito en octavo que no acababa de identificar. Una vez abierto, el ejemplar reveló uno de esos frontispicios arquitectónicos tan frecuentes en las ediciones del Renacimiento. Dos cariátides sostenían un frontón historiado con el escudo heráldico del autor, que en este caso era grabador. En el interior del grabado figuraba el título: *Romanorum Imperatorum Effigies, Elogiis ex diuersis Scriptoribus*. Erasmus lo hojeó. Se trataba de un libro de grabados que glosaba las vidas de los emperadores romanos, y también incluía algunos de los bizantinos y de los del Sacro Imperio. La obra arrancaba con Julio César y culminaba con Carlos V. En el verso de cada hoja se recogía una breve biografía en latín de cada personaje. El correspondiente recto estaba ilustrado con un grabado en cobre (*aeneis tabulis incisae*) que mostraba el busto del emperador en cuestión, todos ellos representados de perfil con un aire numismático. *Ioannes Baptista de Cavalleriis* figuraba como autor de los grabados, y ciertamente Erasmus creía recordar a un Giovanni Battista Cavaliere, grabador italiano que gozó de cierta celebridad en la segunda mitad del XVI. El librito había sido publicado en Roma en 1583.



Erasmus dedicó unos minutos a contemplar con perplejidad los severos bustos de los césares. Le resultaba imposible recordar de dónde provenía aquel libro y cómo había acabado en su biblioteca, y durante unos instantes de pánico temió que los golpes recibidos le hubieran provocado alguna lesión grave que hubiera dañado su memoria de forma irreversible.

—¡Claro! —exclamó al hacérsele la luz de repente.

El libro se lo había entregado aquella pareja de Esquivias a quienes les había comprado las cajas repletas de papeles del escribano, la mujer mapamundi y el

hombre tocado con la gorra de la Caja Rural. «Un recuerdo de Esquivias», había dicho la mujer. Cuando Pilar y él regresaron a Madrid, Erasmo había dejado el librito en su biblioteca y se había olvidado por completo de él. En verdad, no se trataba de una pieza muy valiosa. Su estado de conservación era deficiente. Al tacto y a la vista, el papel se reveló como de escasa calidad, y estaba además cubierto de manchas de naturaleza diversa, algunas de ellas de aspecto harto sospechoso. Para colmo, faltaban varias hojas. Como Erasmo había observado a simple vista, la encuadernación no era la original, aunque el término de «encuadernación original» no era del todo apropiado al tratarse de un libro del Siglo de Oro. En aquellos tiempos los libros solían comprarse sin encuadernar («cuerpos de libro», se denominaban), de forma que cada propietario pudiera vestirlos conforme a sus gustos y sus medios económicos. Erasmo ignoraba cómo había sido la primera encuadernación de aquel librito. En cualquier caso, esta debía de haber quedado dañada por agua, fuego o roedores, por lo cual algún propietario posterior había determinado despojar al volumen de sus tapas originales y sustituir estas por un cartón revestido de pergamino. Se trataba sin duda de un trabajo casero, aunque realizado con cierta pericia. El bibliófilo tomó una lupa de su escritorio y examinó minuciosamente las guardas del volumen.

Y lo que halló en ellas le arrancó un alarido de tal intensidad que Pilar acudió al instante desde el otro extremo de la casa. La muchacha encontró a Erasmo de pie en el centro de la pieza que le servía de despacho y biblioteca. Con ambas manos sostenía un librito antiguo que apretaba con fuerza contra el pecho. A sus pies había una lupa cuya lente se había desprendido al chocar contra el suelo.

—¡Profesor! ¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra bien?

Erasmo volvió la vista hacia ella, pero su expresión de ensimismamiento era tal que Pilar dudó que pudiera verla siquiera.

* * *

—La práctica del reciclaje dista de ser un concepto moderno —dijo Erasmo hablando a toda velocidad, atropelladamente—. Sabes muy bien que en la antigüedad los papiros y pergaminos se raspaban para volver a escribir sobre ellos. El papel, cuando comenzó a emplearse, era caro, incluso el de peor calidad. Grandes cantidades de papel usado se enviaban al molino para fabricar nueva pasta de papel. También era práctica común emplear papel viejo para hacer un cartón fino que se denominaba «papelón», y que se usaba para darles consistencia a las tapas de las encuadernaciones. Se tomaban varias hojas y se pegaban unas a otras, así de sencillo. A veces los bibliófilos encontramos auténticos tesoros escondidos dentro de la cubierta de algún ejemplar menos valioso. Hace unos días compré un raro pliego de cordel recuperado de ese modo. Y, modestamente, yo mismo encontré varios folios de

un valioso gótico dentro del cartonaje de un libro del XVI que se estaba cayendo a pedazos. Y esos folios procedían nada menos que de una desconocida *Cartilla y Doctrina Christiana* gótica...

—Por favor, profesor, no se desvíe del asunto.

—Bien, bien. Pues el asunto es este librito, estas *Efigies de los emperadores romanos*. El ejemplar estaba en la casa del escribano de Esquivias, Miguel de Córdoba, quien según nuestros datos podría haber sido nada menos que nieto de Cervantes a través de su hija Isabel. Con los años el libro quedó dañado, seguramente por la humedad, que como bien sabes es el principal enemigo de los libros, incluso más que el fuego y las mujeres...

—¡Profesor!

—Sí, perdón. El caso es que algún descendiente cercano de Miguel de Córdoba que había heredado su biblioteca decidió reponer la cubierta de ese libro con la esperanza de preservar las hojas interiores. Y para ello usó lo que tenía más a mano, además de un trozo de pergamino, tijeras y cola. ¿Y qué piensas que era lo que tenía más a mano?

—Estoy deseando que me lo diga.

—¡Pues nada menos que el manuscrito de Gonzalo de Córdoba! ¡Nuestro Gonzalo de Córdoba! ¡Ese antiguo aprendiz de librero que se casó con la hija de Cervantes y se estableció con ella en Esquivias, donde la familia seguramente aún tenía propiedades!

—Me cuesta seguirle, profesor.

—En realidad es muy sencillo. El manuscrito de Gonzalo siempre permaneció en ese caserón que tú y yo visitamos. Estaba guardado en el despacho del escribano, y con el tiempo quedó arrumbado y confundido entre una montaña de contratos, escrituras y demás. También había libros, entre ellos este pequeño volumen que algún propietario bienintencionado decidió preservar. Y para ello no tuvo mejor ocurrencia que fabricarse su propio cartón usando el papel que tenía más a mano, y que no era otro que algunas hojas del manuscrito de Gonzalo de Córdoba, cuyo origen y valor habían quedado olvidados con los años.

—¿No me estará diciendo que...?

—Exactamente lo que supones. Que las tapas de este libro fueron confeccionadas con varias hojas del manuscrito de Gonzalo (calculo que entre ocho y diez), cortadas y pegadas entre sí. Y si no me crees, míralo con tus propios ojos.

Erasmus abrió el librito y le mostró a Pilar la guarda posterior. El papel más grueso que formaba la guarda y unía las tapas al cuerpo del libro se había despegado. Y lo que asomaba debajo eran varias líneas de escritura que la muchacha observó de cerca. Entonces ahogó una exclamación.

—¡Dios mío, profesor! ¡Es un milagro!

—Bueno, no tanto. Si lo piensas con detenimiento, todo encaja. Digamos que he tenido un poco de suerte. Pero la suerte y el azar siempre fueron los principales aliados del bibliófilo, y yo llevo muchos años cultivando ambas artes.

Pilar sonrió y pasó por alto la petulancia de Erasmo.

—¿Y ahora qué hacemos?

El bibliófilo enarcó las cejas, como si no entendiera la pregunta.

—Pues naturalmente...

En ese punto se detuvo y pareció reflexionar. Miró atentamente el libro. Luego miró a Pilar. Por último, se dirigió hacia la librería y depositó el volumen en el estante de donde lo había tomado.

—Profesor, ¿me puede explicar por qué ha hecho eso?

—Únicamente me estoy ciñendo al plan original, Pilar.

—¿Y qué plan es ese que consiste en sentarse y no hacer nada?

Erasmo suspiró.

—Creo que todo está suficientemente hablado. Ahora tenemos justo lo que Klemperer desea con toda su alma. Las últimas hojas de la crónica de Gonzalo, las que sin duda revelan el secreto del paradero del manuscrito del *Quijote*.

—Profesor, por lo que usted me ha contado, ese manuscrito fue arrojado al fuego por Lope.

Erasmo pareció impaciente.

—Tenemos el *Quijote*, luego hay o hubo un manuscrito. De dónde salió, lo ignoro. Tal vez Cervantes reescribiera la novela, aunque parece improbable por una cuestión cronológica. Los últimos acontecimientos que narra Gonzalo ocurrieron en los primeros días de octubre de 1604. Seguramente en las Navidades del mismo año ya se distribuyeron ejemplares del *Quijote* en la Corte. Sin ningún género de dudas, en enero de 1605 la novela ya se vendía en la librería madrileña de Robles. No hubo tiempo material para que Cervantes rehiciera la novela y para que sus 83 pliegos se imprimieran en el taller de Juan de la Cuesta. En fin, todo un misterio que con seguridad esas hojas finales del manuscrito podría resolver.

—¿Y a qué estamos esperando entonces? ¿Qué propone?

—No propongo nada. No pienso hacerte pasar otra vez por lo mismo. Si recuperamos las hojas del cartonaje de ese libro, Klemperer lo sabrá y vendrá por nosotros. Así que el libro se queda donde está. Es la única manera de que nos deje tranquilos.

Pilar frunció el ceño.

—¿Me está diciendo que nos hemos dejado secuestrar, vapulear y amenazar para nada? ¿Que tenemos la solución de todo este enigma al alcance de la mano y nos vamos a quedar cruzados de brazos? ¿Me está diciendo eso de verdad?

Erasmo jamás había visto a Pilar tan enfadada. Ni siquiera aquella vez que le

denegaron una beca de investigación en la Complutense para favorecer a cierto fulano que, casualmente, era sobrino de un catedrático. La muchacha echaba fuego por los ojos y el bibliófilo se encogió instintivamente.

—Pilar, sé razonable.

—¡No! ¡No voy a consentirlo! Por lo menos quiero saber cómo acabó todo. Qué pasó con Cervantes, con Gonzalo, con la novela... ¡Nada de quedarnos de brazos cruzados! Deme otra alternativa.

Erasmus se acercó a la librería y tomó de nuevo el libro de los emperadores. Después examinó las tapas detenidamente.

—La única solución que se me ocurre es que nosotros mismos despeguemos las hojas sin que Klemperer lo sepa. Pero es una operación delicada. Podríamos destruir el texto manuscrito en el proceso. Aunque tal vez...

—¿Sí, profesor?

—Puedo llamar a Epifanio.

—¿Epifanio?

—Es mi restaurador de cámara, por así decir. Un profesional muy competente. Ha hecho maravillas con algunos libros muy dañados que le he confiado.

—Pues estupendo, ¿no?

—Pero el libro no debe salir de esta casa. Eso llamaría la atención. Tengo que convencer a Epifanio para que venga aquí a hacer el trabajo.

—¿Aquí?

—Como te he dicho, es un proceso delicado. Pero eso no significa que sea complejo. Es más una cuestión de habilidad y experiencia. Tal vez no sea imprescindible hacerlo en un taller. Déjame hablar con él. ¿De acuerdo?

* * *

El restaurador de libros antiguos Epifanio Caballero se presentó pasadas las nueve de la noche.

—¡Virgen del Amor Hermoso! —exclamó al ver los hematomas y contusiones que cubrían el rostro de Erasmus—. Te han dejado la cara como el mapamundi de Cotton. ¿Te has peleado con algún bibliófilo aficionado al boxeo?

—Tropecé con una puerta.

—Ya —repuso el restaurador con gesto de incredulidad—. Lo que sigo sin entender es por qué demonios te corre tanta prisa. Y qué es eso de no dejarme trabajar en mi taller, como Dios manda. ¿Qué crees que va a pensar mi mujer cuando sepa que ahora sirvo encargos a domicilio, como el repartidor de Telepizza?

—Ya se contentará cuando le enseñes el dinerillo que te vas a ganar por un rato de trabajo. ¿Has traído tus herramientas?

El restaurador señaló un maletín negro que portaba con él.

—Espero que el trabajo sea tan sencillo como me lo has pintado por teléfono. De todos modos tenemos para un buen rato. Ah, buenas noches.

Pilar acababa de aparecer vestida con su camiseta de Benidorm y unos amplios pantalones de chándal. Epifanio Caballero le dedicó una mirada de aprobación antes de girarse hacia Erasmo con expresión socarrona.

—Pilar Esparza —explicó el bibliófilo—. Una... una amiga. Bueno, manos a la obra. ¿Necesitas algo?

El restaurador solicitó un recipiente ancho para realizar el lavado de las hojas, y Erasmo le entregó una palangana de plástico con un alegre diseño floral.

—Es lo que tengo en casa —se disculpó, ahorrándose el detalle de que era la palangana que Gladys usaba para poner en remojo su ropa interior. Aun así, Epifanio Caballero torció visiblemente el gesto antes de dictaminar:

—En fin, tendrá que valer.

Como Erasmo había anunciado, el proceso fue sencillo, aunque laborioso. En primer lugar, el restaurador procedió a extraer el cartonaje de la encuadernación. Ambas guardas estaban prácticamente desprendidas, y el trozo de piel que recubría todo el conjunto ni siquiera estaba pegado, por lo que el cartón oculto en el interior de las tapas salió con facilidad. La cubierta de vitela quedó descartada.

—Menos mal, parece que es engrudo —murmuró el restaurador satisfecho.

—¿Cómo? —inquirió Pilar.

—Sí, verás, lo habitual es encontrar las hojas de papel pegadas con engrudo, una cola que se hace cociendo harina en agua, la merienda favorita de los bichos bibliófagos. Lo bueno del engrudo es que un simple baño en agua templada suele bastar para reblandecerlo. Sin embargo, en España, los encuadernadores a veces usaban gelatina, que se hacía hirviendo huesos de animales y recortes de pergamino. El cartón resultante es más rígido y las hojas se despegan con dificultad, sobre todo si había alumbre en la mezcla. Una gran faena, porque si el papel es muy fino llega a deshacerse. Por suerte, parece que al tratarse de una encuadernación casera se recurrió a la fórmula más sencilla del engrudo, lo que sin duda nos favorece.

—¿Bastará entonces con sumergir el cartón en agua caliente?

—Creo que sí. Si acaso unas gotas de amoníaco ayudarán. Tengo en el taller unas amilasas que son una maravilla, pero hay que controlar con cuidado el pH y la temperatura. Las enzimas actúan en márgenes muy estrechos y no me atrevo a intentarlo aquí. ¿Os dais cuenta de que hacer esto en una cocina es como hacer una traqueotomía en un vagón de metro?

—No te preocupes —dijo Erasmo—. El paciente no va a quejarse. Y olvídate de enzimas y demás mariconadas de restauradores finos. Cualquiera diría que lo único que quieres es impresionar a Pilar.

Epifanio se ruborizó ligeramente y volvió al trabajo con un gruñido. Introdujo el papelón que formaba el cartonaje de la encuadernación en el agua templada con una suave inclinación. Poco a poco, el agua fue hinchando el cartón, que empezó a teñir el agua clara de un color marrón oscuro. —«Una infusión bibliofílica», pensó Erasmo—. El cartón permaneció sumergido en la palangana durante un tiempo que les pareció eterno. Después, el restaurador lo extrajo con cuidado y lo colocó sobre lo que parecían láminas de papel.

—Es *reemay*, una especie de papel basto hecho de fibras de nailon —aclaró Epifanio mientras hurgaba en la caja metálica donde guardaba bisturíes, agujas curvas y jeringuillas—. Mis colegas usan espátulas de acero para separar las hojas. A mí me parece una salvajada. El papel mojado se rompe con solo mirarlo y, aunque no lo parezca, el filo es muy agresivo. Prefiero usar esto.

Y les mostró unas varillas de bambú con forma de espátula.

—Parecen palillos de restaurante chino —observó Pilar—. Cuando yo llevaba el pelo largo a veces los usaba para hacerme prendidos.

Epifanio sonrió.

—Buen ojo. En efecto, son palillos de los que los chinos usan para comer. Yo mismo los he tallado a base de lija y paciencia.

A renglón seguido, Epifanio procedió a introducir la espátula entre las capas de papel, que fue separando delicada y laboriosamente. Luego colocó cada hoja sobre una lámina de *reemay* y, valiéndose de la misma espátula, eliminó con paciencia los pegotes de engrudo. Después las fue introduciendo otra vez en agua limpia y masajé la superficie con un pincel para eliminar los restos de cola.

—Si quedan residuos, el engrudo se encoge y deja las hojas hechas un Cristo —explicó el restaurador.

El proceso se consumó al cabo de un par de horas, y su resultado fue unas veinte hojas de papel intactas y cubiertas de nítidas líneas manuscritas.

—Como veis, soy una máquina —se jactó el restaurador Epifanio Caballero—. Se han despegado a la perfección y la tinta no se ha deteriorado. Con los impresos suele ser mucho más fácil. Por cierto, ¿puedo preguntar qué es esto?

—Puedes —repuso Erasmo—. Y yo puedo no contestarte.

—Ya veo. Los bibliófilos siempre con vuestros secretitos. En el fondo sois como niños. Por lo que a mí respecta puedes estar tranquilo. Lo único que quiero es terminar y largarme.

Un último lavado dejó las hojas listas para el secado. En la parte final del proceso, el restaurador dispuso las hojas del manuscrito entre láminas de *reemay* limpio y papel secante. Por último, colocó unos tableros encima (las baldas de una vieja estantería que Erasmo había desmontado para la ocasión), y sobre ellos unos tomos de enciclopedia para facilitar el prensado.

Era más de medianoche.

—Listo. Dejad que se sequen bien y quedarán lisas como el culito de un bebé.

—¿Podremos examinarlas mañana? —preguntó Pilar.

—Los japoneses esperan meses para el secado completo. Yo esperaría un par de días. Pero supongo que si las manejaís con cuidado no habrá demasiado problema. En fin, casi que me voy marchando. ¿Habíamos hablado de quinientos euros, verdad?

Erasmus fue contando los billetes uno por uno mientras se los entregaba al restaurador, quien los recibió con expresión risueña sobre la palma de su mano derecha.

—No podrás quejarte. Las lavanderas de mi pueblo cobraban bastante menos por hacerles la colada a los señoritos.

—Pues ya sabes, generoso —replicó Epifanio Caballero mientras recogía sus herramientas—. La próxima vez llamas a una lavandera de tu pueblo. Quedad con Dios.

* * *

Erasmus no tuvo problemas para conciliar el sueño aquella noche. Por un lado, el dolor de los golpes parecía haberse suavizado. O tal vez su cerebro lo hubiera puesto en segundo plano, ocupado como estaba en repasar los emocionantes acontecimientos de aquel día. Además, el hallazgo de las hojas restantes del manuscrito le resultaba reconfortante por lo que tenía de logro y, en cierto modo, también de retribución. Klemperer lo había amenazado, había hecho que lo torturaran, había intentado quebrar su voluntad usando a Pilar como rehén. Pero era él, Erasmus López de Mendoza, quien se había alzado con el premio. Curiosamente, ni por un segundo se sintió amenazado o pensó que pudieran estar en peligro. Fue Pilar quien trajo el asunto a colación al día siguiente, durante el desayuno.

—¿No cree que la visita del restaurador haya podido levantar sospechas?

Erasmus consideró la pregunta durante unos segundos.

—No, no lo creo. Epifanio es solo un amigo que vino a visitarme y se quedó a cenar. ¿Cómo van a imaginar que lo que andan buscando estaba en mi propia casa? Si yo hubiera acudido al taller de Epifanio, tal vez la cosa habría sido distinta.

Pilar asintió.

—¿Cree que ahora tenemos la crónica completa?

—Gonzalo era ahorrativo con el papel. Usaba las dos caras de cada hoja. Sin embargo, anoche me fijé en que el reverso de la última hoja rescatada estaba en blanco. Y las líneas de escritura apenas cubrían la mitad del anverso. Con el papel mojado es difícil decirlo, pero juraría que vi también una firma al pie del escrito. En fin, pronto saldremos de dudas.

—Me refería también a la integridad de las hojas, profesor —puntualizó Pilar—. Gonzalo escribió su crónica en hojas de cuarto de pliego, pero ese libro está impreso en octavo. Tuvieron que cortar el papel para acomodarlo al formato de las tapas. ¿No habrá hecho eso desaparecer buena parte del texto?

—Espero que no. Mi impresión es que se limitaron a cortar el papel por la mitad. Bastará con hacer casar ambas partes para obtener una hoja completa. Supongo que recortaron un poco más para hacer ajustes. Pero también en eso tenemos suerte. Aunque procuraba economizar papel, Gonzalo aprendió un par de cosas durante los años que trabajó para el librero Robles. Entre ellas la importancia de ser generoso con los márgenes. Con un poco de suerte, el texto estará completo o casi. De todos modos, repito, pronto saldremos de dudas.

—¿Cree que el papel se habrá secado ya?

—Mejor esperar hasta la noche, no vayamos a acabar estropeándolo todo por nuestra impaciencia. Ese manuscrito nos ha estado esperando cuatro siglos. Es justo que nosotros lo esperemos unas pocas horas más, ¿no crees?

CAPÍTULO XVI

No fue obra de encantadores

Conforme entrábamos en la librería de la calle Mayor, debíamos don Miguel y yo de asemejarnos a dos almas en pena, tanta era nuestra tristeza por el aciago desenlace de la empresa. Nos sentíamos huérfanos de don Quijote y de Sancho, del cura y del barbero, del ama y de la sobrina, de Cardenio y de Luscinda. Hasta de Rocinante y del asno nos sentíamos huérfanos. Pues siendo todos ellos criaturas de papel y de tinta, no habían sido capaces de sobrevivir a las iras de Lope ni al tránsito por las llamas. Por ende, veníamos resignados a afrontar las iras de mi amo el librero, que eran muchas y muy malas, como bien podían atestiguar mi cabeza y los muchos coscorrónes por ella recolectados al cabo de mis años de aprendiz. Llegamos, en fin, dispuestos para lo peor.

Para lo que no nos hallábamos en modo alguno prevenidos era para los hechos milagrosos que acaecieron nada más poner los pies en la librería de Robles, hechos que trocaron aquel día de desgracias en uno de los más venturosos de mi corta vida. Hasta el extremo que de haber sido yo caballero andante en vez del hijo de un humilde herrero, lo que estaba a punto de ocurrirnos me habría parecido obra de encantadores. Y no de aquel malvado Frestón al que don Quijote tenía por su enemigo jurado, sino de algún mago bondadoso que no deseara sino procurar nuestra dicha. Mas como siempre descreí de magias y de encantamientos, me contentaré con atribuir lo ocurrido a la intervención de la Providencia. Pues ¿acaso existe magia más poderosa y benévola que esa?

Pero temo que mi tardanza en narrar de una vez los hechos anunciados esté provocando la impaciencia y hasta el enojo de vuestras mercedes, así pues revelaré de una vez por todas que, nada más entrar en la librería de Francisco de Robles, con quien don Miguel y yo nos topamos fue con el propio Francisco de Robles, lo que no sería motivo de gran maravilla si no fuera por las dos mujeres que lo acompañaban. ¿Que quiénes eran ellas? Lean vuestras mercedes. Lean y lo sabrán sin más demora.

Pues bien, sepan, señores, que una de las dos mujeres que acompañaban al librero Robles era Magdalena, la más joven de las hermanas de don Miguel. En cuanto a la otra, mi corazón casi dejó de latir cuando mis ojos se encontraron con los de Isabel de Saavedra. ¡Mi Isabel! La hija de mi señor Cervantes y dueña absoluta de mis pensamientos. La mismísima Isabel a la que tanto había añorado desde la última vez que la viera en Valladolid, justo antes de tomar la diligencia hacia Madrid, aquel día desde el cual parecía haber transcurrido una eternidad. Ambas mujeres vestían ropas de viaje y junto a ellas había un fardo y un pequeño baúl, de donde colegí que se encontraban recién llegadas a Madrid. La hermana guardaba silencio y se mantenía

algo apartada. Isabel, sin embargo, parecía enzarzada en animada conversación con el librero, que la miraba con expresión de incredulidad, como si no acabara de creerse del todo lo que la muchacha le estaba contando. Ambos se encontraban tan absortos en su plática que tardaron aún en apercibirse de que acabábamos de entrar en la librería, y fue Magdalena la que tuvo que alertarlos de nuestra presencia.

—¡Padre! ¡Gonzalo! —gritó Isabel.

Y acto seguido la vi lanzarse a los brazos de don Miguel, que si alguna vez he sentido envidia de él fue en aquel momento en que su hija lo recibió con efusiones semejantes. Yo, en cambio, hube de contentarme con estrecharle las manos, pues ni Magdalena, de la cual Isabel era pupila, ni su padre, ni el decoro debido a una joven honesta me autorizaban a más. Y entretanto don Miguel permanecía con la boca abierta y no parecía acordarse del modo de cerrarla. Y, pues ya que la tenía abierta, decidió aprovechar para preguntar a su hija y a su hermana qué las había traído a Madrid de forma tan repentina como inopinada. Sin embargo, fue Isabel la que se adelantó proclamando a voz en grito:

—¡Vuestra novela, padre! ¡Vuestra novela!

Y al oírla hablar así don Miguel se mostró sorprendido, y acto seguido apesadumbrado.

—¿Cómo es que ya lo sabes, hija? ¿Tan rápido corren las malas nuevas?

Y entonces fue el turno de Isabel para mostrarse sorprendida. Y también el librero Robles nos dirigió una mirada interrogante, a la que yo respondí agachando la cabeza por mejor ocultar mi embarazo.

—La novela ya no existe, Robles —confesó don Miguel—. Vuestro aprendiz y yo la vimos arder hasta convertirse en cenizas. Pero os ruego que no culpéis a Gonzalo por ello, ya que su celo y su fidelidad han sido ejemplares. Culpadme a mí por mi mala suerte y culpad al malnacido que nos la robó, cuyo nombre no podréis creer cuando os lo revele. En cuanto al dinero que me disteis por el libro, si me concedéis algo de tiempo...

Veía yo a Isabel ansiosa por interrumpir el parlamento de su padre, aunque el respeto se lo impedía. Pero llegó un punto en que la impaciencia pudo más y entonces la oímos gritar:

—Pero ¿qué estáis diciendo, padre? ¡La novela del hidalgo existe! ¡Por Dios que existe!

—Isabel —dijo Cervantes en tono severo—, te ruego que no hables de lo que nada sabes.

—¿Conque nada sé, decís? Entonces tened a bien explicarme lo que es esto.

Y acto seguido aquella bendita muchacha echó mano a una bolsa que del hombro traía colgada. ¿Y qué piensan vuestras mercedes que salió de ella sino la mismísima novela de *El ingenioso hidalgo*, la misma novela que bien poco antes habíamos visto

arder hasta consumirse por completo?

—«¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!».

Eso último no lo dije, sino que lo pensé, y aun para ello tuve que robarle a Sancho Panza las palabras. Decir, no dije nada. Háganse cargo vuestas mercedes. Con tanta emoción y sobresalto, el pobre Gonzalo se había quedado tan mudo como si le hubieran cosido los labios.

* * *

No hubo en aquello magia alguna ni fue aquel asunto de encantadores. La novela era la misma, en efecto, pero el manuscrito no. Y fue don Miguel, quien al fin y a la postre lo había escrito de su propia mano, el primero en percatarse de ello.

—¡Pero si es mi primer manuscrito! ¡El que te pedí que quemaras o que llevaras al sedero!

Isabel lo miró con los ojos brillantes y las mejillas arboladas. Creo que nunca la había visto tan hermosa.

—Y yo os obedecí puntualmente, padre, pues hice lo segundo. Pensé que vendiendo el papel siempre podría obtener unas pocas monedas con las que darme algún capricho. Pero hace tres días, cuando recibimos en Valladolid vuestra carta contando que os habían robado la novela y que ibais a quedaros en Madrid para tratar de recuperarla, comprendí que había que actuar con presteza. Y al punto acudí al mercado y busqué el puesto del sedero al que le había vendido el manuscrito. Y conseguí rescatarlo, aunque *in extremis*, porque ya estaba este dentro de un fardo, y el fardo a lomos de una mula, ya que el sedero se disponía a llevar una carga de papel al molino. Excuso deciros cuánto se enfadó aquel hombre cuando le expliqué mi deseo de deshacer el fardo y rebuscar dentro de él. Tuve que darle diez maravedíes a aquel villano. Pero encontré vuestros papeles.

—Y me volvió loca hasta que accedí a venir con ella a Madrid para traéroslos, hermano —terció entonces Magdalena.

Y entretanto don Miguel sostenía en sus manos aquel manuscrito y lo miraba y remiraba como si no diera crédito a lo que veía, como si en lugar de una pila de hojas de papel lo que le hubieran entregado fuera el vellocino de oro o el Santo Grial o cuando menos una astilla de la Vera Cruz, de esas que dicen que, puestas juntas, formarían una cruz tan alta que no cupiera bajo la cúpula de San Pedro.

—¡A la imprenta con él! —decretó entonces mi amo Robles cual general que ordena una carga de infantería—. Todas estas desventuras ya me han costado mis buenos reales y no pienso esperar ni un solo día más. Ea pues, traed aquí esos papeles, Cervantes, que ya los pongo yo a buen recaudo en casa del maestro impresor

Juan de la Cuesta.

Pero don Miguel seguía ensimismado en su manuscrito, cuya realidad no parecía capaz de aceptar por completo. Es más, en lugar de entregárselo a Robles, lo que hizo fue aferrarlo fuertemente contra su pecho, como si no estuviera dispuesto a separarse de él ni mediante un caldero de agua hirviente.

—No.

—¿Cómo decís?

—He dicho que no, Robles. En modo alguno puedo permitir que llevéis este manuscrito a la imprenta.

Mi amo Robles frunció el entrecejo de tal modo que no parecía sino que le hubieran asestado un tajo en mitad de la frente. Y yo, que conocía bien el gesto, me preparé para la llegada de la tempestad.

—¡No me hagáis enojar, Cervantes! Mirad que tenéis firmado un contrato que ya habéis incumplido repetidas veces. Vuestro *Don Quijote* del demonio va a salirme por una fortuna. Voy camino de convertirme en el hazmerreír de los librereros del reino. Más sensato habría sido seguir con mis libros de pragmáticas y sermones, y olvidarme de ese fantoche vuestro, que amenaza con costarme más caro que si de un Amadís, un Orlando o un Tirante el Blanco se tratase. Así que, o me entregáis ahora mismo esos papelajos u os denuncio a la justicia para que os prendan y juzguen. Y no me miréis así, que sé de buena tinta que no sería la primera vez que culmináis vuestros negocios de ese modo, y en la cárcel se alegrarán de recibir de nuevo a un inquilino tan asiduo como vos.

Cervantes lo miró con expresión dolida, pero su respuesta no fue airada, sino que estuvo llena de mesura.

—Bien que lamento los quebraderos de cabeza que os ha procurado mi *Don Quijote* —repuso en tono sosegado—. Y viendo ahora cómo se han sucedido las cosas, lamento aún más el día en que accedí a entregaros una novela que jamás pensé en escribir sino como una historia breve, al modo de mis otras *Novelas ejemplares*, de las que ya he compuesto varias. Lo que trato de haceros comprender, Robles, es que si me niego a que este manuscrito vaya a la imprenta no es porque desee causaros perjuicio alguno, muy al contrario. Lo que en verdad os perjudicaría es que de estas hojas torpes y desmañadas saliera un libro impreso.

—Por Dios que cada vez os entiendo menos, Cervantes —dijo el librero estirándose las barbas con gesto de desesperación.

—Mirad este manuscrito. Reparad en todas estas tachaduras y enmiendas. Ved los añadidos escritos en letras tan menudas que no parecen sino desfiles de hormigas. Por no hablar del millar de errores y lagunas y despistes de todo género que el texto contiene. ¿Qué clase de libro podría salir de este engendro?

Robles pareció vacilar.

—¿Y entonces que proponéis?

—Dadme más tiempo. Entre mi hija y yo volveremos a hacer una copia en limpio de la que un impresor pueda servirse para componer un libro como Dios manda. No me atrevo a pedirlos que se la encarguéis a un pendolista pues bien sé que habéis gastado mucho más de lo que pensabais gastar. Únicamente os pido tiempo. ¿Me lo concederéis?

Robles lo miró con el ceño fruncido.

—¡Ni soñarlo!

Y le arrancó a Cervantes el manuscrito de las manos.

* * *

De nada sirvieron las muchas y prolijas razones de don Miguel. De nada sirvieron sus súplicas. Aunque no se llamen vuestas mercedes a engaño, pues me consta que mi amo Robles tenía a Cervantes en alta estima, y que en modo alguno deseaba agraviarlo o enojarlo. Pero él era un comerciante antes que nada, y entre comerciantes y poetas no es fácil que reine la concordia, siendo así que unos y otros persiguen fines distintos. Cervantes insistía en que su novela no debía aparecer plagada de dislates y harapiencia cual pordiosero ante la puerta de una iglesia. Afirmaba preferir que don Quijote muriera sin haber llegado a nacer antes que verlo recorrer el mundo hecho un adefesio. Robles le replicaba que estaba exagerando, que aquel libro no era ni la *Vulgata* ni la *Metafísica* de Aristóteles, que era solo una novela, y que no la iban a estudiar ni en Salamanca ni en Roma, pues sus lectores iban a ser gente común que solo buscarían en ella solaz y entretenimiento, y que las erratas no importarían un ardite. Y con estas razones Robles se puso el sombrero y se ciñó la capa y salió a la calle seguido de don Miguel y de todos los demás. Y ambos discutieron calle Mayor adelante, y aún discutían al cruzar la plaza Mayor, y luego discutieron mientras cubrían un buen trecho de la calle de Atocha, que es la más larga de Madrid. Hablaron y gritaron y porfiaron, pero ninguno logró que sus razones convencieran al otro. Y mientras tanto Isabel y Magdalena y yo mismo les seguíamos a corta distancia y escuchábamos entre atentos y divertidos, pues lo cierto es que el cuadro del librero y del poeta gritándose por esas calles resultaba bastante cómico, como así debían de creerlo las muchas gentes que se volvieron al verlos pasar y rieron de buena gana. Y aunque me constaba que don Miguel no iba a conseguir que Robles mudara su propósito, y que aquel manuscrito desastrado tendría que servir para confeccionar el libro, yo no podía dejar de sentir mi corazón ligero. Por un lado habíamos recuperado a don Quijote, por mucho que la figura del caballero fuese más triste aún de lo que Cervantes había previsto. Por otro, Isabel estaba junto a mí y pude tomar su mano durante el largo camino hasta la imprenta que fuera del maestro Pedro Madrigal y que

ahora regentaba Juan de la Cuesta, y que a la sazón se hallaba en la calle de Atocha, a la altura de la de San Eugenio.

Me ahorraré las protestas y lamentos del impresor Juan de la Cuesta cuando le fue mostrado el manuscrito. «¡Vos queréis matarme, Robles! ¿Acaso pensáis que mis hombres pueden trabajar con semejante galimatías?». El librero se limitó a recordarle el lema que figuraba en todos los libros que salían de su imprenta: *Post tenebras, spero lucem*. «Aquí tenéis un manuscrito lleno de tinieblas, Robles. Dadme vos la luz, pues tal es vuestro oficio». Y luego le aseguró que no le pagaría ni un solo maravedí de los que aún le adeudaba si los trabajos con la novela de Cervantes no comenzaban *ipso facto*. Y no solo eso, sino que además no volvería a imprimir libro alguno en su taller. Y ante argumentos de semejante contundencia a maese de la Cuesta no le quedó otra que dar su brazo a torcer, y así pues llamó a Francisco Sánchez, que era el prensista del taller y su mano derecha, y le encomendó el destartado manuscrito y le dijo que sacara de él lo que buenamente pudiera, y a nosotros nos aseguró que por él nos podía llevar a todos el demonio. Y al oír semejante exabrupto Francisco de Robles soltó una risotada, y luego nos convidó en un mesón cercano, al regente del taller y a todos nosotros, con lo que el día terminó con un humeante asado de carnero y un brindis con el mejor vino de la casa, que no fue mala manera de terminar un día que había comenzado de forma tan aciaga. De todo el grupo, solo don Miguel permanecía cariacontecido.

—Alegrad esa cara, Cervantes —le dijo Robles llenando su vaso—. Pensad que no es vuestra culpa si el texto es confuso, sino de ese moro a quien vos mismo le atribuíis la novela, el tal Cide Hamete Benengeli. Que sea el infiel quien rinda cuentas, ¿no os parece?

* * *

Dos meses enteros y algunos días más tardaron los operarios de Juan de la Cuesta en terminar el libro de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, dirigido al duque de Béjar, con privilegio en Madrid en el año de 1604, que habría de venderse en la casa de Francisco de Robles, librero del Rey nuestro señor. Su tamaño, el de cuarto de pliego. Tasado por Juan Gallo de Andrada, escribano del Consejo Real, en tres maravedís y medio por pliego, lo cual, constando el libro de 83 pliegos (preliminares aparte), arrojaba un total de doscientos y noventa maravedís y medio o, lo que es lo mismo, ocho reales y medio por cuerpo, que tal era el precio, y no otro, que habría de pagarse por él. Aunque no piensen vuestras mercedes que con el fin de los trabajos de la imprenta terminaron las vicisitudes de *El ingenioso hidalgo*. Quia. Todavía ocurrieron otras cosas que, aunque siendo de poca monta en comparación con lo ya narrado, conviene consignar para la

cabal comprensión y conclusión de esta crónica.

La primera fue que con el hallazgo inesperado del primer manuscrito y las prisas por llevarlo a la imprenta, mi señor Robles había olvidado un detalle de importancia. Y me refiero a que, una vez impreso el libro, este debía de ser cotejado con la copia que se aprobara en Valladolid, el día en que nos fueron entregados la licencia y el privilegio. Sin embargo, dicha copia, firmada y rubricada por el escribano Juan de Amézqueta, era precisamente el manuscrito que se había consumido entre las llamas en el palacio del duque de Sessa. Por fortuna, tratándose de escribanos y asuntos palaciegos, siempre pueden hallarse soluciones, y me refiero a esas soluciones que están hechas de plata, que son de forma redonda y que llevan acuñado el escudo del rey nuestro señor. Una bolsa llena de dichas soluciones fue menester para que el licenciado Francisco Murcia de la Llana, de la Universidad de Alcalá, se olvidara de la inexistencia del manuscrito aprobado y otorgara el testimonio de erratas, según el cual el libro impreso no contenía cosa digna que no correspondiera a su inexistente original. Un pájaro de cuenta el tal licenciado, dicho sea de paso, aunque no es este momento ni lugar para hablar del personaje.

Y ya que han salido a relucir esas erratas que el licenciado Murcia de la Llana nunca vio, digamos de una vez por todas que el libro que salió de la imprenta de Juan de la Cuesta las contenía en un número todavía mayor de lo que don Miguel había temido y vaticinado. Ya fuera por lo confuso del manuscrito, ya porque los impresores se aprovecharon de dicha confusión para justificar su incuria, lo cierto es que el libro estaba salpicado de errores de escritura, de palabras que faltaban o que sobraban, de solecismos de todo género, algunos de ellos tan novedosos que tal vez asomaran por primera vez a un texto impreso. Recuerdo que don Miguel emprendió la mortificante tarea de marcar con tinta todas las erratas que iba hallando en el texto de su novela, y que desistió cuando ya había señalado setecientas de ellas, pues cada una que encontraba era como si le estuvieran hiriendo con un puñal.

Y no fue esto lo peor, que erratas las hay en todos los libros que se hayan vendido en la librería de Robles y en cualquiera de las del reino. Lo peor fue que al ser aquel manuscrito (el que no ardió) el borrador primero de la novela, abundaba este asimismo en esos descuidos e incongruencias que reciben el nombre de «gazapos». A decir verdad, eran tantos los gazapos que con ellos podría haberse abierto un puesto de conejos en cualquier mercado. En el capítulo VII, a la mujer de Sancho se le cambia el nombre, en tan solo unas pocas líneas, de Juana Gutiérrez a Mari Gutiérrez. En el capítulo X, intitulado *De lo que más le avino a don Quijote con el vizcaíno y del peligro en que se vio con una caterva de yangüeses*, no aparecen por ningún lado los yangüeses, de los cuales no se tiene noticia hasta cinco capítulos después. En el capítulo XIX aparece un bachiller Alfonso López que habla y se va, y que luego habla otra vez sin haber vuelto. Y así podría seguir yo enumerando otras muchas

incoherencias, cada una de las cuales hizo que don Miguel deseara morirse de bochorno, no sin antes haber matado al impresor que no se había entretenido en señalarlas para que él pudiera darles solución cabal, aunque fuese de urgencia. Como imaginarán vuestas mercedes, no hay poeta que esté libre de cometer errores, máxime cuando la obra es larga y pródiga en personajes y lugares y hechos, como tal era el caso. Según se dice, *aliquando bonus dormitat Homerus*. Lo malo es que don Miguel, sin ser Homero, había enmendado casi todos estos descuidos en el manuscrito en limpio (el que ardió), y al volver a encontrarlos en el libro ya impreso se lo llevaron todos los demonios. Y más aún cuando descubrió que al manuscrito que su hija había rescatado del sedero se le había extraviado una hoja, para más señas aquella en la que se narraba cómo a Sancho le robaron su rucio a consecuencia de la aventura con los galeotes. El resultado es que algunos capítulos después Sancho se queja del robo de su rucio sin que el lector haya tenido la menor noticia de él. Y hasta Lope, quien habría hecho mejor en quedarse callado, aprovechó el descuido para burlarse de Cervantes en una comedia.

Lo bueno, digámoslo por fin, fue que hubo ocasión de corregir muchas de las erratas, pues el libro se volvió a imprimir, y no una, sino muchas veces, lo que da testimonio de hasta qué punto se convirtió *Don Quijote* en un favorito de los lectores. A finales de diciembre ya estaba la novela en la Corte y podía comprarse en la librería que Robles había abierto en Valladolid, con una tasa que se imprimió allí mismo nada más ser otorgada por el Consejo de Su Majestad, además de una dedicatoria al duque de Béjar, un joven aristócrata con quien Cervantes nada tenía que ver, pero al que Robles deseaba halagar por ciertos favores que tenía pensado solicitarle. En enero del año de 1605 don Quijote cabalgaba ya por la madrileña calle Mayor, donde las ventas pronto fueron más que satisfactorias. Un cajón repleto de *Quijotes* partió hacia Sevilla, y desde allí zarpó en un galeón hacia las costas del Nuevo Mundo. Después se imprimió en Lisboa. Y luego Robles volvió a imprimirlo. Y después, se imprimió en Valencia. Y después... En fin, todo esto lo sabrán ya vuestas mercedes, en cuyas bibliotecas no faltará una novela que tantas gentes de tantos lugares diversos han celebrado por su mucha agudeza y entretenimiento. Tan del gusto del público resultaron las aventuras de don Quijote y de Sancho que, al cabo de los años, don Miguel tendría que convocarlos a ambos de nuevo para otra novela que empezara donde la primera concluía, y que se materializó con no menos sucesos y percances, hasta el punto que Cervantes decidió acabarla con don Quijote cuerdo y muerto, para así no tener que pensar en que jamás hubiera tercera parte. Pero todas esas son historias que habrán de ser contadas en otro momento, pues yo me acerco ya al final de esta mi crónica.

Antes de terminar, diré que de todas estas vicisitudes aquí narradas don Miguel obtuvo algo de dinero con el que hacer frente a sus muchas deudas, y algo más de

fama y de honra que tan solo sirvió para reavivar el encono de sus viejos enemigos (en especial de uno cuyo nombre el lector ya se figura), y para procurarle enemigos nuevos, pues en nuestro católico reino son muchas las cosas que se perdonan, pero el triunfo no es una de ellas.

Mucho mejor que la de don Miguel sería mi recompensa, pues años antes de que viera la luz la segunda parte de *Don Quijote* ya estábamos Isabel y yo desposados y establecidos en Esquivias, donde la familia aún conservaba algo del patrimonio que había sido la dote de doña Catalina «la gigante». Y no teniendo ellos hijos comunes, determinó mi suegro que fuera yo quien administrara aquellas pocas tierras que habían sido de los Salazar, y quien habitara la casa que la familia tenía en el pueblo, junto a la plaza Mayor, en el mismo solar donde mi primogénito habría de levantar el hermoso caserón que hoy habitamos. Y así fue como este modesto aprendiz de librero cambió Madrid por los campos de La Sagra, donde ha vivido felizmente hasta este día de hoy, el decimonono del mes de marzo de mil seiscientos y cuarenta y tres.

Y mientras han ocurrido tantas cosas que mi memoria de anciano apenas puede abarcarlas ya. Los muchos años de dicha junto a Isabel, el nacimiento de mi hijo Miguel, al que pude dar estudios y ver convertido en todo un escribano, y de mis hijas, y de mis nietos. Y fueron muchos más los momentos y las aventuras vividas con don Miguel, al que siempre tuve y tendré como un segundo padre. El queridísimo don Miguel, quien en su lecho de muerte me entregaría el montón de hojas manuscritas en las que se cuentan las primeras aventuras de don Quijote y de Sancho, con todas sus tachaduras y sus enmiendas, con todas sus confusiones y su rucio de ida y vuelta. Y me diría «guárdalas bien, Gonzalo, para los que vengan después».

Y así me lo propuse yo, esconderlas de tal modo que nadie que no estuviera en el secreto pudiera hallarlas jamás. Y habiendo sido aprendiz de librero, se me ocurrió que el mejor escondite para el papel no es otro que un bosque de papel, y que en ningún sitio se oculta mejor un libro que entre una montaña de libros. Y fue así como di con la siguiente estratagema, que ahora revelaré para conocimiento de mis hijos y de mis nietos, y de los hijos que ellos tuvieren, y de todos los que vengan después...

* * *

Pilar Esparza alzó la vista del manuscrito de Gonzalo de Córdoba. Sus ojos estaban enrojecidos por el esfuerzo de haber leído las últimas páginas de una sentada, y brillantes por la emoción.

—¡Lo tenemos, profesor! —exclamó—. ¡Lo tenemos!

CAPÍTULO XVII

Ventajas de la Inquisición

A un sin haberse puesto de acuerdo, tanto Erasmo como Pilar madrugaron a la mañana siguiente. Eran apenas las siete y media cuando ambos se encontraron en la cocina. Todavía faltaba una hora para que Gladys llegara. Erasmo presintió que en los minutos siguientes iban a decidirse algunas cosas importantes en aquella estancia. Y a renglón seguido se permitió un pensamiento sobre la escasa o nula atención que les habían prestado los historiadores a las cocinas, cuando era probable que en dicha pieza, auténtico corazón del ámbito doméstico, se hubieran tomado algunas decisiones que habían cambiado de forma irrevocable la historia de la humanidad.

Mientras preparaba el café y cortaba rebanadas de pan para las tostadas, Erasmo no dejó de observar el gesto de Pilar con el rabillo del ojo. El hallazgo de la noche anterior lo cambiaba todo. Al principio aquella búsqueda había sido poco más que un juego, algo no muy distinto de otras cacerías que había emprendido durante sus años de bibliófilo. No en vano los ingleses usaban el mismo término (*game*) para referirse al juego y a las piezas que se cobran en una cacería. En su fuero interno, Erasmo nunca había contemplado la posibilidad real de que al final del camino estuviese el manuscrito del *Quijote*. Sin embargo, aquel juego (o cacería) había resultado mucho más peligroso de lo que él pensaba. El encuentro con Klemperer había puesto de manifiesto que el juego podía ser a vida o muerte, y que los cazados podían ser muy bien ellos dos. Ahora sabían que Gonzalo de Córdoba había cumplido su palabra, y que la revelación que prometía al principio se hallaba realmente al final del manuscrito. *El mejor escondite para el papel no es otro que un bosque de papel, y en ningún sitio se oculta mejor un libro que entre una montaña de libros.* Aquel antiguo aprendiz de librero no era ningún idiota. Es más, se había adelantado en más de doscientos años a Edgar Allan Poe, considerado el creador del relato policial. En su cuento *La carta robada*, Poe idea una traza parecida para esconder una carta que la policía parisina buscaba desesperadamente. El detective Auguste Dupin la encuentra en el lugar más obvio, allí donde una carta llama menos la atención, y también el único lugar donde a la policía no se le ha ocurrido buscarla: un casillero de correo. De un modo análogo, Gonzalo había escondido el manuscrito del *Quijote*, que no dejaba de ser un libro, en el lugar donde más desapercibido podía pasar: entre otros muchos libros. Y además había añadido otra salvaguarda que, dada la mentalidad de la gente de su época, era mucho más eficaz que encerrar el manuscrito bajo siete llaves. El pensamiento provocaba cierto vértigo. Sin embargo, por increíble que sonara, ahora sabían dónde estaba el manuscrito del *Quijote*. O al menos sabían dónde lo había

guardado Gonzalo. Según las comprobaciones que Erasmo y Pilar habían hecho en internet la noche anterior, el lugar existía todavía. Y no estaba lejos. A apenas 30 kilómetros de donde se encontraban. ¿Pero se atreverían a reanudar la búsqueda ahora que sabían lo que se estaban jugando? Ambos estaban juntos en aquello, y juntos tendrían que tomar la decisión de seguir adelante o bien desistir, como Erasmo había pensado hacer en un primer momento. El hallazgo de la noche anterior lo había cambiado todo, pero el peligro seguía siendo el mismo. Un peligro espantosamente real, tan real como sus contusiones y su oreja lacerada. Por nada del mundo quería volver a arriesgar la vida de Pilar, pero ella le había recordado que era una mujer adulta y que tomaba sus propias decisiones. Cualquiera que fuese su próximo paso, deberían decidirlo juntos. Con todo, Erasmo habría dado su oreja sana por tener una pista sobre lo que pasaba por la cabeza de Pilar en aquellos instantes. Mientras le servía el café con leche y las tostadas, trataba de encontrar pistas en la cara de la muchacha. Pero su expresión era tan indescifrable como la de una esfinge. *Esfinges sin secretos*, había llamado Oscar Wilde a las mujeres. Qué poco conocía Wilde a las mujeres.

—¿No tienes que ir donde las bestezuelas pardas? —preguntó Erasmo al no ocurrírsele un modo mejor de empezar la conversación.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a tus alumnos. ¿No tienes clase hoy?

—Se nota que lleva usted tiempo jubilado, porque está perdiendo el contacto con la realidad. El curso terminó la semana pasada.

—Ah, bien, bien.

—Profesor, no le dé más vueltas. Yo también estoy hecha un lío con este asunto de Gonzalo y del manuscrito. ¿Qué propone usted?

Erasmo sorbió su café con leche pensativamente.

—La situación no ha cambiado. Debemos dar por sentado que nos están vigilando. De momento creo que lo más sensato sería no hacer nada.

Pilar resopló.

—¿Vamos a quedarnos encerrados en casita precisamente ahora que sabemos por fin dónde tenemos que buscar? Le repito lo mismo que le dije ayer. Deme otra alternativa.

—No hay alternativa, Pilar. Solo esperar.

—Esperar, ¿cuánto tiempo? ¿Un mes? ¿Un año? No pienso vivir atemorizada el resto de mi vida. ¡Hagamos algo!

Erasmo reflexionó. No podía evitar sentirse contagiado del entusiasmo de la muchacha. Y por supuesto estaba la recompensa del manuscrito, que ahora sentía más real y más a su alcance que nunca. Era como si a un niño que se levanta el día de Reyes y encuentra todos sus regalos bajo el árbol se le pidiera que esperara hasta

Semana Santa para abrirlos. Claro que ellos no eran niños.

—Tal vez... Si se nos ocurriera algún modo de asegurarnos de que no nos están siguiendo...

—Profesor, esto es Madrid. Aquí viven más de tres millones de personas. No debería ser muy difícil confundirnos entre semejante multitud, ¿no cree?

Erasmus se sintió tentado, a su pesar. Conforme el dolor de los golpes recibidos disminuía, aumentaban sus ganas de embarcarse en nuevas aventuras.

—Deberíamos intentar el contacto antes. No podemos presentarnos allí y empezar a rebuscar sin más.

—¿Llama usted o llamo yo?

—Siempre le tuve cierta alergia al clero, pero será mejor que lo haga yo.

—¿No es demasiado temprano?

—Para las monjas, no.

* * *

Erasmus regresó de su despacho con expresión contrariada. Había pasado veinte minutos al teléfono, pero los resultados, al parecer, no habían sido los apetecidos.

—He hablado con la madre priora. Igual me habría dado darme de cabezazos contra una pared de cemento. ¡Qué mujer tan cerrada, Dios bendito!

—No sé qué esperaba usted de una monja de clausura —repuso Pilar con una sonrisa.

—Le he explicado que soy un investigador, además de profesor emérito de la Complutense.

—¿Emérito? —repitió Pilar enarcando las cejas—. Pero si no le han visto a usted el pelo por la facultad de Filología desde el día que se jubiló.

Erasmus se aclaró la garganta.

—Da igual. Era solo por investirme de cierta autoridad. Aunque para lo que ha servido... He pasado un buen rato tratando de explicarle a la buena señora esa que solo quería echarle un vistazo a la biblioteca del convento. Le he dicho que era para un estudio sobre Cervantes que tengo entre manos. Me contesta que vale, que le parece muy bien, pero que si no tengo permiso del obispo, no hay nada que hacer.

—¿No se fían de usted?

—¡No se fían de ningún hombre! Deben de pensarse que somos todos violadores en potencia, y que la proximidad de sus virginales carnes encendería mi libido de un modo incontrolable.

Pilar soltó una carcajada.

—Entonces, ¿tendremos que hablar primero con el obispo? Eso llevará tiempo.

—Por suerte no va a hacer falta. La hermana ha aceptado una solución de

compromiso. Yo tendré que quedarme en la puerta, pero ha accedido a que entre al convento mi ayudante, la doctora Pilar Esparza. Previa acreditación, naturalmente. ¿Tienes todavía el carné del CSIC?

—Lo tengo en casa. Decidí guardarlo para no olvidarme nunca de aquellos años de indigencia, por si alguna vez sufro un episodio de locura transitoria y me tienta la idea de volver a la investigación. Tendremos que pasar por mi piso. De todos modos, debo cambiarme de ropa.

—Además, necesitaremos tu coche.

—No, nada de coche. Ya nos siguieron una vez. Tengo una idea para despistarlos.

Al cabo de unos minutos ambos abandonaban el domicilio de Erasmo. El bibliófilo había resistido la tentación de ponerse una de sus camisas tropicales. Su prioridad era evitar que los siguieran, y la prenda no se caracterizaba precisamente por su discreción. Coincidieron con Gladys en el portal. La dominicana le dedicó a Pilar una mirada preñada de desconfianza. Luego se volvió hacia su patrón para interrogarlo:

—¿Regresará para comer, don Erasmo?

—No, no te preocupes. Comeremos fuera. La señorita y yo vamos a hacer una pequeña excursión.

* * *

Tomaron un taxi hasta el piso de Pilar, que resultó ser un minúsculo y lóbrego apartamento en el distrito de Tetuán. Erasmo se estremeció al imaginar el desorbitado alquiler que su ex alumna estaría pagando por aquel cuchitril, e hizo votos para que el resultado de su aventura bastara al menos para paliar las estrecheces de Pilar como funcionaria docente. Mientras la muchacha tomaba una ducha y se cambiaba, Erasmo se entretuvo curioseando los ejemplares de su biblioteca, que ocupaban tres paredes completas del minúsculo salón. Predominaban los ensayos académicos y las ediciones clásicas, pero entre unos y otros Erasmo localizó más de una novela contemporánea que le hizo torcer el gesto con desagrado.

—Hágase cargo, profesor —dijo la muchacha, que en aquel momento salía del dormitorio frotándose el pelo con una toalla—. Ya sé que estas novelillas de autores modernos le parecen execrables, sobre todo si son españolas. Pero a veces una está demasiado cansada para enfrentarse a Calderón o a Montaigne.

—No importa, no importa. ¿Estás lista?

Durante su trayecto en taxi, ni Erasmo ni Pilar habían identificado vehículo alguno que pareciera estar siguiéndolos. Sin embargo, comprendían que eso no significaba nada. Tal vez la vigilancia fuera tan discreta que les resultara imposible reconocerla como tal. Así pues, decidieron poner en práctica el plan que habían

acordado, para lo cual se dirigieron a la boca de metro más cercana, que era la estación de Estrecho, en la calle Bravo Murillo. Desde allí tomaron la línea 1 en dirección sur. En Bilbao cambiaron a la línea 4 hacia Argüelles, donde subieron a un tren de la línea circular a bordo del cual trazaron un amplio arco en torno al centro de la ciudad. Luego hicieron algunos cambios más, todos ellos al azar y con el único propósito de despistar a cualquier posible perseguidor. En un par de ocasiones se apearon en estaciones periféricas y poco transitadas, y comprobaron que eran los únicos pasajeros que habían bajado del tren, por lo que resultaba improbable que cualquier perseguidor mantuviera su pista. Aquel extravagante periplo subterráneo había sido ideado por Pilar, usuaria habitual del metropolitano, y Erasmo tuvo que reconocer que el sistema era magnífico como maniobra de despiste. De hecho, él se sentía totalmente despistado desde el tercer cambio que habían hecho, y llegó un momento en que su confusión era tal que ya no sabía si se encontraba en Madrid, en Moscú o en Tokio, desconcierto acrecentado por el barullo multirracial que reinaba en los trenes y los andenes.

—¿De dónde ha salido toda esta gente? —preguntó Erasmo en cierto momento—. ¿Dónde está mi Madrid de toda la vida?

—No se haga el castizo, profesor. Ni usted ni yo hemos nacido aquí. Y esta ciudad es lo bastante grande como para acogernos a todos.

—*¡Madrid! ¡Madrid! Sumidero de todas las Españas* —murmuró Erasmo parafraseando a Antonio Machado.

Luego se concentró en un plano del metro que se le antojó tan intrincado como un esquema del torrente sanguíneo. Había muchas más líneas de las que él recordaba, un auténtico laberinto de líneas de colores y rótulos minúsculos que apenas podía leer. De pronto se sintió obsoleto, una auténtica antigualla, como aquella estación fantasma de Chamberí que fue clausurada en los sesenta, y por donde ahora los trenes pasaban raudos, sin detenerse jamás.

—Me siento viejo —le confesó a Pilar conforme se apeaban por enésima vez y buscaban una nueva conexión con la línea 1, la que en los planos aparece representada en color azul celeste.

—No diga eso, profesor. Es usted un clásico. Un posincunable, como mínimo.

—Puede ser —repuso Erasmo agradecido.

—Si acaso con la encuadernación algo estropeada. Pero no se me enfade, hombre, que era solo una broma.

La muchacha le dio una palmada en la espalda, un gesto de camaradería que él agradeció.

—No me enfado, querida. Puedes tomarte todas las libertades que quieras. Te las has ganado de sobra. Pero ¿te importaría decirme cuándo vamos a empezar a buscar la salida de este laberinto? Empiezo a sentirme como el protagonista de aquel relato

de Cortázar.

—¿*Manuscrito hallado en un bolsillo?*

—Exacto, el que buscaba a una mujer tomando trenes al azar en el metro de París. Al menos aquel hombre tenía un propósito. Me pregunto si nosotros podemos decir lo mismo.

—No desespere, profesor. Aquí llega ya el tren que nos dejará en Atocha. Son solo cuatro estaciones.

Veinte minutos después, y con la razonable seguridad de que nadie los había seguido, ambos tomaban un cercanías en Atocha para emprender un viaje de apenas media hora de duración.

* * *

Alcalá de Henares.

Cuatro siglos y medio antes había vivido allí un cirujano, padre de siete hijos, dos de ellos muertos en la infancia. El tercero, nacido el día de San Miguel, fue soldado y más tarde se labró cierta fama como literato. Erasmo se preguntó si aquel hombre reconocería hoy su ciudad natal.

De hecho, él mismo apenas la reconocía, aunque a decir verdad había estado allí una sola vez. Fue con ocasión de un congreso de hispanistas, hacía de ello más de veinte años. Conservaba el nebuloso recuerdo de un centro histórico que parecía estar diluyéndose lentamente, como si hubiera sucumbido al asedio de los barrios-dormitorio que lo rodeaban. Los bloques de protección oficial les habían ganado la partida a las casas solariegas, y los blasones habían cedido su puesto a las antenas parabólicas. «He aquí una noble villa vampirizada por la capital», había pensado Erasmo entonces. Y no había vuelto a poner los pies en Alcalá de Henares hasta este día.

Mientras caminaban por el centro histórico, ahora peatonalizado en su mayor parte, el bibliófilo tuvo que reconocer que el ayuntamiento había hecho un buen trabajo lavándole la cara a la ciudad (le sonaba que algo había tenido que ver con ello la Unesco). Ni Cisneros ni Cervantes les habrían puesto una sola objeción a las remozadas fachadas y a las zonas ajardinadas. Lo único que desagradó a Erasmo fueron las manadas de adolescentes que consumían cerveza y cigarrillos en las plazas públicas. Creía percibir una amenaza en sus peinados puntiagudos y sus *piercings*, y sus miradas insolentes le transmitían una brutalidad apenas mitigada por la levísima pátina de educación que podía proporcionarles la Enseñanza Secundaria Obligatoria.

El convento de la Purísima Concepción estaba a dos pasos de la universidad y de la casa natal de Cervantes. Junto a la iglesia de fachada plateresca se alzaba el edificio del convento en sí. Una placa de mármol proclamaba que Santa Teresa había

pasado tres meses en aquella casa, todo un récord considerando los hábitos nómadas de la santa. Debajo, una placa más pequeña recordaba al visitante que en el año 1565 aquellos muros habían acogido a Luisa de Cervantes, la hermana mayor del novelista, quien había profesado con el nombre de sor Luisa de Belén y había llegado a ser priora de la congregación hasta en tres ocasiones.

—Sor Luisa murió unos veinte años antes de que Gonzalo escribiera su crónica. Sin embargo, podemos suponer que la familia de Cervantes mantuvo lazos estrechos con el convento. Un convento de carmelitas descalzas, con su férrea regla y su clausura, era en sí mismo casi una fortaleza. Y ya hemos comprobado que continúa siéndolo. Gonzalo eligió bien su escondite. ¿Recuerdas el libro que tienes que buscar?

—Por supuesto. Una edición de los *Adagios* de Erasmo. De Erasmo de Róterdam, quiero decir.

El bibliófilo sonrió.

—Eso es. *Adagiorum Desiderii Erasmi Roterodami*. Si se trata del libro que yo sospecho, se editó en Basilea en torno a 1550. Una edición grande. En folio menor, me parece recordar. Por cierto, qué ladino el amigo Gonzalo. ¿A quién sino a él se le habría ocurrido esconder el manuscrito del *Quijote* dentro de un libro de Erasmo, con su tufillo a herejía y azufre, y luego sepultar ese libro en la biblioteca de un convento de clausura? Dudo que las monjitas se hayan atrevido a acercarse a él en los últimos cuatro siglos. Y mucho menos a abrirlo. ¿No te parece sencillamente genial?

—No sé —repuso Pilar encogiéndose de hombros—. Me sorprende que nadie haya reparado en ese libro durante tantos años. Pero no tiene objeto seguir haciendo cábalas. Muy pronto vamos a salir de dudas.

Erasmo no pudo reprimir una punzada de envidia al pensar que no iba a estar presente en el momento culminante de la aventura, pero enseguida se sintió avergonzado.

—Hay algo de lo que todavía no hemos hablado —dijo tras remolonear unos segundos.

—Ya —repuso Pilar—. Se refiere a qué hacer en caso de que el libro esté en efecto en la biblioteca.

—Sí.

—¿Cree que hay algo que decidir al respecto?

—Bueno...

—Ese manuscrito, si existe, pertenece a la congregación.

—Pero está demostrado que la Iglesia es negligente con su patrimonio. No sé si te he contado alguna vez lo que pasó con cierto cura que era el bibliotecario de...

—Sí, el caso Cuenca. Ya me dijo que aquel asunto le costó un disgusto con la Brigada de Patrimonio. Pero eso no invalida el principio general. Si el manuscrito

está ahí, tiene un propietario. Ni se le pase por la cabeza tratar de quedarse con él por medio de algún subterfugio. No tengo la menor intención de convertirme en cómplice de un robo.

Erasmus notó que la sangre le coloreaba las mejillas.

—Claro que no. Pero al menos sé discreta. A lo que no estoy dispuesto es a que nadie nos robe el honor del descubrimiento. Nos hemos jugado demasiado.

—Tranquilo, profesor. Pase lo que pase usted será el héroe de esta historia. Y ahora vamos a ver cómo se nos da la mañana.

Pilar presionó el botón del videoportero que habían instalado junto a la puerta del convento. Ya iba Erasmo a refunfuñar sobre la profanación que a su juicio constituía aquel aparato, cuando una voz femenina surgió del ingenio, una voz aguda y rica en entonaciones nasales.

—Ave María Purísimaaaaaaaaaaaa.

—Sin pecado concebida —replicó Pilar mientras Erasmo elevaba la vista hacia las nubes en gesto de desaliento—. Soy Pilar Esparza, la ayudante del profesor López de Mendoza. Hemos concertado una cita.

—Sí, sí. Pase usted, hija. Pase y cierre la puerta.

La muchacha obedeció y Erasmo se encontró solo en la recoleta calle donde estaba situado el convento de la Concepción. Eran las once. Tras vacilar unos segundos, el bibliófilo echó a andar en busca de una cafetería, pues le parecía poco probable que Pilar abandonara la clausura hasta por lo menos un par de horas después.

* * *

Los propietarios del café-bar Cervantes habían hecho algunas concesiones a la memoria de su ilustre paisano a cambio de tomarle prestado el apellido. Junto a la puerta, por ejemplo, habían colocado un apócrifo busto de escayola del novelista (sin el menor parecido con Martín Abad, según observó Erasmo). En la pared de detrás de la barra, algún aficionado a la pintura había recreado, con mejor voluntad que acierto, el episodio quijotesco de los molinos de viento. Por lo demás, el local tenía poco de literario. Desde el televisor, Ana Rosa Quintana glosaba a todo volumen la actualidad del corazón, aunque el molinillo de café y la tragaperras competían en restarle protagonismo sonoro a la presentadora. El olor a fritanga era ubicuo y penetrante, y la comida expuesta tras la vitrina parecía ideada para provocarle un accidente cardiovascular al temerario consumidor. Sentado en una mesa desde la que se distinguía la puerta del convento, Erasmo hojeaba la prensa mientras sorbía su segundo poleo. Apenas había transcurrido una hora desde que Pilar había desaparecido en la clausura, pero el bibliófilo no podía dejar de mirar el reloj y de

contar los minutos. Aburrido y a la vez nervioso, Erasmo empezaba a preguntarse si tendría que esperar mucho más cuando, al alzar la vista, distinguió a Pilar saliendo por la puerta del convento. «Demasiado pronto», pensó el bibliófilo. Y se dispuso a oír malas noticias.

La muchacha acudió cuando Erasmo salió a la calle para reclamarla por señas. En efecto, su expresión no invitaba al entusiasmo.

—¿No lo has encontrado, verdad? —preguntó el bibliófilo tan pronto como la chica se sentó junto a él a la mesa.

Ella agitó la cabeza y Erasmo sintió que su ánimo desfallecía.

—A simple vista comprendí que el libro que buscamos no podía estar en ese convento.

—¿Por qué?

—Esa biblioteca no guarda volúmenes anteriores al siglo XIX. La priora me explicó que el convento había sido desamortizado.

—Claro —exclamó Erasmo dándose una palmada en la frente—. El ministro Mendizábal y el decreto de 1835 por el que se suprimieron las comunidades religiosas, y con ellas los conventos y monasterios. Y no fue la única desamortización, ni mucho menos. Solo la más famosa de las varias que se acometieron a lo largo de todo el siglo XIX. Se tiende a pensar que a la Iglesia le quitaron únicamente sus tierras, pero no fue así. También se le requisaron infinidad de obras de arte, que en muchos casos luego se perdieron o malvendieron. El Louvre hizo acopio de pintura española a precio de saldo. Murillo, Zurbarán... Por supuesto, las desamortizaciones también afectaron a las bibliotecas monásticas.

—Supongo que se perderían muchos libros.

—Una cantidad incalculable —respondió Erasmo con expresión atribulada—. Nos guste o no, el clero era el único estamento relativamente culto de este país. Los gobiernos liberales decidieron que esa riqueza bibliográfica fuera a parar a instituciones públicas, pero apenas había bibliotecas fuera de las iglesias y conventos, ni personal ajeno al clero que supiera gestionarlas. No anduvieron muy finos los liberales, a decir verdad. Más bien diría que se comportaron como bárbaros. Hubo bibliotecas enteras, algunas de valor incalculable, que se arrumbaron a la intemperie y se perdieron para siempre. Muchos ejemplares únicos acabaron en Francia y en Inglaterra, y allí siguen todavía.

—Pero algunos se preservaron, ¿no?

—Sí —reconoció Erasmo—. Existen todavía bastantes «nidos de la desamortización» en las bibliotecas y archivos del Estado. Y sobre todo en...

—¡En la Biblioteca Nacional, claro! —exclamó Pilar.

—En efecto. En la Nacional. Y allí es donde tal vez resida la última esperanza que nos queda.

Erasmus intuyó que se encontraban en un punto crítico de su búsqueda y que necesitaban trazar planes urgentes. El ruido del televisor combinado con el de la máquina tragaperras no ayudaba a pensar precisamente.

—Salgamos a dar una vuelta —propuso Pilar—. Después de pasar un rato en esa biblioteca el olor a moho se me ha quedado pegado a la ropa.

Tras un corto paseo, Erasmus constató que los alcaláinos habían convertido el centro de su ciudad en una especie de parque temático cervantino. Sentados en un banco ante la casa natal del escritor, dos figuras de don Quijote y Sancho fingían discutir animadamente. En una plaza cercana, una estatua en bronce de Cervantes sufría el asedio fotográfico de un autocar de turistas japoneses. Poca cosa, sin embargo, en comparación con lo que había ocurrido algunos años antes, cuando los políticos decidieron que convenía conmemorar el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. Se cometieron tantos excesos y majaderías que Erasmus llegó a odiar una obra que siempre había amado. Creía recordar que hasta se había hecho una versión *rap* de la novela. Y en el colmo del dislate, el presidente de Castilla-La Mancha les había regalado ediciones del *Quijote* a todos los escolares de la región, y prologadas nada menos que por él mismo. Ni que decir tiene que muchos de esos libros habían sido usados como balones de fútbol en los patios de los colegios. Un año sin duda funesto el 2005.

—Vámonos —propuso Erasmus—. Aquí estamos perdiendo el tiempo.

—¿Y nuestro siguiente paso?

—La Biblioteca Nacional, naturalmente. Por suerte, tengo algunos contactos allí.

—Y, sacando pecho, añadió—: Martín Abad, el director, es buen amigo mío.

—¿Se refiere a la sede de la Nacional en Madrid?

—Pues claro. ¿A cuál si no?

—Vaya, profesor, no lo imaginaba tan desfasado. La Nacional posee una segunda sede desde hace unos cuantos años.

Erasmus la miró con expresión dubitativa.

—¿Me estás hablando del depósito de la Nacional que hay aquí, en Alcalá de Henares?

—Por lo que veo su amigo Martín Abad no lo tiene muy al día. Las instalaciones que se construyeron aquí son mucho más que un depósito. Son una biblioteca en toda regla. Y gigantesca, además. El edificio de Recoletos, el de toda la vida, ya no daba para más. La institución se vio obligada a alquilar naves industriales y usarlas como almacenes, pero aquello era solo una solución para salir del paso. No existían las mínimas medidas de seguridad. Y un libro no puede almacenarse como si fuera una pieza de maquinaria, sobre todo un libro antiguo. Finalmente se logró que el gobierno

aprobara la construcción de una segunda sede. Una biblioteca moderna, bien acondicionada y con espacio de sobra.

—¿Y esa biblioteca está cerca de donde nos encontramos?

—Muy cerca. A apenas tres o cuatro kilómetros por la carretera que une Alcalá de Henares con Meco. Al ladito del centro penitenciario.

—¿Y tú cómo sabes tanto?

—Verá. Ocurre que trabajé allí una temporada.

—Vaya, no te imaginaba yo de bibliotecaria.

—Y no lo era. Por entonces yo estaba todavía en el CSIC con mis cuatro duros de beca. Tenía que buscarme la vida y me empleé a tiempo parcial en una empresa que tenía una contrata con la Nacional. Durante unos meses me dediqué a catalogar el fondo antiguo almacenado aquí, precisamente en la sede de Alcalá.

—¿Me estás diciendo que el catálogo del fondo antiguo no estaba completo?

—Y sigue sin estarlo. Uno de los problemas endémicos de la institución es su falta de personal, y el trabajo de catalogación de libros antiguos no puede hacerlo cualquiera. Son precisos ciertos conocimientos. Se asignó una partida presupuestaria y una compañera y yo fuimos contratadas para hacer el trabajo. Luego el dinero se acabó y nos despidieron. Le aseguro que trabajamos de firme. Pero aun así queda muchísimo por hacer. La triste realidad es que la Biblioteca Nacional ignora exactamente qué libros posee. Y esto es así por la sencilla razón de que buena parte de ellos jamás han sido catalogados.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

Erasmus no daba crédito. Él siempre había considerado la Biblioteca Nacional como una especie de lugar sagrado, un ámbito luminoso donde reinaban el orden y la armonía. Ahora descubría por boca de Pilar que la institución distaba de ser perfecta. Había zonas de sombra donde el caos le había ganado la batalla a la Clasificación Decimal Universal. Erasmus comprendió que uno de sus mitos acababa de caer hecho pedazos. Aunque aquel descubrimiento también tenía aspectos sugestivos. ¿Cuántos tesoros se esconderían entre esos miles y miles de volúmenes que no figuraban en ninguna lista ni inventario? Se acordó entonces de su amigo Martín Abad y lo envidió como nunca antes lo había hecho. Una biblioteca inmensa repleta de libros antiguos jamás catalogados. Aquello debía de parecerse mucho al paraíso tal y como lo concebiría cualquier bibliófilo. Con razón Abad no le había hablado nunca de aquella misteriosa sede de Alcalá-Meco. Quería guardársela para él solo, el muy ladino.

—¿Crees que nuestro *Quijote* disfrazado de Erasmus puede ser uno de esos miles de libros que no figuran en ningún sitio?

—Siempre podemos consultar el catálogo en línea. Pero temo que parte del fichero no sea accesible aún para el público general, especialmente la parte de fondo

antiguo. Aunque por intentarlo...

Pilar abrió su bolso y sacó de él un teléfono de última generación. Erasmo la observó mientras la muchacha repiqueteaba sobre la pantalla táctil con la punta de sus dedos.

—¿Te conectas a internet con eso?

—Ya ve que sí —dijo ella distraída.

—Pero debe de ser carísimo.

Pilar alzó brevemente la vista y le dedicó una sonrisa irónica. A continuación siguió tecleando. Pasaron algunos segundos más y de pronto ella exclamó:

—¡Caramba!

—¿Qué es lo que pasa?

—Mírelo usted mismo —dijo Pilar.

Y colocó el teléfono ante los ojos de Erasmo, quien bizqueó ante la pantalla sin resultado alguno.

—Soy incapaz de leer estas letritas minúsculas. Está claro que esto de la sociedad de la información es para los jóvenes. ¿Me puedes ayudar?

Pilar se aclaró la garganta.

—*Adagiorum Des. Erasmi Roterodami Chiliades quatuor cum dimidia ex postrema autoris recognitione* —leyó.

El bibliófilo se puso alerta de inmediato.

—¿Eso es del catálogo de la Nacional?

—Correcto —respondió Pilar—. Impreso en Basilea en 1551. ¿Podría ser el nuestro?

—Podría. ¿Quién figura como impresor?

—Hieronymus Frobenius.

—Caliente, caliente —dijo el bibliófilo—. Las ediciones de Erasmo que hizo Jerónimo Froben abundaban en España en tiempos de Cervantes. Y eso que el de Róterdam fue uno de los autores que la Inquisición persiguió con más saña. Sin embargo, en nuestro católico reino siempre abundaron los heterodoxos. Don Marcelino Menéndez Pelayo escribió un libro gordísimo sobre ellos. No se le escapó ni uno. Pero no nos desviemos del asunto. ¿Hay algo más?

—Sí —dijo Pilar—. Algo curioso. En el mismo registro aparece catalogado un segundo libro, un tratado latino de un tal Richardo Streinnio.

—Richard Streinn —murmuró Erasmo.

—¿Le suena?

—Podría ser. ¿Y dices que figuran dos títulos distintos bajo la misma signatura?

—Así es. Pero no se añaden más explicaciones.

Erasmo cerró los ojos y meditó unos instantes.

—Esto se pone interesante —dijo por fin—. ¿Y dónde está ese curioso volumen

que al parecer contiene dos libros distintos?

—¡Aquí! —repuso Pilar—. ¡En la sede de Alcalá! De hecho podría ser uno de los que yo misma catalogué, aunque a decir verdad no lo recuerdo. Pero dudo que sea el libro que andamos buscando. Figura en el catálogo, profesor. Alguien debió de abrirlo para hacerlo. ¿Cree que a esa persona le habría pasado por alto que el volumen escondiera un manuscrito cervantino?

Erasmus la miró con los ojos entornados y una leve sonrisa. Parecía un maestro zen a punto de iluminar a su discípulo.

—Sabemos que el amigo Gonzalo era listo —dijo—. Y si la treta es la que yo me imagino, más que listo era un auténtico demonio. ¡Tenemos que ver ese libro, Pilar! ¡Ahora!

Ella consultó su reloj.

—Son apenas las doce y la biblioteca no cierra hasta las dos. Pero los libros no pueden consultarse así como así. Es necesario solicitarlo con al menos 48 horas de antelación. Y si se trata de libros del fondo antiguo, el trámite es más largo y complejo. Creo que incluso debe haber un funcionario presente.

—¡No hay tiempo! —exclamó Erasmus—. Y no hemos llegado hasta aquí para dejar que nos detenga la puñetera burocracia. Podría recurrir a Martín Abad. Pero preferiría encontrar otro método, la verdad.

—¿Por qué?

—Se olería algo. Hasta puede que se presentara aquí. Y eso no nos conviene.

—¿No quiere compartir la gloria del descubrimiento, verdad?

—Digamos que prefiero actuar de un modo más discreto. Tú has trabajado en la sede de Alcalá. ¿No conservarás algún contacto o enchufe allí?

Pilar meditó durante unos instantes.

—Bueno. Hace tiempo de aquello. Pero quizás...

Entonces se alejó unos cuantos pasos y manipuló de nuevo su teléfono antes de llevárselo a la oreja. A continuación mantuvo una breve conversación de la que Erasmus solo pudo captar retazos. Por último, guardó el teléfono y regresó sonriente.

—Está arreglado. Busquemos un taxi que nos lleve.

CAPÍTULO XVIII

Erasmus y Erasmus

iramos y giramos, sin avanzar apenas. España se ha convertido en un país de «Grotondas», pensó Erasmus mientras el taxi que los llevaba rodeaba la séptima plazoleta del trayecto. El bibliófilo creía haber identificado alegorías cervantinas como decoración de al menos tres de ellas, aunque el estilo de las esculturas era tan extravagante (o «contemporáneo», como ahora se decía) que lo representado resultaba difícilmente reconocible. De hecho, no se sabía muy bien si alguna de ellas hacía referencia a la obra de Cervantes o a *La guerra de los mundos* de H. G. Wells.

—¿Te das cuenta de que podemos estar llegando al final? —dijo Erasmus apartando la vista de un engendro fabricado a base de chatarra que guardaba un lejano parecido con don Quijote.

Pilar asintió.

—Aunque quizás al final no haya nada. ¿Está preparado para eso, profesor?

—Creo que sí. Trato de recordármelo constantemente. Pero hay una especie de loco dentro de mí que todavía mantiene la esperanza. Dime, ¿con quién hablaste?

—Con Hernán Pérez, el funcionario de la Nacional que dirigía el trabajo de catalogación cuando yo estuve allí. Es joven, pero muy competente. Y más teniendo en cuenta que tiene que trabajar prácticamente en solitario.

—¿Hernán Pérez? —repitió Erasmus—. Juraría que ese nombre me suena. Creo que asistí a una conferencia suya. ¿Por casualidad no se dedica a la restauración?

—Sí, ese es su cometido principal. Aunque no el único. Ya le he dicho que aquel edificio es enorme. Allí se guardan cerca de catorce millones de libros y documentos. Sin embargo, el personal es escaso.

—Me acuerdo de aquel chico —dijo Erasmus—. Un joven robusto con gafas de pasta y perilla. Su conferencia versó sobre encuadernaciones antiguas. Salí muy impresionado.

—Pues debería verlo en acción como restaurador. Es casi un mago. A ver si adivina en qué ha estado trabajando últimamente. Piense en el sueño de cualquier restaurador de este país.

—¿El código de Per Abbat? —respondió Erasmus asombrado.

—¡Justo! El manuscrito del *Cantar de Mio Cid*.

El bibliófilo recordó el día en que su amigo Martín Abad abrió para él la cámara acorazada de la Nacional y le puso aquel código en las manos. Jamás había experimentado una emoción tan intensa, ni siquiera cuando acarició por vez primera la piel de una mujer tras su salida del seminario.

—Ese Hernán debe de ser un auténtico experto cuando se le encomienda una restauración de semejante trascendencia.

—Es uno de los mejores —le aseguró Pilar—. Verá como le cae bien.

—¿Te ha costado mucho convencerlo para que nos cuele en la Nacional?

La muchacha se ruborizó ligeramente.

—No... no demasiado. Verá, profesor. Yo creo que Hernán estaba un poco colado por mí.

Erasmus volvió la vista hacia Pilar y se demoró contemplando su perfil. El esbelto cuello, la suave barbilla, los labios rojos y generosos, los altos pómulos... También reparó en el lustre oscuro de su pelo, y en el modo en que el aire lo alborotaba su media melena al colarse por la ventanilla abierta. La oleada de afecto que sintió le puso un nudo en la garganta.

El bibliófilo tosió y volvió la vista hacia el exterior.

—¿Qué es aquello de allá?

—¿A qué se refiere?

—A aquellas torres que se ven a la derecha de la carretera. Parece una central nuclear o algo así.

—Aquello, profesor, es la sede de la Biblioteca Nacional de Alcalá de Henares. Precisamente el lugar al que nos dirigimos.

* * *

Mientras cruzaban el poco cuidado jardín que rodeaba el edificio, Erasmus se detuvo y elevó la vista hacia las moles prismáticas que formaban las instalaciones.

—Jamás he visto una biblioteca con menos aspecto de biblioteca. Hasta da un poco de miedo. ¿Estás segura de que no tienen una base de misiles de la OTAN camuflada ahí dentro?

—Es arquitectura contemporánea, profesor. No me sea usted carca. Ya verá como le encanta el edificio.

Al rebasar la puerta principal se toparon con un control de seguridad. Un guardia se aburría detrás del mostrador. Su expresión de hastío proclamaba que aquel trabajo le reportaba pocas emociones, aunque por su aspecto bien podría haber sido el portero de una discoteca, o incluso el guardaespaldas de un narco. El individuo tenía ambos antebrazos tatuados con ideogramas orientales, y por el cuello de la camisa le asomaba algo que parecía la cabeza de un dragón. Llevaba el pelo cortado a cepillo, al estilo de los marines, un pequeño aro en la oreja izquierda y una especie de collar tribal alrededor del cuello. Erasmus pensó que pocas veces se había topado con alguien con una pinta tan peligrosa, y no le costó trabajo imaginarlo repartiéndole estopa a sudamericanos y negros por igual ante la puerta de cualquier local de moda.

Aquella biblioteca que parecía una instalación militar tenía un guardia con aspecto de apagabroncas de club nocturno. Erasmo se preguntó qué nuevas sorpresas les depararía la visita.

—Buenos días. ¿Qué desean? —les preguntó aquel Bruce Lee de extrarradio con inesperada cortesía.

—Estamos citados con Hernán Pérez —explicó Pilar—. Supongo que le habrán avisado.

—Ah, sí, sí. Ahora mismo lo llamo. ¿Me pueden mostrar sus deneís?

Mientras el guardia mantenía una breve conversación telefónica, Erasmo y Pilar depositaron sus documentos sobre el mostrador, de donde el hombre los tomó para copiar sus datos en una pantalla del ordenador. Luego les pidió que se colocaran delante de una pequeña *webcam* con la que les tomó sendas fotos. Por último, les entregó unas etiquetas adhesivas que llevaban impresos sus nombres y sus rostros. Erasmo tomó la suya y trató de reconocerse, pero aquella silueta negra era más parecida a una cara de Bélmez que a un bibliófilo sexagenario.

—Son sus identificaciones. Péguenselas en un sitio visible, por favor.

Ambos obedecieron. Entonces oyeron un exclamación a su izquierda.

—¡Pilar Esparza! ¡Qué alegría!

Hernán Pérez acababa de surgir de las profundidades de la biblioteca. Erasmo lo vio abalanzarse sobre Pilar y darle un abrazo que se le antojó demasiado prolongado y excesivamente vigoroso. Aunque no era amigo de los juicios precipitados, el bibliófilo sintió la tentación repentina de estrangular al restaurador.

—Profesor, permítame que le presente a Hernán Pérez, del servicio de restauración.

—Bueno, en realidad se puede decir que aquí yo soy el servicio de restauración —dijo Hernán ofreciéndole a Erasmo su mano derecha—. Pilar me ha dicho por teléfono que venía usted con ella. Naturalmente, ya lo conocía por su reputación y sus publicaciones. Y cada dos meses espero con impaciencia sus *Gollerías para bibliófilos* de la revista *Hibris*. Nos honra usted con su visita, profesor.

Mientras estrechaba la mano del joven restaurador, Erasmo meditó sobre el carácter caprichoso de las fobias y los afectos. Por alguna misteriosa razón, el mismo individuo que segundos antes le había parecido detestable empezaba de pronto a caerle simpático.

Cruzaron sin incidentes el arco detector de metales y se encontraron por fin en el interior de la biblioteca. No estaban allí para hacer turismo, sino con un objetivo muy definido. Sin embargo, antes tendrían que permitir que Hernán hiciera su papel de cicerone.

—Tenemos 51 depósitos repartidos entre las cinco torres —dijo mostrándoles una maqueta—. Y lo mejor es que el diseño del edificio y la amplitud del terreno

permitirá añadir más módulos conforme se vayan necesitando. Como veis, las torres que albergan los depósitos están conectadas a través del edificio central, donde ahora nos encontramos. Aquí tenemos la sala de lectura, los catálogos, los talleres de restauración y las dependencias administrativas. Por cierto, el mayor de los depósitos está robotizado.

—¿Robotizado? —preguntó Erasmo. Y en su imaginación vio un grupo de androides metálicos transportando libros de acá para allá.

—Lo mejor será que lo veáis. Y la mejor vista es desde arriba. Vamos a tomar el ascensor.

Avanzaron por el interior del edificio central en busca de los ascensores. Erasmo vio rampas y tubos de ventilación, metal y hormigón. El tono predominante era el gris, y los detalles decorativos brillaban por su ausencia. El bibliófilo recordó el palaciego edificio de Recoletos, con sus mármoles y sus esculturas. El interior de aquella biblioteca, sin embargo, era tan espartano que más bien hacía pensar en un búnker, lo que no hizo sino confirmar sus primeras impresiones de estar visitando una instalación militar. De momento no había ni un solo libro a la vista. Tampoco se cruzaron con ningún otro miembro del personal. La sensación de soledad que se tenía allí adentro era tan intensa que uno podía pensarse el único superviviente de una catástrofe nuclear.

—¿Cuánta gente trabaja aquí? —preguntó Erasmo.

—Somos alrededor de cien, pero el edificio es tan grande que uno puede moverse por él durante horas sin ver un alma.

—¿Y no te resulta algo deprimente?

Hernán se encogió de hombros.

—Yo antes estaba en la sede de Recoletos, que como sabéis es mucho más animada que esta. Cuando me enviaron aquí pensé que no podría soportarlo. Pero uno llega a habituarse al silencio y termina por disfrutarlo. Y ahora no lo cambiaría por nada. Este sosiego es ideal para el espíritu. Ayuda a pensar.

Tomaron un ascensor que les condujo al quinto piso. Hernán les pidió que se aproximaran a una ventana.

—Observad esto.

El espectáculo dejó a Erasmo sin respiración.

Lo que veían era el interior de una de las torres. No se habían construido plantas, por lo que la sensación de espacio era abrumadora. Pero lo más impresionante eran las estanterías. Debían de tener unos treinta metros de altura, desde el lejano suelo hasta el techo. Y estaban repletas de libros. Aquello parecía una vista de Manhattan desde un helicóptero, solo que aquellos rascacielos estaban hechos de papel y de tinta. Erasmo jamás había contemplado nada tan surrealista, al menos en la vida real. Era como estar dentro de un grabado de Escher. De pronto sintió vértigo y tuvo que

cerrar los ojos. Y cuando volvió a abrirlos Erasmo comprobó que aquella ciudad dentro de un sueño tenía sus propios habitantes.

—Y aquí viene el robot —anunció Hernán.

Las torres estaban separadas formando calles, y a lo largo de estas había raíles por los que discurría un curioso artefacto. Parecía una carretilla o un carrito de supermercado, pero en la parte superior estaba equipado con una especie de brazo telescópico. Erasmo lo vio deambular entre las altísimas estanterías como si estuviera patrullando. Pero al llegar al lugar correcto, el ingenio se detuvo y desplegó su apéndice hasta una altura de al menos diez metros. Valiéndose de una mano mecánica, el aparato sacó una bandeja de libros y contrajo el tentáculo de metal hasta el nivel del suelo. Luego se alejó zumbando diligentemente. El proceso se había completado con una precisión inhumana.

—Algún lector habrá solicitado consultar esos libros —explicó Hernán—. Lo que aquí veis son los ejemplares del Depósito Legal. Un ejemplar...

—Un ejemplar por cada libro publicado en España —lo interrumpió Erasmo como si recitara una letanía—. Verdaderamente impresionante.

—Gracias —dijo el restaurador con evidente orgullo—. Sabía que os gustaría.

—En realidad yo ya lo había visto —terció entonces Pilar—. Aunque no por ello deja de resultar sorprendente. Y también un poco inquietante, la verdad. Espero que esa máquina nunca se vuelva contra sus creadores.

Hernán rio.

—La tenemos bien programada. Pero basta ya de tecnología. Conociendo los gustos del profesor, me imagino que lo que estará deseando ver es el fondo antiguo. ¿Me equivoco?

Erasmo agitó vivamente la cabeza.

* * *

Las silenciosas salas se iluminaban cuando ellos entraban y volvían a sumirse en la penumbra en el instante de abandonarlas. Era como si aquella biblioteca futurista tuviese vida propia. No oyeron más voces que las suyas. Tampoco llegaron a atisbar la silueta furtiva de un solo bibliotecario. El único sonido era el leve rumor de fondo del aire acondicionado. «El aliento de la biblioteca», pensó Erasmo. Y no pudo resistirse a imaginar aquel edificio como un silencioso gigante dormido. Los anaqueles repletos de libros formaban el cerebro del gigante. Y las salas que ahora recorrían contenían sus recuerdos más antiguos, algunos de más de cinco siglos de antigüedad.

Erasmo nunca había visto tantos libros antiguos juntos. Desde sus nichos metálicos, los lomos de aquellos volúmenes parecían estar llamándolos con voces

fantasmales que reverberaban a lo largo de los siglos. Las llamadas se multiplicaban conforme el trío recorría las interminables hileras de anaqueles, y Erasmo empezó a notarse extraño, como si aquella abundancia de papel impreso le estuviera provocando una especie de ebriedad. De hecho, a partir de cierto momento se olvidó por completo del manuscrito que representaba el motivo real de su visita. Habría querido detenerse cada pocos pasos. Tomar libros aquí y allá. Hojearlos, aspirar su aroma, acariciar sus encuadernaciones, disfrutar del tacto de su papel. Habría querido quedarse en aquella biblioteca para siempre. Recorrerla durante el resto de su vida, igual que los personajes de la biblioteca infinita del relato de Borges.

Hernán les mostró varios volúmenes. Una suntuosa edición del *Atlas Mayor* de Blaeu (Ámsterdam, 1640), con los mapas coloreados a mano. La *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León (Sevilla, 1553). La *Crónica del rey Rodrigo* (Toledo, 1549). En una sala estaban reunidos los cantorales que se habían usado en las parroquias madrileñas durante el Siglo de Oro. Como contrapunto de los gigantescos mamotretos, Hernán les mostró un encantador tomito en dozavo. Era una traducción al castellano de la *Imitación de Cristo* impresa en Sevilla en 1587.

—Encuentro cosas interesantes casi a diario —dijo Hernán—. Con frecuencia los libros están mutilados o dañados. Pero de vez en cuando aparece alguno intacto. Incluso en ediciones desconocidas, como este Kempis que no figuraba en ningún catálogo.

Erasmo oía las explicaciones de Hernán, pero no llegaba a comprenderlas del todo, pues la voz del restaurador parecía llegarle desde la distancia. Los libros ejercían sobre él un influjo tan poderoso que se sentía en una especie de trance. Su boca permanecía abierta, pero de ella no brotaba ninguna palabra. Tan solo murmullos y una especie de ronroneo de placer. En cierto momento se desprendió de sus labios un hilillo de saliva que Hernán, por suerte, no alcanzó a ver. Aunque sí Pilar, quien discretamente le entregó un clínex para que se limpiara.

—¿Está pendiente de los números? —le susurró la muchacha, aprovechando que Hernán se había alejado unos pasos.

—¿Eh?

Erasmo ni siquiera era capaz de enfocar su imagen debidamente.

—¡Reaccione, profesor! Está usted alelado. Y compruebe los números de registro, hombre.

Los tejuelos de los libros eran demasiado pequeños para que Erasmo pudiera leerlos bajo la luz mortecina de la biblioteca. Por fortuna, cada estantería estaba etiquetada con una clave en la que constaban los registros primero y último de los volúmenes guardados en ella. Erasmo se fijó en la estantería más cercana. Según la etiqueta, los volúmenes que contenía iban del 18.541 al 19.730. El libro que buscaban tenía un registro apenas dos mil números mayor.

Debían de estar muy cerca.

* * *

—¿Qué es ese pitido? —preguntó Erasmo.

Hernán Pérez se llevó la mano al bolsillo y sacó de él una especie de teléfono.

—Es mi busca —respondió el restaurador—. Lo llevamos para estar siempre localizados. De paso, si nos perdemos pueden encontrarnos fácilmente. A algunos de los primeros bibliotecarios se les perdió la pista y todavía no han aparecido. Seguramente aún estarán dando vueltas por ahí.

—¿De verdad? —preguntó Erasmo.

—No, profesor. Era broma.

Pilar soltó una carcajada y el bibliófilo se sintió un poco ridículo. Entretanto, Hernán escuchaba con el oído pegado al auricular del aparato.

—Ha surgido algo urgente —explicó—. He de dejaros unos minutos. Podéis curiosear, pero procurad no alejaros mucho. Vosotros no lleváis busca.

—Esto es providencial —dijo Pilar mientras veía a Hernán salir de la sala camino de los ascensores—. No es que la situación cambie de un modo sustancial, pero las grandes emociones es mejor vivirlas en soledad.

—O las grandes decepciones —apostilló el bibliófilo—. Vamos a ver si damos con esos *Adagios*. No deben de estar lejos. ¿No percibes cierto tufillo a hoguera y azufre?

Avanzaron en silencio, escuchando cómo el eco de sus pasos retumbaba en la sala vacía. Conforme los números de registro crecían, Erasmo sentía que su ritmo cardíaco se aceleraba. Sus latidos se hicieron tan fuertes que le era posible percibir los latidos de su pulso en el cuello y en las sienes. ¿Sería capaz de llegar al final sin caer desplomado?

—Esta es la estantería —dijo entonces la muchacha—. ¿Puede usted identificar el volumen?

—Como te dije, es un libro grande —repuso Erasmo casi sin aliento—. Y debemos suponer que también bastante grueso. Déjame comprobar las signaturas.

Pilar dio un paso atrás, consciente de que el honor del descubrimiento le correspondía a su antiguo profesor. Erasmo se lo agradeció con una sonrisa y se giró hacia los libros. Luego tuvo que pegar la nariz a los lomos para poder descifrar sus números de registro en las pequeñas etiquetas que los identificaban.

Erasmo sintió que las piernas le flaqueaban cuando dio con la signatura que estaba buscando.

—¡Lo tenemos! —exclamó.

Y tuvo que entregarle el pesado volumen a Pilar, pues las manos le temblaban de

tal modo que le resultaba imposible sostenerlo.

* * *

ADAGIORVM

DES. ERASMI ROTERODAMI

*Chiliades quatuor cum dimidia
ex postrema autoris recognitione.*

*Cuatro mil quinientos adagios de Desiderio Erasmo de Róterdam según la última revisión del autor. Así rezaba el título en la portada. Y bajo el título, un grabado que ocupaba todo el centro de la página: un árbol con una serpiente enroscada a su tronco que sujetaba un haz de flechas con el extremo de la cola. A la derecha del árbol, un anciano vestido con una túnica. A la izquierda, una lápida que mostraba la marca del impresor. Y escrito sobre un estandarte que sostenían las ramas del árbol, el lema latino *Concordia vis nescia vinci*. Al pie de la página figuraba el nombre del impresor, y por último el lugar y la fecha de edición: *per Hieronymum Frobenium, Basileae, MDLI*.*

Había también un texto manuscrito.

—*Auctor damnatus*—leyó Pilar—. *Opera Erasmi caute legenda.*



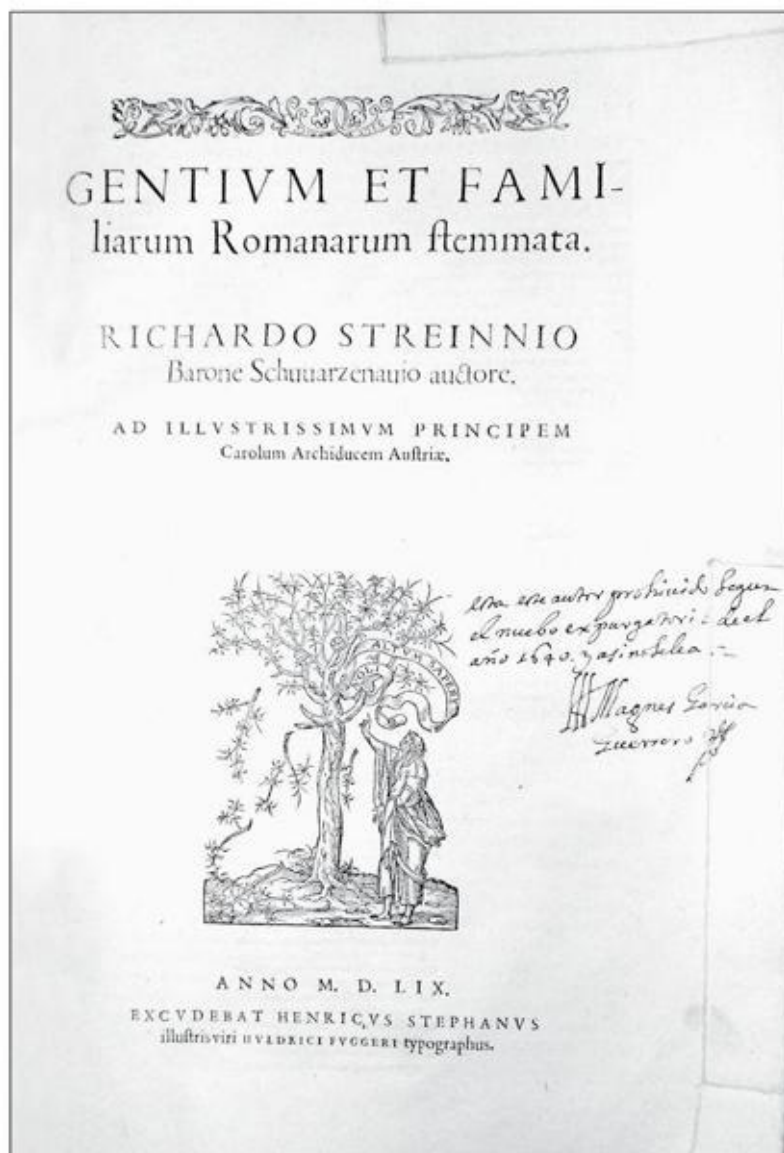
—«Autor condenado» —tradujo el bibliófilo—. «La obra de Erasmo ha de ser leída con cautela». Esa nota de advertencia es del censor. ¿Qué más dice?

—El resto está en castellano —respondió la muchacha—. Dice así: «*Expurgué este libro con todos sus autores excepto Richardo Streinnio que está prohibido. Así está anotado conforme al nuevo expurgatorio del año de 1640. Por comisión de los Señores Inquisidores de Madrid, lo firmé en 6 de abril de 1642*». Luego aparece la firma del censor, un tal fray Miguel de Burgos. ¿Quién es ese Richardo Streinnio? ¿Y qué pinta esta anotación en un libro de Erasmo de Róterdam?

El bibliófilo caviló durante unos segundos.

—El libro contiene dos obras de autores distintos. No era infrecuente que dos libros del mismo formato se juntaran en un solo volumen. Las encuadernaciones eran caras, hasta las más sencillas. Y la de este libro parece de calidad. De estilo holandés, creo. Con hierros en la tapa y piel de becerro. No demasiado frecuente en España. Vamos a buscar al otro autor. Algo me dice que el tal Streinnio guarda alguna sorpresa para nosotros.

Con cierto esfuerzo debido a su abultado tamaño, Erasmo recuperó el libro de manos de Pilar y lo trasladó hasta una mesa auxiliar cercana. Después comenzó a pasar las hojas.



—Erasmo... Erasmo... más Erasmo... ¡Ajá, Streinnio! ¡Aquí está! Como ves, se trata de la portada de una segunda obra.

—*Gentium et Familiarum Romanarum Stemmata* —leyó Pilar—, *Richardo Streinnio Barone Schwarzenauio auctore*. Parece un estudio sobre familias de la antigua Roma. ¿Le suena el autor?

—Algo. Richard Streinn fue un erudito alemán experto en antigüedades romanas. Luterano hasta las patas, naturalmente, por lo que todos sus libros se incluyeron en el Índice. Lo mismo le habría dado escribir sobre apicultura, lo habrían prohibido igual por hereje y por malo. Y esta obra me suena también, por cierto. Aunque creo recordar que no era tan larga, ni mucho menos. Fíjate. La extensión por lo menos cuadruplica la del libro de Erasmo. Aquí hay gato encerrado.

—Mire la nota del censor. Insiste en lo que ya decía en la portada del libro de Erasmo: *Está este autor prohibido según el nuevo expurgatorio del año 1640. Y así no se lea.*

—Por si no nos había quedado claro con la advertencia anterior. Por cierto, ¿ya has reparado en la primorosa labor de costura?

Pilar deslizó los dedos por el borde del libro abierto. Las hojas correspondientes al libro del autor alemán habían sido cosidas con un delgado cordel de cáñamo. El extraño pespunte se había realizado de un modo tan escrupuloso que resultaba imposible abrir el libro sin romperlo, o sin cortar el cordel previamente.

—¿Había visto usted esto antes, profesor?

—A decir verdad, no. Pero no deja de resultar bastante lógico. Ponte en el lugar de un clérigo del siglo XVII con una biblioteca a su cuidado. Imagina que llega a tus manos este libro. El volumen comprende a dos autores. El primero permitido con reparos y el segundo prohibido en el Índice. ¿Qué harías? ¿Arrancar las hojas del segundo libro dañando el ejemplar de forma irreparable? ¿Desmontar el volumen y desechar una encuadernación valiosa? Nanay. Tu convento no está para dispendios. Entonces te sacas de la manga una idea la mar de práctica. Tomas un cordel y coses las hojas del segundo libro haciendo así imposible su lectura. Y luego añades las advertencias pertinentes. El volumen conserva su integridad. La encuadernación queda intacta. Y tú has cumplido con tu obligación como censor y bibliotecario. ¿Qué me dices?

—Que suena muy lógico, en efecto. ¿Pero dónde interviene nuestro amigo Gonzalo en todo este lío?

—Ah, Gonzalo. En los últimos años de su vida, el bueno de Gonzalo se ve en la necesidad de esconder un manuscrito, un manuscrito para él muy valioso que desea preservar a toda costa. Por su oficio de juventud, debemos presumirlo buen conocedor de todo lo que atañe a los libros de su época. Tras considerar distintas opciones, se le enciende la bombilla (o el candil, si prefieres evitar el anacronismo). Entonces se hace con este doble volumen que probablemente procede de algún convento de Madrid. El libro ya está expurgado, con las correspondientes anotaciones del censor, y además presenta la peculiaridad de las hojas cosidas. Dado que se ha propuesto preservar el manuscrito para la posteridad, Gonzalo decide no reparar en gastos. Así que desmonta el volumen conservando la parte de Erasmo. De la de Streinn, en cambio, solo guarda la primera hoja y tira el resto. A continuación sustituye las hojas descartadas por las del manuscrito que desea esconder, hojas que previamente ha guillotinado a fin de darles un formato homogéneo. Coloca delante la portada del libro de Streinn, el tostón ese sobre las familias romanas, y vuelve a coser el conjunto. Luego le entrega todo al encuadernador y encarga una cubierta de la mejor calidad. Piel de becerro, tapas reforzadas con hierros... Lo mejor. Finalmente

lleva el libro al convento de carmelitas donde estuvo sor Luisa, la hermana de su suegro. Las madres seguramente tuercen el gesto al ver el libro, pero acceden a guardarlo en consideración a la familia de Cervantes. Y luego no hay monjita que se atreva a tocarlo. ¿Por qué? Pues porque el libro está provisto de un sistema de seguridad múltiple y sutilísimo. Primero está Erasmo de Róterdam. Y para una religiosa del Siglo de Oro, Erasmo tenía cuernos y rabo, por muy humanista que fuese. Luego tenemos la prohibición del censor y el meticuloso trabajo de costura. Puede que las madres se arriesgaran a pecar fornicando con el capellán, o con algún galán de monjas de aquellos que escalaban las tapias de los conventos. Pero poner en peligro su alma inmortal por quebrar una prohibición inquisitorial, y todo para leer un libro aburridísimo sobre familias romanas... ¡Quia! ¡Ni soñarlo! Así pues, el libro que oculta nuestro manuscrito se queda en la biblioteca del convento de la Concepción, entre muchas docenas de volúmenes de aspecto similar, y puesto que se trata de un libro peligroso, nadie lo toca. Si con el paso del tiempo alguna monja lo abre por azar, se apresura a cerrarlo al encontrar las advertencias y prohibiciones del censor. Y de ese modo transcurren doscientos años, hasta que el convento es desamortizado y su biblioteca desmantelada. Sobre lo ocurrido después únicamente podemos hacer conjeturas, aunque cabe suponer que nuestro volumen recalaría en otras bibliotecas no eclesiásticas donde pasó desapercibido. Y puede que también en algún almacén. Hasta que un día se aprueba la construcción de este híbrido de búnker y biblioteca y nuestro libro concluye en ella su viaje. Y aquí es donde nos ha estado aguardando pacientemente hasta el día de hoy. ¿Qué te parece?

Erasmo había pronunciado su parlamento con voz alta y vibrante, como si se estuviera dirigiendo a un auditorio durante una conferencia. Y mientras tanto Pilar lo miraba con ojos desorbitados. Ahora la muchacha parecía incapaz de encontrar las palabras para responderle.

—¿Quiere decir que...? —dijo finalmente con un hilo de voz.

—Exactamente eso, mi querida Pilar. Lo que quiero decir es que las hojas cosidas de este libro esconden nada menos que el manuscrito del *Quijote*. El original, el primero, el de puño y letra de Cervantes. Quiero decir que si ahora cortamos este cordel, lo que hallaremos debajo será el tesoro más valioso con el que bibliófilo o filólogo alguno se haya topado jamás. Quiero decir que hemos llegado por fin al final del camino. Y quiero decir una última cosa: si esto es un sueño, por favor, no me despiertes.

CAPÍTULO XIX

Post tenebras, spero lucem

Los instantes siguientes transcurrieron en silencio, cada cual a la deriva de sus pensamientos. El primer impulso de Erasmo fue tomar el libro y echar a correr, aunque enseguida comprendió que aquella ocurrencia no solo era infantil, sino que además estaría abocada al fracaso. Para empezar, era poco probable que encontrara la salida sin ayuda. Y aun encontrándola, se toparía con ese remedo de asesino yakuza que custodiaba la puerta principal. Entonces pensó que tal vez podría llegar a un acuerdo con Pilar. Entre ambos seguramente encontrarían el modo de sacar el libro del edificio de una forma discreta. Luego todo sería cuestión de encontrar una fórmula justa para repartirse el botín. «Pero qué estupideces estoy pensando», se dijo el bibliófilo. Pilar jamás aceptaría convertirse en cómplice de un robo. Y además tenían un acuerdo según el cual la obtención del manuscrito jamás podría implicar ni el hurto ni el asesinato ni delito alguno. Pilar se había empeñado en introducir esa cláusula en el documento que ambos firmaron. En ese momento Erasmo pensó que la muchacha estaba de broma. Ahora, sin embargo, comprendía que en ciertas ocasiones la línea que separa a un ciudadano honrado de un delincuente puede adelgazarse hasta volverse completamente invisible. Él mismo acababa de perder de vista esa frontera. Pero le bastó con recordar a Klemperer y su carencia absoluta de frenos morales. «Yo no soy así». Incluso teniendo al alcance de la mano el mayor premio de toda la historia de la bibliofilia, Erasmo se repitió que él no era así. Y por si acaso su voluntad flaqueaba, allí estaba Pilar para recordárselo.

—Olvídese —dijo la muchacha.

—¿Cómo?

—Olvídese de lo que está pensando, profesor. Este libro es propiedad de la Biblioteca Nacional y por tanto patrimonio del Estado, y no va a salir de aquí.

A Erasmo aquello de que el libro fuese «patrimonio del Estado» le sonaba casi soviético. ¿Qué era exactamente el Estado, y cómo iba un ente tan abstracto a disfrutar de aquel tesoro con la intensidad que él podría hacerlo? Entonces le vino a la mente que algunos indeseables se habían valido de su condición de investigadores para robar libros y documentos valiosos de la Biblioteca Nacional, como aquel sujeto que sustrajo dos mapamundis de una edición incunable de la *Cosmographia* de Ptolomeo (Ulm, 1482). Con un suspiro, Erasmo comprendió que él nunca sería capaz de hacer algo parecido. Después de todo, no era tan buen bibliófilo como creía. Pero había algo a lo que no pensaba renunciar.

—Pilar, ¿tienes unas tijeras, un cortaplumas o algo por parecido?

—¡Profesor!

—Nos lo hemos ganado —protestó Erasmo.

—¿No deberíamos esperar a que vuelva Hernán?

—¡No! —respondió el bibliófilo sin vacilar un solo instante—. Cortemos el cordel ahora y veamos lo que hay debajo. Tú y yo solos. Sin testigos. Más tarde daremos las explicaciones que haya que dar. Pero este momento es tuyo y mío.

Pilar reflexionó brevemente. Por último, tomó su bolso y empezó a rebuscar en su interior.

—Tome —dijo poniendo en manos de Erasmo unas pequeñas tijeras de uñas.

—Muy bien. Celebro que estés de acuerdo. Como dijo Macbeth antes de perpetrar su crimen, *si ha de hacerse, más vale hacerlo cuanto antes*.

Erasmo blandió las tijeras y las hizo chascar en el aire, a semejanza de un barbero de los de antes. Mientras decidía cuál de las costuras iba a acometer primero, se dijo que no estaría mal algo de música para ambientar el momento. Si aquello fuera una película, la banda sonora estaría atronando desde la pantalla. Sin embargo, todo cuanto oía era el tenue rumor del aire acondicionado. Ni siquiera escuchaba la respiración de Pilar, lo que sin duda ocurría porque la muchacha la estaba conteniendo. El silencio era tan perfecto que la irrupción de aquella voz hizo que a Erasmo se le cayeran las tijeras de las manos. Una voz femenina. Una voz que Erasmo reconoció al instante.

—¡Apartaos de ahí!

* * *

Erasmo y Pilar se miraron con gesto atónito. Y luego volvieron la vista hacia aquella mujer que parecía haber surgido de la nada y que les estaba apuntando con un arma.

—He de pedir de nuevo que os apartéis de ese libro. El manuscrito escondido dentro de él tiene dueño y es hora de que mi jefe reciba aquello por lo que ha pagado.

—¿Cómo...? ¿Cómo...? —balbuceó Erasmo.

Dolores-*Prometeo* resopló con impaciencia.

—No sé por qué te sorprende tanto que una cazadora de libros haga su trabajo. Vuestros esfuerzos para despistarme han sido muy meritorios, aunque inútiles. Mientras ambos disfrutabais de la hospitalidad de mi jefe, colocamos micrófonos en vuestras casas. Ambos teléfonos estaban también pinchados. Muy brillante el hallazgo de las hojas finales del manuscrito de Gonzalo, por cierto. Mi jefe y yo lo vivimos con auténtica emoción, casi como si estuviéramos escuchando un serial radiofónico. La treta de los viajes en metro tampoco estuvo mal. Lástima que ya supiese adónde os dirigíais. Me bastó con venir a Alcalá de Henares y esperaros sentada. Ahora, si me disculpáis, el tiempo vuela y prefiero desaparecer antes de que

regrese vuestro anfitrión.

Prometeo hizo un gesto enérgico con su pistola, pero ni Pilar ni Erasmo se alejaron un solo paso. La mujer sonrió torvamente.

—Es una pena que no me toméis más en serio. No tengo intención de haceros daño, pero si no obedecéis dudo que pueda evitarlo.

—¿Esa pistola no es de juguete? —dijo Pilar en un arranque de osadía que sorprendió a Erasmo.

—Solamente lo parece —respondió *Prometeo* sonriente—. Es una pistola de aire comprimido fabricada con polímeros de alta densidad. Quizás no sea tan eficaz como un arma de fuego convencional, pero resulta ideal para colarla en lugares custodiados como este. Los arcos detectores de metales ni la huelen. Por lo demás, los proyectiles que dispara provocan desperfectos bastante sorprendentes tratándose de un arma fabricada en material plástico.

Prometeo levantó la pistola y su dedo se tensó sobre el gatillo. De pronto sonó un estampido seco y el aire entre Erasmo y Pilar se llenó de polvo. Ambos se giraron hacia la estantería que había a su espalda. En el lomo de uno de los volúmenes había surgido un agujero perfectamente circular, tan nítido que parecía hecho con un clavo o punzón, tan profundo que su interior era perfectamente negro. Erasmo imaginó que la piel humana no ofrecería gran resistencia a un impacto semejante. Y la suya, en concreto, aún menos.

—Ya lo habéis visto. Ahora vais a alejaros unos pasos para que yo me pueda llevar el libro.

Erasmo ya se disponía a obedecer cuando oyó hablar a Pilar de nuevo.

—Y luego, ¿qué?

—¿Perdón?

—¿Qué va a pasar una vez tengas el libro en tu poder?

—No va a pasar nada. Ya os he dicho que lo último que deseo es que sufráis daño. —Y mirando a Erasmo, añadió—: Especialmente tú, *my dear*. Cuando tenga el libro me marcharé pacíficamente y esto habrá acabado para siempre.

—¡Y una mierda, bruja! No te creo.

Erasmo miró a Pilar con cara de espanto. *Prometeo*, por su parte, se limitó a encogerse de hombros.

—Que me creas o no me parece irrelevante. Además, no tenéis más alternativa que aceptar mi palabra.

—No sé a quién quieres engañar —dijo Pilar en actitud desafiante, con la barbilla levantada—. Tan pronto como te entreguemos el libro te desharás de nosotros. ¿Qué sentido tendría dejarnos atrás para que pudiéramos dar la voz de alarma?

Prometeo suspiró.

—Esto no es Fort Knox, querida. Es solo una biblioteca. Y no especialmente bien

custodiada. Puedo salir de aquí casi con la misma facilidad con la que he entrado. La diferencia es que si vosotros hacéis ruido, no me quedará más remedio que hacerles daño a algunas personas antes de largarme. A vuestro amigo el restaurador, por ejemplo. O a ese guardia tan simpático de la puerta. Puedo usar esta pistola o mis manos desnudas. El resultado será casi idéntico. Y ahora la decisión es vuestra. ¿Os vais a apartar de ese libro de una vez o tendré que recurrir a medidas más drásticas?

Y volvió a alzar el arma, esta vez desviando el cañón hacia la cabeza de Pilar. Erasmo estaba a punto de suplicarle a la muchacha que se hiciera a un lado cuando los acontecimientos se precipitaron. Pilar se movió a tal velocidad que Erasmo apenas fue capaz de comprender lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. De pronto la vio coger el libro de la mesa y salir corriendo. *Prometeo* era rápida de reflejos y no dejó de apuntarle en ningún momento, pero Pilar estaba usando el libro a modo de escudo. El volumen era grande y le cubría la cabeza y el pecho. Y entonces Erasmo comprendió el plan de la muchacha en toda su brillante simplicidad. Aquella era la única forma de evitar que *Prometeo* abriera fuego. Por lo que ahora sabía de ella, la norteamericana —si realmente lo era— no vacilaría ni un segundo en disparar contra cualquier persona que se interpusiera en su camino. Pero se lo pensaría dos veces antes de dañar el manuscrito de valor incalculable oculto dentro del libro. Erasmo se sintió orgulloso de su ex alumna.

—¡Corra, profesor! ¡Corra!

Al oír el grito de la muchacha, Erasmo se dio cuenta de que él no tenía ningún valioso manuscrito con el que cubrirse. Tal vez fuera ya demasiado tarde. De todos modos, optó por obedecer a Pilar y echó a correr como alma que lleva el diablo.

* * *

En un lugar más despejado Erasmo no habría tenido la menor oportunidad. Por fortuna, se encontraban en una biblioteca. Y si algo caracteriza a las bibliotecas es la abundancia de obstáculos en forma de estanterías repletas de libros. Así pues, el bibliófilo evitó el pasillo central y se alejó corriendo en zigzag entre las hileras de anaqueles, con la esperanza de que aquello despistara a *Prometeo*, o de que al menos dificultara su puntería. Erasmo comprendía que él no era el objetivo de la norteamericana. La que estaba corriendo mayor riesgo en aquellos momentos era Pilar, puesto que el libro se encontraba en su poder. Y aun así, en cierto instante en que quedó al descubierto oyó un zumbido junto a su oído izquierdo, algo parecido al vuelo de un abejorro. Y a continuación notó una repentina sensación de humedad. Entonces se llevó la mano a la oreja y comprobó que el lóbulo entero había desaparecido, el mismo lóbulo que *Escuchapedos* había estado a punto de rebanar con su navaja apenas tres días antes. La única explicación para semejante destrozo

era que *Prometeo* acababa de acertarle con uno de los proyectiles de su pistola de plástico, que era en efecto tan letal como ella había asegurado. El dolor apareció enseguida, aunque fue mucho menos intenso de lo esperado, quizás gracias al entrenamiento en casa de Klemperer. O tal vez porque la urgencia de Erasmo en aquellos instantes era escapar, y estaba mucho más concentrado en salvar la vida que en dolerse por la pérdida de media oreja que, de todos modos, ya estaba defectuosa. Así que corrió y corrió entre las estanterías durante todo el tiempo que le permitieron sus sesenta años cumplidos y su deficiente tono muscular. Luego comprendió que tenía que detenerse y descansar, pues de otro modo sus jadeos acabarían por alertar a *Prometeo* de su paradero.

«¿Estará bien Pilar?», se preguntó Erasmo mientras trataba de recuperar el aliento apoyado sobre los lomos de unas Vulgatas del XVI procedentes de un monasterio de Burgos. Aguzó el oído, pero no oyó nada aparte del pulso martilleando en sus sienes. Ojalá la muchacha hubiera logrado ponerse a salvo, pero le parecía poco probable habida cuenta de la habilidad demostrada por *Prometeo* para seguir su pista. Pensó en lo ingenuos que habían sido al suponer que habían logrado Burlarla. Aquella maldita mujer había demostrado ser más tenaz que el mejor de los sabuesos. Tenaz y peligrosa. Hasta el extremo de que Erasmo empezaba a dudar de que les quedara alguna esperanza. Puestos a morir, a Erasmo no le desagradaba la perspectiva de hacerlo en una biblioteca. Pero lo cierto es que prefería con mucho seguir vivo.

En ese momento una mano se posó sobre su hombro y Erasmo dio un respingo.

—Chis, no haga ruido —susurró Pilar llevándose el dedo índice a los labios.

El bibliófilo pensó que jamás se había alegrado tanto de ver a alguien. Entonces ella reparó en su oreja lacerada y en la mancha roja que iba tiñendo poco a poco la camisa de Erasmo, quien se encogió de hombros para restarle importancia a su herida. Por fortuna, la muchacha parecía indemne. Pero Erasmo reparó en que no llevaba el libro con ella. Supuso que lo habría escondido para poder moverse con más rapidez. Era un proceder lógico. Aun así, el bibliófilo lamentó que Pilar hubiera decidido prescindir de un escudo tan eficaz.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Erasmo con un hilo de voz.

Pilar asintió y volvió a rogarle silencio por señas. Acto seguido señaló con el dedo hacia una hilera de estanterías compactas que había a unos quince metros de ellos.

Erasmo comprendió al instante lo que la muchacha quería decirle. Detrás de aquellas estanterías la cazadora seguía al acecho.

* * *

Presa de gran agitación, Pilar trataba de hacerle comprender algo mediante gestos.

Primero señalaba los anaqueles tras los que se suponía que se ocultaba *Prometeo*. Luego movía las manos como si estuviera girando un volante. Erasmo aún tardó unos segundos en entender que se refería a los volantes de las estanterías compactas.

Muchas bibliotecas y archivos empleaban ahora ese recurso que, además de ahorrar espacio, evitaba la entrada de polvo y preservaba mejor el papel. Se trataba de estanterías que se deslizaban sobre raíles insertados en el suelo. Normalmente permanecían apiladas en un solo bloque compacto. Cuando se deseaba acceder a algún libro o documento, era necesario accionar los volantes que las hacían moverse en un sentido o en otro. De ese modo se creaba un pasillo a conveniencia del bibliotecario o archivero. Erasmo siempre había encontrado poco decoroso aquello de guardar libros en estanterías móviles. Las bibliotecas equipadas de ese modo le parecían más bien almacenes de recambios de automóviles. Además, los angostos pasillos que se abrían al accionar el mecanismo hidráulico le provocaban claustrofobia. En sus circunstancias, sin embargo, el invento les podía resultar providencial.

Avanzaron sigilosamente hacia la hilera de estanterías. Erasmo había creído comprender el plan de Pilar. Se le antojaba peligroso y algo disparatado, pero no parecía haber alternativa. Además, la idea contaba con la ventaja de la sorpresa, pues lo último que *Prometeo* esperaba era que las presas se revolvieran y se convirtieran en cazadores. Pero ¡un momento! ¿Qué era lo que se oía a lo lejos? Parecían voces. Voces masculinas. Quizás fuera Hernán. Y con suerte vendría acompañado de un miembro del personal de seguridad. Por algún sitio debía de haber cámaras de vigilancia. Alguien se habría apercebido de lo que estaba ocurriendo y habría dado la voz de alarma. Erasmo detuvo a Pilar tomándola del brazo, y cuando la muchacha se volvió para mirarlo, se llevó el dedo al oído.

—¿Los oyes? —silabeó.

Pilar asintió, pero siguió avanzando hacia las estanterías. Erasmo comprendió que no estaba dispuesta a poner aquel asunto en manos ajenas. Para ella se trataba de algo personal. Quería resarcirse de aquellos momentos de terror en casa de Klemperer, cuando estaba amordazada y atada a una silla, y *Prometeo* le apuntaba a la cabeza con un arma automática. Erasmo sabía que Pilar era una mujer valiente y orgullosa. Su afán de *vendetta* resultaba comprensible. Pero aquello que estaban a punto de intentar era una insensatez. Tal vez aún no fuera demasiado tarde para volverse atrás.

Aunque quizás sí lo fuera, porque ya casi habían alcanzado las estanterías. Pero ¿cómo podía saber Pilar que *Prometeo* estaba al otro lado? ¿Acaso la había visto esconderse allí? Y si era así, ¿por qué lo había hecho? La única respuesta que se le ocurrió fue que la norteamericana estaba esperándolos, aguardando a que se acercaran como una araña en el centro de su tela. El impulso de escapar fue tan fuerte que Erasmo quedó paralizado. Mientras tanto, Pilar se había situado a un lado del

estrecho pasillo abierto en el centro del bloque de estanterías y aferraba el volante metálico con ambas manos. Al comprobar que Erasmo había quedado rezagado, la joven se volvió hacia él y con gestos frenéticos le señaló el volante que había al otro lado del pasillo, el que movía la estantería adyacente. Pero él permaneció donde estaba.

Y entonces Erasmo la vio. Vio a *Prometeo* en el otro extremo del pasillo. La mirada del bibliófilo se encontró con la de la cazadora. La vio entornar los ojos y sonreír. Y luego la vio precipitarse hacia él a través del pasillo. En el lapso de un parpadeo Erasmo recordó la subasta de la casa Biblos en la que se habían conocido, el modo en que ella lo había impresionado, sus almuerzos, sus paseos juntos, sus visitas a las librerías de viejo. Recordó cómo ella lo había seducido para sonsacarle información, y cómo luego había consumado su secuestro. Y recordó las amenazas y la violencia en casa de Klemperer. Y el cañón de su pistola a unos pocos centímetros del cráneo de Pilar. Esa era la misma mujer que ahora avanzaba hacia él entre los anaqueles de libros, con el brazo derecho estirado y el arma dispuesta para abrir fuego, tan implacable como una fiera mitológica.

El tiempo parecía congelado en aquel instante terrible. Erasmo sintió miedo. Pero al mismo tiempo sintió cólera. Y fue la cólera la que le hizo saltar hacia el volante de la estantería y comenzar a girarlo frenéticamente, igual que Pilar estaba haciendo con el suyo. Esperaba sentir el impacto de un proyectil en cualquier momento, pero eso no lo detuvo. El volante parecía haber adquirido vida propia y giraba bajo sus manos sin que él tuviera apenas que empujarlo. Pero de pronto se paró en seco. Las estanterías se habían topado con un obstáculo.

—¡Apriete, profesor, apriete! —aulló Pilar.

Y eso fue lo que Erasmo hizo, a pesar de la resistencia que ofrecía el mecanismo.

Entonces oyeron el grito que surgía del pasillo abierto, que ahora había quedado reducido a una estrecha rendija.

—¡Fuerte! ¡Más fuerte! —lo animaba la muchacha.

Hubo otro grito, esta vez agónico.

—¡Jódete, zorra!

Erasmo miró a Pilar y apenas fue capaz de reconocerla. La expresión de su cara era de triunfo, de alegría incontenible. Pero sus ojos despedían un fuego que al bibliófilo le puso los pelos de punta. Erasmo nunca había mirado cara a cara a una ménade. Y no le agradó.

Ya no se oía nada desde el interior de las estanterías.

Erasmo soltó el volante.

—Por el amor de Dios. ¿Qué ha pasado aquí?

Esa voz...

El bibliófilo se giró y se dio de bruces con el semblante cervantino de Martín

Abad. Detrás de él venían Hernán Pérez y el guardia tatuado de la puerta.

—¿Me puedes explicar qué coño...?

Erasmus señaló la escueta abertura entre las estanterías.

—Hay una mujer ahí dentro. Puede que aún esté viva.

Luego se dejó caer sobre el suelo y se cubrió la cara con las manos.

Más tarde habría tiempo para las explicaciones.

Ahora solamente quería descansar.

* * *

Hubo una agitación de ambulancias y sanitarios con chalecos amarillos. A *Prometeo* la rescataron aún con vida, aunque inconsciente. Se la llevaron en una camilla con una máscara de oxígeno y una vía de suero. A Erasmo trataron de llevárselo también cuando vieron su camisa manchada de sangre y comprobaron que había perdido un trozo de oreja. Él se negó a irse, por lo que le colocaron un apósito, le administraron un antibiótico y un calmante y le encarecieron que acudiera lo antes posible a su centro de salud. La policía quería hacer preguntas, pero Martín Abad les rogó que esperaran.

Poco después de que se llevaran a *Prometeo*, Pilar y Erasmo estaban reunidos con Martín Abad en el despacho de este último. Alguien había traído unos bocadillos y unas botellas de agua.

—Hernán me llamó inmediatamente después de que os pusierais en contacto con él —explicó Martín Abad—. Cuando supe que querías presentarte aquí sin mi conocimiento, me olí que estabas tramando algo. Decidí venir a ver qué se cocía. Y vaya si llegué a tiempo. A ti te encuentro, igual que a don Quijote, con media oreja de menos. Y a esa profesora norteamericana que yo pensaba que era tu amiga, la rescatamos semiplastada, inconsciente, con varios huesos rotos y hasta puede que con lesiones internas. Y resulta que ha habido disparos y todo. Y yo que pensaba que los jubilados os aburríais. En fin, espero que tus aventuras románticas no concluyan siempre de este modo.

Erasmus negó con la cabeza.

—La profesora no era tal profesora —explicó Erasmo—. Y el desencadenante de todo esto no ha tenido nada que ver con mis devaneos amorosos, sino con ese libro que hay sobre la mesa.

—¿Los *Adagios* de tu tocayo el de Róterdam? No entiendo nada.

—Después del lío que hemos montado en tu casa, creo que te mereces una explicación. Pero la historia es bastante larga.

—Tenemos tiempo —replicó Martín Abad.

Y se repantigó sobre su sillón.

* * *

Erasmus relató a grandes rasgos la aventura que Pilar y él habían vivido, desde el hallazgo fortuito de la crónica de Gonzalo de Córdoba hasta el encuentro final de ambos con *Prometeo*. Martín Abad se abstuvo de interrumpirlo. Al principio parecía escéptico. Escuchaba con las cejas en alto, como si lo que Erasmo le estaba diciendo le sonara a cuento chino. Luego su expresión se volvió más seria. Hacia el final de la historia, Abad había palidecido y contemplaba a Erasmo con gesto demudado, aunque también le dirigía alguna que otra mirada sobrecogida al libro que había sobre la mesa de su escritorio.

—Y eso es todo —concluyó el bibliófilo. Y Pilar asintió mostrando así que suscribía completamente su versión de la historia.

Nadie sabe qué era lo que cruzaba la mente de Martín Abad en aquellos momentos. Probablemente ni siquiera él lo supiera. Parecía encontrarse en estado de *shock*, incapaz de responder o de tomar decisiones. Y así transcurrió cerca de un minuto. Hasta que finalmente lo vieron abrir uno de los cajones de su escritorio y sacar de él unas tijeras que depositó junto al libro.

—Me voy a hablar con la policía y a dar una vuelta —dijo—. Tenéis una hora. Y salió tal como había anunciado.

Erasmus y Pilar se miraron, inseguros de qué hacer.

—Adelante, profesor —dijo la muchacha—. Es a usted a quien corresponde este honor.

Erasmus se puso de pie y abrió el volumen. Luego fue pasando sus páginas hasta encontrar la portada del libro de Richard Streinn sobre las familias romanas. Entonces tomó las tijeras, que temblaron visiblemente en su mano. Erasmus inspiró aire varias veces tratando de serenarse.

Tres pequeños cortes bastaron para eliminar el cordel de cáñamo que había ocultado el manuscrito de Cervantes durante los últimos cuatro siglos.

Erasmus pasó la hoja.

* * *

*El orgulloso hidalgo
Don Quijote de la Mancha*

*Compuesto por
Miguel de Cervantes
Saavedra*

—¿Reconoces la letra? —preguntó Erasmo.

Su voz sonaba tan débil y aguda que parecía la de un niño.

—Habrá que hacer pruebas caligráficas comparándola con los autógrafos cervantinos conservados, pero no creo que quepa mucha duda.

—*Desocupado lector* —leyó Erasmo tras pasar la página—, *sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse...*

Sintiéndose más ebrio de emoción a cada instante, Erasmo fue pasando las hojas. Comprobaron que la calidad del papel era desigual, lo que significaba que Cervantes había usado hojas de diferentes procedencias para escribir aquel primer borrador. Constataron también que todas las hojas habían sido cortadas al mismo tamaño a fin de permitir su encuadernación, lo cual había eliminado algunos trozos de palabras. Pero eso era exactamente lo que esperaban encontrarse. Ante sus ojos desfilaron los poemas elogiosos del principio, el de Urganda la Desconocida, el de Amadís de Gaula y demás. Por fin llegaron al arranque del primer capítulo:

—*En un lugar de La Mancha...* —leyó Erasmo.

—¡Profesor! ¿Se ha dado cuenta de que hay un nombre tachado?

—Ya lo veo, Pilar. Parece que Cervantes pensó en una población concreta como lugar de origen de don Quijote y luego decidió olvidarse de su nombre, quizás para que nadie se enfadara con él. Habrá que trabajar antes de poder leer lo que hay debajo de los tachones, pero a los filólogos y a los restauradores les encantan estas cosas. ¿Cuántos miles de artículos, de ensayos y de libros crees que saldrán de este manuscrito?

—Correrán ríos de tinta, sin duda —repuso la muchacha—. ¿No seguimos?

Fueron pasando las hojas del manuscrito, reparando en detalles aquí y allá, en correcciones, en anotaciones al margen, en *addendas* entre líneas.

—El hecho de que sea un primer borrador en lugar de una copia en limpio aún lo

hace más valioso —observó Pilar—. Aquí están las vacilaciones, los *pentimenti*, todas las primeras ideas más tarde abortadas o modificadas. Está todo el proceso de creación de la novela.

Erasmus asintió.

—De la novela más famosa e influyente de todos los tiempos. Por suerte, Cervantes no escribía con ordenador. Sabemos que a él le avergonzaba que todos sus titubeos quedaran reflejados sobre el papel, pero para la posteridad es un tesoro de incalculable valor. Esto no es solo un manuscrito, Pilar. Es literatura en estado puro. En estas páginas se resume lo más noble y excelente del espíritu creador. ¡Y lo hemos encontrado nosotros! ¿No crees que ha merecido la pena?

Ella movió vivamente la cabeza en gesto de asentimiento. Erasmus observó que de vez en cuando se frotaba los ojos para limpiarse las lágrimas que de otro modo habrían caído sobre el manuscrito.

—Déjalas caer —dijo Erasmus.

—¿Cómo?

—Tus lágrimas. Deja que caigan sobre el papel. Eso no lo estropeará. Lo hará más valioso todavía.

Pilar le respondió con una sonrisa de gratitud.

—Tiene usted alma de poeta, profesor. Y de donjuán. No me extraña que esa mala pécora que usted y yo sabemos decidiera llegar a mayores.

Erasmus despachó el asunto agitando la mano.

—Olvidémonos de ella. Pero ¿qué es esto?

Habían llegado al final de la novela, pero no al final del manuscrito. Después de los poemas burlescos que cerraban el texto, había algo más, un par de hojas escritas con una letra ligeramente distinta, más temblorosa, más vacilante. La letra de un anciano.

Parecía una carta.

—Cervantes nos dejó un mensaje, profesor. Se lo dejó a usted.

—Es para ambos, Pilar. ¿Querrás leerlo en voz alta?

—Pero...

—Lee, Pilar. Lee.

* * *

Las líneas que ahora lees no son epílogo de la novela de don Quijote ni forman de ella parte alguna. Lo que ahora lees no es otra cosa que mi adiós. No sé quién eres ni dónde te hallas. Si mi voluntad se ha cumplido y estas hojas han sido preservadas, acaso seas descendiente mío, nieto o bisnieto o tataranieto de este Miguel de Cervantes que se dispone a exhalar su último

aliento, y que para ti acaso no sea más que un nombre perdido en el tiempo. Aunque pudiera ocurrir que tú, lector de estos papeles, no seas siquiera de mi sangre y hayas dado con ellos por puro azar. Si así ocurriera, ten a bien disculpar el capricho de este viejo y permíteme que te llame amigo y aun hermano, como si en verdad lo fueras. Pues aunque no corra la misma sangre por nuestras venas, hay otra sangre que tú y yo compartimos. La que no es roja, sino negra. Aquella de la que están hechas todas las historias de los libros y todos los personajes que las pueblan. La sangre que dio sustancia y vida a don Quijote y al resto de mis criaturas, y que ahora te permite oír mis palabras aunque te halles en la otra orilla del tiempo. Esa sangre negra y densa que llaman tinta, para la que viví, y con la que estoy trazando estas líneas que servirán de colofón para mis días.

De mi tránsito por el mundo no ha menester que se diga gran cosa. Como todos los hombres, fui muchos hombres en uno. Fui soldado y cautivo, pretendí un oficio en las Indias y acabé de recaudador, fui hijo y esposo y padre. Y ninguno de esos Cervantes se me figura memorable, salvo quizás el soldado, quien al menos supo conducirse con valor y entregó su sangre cuando el deber así se lo requirió.

Aspiré también a ser poeta, pero siempre los hubo mejores que yo. Y acaso por lo único que se me recuerde sea por este Don Quijote cuyas hojas garabateadas y enmendadas y llenas de borrones acabas de ver. Habría querido yo que mis versos volaran más alto. Pero me salieron desaliñados y alicortos. Y tendrá que ser don Quijote, al que tuve por poco más que un espantajo risible, quien se encargue de que mi nombre sea recordado. Cierto es que en la segunda parte de su historia pensé haberlo dejado muerto y bien muerto en su pueblo de La Mancha. Pero él, como criatura de tinta que es, ha resultado invulnerable a la muerte. Mientras que yo, siendo nada más que carne y sangre fatigadas, veo ya cercano mi final.

Le he pedido a mi hijo Gonzalo, con quien tantas peripecias he vivido y en quien tan firme sostén hallé, que preserve las hojas de mi primer Don Quijote. Y ahora explico que no ha sido esto por vanidad, de la que no andamos sobrados quienes tantas desgracias y trabajos hemos conocido, antes bien lo que me ha movido ha sido la gratitud. La gratitud hacia ese hidalgo de La Mancha al que tuve por hijo bastardo, aquel cuya paternidad me produjo no poco sonrojo, y al que aquí reconozco ahora como legítimo heredero mío. A don Quijote le encargo que lleve mi nombre tan lejos como le permitan sus secas carnes y su fatigado rocín. Y vayan con él mis bendiciones.

Y a ti, amigo, hermano, solo te pido que me juzgues con benevolencia,

pues hice menos daño del que a mí me hicieron, y aunque mi ingenio fuera menguado, traté de ponerlo por entero al servicio de quienes consintieron en leerme, que algún rato de solaz habrán hallado en mis ocurrencias.

Muchas, incontables han sido las palabras que he escrito. Pero ahora el momento es llegado de darle descanso a esta mi mal cortada pluma.

La noche se dispone a verter sobre mí sus negras sombras. Pero presiento que la oscuridad no será para siempre, que ha de brillar la luz tras las tinieblas.

Post tenebras, spero lucem.

Vale.

CAPÍTULO XX

(a modo de epílogo)

Vive Dios que me espanta esta grandeza

*Biblioteca Nacional, sede del Paseo de Recoletos,
sala Miguel de Cervantes. Seis meses después.*

—¿Cómo lo lleva, profesor?
—Ah, hola, querida. Un poco mareado con tanta gente y tanto fotógrafo. Por no hablar de esta legión de politicastos que nos asedia.

—¿Y el rey? ¿Qué le ha dicho?

—¿El Borbón? Pues si te soy sincero, no le he entendido. Ese buen hombre no se caracteriza por la claridad de su dicción.

—Vamos, profesor, no me venga usted con bobadas de republicano trasnochado. Eso lo hace parecer más viejo de lo que es. El rey ha estado simpatiquísimo con usted.

—Sí, eso sí, es un hombre muy campechano. ¿Quién le iba a decir a mi padre, que se pudrió en la cárcel al acabar la guerra, que su hijo acabaría codeándose con la realeza? El pobre debe de estar revolviéndose en su tumba, allá en el pueblo.

—Lo veo un poco alicaído. Anímese, hombre, que esto es una fiesta. Tome otro canapé.

—Bueno, uno de esos con anchoa quizás. ¿Alicaído, dices? Debe de ser que no me ha sentado bien ver cómo guardaban el manuscrito en la caja fuerte de la cámara acorazada para hacerle compañía al *Cantar del Cid*. Ha sido como asistir al segundo entierro de Cervantes.

—¿No querrá que lo devuelvan al convento de las carmelitas de Alcalá de Henares? El manuscrito está donde tiene que estar. ¿Ha visto ya la versión *on-line*? Acaban de ponerla en internet.

—Ya sabes que esas chuminadas digitales no van conmigo. Me gusta oler y tocar el papel. Y más cuando el papel fue antes tocado por manos tan ilustres. Aunque supongo que los investigadores le sacarán partido. Hablando de investigadores, ¿cómo va tu edición crítica del manuscrito de Gonzalo?

—Va viento en popa. Quiero presentarla el Día del Libro. Ahora mismo he estado hablando con Paco Rico y ha accedido a escribirme el prólogo.

—¿Paco? Pues sí que estáis a partir un piñón. Ya te vi charlando animadamente con él. Aunque ahora no lo veo por aquí. Debe de estar fumando en el retrete.

—No sea usted chinche, profesor. Y dígame. ¿Qué tal sus conferencias y sus entrevistas?

—Lo de las entrevistas va amainando. Nada que ver con aquel bombardeo de las

primeras semanas. ¿Te acuerdas? Llegué a plantearme buscar una celda en un convento y apartarme del mundo durante un tiempo. En cuanto a las conferencias, he decidido tomármelo también con más calma. Aunque resulta difícil cuando siempre hay alguien dispuesto a pagarte tres mil euros por oírte hablar durante una hora. Si en la Complutense hubieran sido tan generosos, te aseguro que no me habría jubilado. Por cierto, he recibido una oferta del Instituto Cervantes.

—¿Una gira de conferencias?

—Y muy larga. Europa, Estados Unidos... Hasta a la China me quieren llevar. Y me alegro de que haya surgido el asunto, porque quería proponerte que vinieras conmigo. ¿Qué me dices?

—No sé, profesor. Suena muy tentador. Pero sigo teniendo mi trabajo.

—Olvídate de tu trabajo. Pide una excedencia. Te aseguro que no vas a tener problemas económicos.

—Lo sé. Es como un sueño. Y todo gracias a él. Mire, aquí mismo hay un busto suyo. ¿No cree que deberíamos acercarnos a saludar?

—Me parece bien. ¡Camarero! Tres copas de cava, por favor.

—¿Tres?

—Yo me beberé la suya. ¿Qué menos que incluirlo en el brindis cuando tenemos tanto que agradecerle? ¿No te parece que nuestras vidas han cambiado de un modo extraordinario?

—Hablando de vidas que han cambiado. ¿Le han notificado ya cuándo se celebra el juicio de esa individuo? Nos llamarán para testificar.

—Aún falta tiempo. Es un sumario complicado. Al parecer, tiene varias causas abiertas por expolio del patrimonio. Además de órdenes de búsqueda y captura en media docena de países. En fin, que va a pasarse una buena temporada a la sombra.

—¿Y Klemperer?

—Lo que pensaba. Su coartada es perfecta. Y encima *Prometeo* se niega a incriminarlo. Aunque nuestras declaraciones hayan conseguido que lo molesten un poco, acabarán dejándolo en paz. Pero no hablemos ahora de esa gentuza. ¿No íbamos a brindar?

—Me parece estupendo. Brindemos pues. ¡Por vos, don Miguel!

—¡Por nosotros tres! ¡Y por los libros, naturalmente!

—Usted siempre con sus libros. Supongo que habrá aprovechado los tiempos de bonanza para aumentar su colección.

—Eso ya vendrá. De momento apenas me han dejado respirar. Lo que sí me he planteado es volver a escribir. Cuando me lo permitan, claro.

—¿Otro ensayo sobre bibliofilia?

—En realidad, estaba pensando en una novela.

—¡No me diga! ¿Sobre qué?

—Mi idea es contar en forma novelada esta aventura que hemos vivido. De paso, querría aprovechar tu edición del manuscrito de Gonzalo. Habría dos historias paralelas, no sé si me explico. Por un lado estaríamos nosotros dos buscando el manuscrito del *Quijote*. Por otro, Gonzalo de Córdoba contaría cómo Cervantes y él buscaron el mismo manuscrito hace cuatrocientos años. ¿Qué tal te suena?

—Interesante. Puede que tenga usted un *best seller* entre manos. Aunque me sorprende que se le haya ocurrido escribir una novela después de pasarse años denostando la narrativa contemporánea.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, si no puedes vencerlos, únete a ellos. Además, lo mejor para esta historia es presentarla como ficción. De todos modos nadie se la iba a creer.

—¿Y quién será el narrador de la parte contemporánea? ¿Por qué no imita a Cervantes y se inventa usted un historiador árabe?

—Árabe o de Albacete, ya veremos. Aún tengo que perfilar el proyecto.

—¿Tiene ya un título?

—He barajado varios, pero todos me parecen malísimos.

—¿Por qué no le pide consejo a don Miguel, ya que lo tenemos delante?

—Buena idea. Veamos, Cervantes, se dice que vos entendéis algo sobre esto de escribir historias. ¿Qué título le pondría vuestra merced a la novela que tengo en proyecto?

—Parece que no contesta.

—Aquí hay demasiado ruido y él siempre fue un hombre discreto. Además, creo que ya nos dio alguna indicación.

—¿Cuándo?

—En la nota que encontramos al final de su manuscrito. La cita del libro de Job, ¿no te acuerdas? La misma que aparece en la portada del *Quijote*.

—¿*Post tenebras, spero lucem*?

—Exacto.

—Pues, si le soy sincera, no me parece un título muy comercial. Ya no vivimos en tiempos de Cervantes. Ahora nadie entiende el latín.

—Qué pena. Es un título con solemnidad y misterio. ¿Y si lo traducimos? Mmm... Algo así como *La luz tras las tinieblas*.

—Espantoso. Suena a libro de autoayuda.

—Muy bien. ¿Qué propones tú?

—Pues dicen que la clave para ponerle título a un *best seller* consiste en que incluya un nombre conocido y alguna palabra más. Da Vinci, Newton, Dumas, Dante... Y delante «enigma», «incógnita», «clave», «manuscrito»... Ya sabe.

—¿*El enigma Cervantes*?

—Puede ser. O tal vez *El manuscrito del manco*.

—Uf, qué horror. Además, lo de «manco» es políticamente incorrecto. En todo caso *El manuscrito del discapacitado*.

—Bueno, no importa. Escriba su novela, profesor. Ya se le ocurrirá el título en su momento. Y no beba más cava que se está usted achispando.

—Y qué más da. Un día es un día. ¿Me alcanzas otro canapé de anchoa?

Tabula gratulatoria

Como de bien nacidos es ser agradecidos, queremos reconocer públicamente las aportaciones a esta novela realizadas por otras personas, entre las que cabe destacar a:

Julián Martín Abad, Víctor Infantes, Arsenio Sánchez, William Lamar Herrin, Jon Juaristi, Juana Agüero, Javier Sarti, Merche Lillo, Gabriel Cebrián, Antonio García, Alejandro Pareja, Gabriela Vallejo, José Carlos García, Miguel Pérez, Juan López, Andrés Pau, María José Cabañero, Manoli Gómez, Susana Colmenero, Ula Gronowska, Paco Ruiz y Antonio Rodríguez, que leyeron la primera versión del original y contribuyeron con interesantes observaciones y sugerencias. Algunos de ellos hasta se han dejado incluir en la novela, y Arsenio nos facilitó además la solución a un importante problema.

Mariano Caballero, que inspiró el personaje de Epifanio.

Pilar Martín, que nos regaló un mote, y los paisanos de la Villa de don Fadrique, que contribuyeron con otro.

Alberto Arenas, que recreó la caligrafía de Cervantes a partir de algunos de sus escasos autógrafos conservados.

Nuestra querida Biblioteca Nacional, en cuyas sedes de Madrid y de Alcalá se desarrollan algunos episodios importantes de la novela.

Miguel Ángel Matellanes y Charo Cuevas, de Algaida Editores, que confiaron en nosotros y facilitaron la publicación de la novela.

Las personas que han comprado y leído la novela, quienes nos compensan del trabajo de imaginarla, documentarla y escribirla.

Por otra parte, tratándose de una obra de ficción, no tiene sentido plantearse si la trama cervantina se desarrolló como narra la novela, aunque hemos andado con pies de plomo para no caer en inverosimilitudes (siempre puede haberse escapado alguna, Dios no lo quiera). En la igualmente ficticia trama actual nos hemos permitido la licencia de dar por existentes unos cuantos rarísimos ejemplares que, hoy por hoy, nadie parece haber visto, pero no es imposible que duerman en alguna recóndita biblioteca.



ELOY MIGUEL CEBRIÁN BURGOS (Albacete, 1963) es un escritor español. En 1986 terminó sus estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Valencia, tras lo cual obtuvo las oposiciones de profesor de instituto. Ha impartido clases de inglés en institutos de Valencia, Villena y Albacete, ciudad en la que actualmente vive y trabaja.

Comenzó su carrera novelística con el ciclo *Memorias de Bucéfalo* (1998-2001). En 2000, junto con el también escritor albaceteño Antonio García Muñoz, fundó la revista literaria *El problema de Yorick*, que codirige desde entonces. Es también columnista de opinión en la prensa local. Como escritor, ha cultivado fundamentalmente la novela y el relato, en los ámbitos tanto de la literatura adulta como de la juvenil. Su obra se extiende por diversos géneros, desde la novela histórica, con ejemplos como las ya mencionadas *Memorias de Bucéfalo* (sobre la vida y aventuras de Alejandro Magno narradas por su caballo, Bucéfalo), o *Bajo la fría luz de octubre* (2003) (donde se cuentan los avatares y penalidades de una familia republicana española en los años de la Segunda República, la Guerra Civil y la post-guerra en la voz de una niña que crece a lo largo de la novela); hasta la novela policíaca, como *El fotógrafo que hacía belenes* (2005), con marcados tintes de humor negro y sátira. En el aspecto satírico, en el ámbito de la crítica social, destaca la novela *Los fantasmas de Edimburgo* (2008).

FRANCISCO MENDOZA DÍAZ-MAROTO nació en La Mancha en 1948. Bibliófilo

e importante coleccionista, estudió en el Seminario de Talavera y luego en Sigüenza y en la Universidad Complutense, por la que es doctor en Filología Hispánica. Ha ejercido de catedrático de Lengua y Literatura en Albacete y París, ha realizado investigaciones sobre literatura culta, oral y de cordel y ha publicado 15 libros, entre ellos el ensayo *La pasión por los libros: un acercamiento a la Bibliofilia* (2002) y *El poemario El bibliófilo que soñaba (despierto) con Elsa Pataky* (2012).

Juntos han escrito *Madrid, 1605* (2012). La obra, que ha sido finalista de los premios «Fernando Lara» y «Ateneo de Sevilla», narra la búsqueda por parte de un curioso bibliófilo, del manuscrito original del Quijote. MENDOZA, además de sus vastos conocimientos de bibliofilia, fue quien puso la idea, el impulso que desató la historia y mantuvo viva la inspiración de CEBRIÁN, que aportó la prosa.